La Generacion Humana

por

G. J. Witkowski

Ilustrada
con 250 Grabados en el Texto
y 3 Láminas cromolitografiadas recortadas y sobrepuestas



Version Española
por el doctor
L. Marco

Bailly-Baillière Editor. Madrid.

Berger Sc. Paris



LA GENERACIÓN HUMANA

PRINCIPALES CORRESPONSALES

DE LA LIBRERÍA EDITORIAL DE LOS SEÑORES BAILLY-BAILLIERE É HIJOS

ALAVA.—*Vitoria.*—F. Robles.—Lopez Munain.
ALBACETE.—Sebastian Ruiz.—Vicente Vilar.
ALICANTE.—A. Marcili.—F. Alemañy.—*Alcoy.* —P. Botella.—Gimeno.
ALMERÍA.—Mariano Alvarez Robles.
AVILA.—José Carrascoso.—Lucas Martin.
BADAJOZ.—Francisco Alvarez Gonzalez.—Ma-ruri, Claramont y compañía.
BALEARES.—*Palma.*—Francisco Puigrredon.—Felipe Guasp.—*Mahon.*—Antonio Sintes.
BARCELONA.—Juan Llordach.—J. Güell.
BURGOS.—Hijos de S. Rodriguez.—C. Avila é hijo.
CÁCERES.—J. del Pozo y Mateos.
CÁDIZ.—Ibañez y Prado —M. Morillas.—José Vides.—*Jerez.*—Bueno.—Miguel Gener.
CANARIAS.—*Las Palmas.*—Martin Velasco.—*Santa Cruz de Tenerife.*—Delgado Yúmar. —*Santa Cruz de la Palma.*—T. Torres Lujan.
CASTELLON.—Rovira hermanos.
CIUDAD-REAL.—Francisco Ruiz Morote.—Ramon Clemente Rubisco.
CÓRDOBA.—Manuel García Lovera.
CORUÑA.—A. Escudero.—*Ferrol.*—F. Obertin. —E. Varela.—*Santiago.*—J. Escribano.—Galy Camps.
GERONA.—Paciano Torres.
GRANADA.—Paulino Ventura y Sabatel (Viuda é hijos de).-José L. Guevara.—D. Santaló.
GUADALAJARA.—Rafael García.
GUIPÚZCOA.—*San Sebastian.*—Hijos de Ignacio Baroja.—M. Darrassen.—Viuda de Oses.
HUELVA.—Viuda é hijos de Muñoz.
HUESCA.—F. Iglesias Lacostena.
JAEN.—Bermejo.—Enrique Rubio.
LEON.—M. Garzo.—Miñon.
LERIDA.—L. Corominas.—E. Ribelles.
LOGROÑO.-A. Ortoneda.—V.ª de Pablo.—Zabala
LUGO.—Juan Antonio Menendez.
MADRID.—Bailly-Bailliere é hijos.
MÁLAGA.—A. Rubio.
MURCIA.—Rafael Almazan.—*Cartagena.*—W. y L. García hermanos.
NAVARRA.—*Pamplona.*—Regino Bescansa.—Joaquin Lorda.
ORENSE.—Nemesio Perez.—Severiano Perez Resvie.—Vicente Miranda.
OVIEDO.—Juan Martinez.—*Gijon.*—Hermógenes Andrade.—Ladislao Mendez.
PALENCIA.—Eleuterio Rincon.
PONTEVEDRA.—J. Buceta.—*Vigo.*—E. Krapf.
SALAMANCA.—Calon (Viuda é hijos de).—Manuel Hernandez.—Vicente Oliva.
SANTANDER.—Luciano Gutierrez.—G. Carriles.
SEGOVIA.—Féliz Santiuste.—Segundo Rueda.
SEVILLA.—Tomás Sanz.—Fé.—E. Torres.
SORIA.—Vicente Tejero.
TARRAGONA.—Font.—S. Ginesta Salas.—*Reus.*—J. Sardá y Vernis.
TERUEL.—Joaquin Abad.
TOLEDO.—Menor hermanos.—Juan Pelaez.
VALENCIA.—Francisco Aguilar.—Pascual Aguilar.—Ramon Ortega.
VALLADOLID.—L. Miñon.—Jorge Montero.—Juan Nuevo.—Hijos de Rodriguez.
VIZCAYA.—*Bilbao.*—Dochao (Luis).—Mendez y Rodriguez.—Ouradou.—Villar.
ZAMORA.—Nicanor Fernandez.
ZARAGOZA.—Cecilio Gasca.—Julian Sanz.

Isla de Cuba.

HABANA.—A. Chao.—S. Lopez.—J. Martinez Merino.—Pazo é hijo.—Pozo (Viuda de).
MATANZAS.—M. Alboerne y comp.ª—Carreño y Sobrino.
PINAR DEL RIO.—Marcos Mijares.
SANTA CLARA.—Santiago Orti.
SANTIAGO DE CUBA.—Juan Perez Dubrull.

Puerto Rico.

PUERTO-RICO.—J. J. Acosta.—B. F. Sanjurjo Vidal.
PONCE.—Olimpio Otero.
MAYAGUEZ.—J. Mas.

Filipinas

MANILA.—Enrique Bota.
LAOAG.—Jerónimo Javier
ILO-ILO.—Pineda hermanos.

América Central

GUATEMALA.—Antonio Partegás.
HONDURAS.—*Comayagua.*—N...
COSTA-RICA.—*San José.*—Vicente Lines.
REPÚBLICA DOMINICANA.—*Santo Domingo.*—Henriquez y Carvajal.
NICARAGUA.—*Leon.*—F. Mayorga.
SAN SALVADOR.—Mariano Duarte.—Jocorro.—R. Rosa.

América septentrional.

MÉJICO.—R. Ortega.—Benavides.—Herrero y comp.ª—*Aguas-Calientes.*—Mariano Camino. —*Campeche.*—Avaos.—*Chilpancingo.*—Cayetano Joberon.—*Culiacan.*—M. R. Paredes. *Durango.*—I. de la Torre.—*Guadalajara.* —P. Pais.—N. Puga.—*Guanajuato.*—C. Castañy Camps.—*Hermosillo.*—F. M. Castro.—*Isla del Cármen.*—Laguna.—Acevedo.—*Leon.*—N...—*Mazatlan.*—M. de Retes.—*Monterrey.*—T. Muris.—*Querétaro.*—Guadalupe A. Ibarra.—*S. Juan Bautista.*—J. M. Graham.—*San Luis de Potosí.*—A. Cabrera. —*Tampico.*—N...—*Toluca.*—N...—*Veracruz.*—R. Rodriguez.
SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA..—Tauzy, Levy y compañía.

América meridional.

ARGENTINA (REPÚBLICA).—*Buenos-Aires.*—Jacobsen y comp.ª—*Córdoba.*—L. Simian.
BOLIVIA.—*La Paz.*—J. M. Farfan.—Forgues.—E. Vidal y comp.ª—*Cochabamba.*—Aurelio Pacieri.
CHILE.—*Concepcion.*—José M. Serrato.—*Santiago.*—Avalos Prado.—*Talca.*—J. C. Azocar.—*Valparaiso.*—Cárlos Niemeyer.
COLOMBIA.—*Bogotá.*—Lázaro M. Perez.—*Barranquilla.*—C. M. Mayans.—*Cartagena.*—J. F. Velez.—*Panamá.*—Preciado y comp.ª—Dr. Manuel A. Mora.
ECUADOR.—*Guayaquil.*—Pedro Jano.—*Quito.* —N. Montesdeoca.
PERÚ.—*Lima.*—Benito Gil.—*Arequipa.*—J. M. Farfan.—J. G. Meneses.—*Callao.*—Colville y comp.ª—*Trujillo.*—Carranza Espinoza y compañía.
URUGUAY.—*Montevideo.*—A. Rius.
VENEZUELA.—*Barcelona.*—Salazar Hernandez. —*Caracas.*—Rojas hermanos.—*Carupano.*—Carrera Mayz.—*Ciudad de Bolivar.*—Miguel Antonio Rodriguez.—*Cumana.*—Carrera Mayz.—*Maracaibo.*—M. N. Rincon y comp.ª —*Puerto-Cabello.*—J. A. Segrestía.—*San Cristóbal.*—Florez hermanos.—*Trujillo.*—J. B. Carrillo.—*Valencia.*—Mendez hermanos.

Antillas holandesas

CURAÇAO.—*Willemstad.*—Bethencourt é hijos.

Extranjero.

PARIS.—J. B. Baillière é hijos.—Roger et Chernoviz.
LÓNDRES.—Baillière Tindall and Cox.

Tetuan de Chamartin.—Imp. de Bailly-Baillière é hijos.

LA GENERACIÓN HUMANA

POR

G.-J. WITKOWSKI

Doctor en Medicina de la Facultad de París, Oficial de Academia, etc.

ILUSTRADA CON 260 GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO Y 3 LÁMINAS CROMOLITOGRAFIADAS, RECORTADAS Y SOBREPUESTAS

VERSIÓN CASTELLANA DE LA SEXTA EDICIÓN FRANCESA

POR EL DOCTOR

LUIS MARCO

SEGUNDA EDICIÓN ESPAÑOLA



MADRID

C. BAILLY-BAILLIERE

LIBRERÍA EDITORIAL

Plaza de Santa Ana, núm. 10.

PARIS

G. STEINHEIL

EDITOR

2, Rue Casimir-Delavigne.

1892

AL EXCMO. SEÑOR

D. ALFREDO ESCOBAR

MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS

DIRECTOR PROPIETARIO DE «LA ÉPOCA»

DIPUTADO Á CORTES

Distinguidísimo amigo mío:

Una traducción es un tapiz vuelto del revés. Ínfimo trabajo para ser ofrecido, y menos á un personaje de su valía literaria y social.

Sin embargo, ruego á Ud. lo acepte, porque es muy bello el tapiz y algo se conocerá á despecho de mi pobre labor.

Y, sobre todo, por la buena voluntad con que tiene el honor de presentárselo su afectísimo amigo y seguro servidor, que le besa la mano,

Dr. Luis Marco.

Madrid 23 de abril de 1890.

AL DISCRETÍSIMO LECTOR

No te asustas, ni finges asustarte,
cuando admiras las puras desnudeces
que ante tus ojos representa el Arte.
Estatuas y pinturas son las preces
que dirige el artista á la Belleza,
fuente eternal de inspiración sin creces,
escala de Jacob que se endereza
hasta elevar á Dios el alma humana
desde la terrenal Naturaleza.
También la Ciencia es pura y vive ufana,
conociendo los hechos del pasado
y vislumbrando ideas del mañana;
y viendo entre uno y otro, como un vado
una ley Providente que termina
con el imperio aterrador del Hado.
Desde la abrupta costa, en la marina,
¿visteis del sol el fuego nunca extinto
disipar á lo lejos la neblina?
así también del animal instinto
la calígine impura se deshace
de la Razón con el fulgor distinto.
Entre el Cosmos y Dios busca el enlace:
Dios, principio inmortal, sabio y eterno;
el Cosmos, en que todo muere y nace.
De la creación el Padre sempiterno
infundió al Universo un soplo santo,
que extingue hasta las llamas del Infierno.
¡Es el Amor! Su reino sacrosanto
abarca vida y muerte en sus fronteras,
cubre todos los seres con su manto,
extiende su dominio á las esferas,
da fiereza á la madre más medrosa
y da dulzura aun á las mismas fieras;
el astro con el astro se desposa,
y empieza el fecundante escalofrío
de la anual primavera deleitosa:

á su impulso se agita el microbío
y su infinita pequeñez, que espanta,
demuestra de la vida el poderío;
el mismo sol despierta y se levanta,
del Amor sacrifica en los altares
y las entrañas de la tierra encanta;
millones y millones de millares
de seres microscópicos pululan
en el aire, en el suelo y en los mares;
en el bosque las tórtolas ululan,
cual vírgenes amantes que allí á solas
las ansias del amor no disimulan;
de las flores las mágicas corolas
en las praderas son nupciales lechos;
y hasta el beso brutal con que las olas
del *alma máter* los fecundos pechos
besan con furia, en cósmicas caricias,
las palmeras engendra y los helechos.
Sagrada aura vital, cuyas delicias
conmueven nuestras fibras las más hondas
y se llevan del alma las primicias,
cuando murmura el agua entre las ondas,
cuando en los aires zumban los insectos,
cuando susurra el viento entre las frondas.
¡Oh sublime explosión de los afectos
en que comulgan soñadoras almas,
anhelantes de goces más perfectos;
levántanos á lo alto como palmas
que resisten fatales impulsiones,
pueden vivir en tropicales calmas
y nunca las abaten los ciclones!

LUIS MARCO

Madrid 23 de abril de 1890.

PREFACIO DEL AUTOR

En una publicación anterior ([1]), favorablemente acogida por el público, hemos descrito al detalle las funciones de relación (inervación, oído, olfato, vista, tacto) y las funciones de nutrición, digestión, circulación, respiración y secreción urinaria, que presiden á la conservación del individuo.

Esta segunda obra se consagra al estudio de las funciones de reproducción, que concurren á conservar la especie: por tanto, es continuación natural de la primera.

Nuestro trabajo debía dividirse en dos tomos por exigencia de las materias expuestas en cada uno de ellos y por la diferente clase de lectores á que se dirigen: el uno responde al programa de las ciencias naturales enseñadas en los Institutos, y puede colocarse en todas manos; el otro, consagrado á cuestiones más resbaladizas, se destina á un público especial.

([1]) *Le Corps humain*, por Witkowski, edición ilustrada.

NOTA.—Los editores españoles, Bailly-Baillière é hijos, de Madrid, han publicado la obra **El Cuerpo humano**, estructura y funciones, formas exteriores, regiones anatómicas, situación, relaciones y usos de los aparatos y órganos que concurren al mecanismo de la vida, demostrados por medio de *27 láminas iluminadas, recortadas y sobrepuestas*, conteniendo 50 figuras, 246 puntos de vista que abrazan unos 3.690 objetos del cuerpo humano y además 57 grabados intercalados en el texto; dibujadas del natural por EDUARDO CUYER, texto por G. A. KUHFF, doctor en Medicina, traducido por los doctores D. Pedro Espina y Martínez y D. Antonio Espina y Capo.

Esta obra es un libro científico y por consiguiente honrado. No se busquen en ella detalles más ó menos escandalosos; pudiera ostentar como epígrafe el dístico del poeta:

> Nuda recede Venus, non est tuus iste libellus;
> Disce verecundo sanctius ore loqui.

Pero tampoco hay que asustarse, con excesivo pudor, por la descripción de órganos que representan en la vida papel tan importante, y que la ciencia debe estudiar como el oído ó la vista. "¿Qué ha hecho á los hombres, dice Montaigne, el acto genésico, tan natural, tan necesario y tan legítimo, para no atreverse á hablar de él sin vergüenza y para excluirlo de las conversaciones graves y decentes?„

A quien hallase en nuestra obra alguna cosa distinta de lo que en ella hemos puesto, podríamos decirle con San Agustín: "Si escandaliza lo que he escrito á alguna persona impúdica, acuse más bien á su bajeza que á las palabras de las cuales me he visto obligado á servirme para expresar mi pensamiento acerca de la generación humana„.

A mayor abundamiento, también repetiremos esta frase de San Clemente: "No me avergonzaré de hablar, para utilidad de los lectores, de los órganos que dan origen al hombre, puesto que Dios no se ha avergonzado de crearlos„.

Hemos procurado hacer la lectura de este libro tan interesante como instructiva. De igual modo que en nuestra primera obra, indicamos las aplicaciones prácticas é higiénicas que convienen á los órganos sexuales; señalamos las perturbaciones morbosas que se producen, ya en la evolución, ya en la manera de funcionar de estos órganos.

Asimismo hemos tratado aquí de igual manera de compensar con anécdotas la aridez de las descripciones científicas.

Por último, intercalamos en el texto de nuestro libro gran número de figuras que facilitan su inteligencia, y al igual de nuestra anterior obra, agregamos un atlas formado por láminas sobrepuestas, cuyas diferentes partes, abriéndose como las hojas de un libro, permiten estudiar el aparato generador del hombre y el de la mujer en su conjunto, en el estado normal y en el de embarazo: el lápiz de Mr. Leveillé, que ha tenido á bien prestarnos su concurso para esta nueva publicación, garantiza la exactitud y precisión del dibujo.

INTRODUCCIÓN

Sin disputa, la más importante de las funciones de la economía es la generación. Según Platón, "concurre á hacer inmortales á los hombres, dejando en pos de sí hijos de sus hijos". Parece aproximar al hombre con la divinidad, porque le da poder para procrear seres semejantes á él. De aquí la especie de veneración que los antiguos tenían por los órganos reproductores; designábanlos con el nombre de *partes nobles* ó *sacras* y les ofrecían los mismos homenajes que á los dioses. El culto del falo [1] estuvo mucho tiempo en honor entre los pueblos de la antigüedad, como en nuestros días el del cleis y el del lingam en ciertos pueblos de Oriente.

El aparato de la generación ejerce también considerable influjo en todo el organismo; algunos anatómicos hasta subordinan á aquél todas las demás funciones. Así Van Helmont dijo: "*Propter solum uterum, mulier est id quod est*" (sólo por la matriz es la mujer lo que es), y Fernelio sentó este otro axioma no menos absoluto:

(1) "..... Durante las fiestas de Baco colocábase con gran ceremonia este miembro indecente sobre pequeñas carrozas, paseándolo primero por el campo y finalmente por la ciudad. En Lavínium consagraban sólo á Baco un mes completo, durante el cual todos empleaban á porfía las expresiones más obscenas, hasta que se hubiera paseado este miembro por la plaza pública y vuelto á colocar con sosiego en su sitio, siendo preciso que la más respetable madre de familia colocase públicamente una corona sobre esta impura imagen." (San Agustín, *De civitate Dei*, XII, 21.)

"*Totus homo semen est*„ (todo el hombre está en su semilla).

La función generatriz no tiene menos importancia desde el punto de vista social que en el orden fisiológico. "Esta cópula, escribe Montaigne, es un centro al que convergen todas las cosas.„ Suprimid la ambición, ha dicho también el profesor Pajot, ¿qué resta? ¿cuál es con la mayor frecuencia el móvil de nuestros actos? La reproducción de la especie. Se empieza siempre por Platón para concluir por Baudelocque (1).

Aunque la generación representa en la vida del hombre un papel preponderante, su ejercicio, sin embargo, no es una condición necesaria para la existencia. Así, puede estar en suspenso y aun suprimirse, como en las edades extremas y en ciertos estados morbosos, sin que de ello resulte inconveniente alguno serio para la salud. Otra cosa sucede con las funciones de nutrición: el menor desarreglo que experimentan alcanza luego á la economía entera.

Los erróneos conocimientos de los antiguos acerca de la anatomía y fisiología de los órganos generadores produjeron gran número de teorías originales para darse cuenta de los fenómenos de reproducción. Entre todas sus hipótesis hay dos que han compartido los sufragios de filósofos y médicos. La primera, debida á Hipócrates, explica la generación por la acción combinada de los licores seminales del macho y de la hembra: esta es la hipótesis de las *dos semillas*. La otra, que imaginó Bonnet, admite la preexistencia del nuevo ser en estado de germen desde la aparición del primer individuo de su especie: esta es la hipótesis del *enchufamiento de los gérmenes*.

(1) Célebre comadrón de principios de este siglo.

En la actualidad estas teorías se han pasado; gracias á los eminentes trabajos de Graaf, Baer, Godard, Coste, Pouchet, Balbiani, etc., ha podido la ciencia descifrar el misterio que envolvía á las leyes de la reproducción y esclarecido en definitiva este importante problema.

Las investigaciones experimentales de esos fisiólogos han demostrado que, exceptuando algunos organismos inferiores que se multiplican ora por dividirse su cuerpo en cierto número de partes (*escisiparidad*), ora por la producción de botones que se desarrollan en su superficie y bien pronto se hacen independientes (*gemmiparidad*), todos los seres organizados, vegetales y animales, nacen de una *célula* que proviene de los órganos femeninos y sufre el contacto del esperma proporcionado por los órganos masculinos. No se hallaba, pues, lejos de la verdad Harvey, cuando sus bellas experiencias en las corzas y cabras de los parques de Carlos I hiciéronle entrever la uniformidad de la naturaleza en la generación de los cuerpos organizados y le indujeron á formular su famoso axioma: "*Omne vivum ex ovo*„ (todo lo vivo nace de un huevo).

En la especie humana, la célula toma el nombre de *óvulo* y la simiente el de *esperma*. El contacto de estos elementos prolíficos se efectúa en las vías genitales de la mujer á consecuencia del *ayuntamiento* ó *cópula* (de *copula*, adhesión) y su encuentro constituye la *fecundación*. Cuando el huevo está fecundado se inserta en la matriz, donde experimenta una serie de metamorfosis durante el *embarazo* ó *gestación* (de *gestare*, conducir): en fin, cuando alcanza su completo desarrollo es expulsado al exterior en el acto del *puerperio* (de *puer*, niño, y *parere*, proveer) ó *parto* (de *parturire*, producir, dar á luz).

El estudio de los fenómenos de la generación debe, pues, comprender dos partes distintas: 1.ª, la estructura de los órganos genitales en ambos sexos; 2.ª, las diferentes funciones de estos órganos, es decir, la cópula, la fecundación, el embarazo y el parto.

Completaremos nuestra enseñanza describiendo las *mamas*, que son anexos del aparato genital y sirven para lactar al producto de la concepción.

LA GENERACIÓN HUMANA

LIBRO PRIMERO

Estructura de los órganos genitales.

CAPÍTULO PRIMERO

ÓRGANOS GENITALES DEL HOMBRE

El aparato genital del hombre (fig. 1) comprende: 1.°, los *testículos (f)*, que elaboran el esperma; 2.°, los conductos destinados á llevar este líquido al exterior y que están constituídos por los *epidídimos (g, h)*, los *conductos deferentes (k)*, los *conductos eyaculadores (m)* y el *conducto de la uretra (b, c, d)*; 3.°, las *vesículas seminales (l)*, que sirven de depósito al líquido espermático; 4.°, el *pene (o, p, r, s)*, aparato eréctil, que se torna rígido en el momento del coito y sirve de tutor al conducto de la uretra para dirigirle por las vías genitales de la mujer.

Describiremos primero estos diferentes órganos; diremos después algunas palabras acerca de la región que ocupan, y á la cual se da el nombre de periné (de περί, al rededor, y νάος, templo).

ARTÍCULO PRIMERO

ÓRGANOS SECRETORES DEL ESPERMA

Los órganos que elaboran el esperma son las *glándulas seminales*. También se denominan *testículos* (de *testes*, testigos), por

que lo son de la virilidad. Están suspensos por un haz membranoso, llamado *cordón espermático*, y contenidos en una bolsa con dos compartimentos, cuya forma exterior recuerda la de

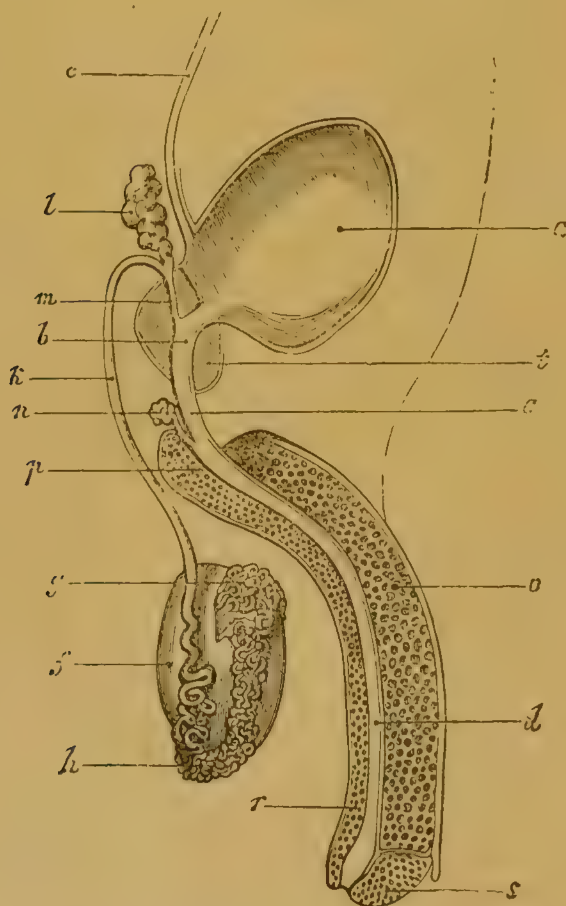


Fig. 1.—Aparato genital del hombre.

a. Vejiga.—*b*. Porción prostática de la uretra.—*c*. Porción membranosa.—*d*. Porción esponjosa. —*e*. Uréter. —*f*. Testículo. — *g*. Cabeza del epidídimo. — *h*. Cola del epidídimo.—*k*. Conducto deferente —*l*. Vesícula seminal.—*m*. Conducto eyaculador.—*n*. Glándulas de Mery ó de Cooper.—*o*. Cuerpo cavernoso.—*p*. Bulbo.—*r*. Pared esponjosa de la uretra.—*s*. Glande y fosa navicular. (Figura tomada de la *Anatomía* de Mr. Fort.)

un higo con la extremidad gruesa hacia abajo. Esta bolsa se halla compuesta de varias *cubiertas* (fig. 3), que se enchufan y se llaman comúnmente «bolsas». Hanse comparado también á campanas, cuyos badajos representarían los testículos. «Mon-

señor, escribe Balzac, si lo sois, como pienso, dad si os place algo más vuelo á vuestras campanas.»

I. **Cubiertas de los testículos.**—Las cavidades circunscritas por las bolsas son independientes entre sí. De esta suerte aíslan los testículos y se oponen á la propagación de las afecciones de una de estas glándulas á la otra.

Cada cavidad comunica hacia su parte superior con el abdo-

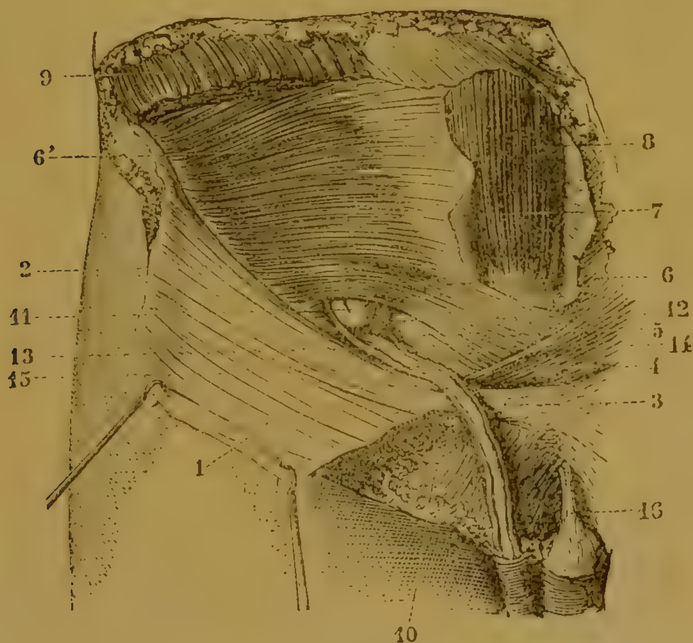


FIG. 2.—Trayecto del cordón espermático en el conducto inguinal (Richet.

1, 2, 3. Aponeurosis de los músculos oblicuos mayor y menor, que forma la pared anterior del conducto inguinal.—4, 5. Pilar posterior y *fascia transversalis*, que forman la pared profunda del conducto inguinal.—6, 7, 8, 9. Músculos del abdomen.—10. Muslo derecho.—11. Asa del intestino delgado introducida en el orificio profundo (anillo interno) del conducto inguinal.—12. Arteria epigástrica —13. Arteria espermática.—14. Arteria deferente.—15. Cordón espermático.—16. Ligamento suspensorio del pene.

men por un conducto particular, el *conducto inguinal* (fig. 2), que abre paso al cordón espermático. Este trayecto sigue accidentalmente el intestino en las *hernias* llamadas *inguinales* (11).

Forman las paredes de las bolsas varias túnicas sobrepuestas (fig. 3), que son, de fuera adentro: 1.°, el *escroto* (6, 7) ó piel de las bolsas; 2.°, la *túnica celulosa* (4, 9); 3.°, la *túnica*

fibrosa (2, 11), común al testículo y al cordón espermático, y 4.°, la *túnica vaginal* (17), propia de la glándula seminal.

1.° ESCROTO.—A la piel de las bolsas se le ha dado el nom-

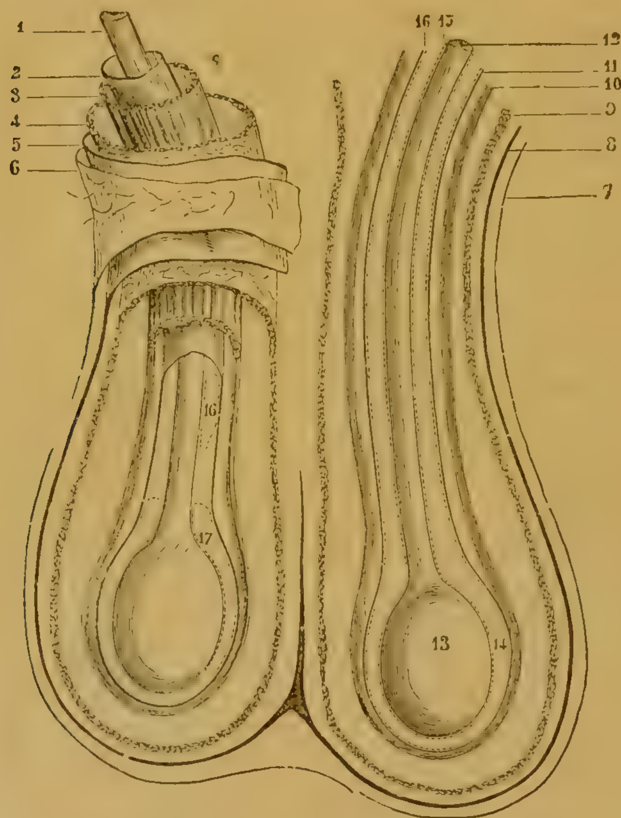


FIG. 3.—Cubierta de las bolsas. (Figura esquemática, según Mr. Fort.)

1, 12. Conductos deferentes.—2, 11, Capa fibrosa.—3, 10. Capa muscular.—4, 6. Capa celulosa.—5, 8. Dartos.—6, 7. Piel del escroto.—13. Testículo recubierto por la hoja parietal de la túnica vaginal.—14. Cavidad de la túnica vaginal que comunica aún con el peritoneo y que forma con él el conducto vagino-peritoneal que se oblitera en el nacimiento.—15. Peritoneo recubriendo el cordón espermático.—16. Peritoneo doblando la capa fibrosa en el recién nacido. El mismo número, á la izquierda, representa una porción del conducto vagino-peritoneal no obliterado; este es uno de los orígenes de los quistes del cordón.—17. Cavidad de la túnica vaginal separada del peritoneo.

bre de *escroto* (saco), por su conformación y usos. La piel de esta región se distingue de la del resto del cuerpo por su color oscuro, excesiva delgadez y gran extensibilidad. Este último carácter permite adquirir al escroto un desarrollo considera-

ble, y aun á veces descender hasta las rodillas, en ciertos casos de hernias, de hidroceles ó de elefantiasis (fig. 4).

En su origen, el escroto está dividido en dos mitades latera-

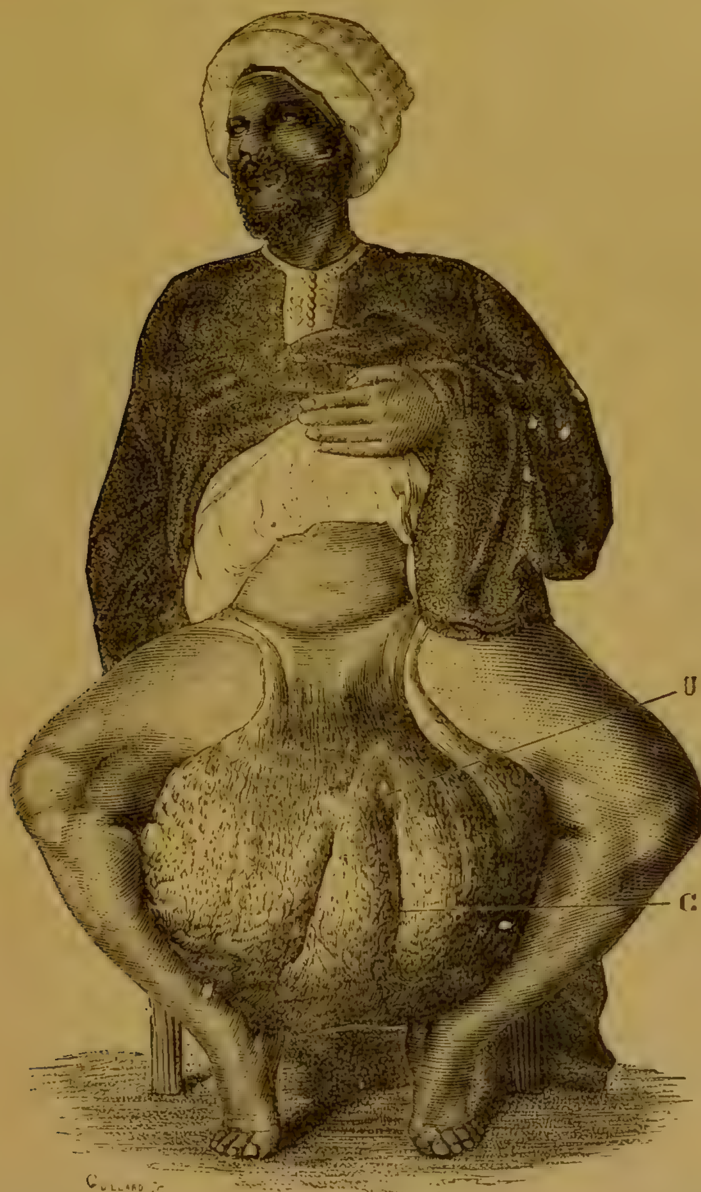
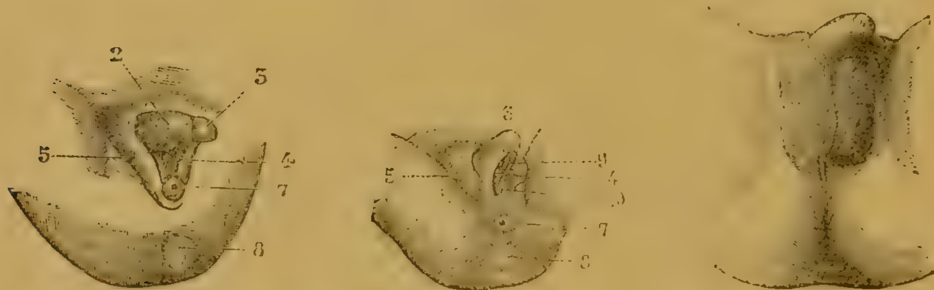


FIG. 4.—Elefantiasis de las bolsas. (Según Godard, *Egipto y Palestina.*)

les, que le dan la apariencia de una vulva (fig. 5). Por eso, al principio de la vida intrauterina, es difícil reconocer el sexo del embrión. Hacia el fin del tercer mes reúnense ambas partes

para formar una especie de costura saliente, que se conoce con el nombre de cresta (fig. 7) ó *rafe* (de ῥάπτω, yo coso). Si una detención del desarrollo impide se efectúe la soldadura, la hendidura media primitiva persiste después del nacimiento, y el niño presenta todos los signos exteriores de los dos sexos. Luego veremos que esta conformación constituye una de las variedades del *hermafroditismo*.

La superficie del escroto está cubierta de numerosas arrugas que, según los casos, se multiplican ó tienden á desaparecer: el



FIGS. 5, 6 y 7.—Desarrollo de los órganos genitales externos. (Según Ecker.)

Fig. 5.—Embrión de 0m,27. Estado indiferente.—2. Tubérculo genital.—3. Glande.—4. Surco genital.—5. Pliegues genitales externos (labios mayores ó pliegues escrotales).—7. Ano.—8. Tubérculo coxíjeo.

Fig. 6. Embrión de 0m,031. Tipo femenino.—3. Glande del clítoris.—4. Surco genital.—5. Pliegues genitales externos (labios mayores).—7. Ano.—8. Tubérculo coxíjeo.—9. Labios pequeños.—10. Seno genito-urinario.

Fig. 7.—Embrión de fin del cuarto mes. Tipo masculino.

frío, el miedo, el espasmo venéreo, encogen y retraen las bolsas; el calor, la enfermedad, la vejez, las ponen flojas y péndulas.

Tapiza la cara profunda del escroto una tenue capa de fibras musculares lisas, que muchos anatómicos describen como una cubierta distinta con el nombre de *dartos* (de δερῶ, yo desuello). Al contraerse estos hacecillos musculares producen los repliegues escrotales que acabamos de mencionar.

Es poco considerable el número de filetes nerviosos y vasos sanguíneos que el escroto recibe, lo cual explica lo débil de su sensibilidad y de su vitalidad.

Los vasos linfáticos de la piel de las bolsas comunican con

los ganglios de la ingle, y los de los testículos se relacionan con los ganglios situados en la región lumbar á cada lado de la columna vertebral. He aquí por qué acompañan á las afecciones del testículo «dolores de riñones» más ó menos intensos, mientras que en las enfermedades del escroto, como las úlceras sifilíticas, se producen infartos inguinales (fig. 8).

2.° Túnica celulosa.—El escroto está separado de las demás cubiertas testiculares por una hoja de tejido celular, que



Fig. 8.—Infarto de los ganglios de la ingle consecutivo á una úlcera blanda de las bolsas.

1. Adenitis ó bubón supurado próximo á abrirse.—2. Bubones supurados y ulcerados. (Figura tomada de la *Patología externa* de Mr. Fort.)

constituye para muchos autores la *túnica celulosa.* Las mallas de este tejido son las que se infiltran de sangre en las contusiones, de serosidad en las hidropesías y de aire en el enfisema. Ciertos reclutas utilizan la permeabilidad de este tejido para intentar la declaración de inútiles: imitando el procedimiento de ciertos truhanes que producen hidrocéfalos artificiales introduciendo aire bajo el cuero cabelludo de un niño, se insuflan el tejido celular de las bolsas; éstas aumentan entonces de

volumen y simulan un tumor que engañaría al tribunal de reconocimiento si no estuvieran previstas semejantes supercherías.

3.° Túnica fibrosa común.—Esta túnica sirve de vaina á los elementos del cordón espermático y al testículo recubierto por su túnica vaginal. En su cara exterior insértanse numerosas fibras musculares que al nivel del cordón toman el nombre de *cremáster* (de κρεμάω, yo suspendo) y al nivel del testículo el de *túnica eritroides* (de ἐρυθρός, rojo, y εἶδος, aspecto).

Estas fibras musculares sirven para retraer el testículo hacia el abdomen por un brusco y sofrenado movimiento de ascenso, muy distinto de las contracciones lentas y vermiculares del escroto. Todas las causas que hacen se contraigan los músculos abdominales, como la tos, los esfuerzos, el coito, etc., obran también sobre los cremásteres. Las contracciones de estos últimos también se provocan por influencias puramente psíquicas: Arnaud cita el ejemplo de un consejero del Parlamento, cuyas glándulas seminales ascendían por el conducto inguinal cada vez que se hallaba en presencia de una dama.

4.° Túnica vaginal.—La *túnica vaginal* (de *vagina*, vaina), es la más profunda de las cubiertas del testículo; su función consiste en facilitar los movimientos de este órgano. Como todas las membranas serosas de la economía, la túnica vaginal representa un saco sin abertura, formado por dos hojas, una de las cuales se adhiere al testículo y la otra á la túnica fibrosa común.

Estas dos hojas limitan una cavidad virtual (fig. 3, 17), en cuyo interior puede acumularse sangre ó serosidad, según se observa en el *hematocele* (de αἷμα, sangre, y κήλη, tumor) y el *hidrocele* (de ὕδωρ, agua).

II. **Testículos. Anorquidia.**—«Los testículos, dice Galeno, son más preciosos que el corazón mismo: el corazón sólo es útil para vivir, al paso que los testículos lo son para vivir bien.» Estos órganos son en número de dos: de aquí el nom-

bre de *dídimos* (de διδυμος, doble) que también se les ha dado. El testículo izquierdo desciende algo más que el derecho, lo cual evita su magullamiento al juntar los muslos.

Pueden faltar las glándulas seminales, y esta anomalía constituye la *anorquidia* (de αν, privativo, y ὄρχις, testículo). Muchas veces esta carencia sólo es aparente; cuando es real, no sólo produce la esterilidad sino también la impotencia. Sin embargo, ahorcóse por violación á un soldado á quien reconoció como anórquido Gruber cuando hizo la autopsia.

En cuanto á los individuos que sufren la *castración* (de *castratus*, castrado) después de la pubertad, y accidentalmente se tornan anórquidos, también pierden la aptitud para fecundar [1], pero pueden realizar el simulacro del acto venéreo. Esta particularidad la apreciaban en otro tiempo las matronas romanas *ad securas libidinationes*. El siguiente pasaje de Juvenal da fe de ello: «Las hay que se deleitan con las refinadas caricias de los eunucos; no hay que temer barbas ni necesidad de drogas abortivas. El ingenioso refinamiento de la voluptuosidad no entrega el adolescente al médico hasta que su miembro desarrollado se sombrea con un vello negro. Espérase hasta entonces, déjanse crecer los testículos, y cuando comienzan á pesar dos libras, Heliodoro los amputa; sólo el barbero pierde en esto».

De la castración. Eunucos.—La castración se ha practicado en todos tiempos y por diferentes causas. Así, Semíramis hacía castrar los niños contrahechos para volverlos incapaces de perpetuar su raza. Con este mismo fin han propuesto algunos médicos contemporáneos hacer sufrir á los cretinos esta cruel mutilación. También el fanatismo religioso representa un gran pa-

(1) En su *Manual de medicina legal*, refiere Sedillot que un hombre (castrado por Boyer) estaba muy intranquilo al ver á su esposa en cinta, y fuése á consultar á dicho cirujano, quien para no perturbar la paz doméstica respondió que era posible; pero mirando fijamente á la mujer añadió que éste era su último hijo, y que si sobreviniera otro podría estar cierto de que no le pertenecía.

pel en la historia de la castración. A ejemplo de los sacerdotes de Cibeles, Orígenes se hizo emascular para observar mejor el precepto de la continencia. En nuestros días, tomando al pie de la letra diferentes pasajes de los libros sagrados ([1]), mutílanse los Skoptzy en Rusia como los Valerianos en otro tiempo. He aquí el procedimiento quirúrgico que emplean: se coloca en las bolsas del neófito una cataplasma de boñiga de vaca para ponerlas flácidas; después le hacen girar con rapidez sobre sí mismo, mientras un sacerdote le exhorta, gritando sin cesar: *Coge al que persigues*, hasta que cae desvanecido y como anestesiado por este género de ejercicio; en seguida se quita la cataplasma, se ligan las bolsas, se cortan por encima de la ligadura y se aplica en la herida un ungüento particular. Pero las más de las veces termina la operación por una hemorragia mortal.

Con la mayor frecuencia, la castración no obedece á otro móvil que la venganza; el ejemplo de Abelardo, la víctima del canónigo Fulberto, es el más conocido. «Aunque la ablación del pene y los testículos fuese completa, dice Zimmermann, leyendo sus cartas á Eloisa, se ve que son de un hombre que ha amado, que ama todavía, que lo confiesa y que no sabe consolar á su amada sino ponderándola cuánto sufre, cuánto le cuesta hallarse lejos de ella.» Entre los romanos era lícito á los maridos engañados hacerse la justicia por sí mismos, y castrar incontinenti al que sorprendieran en flagrante delito de adulterio con sus mujeres. A esta costumbre alude Plauto en este pasaje: «Anhelo cortar la cosa de este libertino para colgársela en el cuello, como los sonajeros que se ponen á los ni-

([1]) "Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron á sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso, séalo (San Mateo, XIX, 12).—Ni diga el eunuco: he aquí, yo soy árbol seco. Porque así dijo Jehová á los eunucos que guardaren mis Sábados y escogieren lo que yo quiero y abrazaren mi pacto: yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros y nombre mejor que el de hijos é hijas; nombre perpetuo les daré que nunca perecerá (Isaías, LVI, 3, 4 y 5)."

Cierto es que Moisés dice en el *Deuteronomio:* "No entrará en la congregación de Jehová el que fuere quebrado ni el castrado" (XXIII, 1).

ños». Parece que los salvajes del Africa Central tienen también la costumbre de emascular en el acto á sus prisioneros.

Tampoco dejan de ser frecuentes los casos de castración maniática. P. Menière vió conducir al Hôtel-Dieu, salas de Dupuytren, á un hipocondriaco que se había mutilado para castigar á su mujer por sus desórdenes. El poeta Lucilio habla de un loco que obró de igual manera para vengarse de las indignidades de su esposa:

Præcidit caudam, testesque una amputat ambo.

Brachet publicó en la *Gaceta de los Hospitales* el caso de un italiano afectado de manía delirante, el cual ingresó en Bicêtre en 1811, salas de Lisfranc. Paseábase un día por el patio de la casa y vió allí (lo que era bastante común) á muchos enajenados entregarse con furor á la masturbación, á pesar de la más activa vigilancia. «¡Cuánta mercancía perdida! exclamó; ¡qué gran negocio haría aquí una mujer! Si me volviera mujer, yo sería quien me aprovechase de todo esto.» Esta idea le agrada y le inspira el proyecto de cortarse los apéndices, que juzga ser el único obstáculo para su metamorfosis. Armado de una mala hoja de cuchillo vase á las letrinas, y á fuerza de serrar se corta al rape los órganos genitales; después marcha á pasearse triunfante en medio de sus camaradas de infortunio, imaginando atraerse bien pronto sus homenajes.

La castración no extingue por completo los deseos venéreos, sobre todo cuando se ha practicado en la edad adulta. El doctor Fauvel refiere que el jefe de los eunucos del Sultán tiene un harem y que consagra á sus mujeres gran parte de su tiempo. «Pero, añade este médico, en verdad, no sabría yo decir en qué lo emplea.» Putifar estaba agregado á la corte de Faraón como eunuco, y esta cualidad no le impedía tener una mujer llena de ardor, á juzgar por su aventura con José. Recientemente, un sacerdote se hizo la doble castración para librarse de sus erecciones importunas. «Ahora bien, dice Mr. Ledentu, que ha observado el hecho, según referencias de este eclesiástico, todavía tiene de cuando en cuando erecciones nocturnas.»

La castración ejerce particular influjo en el aparato vocal, conservando al niño su voz de soprano y elevando una octava la del adulto; por eso se practicó por largo tiempo en Italia, á fin de obtener hermosas voces, y entonces que estaba prohibido á las mujeres cantar allí, se *preparaban* cantores para la capilla Sixtina y para los teatros. Designábase á los castrados de esta especie con el nombre de *Músicos*.

La bula pontificia de Clemente XIV prohibió «toda preparación para el canto que tuviera por objeto dar á los niños una voz artificial»; pero muchos padres no dejaron, sin embargo, de hacer mutilar por codicia á sus hijos. Luis XIII agregó cierto número de castrados á la capilla de palacio; la Corte los llamaba los «incomodados». Cuéntase que Crescentini, uno de los últimos castrados que gozaron de gran renombre, hizo verter lágrimas á Napoleón I cantando *Romeo y Julieta*. La admiración del Emperador hacia su talento era sin límites: le hizo caballero de la Corona de Hierro, lo cual dió margen á algunas reflexiones maliciosas. Cuando en un salón preguntaba cualquiera:

—¿Por qué ha condecorado el Emperador á ese cantante? Otra persona respondía con burlona sonrisa:

—Pues... por su herida.

Parece que el tenor Dupré tuvo que resistir en su juventud á las instancias de su maestro Cherón, que le aconsejaba se hiciera castrar para aumentar la extensión y la belleza de su voz. Este *maestro*, demasiado entusiasta por su arte, ignoraba sin duda que la castración es un crimen penado por la ley ([1]). La Margravesa de Badén dió el mismo consejo al cirujano J.-P. Frank, y costó mucho trabajo á su protector, el general Diego, hacer que la princesa renunciara á su proyecto.

En el siglo XVII practicábase la castración por empíricos para curar las enfermedades más diversas: la lepra, la locura, las hernias, etc. Dionis refiere que uno de estos especialistas ambulantes alimentaba á su perro con los testículos que amputaba. Ambrosio Pareo protestó contra este abuso de cortar

([1]) El que de propósito castrare á otro será castigado con la pena de reclusión temporal á perpetua. (*Código penal,* art. 429.)

«lo que constituye la paz de la casa», y en 1776 la Academia de Medicina sólo autorizó á los cirujanos con título para practicar la castración.

En la actualidad esta operación no está indicada sino en los casos de afecciones orgánicas de los testículos, tales como el cáncer y los tubérculos.

Fuera de estos casos morbosos, la ablación de los testículos no se hace más que en Oriente á los *eunucos* (de εὐνή, lecho, y ἔχειν, guardar), destinados á la guardia del Serrallo.

Estos se dividen, según Mr. Siredey, en cuatro clases: 1.° los *espadones*, que sólo están privados de un testículo y por consiguiente pueden casarse; 2.°, los *tadiai*, cuyas glándulas seminales se habían aplastado con los dedos, como lo practican los veterinarios en la *capadura por torsión;* pero este procedimiento no atrofia siempre por completo los testículos y permite algunas veces la fecundación: Pithias, la amiga de Aristóteles, era hija de un eunuco de este género; 3.°, los eunucos á quienes se ha quitado ambos testículos sin tocar al pene: tales eran aquellos á quienes Juvenal alude en el pasaje que citamos antes; 4.°, los eunucos privados de los testículos y del pene (fig. 9): son los únicos actualmente encargados de vigilar á las mujeres en el harem.

Influencia de la castración en la economía.—La castración no eleva la tonalidad de la voz en todos los animales como en la especie humana: el gallo, por ejemplo, haciéndole capón deja de cantar. De las modificaciones particulares debidas á la castración, la más manifiesta, sin disputa, es la pérdida de energía moral [1]. Parece, dice Virey, que se ha cortado á los eunucos el nervio del pensamiento. Refiere Escayrac de Lauture que seis esclavos, pertenecientes al Kachef de Abukaras, en el Kordofán, fueron emasculados por consecuencia de un complot tramado contra la vida de su señor. Todos eran púberes

(1) Sabido es que á un castrado no se le admite al sacerdocio: en primer lugar, porque ningún mérito tendría para resistir al aguijón de la carne; y después, porque perdería el vigor moral necesario para que cumpla su sagrado ministerio.

en el momento de esta mutilación y ninguno de ellos murió. Su carácter cambió por completo, y la sumisión que hoy manifiestan difiere por modo notable del espíritu de rebelión y de venganza que antes les animaba. Un solo eunuco parece haber conservado todo su vigor moral, el célebre general bizantino Narses, á quien la emperatriz Sofía envió por escarnio una rueca y un huso. Hase pretendido que Boileau fué castrado por un pavo, pero este hecho es inexacto.

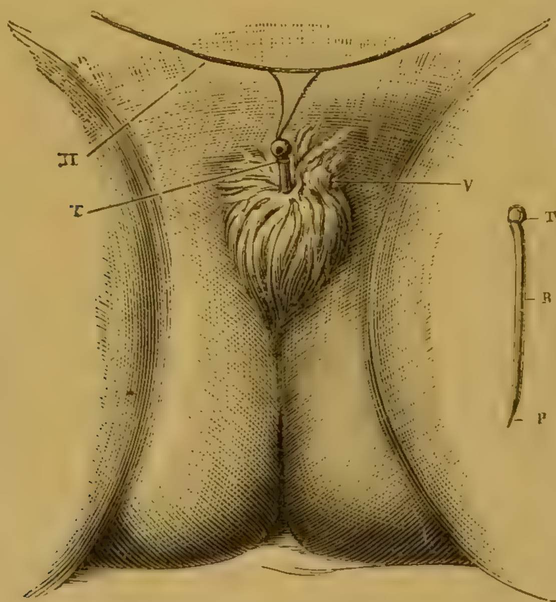


FIG. 9.—Eunuco completo.

T, R, P. Clavo de plomo.—I. Clavo manteniendo abierta la uretra.—H. Cordón para sostener el clavo. (Según Godard, *Egipto y Palestina.*)

Los animales castrados pierden también la mayor parte de su ardor: el caballo capón es más dócil que el entero, el buey más fácil de conducir que el toro y el gallo capado se vuelve cobarde como una gallina.

La castración predispone además al engordamiento de los animales que la sufren; así es como el gallo se vuelve capón; el verraco, cochino, y el toro, buey. Pero, aunque otra cosa imagine J.-J. Rousseau, que señala «la gordura repulsiva» de los eunucos, la castración no parece obrar de un modo sensible en el hombre para producir tejido grasiento.

Cuando se pierden los atributos del hombre se adquieren con frecuencia los de la mujer, y en particular mamas bastante voluminosas. Mr. E. Martín habla de un soldado á quien la ablación de los órganos genitales externos por el estallido de una bomba desarrolló las glándulas mamarias, le hizo caer las barbas y modificó la voz.

Volumen, consistencia y dirección de los testículos. Inversiones.—Los testículos varían de volumen según las edades: en la época de la pubertad adquieren notable desarrollo y se atrofian en la vejez. Su grosor medio en el adulto es el de un huevo de perdiz. En ciertas enfermedades adquieren considerable volumen: en la sífilis, por ejemplo, pueden alcanzar el grueso del puño.

La consistencia del testículo produce al tacto una sensación muy especial, bastante análoga á la que percibe el dedo comprimiendo las paredes de un quiste lleno de líquido. Así se explica el error de aquel estudiante que, según Mr. Richet, pinchó el testículo de uno de sus camaradas pensando operar un tumor quístico.

Los antiguos comparaban el testículo á una haba, y se ha dicho que por esta razón prohibía Pitágoras tal legumbre á sus discípulos. Pero es más exacto comparar la forma del testículo con la de un huevo algo aplastado, dirigido con oblicuidad de arriba abajo, de atrás adelante y de fuera adentro. Puede sufrir sobre su eje transversal una rotación más ó menos completa, que tiende á colocar abajo su extremidad superior.

Estas anomalías comprenden numerosas variedades, que se conocen con el nombre de *inversiones*.

Evolución de los testículos. Ectopia.—Al comienzo de la vida, las glándulas seminales están situadas cerca de los riñones; no descienden á las bolsas hasta el instante del nacimiento.

Puede ser incompleta la evolución de los testículos, y permanecer entonces estas glándulas incluídas en el abdomen, donde se detienen en un punto de su trayecto: llámase á esto *ectopia* (de ἐκ, fuera, y τόπος, lugar); si esta anomalía sólo existe

en un lado, lo cual es lo más frecuente, el individuo es *monórquido* (de μόνος, uno, y ὄρχις, testículo), como lo era el dictador Sila; si es doble, constituye la *criptorquidia* (de κρύπτειν, ocultar, y ὄρχις, testículo). Kiche cita el caso de un aldeano que para eximirse del servicio militar llegó á simular una *criptorquidia*, conteniendo sus testículos en el conducto inguinal por medio de un vendaje adecuado.

Esta detención de los testículos en el anillo inguinal es causa de numerosos errores de diagnóstico. Uno de nuestros más hábiles cirujanos creyó, en uno de estos casos, en la existencia de una hernia doble. Otro sólo reconoció su error después de haber puesto á descubierto el testículo que había tomado por una hernia estrangulada.

La ectopia testicular doble produce con la mayor frecuencia la ineptitud para la fecundación. Según Voltaire, el Parlamento de París dió un fallo el 8 de enero de 1658 acerca de la necesidad de que fueran aparentes los dos testículos y decidió que sin ellos no se podía contraer matrimonio.

Ya, en 1587, el papa Sixto V había declarado, en carta del 25 de junio á su Nuncio en España, que era preciso descasar á todos los que carecían de testículos.

Existen, sin embargo, numerosos ejemplos de criptorquidia no acompañada de esterilidad. Hasta se cita el de una familia en la cual era hereditario este vicio de conformación.

A consecuencia de un fuerte choque, ó de un brusco movimiento de los muslos, pueden volver á entrar los testículos en el conducto inguinal y aun en el vientre: no es raro ver niños que conviertan en juego este género de cambio de lugar.

Estructura del testículo.—El testículo comprende en su textura: 1.°, una cubierta fibrosa, la *túnica albugínea* (de *albugo*, mancha blanca), así llamada á causa de su aspecto blanco nacarino; 2.°, un tejido propio, la *pulpa testicular*; 3.°, *vasos* y *nervios* que presiden á su nutrición é inervación.

1.° Túnica albugínea.—Esta cubierta es inextensible, como todas las membranas fibrosas, y muy densa, porque debe pro-

teger á la pulpa testicular contra los magullamientos y choques exteriores. En su borde superior presenta un engrosamiento, llamado *cuerpo de Higmoro*, de donde irradian multitud de tabiques membranosos que dividen la cavidad de esta cáscara en considerable número de pequeños espacios prismáticos.

2.° PULPA TESTICULAR.—Cada uno de estos compartimentos



FIG. 10.—Pulpa testicular.

1. Lóbulos del testículo, manifestando los conductillos espermáticos flexuosos.—2, 3. *Rete testis*.—4. Conos eferentes.—5. Cabeza del epidídimo.—6. Cuerpo del epidídimo. —7. Vaso aberrante.—8. Cola del epidídimo.—9. Conducto deferente.

que acabamos de nombrar encierra uno ó muchos tubos muy finos, arrollados sobre sí mismos y llamados *conductillos espermáticos*. Los pelotones formados por estos tubos reciben el nombre de *lóbulos* y su conjunto constituye la *pulpa testicular* (fig. 10). Se cuentan próximamente 275 lóbulos por cada glándula seminal. Rabelais parece haber entrevisto esta conformación de los testículos, á los cuales llama en alguna parte «ovillos».

Mr. Sappey estima que un solo testículo contiene cerca de 1.100 tubos seminíferos; ahora bien, como éstos miden 75 cen-

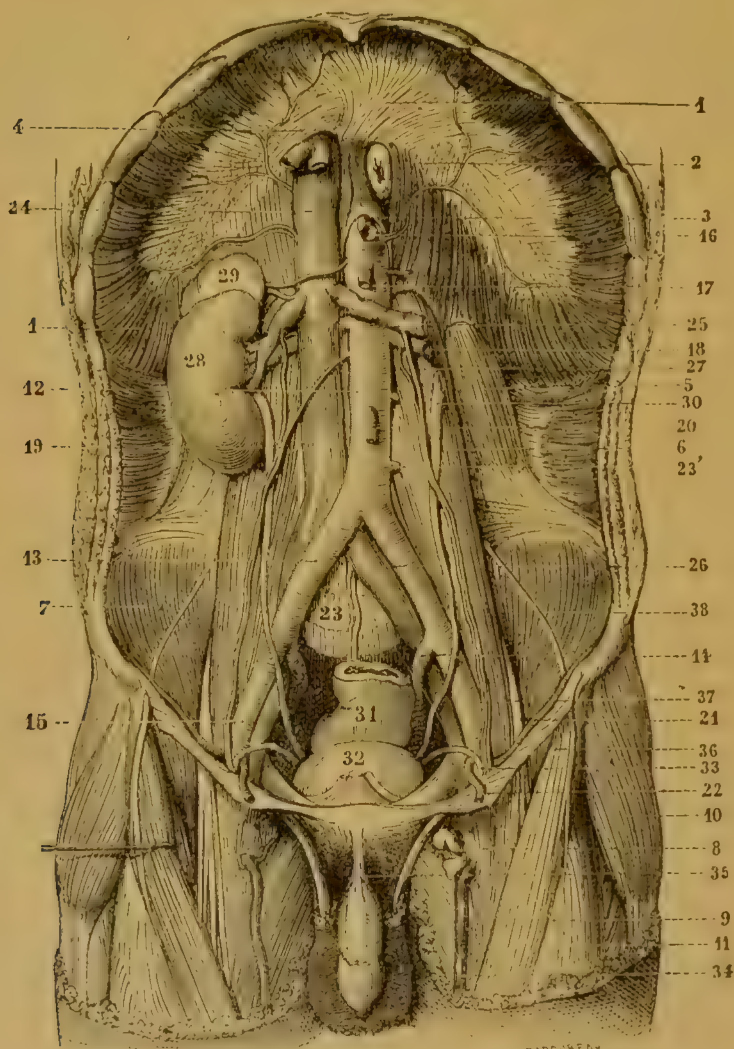


FIG. 11.—Cavidad abdominal.

1. Diafragma.—2. Esófago.—3. Aorta.—4. Vena cava inferior.—5. Músculo cuadrado de los lomos.—6 M. psoas.—7. M. ilíaco.—8. M. transverso.—9. M. sartorio.—10. M. de la *fascia lata.*—11. M. recto anterior.—12. Arteria aorta.—13. A. ilíaca primitiva.—14. A. ilíaca interna.—15. A. ilíaca externa.—16. Tronco celiaco.—17. Arteria mesentérica superior.—18. A. renal.—19. A. espermática.—20. A. mesentérica inferior.—21. A. circunfleja ilíaca.—22. A. epigástrica —23. A. sacra media.—24 Vena cava inferior.—25. V. renal.—26. V. ilíaca —27. V. espermática.—28. Riñón.—29. Cápsula suprarrenal.—30. Uréter —31. Recto.—32. Vejiga.—33. Cordón espermático.—34. Vena safena interna.—35. Ligamento suspensorio del pene.—36. Arco crural.—37. Nervio crural.—38. Nervio genito-crural.—39. Angulo sacro-vertebral ó promontorio.

tímetros por término medio, puede valuarse su longitud total, suponiéndolos colocados punta con punta, en un kilómetro.

Después de constituir los pelotones de la pulpa testicular, los conductillos espermáticos atraviesan de atrás adelante el cuerpo de Higmoro y forman en su espesor una red anastomósica, llamada *rete vasculósum testis* (2, 3). De la extremidad anterior de esta red parten los *conos eferentes* (4) que van á desembocar al *conducto del epidídimo* (5, 6, 8), el cual desagua á su vez en el *conducto deferente* (9).

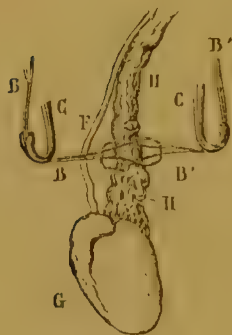


FIG. 12.

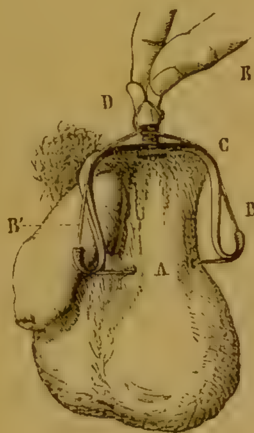


FIG. 13.

Operación del varicocele por la ligadura.—A. Escroto.—B, B'. Ligaduras pasadas por la ranura del porta-hilos C.—D. Tornillo á cuyo al rededor se enroscan los hilos.—F. Conducto deferente.—G. Epidídimo —H. Vasos sanguíneos del cordón.

3.° Vasos y nervios del testículo. Varicocele.—Las arterias que se distribuyen en los lóbulos de la pulpa testicular son las *arterias espermáticas* (fig. 14, 3). Estos vasos nacen de la *arteria aorta* (fig. 11, 12); distínguense por la longitud de su trayecto, en consonancia con la emigración de los testículos, primitivamente situados al nivel de los riñones.

Las venas (fig. 11, 27) parten de los testículos y acompañan á las arterias espermáticas, entrelazándose con ellas para formar una malla vascular, denominada *plexo pampiniforme* (fig. 14, 4, 5), á causa de su semejanza con los pámpanos de la vid. Las dilataciones morbosas de estas venas constituyen las várices de las bolsas ó *varicocele* (de *varix*, váriz, y κήλη,

tumor). Estas dilataciones varicosas producen al tacto la sensación de un ovillo de gusanos; con frecuencia provocan intolerables dolores que hacen necesaria la ligadura (figs. 12 y 13).

Los dos grupos de venas *espermáticas*, que componen los plexos pampiniformes, tienen comunidad de origen y diversa terminación. El del lado derecho va directamente á la vena cava inferior (fig. 11, 24); el del lado izquierdo sigue más largo curso: se abre en ángulo recto en la vena *renal* correspondiente (25), después de pasar bajo la porción del intestino grueso llamada colon ilíaco, que la comprime más ó menos.

Estas particularidades favorecen la estancación de la sangre en esta red venosa y explican la frecuencia del varicocele izquierdo.

Los NERVIOS de las glándulas seminales emergen del *plexo renal*, que inerva al mismo tiempo la mayor parte del aparato urinario. La conexión que existe entre este aparato y los testículos ocasiona siempre en los cólicos *nefríticos* calculosos vivísimos dolores que irradian hasta las bolsas. Por otra parte, el estar situado el plexo renal en la región lumbar explica los «dolores de riñones» que determinan los tumores del testículo, por la tirantez que ejercen en los filetes nerviosos emanados de este centro de inervación.

ARTÍCULO II

CONDUCTOS DESTINADOS AL CURSO DEL ESPERMA

Estos conductos abocan unos á otros y comprenden de abajo arriba: 1.°, el *epidídimo;* 2.°, el *conducto deferente*; 3.°, los *conductos eyaculadores;* 4.°, el *conducto de la uretra.*

1.° EPIDÍDIMO. ORQUITIS.—El *epidídimo* (de ἐπί, sobre, y διδυμός, testículo) es un pequeño cuerpo oblongo situado sobre el borde posterior del testículo, al cual cubre á modo de una cimera de casco (fig. 14, 6). También se ha comparado con un gusano de seda. Su extremidad anterior, ó *cabeza*, recibe los *conos eferentes* del testículo; su extremidad posterior, ó *cola*, se continúa con el *conducto deferente*; en cuanto á su parte media,

ó *cuerpo*, no se adhiere al testículo: de aquí esta otra comparación del epidídimo con el asa de una cesta.

El epidídimo se compone de un conducto flexuoso (fig. 10, 6), replegado sobre sí mismo gran número de veces. Si se despliega, mide una longitud de seis metros próximamente.

La inflamación del epidídimo, *epididimitis*, se designa por lo común con el impropio nombre de *orquitis* (de ὄρχις, tes-

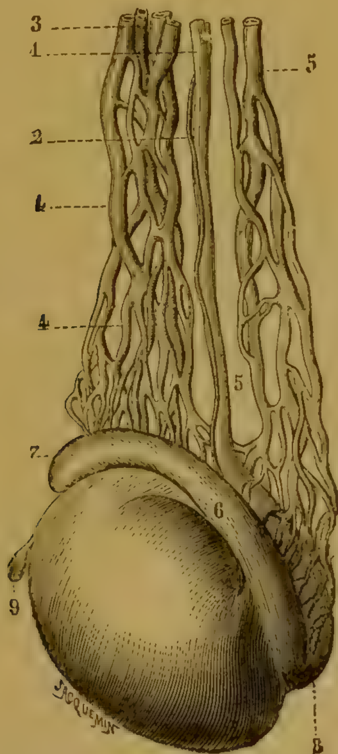


FIG. 14.—Testículo y elementos del cordón espermático.

1. Conducto deferente.—2. Arteria deferente —3. Arteria espermática.—4, 5. Venas espermáticas.--6. Cuerpo del epidídimo.—7. Cabeza.—8. Cola.--9. Hidátide de Morgagni.

tículo); ahora bien, ésta es bastante rara, y hablando con propiedad constituye el infarto inflamatorio de la glándula seminal, al paso que la *epididimitis* es muy frecuente y aparece por lo general, ya después de una violencia exterior, ya en el curso de la inflamación de la uretra ó *blenorragia*, de que pronto hablaremos: dícese entonces que «las purgaciones han bajado á las bolsas».

Bajo la influencia de esta afección, el epidídimo aumenta considerablemente de volumen y puede en ciertos casos alcanzar las dimensiones del puño. Pero su túnica fibrosa opone muy luego una resistencia que ocasiona los dolores agudos de la epididimitis. Para detener esta estrangulación dolorosa practicaba Vidal, de Cassis, múltiples incisiones en el sitio tumefacto.

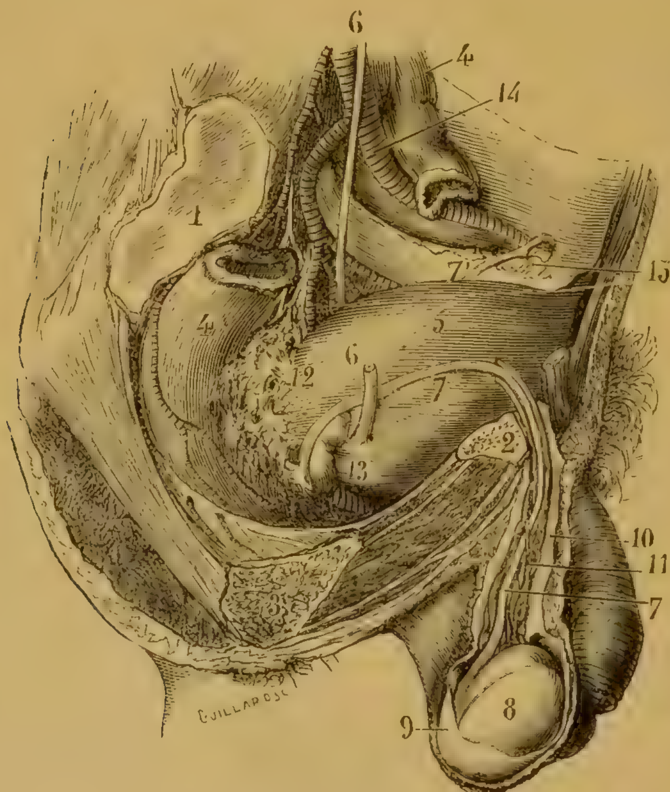


FIG. 15.—Conducto deferente.

1. Sacro.—2. Pubis.—3. Isquion.—4. Recto.—5. Vejiga.—6. Uretra.—7. Conducto deferente.—8. Testículo.—9. Sus cubiertas.—10. Cordón espermático.—11. Vasos espermáticos.—12. Plexo sacro.—13. Vesículas seminales.

La consecuencia ordinaria de la epididimitis es la obliteración del epidídimo. La obstrucción de este conducto se opone por consiguiente á la salida del esperma, y si se produce en ambos epidídimos resulta de ello una causa de esterilidad que persiste hasta que se haya hecho permeable uno de estos conductos.

Una particularidad curiosa de la epididimitis es la de que frecuentemente acompaña á las *parótidas* ó infarto de las glándulas salivales de este nombre situadas delante de las orejas.

2.° CONDUCTO DEFERENTE.—El *conducto deferente* (de *defero*, llevo) se extiende desde la cola del epidídimo hasta el *conducto eyaculador* del mismo lado. Mide al rededor de 50 centímetros de longitud.

Para facilitar la descripción de este conducto, los autores lo dividen en cuatro partes: la porción *testicular*, que se refleja sobre el epidídimo y describe circunvoluciones que le dan cierto parecido con un mechón de cabellos (fig. 10); la porción *funicular* (de *funis*, cuerda), así llamada porque ocupa el cordón espermático (fig. 15, 7), y se distingue al tacto de los otros órganos que le rodean por la dureza de sus paredes; la porción *inguinal*, que atraviesa el conducto de este mismo nombre; en fin, la porción *pelviana* (de *pelvis*, bacinete), que se dirige hacia el bajo fondo de la vejiga después de haber abandonado las demás partes constituyentes del cordón espermático.

El calibre del conducto deferente es capilar, pero sus paredes son muy gruesas, lo cual permite resista los tirones de la glándula seminal, de quien es el principal agente suspensorio.

3.° CONDUCTOS EYACULADORES.— Son en número de dos (figura 1, *m*). Pueden considerarse como los conductos excretores de las vesículas seminales; en efecto, parten del cuello de éstas, y después de un trayecto de 2 ó 3 centímetros van á abrirse en la región prostática de la uretra, á los lados de una eminencia llamada *verumontano* (fig. 20, 6).

Al terminar estos conductos están separados uno de otro por una bolsita membranosa llamada *utrículo prostático* (7), que ejerce una compresión elástica y permanente en las paredes de estos conductos, oponiéndose de esta suerte al paso del esperma durante el descanso de los órganos genitales.

4.° CONDUCTO DE LA URETRA.—La *uretra* es un conducto que en el hombre sirve para la emisión del esperma y de la

orina. Su calibre medio valúase en 7 milímetros de diámetro, pero por la dilatación forzada puede alcanzar un centímetro y aun más. Permite la entrada de cuerpos extraños relativamente voluminosos; Civiale halló en la vejiga de un hombre un medallón de 3 centímetros de largo y un centímetro y medio

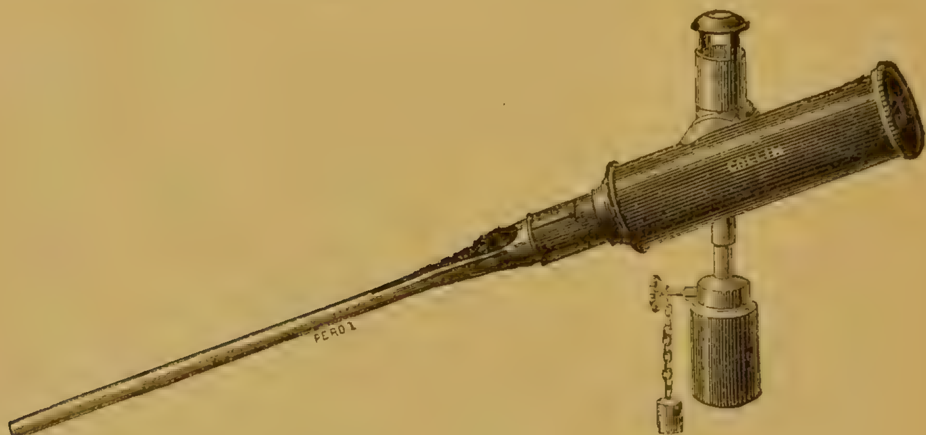


Fig. 16.—Uretroscopio de J. Desormeaux.

de ancho; unas lavanderas se lo habían introducido estando ebrio. Merced también á la extrema dilatabilidad de la uretra pueden introducirse en este conducto diversos instrumentos,

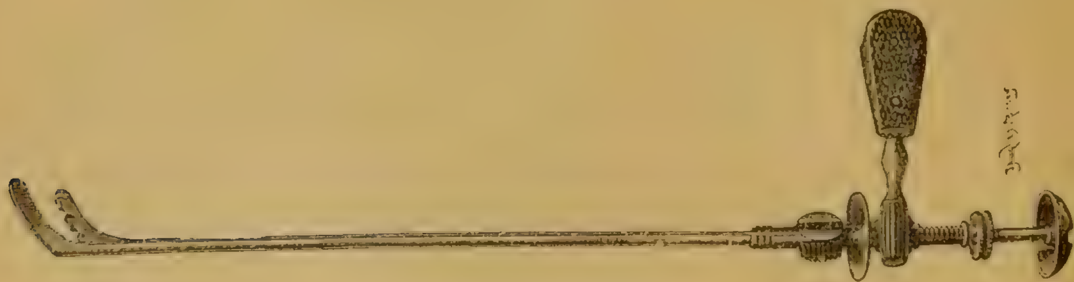


Fig. 17.—Litotriturador.

tales como el *uretroscopio* (fig. 16), que sirve para examinar á simple vista la mucosa uretral y apreciar sus alteraciones, y los aparatos *litotrituradores* (de λίθος, piedra, y *terere*, triturar), destinados á quebrantar los cálculos en el interior de la vejiga.

En su trayecto, que se extiende desde el cuello de la vejiga á la extremidad del pene, describe la uretra dos curvas compa-

rables á las de una *S* itálica: una posterior, fija, y otra anterior, que se borra durante la erección (fig. 18). En los individuos á quienes se ha amputado el pene sólo persiste la corvadura profunda, y durante la micción el chorro de la orina se dirige fuertemente hacia arriba. La fijeza de la curvatura posterior explica el encorvamiento de las sondas metálicas (fig. 19), empleadas en el cateterismo (de καθιέναι, sumergir) de la uretra, ya

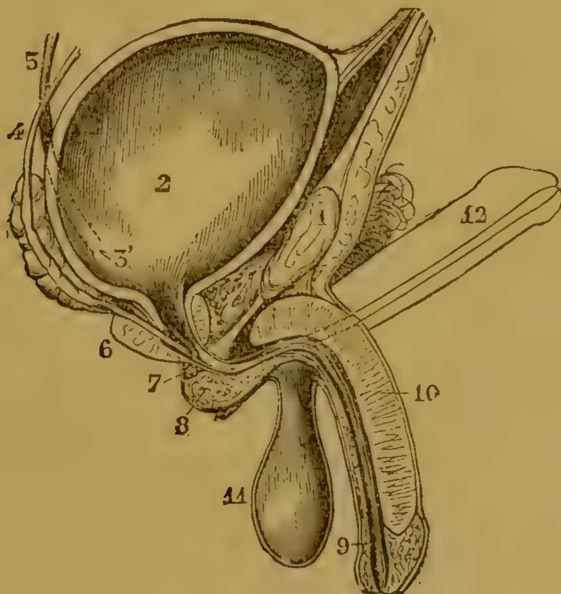


Fig 18.—Curvaturas de la uretra (Fort).

1. Corte de la sínfisis del pubis.—2. Vejiga.—3, 3'. Uréter izquierdo abriéndose en la vejiga.—4. Conducto deferente.—5. Vesícula seminal.—6. Próstata.—7. Glándulas de Mery ó de Cooper.—8. Bulbo.—9. Fosa navicular.—10. Cuerpo cavernoso.—11. Escroto.—12. Pene levantado, en erección.

para dilatar las estrecheces orgánicas de este conducto, ya para favorecer la salida de la orina en los casos de retención.

El conducto de la uretra, cuya longitud oscila entre 16 y 20 centímetros, hase dividido por los anatómicos en tres porciones distintas que de atrás adelante son: las porciones *prostática*, *membranosa* y *esponjosa* (fig. 20).

Porción prostática. Incontinencia de orina.—La porción prostática debe su nombre á que está, por decirlo así, embutida

en el espesor de la glándula *próstata* que rodea al cuello de la vejiga. Su longitud es de 27 milímetros; tiene la forma de un huso, y presenta en su cara inferior un resalto blanquecino llamado *cresta uretral* ó *verumontano* (fig. 20, 6). Esta eminencia aumenta de volumen durante la erección, oponiéndose de este modo por una parte á la salida de la orina y por otra al reflujo del esperma hacia la vejiga mientras se eyacula. Esta disposición explica la dificultad para orinar durante la erección completa.

A los lados de la cresta uretral nótase la abertura de los con-

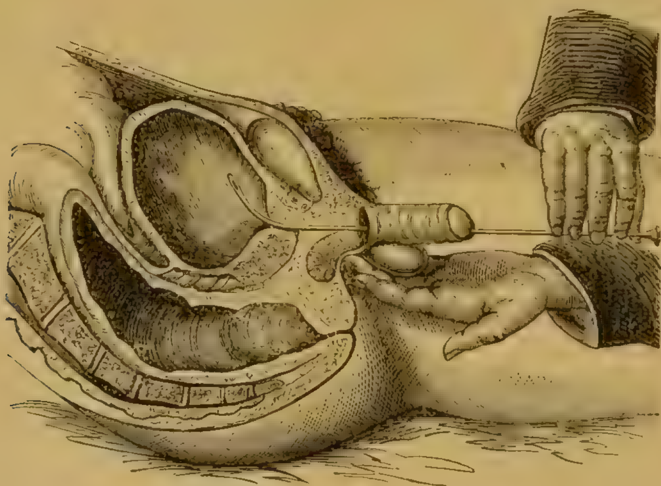


Fig. 19.—Cateterismo de la uretra.

Los dedos se colocan bajo el periné para facilitar la introducción de la sonda (Voillemier).

ductos eyaculadores, y en su vértice el orificio del *utrículo prostático* (7), cuyos usos hemos indicado ya.

La porción prostática de la uretra está esencialmente compuesta de fibras musculares, cuyo conjunto forma el *esfínter prostático*. Al contraerse estas fibras aplican bruscamente una contra otra ambas paredes de la uretra, y desalojan de este modo el líquido espermático ó urinario que contenga, dirigiéndole hacia la parte anterior de este conducto. Este anillo muscular contribuye también con el esfínter de la vejiga á retener la orina en este depósito. Por eso se comprende que la consecuencia de la parálisis de estas fibras sea el involuntario derra-

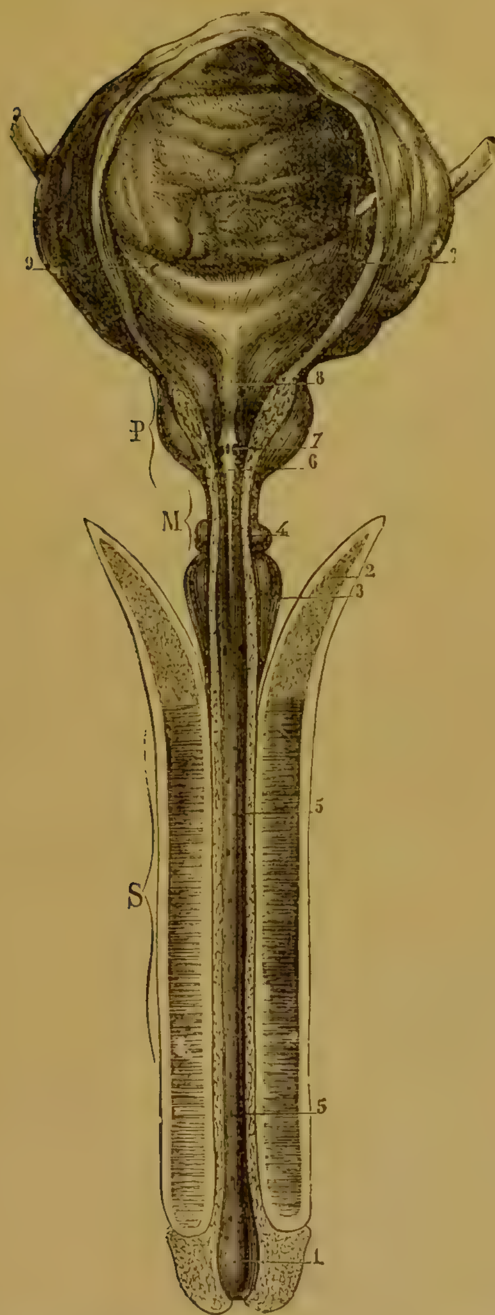


FIG. 20.—Vejiga y conducto de la uretra abiertos por la parte superior (Fort).

P. Porción prostática de la uretra.—M. Porción membranosa.—S. Porción esponjosa.—1. Fosa navicular.—2. Una de las raíces de los cuerpos cavernosos.—3. Bulbo.—4. Glándulas de Cooper.—5, 5. Lagunas de Morgagni.—6. Verumontano ó cresta uretral.—7. Orificios del utrículo prostático y de los conductos eyaculadores en el verumontano.—8. Campanilla vesical correspondiente al cuello de la vejiga.—9, 9. Desembocadura de los uréteres en la vejiga.

me de la orina; tal es la causa ordinaria de la incontinencia en los viejos. Remédiase este inconveniente con ayuda de aparatos de cautchuc (fig. 21), que conservan las orinas y se disimulan bajo los vestidos.

De la próstata. Su hipertrofia en los viejos.—La próstata (de προστάτης, defensor) es una glándula del volumen y forma de

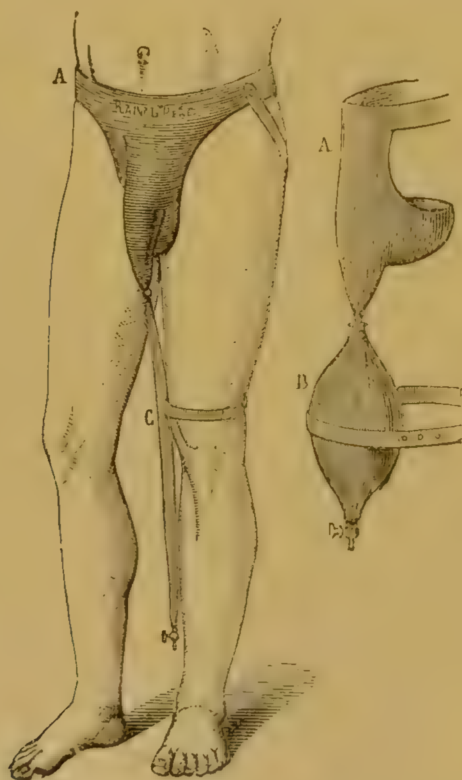


FIG. 21.—Aparatos de cautchuc contra la incontinencia de orina.

A, C. Modelo para de noche.—A, B. Modelo para de día.

una castaña pequeña. Su base envuelve al cuello de la vejiga y le sirve, por decirlo así, de órgano protector: de aquí su nombre. Esta conexión explica por qué es imposible practicar la operación de la *talla* (fig. 22), que consiste en extraer de la vejiga un cálculo voluminoso, sin dividir previamente la glándula próstata.

Constituye el tejido de la próstata una trama muscular que

encierra gran número de glándulas, cuyo producto de secreción vierten en la uretra en el momento de eyacular. Este líquido sirve para diluir el esperma y le da su color opalino. Es lo que eyaculan los eunucos. Puede existir el derrame de este producto de secreción fuera de las relaciones sexuales, y entonces constituye la *prostatorrea*, enfermedad que de ordinario se confunde con la *espermatorrea* ó *pérdidas seminales*.

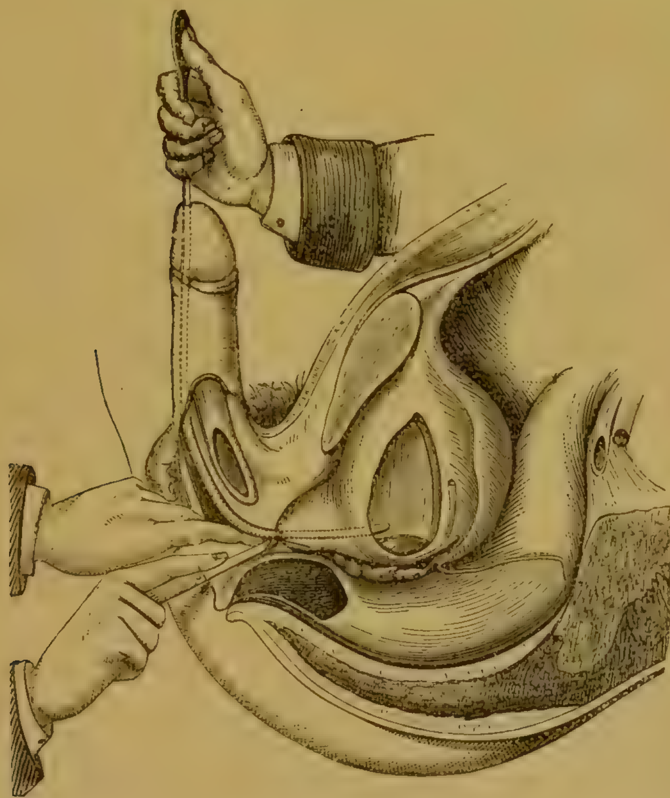


FIG. 22.—Operación de la talla en el momento de dividir la próstata (Thompson).

El aumento de volumen ó *hipertrofia* de la próstata (fig. 23) es frecuente en los viejos; produce la estrechez de la porción prostática de la uretra, y por consiguiente provoca la retención de orina. Además produce el estancamiento de ésta en el fondo bajo de la vejiga y favorece la formación de sedimentos urinarios productores de cálculos.

Porción membranosa de la uretra.—Esta parte de la uretra mide, por término medio, 13 milímetros de longitud. Forman

sus paredes fibras musculares estriadas, cuyo papel es desalojar hacia la porción esponjosa de la uretra el esperma y la orina procedentes de la porción prostática. Cuando se sonda á individuos impresionables, la contracción espasmódica de estas fibras determina con frecuencia la obstrucción momentánea del conducto de la uretra y se opone temporalmente al cateterismo.

En el contorno de la superficie interna de esta región se notan los orificios de unas glándulas, conocidas con el nombre

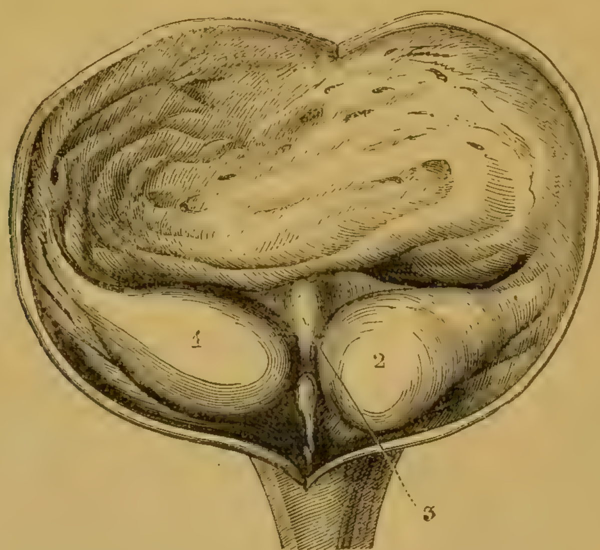


FIG. 23.—Hipertrofia de la próstata (Thompson).

1, 2. Lóbulos laterales de la próstata hipertrofiada.—3. Lóbulo medio.

de *glándulas de Littre*, cuyo producto de secreción sirve para barnizar las paredes uretrales.

Al nivel de la porción membranosa de la uretra pueden desarrollarse abscesos que llegan á abrirse en el recto, y establecen de este modo una comunicación anormal entre ambos conductos llamada fístula *uretro-rectal*. La proximidad del intestino grueso permitió á un enfermo, citado por Begin, expeler al orinar un huesecillo que había tragado poco tiempo antes.

Los abscesos formados junto á la uretra se abren á veces por uno ó varios agujeros en la superficie del periné y

originan las fístulas *uretro-perineales* (fig. 24), por las que sale la orina en el momento de la micción. Estos trayectos fistulosos se observan sobre todo en los individuos afectados de estrecheces en la uretra; muchas veces ocasionan fiebre úrica, que puede ocasionar la muerte. Es verosímil que Francisco I sucumbiera por un accidente de este género y no

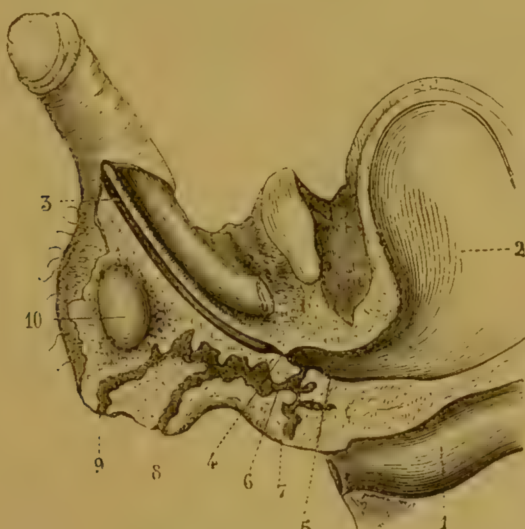


Fig. 24.—Fístulas urinarias causadas por una estrechez (Thompson).

1. Recto.—2. Vejiga.—3. Conducto de la uretra.—4. Parte estrechada del conducto uretral. Detrás se hallan: una dilatación de la región prostática (5), y una perforación (6), que es la abertura interna de la fístula urinaria.—7. Una de las aberturas externas de la fístula situada en el periné.—8, 9. Otros dos orificios fistulosos situados en el escroto.—10. Testículo.

por otra enfermedad que le atribuye este terceto muy conocido:

> En Rambouillet Francisco sucumbía,
> el año mil quinientos y cuarenta
> y siete, de bubones que tenía (1).

Porción esponjosa de la uretra.—Esta parte de la uretra (fig. 20, 5) está rodeada por una vaina de estructura reticulada que debe su nombre á su semejanza con una esponja. Su

(1) L'an quinze cent quarante-sept,
François mourut à Rambouillet
De la vérole qu'il avait.

extremidad posterior termina en un abultamiento llamado *bulbo* y la anterior por otro llamado *glande*.

A cada uno de estos abultamientos corresponde una dilatación del conducto uretral: la anterior es la *fosa navicular* (de *navicula*, navecilla) y la posterior el *fondo de saco del bulbo.* Una brida semicircular disminuye por detrás de esta última el calibre de la uretra y sirve de límite entre las porciones membranosa y esponjosa. Este estrecho paso, llamado *cuello del bulbo*, es el asiento ordinario de las estrecheces uretrales, que

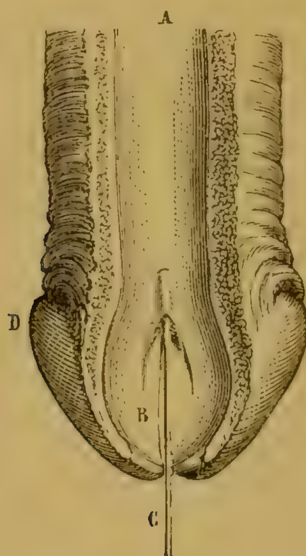


Fig. 25.—Válvula de Guerin que con frecuencia detiene la sonda.

A. Pared superior de la uretra.—B, D. Válvula en la cual está introducida la extremidad de la sonda C.

las más de las veces son consecutivas á una antigua blenorragia, y no, como sin razón se cree, á las inyecciones prescritas en esta última enfermedad.

En la pared superior de la porción esponjosa de la uretra se notan unas aberturas descritas por Morgagni con el nombre de *lagunas;* pueden detener la punta de la sonda, dificultando el cateterismo. Son orificios de glándulas que segregan un líquido destinado, como el de las de Littre, á humedecer las paredes uretrales. A 2 ó 3 centímetros de distancia del meato urinario hay un orificio glandular mayor que los demás, y

que se consideró como una válvula por Mr. A. Guerin, cuyo nombre le ha quedado (fig. 25).

Bulbo de la uretra. — El abultamiento posterior ó *bulbo* (fig. 26, 7), que los antiguos llamaban «la cebolla de la uretra», está rodeado por el músculo *bulbo-cavernoso*. Durante la erección aumenta de volumen y de resistencia, pudiendo sen-

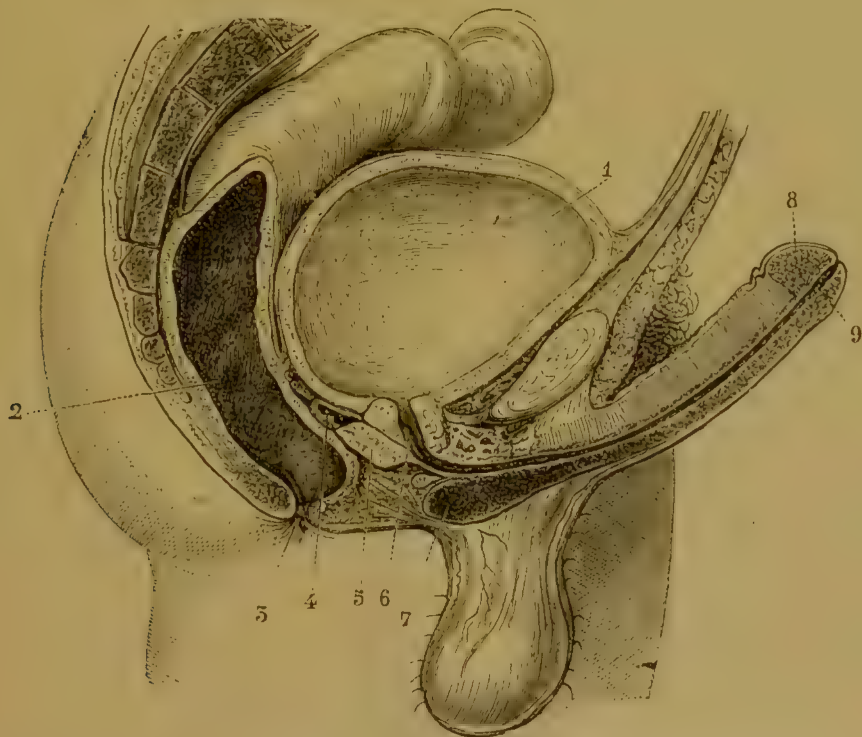


FIG. 26. — Corte antero-posterior de los órganos sexuales del hombre (Richet).

1. Vejiga.—2. Recto.—3 Ano.—4. Vesícula seminal.—5. Próstata.—6. Porción prostática de la uretra.—7. Bulbo de la uretra.—8. Glande.—9. Fosa navicular.

tírsele en este momento á través de las diferentes capas del periné. El bulbo sólo está separado del recto por un intervalo de cerca de un centímetro, y menos aún en los viejos, cuyo abultamiento bulbario adquiere con frecuencia considerable desarrollo: por eso puede herirse fácilmente en las operaciones que se practican junto al ano, como en la talla.

Glande. Hipospadias. Balanitis. Vegetaciones.—El *glande* (fig. 26, 8) recubre la extremidad anterior de los *cuerpos cavernosos* á la manera de un casco. Sobresale por fuera de la piel del pene, como el fruto de la encina fuera de su cápsula: semejanza que ha motivado su denominación.

La forma cónica que presenta tiene por objeto facilitar su introducción en el estuche vaginal de la mujer; circunscribe su base un reborde saliente, llamado *corona*, y horada su vértice el orificio anterior de la uretra ó *meato urinario*. En ciertos casos puede abrirse este orificio á una distancia más ó menos lejana de la cúspide del glande, y según ocupa la parte inferior ó superior del pene, constituye los vicios de conforma-

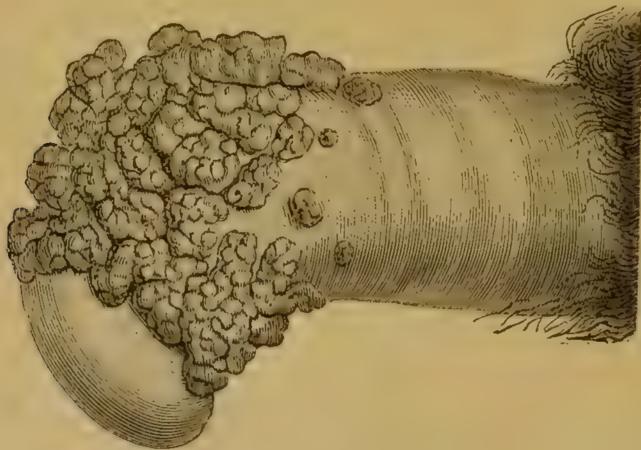


Fig. 27.—Vegetaciones de la base del glande (Fort).

ción conocidos con los nombres de *hipospadias* y de *epispadias* (de ὑπὸ, debajo; ἐπὶ, sobre, γσπάω, yo divido).

Estas anomalías traen en pos de sí la ineptitud para la fecundación, porque se oponen á la forma regular de la eyaculación y el esperma se deposita durante este acto fuera de la vagina. Enrique II era hipospádico, y los consejos de su médico Fernelio le proporcionaron muchos vástagos, después de once años de matrimonio.

Reviste al glande una membrana mucosa muy tenue y que recibe gran número de filetes nerviosos; por eso goza de una exquisita sensibilidad. El epidermis de esta membrana se en-

gruesa en las personas que tienen descubierto el glande. Esta conformación embota algo la sensibilidad de este órgano, pero tiene la ventaja de preservarle mejor del contagio sifilítico. La mucosa del glande es asiento frecuente de producciones carnosas vegetantes (fig. 27), á las cuales se ha dado los nombres de *coliflores*, *puerros*, *frambuesas* y *crestas de gallo*, según su forma. Con frecuencia invade la inflamación á esta membrana y da margen en este caso á la balanitis (de βάλανος, glande).

Mucosa de la uretra.—Tapiza en toda su extensión al conducto de la uretra una membrana mucosa de color blanquecino, cuya superficie eriza gran número de papilas recubiertas de un barniz epitelial que la inflamación hace caer. La orina entonces se pone en contacto con las papilas nerviosas desnudas, y su paso origina el excesivo ardor que ha valido á la *uretritis* ó *blenorragia* (de βλέννα, moco, y ῥήγνυμι, expulso fuera) el nombre vulgar en Francia de «chaudepisse» (mea-caliente) De aquí también la expresión popular «mear navajas de afeitar».

En estado normal, es bastante viva la sensibilidad de la uretra; por eso el primer cateterismo es muy penoso, pero á la larga se embota esta sensibilidad y permite á los individuos afectos de retención de orina la introducción diaria de sondas sin provocar dolor.

En toda la circunferencia de la uretra disemínanse las depresiones y aberturas de diversos tamaños que hemos señalado al describir cada porción de este conducto. Las más importantes pueden detener la punta de la sonda en el cateterismo y engendrar falsas vías más ó menos graves. En la pared superior se encuentran la *válvula de Guerin* (fig. 25) y las *lagunas de Morgagni*; en la pared inferior el *fondo de saco del bulbo*, las desembocaduras de los *conductos eyaculadores* y el orificio del *utrículo prostático*. De aquí el precepto de hacer que siga la punta de la sonda la pared inferior de la uretra en la parte anterior de este conducto y la opuesta en la parte profunda.

Numerosas fibras elásticas están diseminadas en el espesor de la membrana mucosa, que dan al conducto de la uretra la gran dilatabilidad que le permite recibir instrumentos más volumi-

nosos que su calibre ordinario. Aparte de esto, la mucosa uretral está reforzada en toda su extensión por una capa de fibras musculares lisas, dispuestas en haces longitudinales, que retraen esta membrana cuando el pene está flácido. Las contracciones de estas fibras musculares son las que hacen caer en la vejiga los cuerpos extraños (mondadientes, espigas de trigo, portaplumas) que individuos depravados se introducen por el meato urinario. A fin de evitar este accidente á las sondas colocadas de un modo permanente en la vejiga, es preciso tomar la precaución de fijarlas con solidez, ya adhiriéndolas á los pelos del pubis, ya reteniéndolas en el mismo pene con tiras de diaquilón ó un aparato especial (fig. 28).

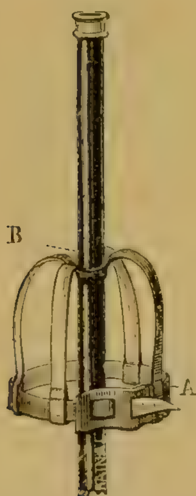


Fig. 28.—Fija-sonda de cautchuc.

La mucosa uretral recibe los mismos nervios que la vejiga; por eso, como se observa en los cálculos, toda irritación del cuello vesical produce una molesta comezón en el glande. Esta sensación puede compararse con la conocida ilusión de los amputados, que experimentan dolor en la extremidad del miembro que se les operó.

De la blenorragia.—Más conocida bajo el nombre de *purgaciones*, *flujo*, *recalentamiento* ó *gonorrea* (de γόνος, simiente, y ῥεῖν, correr), la blenorragia es una inflamación especial de la mucosa uretral. Su causa ordinaria son los excesos venéreos; es decir, que ha existido en todo tiempo.

Moisés parece aludirla en estos pasajes del *Levítico*: «Cualquier varón, cuando su simiente manare de su carne, será inmundo. Y esta será su inmundicia en su flujo: sea que su carne destiló por causa de su flujo, ó que su carne se obstruyó á causa de su flujo, él será inmundo... Así, apartaréis los hijos de Israel de sus inmundicias, á fin de que no mueran por sus inmundicias, ensuciando mi tabernáculo que está entre ellos» (2, 3, 4 y 31).

Provocan también la uretritis el flujo menstruo y las flores blancas, pero con más rareza que los excesos venéreos; y con

frecuencia, como ha dicho Ricord, parodiando un axioma muy conocido, «la mujer más sana del mundo puede dar lo que no tiene».

«Tal mujer, inofensiva para uno, hace notar por otra parte Mr. A. Fournier, da ó mejor dicho parece dar unas purgaciones á tal otro que se ha «recalentado» antes con ella, que se ha entregado al coito después de copiosas libaciones, que por otra parte presenta una predisposición evidente á la enfermedad, ya en razón á su temperamento, ya por efecto de una conformación especial del pene, ora en fin como consecuencia de blenorragias anteriores. Esta es la eterna historia de la mujer casada, que no da nada á su marido, y de la cual recibe purgaciones un amante más apasionado. Esto explica también por qué la blenorragia se adquiere con mucha mayor frecuencia con una querida, junto á la cual se excita, que en la relación con una mujer pública, contacto habitualmente único, frío y rápido.»

Así, este autor ha investigado el origen de la blenorragia en 387 casos, encontrando que 12 se habían contraído con mujeres públicas, 26 con mujeres casadas, 41 con domésticas, 44 con prostitutas clandestinas, 126 con menestralas y 138 con mujeres de teatro y vengadoras. En cuanto á la frecuencia de la blenorragia, es tal que Lisfranc ha podido decir que de cada 100 individuos hay por lo menos 80 que la han tenido, la tienen ó la tendrán.

Ricord agrupó ingeniosamente las numerosas causas que desarrollan la blenorragia en su célebre *receta para atrapar purgaciones*. «¿ Queréis, decía, coger purgaciones ? He aquí los medios: tómese una mujer linfática, pálida, rubia más bien que morena, todo lo más leucorreica que podáis encontrarla; comed en compañía; comenzad por ostras y continuad por espárragos; bebed seco y muchos vinos blancos, champagne, café, licores, todo esto es bueno; bailad en seguida de vuestra comida y haced que baile vuestra compañera; acaloraos bien é ingerid fuerte cerveza durante la broma; llegada la noche, conducíos con valentía: dos ó tres asaltos no son demasiado, y mejor es más que menos; al despertar no olvidéis tomar un baño tibio

y prolongado; tampoco descuidéis hacer una inyección; cumplido este programa concienzudamente, si no adquirís purgaciones será que os protege Dios.»

De estos consejos, dados bajo una forma graciosa, se deducirán con facilidad los principios higiénicos que se deben seguir para evitar la uretritis. Al mismo tiempo, recordaremos este precepto de la escuela de Salerno: *Post coïtum si mingas apte servabis urethras* (tras el coito si orinas, apta conservarás la uretra). También será prudente observar la ley escrita por Moisés en el *Levítico:* «Y cuando la mujer tuviere flujo de sangre, y su flujo fuere en su carne, siete días estará apartada; y cualquiera que tocare en ella, será inmundo hasta la tarde» (19). También será bueno acordarse de las recomendaciones dadas por Mr. Langlebert en sus *Cartas á Emilio:* «El amor prudente debe ser vigilante y egoista. Nada de pausa, de voluntario retardo... E inmediatamente después, en el momento propicio en que el amor arroja la venda, en que el pesar sucede á la enseñanza, en que el deseo satisfecho cede el puesto al temor, pronto, pronto, un lavatorio completo, atento, minucioso, repetido muchas veces, en todas las superficies que el virus haya podido tocar, en todos los pliegues y repliegues donde haya podido deslizarse. Ni un minuto, ni un segundo hay que perder, los instantes son preciosos: *¡fugit irreparabile tempus!*» El medio más seguro para evitar el contagio consiste en usar esa ligera vestimenta de origen inglés, el *condom*, inventado hacia mitad del siglo anterior por un médico de Londres que le dejó su nombre. Pero bueno será no imitar al devoto duque de Orleans; su esposa, la princesa palatina, refiere en sus *Memorias* que entraba siempre en la cama con un rosario lleno de innumerables medallas; servíale para hacer sus oraciones antes de dormirse. «Terminadas éstas, escribe, oía yo un gran ruido causado por las medallas, como si las paseara por bajo del cobertor. Yo le dije: «¡Dios me perdone! pero sospecho que paseáis vuestras reliquias y vuestras imágenes de la Virgen por un país que les es desconocido». El señor respondió: «Callaos, dormid, no sabéis lo que os decís». Una noche me levanté con mucho cuidado, coloqué la luz de modo que alumbrara todo

el lecho, y en el momento en que paseaba sus medallas por bajo de las sábanas, le cogí por el brazo y le dije riendo: «Lo que es ahora no me lo podéis negar». El señor se echó también á reir y dijo: «Como habéis sido hugonota no sabéis el poder de las imágenes y de las reliquias de la Santa Virgen: garantizan contra todo mal á las partes que con ellas se frotan». Yo respondí: «Os pido perdón, señor; pero no me persuadiréis de que sea honrar á la Virgen pasear su imagen por las partes destinadas á quitar la virginidad». El señor no pudo menos de reirse, y dijo: «Os lo suplico, no se lo digáis á nadie».

Puede suceder que la blenorragia pase al estado crónico; entonces constituye la *blenorrea*. Como esta afección se caracteriza por un ligero rezumamiento de pus que aparece sobre todo por la mañana en el meato urinario, dásela por lo común el nombre de *gota matinal* ó *gota militar*.

ARTÍCULO III

DEPÓSITOS DEL ESPERMA

Vesículas seminales, su forma y su estructura.— Las vesículas (fig. 29, 5) son dos bolsas membranosas destinadas á recibir el esperma. Tienen la forma de una pera muy alargada, cuya punta ó *cuello* se confunde con la extremidad terminal de los *conductos deferentes* (6) y comunica con los *conductos eyuculadores* (fig. 1, *m*).

Dando un corte, las vesículas seminales parecen constituídas por espacios celulares que comunican todos entre sí; pero en realidad las forma un conducto flexuoso de 10 centímetros de longitud, que recibe numerosos divertículos á los cuales deben estas vesículas su aspecto abollado.

Las paredes de los depósitos espermáticos se componen en gran parte de fibras musculares que se contraen durante la eyaculación para lanzar el esperma á la uretra. Las contracciones de estas fibras son independientes de la voluntad. Por eso es imposible detener la emisión del esperma en cuanto se inicia.

Situación y relaciones de las vesículas seminales.—Las vesículas seminales (fig. 26, 4) están colocadas entre el recto y la vejiga, á la cual se adhieren íntimamente.

Estas relaciones permiten por una parte reconocer, por medio del tacto rectal, las afecciones de las vesículas seminales, por ejemplo, los tubérculos, y por otra explican el involuntario derrame de esperma en los esfuerzos para defecar, así como las

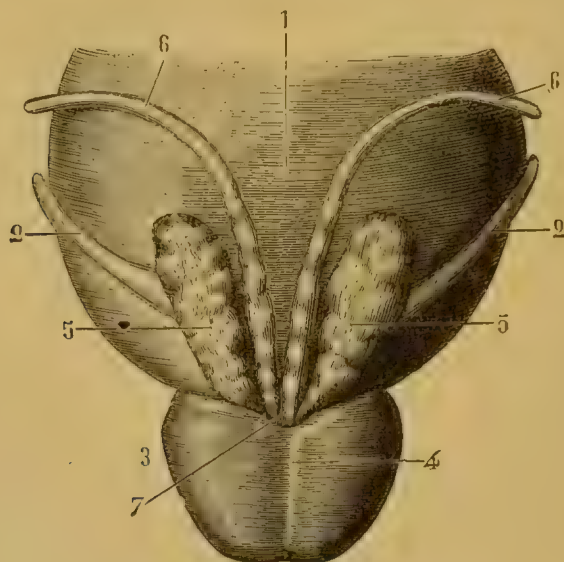


Fig. 29.—Cara posterior de la vejiga.

1. Vejiga.—2. Uréteres.—3, 4. Próstata.—5. Vesículas seminales.—6. Conductos deferentes.

erecciones matinales, resultantes de la compresión de estas vesículas por el acúmulo de la orina en la vejiga.

ARTÍCULO IV

APARATO DE LA CÓPULA

Del pene.—El aparato que sirve para conducir el líquido espermático á las vías genitales de la mujer es el *pene* ó *miembro viril.* En latín lleva los diferentes nombres de *mentula*, *virga*, *membrum virile*, *priapus*, *colis*, *fascinus*, *mute*, *verpa*, *hosta* y *penis*.

Este miembro es único por lo común; en ciertos casos excepcionales es doble (fig. 30), y constituye entonces un vicio de conformación muy molesto para la cópula.

Blando y péndulo en estado de reposo, el pene se alarga y endereza en estado de actividad.



FIG. 30.—Pene doble en un monstruo polimelio.

Sus dimensiones varían según los individuos, y no siempre son proporcionales con el resto del cuerpo. En general, el pene de los hombres de corta estatura aun está más desarrollado que el de los hombres de elevada talla.

En todos tiempos se ha notado que existía cierta relación entre el volumen de la nariz y el miembro viril:

Noscitur ex naso quanta sit hasta viri [1],

dice un axioma de los antiguos; *Al nazzo cognoscete il cazzo*, repite un adagio italiano, y un poeta del décimosexto siglo escribió:

A la nariz la dimensión se ajusta
De lo que á la mujer conviene y gusta [2].

La fisiología nos enseña también que el desarrollo del aparato vocal se halla estrechamente ligado al del aparato genésico, y que hasta cierto punto de la intensidad de la voz se puede deducir el grado de virilidad; los eunucos, por ejemplo, todos tienen la voz afeminada.

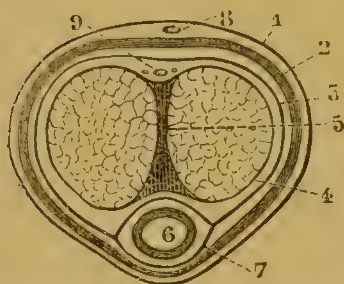


FIG. 31.—Corte del pene durante la erección.

1. Piel.—2. Capa muscular.—3, 7. Cubierta fibrosa.—4. Pared de los cuerpos cavernosos —5. Tabique de los cuerpos cavernosos.—6. Corte de la uretra.—7. Cubierta elástica —8. Corte de la vena dorsal superficial del pene.—9. Corte de la arteria dorsal y de las venas dorsales profundas.

Ciertas enfermedades, como la hidropesía y las hernias voluminosas, tienden á disminuir el volumen del pene; otras, por el contrario, lo aumentan considerablemente, por ejemplo la elefantiasis.

La estructura del pene comprende: 1.°, los *cuerpos cavernosos* (fig. 20), que recubren la *porción esponjosa de la uretra* y le sirven de tutores; 2.°, las *cubiertas* ó vaina del pene.

1.° CUERPOS CAVERNOSOS. SU CONFORMACIÓN.—Los cuerpos cavernosos representan casi los dos tercios del volumen del pene. Tienen la forma de dos cilindros

(1) Publio Ovidio, que recibió el sobrenombre de Nasón á causa de lo prominente de su nariz, viene en apoyo de este aforismo; en el dístico siguiente confiesa que la naturaleza le había dotado bien para el amor:

Exigere a nobis augustà nocte Corinam
Me memini numeros sustinuisse novem.

(2) Regarde au nez et tu verras combien
Grand est cela qui aux femmes convient.

adosados como los cañones de un fusil de dos tiros. Muchas veces no se verifica la soldadura de estos órganos, y cada uno de ellos conserva su independencia; entonces resulta un pene doble. La extremidad anterior de los cuerpos cavernosos está recubierta por el glande, y su extremidad posterior se bifurca en dos ramas ó *raíces* divergentes (fig. 20, 2) que van á fijarse en ambos lados del arco pubiano, con la solidez bastante para que sea posible levantar un cadáver por el pene.

Estructura de los cuerpos cavernosos.—Estos órganos se componen de una masa de tejido propio contenida en una cubierta de naturaleza fibrosa. La cavidad circunscrita por esta membrana se divide en dos galerías paralelas, separadas entre sí por un tabique llamado *pectíneo* (de *pecten*, peine), á causa de sus numerosos intersticios, que le dan cierta semejanza con las púas de un peine. Este tabique parece destinado á limitar la extensión de la cubierta fibrosa cuando el pene aumenta de volumen.

El tejido propio de los cuerpos cavernosos, como todos los tejidos eréctiles, está constituído por fibras que se entrecruzan en todos sentidos y forman aréolas ó pequeñas cavernas análogas á las vacuolas de una esponja. De aquí su nombre de *cuerpos cavernosos*. Todos los espacios areolares que encierran comunican entre sí, como se demuestra inyectando agua por un punto cualquiera de la cubierta fibrosa. Entonces se ve hincharse el miembro y tomar el desarrollo que adquiere durante la *erección*, «en el estado en que las mujeres lo exigen», según la expresión de Dionis.

En ciertos animales, como el perro, la ballena, el murciélago, etc., el pene adquiere en el momento de la erección una rigidez considerable, debida á la presencia de un hueso puntiagudo, el *hueso del pene* (fig. 32), que se aloja en la extremidad terminal de los cuerpos cavernosos.

2.º CUBIERTAS DEL PENE.—Las cubiertas del pene que sirven de vaina á este órgano son en número de cuatro: las cubiertas *elástica*, *celulosa*, *muscular* y *cutánea*.

I. La **cubierta elástica** es la más profunda; une íntimamente la porción esponjosa de la uretra con la parte inferior de los cuerpos cavernosos. Es la que por su resistencia da al pene su forma exterior y limita su extensibilidad.



FIG. 32.—Hueso del pene del perro.

a. Ranura del borde inferior.—*b.* Extremidad anterior.—*c.* Extremidad posterior.

II. La **cubierta celulosa** jamás contiene grasa; por eso en la obesidad es el pene la única parte del cuerpo que conserva un volumen normal. Esta cubierta da á la piel del pene su gran

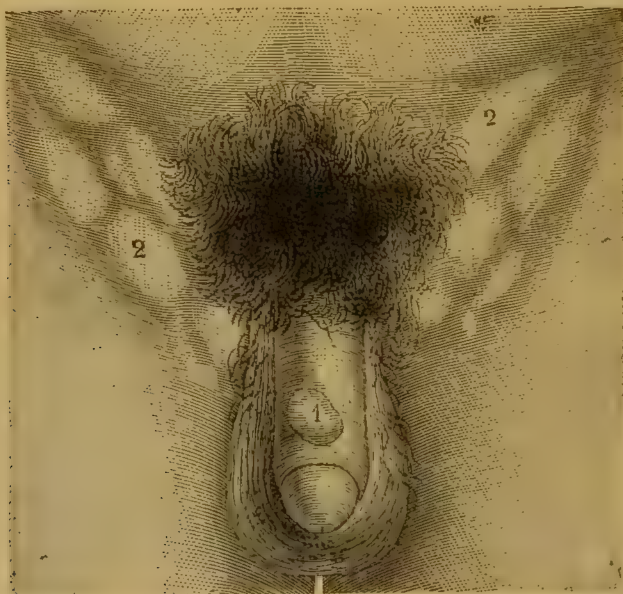


FIG. 33. — Bubones del chancro sifilítico. (Según Cullerier.)

1. Ulcera de la piel del pene.—2. Pléyade ganglionar.

movilidad y le permite seguir todas las variaciones de los cuerpos cavernosos. Es análoga al tejido celular subcutáneo de las demás regiones, y sus mallas se infiltran de serosidad en las hidropesías que se extienden hasta el pene.

III. La **cubierta muscular**, ó músculo *peri-peneal*, tiene la misma estructura que el *dartos* de las bolsas: constitúyenla

numerosas fibras musculares que se hacen más oblicuas á medida que se aproximan á la extremidad anterior del pene. A la acción de estas fibras atribuye Mr. Sappey la considerable retracción de la piel del miembro al incindirla.

IV. La **cubierta cutánea** tiene la finura, el color y la elasticidad de la piel de las bolsas. Está desprovista de pelos, que si existieran harían dolorosas las relaciones sexuales.

La piel del pene está surcada en todos sentidos por innumerables vasos linfáticos, que desaguan como los del escroto en los ganglios de la ingle; pero por eso las úlceras sifilíticas de la piel del pene (fig. 33) determinan infartos de estas glándulas ó *adenitis inguinales* (de ἀδὴν, glándula), vulgarmente llamados *bubones* (de βουβὼν, ingle). La piel del pene es el asiento de predilección, según se sabe, de los primeros accidentes de la sífilis. Esta enfermedad no se propaga sino por contacto sexual con un individuo afectado, pero no á distancia, como se creía en otro tiempo. Así, el cardenal Wolsey, enfermo de sífilis, fué acusado en 1529 de haber querido comunicársela á Enrique VIII hablándole en voz baja, y citado por este crimen ante la alta Cámara.

Prepucio. Herpes prepucialis.—En la extremidad del pene se repliegan sobre sí mismas las cubiertas celulosa, muscular y cutánea para formar una vaina protectora del balano, llamada capucha del glande ó *prepucio* (de *præ*, delante, y *putium*, miembro viril). Después de haberse reflejado de este modo, la piel reviste los caracteres de una membrana mucosa, y va á terminar en la base del glande, donde se confunde con la cubierta de este órgano. De esta unión resulta un fondo de saco circular, donde se acumula, en las personas poco cuidadosas, una materia blancuzca que tiene la consistencia del queso blando y un olor muy fétido; esta materia se conoce con el nombre de *esmegma prepucial*. La segregan las glándulas del prepucio que se abren en este surco. Este producto de secreción á veces irrita la mucosa prepucial, y determina una erupción de vesículas de herpes que al reventar dejan pequeñas excoriaciones, con

frecuencia tomadas por úlceras sifilíticas. El *herpes prepucialis* puede sobrevenir también por efecto de un acceso febril, como se observa en el *herpes labialis*, comúnmente llamado «botón de fiebre», y que ocupa el contorno de los labios.

El prepucio se adhiere á la porción esponjosa de la uretra por un repliegue triangular llamado *frenillo* ó *hilo*. Si asciende hasta el meato urinario, se opone al «descapullamiento» del glande y debe escindirse. Las más de las veces la operación es inútil, pues por sí mismo se desgarra durante el primer enlace sexual, determinando una pequeña hemorragia.

De la infibulación.—Los religiosos turcos *calendas* pasaban á través de los labios del orificio prepucial un anillo de hierro que les obligaba á la continencia. Igualmente se aplicaba en Roma la *infibulación* (de *fibula*, zarcillo) á los jóvenes para impedir la masturbación y el coito prematuro, á los gladiadores y cantantes para conservarles el vigor y la voz.

Parece que las señoras romanas eran muy ávidas por los actores y tenían mucho empeño en *desfibularlos*, con la esperanza, dice Broca, de recoger todos los provechos de la larga y forzada continencia que les estaba impuesta. También hacían infibular á sus esclavos para asegurarse de que no se fatigarían con otras mujeres.

He aquí, según Celso, el procedimiento operatorio de esta práctica singular: «Se atraviesa el prepucio con una aguja enhebrada con hilo; se anudan después los dos extremos de este hilo, teniendo cuidado de moverlo todos los días, hasta que los bordes de los agujeros abiertos cicatricen. Quítase entonces el hilo y se le reemplaza con un zarcillo que será tanto mejor cuanto más ligero sea».

Aun se practica en los tiempos modernos la infibulación, como lo prueba la observación siguiente, referida por Marx en la *Gazette de Santé* (Gaceta de la Salud), de 1822:

«Hace algunas decenas de años fué llamado Dupuytren por el doctor Petroz para ver á Mr. M..., jefe de una de las más importantes manufacturas de Francia. Este, entonces próximamente de cincuenta años de edad, de buena y fuerte constitu-

ción, tenía desde mucho tiempo atrás un flujo abundante y fétido por la extremidad del pene, orinaba con dificultad y dolor; el prepucio, considerablemente tumefacto, era consistente, duro y ulcerado en muchos puntos. El estrechamiento situado á la entrada, el infarto y la induración eran obstáculos para la salida de las orinas. Hasta aquí el caso no ofrecía nada que no se vea con bastante frecuencia; pero lo que llamó la atención, y á la vez produjo asombro, fué hallar el prepucio horadado y hasta atravesado aquí y allá por aberturas y conductos revestidos á su entrada y en su interior por un tejido cutáneo perfectamente organizado.

»Antes de ir más lejos, y sobre todo antes de emprender nada, quiso Dupuytren conocer la causa de este mal y la naturaleza de las perforaciones que ante la vista tenía. Supo entonces que el enfermo había hecho de joven un viaje y una estancia de muchos años en Portugal; que allí se relacionó con una mujer joven, viva, apasionada y celosa; que aquella joven, de la cual estaba perdidamente enamorado, adquiriera bien pronto absoluto imperio sobre él, y que en medio de los transportes de un recíproco amor sintió un día leve pinchazo en el prepucio, pero que tranquilizado y distraído por las caricias de su amante ni aun examinara de dónde provenía la sensación desagradable que hubo experimentado. Sólo al desprenderse de sus brazos hallóse cargado con una cadenilla de oro artísticamente trabajada y cuya llave guardara ella.

»Por desagradable, por incómoda, hasta por humillante que debiera parecer á un hombre esta precaución, hizo valer la joven tantas razones, caricias y protestas de amor y de abnegación, que no sólo obtuvo que él no se enfadara, sino que ni aun retirase la cadena, y consiguió hacérsela considerar casi como un adorno. Hizo más; obtuvo que la cadena fuese renovada cada vez que la piel por donde atravesaba pareciera alterarse. Aun llegó, ¡cosa increíble! á colocarle dos á la vez. En este último estado pasó Mr. M... cuatro ó cinco años, durante los cuales llevó una ó dos cadenas colgando del prepucio, y cuyas llaves conservó su querida cuidadosamente.

»¿Hay que atribuir á esta singular, á esta extraordinaria

práctica la degeneración del prepucio? Petroz y Dupuytren no vacilaron en pensarlo así.

»En efecto; el número de las infibulaciones, que no bajaban de una veintena, las tracciones del prepucio por el peso de las cadenillas, por los esfuerzos de distensión resultantes de las erecciones, parecen causas más que abonadas para producir aquella degeneración, y lo que acaba de probar que tal fuera la causa de la enfermedad de Mr. M..., es que á datar de su retorno de Portugal no había dejado de tener el prepucio irritado, tumefacto y doloroso.

»No había que dudar: la ingurgitación del prepucio era cancerosa ó próxima á serlo. Precisaba quitar esta parte, so pena de ver continuar las indisposiciones de Mr. M..., ó de verle perecer un día por un cáncer en el miembro. Cortóse el prepucio entero por una especie de circuncisión. Hízose la cura al enfermo y entregóse á los cuidados de Sanson, que en menos de tres semanas condujo la herida á perfecta cicatrización.»

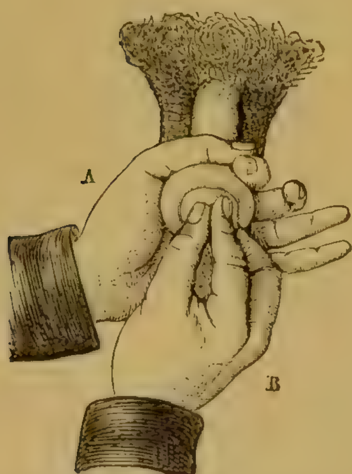


Fig. 34.— Reducción del parafimosis.

1. Mano izquierda teniendo abrazado al pene.—2. Mano derecha rechazando al glande.

Fimosis y parafimosis.— El orificio del prepucio es á veces demasiado estrecho (fig. 36) para permitir al glande descubrirse: tal estado caracteriza al *fimosis* (de φιμοῶ, yo aprieto). Parece que Luis XVI tenía este vicio de conformación. Si en un sujeto afectado de fimosis, después de esfuerzos más ó menos violentos, se ha llevado el orificio prepucial detrás del glande, este órgano sufre un estrangulamiento que le hace aumentar de volumen é impide al prepucio volver á su sitio primitivo: de aquí la afección conocida con el nombre de *parafimosis* (de παρὰ, más allá, y φιμοῶ, yo aprieto). Redúcese el parafimosis tratando de conducir con la mano izquierda el prepucio hacia adelante, mientras el pulgar de la mano derecha rechaza el glande hacia atrás (fig. 34).

El fimosis se complica muchas veces con *balano-postitis* (de βάλανος, glande, y πόσθη, prepucio), por acumularse el esmegma prepucial y por el estancamiento prolongado de la orina en la cavidad del prepucio. Hasta pueden depositarse allí arenillas, que algunas veces acaban por adquirir un volumen considerable: Dumeril vió una que pesaba 225 gramos. En fin, la estrechez del orificio prepucial se opone á la eyaculación del esperma y puede ser en el hombre una causa de esterilidad. Remé-

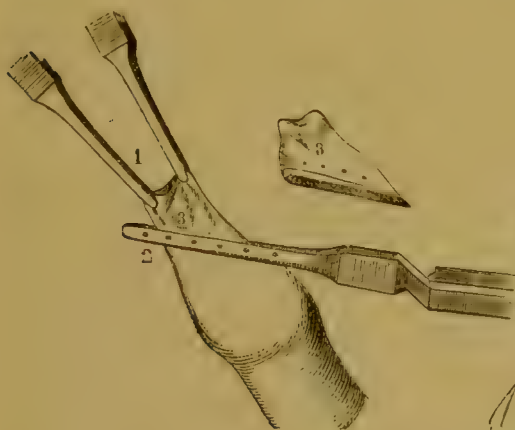


FIG. 35.—Operación de la circuncisión.



FIG. 36.—Fimosis.

1. Pinzas atrayendo el prepucio.—2. Pinzas de presión armadas de dientes.—3. Parte exuberante del prepucio.—3. Esta misma parte después de seccionada. (Figuras tomadas de la *Medicina operatoria* de Mr. Fort.)

dianse estos diversos inconvenientes por la *circuncisión* (de *circum*, al rededor, y *cœdere*, cortar).

De la circuncisión.—Esta operación consiste en cortar del prepucio un colgajo anular más ó menos grande (fig. 35); reuniendo después los bordes de la herida con pinzas de plata, llamadas *garras finas*, que forman al rededor del glande una circunferencia de pequeños instrumentos cortantes que Ricord compara con una corona de espinas. Sábese que la circuncisión equivale en las religiones judía y mahometana al bautismo católico. La circuncisión se practica entre los israelitas el octavo día después del nacimiento; efectúase, como el bautismo católico, en presencia de un padrino y de una madrina. El mohel

(de una palabra hebrea que significa *cortar*), después de haber dado ligeras fricciones en el pene del niño, sin duda para ponerlo en erección, corta (*Hitouch*) con un cuchillo la cubierta cutánea del prepucio y desgarra (*Periah*) con la uña la cubierta mucosa que permanece adosada al glande; después espolvorea las superficies avivadas con un polvo astringente y las mantiene en contacto por medio de muchos vendoletes.

Hace algunos años el mohel terminaba la circuncisión por la succión (*Mezirah*) de la herida con la boca; pero se ha suprimido esta práctica repugnante, porque exponía al contagio de las enfermedades venéreas. Los *Archivos israelitas* de 1842 y 1843 citaron muchos hechos de transmisión de la sífilis, ya del mohel al niño, ya de este último al primero.

En esta operación concuerdan los preceptos religiosos y la higiene. En efecto, posee la ventaja de hacer adquirir á la mucosa del glande cierta resistencia, que vuelve á esta membrana menos apta para absorber el virus sifilítico. Mr. Hutchinson ha notado en un hospital de Londres, situado en un barrio en el cual habitan muchos judíos, que la sífilis era más rara entre ellos que en los demás habitantes del mismo barrio. La circuncisión restringe, pues, el propagamiento de las enfermedades venéreas. Puede servir además de medio preservativo y hasta curativo del onanismo, porque evitando el acúmulo del esmegma en la base del glande, se opone á la irritación que induce á los niños á ejercer sobre el miembro repetidos frotes y que les hace contraer malas costumbres.

ARTÍCULO V

PERINÉ DEL HOMBRE

Desígnase con la palabra periné (de περὶ, al rededor, y νάος, templo) todas las partes blandas que cierran el orificio ó *estrecho inferior* de la pelvis.

Se compone de cuatro hojas aponeurósicas separadas entre sí por capas musculares, lo cual produce siete planos superpuestos. El efecto de la multiplicidad de estas capas membranosas es el aumento de resistencia del suelo pelviano.

Marchando del exterior hacia las partes profundas, encontraremos en el periné del hombre las capas siguientes:

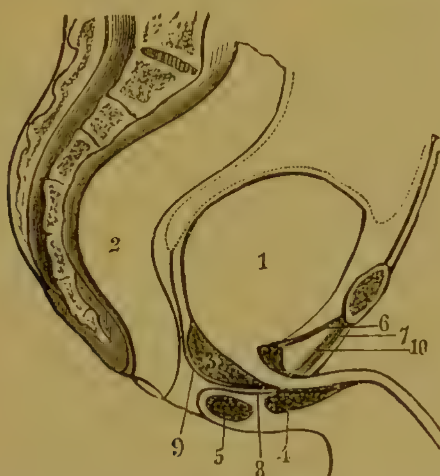


FIG. 37.—Corte de la pelvis, destinada á manifestar las aponeurosis del periné (según Fort).

1. Vejiga.—2. Recto.—3. Próstata.—4. Bulbo.—5. Músculo transverso.—6. Ligamentos anteriores de la vejiga.—7. Aponeurosis perineal media con sus dos hojas.—8. Hoja inferior que se confunde con la aponeurosis superficial.—9. Hoja superior que va á formar la aponeurosis próstato-peritoneal.—10. Músculo de Wilson.

1.° La PIEL, que está cubierta de pelos abundantes, sobre



FIG. 38.—Diversas variedades de fístulas de ano: Completa, F; Ciega interna, F'; Ciega externa, F''.

A. Ano.—R. Recto.

todo al rededor del ano, al paso que esta última región está por lo general desprovista de ellos en la mujer. La piel del periné

es asiento frecuente de erupciones herpéticas, de abscesos, de fístulas urinarias (fig. 24) y anales (fig. 38).

2.° La APONEUROSIS PERINEAL INFERIOR, de forma triangular como la aponeurosis media (fig. 40), con la cual se confunde por su base; se continúa por su vértice con la vaina fibrosa del pene.

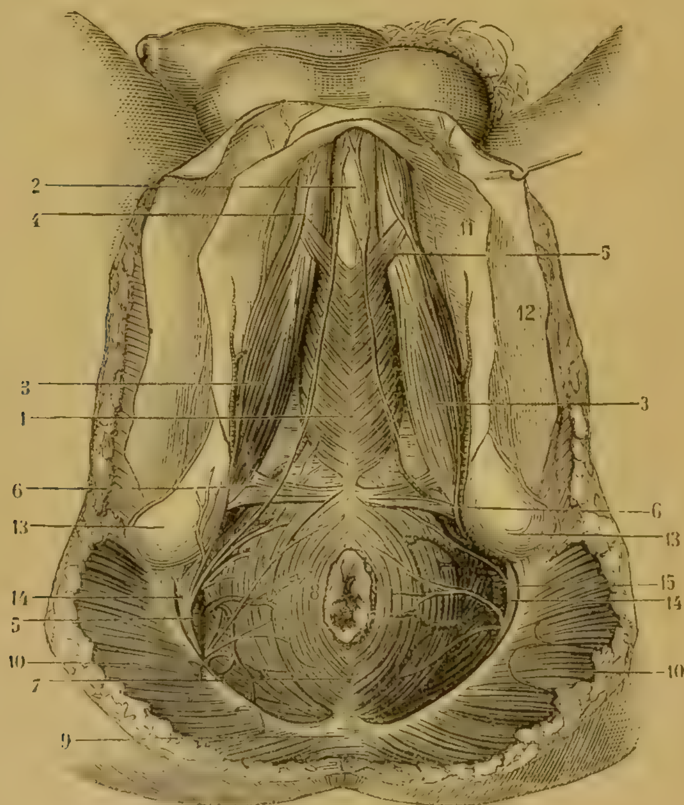


FIG. 39.—Periné del hombre.

1. Músculo bulbo-cavernoso.—2. Uretra.—3, 3'. Músculos isquio-cavernosos.—4. Cuerpos cavernosos.—5. Músculo de Houston.—6. Músculo transverso superficial.—7. Esfínter del ano.—8. Ano.—9. Coxis.—10. Músculo glúteo mayor.—11. Aponeurosis perineal superficial.—12. Capa subcutánea.—13. Isquion.—14. Nervio pudendo interno.—15. Arteria pudenda interna.

3.° La CAPA MUSCULAR INFERIOR comprende cinco músculos, que representan los lados de dos triángulos simétricos y yuxtapuestos (fig. 39). El área de estos triángulos, llamados *isquiobulbares*, se atraviesa con los instrumentos que deben penetrar

en la vejiga para la extracción de la piedra (fig. 22). Estos músculos son:

Los *transversos superficiales*, que ponen tensa la intersec-

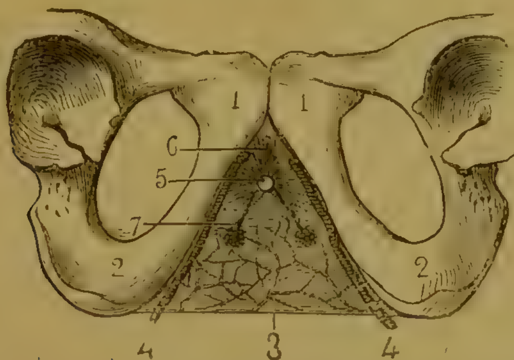


FIG. 40.—Aponeurosis perineal media con los órganos contenidos entre sus dos hojas (Fort).

1, 2. Pelvis.—3, 6. Aponeurosis perineal media.—4. Arteria pudenda interna.—5. Orificio que indica el punto por donde la uretra atraviesa á la aponeurosis. Vense al rededor las fibras radiadas del músculo de Guthrie.—7. Glándulas de Cooper.

ción (fig. 39, 6) del esfínter del ano y del músculo *bulbo-cavernoso*.

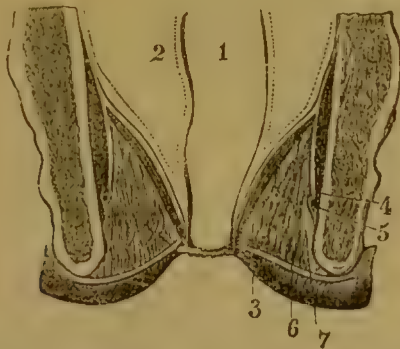


FIG. 41.—Corte de la pelvis menor (Fort).

1. Recto.—2. Peritoneo.—3. Corte del elevador del ano.—4, Corte del obturador interno.—5. Arteria pudenda interna.—6. Piel de las nalgas.—7. Tejido celulo-grasiento que llena la fosa isquio-rectal.

Los *isquio-cavernosos* (3), que envuelven como un pabellón á las raíces de los cuerpos cavernosos del miembro. Estos músculos toman una parte activa en el fenómeno de la erección, comprimiendo á estas raíces y empujando hacia los cuer-

pos cavernosos la sangre que encierran; de aquí el nombre de *erectores penis* que les dió Vesalio.

El *bulbo-cavernoso* (fig. 39, 1), músculo impar y medio que

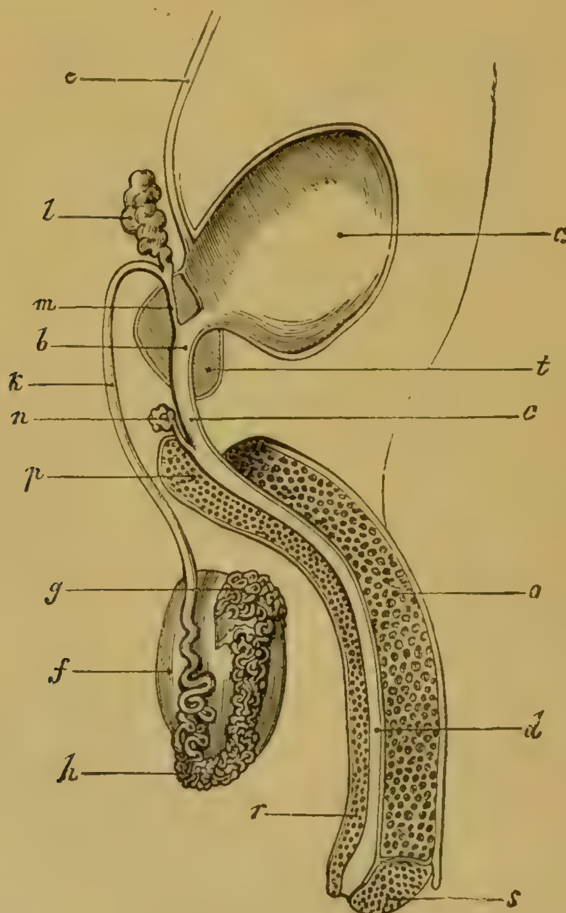


FIG. 42.—Aparato genital del hombre (Fort).

a. Vejiga.—*b*. Porción prostática de la uretra.—*c*. Porción membranosa.—*d*. Porción esponjosa.—*e*. Uréter.—*f*. Testículo.—*g*. Cabeza del epidídimo.—*h*. Cola del epidídimo.—*k* Conducto deferente.—*l*. Vesícula seminal.—*m*. Conducto eyaculador.—*n*. Glándulas de Mery ó de Cooper —*o*. Cuerpos cavernosos.—*p*. Bulbo.—*r*. Pared esponjosa de la uretra.—*s*. Glande y fosa navicular.

abraza al bulbo de la uretra en toda su extensión. Cuando se contrae acelera la emisión del esperma y de la orina. Concurre además á aumentar la turgencia del glande durante la erección, impeliendo hacia este órgano la sangre contenida en la porción

esponjosa del conducto de la uretra. Las contracciones intermitentes de este músculo son las que determinan los sacudimientos del miembro durante la eyaculación y la micción.

4.° La APONEUROSIS PERINEAL MEDIA (fig. 40) está formada por dos hojas: una *inferior*, otra *superior*. Entre estas hojas serpentean senos venosos, muy desarrollados en los viejos. La apertura de esta red vascular determina muchas veces en la operación de la talla una *flebitis* (de φλέψ, vena) que puede tener las más graves consecuencias. También se encuentra en el espesor de esta aponeurosis la CAPA MUSCULAR MEDIA representada por el *músculo de Guthrie*. Este músculo radia al rededor de la uretra y sirve para expulsar el esperma y la orina contenidos en la porción membranosa de ese conducto. Sirve además para comprimir las *glándulas de Cooper* (fig. 40, 7), englobadas en sus fibras, expimiendo el producto de su secreción en el momento de eyacular. El grosor de estas glándulas es el de un hueso de cereza. Bajo la influencia de la inflamación, frecuente en la blenorragia, se vuelven dolorosas y aumentan sensiblemente de volumen; entonces se notan al tacto con facilidad.

5.° La CAPA MUSCULAR SUPERIOR está constituída hacia atrás por el *esfínter del ano* (fig. 39), á los lados por el *elevador del ano* (fig. 41) y hacia adelante por el *músculo de Wilson* (fig. 37), que rodea, como el músculo de Guthrie, la porción membranosa de la uretra; algunas veces producen estos últimos músculos, en el momento de sondar, un espasmo de la uretra que puede tomarse por una estrechez orgánica.

El *elevador del ano* es una especie de diafragma, cuyas fibras tienen su inserción fija en las paredes de la pelvis y convergen al rededor de la extremidad anal del recto. La forma de este músculo tiene cierta semejanza con un embudo con el vértice inferior. Sirve para facilitar el acto de la defecación, porque dilata y atrae hacia arriba el ano al pasar por él las materias fecales. Este músculo está recubierto por una hojuela aponeurósica que representa la APONEUROSIS PERINEAL SUPERIOR, es decir, la última capa del periné.

ARTÍCULO VI

DEL ESPERMA

Secreción y trayecto del esperma.—De todas las secreciones de la economía, la más lenta es la del *esperma;* las múltiples flexuosidades, la excepcional longitud y pequeño calibre de los vasos espermáticos y sanguíneos que presiden á su elaboración, son otras tantas causas que retardan su curso.

Segregado por los tubos seminíferos de los lóbulos del testículo (fig. 10), el esperma atraviesa sucesivamente: la *rete testis*, los *conos eferentes*, el *epidídimo* (fig. 42) y el *conducto deferente*, y va á parar á las *vesículas seminales*, donde permanece hasta el momento de la eyaculación. Pronto veremos que durante este acto se contraen las vesículas seminales y expulsan el líquido espermático por los *conductos eyaculadores*, que lo vierten á su vez en la *uretra*, de donde se escapa al exterior por el *meato urinario.*

Caracteres del esperma.—Tal como se eyacula, el esperma es un líquido de naturaleza compleja, resultante de su mezcla con diferentes fluidos segregados por la próstata, las glándulas de Cooper y las de Littre. Su olor proviene de los humores que le sirven de vehículo: hase comparado al del cloruro potásico líquido, limadura de huesos, trufas crudas, flores de cáñamo, de datilero, castaño ó agracejo; su color opalino se debe al líquido prostático; su tinte gris, y algunas veces negro, al moco de las vesículas seminales. Por la influencia de relaciones sexuales repetidas con cortos intervalos, no es raro ver al esperma teñirse de rojo por la sangre que brota de las vesículas seminales. Su viscosidad, que le permite almidonar el lienzo, proviene de las glándulas de Cooper. En fin, su sabor es salado, como el de todas las secreciones de la economía.

De los espermatozoides.—Cuando se examina el esperma con el microscopio obsérvanse multitud de corpúsculos filamentosos llamados espermatozoides (fig. 43), cuya longitud total mide $^1/_{20}$ de milímetro y que están animados de movi-

mientos ondulatorios rapidísimos. Pueden franquear en un segundo una distancia igual á la longitud de su cuerpo. Descubrió estos filamentos, en 1677, un estudiante de Dantzig, Luis Hamm. Están provistos de una *cabeza* ó abultamiento ovoideo y de una *cola* representada por un apéndice largo y delgado.

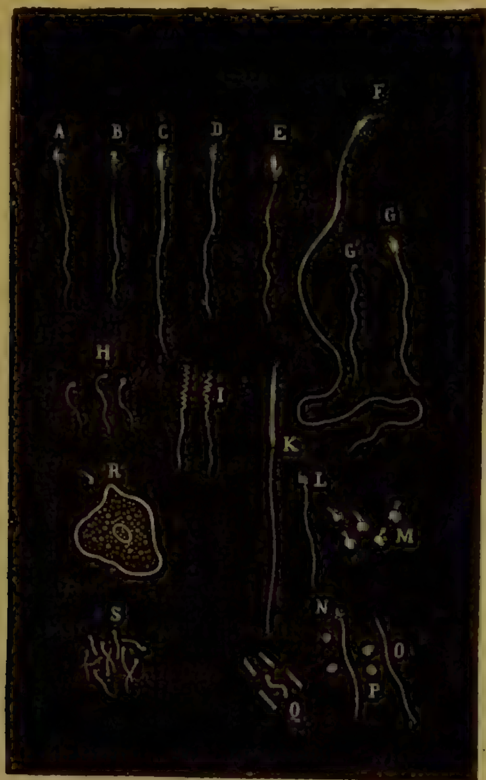


FIG. 43.—Espermatozoides de diversas especies animales.

A. Espermatozoide del conejo de Indias.—B. Del toro.—C. Del carnero.—D. Del caballo.—E. Del conejo.—F. Del ratón.—G, G'. Del hombre.—H. Del gallo.—I. Del gorrión.—K Del pichón —L. De la pértiga.—M. Del sollo —N, O. De la rana (en invierno).—P. Granulaciones movibles del esperma del mismo animal.—Q. Espermatozoides de la rana (en verano).—R. Placa epitelial.—S. Espermatozoides de cabeza pequeña que se encuentran á veces en el hombre.

Su forma y movimientos recuerdan los de los jóvenes renacuajos que pululan en el fango.

Después de la muerte, los movimientos de los espermatozoides duran de veinticuatro á setenta y dos horas, como ha podido comprobarse en ajusticiados. Su facultad motriz per-

siste durante mucho más tiempo en las vías genitales de la mujer: el doctor S.-R. Percy, de Nueva-York, ha visto moverse estos filamentos después de una estancia de una semana en la vagina de una persona bastante complaciente para prestarse á esta experiencia.

Época de la aparición de los espermatozoides.—El esperma puede salir por las vías genitales desde la edad de doce años, pero está desprovisto de espermatozoides. Estos últimos sólo aparecen en la época de la pubertad, es decir, hacia la edad de diez y ocho años. Por excepción se encuentran espermatozoides en el líquido fecundante antes de la pubertad. San Jerónimo cita el caso de un niño de diez años que hizo embarazada á su nodriza. Según las investigaciones del doctor Dieu, hechas en el cuartel de Inválidos en veteranos de más de setenta años de edad, sólo la cuarta parte de los individuos examinados no poseían ya espermatozoides. Casper los encontró en un viejo de noventa y seis años.

Influencia de los agentes químicos y físicos sobre los movimientos de los espermatozoides.—La chispa eléctrica mata á los espermatozoides. También el agua fría y las soluciones ácidas detienen sus movimientos. Por eso, innumerables casos de infecundidad no reconocen otra causa que la inyección de estos líquidos inmediatamente después de las relaciones sexuales. Pablo Dubois habla de una mujer que concibió después de emplear agua tibia en vez de agua fría como de ordinario. En estado normal, la acidez del moco vaginal es demasiado débil para matar á los espermatozoides; además la alcalinidad del esperma la neutraliza. A veces esta acidez se exagera y constituye la única causa de la esterilidad; remédiase este estado con inyecciones alcalinas de agua de Vichy tomadas inmediatamente antes del coito.

Si la fecundación se produce en los casos de *vaginitis* ó inflamación de la vagina, con secreción purulenta abundante, esto depende de que el pus es alcalino y no altera los filamentos espermáticos; asimismo se mantiene su vitalidad por la reacción

débilmente alcalina de la sangre menstrual y del moco uterino.

Examen médico-legal de las manchas de esperma.—Aunque los ácidos tienen la propiedad de abolir los movimientos de los espermatozoides, no existe ninguno, ni aun el más enérgico, que tenga el poder de disolver estos filamentos. Esta resistencia á todo agente destructor permite encontrar los espermatozoides muertos en las más antiguas manchas de esperma: basta para ello humedecer la parte más manchada y transportarla al campo del microscopio. Fácilmente se conciben los servicios que puede prestar esta investigación en medicina legal.

De este modo descubrió Tardieu un caso de *chantage* de los más audaces. Tratábase de una acusación dirigida contra un joven de buena familia por el padre de una muchacha que afirmaba haber sido víctima de una tentativa de violación, y manifestaba como cuerpo del delito un lienzo ensuciado por numerosas manchas. El examen microscópico reveló efectivamente la presencia en muchas de estas manchas de espermatozoides privados de movimiento, pero demostró también glóbulos de pus blenorrágico en otras manchas próximas. Ahora bien, el acusado no tenía enfermedad venérea alguna, al paso que el padre de la chica estaba afectado de una uretritis aguda.

Naturaleza de los espermatozoides.—La extrema movilidad de que gozan estos filamentos hizo asimilarlos al principio á verdaderos animalillos; de aquí sus diversos nombres de *espermatozoides*, *espermatozoarios* y *zoospermos* (de σπέρμα, simiente, y Ζῶον, animal). Pero en nuestros días la mayor parte de los fisiólogos les niegan los caracteres de la animalidad, porque no tienen el poder de reproducirse; y los consideran como elementos anatómicos especiales, dotados de movimientos análogos á los de las *pestañas vibrátiles* que tapizan las paredes del aparato respiratorio.

Entre los animalistas citaremos al profesor Pajot, que funda su opinión en los resultados de una experiencia, si no decisiva, al menos original. Después de haber expuesto á la llama de una lámpara el extremo de una lámina de vidrio previamente recubierta de esperma, Mr. Pajot comprobó que los espermato-

zoides trataban de escaparse con movimientos violentos de la zona caldeada, para refugiarse lo más pronto posible en la región donde el líquido seminal estaba intacto. «Hacer esfuerzos para huir, deduce el sabio profesor, ¿no es estar dotado del instinto de la conservación? ¿no es dar un signo inequívoco de vida, de animalidad?»

Génesis de los espermatozoides.—En la época de la pubertad aparecen en los tubos seminíferos de los testículos unas células particulares llamadas *óvulos machos* (fig. 44), en oposición á los *óvulos hembras* producidos por los ovarios de la mu-

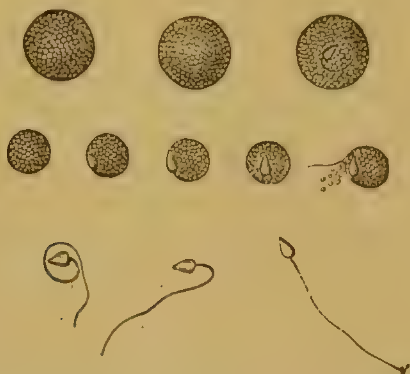


FIG. 44.—Desarrollo de los espermatozoides.

jer. En el interior de estas células desarróllanse los espermatozoides. En cuanto alcanzan cierto volumen se rompe la cubierta de su vesícula y quedan libres. Puede producirse la ruptura de las vesículas todo á lo largo de los conductos espermáticos, pero las más de las veces se efectúa al nivel de los tubos que atraviesan el *cuerpo de Higmoro*. Por eso los espermatozoides son más numerosos en el *epidídimo* y *conductos deferentes* que en los mismos conductos seminíferos. En el esperma eyaculado se encuentran aún muchas de estas células que no alcanzaron su madurez completa.

Los fisiólogos han abandonado en nuestros días las ideas de Robin para adoptar la tan ingeniosa teoría de la *prefecundación*, imaginada por Balbiani y que expondremos luego con todos sus detalles.

Papel de los espermatozoides.—El abate Spallanzani fué el primero en demostrar que la fecundación resultaba de impregnar directamente de líquido espermático al óvulo femenino, y no como se pensaba antes de él, de que emanase de este fluido un principio sutil llamado *soplo seminal* ó *aura seminalis*.

Llegó á este descubrimiento experimentando con batracios; vistió á una rana macho con unos calzones de tafetán engomado y en seguida la emparejó. Sábese que el ayuntamiento de estos animales se verifica sin introducirse el pene en las vías genitales de la hembra: móntase el macho sobre ella, abrázala con fuerza y espera el momento de la puesta de los huevos para rociarlos al pasar con su licor seminal. Ahora bien; en este caso no hubo fecundación, mientras que se efectuó cuando Spallanzani hubo tocado los huevos con un pincel que impregnara en esperma recogido en el traje del macho.

MMr. Prevost y Dumas investigaron más tarde, filtrando el licor seminal, cuál era su parte fecundante, hallando que sólo los espermatozoides gozaban de esta propiedad y que la parte líquida estaba desprovista de ella.

Por otra parte, abundan las pruebas fisiológicas y patológicas para confirmar el papel exclusivo de los espermatozoides en la fecundación. En efecto, estos filamentos no se encuentran en el esperma del hombre sino á partir de la pubertad, y en el de los animales cuando llega la época de entrar en celo las hembras; por último, las enfermedades y mutilaciones de los testículos que privan de espermatozoides al licor seminal, como la orquitis doble y la castración, todas ellas son causas de esterilidad pasajera ó permanente.

En el estado normal, es decir, en los adultos bien conformados, parecen faltar los espermatozoides casi una vez entre veinte. Por eso, cuando los médicos son consultados por una mujer que se queja de ser estéril, deben examinar con el microscopio el esperma del marido.

Según Mr. Pajot, la riqueza del esperma no depende sólo del número de espermatozoides, sino sobre todo de su vigor. «¡ Si pudieran preverlo, escribe este profesor, cuántas mujeres desconfiarían de esos machos de tan potente opulencia! En medio

de una completa tranquilidad, ¡qué estupefacción para ellas al notar que los granos sembrados en el umbral han podido introducirse y fructificar dentro de la casa! Aquí reside en parte el secreto de las preñeces con integridad del himen.»

Mr. Pajot hace estas reflexiones á propósito de un caso de fecundación ignorada, la cual relata:

«Acababa de ser agregado, hace sobre veintitrés años, cuando á las seis de la mañana me anuncian que hay una persona que desea hablarme con precisión y que aguardará á que yo me levante.

Al ver tan grande insistencia, me visto á escape y la recibo.

Era una dama de unos treinta años, vestida de negro, buena moza, morena, rostro pálido, jadeante, con un maletín en la mano.

—Señor—me dice,—vengo de un país muy lejano. He pasado la noche en el camino de hierro y vuelvo á partir dentro de una hora. Hago este viaje para dirigiros una pregunta. El médico de mi país ha sido vuestro discípulo: he aquí cómo sé vuestro nombre y vuestras señas.

—Pero, señora—la digo,—¿por qué no haber hecho esa pregunta á vuestro médico?

—Vais á ver que no podía. *Es preciso que yo no esté en cinta.* ¿Puede una mujer llegar á estarlo sin relaciones, *sin contacto con un hombre?*

—Entendámonos, señora; ¿á qué llamáis «sin contacto»?

—He aquí los hechos: al volver en coche á mi casa desde una quinta de los alrededores con un hombre á quien amo y que me ama, pero al cual no debo pertenecer, suponedlo todo menos el contacto. ¿Sería posible un embarazo en estas condiciones?

—En fin—la digo,—señora, toda obra ¿no va precedida de un prólogo?

—Toda, excepto esta.

—Sería una grandísima casualidad, esto no es probable; dejadme examinaros.

Sus reglas jamás faltaron; faltan desde hace tres meses. La aréola se ha vuelto morena. La palpación alcanza el fondo del

útero por encima del pubis. Al tacto se nota desarrollado el segmento inferior. La mucosa del contorno del orificio nulíparo blanda y algo hinchada. Náuseas, vómitos, ascos, picor en los senos, en una palabra, todos los signos de una preñez probable. Díjela lo que pensaba, excitándola de nuevo á que me revelara todo. Afirmóme con aire de innegable sinceridad que había dicho la verdad entera y se desplomó sobre una silla.»

CAPÍTULO II

ÓRGANOS GENITALES DE LA MUJER

Los órganos de la mujer que concurren á la reproducción de la especie se han dividido en dos grupos: los órganos genitales *externos* y los órganos genitales *internos*.

La *vulva* es el conjunto de los primeros; los demás comprenden la *vagina*, el *útero* ó *matriz*, las *trompas de Falopio* ú *oviductos* y los *ovarios*.

Completaremos este estudio con el de la *pelvis* y el *periné*, que forman en cierto modo las cubiertas ósea y membranosa del aparato genésico; terminaremos describiendo las *mamas*, que por sus funciones pueden considerarse como anexos de este aparato.

ARTÍCULO PRIMERO

ÓRGANOS GENITALES EXTERNOS

Vulva. Vaginismo.—La *vulva* (fig. 45), que las gentes de mundo llaman *matriz*, deriva su nombre de una palabra latina que significa *puerta*; limítala por delante el *monte de Venus* (1), por detrás el *periné* (11) y por los lados los *labios mayores* (2), que recubren de alto á bajo al *clítoris* (4), los *labios menores* (6), el *vestíbulo* (5), el *meato urinario* (7), el *anillo vulvar* (9), la *fosa navicular* y la *horquilla* (10).

Reviste á la vulva una membrana mucosa que goza de exquisita sensibilidad. A veces es tan grande esta hiperestesia vulvar, que impide toda aproximación sexual; cuando le acompaña contractura muscular produce el *vaginismo*. Distínguese en éste el *inferior*, debido al espasmo de las fibras del músculo *constrictor de la vagina*, y el *superior*, dependiente de la con-

tractura del músculo *elevador del ano.* Sólo en este último caso se observa algunas veces el *penis captivus*, es decir, la imposibilidad de que salga el pene del estuche vaginal.

El dolor y la contractura son á veces tan intensos en la hiperestesia vulvar, que hay precisión de recurrir al sueño anes-

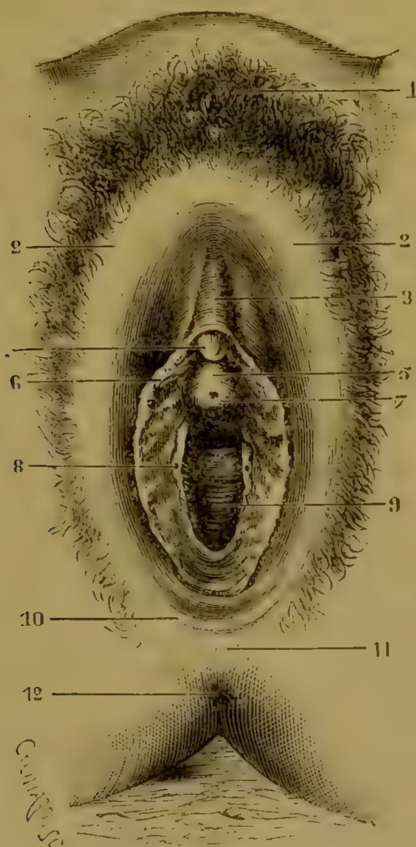


Fig. 45.—Aspecto de la vulva en una mujer desflorada.

1. Empeine ó monte de Venus recubierto de pelos.—2, 2. Cara interna ó mucosa de los labios mayores.—3. Prepucio del clítoris.—4. Clítoris.—5. Vestíbulo.—6. Cara interna de los labios menores.—7. Meato urinario.—8. Orificio de la glándula vulvo-vaginal de Bartholino.—9. Orificio de la vagina, en el fondo del cual se ve la pared posterior de este conducto.—10. Horquilla.—11. Periné.—12. Ano.

tésico para facilitar la cópula. Mr. Sims refiere en su *Cirugía uterina* el siguiente ejemplo, que Mr. Tillaux resume en su *Anatomía topográfica.* Una mujer de veintiún años se hallaba atacada de vaginismo; después de innumerables ensayos infructuosos llamóse á un médico, eterizó á la enferma y du-

rante este tiempo realizó el marido el acto sexual. Cuando en la noche siguiente se intentó una nueva cópula, fué imposible. Llamado el médico, repitiéronse las eterizaciones dos ó tres veces por semana durante un año; en este momento verificóse la concepción, y durante todo el tiempo del embarazo fué posible el coito. Después del parto reapareció el vaginismo; nueva eterización por espacio de un año y segundo embarazo, terminado por un aborto de tres meses. Eterizaciones durante un año más; cansados de la lucha, acabaron los esposos por renunciar á todo ayuntamiento sexual durante cinco años. Consultado entonces Mr. Sims, practicó una doble incisión á los lados de la horquilla y curó á la enferma.

Monte de Venus.—El *empeine* ó *monte de Venus* es una eminencia que domina á la vulva y se guarnece con pelos desde la época de la *pubertad* (de *pubes*, bozo). Fórmalo el saliente de los huesos del *pubis* (fig. 59, 2), recubiertos por una capa de grasa cuyo espesor varía con el grado de gordura.

Según Dionis, el monte de Venus sirve «como de cojinete para impedir que la dureza de los huesos del pubis haga daño durante el acto». Los pelos que sombrean esta eminencia parecen tener el mismo uso. Al menos esta explicación la creemos más admisible que la de los anatómicos que consideran este copete de pelos como una cortina destinada á «velar» los órganos genitales. Cornelio Agrippa otorgaba este papel protector á los cabellos. «¿Por qué, escribe su traductor, creéis que nuestra hembra tiene los cabellos tan largos? Para poder cubrir y ocultar las partes más vergonzosas del cuerpo; de donde, digámoslo de paso, debemos deducir que esta larga cabellera no vino hasta después del pecado.» Caro atribuye á los pelos del empeine una parte de las sensaciones voluptuosas que procuran los transportes sexuales; sin embargo, en Oriente, las mujeres de los harems se depilan esta región como todas las demás partes cubiertas de pelos. Según Séneca, había en Roma en otro tiempo «hombres cuyo oficio era depilar á los jovenzuelos que buscan el parecido con las mujeres y el reemplazar á éstas en ciertas ocasiones».

En las personas poco aseadas encuéntranse en el pubis piojos de una naturaleza particular (fig. 46), llamados vulgarmente *ladillas* (en francés *morpions*; de *mordere*, morder, y *pedio*, piojo); estos parásitos se deslizan bajo el epidermis, como el *ácaro* de la sarna, pero con menos profundidad que él. Bastan algunas fricciones mercuriales para quedar limpio de ellos.

Labios mayores. Infibulación.—Los labios mayores son dos repliegues membranosos que circunscriben lateralmente la vulva, cuyas partes profundas protegen. Su desarrollo está en relación directa con el grado de obesidad. Acúsanse menos en las mujeres del Norte que en las de los países cálidos.



FIG. 46 —Ladilla ó piojo del pubis.

Debajo se ve una *liendre*, ó huevo de piojo, adherida á un pelo.

Estos repliegues se unen por detrás y forman una comisura, conocida con el nombre de *horquilla*, que se desgarra con frecuencia en el primer parto. Es el asiento ordinario de las úlceras en la mujer.

Entre la horquilla y el anillo vulvar se nota una depresión llamada *fosa navicular*, que presenta muchas veces huellas de magullamientos en las tentativas de violación de niñas, porque en éstas se aproximan demasiado las ramas del pubis para permitir la introducción del pene en la vagina.

La piel de los labios mayores es más oscura que la de las otras regiones; guarnécenla pelos largos y abundantes. Tapiza su superficie interna una membrana mucosa de color sonrosado, que contiene en su espesor una gran cantidad de glándulas, cuya función consiste en segregar un líquido viscoso y odorífico, que sostiene la suavidad del orificio vulvar. En las jóvenes vírgenes y en las mujeres gruesas los labios mayores están adosados uno contra otro, de modo que ocultan á la vista los órganos situados más profundamente y no dejan entre sí sino una hendidura longitudinal. Por el contrario, en las mujeres flacas ó ancianas, así como en aquellas cuyos órganos se han

marchitado por el parto ó por hábitos viciosos, la vulva está entreabierta y permite ver los labios menores. Esta disposición

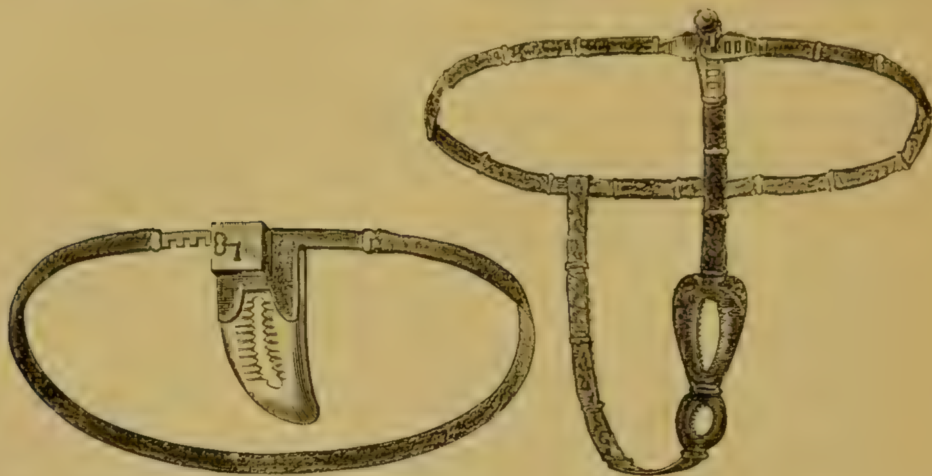
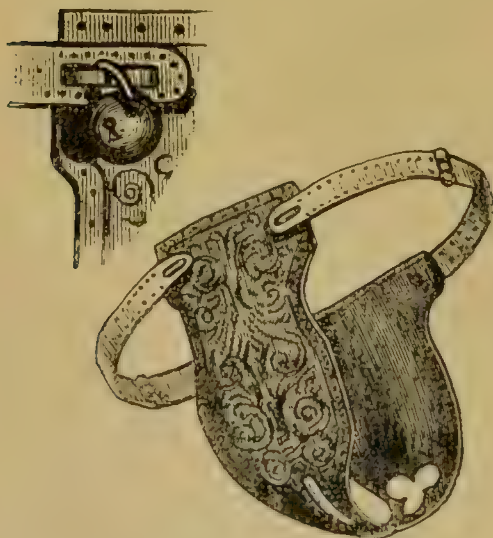


FIG. 47.—Cinturón de castidad del museo de Cluny. FIG. 48.—Cinturón vulvar y anal.

se encuentra también en las niñas recién nacidas, cuyos labios mayores de ordinario se acusan poco.



FIGS. 49 y 50.—Otro cinturon y su candado.

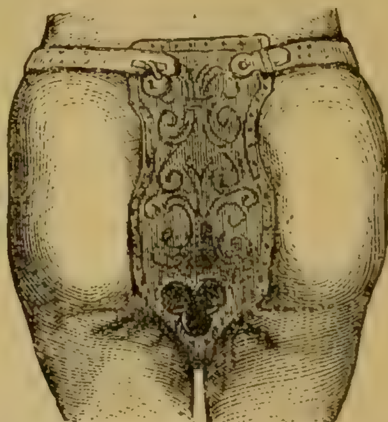


FIG. 51.—El mismo cinturón colocado en una mujer, visto por detrás.

En la India y en algunas comarcas de Africa, por ejemplo la Nubia, hay costumbre de preservar á las jóvenes de una desfloración demasiado precoz cosiendo sus labios mayores ó pasan-

do entre estos repliegues un anillo infibulador, análogo al de los calendas turcos. En la Edad Media los señores desconfiados recurrían á otro medio no menos bárbaro para asegurarse de la fidelidad de sus mujeres. Encadenaban sus órganos sexuales con ayuda de un «cinturón de castidad» (figs. 47, 48, 49, 50 y 51), de los cuales pueden verse ejemplares en los museos de Cluny y de Saint-Germain.

Una tradición, sin fundamento serio, pretende que el modelo representado en la figura 47 es el que empleaba Enrique II para Catalina de Médicis; pero su exigüidad no hubiera permitido ajustarlo á una mujer tan rica en gordura como lo era la reina. Sabida es la historia que refiere Brantôme. Preguntaba Catalina á un soldado por qué daban los hugonotes su nombre á una enorme culebrina: «Señora, respondió, porque tiene el calibre más grande y es más gruesa que todas las demás».

Hoy todavía, el musulmán que parte á un viaje tiene el cuidado de precaverse contra los peligros de la ausencia. Se contenta con el candado si el viaje es corto y hace uso de la fíbula si es largo.

El doctor Caffe ha preconizado la infibulación para las jóvenes atacadas de cretinismo, á fin de impedir que se reproduzcan. Arán empleaba el mismo procedimiento contra el descenso de la matriz.

Glándulas vulvo-vaginales. Bartholinitis.— En la cara profunda de los labios mayores encuéntranse dos glándulas (figura 52) con la forma y dimensiones de una pequeña almendra de albaricoque. Estas glándulas, llamadas *vulvo-vaginales*, fueron descubiertas por el anatómico Bartholino, que las legó su nombre. Segregan un líquido viscoso, de un olor penetrante, que vierten por un largo conducto delante de la membrana *himen* (fig. 60). Este líquido, bañando el orificio vulvar, facilita la introducción del miembro viril en el momento del coito. En ciertas mujeres ardientes segrégase en tan gran abundancia que se eyacula en forma de chorro. Esta particularidad inducía á los antiguos á creer que en el acto genésico la mujer emi-

tía su semen lo mismo que el hombre. La estrechez de la vulva y las relaciones sexuales demasiado frecuentes ó impetuosas determinan con frecuencia la bartholinitis, es decir, la inflamación de las glándulas vulvo-vaginales. Esta afección se observa sobre todo en las recién casadas; termina por la formación de un absceso que por lo general ocupa el labio mayor izquierdo (fig. 53). Según Malgaigne, la frecuencia de estos abscesos en el lado izquierdo depende de que durante el acto venéreo los

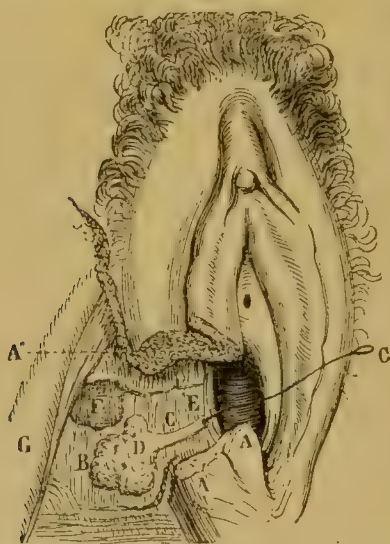


FIG. 52.—Glándula vulvo-vaginal del lado derecho.

A. Secciones de los labios mayor y menor.—B. Glándula vulvo-vaginal.—C. Conducto excretor.—C'. Estilete introducido en el conducto excretor.—D. Extremidad glandular del conducto.—E. Extremidad libre del conducto.—F. Sección del bulbo de la vagina. —G. Rama ascendente del isquion.

que no son zurdos se apoyan más á la derecha y comprimen con mayor fuerza el lado opuesto de la vulva.

Labios menores. Delantal de las hotentotes.—Los labios menores (fig. 45, 6) son dos lengüetas membranosas, comparables por su forma y color con la cresta que los gallós llevan debajo del pico; están situadas á los lados del meato urinario y se aplican á la superficie interna de los labios mayores. Su extremidad superior recubre al *clítoris* á modo de un capuchón ó *prepucio del clítoris.*

La longitud de los labios menores varía según la edad y ciertas condiciones individuales. En Oriente están muy desarrollados, y como dificultan la introducción del miembro viril, hay la costumbre de extirparlos: esto es lo que constituye la circuncisión de las mujeres [1]. En ciertos pueblos de Africa, por ejemplo los bosquimanos, adquieren tales dimensiones que descienden á veces hasta las rodillas, y forman un repliegue



FIG. 53.—Absceso del labio mayor. (Figura tomada de la *Patologia externa* de Mr. Fort.)

mucoso moreno oscuro que se ha llamado delantal de las hotentotes.

Refiere León el Africano que en su tiempo había hombres que hacían profesión de circuncidar á las mujeres y recorrían las calles gritando: *¿Quién quiere hacerse cortar?* También se observa la hipertrofia de los labios mayores en la elefantiasis de la vulva.

[1] En su *Antropología*, cuenta, el doctor Topinard, según Cuvier, que los misioneros de Abisinia en el siglo XVI quisieron prohibir esta operación. Las jóvenes conversas no pudieron hallar maridos; el Papa se vió obligado á intervenir para autorizar el reanudamiento de la antigua costumbre.

Los labios menores son órganos de protección; sirven también en el acto sexual para aumentar la suavidad y la sensibilidad de la vulva. Además, al borrarse favorecen la ampliación del orificio vulvar durante el parto. Los antiguos creían destinados estos repliegues mucosos á dirigir el chorro de la orina, y los llamaron *ninfas*, aludiendo á las divinidades que presiden á las fuentes.

Clítoris.—De todos los órganos genésicos, el que goza más exquisita sensibilidad es el *clítoris* (de κλειτορίζειν, titilar); los antiguos le llamaron *œstrum Veneris, el aguijón de Venus*. Colombo, que se atribuyó sin razón el descubrimiento, designóle con el nombre significativo de *amor, vel dulcedo Veneris*, es decir, el *amor* ó la *dulzura de Venus*.

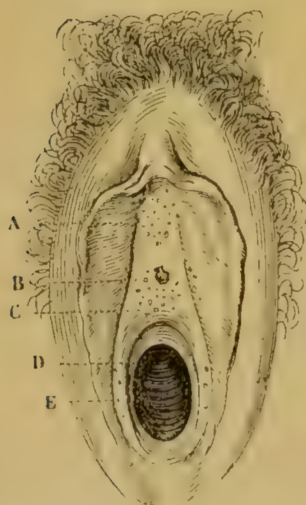


Fig. 54.—Vulva en que se ven los orificios de las glándulas.

El clítoris presenta, por su conformación y estructura, gran parecido con los cuerpos cavernosos del hombre (fig. 20); de aquí el nombre de «pene de la mujer» que se le daba en otro tiempo. Lo mismo que los cuerpos cavernosos del hombre, el clítoris está formado por tejido esponjoso y se bifurca en dos *raíces* ó *piernas* que se fijan en los arcos pubianos. Su extremidad libre termina por un bultito llamado *glande del clítoris*.

Esta extremidad es á veces bífida y hace creer en la existencia de dos clítoris; semejante anomalía resulta de la falta de soldadura de las raíces clitorídeas.

Hasta el tercer mes de la vida intrauterina el clítoris presenta la misma longitud que el pene; esta disposición contribuye, con la hendidura escrotal (fig. 5), de que ya hemos hablado, á que sea imposible la distinción de los sexos antes de esa época.

En la edad adulta el clítoris está disimulado bajo su capu-

chón mucoso. No se hace aparente sino cuando lo solicita un excitante moral ó físico que le llena de sangre y le hace entrar en erección. Contribuyen sobre todo á desarrollar el clítoris los excesos venéreos y en particular la *masturbación* (de *manus*, mano, y *turbare*, agitar).

Además de las glándulas de Bartholino, la mucosa vulvar encierra un gran número de glándulas que se abren en su superficie (fig. 54). Estas últimas segregan una materia untuosa y odorífica destinada á mantener la humedad y flexibilidad de la vulva y á preservarla de la acción irritante de la orina. Este producto de secreción, análogo al *smegma prepucialis* del hombre, forma en ciertas personas un depósito considerable al rededor del clítoris y ocasiona molestas comezones.

Hipertrofia del clítoris.—En algunas mujeres adquiere el clítoris tan grandes proporciones que les da toda la apariencia exterior de la virilidad. En ciertos casos ha podido este órgano servir de pene para realizar el simulacro del acto sexual. Platero afirma haber visto un clítoris tan grande como «el cuello de una oca», y Tulpio habla de una mujer que fué azotada públicamente y después condenada á destierro perpetuo por haber abusado de este vicio de conformación.

Se cree generalmente que las personas atacadas de hipertrofia del clítoris se inclinan más que otras á los placeres del amor; pero innumerables observaciones prueban que la actividad de este órgano no tiene relación alguna con su desarrollo. Así, Parent-Duchâtelet no observó en su tiempo en París sino tres prostitutas que presentaran esta anomalía, y las tres confesaban tener una gran indiferencia para con los individuos de uno y otro sexo.

El parecido de un clítoris hipertrofiado con un pene ha dado margen á curiosos errores. En la crónica escandalosa de Luis XI se lee: «En dicho año de 1478 ocurrió en el país de la Auvernia que en un convento de frailes negros, perteneciente al señor Cardenal de Borbón, hubo un religioso de dicho lugar que tenía los dos sexos, del hombre y de la mujer, y con

cada uno de ellos se las arregló de modo que quedó embarazado de un niño, por lo cual le cogieron y le formaron causa hasta que dió á luz á su *póstumo*, porque después de venir éste la justicia hizo lo que debió hacer con el religioso antedicho».

Respecto á este fraile del convento de Issoire, Bauhino hizo este verso:

Mas, mulier, monachus, mundi mirabile monstrum (1).

Cítase un caso análogo que fué causa de un proceso célebre

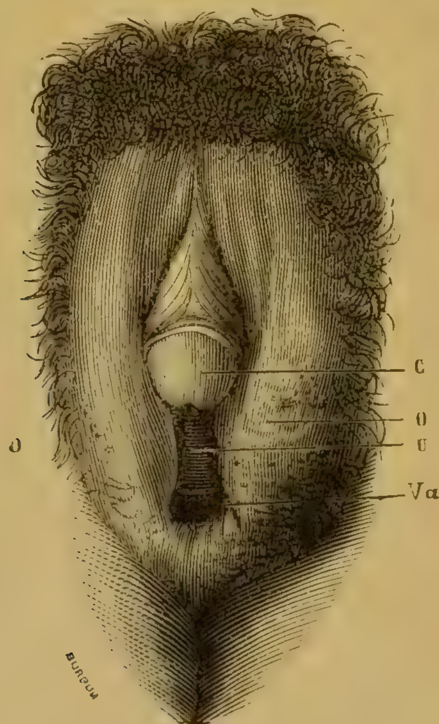


Fig. 55.—Desarrollo excesivo del clítoris (Courty).

en 1623: Sor Angélica de la Motte d'Aspremont, después de una estancia de muchos años en el convento de las *Hijas de Dios*, de Chartres, fué acusada «de haber sido hombre con las religiosas y mujer en las excursiones nocturnas que hacía fuera de dicho convento». Los votos de la señora de Aspremont fueron anulados y condenósela á prisión perpetua.

En otro tiempo, las personas afectadas de hipertrofia del clí-

(1) Hombre, mujer, fraile: admirable monstruo del mundo.

toris pasaban por poseer los atributos de ambos sexos; considerábanse como *androginos* (de ἀνήρ, hombre, y γυνή, mujer) ó *hermafroditas*.

Del hermafroditismo.—Se tomó esta palabra de la fábula que hace reunir por los dioses á Hermafrodita ([1]) con el cuerpo de Salmacis, para castigarle por haber menospreciado el amor de esta ninfa. Fundándose en un pasaje oscuro del Génesis: «Dios creó, pues, el hombre á su imagen; le creó á imagen de Dios; los creó macho y hembra», ciertos autores creen que Adán era hermafrodita. Así fué como se apareció á la alucinada y devota Antonieta Bourignón.

Igualmente vió Platón en el primer hombre un ser doble, como lo recuerda el autor de la *Doncella:*

"Así Platón, del cielo confidente,
pretendió que, nacidos nuestros padres
de un puro limo, que divinas manos
amasaron, provistos de ambos sexos,
perfectos y llamados androginos,
bastábanse á sí propios por sí mismos„ ([2]).

El filósofo griego dedujo de esta idea una ingeniosa ficción para explicar la acción atractiva del amor en los dos sexos: supone que, después de haber creado Dios al hombre doble, le desdobló en seguida, y desde entonces ambas mitades tienden sin cesar á aproximarse.

J.-B. Rousseau compuso acerca de este asunto uno de sus mejores epigramas:

([1]) Era hijo de Hermes ó Mercurio y de Afrodita ó Venus, como lo indica su nombre. Su estatua en mármol, llamada *Hermafrodita Borghèse*, procedente de la colección de los príncipes Borghèse, se encuentra en el Museo del Louvre. Representa al hermoso Androgino echado en una actitud llena de gracia y voluptuosidad.

([2]) Ainsi Platon, le confident des dieux,
A prétendu que nos premiers aïeux,
D'un pur limon pétri des mains divines
Nés tous parfaits et nommés androgynes,
Egalement des deux sexes pourvus,
Se suffisaient par leurs propres vertus.
VOLTAIRE.

"El hijo de Jafet crëara al hombre,
macho y hembra á la vez en sólo un cuerpo;
y Júpiter, de un todo tan hermoso,
hizo dos partes y rompió el modelo.
He aquí por qué, con su mitad gemela,
todos unirnos con ardor queremos.
Y dice el corazón: ¡mírala, es ella!
Pero ¡ay! en realidad sólo es un sueño„ (1).

En otro tiempo considerábanse á los hermafroditas como monstruos indignos de vivir. Los atenienses los arrojaban desde su nacimiento al mar, y los romanos al Tíber. En la Edad Media eran quemados vivos, como poseídos del demonio. Y aun en el siglo XVII decía Riolano: «En cuanto al ser que, mitad hombre, mitad mujer, es escarnio de la naturaleza, debe dársele muerte».

En la especie humana el hermafroditismo depende de un retardo de desarrollo de los órganos genitales. En los hermafroditas, ó bien se aproximan más ó menos los órganos externos de un sexo á los del otro, ó bien existen en el mismo individuo los órganos internos y externos de ambos sexos. La primera especie constituye el *hermafroditismo aparente*, que se subdivide en dos variedades: *masculino* (atrofia ó imperforación del pene, persistencia de la división escrotal, anorquidia) y *femenino* (hipertrofia del clítoris, soldadura de los labios, imperforación de la vagina); la segunda especie es el *hermafroditismo verdadero.*

La anomalía más frecuente es el *hermafroditismo aparente masculino*, que hace considerar como mujeres á individuos pertenecientes al otro sexo. Un curioso ejemplo de este género de anomalía es el de Alexina B..., que se educó en colegios de señoritas hasta la edad de veintidós años y se suicidó después de

(1) L'homme creé par le fils de Japhet
N'eut qu'un seul corps, mâle ensemble et femelle.
Mais Jupiter, de ce tout si parfait,
Fit deux moitiés et rompit le modèle.
Voilá d'où vient qu'à sa moitié jumelle
Chacun de nous brûle d'être rejoint.
Le cœur nous dit, ah! la voilà, c'est elle!
Mais à l'épreuve, hélas! ce ne l'est point.

una sentencia de La Rochelle que rectificaba su estado civil devolviéndole su verdadero sexo; presentaba un pene rudimentario y una depresión, en el fondo de la cual se abrían los conductos eyaculadores de las vesículas seminales.

El *hermafroditismo aparente femenino* débese las más de las veces á la hipertrofia del clítoris, que se toma por un miembro viril. Tal era María Magdalena Lefort (fig. 56), cuyo examen



FIG. 56.—María Magdalena Lefort.—Aspecto exterior (Holmes, *Mal. chir. des enfants, Enf. quir. de los niños*, 1878).

indujo á error á muchos cirujanos, que la tuvieron por un individuo del sexo masculino. Su clítoris estaba muy desarrollado y simulaba un pequeño pene cuyo glande estuviera imperforado. La orina y la sangre de las reglas salían por una cloaca común (fig. 57).

Nunca es perfecto en la especie humana el hermafroditismo verdadero ó bisexual, y si se encuentran en el mismo indivi-

duo órganos masculinos y femeninos, unos y otros están desprovistos de toda utilidad: ni pueden fecundar ni concebir. El hermafroditismo real sólo se observa en los vegetales *ginandros* y en las clases inferiores del reino animal, como las hirudíneas (sanguijuelas), los gasterópodos (caracoles) y los cestoides (so-

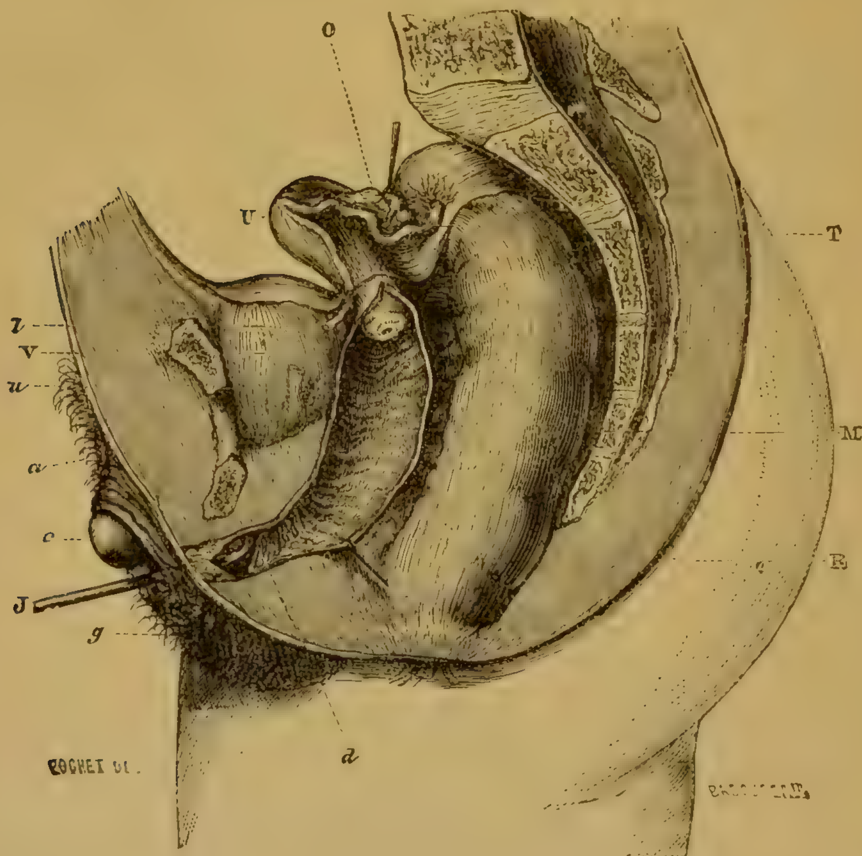


Fig. 57.—Corte de la pelvis de María Magdalena Lefort, manifestando los órganos genitales.

J. Sonda que pasa por la abertura principal debajo del clítoris.—M. Vagina.—O Ovario. —T. Trompa.—U. Utero.—L. Ligamento redondo.—V. Vejiga.—u. Uréteres.—d. Orificio de la uretra.—R. Recto.—g. Labios mayores (Dr. Wieland).

litarias), cada uno de cuyos anillos tiene el poder de fecundarse á sí mismo.

No se sabe si las anguilas son hermafroditas; su manera de reproducirse es completamente desconocida.

En cuanto á los casos de hermafroditismo espontáneo que

harían cambiar de sexo de repente, explícanse por el descenso brusco y tardío de los testículos á las bolsas bajo el influjo de un violento esfuerzo. Así vió Plinio en Africa á un habitante de Tresdita, llamado Lucio Cositio, que en su noche de boda trocóse de mujer en hombre. Pontano habla de la mujer de un pescador, la cual, después de catorce años de matrimonio, «sintió que le salía de pronto un miembro viril en el pudendo»; Ambrosio Pareo cita una joven de Vitry-le-François, María Germain, que al saltar un foso cambió de sexo. Sobre este particular refiere Montaigne, en sus *Ensayos*, que oyó á muchachas de la comarca cantar una canción que recomendaba no dar pasos largos por miedo á volverse mozos.

En las antiguas tradiciones se encuentran muchos ejemplos de hermafroditismo espontáneo. En las *Metamorfosis* de Ovidio, Ifis se volvió muchacho á los quince años:

Vota puer solvit, quæ femina voverat, Iphis (1).

Scython tenía, según la fábula, el poder de cambiar de sexo á voluntad. El adivino Tiresias trocóse en mujer después de haber separado con su varita á dos serpientes entrelazadas. Entonces Júpiter y Juno le escogieron para decidir esta cuestión suscitada entre los cónyuges: ¿Cuál de los dos experimenta placer más vivo cuando cambian dulces besos? Tiresias se decidió por Júpiter, y enfurecida Juno echóle en los ojos algunas gotas de agua y le cegó.

En casos de prolapso del útero, el relieve del hocico de tenca puede tomarse por un miembro viril, como en Margarita Malaure, que llegó á París en 1693 con traje de hombre, espada al cinto y sombrero de ala alzada, creyéndose ella misma hermafrodita (2). Pero según Demangeón, de quien tomamos estos detalles, el cirujano Saviard declaró que este mozo tenía un descenso de la matriz y lo redujo. Después de curarse presentó

(1) Ifis pagó de mozo los deseos que excitó de niña.

(2) También el caballero de Eón es famoso por la incertidumbre que por mucho tiempo reinó acerca de su sexo, pero á su muerte la autopsia demostró que era del sexo masculino. Luis Jourdán le hizo héroe de su novela titulada: *Un hermafrodita.*

esta mujer una petición al rey para poder volver á vestir trajes de mujer, á pesar de un juicio de los Capitulares de Tolosa que la habían ordenado usara trajes de hombre.

Meato urinario. Prurito vulvar.—El meato urinario (figura 45, 7) es el orificio exterior del conducto de la uretra. Esta abertura es más grande que la del hombre; por eso es más voluminoso el chorro de orina de la mujer. El meato urinario está situado debajo del *vestíbulo* é inmediatamente por encima del tubérculo que termina la columna anterior de la vagina: esta particularidad anatómica permite al médico que la conoce sondar á una mujer sin descubrirla. Basta para esto deslizar la sonda sobre el índice izquierdo cuando, dirigida hacia arriba la pulpa de este dedo, está en contacto con dicho tubérculo. La desviación que temporalmente sufre la uretra en las mujeres en cinta y después del parto dificulta la operación de sondar.

El meato urinario está recubierto por los labios mayores y menores, que se entreabren en parte cuando la mujer se baja para orinar. Si los labios mayores son grandes y están adosados uno contra otro, como se observa en las jóvenes vírgenes y en las mujeres gruesas, al pasar el chorro de orina produce un silbido tanto más fuerte cuanto más enérgicas sean las contracciones de la vejiga.

La entreabertura de la vulva, que es casi constante en las mujeres de mucha edad, y la dirección vertical del conducto de la uretra permiten á éstas orinar de pie.

La situación profunda del meato urinario da cuenta también del *prurito* (de *prurire*, picar) de la vulva, del cual se quejan las diabéticas. Este prurito proviene del contacto irritante de la orina cargada de azúcar con la mucosa vulvar. Puede también provocarlo la acumulación de la materia sebácea en las mujeres que no tienen aseo alguno, ó también una erupción herpética, ó pequeños gusanos escapados por el ano, como los oxiuros (fig. 58).

La débil distancia que separa el meato urinario y el ano permite reconocer si corresponden á un hombre ó á una mujer las materias fecales recién depuestas y halladas en el lugar de un

crimen; en efecto, en este último caso la orina debe regar los excrementos ó hallarse muy próxima á ellos.

Conducto de la uretra, su extrema dilatabilidad.—El conducto de la uretra de la mujer hállase, por decirlo así, esculpido en el espesor de la pared anterior de la vagina (fig. 59). Su longitud sólo es de 3 centímetros. «Por eso, dice Dionis, evacuan las mujeres más pronto su orina; obtienen también otra ventaja, cual es que, saliendo prontamente su orina, arrastra

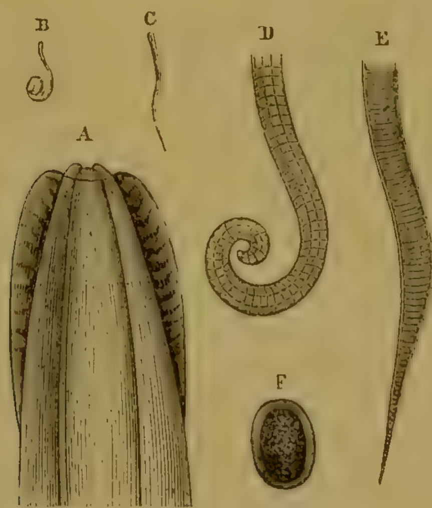


FIG. 58.—Oxiuro.

A. Cabeza con sus tres nódulos y su abultamiento aliáceo.—B. Macho.—C. Hembra.—D. Cola del macho.—E. Cola de la hembra.—F. Huevo.

consigo las piedrecillas, arena y piedras, que permanecen con tanta frecuencia en el fondo de la vejiga de los hombres, lo cual impide que se hallen tan sujetas como éstos á los cálculos.» La causa principal de la rareza de la piedra en la mujer es la falta de próstata, y, por consiguiente, la del bajo fondo de la vejiga, en el cual se acumulan las concreciones calcáreas en el hombre.

Las paredes del conducto de la uretra son muy extensibles; mediante una dilatación gradual, pueden permitir el paso de cuerpos extraños relativamente voluminosos. Así es como ciertas mujeres viciosas hanse introducido en la vejiga estuches,

huesos de toda clase de frutas, silbatos, un tapón de corcho, pasa-cordones, etc. El cirujano Moreau extrajo de la vejiga de una mujer una manzanita. Una inglesa, queriendo ocultar un

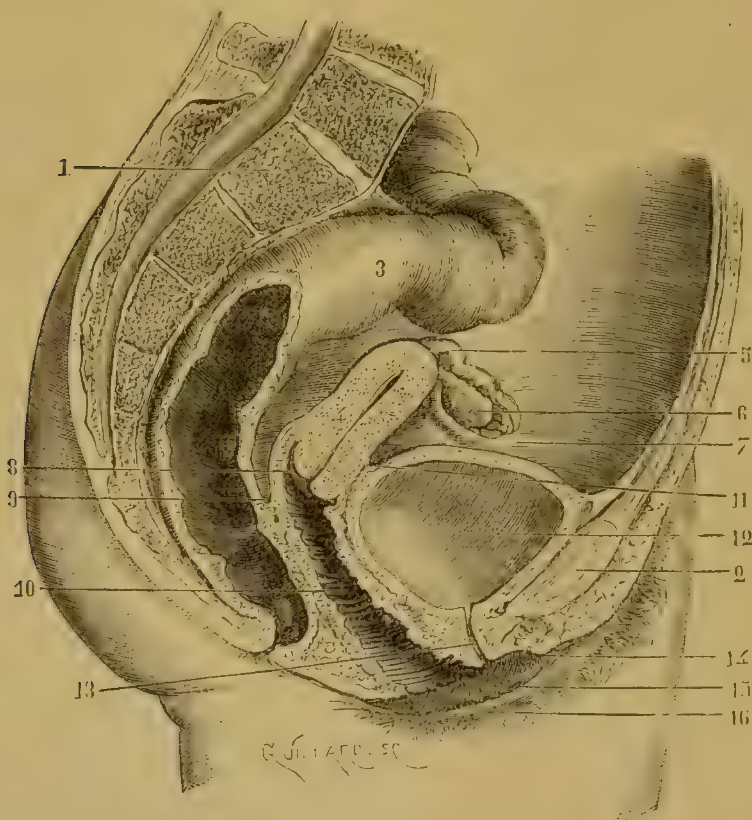


FIG. 59.—Corte antero-posterior de la pelvis de la mujer, para demostrar la situación, dirección y relaciones del útero.

1. Corte del sacro.—2. Sínfisis del pubis.—3. Recto, cuya cavidad es visible en la parte inferior.—4. Corte del cuerpo del útero.—5. Trompa de Falopio del lado izquierdo.—6. Ovario izquierdo.—7. Ligamento redondo del lado izquierdo.—8. Labio posterior del cuello del útero.—9. Fondo de saco, formado por el peritoneo que pasa de la pared posterior de la vagina á la cara anterior del intestino recto.—10. Corte de la vagina.—11. Fondo de saco del peritoneo que pasa del útero á la vejiga.—12. Cavidad de la vejiga.—13. Conducto de la uretra.—14. Corte del cuerpo del clítoris.—15. Cara interna del labio menor del lado izquierdo.—16. Labio mayor del mismo lado y orificio vulvar.

mechón de cabellos que le era caro, no encontró nada mejor que introducírselo en la vejiga, á guisa de medallón. Este cuerpo extraño se cubrió de incrustaciones calcáreas y formó el núcleo de una piedra, cuya extracción hubo de hacerse.

La extrema dilatabilidad del conducto urinario hace más fácil, y por consiguiente menos grave, la operación de la piedra en la mujer que en el hombre. Ha permitido la introducción del miembro viril en este conducto, según observó el profesor Tourdes en una mujer afectada de imperforación de la vagina. Mr. Noeggerath ha propuesto sacar partido de esta propiedad para introducir el dedo en la vejiga á fin de explorar más fácilmente los órganos internos: á esto llama «tacto vesical». Antes de practicarlo conviene dilatar el orificio externo del conducto por medio de un tallo de *laminaria*, que tiene la propiedad de aumentar mucho de volumen por la influencia de la humedad.

Orificio vulvar. Membrana himen.—El orificio vulvar corresponde á la extremidad inferior de la vagina y ocupa la parte posterior de la vulva. Presenta una estrechez más ó menos grande según las mujeres. En el momento del parto se distiende lo necesario para dejar paso al niño.

En las jóvenes vírgenes (fig. 60) el orificio vaginal está obturado en parte por un tabique membranoso, el *himen* (de ὑμήν, membrana), que es un repliegue de la mucosa vulvar. En su espesor encierra vasos y nervios que se rompen en el momento de la desfloración y provocan dolor y una ligera hemorragia: *Prima Venus debet esse cruenta* (1), dice un antiguo adagio.

Sin embargo, en ciertos casos este derrame sanguíneo fué tan abundante que produjo la muerte. Así, una joven de veinte años, parienta del doctor Wachsmuth, sucumbió la noche de su boda por la hemorragia que produjo la ruptura del himen. Verdad es que era *hemofílica* (de αἷμα, sangre, y φίλος, amigo).

Si el himen es rudimentario, ó está muy relajado, puede consumarse el acto venéreo con una virgen sin desgarramiento, y por consiguiente sin pérdida de sangre. Estas excepciones bastante frecuentes se conocen desde hace mucho tiempo, puesto que cuando la costumbre judía ordenaba que los padres de la desposada enseñasen á los ancianos de la ciudad la camisa de

(1) El primer coito debe ser sangriento.

su hija con las huellas impresas de su virginidad, las jóvenes casadas tomaban la precaución de manchar con sangre su camisa antes de entrar en el lecho nupcial.

El dolor producido por la desfloración generalmente es vivo; en la antigüedad, para ahogar los quejidos de la recién casada, se hacía que los niños movieran nueces en la alcoba de los es-

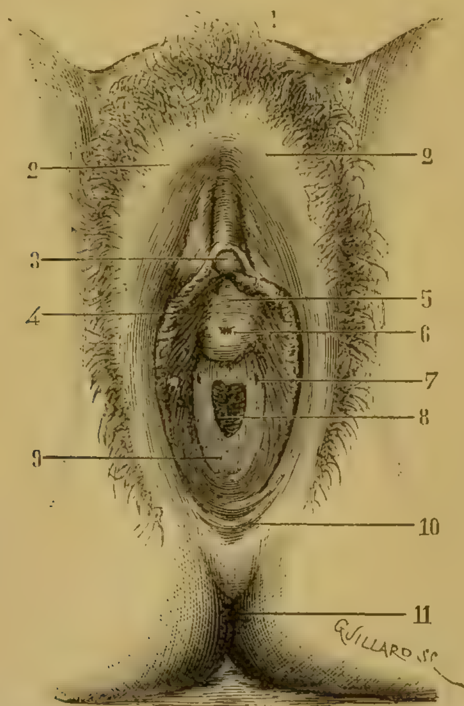


FIG. 60.—Aspecto de la vulva en la virgen.

1. Empeine ó monte de Venus recubierto de pelos.—2. Cara interna ó mucosa de los labios mayores.—3. Clítoris recubierto por su prepucio ó capuchón.—4. Cara interna de los labios menores, cuya extremidad superior forma el prepucio del clítoris.—5. Vestíbulo.—6. Meato urinario ó extremidad anterior de la uretra.—7. Orificio de la glándula vulvo-vaginal de Bartholino.—8. Orificio de la vagina estrechado por la membrana himen.—9. Membrana himen.—10. Horquilla.—11. Ano.

posos durante la primera noche de boda. «Esclavo, da, da nueces á los pilluelos», dice Cátulo en el canto nupcial de Julia y Manlio. «Esto era, hace notar á este respecto el doctor Garnier, porque los romanos, muy supersticiosos, y para los cuales todo era alegoría, veían en la nuez el enigma del matrimonio: es preciso romper su cáscara para saber lo que contiene, y si está

sana ó echada á perder.» El doctor Bremond piensa que esto es ir á buscar muy lejos la explicación, y que es más sencillo admitir que se esparcían nueces ante los esposos en señal de dicha y abundancia.

Sin embargo, un dístico antiguo

Nux, asinus, mulier, simili sunt lege ligata;
Hæc tua nihil fructus faciunt si verbera cessant (1).

establece entre la nuez y la mujer una comparación que no es de las más lisonjeras ni aun en una genialidad.

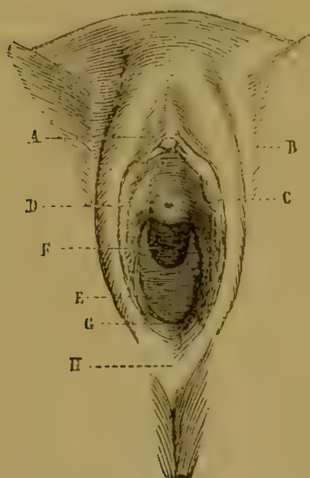


FIG. 61.—Himen semilunar.

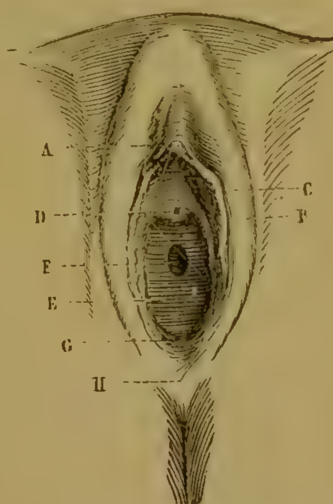


FIG. 62.—Himen anular.

En cuanto se rompe el himen retráense los colgajos de esta membrana y forman al rededor del anillo vaginal tres ó cuatro pequeños relieves mucosos ó excrescencias carnosas, que los anatómicos han llamado *carúnculas mirtiformes* porque han visto en ellas cierta semejanza con la flor del mirto. El doctor Budín ha sostenido que después de la desfloración aun podían llegar á aproximarse los colgajos del himen hasta reconstituir la integridad de esta membrana, y que sólo el parto podía deteriorar el anillo de inserción del himen (anillo himenal). Sólo entonces sería suficiente la retracción cicatricial para trans-

(1) Nuez, asno, mujer, están ligados por una ley semejante; no obtendrás ningún fruto si cesan tus golpes.

formar los restos del himen en carúnculas mirtiformes. Concíbese la importancia médico-legal de este aserto. Por raras que sean, las excepciones le quitan su carácter de verdad absoluta.

El himen afecta diferentes formas: las más comunes son las de una media luna (fig. 61) ó de un anillo (fig. 62). Algunas veces esta membrana es imperforada y se opone á la salida de la sangre menstrual. Entonces se necesita la intervención del cirujano para reparar el olvido de la naturaleza y practicar con el bisturí una abertura artificial. Esta conformación viciosa ha producido errores de diagnóstico, de los cuales uno de los más curiosos es el que refiere Mr. Tillaux en su *Anatomía topográfica.* «La imperforación del himen, dice este autor, puede determinar accidentes muy graves. La sangre de las reglas se acumula en la vagina, en la cavidad del útero, que se distienden poco á poco, y por fin sobrevienen violentos dolores que inducen á los padres á pedir un reconocimiento. En un caso de este género, un colega que fué llamado encontró á una joven de diez y ocho años presa de cólicos intensos, sobrevenidos de pronto; el vientre tenía el volumen del de una mujer embarazada de cinco á seis meses, y en la vulva se presentaba un tumor violáceo del tamaño de una naranja sobresaliendo entre los labios mayores. La enferma no podía orinar y experimentaba grandísimas dificultades para ir al sillico. Lo primero en que pensó nuestro colega fué en un parto prematuro, y así lo declaró, sin sorprender gran cosa á la paciente. Pero no duró mucho el error. Enviáronme la enferma en seguida á Lariboisière. Una incisión crucial del himen dió salida á litro y medio de sangre negruzca. La membrana era muy densa, como carnosa.» Se cita una observación de Macaulay, quien tomó el himen distendido por la bolsa de las aguas.

Ultimamente el doctor Desprès estuvo á punto de abrir un tumor en la región umbilical, producto de la extremada distensión del útero por la sangre en un caso de imperforación del himen. Concíbese que si el himen imperforado se rompiera espontáneamente sería muy difícil establecer un diagnóstico retrospectivo de la preñez, y que en atención á ciertos síntomas, aumento de volumen del útero, dilatación y reblandeci-

miento del cuello, hemorragia, etc., podría exponerse á acusar de infanticidio á una inocente.

Créese por lo general que la resistencia y dureza del himen aumentan con la edad; hasta es una gran preocupación para las personas que se casan tarde; pero nada de esto sucede, y las membranas cartilaginosas observadas por Ambrosio Pareo en mujeres ancianas no son sino casos muy excepcionales. Lo cierto es que á veces existe en ellas una falta de elasticidad y dilatabilidad en todo el suelo perineal que puede ser un obstáculo para el parto; en cuanto al himen, no presenta nada de particular.

Se ha negado durante mucho tiempo la existencia del himen. «Hay tres cosas, dice Salomón, que me maravillan mucho, hasta cuatro, las cuales no conozco. La huella del águila en el aire, la huella de la serpiente sobre una roca, el camino de un navío en medio del mar y la huella del hombre en la virgen.»

Ambrosio Pareo no veía en esta membrana más que una anomalía de conformación y Buffón una quimera. Sin embargo, su presencia es bastante constante para que se la pueda considerar como el sello de la virginidad. No obstante, no siempre su ausencia es un signo cierto de desfloración, porque puede faltar por completo ó presentar bastante elasticidad para permitir el paso de un pene poco voluminoso. Esto explica la persistencia del himen en mujeres públicas y hasta en el momento del parto. Por otra parte, veremos que puede efectuarse la fecundación por efecto de un simple depósito del esperma en la entrada de la vulva y sin introducción del miembro viril. Basta, según sabemos, el vigor de ciertos esparmatozoides. El profesor G. Braun (de Viena) ha publicado un ejemplo curioso de esto: «El joven refirió que un domingo había tocado el piano teniendo á la joven en sus rodillas; que mientras la abrazaba la levantó las faldas y apretó el pene contra los muslos de la joven, y que ambos se sintieron mojados. El tiempo que duró esto debió ser muy corto, porque había quedado abierta la puerta de la habitación inmediata, en la cual se encontraban la madre y la hermana de la joven, quien no había dejado de

conversar con ellas». Sin embargo, esta joven imprudente quedó en cinta conservando la membrana himen.

ARTÍCULO II

ÓRGANOS GENITALES INTERNOS

Estos órganos están encerrados en una cavidad ósea llamada *pelvis* (fig. 65); se componen: 1.°, de los *ovarios* (fig. 64), glándulas en las cuales se forman los huevos humanos, óvulos; 2.°,

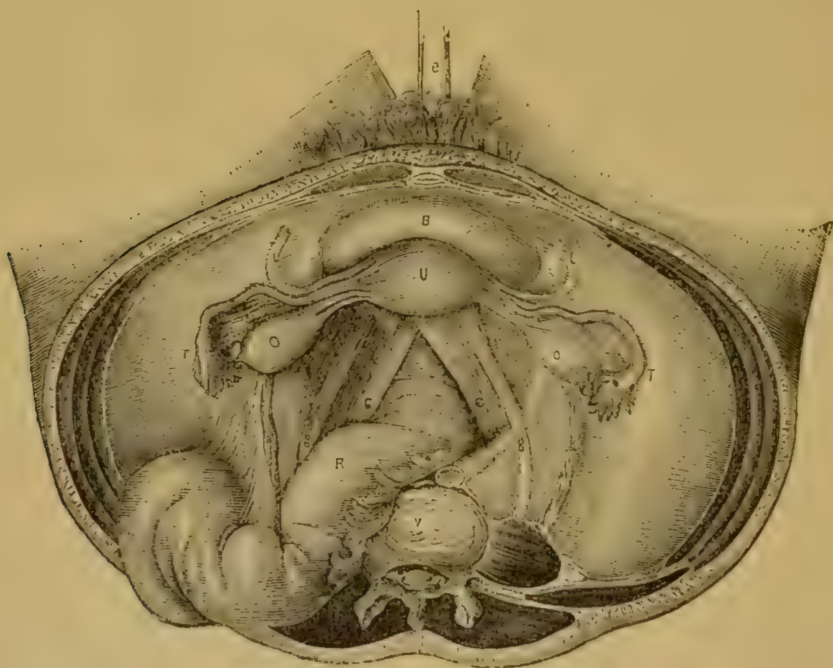


Fig. 63.—V. Vértebra lumbar.—B. Vejiga.—L. Ligamentos redondos.—O. Ovarios.—R. Recto.—T. Trompas.—g. Uréteres.

de las *trompas uterinas* ú *oviductos*, conductos destinados á dirigir los óvulos á la cavidad uterina; 3.°, del *útero* ó *matriz*, órgano en el cual permanece el huevo desde su fecundación hasta su completo desarrollo; 4.°, de la *vagina*, conducto cuya doble función es dar paso al feto durante el parto.

De la pelvis.—La pelvis ó bacinete (de *baccinum*, cubeta), que Michelet llama en la mujer «la profunda copa de amor», es un conducto curvo, situado entre el tronco y los miembros infe-

riores, á los cuales sirve de punto de apoyo. Su anchura es más considerable en la mujer que en el sexo masculino; de aquí resulta una oblicuidad más grande de los muslos, que da cierto parecido á su marcha, sobre todo cuando da pasos largos, con la progresión de los patos. El doctor Porak, más ga-

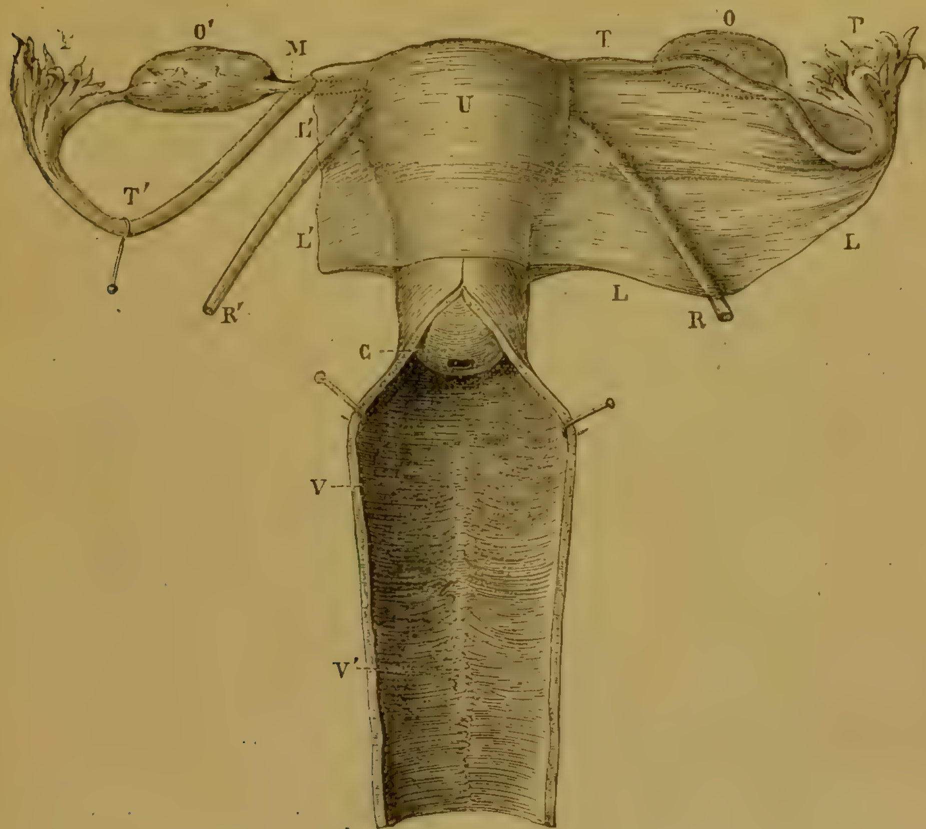


FIG. 64.—Órganos genitales internos de la mujer.

C. Cuello del útero.—L. Ligamento ancho del lado izquierdo.—L'. Ligamento ancho del lado derecho. (La mayor parte de este ligamento se ha quitado.)—M. Ligamento del ovario derecho.—O, O'. Ovarios.—P, P'. Pabellón de la trompa.—R, R'. Ligamento redondo.—T, T'. Trompa.—U. Cuerpo del útero —V. Vagina, abierta de arriba abajo. V'. Columna media de la cara posterior de la vagina.

lante, expresa la misma idea diciendo que «la única cosa que una mujer no puede hacer con gracia es correr».

La armadura ósea de la pelvis está formada por cuatro huesos: el *sacro*, así llamado porque la región que ocupa se ofrecía á los dioses en los sacrificios de animales; el *coxis*, que debe

su nombre al parecido con el pico de un cuclillo (*cuculus*), y los huesos *coxales* (de *coxæ*, caderas), que son huesos planos, retorcidos sobre sí mismos, al modo de las aspas de un molino de viento (fig. 66).

Los mismos huesos coxales están divididos durante la infancia en tres piezas que se sueldan en el adulto: el *pubis* (de *pubere*, comenzar á tener pelo), llamado así porque corresponde al monte de Venus, que se cubre de pelos en la pubertad; el *isquion* (de ισχιον, cadera), llamado «hueso de las asentaderas»,

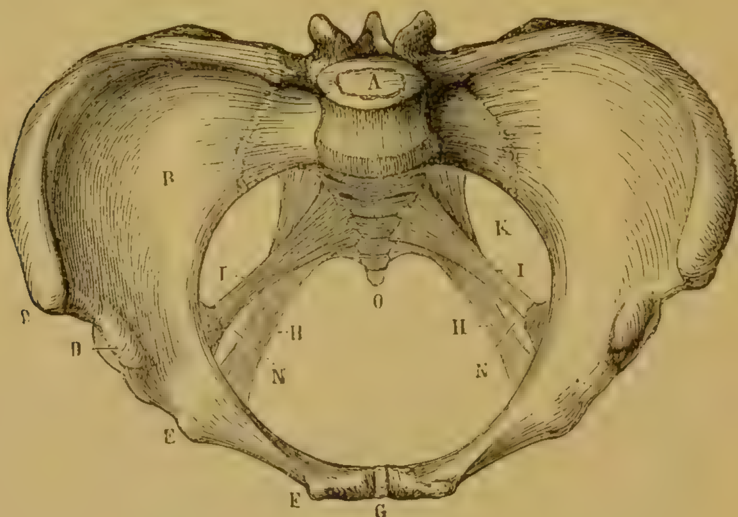


FIG. 65.—Superficie interior de la pelvis.

A. Ultima vértebra lumbar.—B. Fosa ilíaca interna.—C. Espina ilíaca antero-superior.—D. Espina ilíaca antero-inferior.—E. Eminencia íleo-pectínea.—F. Espina del pubis.—S. Sínfisis del pubis.—H. Ligamento sacro-ciático mayor.—I. Ligamento sacro-ciático menor.—K. Agujero ciático mayor.—N. Agujero ciático menor.—O. Punta del coxis.

cuyo nombre debe á estar terminado por una gruesa tuberosidad sobre la cual descansa el cuerpo en la actitud de estar sentado, y el *íleon* (de *ilia*, costados), que se articula por detrás con el sacro.

División de la pelvis.—La cavidad de la pelvis está ensanchada en su parte superior y estrechada en su parte declive. De aquí su división en dos regiones distintas: la *pelvis mayor* y la *pelvis menor* (fig. 67).

La *pelvis mayor* aloja las últimas circunvoluciones del intes-

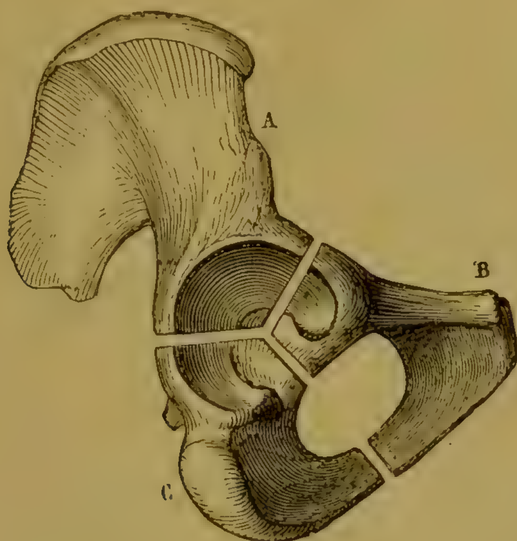


FIG. 66.—Hueso coxal en la infancia.

A. Ileon.—B. Pubis.—C. Isquion.

tino delgado; el *ciego*, ó comienzo del intestino grueso, y el *colon*

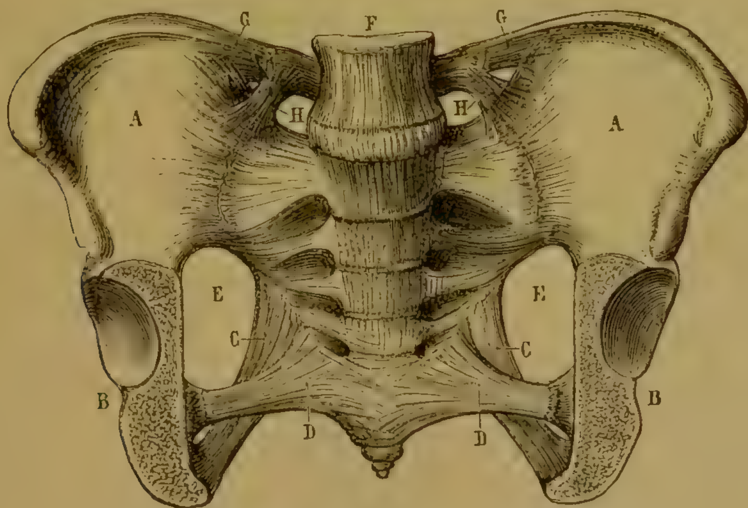


FIG. 67.—Pelvis. Se ha quitado la parte anterior.

A. Fosa ilíaca interna.—B. Sección del hueso.—C. Ligamento sacro-ciático mayor.—D. Ligamento sacro-ciático menor.—E. Agujero ciático mayor.—F. Ultima vértebra lumbar.—G. Ligamento íleo-lumbar.—H. Ligamento sacro-vertebral.

ilíaco; además contiene el músculo *psoas ilíaco* (fig. 68), y los *vasos ilíacos* que van á los miembros inferiores.

La *pelvis menor*, ó *excavación pelviana* (de *pelvis*, cavidad), comprende todos los órganos internos de la generación. Además encierra por delante la *vejiga* y por detrás el *recto* ó última porción del intestino grueso.

La excavación pelviana está limitada arriba y abajo por dos aberturas llamadas *estrechos* (fig. 65), porque son menos anchas que la cavidad intermedia que las separa. De suerte que se puede comparar la forma general de la pelvis menor con la de un tonel, cuyo centro está más abombado que las extremidades.

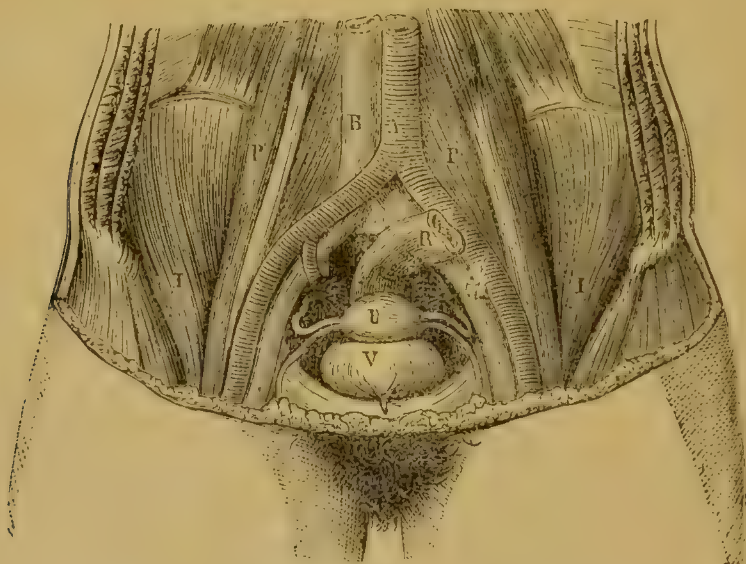


FIG. 68.—Pelvis revestida por sus partes blandas.

A. Aorta.—B. Vena cava inferior.—P. Músculo psoas.—I. Músculo ilíaco.—R. Recto.—U. Utero.—V. Vejiga.

El *estrecho superior* sirve de línea fronteriza entre la pelvis mayor y la menor. Presenta una escotadura posterior, debida á la eminencia de la articulación del sacro con la última vértebra lumbar ó ángulo *sacro-vertebral*; esta particularidad ha hecho que se le compare con un corazón de cartas de baraja, y también, según Vesalio, con una bacía de barbero.

En una pelvis revestida por sus partes blandas, el diámetro más largo que presenta en su estrecho superior es el oblicuo. Pronto veremos la consecuencia de esta disposición anatómica.

El estrecho inferior (fig. 69) está ocupado por las partes blandas que forman el suelo de la pelvis y cuyo conjunto constituye el *periné*. Aunque muy extensible, este tabique, comparado por Chailly con una tela de araña, se deja desgarrar algunas veces durante el parto; por eso el médico debe tener buen

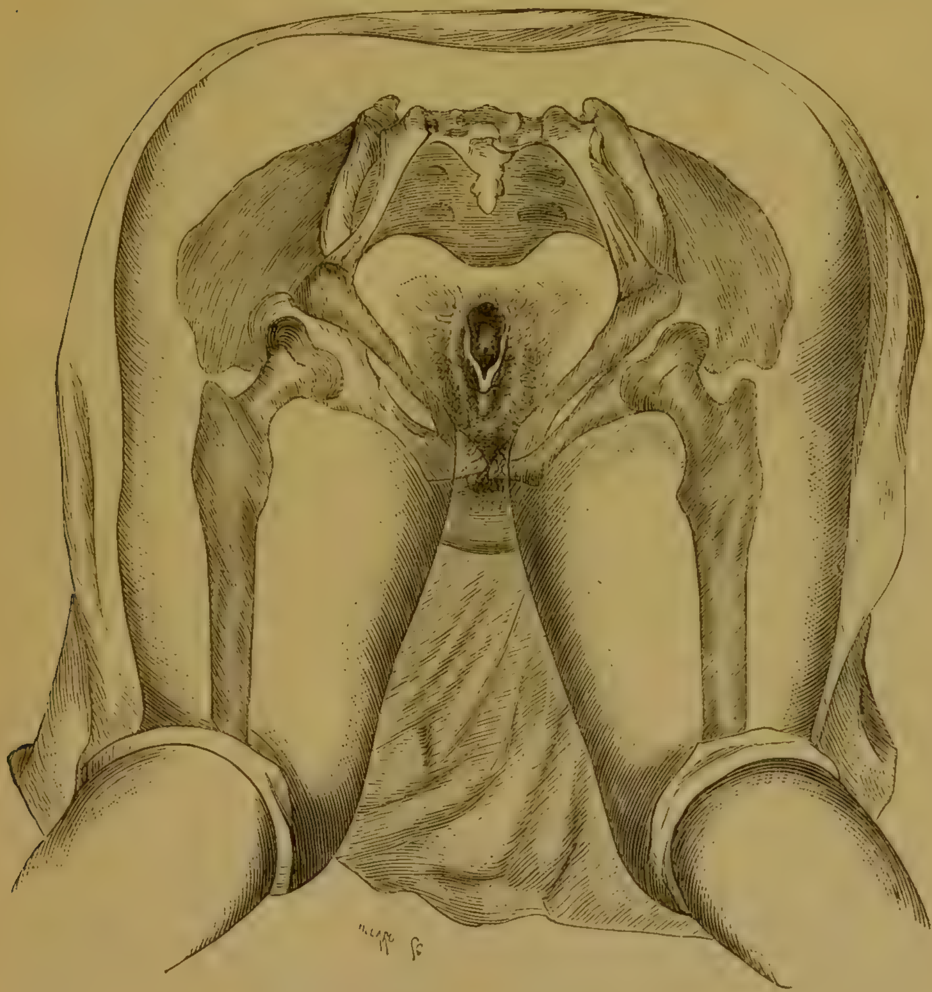


FIG. 69.—Estrecho inferior de la pelvis.

cuidado de sostener esta región cuando pasa el niño. La forma del estrecho inferior es casi circular; pero dirigiéndose el coxis hacia atrás, el diámetro antero-posterior gana en el momento del parto hasta 2 centímetros y puede considerarse como el mayor diámetro del estrecho inferior.

En virtud de la ley tan bien formulada por el profesor Pajot

acerca de la adaptación de las formas y dimensiones del contenido á las formas y capacidad del continente, concíbese por qué las partes más desarrolladas del feto se desprenden durante el parto en el estrecho superior, siguiendo la dirección del diámetro oblicuo, al paso que al llegar al estrecho inferior se desprenden según el eje del diámetro antero-posterior. Esta ley de la adaptación explica el movimiento rotatorio que eje-

FIG. 70.—Planos y ejes de la excavación de la pelvis.

A. Angulo sacro-vertebral.—B. Punto en que el eje del estrecho superior incide en el estrecho El mismo eje encuentra por detrás al coxis. Prolongado por arriba, corresponde al ombligo en L.—AP. Plano del estrecho superior.—CM. Plano del estrecho inferior. —DD. Diversos planos de la excavación.—NN. Eje del estrecho inferior.—VVVB. Eje de la excavación.—HO. Línea horizontal.

cuta la cabeza cuando franquea la vulva; este movimiento resulta del paso de los hombros por el estrecho superior siguiendo su diámetro oblicuo. Es una maniobra análoga á la que se ejecuta para pasar por entre los barrotes de una verja: primero se introduce la cabeza de cara, luego hace el cuerpo una rotación de 90° para el paso de los hombros.

Todos los libros de anatomía dicen que la pelvis menor, recubierta por sus partes blandas, presenta una curvatura muy

pronunciada por delante que indica la dirección tomada por el niño durante el parto (fig. 70). Así, el niño seguiría en la mitad superior una línea LC que iría del ombligo al coxis, y en la mitad inferior otra línea AN que iría del ángulo sacro-vertebral al orificio vulvar. Ahora bien, esta dirección tomada por el niño no depende de la curvatura de la pelvis, que es cilíndrica (como lo ha demostrado Fabbri, sacando con yeso el molde de muchas pelvis de mujeres muertas de parto), sino del ángulo formado por los ejes de la vagina y del útero, como puede verse en la figura 59. Este ángulo explica por qué están encorvados en una de sus extremidades los instrumentos que

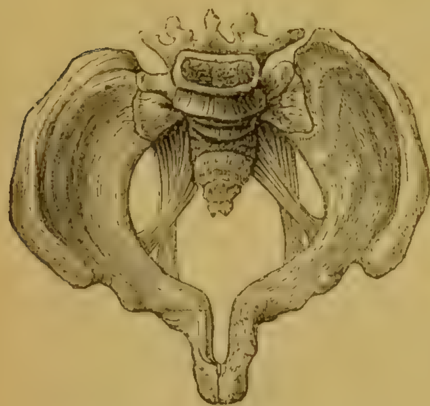


Fig. 71.—Estrechez por compresión lateral.

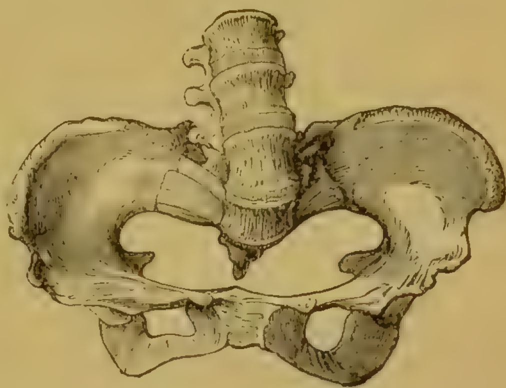


Fig. 72.—Estrechez por compresión antero-posterior.

deben penetrar en esta cavidad. La ignorancia de este hecho es la causa de accidentes mortales en las personas que con el fin de abortar se sirven de vástagos metálicos rectilíneos que dirigen hacia la matriz: en lugar de llegar á este órgano, perforan la pared posterior de la vagina y penetran en la cavidad abdominal.

La anchura de la pelvis menor es la misma, cualquiera que sea la estatura de la mujer; sólo difiere su longitud. Pero de que el trayecto que ha de recorrerse sea más corto en las mujeres de poca talla no se debe deducir, como se hace por lo común, que el parto de éstas sea menos laborioso que el de las otras. En las mujeres gruesas el parto es más lento que en las

delgadas porque las primeras tienen inercia uterina, y no, como se cree por lo general, porque los órganos de la pelvis estén rodeados de una grasa abundante que reduce las dimensiones del conducto pelviano y retarda el descenso del niño.

Vicios de conformación de la pelvis.—Bajo la influencia de la *osteomalacia* (de ὀστεόν, hueso, y μαλακον, blando), ó reblandecimiento de los huesos, y del *raquitismo* (de ῥάχις, espina), ó re-



Fig. 73.—Enana de 97 centímetros que sufrió la operación cesárea.

traso en la evolución del tejido óseo, puede estar viciada la pelvis por *exceso de amplitud* ó por *exceso de estrechez*.

Las pelvis *demasiado amplias* se hallan de ordinario en las mujeres vigorosas, verdaderos viragos de anchas caderas.

Las pelvis *estrechas* (figs. 71 y 72) lo son en todas sus dimensiones ó sólo en algunas; las primeras son *uniformemente estrechas* y las otras *relativamente estrechas:*

1.° Las pelvis *uniformemente estrechas* se observan sobre todo en las enanas (fig. 73); mujeres de elevada estatura, en apariencia bien formadas, pero de caderas estrechas, pueden pre-

sentar también este vicio de conformación con gran sorpresa, no sólo de los que la rodean, sino hasta del hombre del arte.

Las enanas comprenden dos variedades: las raquíticas, mucho más numerosas, y de las cuales hablaremos más lejos, y las mujeres cuyo esqueleto ha sufrido un retraso en su desarrollo.

Estas son pequeñas, pero bien proporcionadas; de ordinario su hijo es pequeño, y en tal caso puede ser fácil el parto: las dificultades de éste en semejante variedad de enanas depende, pues, del volumen del feto.

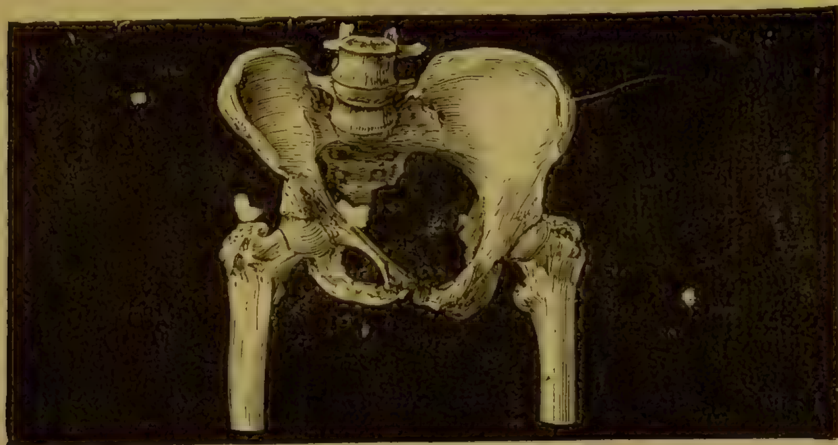


FIG. 74.—Pelvis oblicua oval de Nægele.

2.° Las pelvis *relativamente estrechas* se encuentran en las *raquíticas*, *jorobadas*, *cojas*, en la *osteomalacia* y en las *pelvis oblicuas ovales* (fig. 74).

Los *raquíticos* son seres achaparrados, con los huesos curvos, las piernas torcidas; su fisonomía tiene un carácter especial: cabeza grande, frente prominente, asimetría del rostro; á esto llama Pajot *aire de familia* de los raquíticos. Las curvaturas de los huesos son comunes en los miembros inferiores, y raras en la columna vertebral y en los brazos; los raquíticos son, pues, ordinariamente derechos. Se parecen bastante á los osteomalácicos; pero el raquitismo es una enfermedad de la infancia, y la osteomalacia no se observa sino en la edad adulta. Todos los

partos, desde el primero, pueden ser difíciles en las raquíticas.

La *osteomalacia*, por el contrario, no opone serio obstáculo al trabajo sino en las multíparas, y estas dificultades aumentan con el número de partos.



FIG. 75 —Mújer escoliósica.

Las *cojas* paren de ordinario bien, en contra de la opinión popular. El tocólogo Peu creía que las cojas estaban más predispuestas al aborto que las demás; por eso no quiso casarse con una señorita que tenía una pierna algo corta.

Las *jorobadas* comprenden muchas variedades; sólo dos nos interesan: las *escoliósicas* y las *cifósicas*:

1.° Las escoliósicas, ó mujeres llamadas «de trompa de caza», presentan una inclinación lateral de la columna vertebral; tienen un hombro mucho más bajo que otro; es una enfermedad de la adolescencia, que sobreviene de los quince á los veinte años y no ofrece ningún obstáculo para el parto. No sucede lo mismo cuando la escoliosis se debe al raquitismo; el pronóstico



FIG. 76.—La misma mujer vista de perfil (de término).

es mucho más grave. Así, la joven representada en las figs. 75 y 76 sucumbió seis días después de haber sufrido la operación cesárea por el método de Porro.

2.° Las *cifósicas* se parecen á los cazadores: los brazos son muy largos, el tronco está aplanado sobre sí mismo, pero los hombros están al mismo nivel. Hay jorobadas del dorso y jo-

robadas de los riñones: las primeras tienen la cabeza hundida entre los hombros; en las otras el tronco se dirige hacia adelante y la cabeza domina á los hombros. Las jorobadas de los

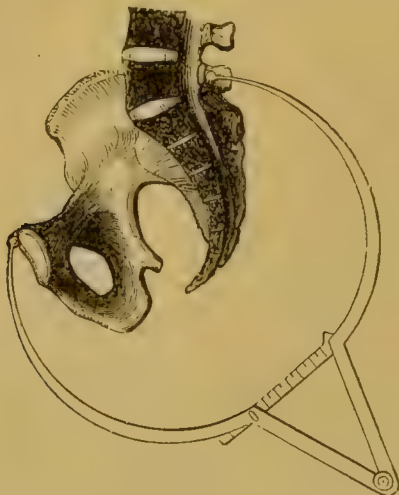


Fig. 77.—Pelvímetro de Baudelocque.

riñones paren con mucha mayor dificultad que las jorobadas del dorso.

Las *pelvis oblicuas ovales* (fig. 74) son muy difíciles de reco-

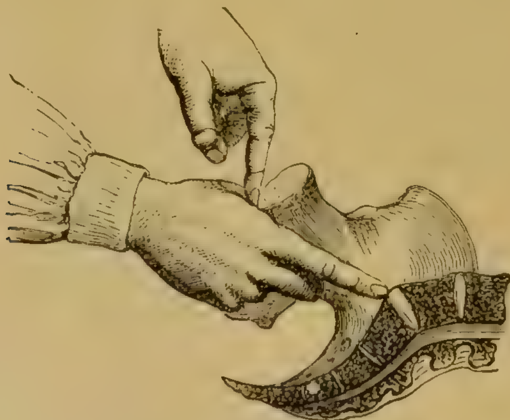


Fig. 78.—Medida del diámetro sacro-pubiano con el índice.

nocer, aun por los hombres duchos en este género de examen.

Para reconocer en el vivo si una pelvis está viciada es preciso medir sus principales diámetros; para este efecto sirven el compás de espesor de Baudelocque (fig. 77) ó el dedo índice

introducido en la vagina, dirigiéndolo hacia el ángulo sacro-vertebral (fig. 78).

De la vagina. Su situación.—La vagina es un conducto membranoso destinado á recibir el líquido fecundante; además permite salir al exterior el flujo menstrual y deja paso al producto de la concepción.

Situado en la excavación de la pelvis menor, entre la vejiga y el recto (fig. 59), se extiende desde la vulva al cuello de la matriz, al que abraza á manera de una vaina, formando un fondo de saco circular cuya conformación recuerda bastante á la del fondo de una botella visto desde el gollete. La extremidad inferior de este conducto corresponde al anillo vulvar, que según hemos visto está obturado en parte por la membrana himen (fig. 60).

Calibre de la vagina.--El diámetro medio de la vagina es de 4 á 5 centímetros. Pero las paredes de este conducto gozan de una elasticidad considerable, puesto que puede atravesarlo en el momento del parto la cabeza del feto, de 11 centímetros de diámetro.

Esta grande extensibilidad ha permitido en ciertos casos la introducción de cuerpos extraños, á veces muy voluminosos. Así, Dupuytren extrajo de la vagina de una joven un tarro de dulce que unos soldados le habían introducido después de violarla. En cuanto á la extremidad inferior de la vagina, ó anillo vulvar, es muy poco extensible, y á veces forma el principal obstáculo para la salida del feto. Según el profesor Richet, debe atribuirse la dificultad y el dolor de la desfloración á la rigidez de este anillo membranoso y no á la ruptura del himen.

Longitud de la vagina.—Según Mr. Sappey, la longitud de la vagina no es más que de 10 centímetros; por eso es fácil explorar por medio del dedo índice las diferentes partes de este conducto. En ciertas mujeres la vagina es muy corta, y sólo mide 4 ó 5 centímetros. Con frecuencia se toma esta brevedad congénita de la vagina por un descenso de la matriz, y se hacen

llevar aparatos llamados *pesarios* (figs. 79, 80 y 81) á las mujeres que presentan esta anomalía cuando no los necesitan. «Todos los días se confunden en la práctica estas dos cosas, dice Cruveilhier; sin embargo, nada hay más fácil de distinguir,



FIG. 79.—Pesario compuesto de un resorte de reloj, muy flexible, recubierto por una hoja de cautchuc.



FIG. 80.—El mismo pesario en el momento de su introducción.

porque en el caso de brevedad no puede levantarse el útero y en el caso de descenso cede sin resistencia ante el dedo que le rechaza y vuelve á su posición normal. Esta brevedad congénita es muchas veces causa de esterilidad, también de dolores

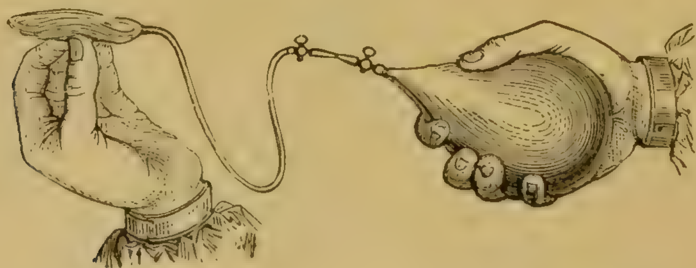


FIG. 81.—Pesario Gariel de cautchuc antes de su introducción.

muy vivos en la cópula y origen de infartos inflamatorios agudos ó crónicos del útero. He visto un caso de considerable cortedad de la vagina, en el cual el orificio de la matriz había sido dilatado por el pene hasta el punto de admitir ampliamente el dedo índice.»

Superficie interior de la vagina. — La vagina está formada por dos paredes que se adaptan una á otra. La pared anterior es la más corta; de aquí el precepto de seguir esta pared para explorar con el dedo el cuello de la matriz.

La superficie interna de la vagina está tapizada por una membrana mucosa de un rojo pálido, que se vuelve violácea al fin del embarazo. Esta membrana presenta, sobre todo en la proximidad del anillo vulvar, líneas salientes y transversales análogas á las que se notan en el paladar de los rumiantes. Estas prominencias, muy marcadas en las vírgenes, forman en medio de cada pared de la vagina un cordón longitudinal, llamado *columna de la vagina*. La columna anterior, más pronunciada que la posterior, termina en el anillo vulvar por el tubérculo que hemos señalado debajo del meato urinario.

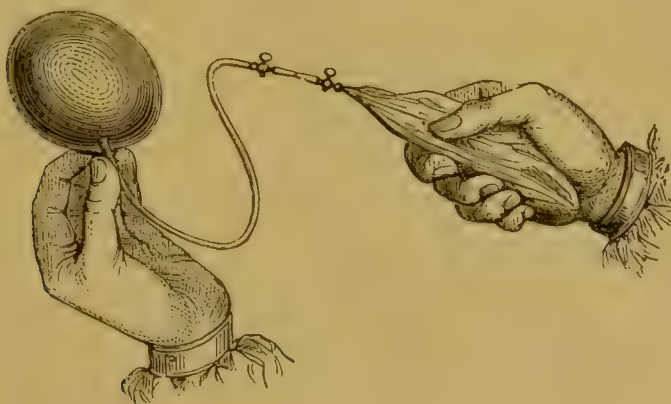


FIG. 82. — Pesario Gariel distendido por el aire.

Las arrugas de la vagina no se borran en el momento del parto; verosímilmente sirven para multiplicar y hacer más sensibles los frotamientos durante la cópula. La mucosa vaginal está desprovista de glándulas; sin embargo, por influencia de su inflamación, ó *vaginitis*, se hace asiento de una secreción abundante. La sensibilidad que posee esta membrana es muy obtusa; por eso conserva la vagina fácilmente los cuerpos extraños que se introducen en ella. Colocada una patata en el fondo de este conducto, para remediar un descenso de la matriz, permaneció en él muchos meses sin inconveniente; pero el

calor y la humedad hicieron brotar yemas que provocaron dolor y fué preciso extraerla. Mr. Gosselín procedió un día á extraer un pesario que había permanecido en la vagina durante más de treinta años sin determinar accidentes.

El doctor E. Verdalle ha observado un caso todavía más curioso. Una mujer de veintiséis años, casada, quejábase de flujos blancos, puriformes y sanguinolentos, y no podía realizar el acto conyugal por efecto de los dolores que experimentaba en

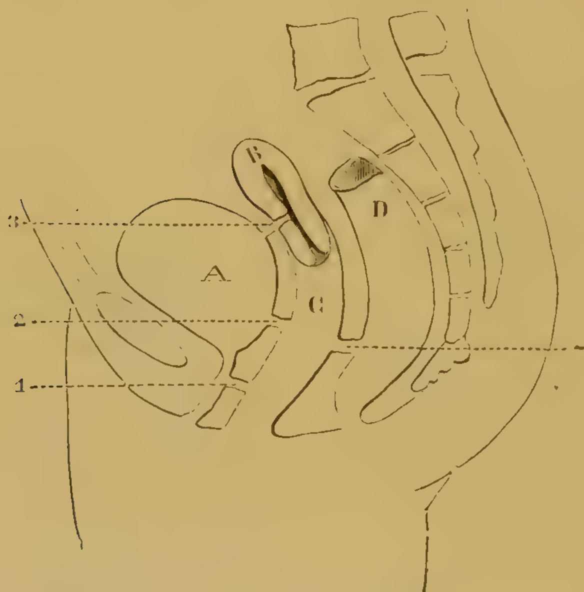


FIG. 83.—Variedades de fístulas vaginales.

1. Fístula uretro-vaginal —2. Fístula vesico-vaginal.—3. Fístula vesico-uterina.—4. Fístula recto-vaginal.—A. Vejiga.—B. Utero.—C. Vagina.—D. Recto.

la pelvis. Al examinarla el doctor, descubre á pocos centímetros del orificio vulvar un cuerpo duro sepultado en las partes. Llega á remover este cuerpo, lo extrae y lo presenta en seguida á su legítima propietaria, que exclama: «¡ Vaya ! si es la cánula de mi irrigador, que perdí hace dos meses y que en vano he buscado por toda la casa; ella es la causa de que haya despedido á mi criada. ¡ Ja, ja, ja, qué demonio había de ir á buscarla ahí !»

Relaciones de la vagina.—La pared anterior de la vagina

relaciónase con la vejiga y el conducto uretral, el que ya hemos dicho parece esculpido en su espesor. Esta relación explica: 1.°, la posibilidad de explorar la vejiga por la vagina; 2.°, la de retirar por la misma vía los cálculos urinarios; 3.°, la frecuencia de la propagación del cáncer de la matriz á la vagina y luego á la vejiga; 4.°, las comunicaciones morbosas que pueden establecerse entre este depósito ó la uretra con la vagina y que constituyen las *fístulas vesico* y *uretro-vaginales* (fig. 83); 5.°, la hernia de la vejiga ó *cistocele* (de κύστη, vejiga, y κήλη, hernia)

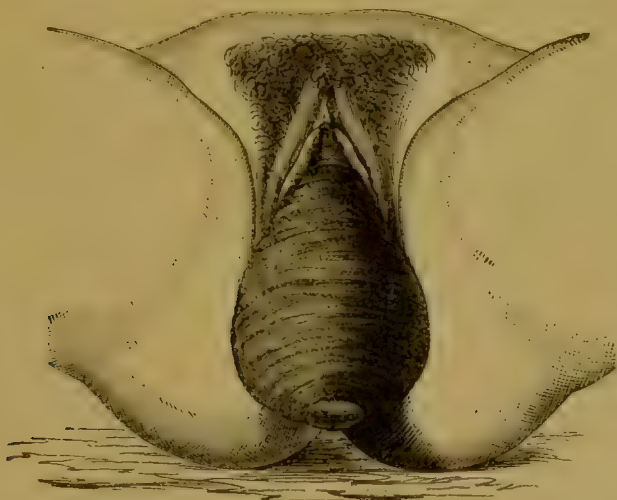


FIG. 84.—Cistocele vaginal.

en la vagina, de donde puede salir para formar en la entrada de la vulva un relieve más ó menos considerable (fig. 84).

La pared posterior de la vagina está en gran parte adosada al recto (fig. 59); sólo la separa de este órgano hacia su parte posterior un repliegue del *peritoneo* (de περί, al rededor, y τείνειν, extender) ([1]), llamado fondo de saco recto-vaginal, al que descienden las últimas circunvoluciones del intestino delgado. Esta disposición permite salir las asas intestinales por la vagina cuando se perfora ó desgarra este conducto hacia su parte profunda, ora á consecuencia de una maniobra torpe durante

([1]) Es una membrana transparente que envuelve todas las vísceras abdominales y cuya inflamación produce la peritonitis.

el parto, ora por instrumento punzante como en las tentativas de aborto. La Brinvilliers, que conocía esta particularidad anatómica, trató de darse muerte introduciéndose un bastón por la vagina en el momento en que fueron á cogerla para conducirla al suplicio.

La situación del peritoneo cerca de la parte superior de la vagina hace graves las heridas de esta región porque van siempre acompañadas de peritonitis; las heridas de la parte inferior del conducto vaginal tienen, por el contrario, una inocuidad casi completa. Por eso no es raro observar después de partos laboriosos una fístula recto-vaginal (fig. 83), es decir, la perforación de la pared posterior de la vagina y la comunicación de este conducto con el recto. Esta solución de continuidad permite pasar los excrementos líquidos y los gases que se escapan en seguida por la vulva.

En fin, lo mismo que la vejiga el recto rechaza á veces la pared posterior de la vagina y se introduce en este conducto, formando en él una hernia ó *rectocele vaginal.*

Anomalías de la vagina.—Los vicios de conformación de la vagina no son raros; ora es doble este conducto (fig. 85), ora no está más que imperforado ó bien falta por completo. Rokitanski estableció una vagina artificial en una señora cuyo meato urinario distendido recibía hasta entonces el miembro viril durante la cópula. Lieutaud conoció á una joven que no presentaba huella alguna de vagina ni de uretra y que orinaba por el ombligo. Cuando la vagina está imperforada ábrese este conducto ora en la vejiga, ora en el recto. Barbaut ha referido dos ejemplos de esta última variedad, en los cuales hubo fecundación y parto por el recto. Con más frecuencia se encuentra la anomalía inversa: entonces el ano está imperforado y el recto se abre en la vagina. Felizmente, pueden remediarse con una operación estas repugnantes deformidades.

Algunas veces practica el cirujano la adherencia de la vagina contra el descenso de la matriz; con este objeto aviva un punto correspondiente en cada pared vaginal, y mantiene en contacto las superficies cruentas hasta que se complete su soldadura. Entonces corre la sangre de los menstruos por dos orificios la-

terales. Para remediar los inconvenientes de las fístulas vesico-vaginales, inoperables por la cura radical, practícase la obliteración completa de la vagina. En este caso la sangre de las reglas sale por la uretra.

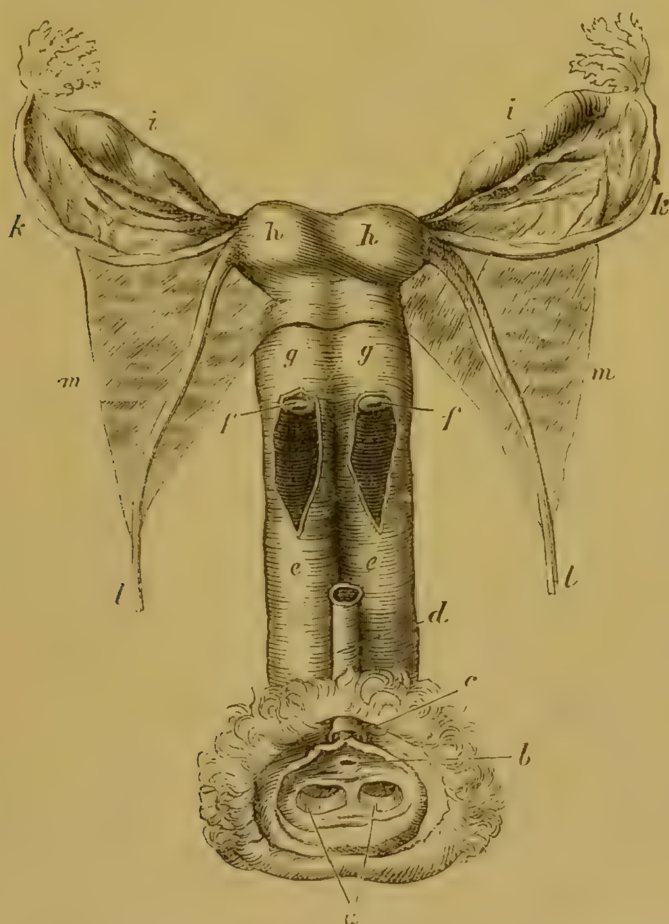


FIG. 85.—Vagina y útero dobles de una joven de diez y nueve años de edad (Eisenmann).

a. Orificio vaginal doble con un himen doble. — *b.* Meato urinario.— *c.* Clítoris. — *d.* Uretra.—*e*, *e.* Vagina doble.—*f*, *f.* Orificios uterinos.—*g*, *g.* Porciones cervicales.— *h*, *h.* Cuerpos y cuernos.—*i*, *i.* Ovarios.—*k*, *k.* Trompas de Falopio.—*l*, *l.* Ligamentos redondos.—*m*, *m.* Ligamentos anchos.

Morgagni y Velpeau citan una mujer en la cual se abría la vagina por encima del pubis y permitió la fecundación.

Bulbo de la vagina.—El anillo vulvar está abrazado por un órgano eréctil que se llama *bulbo de la vagina* (fig. 86), cuya

forma recuerda la de dos sanguijuelas llenas de sangre, ó mejor aún la de unas alforjas que cabalgasen sobre el clítoris. El bulbo de la vagina se hincha durante la erección y contribuye con su aumento de volumen á estrechar el orificio vulvar, á fin de hacer más íntimo el contacto genital y más viva la sensación voluptuosa que de él resulta.

Del útero. Sus usos.—El *útero* (de *uter*, odre) ó *matriz* (de *matrix*, molde) es una bolsa membranosa destinada á proteger

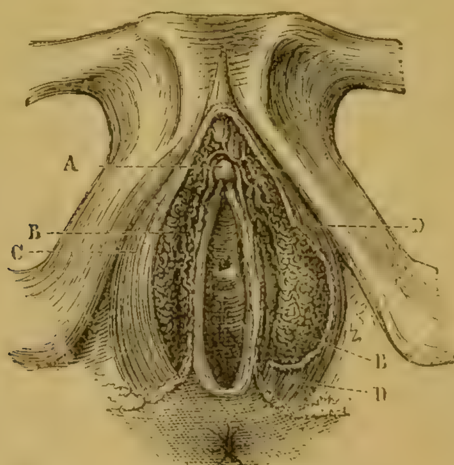


FIG. 86—Bulbo de la vagina.

A. Clítoris.—B, B. Bulbo de la vagina.—C, D. Constrictor de la vagina.

y nutrir al producto de la concepción, y después á expulsarlo fuera en cuanto alcanza su completo desarrollo.

A no dudarlo, el útero representa un papel importante en la economía de la mujer y ejerce una gran influencia en su sistema nervioso; pero es preciso no ser tan exclusivos como los médicos de la antigüedad, quienes atribuían á este órgano el origen de todas las enfermedades del sexo femenino. Así dijo Hipócrates que «la matriz era causa de infinitos males». Rabelais describe con su pintoresco lenguaje la acción del aparato uterino sobre el sistema nervioso: «La naturaleza ha puesto en lugar secreto é interno dentro del cuerpo de la mujer un animal que no tiene el hombre; del cual se engendran á veces cier-

tos humores nitrosos, voraginosos, acres, mordicantes, lancinantes, amargamente cosquilleadores, por cuyos pinchazos y hormigueos dolorosos (porque todo este animal es nervioso y vivo de sentimientos) todo el cuerpo de ella se conmueve, todos los sentidos se exaltan, todas las afecciones varían, todos los pensamientos se confunden. De manera que si la naturaleza no las hubiese rociado la frente con un poco de vergüenza, las veríais como locas correrla más espantosamente de lo que lo hicieron las pasadas Prœtidas y las Thyadas báquicas en los días de sus bacanales; porque aquel terrible animal está coligado con todas las partes principales del cuerpo, como es evidente en la anatomía. Le llamo animal, siguiendo la doctrina de los académicos como de los peripatéticos. Porque si movimiento propio es indicio cierto de cosa animada, como escribe Aristóteles, y todo lo que por sí se mueve se dice animal, con justo derecho Platón le llama animal, reconociendo en él movimientos propios de sofocación, de precipitación, de coarrugación, de indignación, y tan violentos que con mucha frecuencia por ellos queda privada la mujer de todos los demás sentidos y movimientos, como si hubiera lipotimia, síncope, epilepsia, apoplejía y verdadero retrato de la muerte (catalepsia)».

Estos síntomas, descritos por el médico de Montpellier, se refieren á las formas epileptoideas y catalépticas de la enfermedad que se designa vulgarmente con el nombre de vapores, de ataques de nervios, y científicamente con el de histerismo (de ύστέρα, útero), porque se ha supuesto que tenía su asiento en la matriz. Pero está demostrado que el foco histerógeno es el ovario, y que basta comprimir este órgano para detener el ataque. Mr. Charcot hasta ha propuesto como remedio preventivo de las convulsiones histéricas el uso de un cinturón especial (figura 87), que ejerce una compresión permanente en la región abdominal que corresponde á los ovarios.

El punto de partida ó *aura* de la crisis histérica es, en efecto, un dolor que nace del ovario é irradia hacia la región del estómago, produciendo una sensación de una «bola» que sube hasta el cuello. Este globo histérico teníase por los antiguos como el mismo útero, que cambiaba de lugar en cada crisis, se-

gún creían; y con el fin de volverlo á su sitio, las matronas hacían aspirar á la enferma olores repugnantes, como la asa fétida, el castóreo, etc., mientras practicaban titilaciones en el clítoris ó aplicaban sobre el ombligo un emplasto que contenía algalia, la cual pasaba por ser grata para la matriz. Hasta fines del siglo pasado creyóse en las peregrinaciones del útero, conforme á la opinión de Platón y de Aristóteles, que miraban á este órgano como un animal vivo dentro de otro animal. Así decía Riolano que «la matriz es una bestia cruel y emponzoñada, cuyo veneno, que no es menos activo que el de las bestias

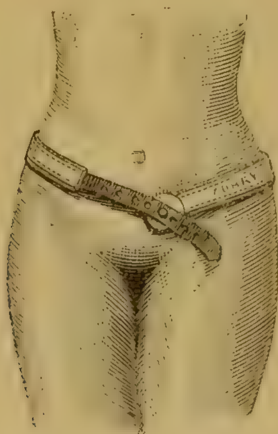


FIG. 87 —Compresor ovárico izquierdo colocado (según fotografía de Mr. Lorsau).

ponzoñosas, se apodera, casi en menos de nada, de las partes nobles». Antes de este anatómico, Galeno había aventurado que el destino de los ligamentos del útero era el de encadenar este órgano.

La creencia de los antiguos en las peregrinaciones de la matriz explica los diferentes medios compresores que empleaban para impedir saliera de la pelvis este órgano durante los ataques histéricos.

En el siglo XVI, Monardi colocaba una gran piedras obre el abdomen de sus enfermas; en el siglo XVIII servíanse de pesadas cadenas, de macizos pilones ó bien apretaban el vientre con largas vendas de que se tiraba con fuerza á derecha é izquierda; otras veces, en fin, subían varias personas sobre el cuerpo

de la enferma [1]. Estas prácticas daban buenos resultados porque, queriendo comprimir la matriz, se obraba al mismo tiempo, pero sin saberlo, sobre los ovarios.

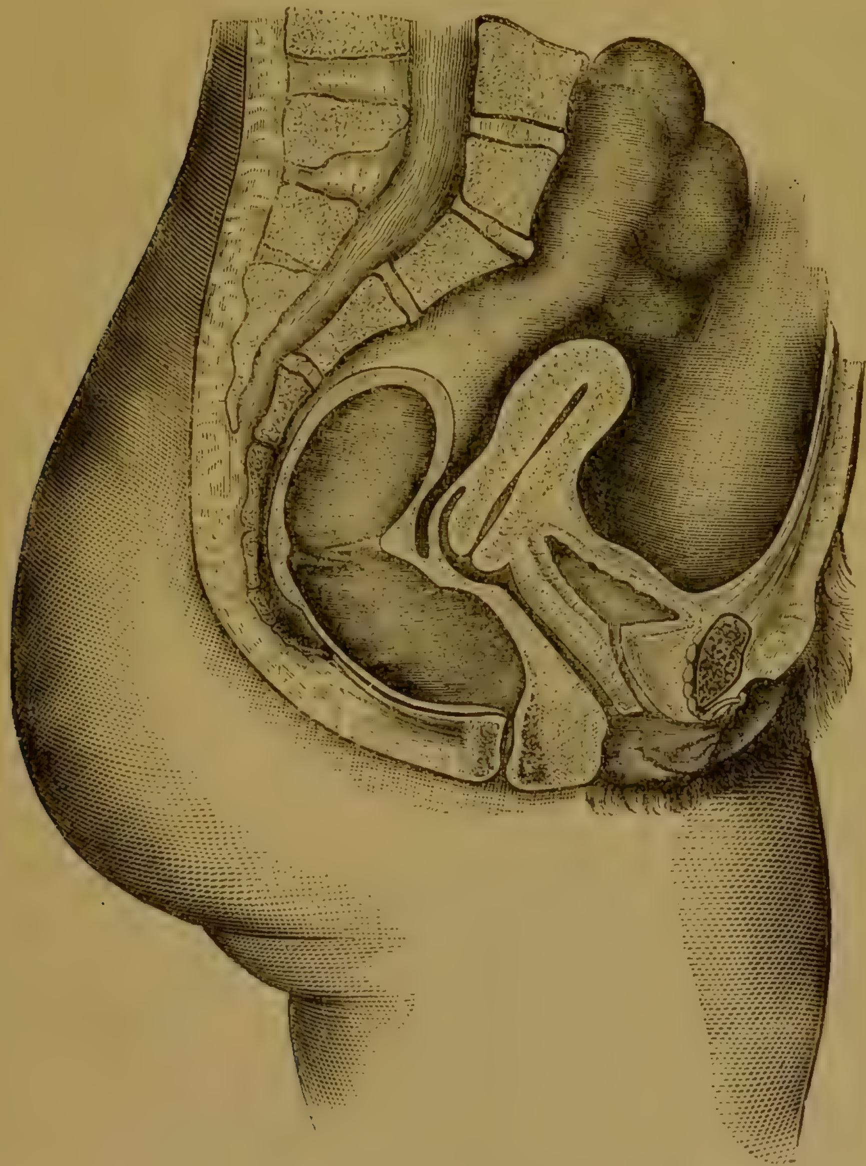


FIG. 88.—Posición del útero cuando la vejiga está vacía.

Relaciones, dirección y desviaciones del útero.—Este órgano está situado en la extremidad de la vagina, entre la vejiga y el

(1) "Lo curioso es, dice el doctor F. Bremond, que ha quedado esta costumbre en el pueblo, al menos en una parte de nuestra población. Podéis ver

recto, y lo recubren las circunvoluciones del intestino delgado. Su dirección se subordina al estado de vacuidad ó repleción de

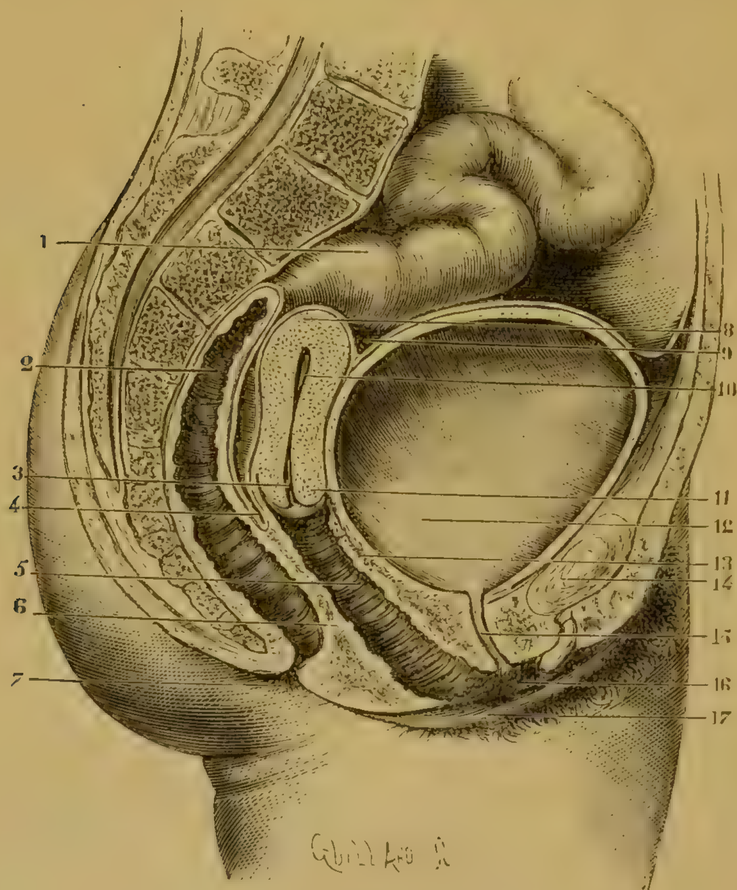


FIG. 89 —Posición del útero cuando la vejiga está distendida por la orina.

1. Origen del recto alojado en la concavidad del sacro.—2. Corte del recto rechazado contra el sacro por el útero.—3. Corte del cuello uterino.—4. Fondo de saco recto-vaginal formado por el peritoneo.—5. Corte de la vagina.—6. Tabique recto-vaginal.—7. Ano.—8. Corte del cuerpo del útero.—9. Fondo de saco vesico-uterino.—10. Cavidad del cuerpo uterino.—11. Corte del cuello uterino.—12. Corte de la vejiga.—13. Tabique vesico-vaginal.—14. Corte del pubis.—15 Conducto de la uretra.—16. Meato urinario colocado debajo del clítoris.—17. Labio mayor izquierdo.

la vejiga. En el primer caso (fig. 88) la extremidad superior de la matriz se inclina hacia adelante, al paso que su extremi-

en un arrabal de la ciudad un alcohólico que tiene ataques epileptiformes; cuando se apodera de él una crisis, en el camino ó en cualquier otra parte, su mujer y su hija, que le acompañan, se sientan sobre él é invitan á que hagan lo mismo á algunos transeuntes.„

dad inferior mira hacia atrás; resulta de aquí que el eje del útero forma con el de la vagina un ángulo más ó menos pronunciado y abierto hacia adelante. En el segundo, el útero bascula hacia atrás y su eje corresponde al de la vagina (fig. 89).

Por la influencia de ciertos estados morbosos, y hasta sin causa definida, sufre el útero frecuentes desviaciones de su dirección. Nonat ha exagerado quizá reconociendo veinticuatro maneras de cambiar de sitio este órgano. La extremidad superior del útero ya se inclina adelante, ya atrás, ya á los lados: el

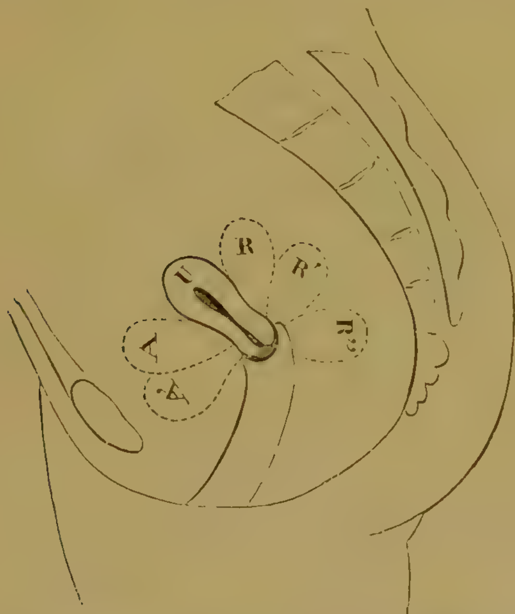


Fig. 90.—Diversos grados de anteversión (A, A') y de retroversión (R, R', R'') del útero. U. Utero normal.

primer caso constituye la *anteversión* (fig. 90), el segundo la *retroversión* y el último la *lateroversión*. Además pueden observarse inflexiones de la parte superior del útero sobre su parte inferior, produciendo las anomalías conocidas con los nombres de *anteflexión*, *retroflexión* (fig. 91) y *lateroflexión*. En estos diversos casos el útero toma la forma de una retorta.

Entre las causas accidentales que determinan deformaciones uterinas, se ha señalado con razón el uso de un corsé demasiado prieto que, rechazando los intestinos hacia la matriz, tiende á desviar este órgano.

Remédianse las desviaciones uterinas por medio de *pesarios* de diversas formas (figs. 79, 81, 92 y siguientes hasta la 100), mantenidos de un modo permanente en la vagina; pero las ventajas que se obtienen con estos aparatos no compensan sus inconvenientes. Lo mismo sucede con los *cinturones hipogástricos* (fig. 101), cuyo empleo se aconseja con frecuencia contra la anteversión y la anteflexión. Realmente no son eficaces sino en los casos de *eventración*, es decir, de relajamiento de las paredes abdominales, como se observa en las mujeres que han tenido muchos hijos.

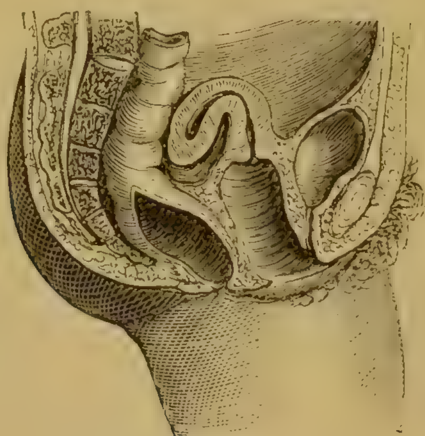


FIG. 91.—Retroflexión del útero.

Movilidad del útero.—Este órgano se mantiene en posición por repliegues del peritoneo ó *ligamentos* que se fijan en las paredes de la pelvis. Los principales son: los *ligamentos anchos* (fig. 64) á los lados, de forma comparada con las alas de un murciélago, los *ligamentos redondos* por delante y los *ligamentos útero-sacros* por detrás. Los medios suspensorios del útero gozan de una extrema laxitud, que está en relación con el enorme desarrollo que debe adquirir este órgano durante el embarazo. Esta propiedad es también causa de la gran movilidad del útero y de la frecuencia de sus desviaciones; permite además atraer el cuello uterino á la vulva, para hacerle sufrir un examen más directo ó una operación urgente. En ciertos casos patológicos estos ligamentos pueden relajarse hasta el punto de

favorecer la completa caída de la matriz fuera del orificio vulvar. Sobre todo, la relajación de los ligamentos útero-sacros es la productora de esta afección y su tirantez provoca los dolores de riñones en el infarto uterino.



FIG. 92.—Pesario de Smith en forma de S.



FIG. 93.—Pesario en forma de tapón.



FIG. 94.—Pesario en forma de rosquilla.

Los *ligamentos redondos* son dos cordones que parten de los lados del útero y terminan en los labios mayores, después de



FIG. 95.—Pesario de Hodge en la anteversión.

atravesar el conducto inguinal. A veces se introducen los intestinos en el trayecto que siguen estos ligamentos y forman hernia en el labio mayor correspondiente. El ligamento redondo del lado izquierdo es más largo que el del derecho; esta diferencia de longitud explica la oblicuidad que toma el útero

hacia la derecha cuando está cargado con el producto de la concepción.



FIG. 96.—Otra forma de pesario de Hodge.

Lo mismo que los demás medios suspensorios del útero, los ligamentos redondos sirven para fijar este órgano y precaver



FIG. 97.—Pesario de Schilling.

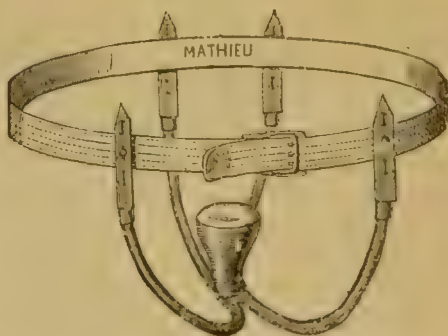


FIG. 98.—Histeróforo de Breslau.

sus cambios de lugar. Ciertos tocólogos piensan que estos cordones gozan de la propiedad de contraerse, y que en el mo-

mento del parto contribuyen á facilitar el paso del feto separando los labios mayores.

Volumen del útero.—El volumen del útero varía según la edad y ciertas condiciones fisiológicas; crece en la pubertad y se atrofia en la vejez. Aumenta de un modo muy sensible en cada época menstrual. Pero, sobre todo, el útero alcanza su máximo desarrollo durante el embarazo. Este órgano se deja distender por el huevo que encierra: á los tres meses sobresale del pubis, á los seis meses llega al ombligo y á los nueve meses asciende hasta la región del estómago.

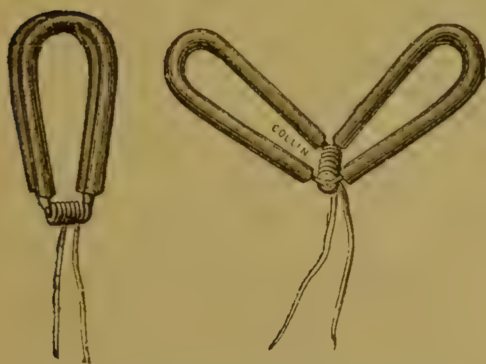


Fig. 99.—Pesario de dilatación continua de Pertusio.



Fig. 100.—Pesario de Fowler.

A. Cuerpo del pesario.—B. Rama destinada á colocarse detrás del cuello.—C. Parte que se coloca delante del cuello.—D. Agujero en que se recibe el cuello.—E. Orificio en el cual puede introducirse el dedo para colocar el pesario.

Las consecuencias de la dilatación del útero durante la preñez se subordinan á las relaciones de éste con los órganos próximos, tales como la vejiga, los intestinos, el estómago y el diafragma, sobre los cuales ejerce una compresión tanto más grande cuanto más avanzado se halla el embarazo: de aquí las frecuentes ganas de orinar, el estreñimiento más ó menos pertinaz, la dificultad de las digestiones y el obstáculo para respirar. Además la compresión ejercida sobre los vasos de la pelvis (fig. 68, A, B), y sobre los que van á los miembros inferiores, determina con frecuencia várices en las piernas, hemorroides ó várices del ano y edema ó hinchazón de las extremidades.

Configuración exterior del útero. Cuerpo y cuello.—El útero tiene la forma de una pera pequeña ligeramente aplastada, con



FIG. 101.—Cinturón hipogástrico.

la cual se le compara. Su extremidad superior recibe el nombre

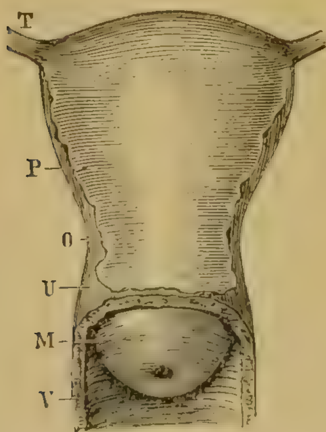


FIG. 102.—Útero de una virgen.

M. Porción vaginal del cuello.—O. Istmo uterino que separa el cuerpo del cuello. —P. Cuerpo del útero.—T. Trompa.— V. Vagina.

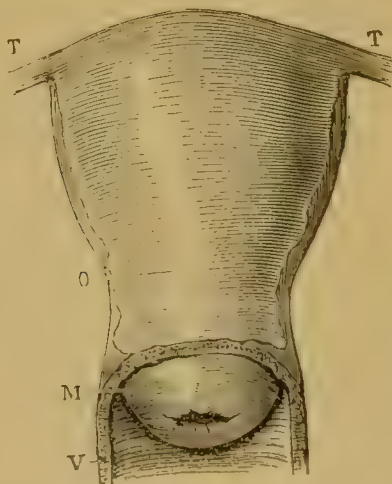


FIG. 103.—Útero de una multípara.

M. Hocico de tenca.—O. Istmo uterino. T. Trompa.—V. Vagina.

de *cuerpo* (fig. 102, P), y su extremidad inferior, menos gruesa, el de *cuello*.

En el momento de nacer, el cuello es más voluminoso que el

cuerpo; en la edad adulta sucede lo contrario. El cuerpo del útero presenta una extremidad superior ó *fondo*, que es con-

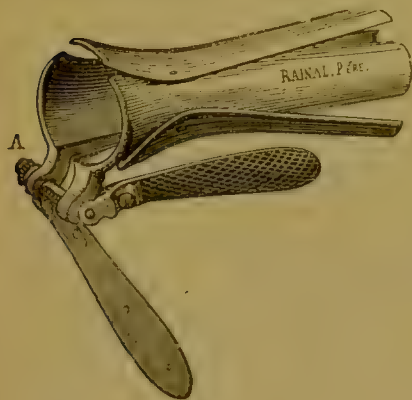


Fig. 104.—Spéculum de Ricord.

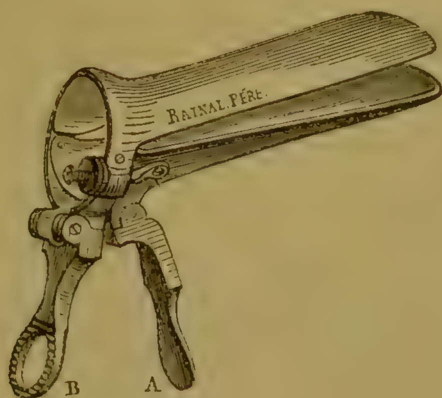


Fig. 105.—Spéculum de Cusco.

vexo en las vírgenes jóvenes y rectilíneo en la mujer que ha tenido hijos. Sus bordes laterales dan inserción á los *ligamen-*

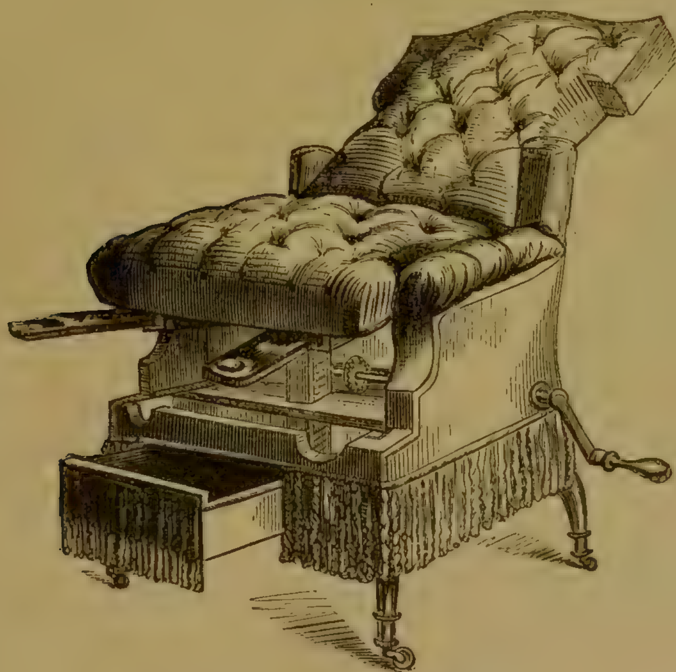


Fig. 106.—Sillón de reconocimientos.

tos anchos que se dirigen hacia las paredes de la pelvis (fig. 64), recubriendo el *ovario*, *trompa de Falopio* y *ligamento redondo.*

El cuello del útero, que los antiguos comparaban con el hocico de un perrito recién nacido, y que los modernos llaman *hocico de tenca*, sobresale en el fondo de la vagina. Por eso es la única parte del útero accesible al dedo y á la vista. Pero ha-

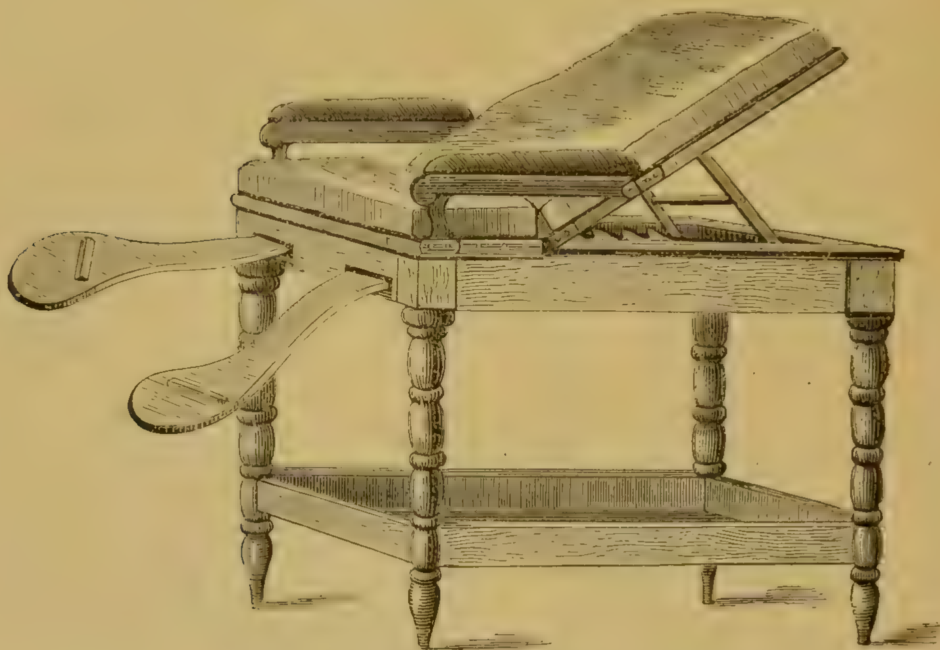


FIG. 107.—Mesa de reconocimientos y operaciones.

bida en cuenta su situación profunda, no puede verse sino separando las paredes de la vagina con las valvas del *spéculum* (en latín espejo) (figs. 104 y 105).



FIG. 108.—Spéculum cilíndrico de Fergussón.

Para facilitar este examen los médicos tienen costumbre de colocar á la enferma en un sillón especial (figs. 106 y 107). En Inglaterra y América se sirven sobre todo del spéculum de Sims (fig. 109): la mujer debe colocarse en la posición representada por la figura 111. Bozeman le hace tomar una postura

análoga para las operaciones de los órganos genitales (fig. 110); la postura de la mujer es diferente cuando se aplican los separadores de Simón (fig. 112).



FIG. 109.—Posición de las manos en la introducción del spéculum de Sims.

En las mujeres que no han tenido hijos el hocico de tenca

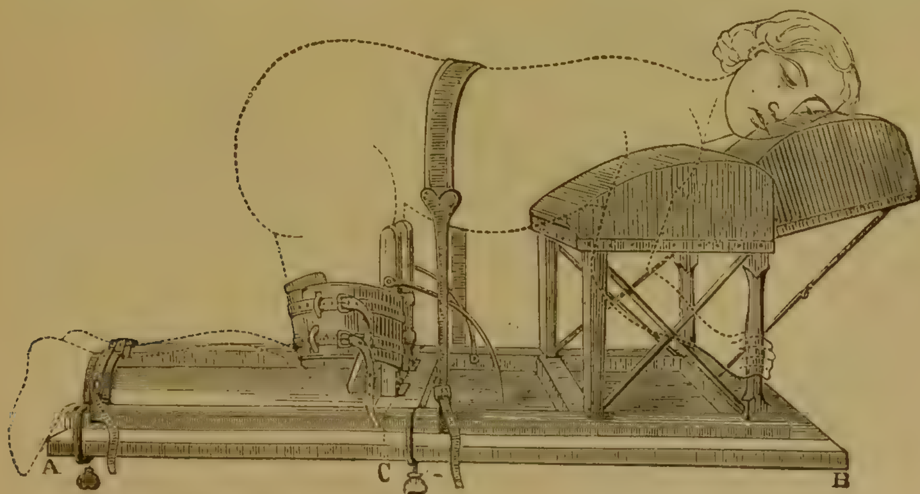


FIG. 110.—Decúbito genu-pectoral obtenido por el aparato de Bozeman.

es cónico (fig. 102) y presenta en su vértice una pequeña hendidura. Por este orificio se penetra en la cavidad del útero. La

sensación que se experimenta al tocar con el índice la extremidad inferior del cuello hase comparado por A. Dubois



FIG. 111.—Posición de la mujer en el reconocimiento con el spéculum de Sims.

con la que se siente al aplicar el pulpejo del dedo sobre el lóbulo de la nariz. Durante el embarazo se modifica la consisten-



FIG. 112.—Decúbito dorso-sacro, recomendado por Simón para emplear sus separadores.

cia del cuello y produce al tacto la sensación blanda de los labios.

El orificio uterino de las mujeres que han tenido hijos

(fig. 103) se ensancha transversalmente y divide al hocico de tenca en dos labios, uno anterior y otro posterior.

La conformación del cuello presenta á veces curiosas anomalías; puede hipertrofiarse (fig. 113) y simular un descenso de la matriz que sobresale hacia fuera de la vulva. En ciertos casos es doble como el útero (fig. 114), y esta última anomalía dió margen á un singular error de diagnóstico referido por Tiedeman: dos doctores fueron llamados para una mujer que creía estar de parto; uno de ellos encontró en estado natural el cuello, mientras que el otro afirmaba que el cuello estaba dilatado



FIG. 113.—Hipertrofia del cuello.

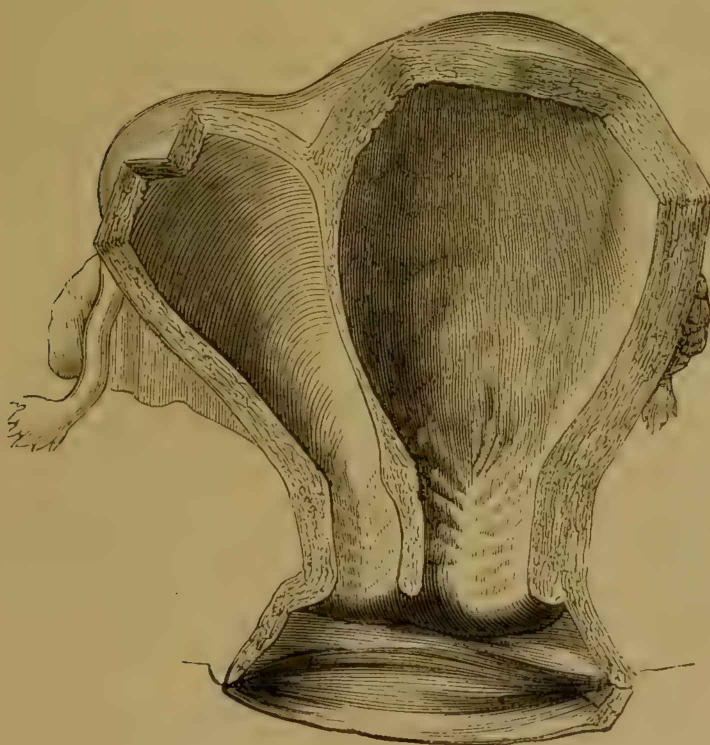


FIG. 114.—Útero doble con vagina única.

y la cabeza introducida en él. Ahora bien, tratábase de un

cuello doble y de un embarazo que se había desarrollado en un solo lado del útero bilocular; cada uno de los médicos había hablado según el cuello que tocó.

En los casos de útero bicorne (fig. 115), por lo general es único el cuello.

Este tiene pocos nervios, por lo cual se le puede cauterizar sin producir ningún dolor, como en las granulaciones (fig. 116) y el cáncer del cuello (fig. 117). Esta falta de sensibilidad ex-

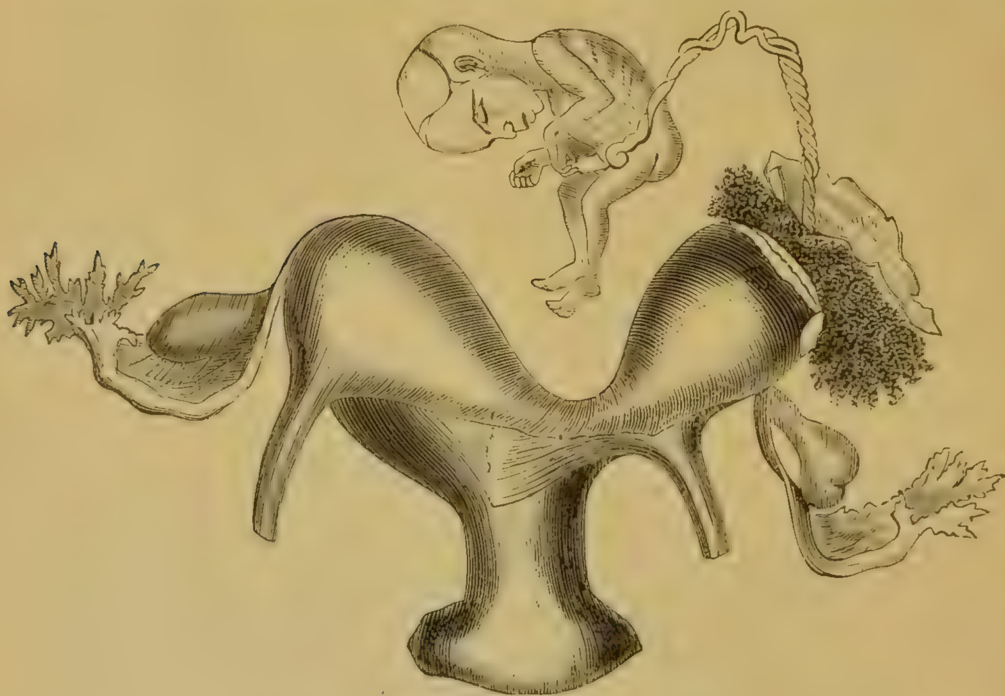


FIG. 115.—Embarazo en un cuerno uterino.

plica por qué una mujer atacada de afección cancerosa de la matriz no consulta á los médicos sino cuando el mal comienza á invadir las regiones vecinas. El sentimiento del pudor impide también con frecuencia á las mujeres recurrir con tiempo á los auxilios del arte. «Las mujeres, dice Montaigne, difícilmente muestran sus encantos para medicinarse, pero para mocear tanto como se quiera.»

Cavidad uterina.—El útero forma interiormente una cavidad muy pequeña, de forma triangular en el *cuerpo* y de un huso

en el *cuello*. La cavidad del cuerpo comunica á nivel de sus ángulos superiores con las *trompas de Falopio*; está destinada á recibir el huevo fecundado. La cavidad del cuello está erizada

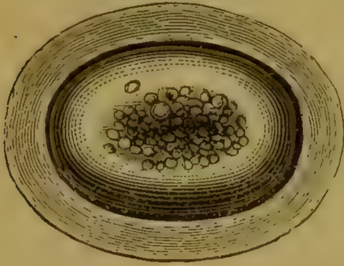


FIG. 116.—Granulaciones del cuello.

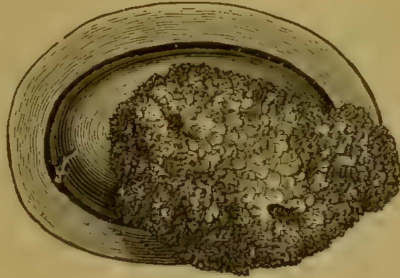


FIG. 117.—Cáncer del cuello.

por numerosos relieves transversales que parten de un cordón medio y longitudinal. Esta disposición recuerda la de una ras-

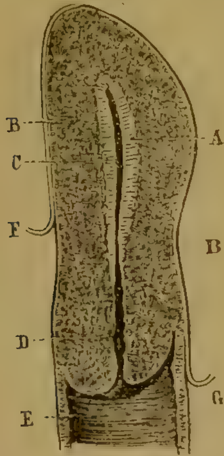


FIG. 118.—Corte antero-posterior del útero.

A. Mucosa.—B. Tejido muscular.—C. Cavidad del cuerpo.—E. Conducto vaginal.—F. Fondo de saco vesico-uterino del peritoneo.—G. Fondo de saco recto-vaginal del peritoneo.

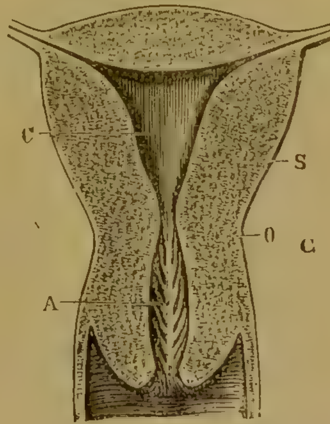


FIG. 119.—Corte transversal del útero.

A. Cavidad del cuello y árbol de la vida — C. Cavidad del cuerpo.— O. Istmo que separa el cuerpo del cuello.—S. Tejido propio.

pa de pescado, ó mejor aún de una hoja de helecho. Los anatómicos han comparado estas rugosidades con las ramas de un árbol, y por ese motivo les han dado el nombre de *árbol de la vida*.

En los intersticios de estas columnas ramificadas se halla gran número de glándulas que con frecuencia adquieren un desarrollo exagerado y se transforman en quistes. Estos últimos han recibido el impropio nombre de *huevos de Naboth*, porque este anatómico los creyó verdaderos óvulos.

Hacia la edad de cuarenta y cinco años, cuando el útero ha dejado de funcionar, el orificio que separa la cavidad del cuerpo de la del cuello se estrecha y hasta se oblitera por completo. Por lo demás, la estrechez de este orificio no es rara antes de esta época. Con frecuencia no reconocen otra causa la esterilidad y ciertas irregularidades de la evacuación menstrual. Para remediar estos inconvenientes es necesario ensanchar el cuello con una operación quirúrgica. Como está demostrado que las relaciones sexuales tienden también á aumentar la capacidad de la matriz, se aconseja el matrimonio á las jóvenes cuya menstruación se establece con dificultad.

Estructura del útero.—Las paredes del útero están formadas de tres túnicas sobrepuestas, que son: 1.°, la interna ó *mucosa;* 2.°, la externa ó *serosa*; 3.°, la media ó *muscular*. También se encuentran además *vasos* y *nervios*.

La MEMBRANA MUCOSA tapiza las paredes de la cavidad uterina; continúase por abajo con la de la vagina, por arriba con las de las trompas de Falopio. Hasta estos últimos tiempos se ha puesto en duda su existencia, porque su color gris se confunde con el del tejido uterino, y sin embargo es la más gruesa de todas las mucosas de la economía.

Contiene numerosas glándulas que producen un moco espeso, cuya secreción exagerada da margen al flujo catarral llamado *leucorrea* (de λευκός, blanco, y ῥεῖν, correr), *flujos* (de *fluere*, correr) y por lo común *flores blancas*.

Durante el embarazo la mucosa uterina toma el nombre de *caduca*, porque se desprende y cae con el huevo en el momento de su expulsión, de tal manera, que el útero adquiere «piel nueva» después de cada parto.

De igual modo, ciertas mujeres en el momento de sus reglas expulsan por la vulva colgajos de mucosa uterina. Esto es una

especie de aborto, acompañado de violentos cólicos, y que constituye la *dismenorrea membranosa* (de δύς, con trabajo, y αἱμόρρεῖν, arrojar sangre).

Pronto veremos que las épocas menstruales resultan de la fluxión periódica de la mucosa uterina.

La TÚNICA MUSCULAR se compone de fibras entrelazadas, cuya disposición fuera del estado de embarazo es inextricable. El desarrollo que adquiere el útero en este período ha permi-

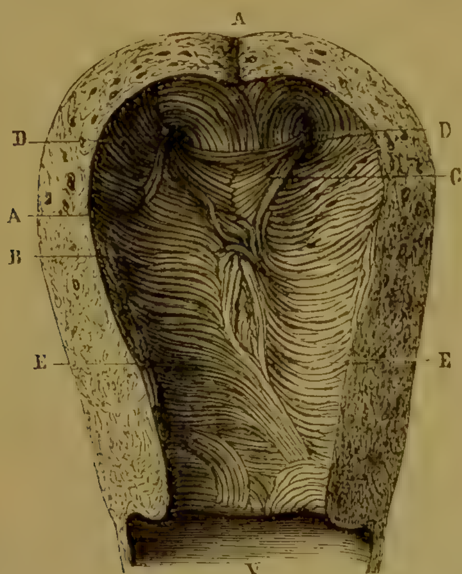


FIG. 120.—Capa muscular interna.

A. Corte de las paredes uterinas.—B, C, E. Fibras musculares.—D, D. Orificios de las trompas.—V. Vagina.

tido á los anatómicos distinguir tres planos de haces musculares sobrepuestos: la capa *externa*, la capa *media* y la capa *interna* (fig. 120).

Las contracciones de estas fibras determinan los dolores de parto y expulsan de la cavidad uterina el producto de la concepción. Si se retardan estas contracciones, se activan administrando algunos gramos de cornezuelo de centeno (fig. 121) recién pulverizado; pero es un medio peligroso que las comadronas emplean con demasiada frecuencia. Las corrientes eléctricas también activan las contracciones uterinas, y el doctor

Grunewald ha recurrido á ellas para provocar el parto prematuro.

La hipertrofia de las fibras musculares del útero produce tumores duros, voluminosos, llamados *cuerpos fibrosos* ó mejor *miomas uterinos* (de μῦς, músculo) (fig. 122).

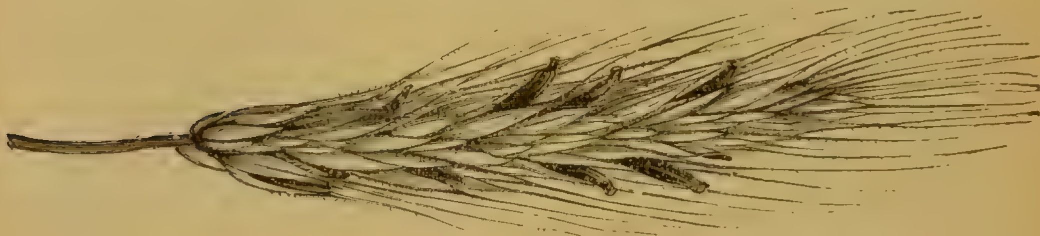


FIG. 121.—Centeno atizonado.

La TÚNICA SEROSA es una dependencia del peritoneo; recubre á la mayor parte del útero (fig. 118), y se refleja por delante sobre la vejiga y por detrás sobre el recto, después de haber tapizado el quinto superior de la vagina. Al ir del útero á las paredes de la pelvis, la envolvente serosa forma los *ligamen-*

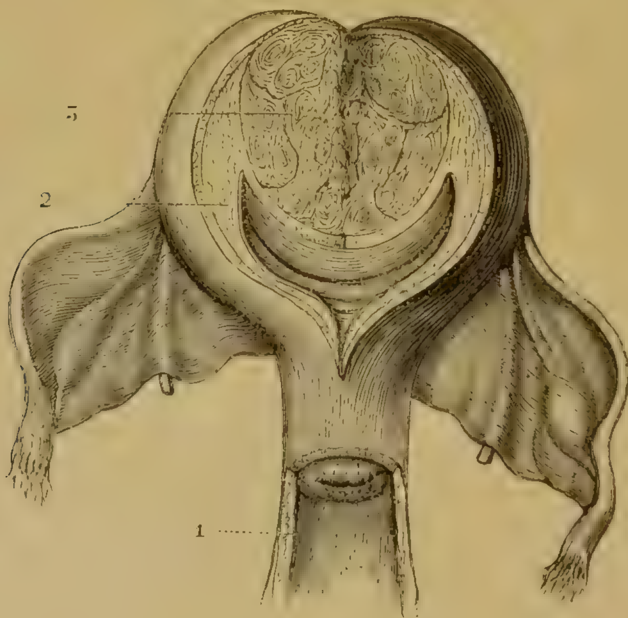


FIG. 122.—Mioma uterino.

1. Vagina.—2. Útero.—3. Mioma.

tos anchos y *útero-sacros* de que ya hemos hablado y que contribuyen á sostener fija la matriz. El contacto del peritoneo con el útero y sus anexos explica la frecuencia de la peritonitis consecutiva á las afecciones de estos órganos.

VASOS Y NERVIOS DEL ÚTERO.—De todos los tejidos de la economía, el útero es el que encierra más vasos; esta prodigalidad de la naturaleza se relaciona con el papel importante que la matriz está llamada á representar en la propagación de la especie. La riqueza vascular del útero es la causa de su frecuente inflamación ó *metritis* (de μητρα, matriz). Las *arterias* describen numerosas flexuosidades en forma de tirabuzones (fig. 123), que persisten aun cuando el útero se halle distendido por el producto de la concepción. La ventaja de esta disposición consiste en hacer afluir al tejido uterino la mayor cantidad posible de sangre.

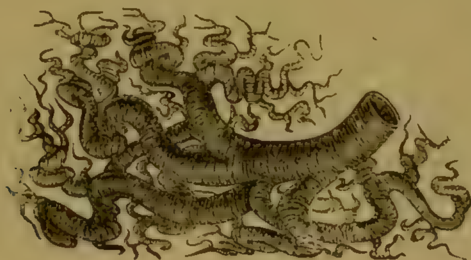


FIG. 123.—Arterias helicinas del ovario.

Las *venas* son voluminosas y desiguales, forman pequeños depósitos que parecen excavados en el espesor de la túnica muscular y á esta conformación deben el nombre de *senos uterinos*.

Los *nervios* del útero provienen del sistema nervioso del gran simpático, que preside á las funciones de la vida vegetativa; por eso, las contracciones de la matriz son independientes de la voluntad. El parto puede efectuarse, pues, durante un letargo de la mujer, ó en el sueño anestésico, ó aun después de su muerte. En este último caso, la expulsión del feto se debe á la presión producida por el desprendimiento de los gases de la putrefacción y también á la retracción uterina.

Las perturbaciones que durante el embarazo, y aun fuera de este estado, produce el útero en las funciones del estómago provienen del origen común de sus filetes nerviosos, que emanan del gran simpático. Esto ha hecho decir á Beau que «el útero y el estómago constituyen una especie de duunvirato de la patología femenina»; Lucrecio, Virgilio, Celso, Tácito, etc., empleaban con frecuencia la palabra útero como sinónima de estómago.

La inervación de las glándulas mamarias tiene también el mismo origen que la del útero, y hace concebir la estrecha simpatía funcional que enlaza estos órganos entre sí. Los antiguos no ignoraban esta particularidad, pero creían que la matriz estaba unida con las mamas por vasos comunes encargados de hacer afluir á éstas la leche durante la lactancia; de aquí la expresión metafórica de «la subida de la leche».

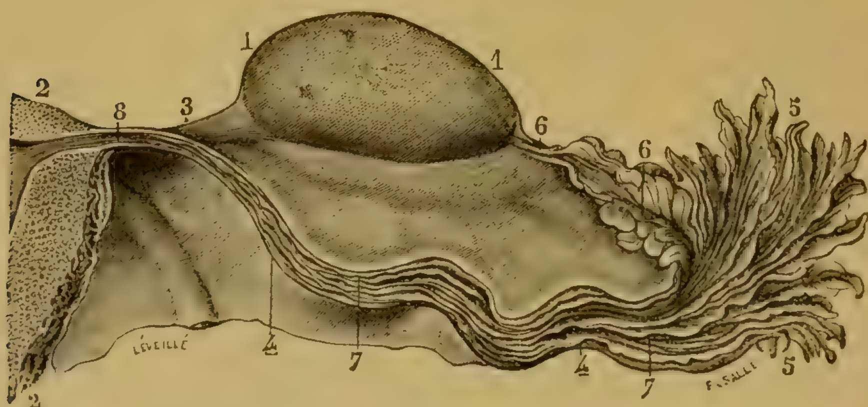


FIG. 124.—Trompa uterina, cuyas paredes se han cortado en toda su longitud para manifestar sus pliegues longitudinales.

1, 1. Ovario.—2, 2. Útero.—3. Ligamento del ovario.—4, 4. Trompa uterina.—5, 5. Pabellón de la trompa.—6, 6. Franja que une el pabellón con el ovario.—7, 7. Pliegues longitudinales.—8. Extremidad interna de la cavidad de la trompa.

Trompas uterinas.—Las *trompas uterinas* ú *oviductos* (fig. 124, 4, 4) son conductos situados en los ligamentos anchos y que Falopio comparó con una trompeta. Primero rectas y estrechas, las trompas uterinas se vuelven flexuosas, se ensanchan y terminan por una extremidad libre flotante y acampa-

nada que se llama *pabellón*. Esta extremidad se divide en una docena de franjas festoneadas en sus bordes; la más larga de ellas, denominada *franja ovárica*, se fija en el ovario. Los antiguos anatómicos daban á estas franjas el nombre de *mordedura del diablo*, por su analogía con la raíz de una planta del mismo nombre ó escabiosa de los bosques. Esta raíz debería su forma singular á un mordisco del diablo, furioso por los beneficios que prestaba esta planta á la especie humana.

La trompa uterina comunica por un lado con la cavidad uterina y por el otro con la abdominal. Concíbese por eso que líquidos inyectados en el interior del útero puedan penetrar en el abdomen y producir una peritonitis mortal. Lorain observó un accidente de este género en una joven soltera que se había dado una simple inyección vaginal. A fin de evitar el paso del líquido á las trompas, el profesor Pajot ha imaginado para las



FIG. 125.—Jeringa para inyecciones intrauterinas.

inyecciones intrauterinas una jeringa de chorros recurrentes y continuos (fig. 125).

Las trompas uterinas favorecen el trasporte de los espermatozoides desde el útero al ovario y el de los óvulos desde el ovario al útero. La emigración de los óvulos, según Henle, está facilitada por los movimientos ondulatorios de las filas de pestañas vibrátiles *(caminos ciliares ó pratenses)* que tapizan la superficie interna y externa de las franjas. Puede verificarse desde el ovario de un lado á la trompa del lado opuesto, pasando sobre el peritoneo que tapiza el fondo del útero; á esto se ha designado con el nombre de *transmigración* del óvulo.

De los ovarios.—Un anatómico antiguo comparó los ovarios con «pequeños retiros donde el germen recibe la visita del esperma». Estos órganos deben su nombre á la función que ejercen de segregar los *óvulos*.

Los ovarios son en número de dos, y están situados en los ligamentos anchos, por detrás y debajo de las trompas de Falopio. Únense con el útero por un cordón llamado ligamento del ovario (fig. 124, 3); de aquí proviene su gran movilidad, que los predispone á los cambios de lugar y á las hernias.

Los ovarios tienen la forma y el volumen de una almendra. Su color es blanquecino; su superficie es lisa en la joven soltera; se vuelve abollada, rugosa, hendida y se cubre de cicatrices



FIG. 126.—Sección vertical del ovario.

1, 2. Vesícula de Graaf en estado rudimentario.—3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. Vesículas en diversos períodos de desarrollo, encerrando un óvulo.—10. Vesícula por cuya sección se ha escapado el huevo.—12. Vena central de un cuerpo amarillo.—13. Arteria periférica del mismo cuerpo amarillo.—14. Vasos del ovario.

en una edad más avanzada: los ovarios tienen entonces el aspecto de un hueso de melocotón. De cuarenta á cuarenta y cinco años se atrofian estos órganos y dejan de funcionar.

Textura de los ovarios. Vesículas de Graaf.—Si se corta por medio uno de los ovarios (fig. 126), se encuentra una parte central rojiza y una parte periférica blanquecina: ésta es la *porción glandular* y la otra la *porción vascular*. A veces esta úl-

tima es asiento de una congestión más ó menos activa, que puede llegar hasta la inflamación ú *ovaritis* y provoca punzadas en uno ú otro lado. Sin duda también la fluxión de esta parte del ovario es el punto de partida del *aura* de ciertos ataques de histerismo. La porción glandular se llama también *ovígena* porque contiene numerosas vesículas, á las cuales dió su nombre Graaf, que fué el primero en describirlas. Este fisiólogo murió á la edad de treinta y dos años, por el pesar que experimentó al ver que se le negaba su descubrimiento.

Independientemente de las vesículas de Graaf, que son perceptibles á simple vista, el tejido del ovario encierra una can-



Fig. 127.—Desarrollo del abdomen por un quiste del ovario.

tidad prodigiosa de vesículas que se descubren por medio del microscopio. Sappey estima su número en 700.000 por ovario. Cada una de ellas sirve de cubierta al elemento generador femenino, el *óvulo*; de aquí proviene el nombre de *ovisacos* que también se les da.

Quistes del ovario.—Bajo la influencia de un estado morboso particular puede hipertrofiarse una vesícula de Graaf; entonces adquiere considerable desarrollo y produce un tumor voluminoso, llamado *quiste del ovario* (fig. 127), que invade progresivamente toda la cavidad del abdomen. Esta bolsa está

llena de serosidad; con frecuencia presenta tabiques que la dividen en muchos espacios independientes, como se ve en la figura 128. Para curar esta afección es preciso recurrir á la *ovariotomía*, es decir, á extraer el quiste por una abertura practicada en la pared abdominal. Esta operación cuenta hoy día con numerosos éxitos. No sucedía así hace algunos años, cuando Moreau colocaba la ovariotomía «entre las atribuciones de los verdugos».

De la castración en la mujer.—Los ovarios son á los órganos genitales de la mujer lo que los testículos á los del hom-



FIG. 128.—Quiste multilocular del ovario izquierdo.

1. Útero.—2. Pedículo del quiste.—3. Espacio lleno de líquido transparente.—4. Espacio lleno de un líquido morenuzco. (Figura tomada de la *Patología externa* de Mr. Fort.)

bre: los unos segregan el elemento generador hembra, *óvulo;* los otros el elemento generador macho, *espermatozoide*. Galeno entrevió esta analogía de funciones al llamar á los ovarios *testes muliebres* (testículos femeninos).

La ablación de los ovarios en la mujer surtirá, pues, el mismo efecto que la de las glándulas seminales en el hombre: la privará de toda facultad procreadora. Esta especie de castración adquiere excepcional gravedad en el sexo femenino, puesto que no puede ejecutarse sin abrir previamente el abdomen, como acabamos de explicarlo respecto de la ovariotomía.

Sin embargo, se cree que es fácil volver infecundas á las mujeres quitándolas el «racimo» [1]; lo que tiende á propagar este error es que la castración se practica diariamente en las hembras de los animales domésticos, como las aves de corral, la trucha y la vaca, para engordarlas. También se castra á la yegua, á fin de calmar su ardor genésico. Wier y Graaf citan á un castrador de puercos quien, irritado por el libertinaje de su hija, la extirpó los ovarios. También parece que existía el uso en Arabia de castrar á las mujeres empleadas en los serrallos en calidad de eunucos. Según Maur, la primera ablación de ovarios se hizo, por orden del rey de Lidia, á una de sus mujeres, que era demasiado fecunda.

En nuestros días, después de los éxitos obtenidos por Battey y Hegar, se practica con más frecuencia la castración en la mujer.

Esta operación produce una mortalidad de 14 por 100, y sólo está justificada en la metrorragia incoercible y en ciertos casos de dismenorrea nerviosa muy rebelde y muy grave.

Aunque el ovario ejerce una influencia real en el apetito venéreo, no debe considerarse este órgano como la fuente única de las incitaciones genésicas. Así, el doctor Roubaud practicó la autopsia de una mujer joven que presentaba una atrofia de ambos ovarios, y la cual, impulsada por la necesidad irresistible de relaciones sexuales, abandonó un día la casa paterna y fué á la ciudad próxima, donde no tardó en entregarse á la prostitución. Cinco años transcurridos en esta condición miserable no pudieron contentar su lubricidad, á la que sólo puso término la muerte.

Del huevo humano.—En el interior de cada una de las vesículas de Graaf (fig. 129), que encierra la porción ovígena del ovario, se halla un líquido albuminoso y un huevo ú *óvulo*. A éste le rodea una masa glandulosa ó *disco prolígero* que sirve para su nutrición.

(1) Este nombre se da por lo común al ovario único de las aves, que forma una especie de racimo, cuyos granos desiguales están representados por los óvulos en diferentes grados de desarrollo.

Los óvulos más grandes apenas son perceptibles á simple vista. Compónense de una cubierta transparente, la *membrana vitelina*, que contiene una masa amarilla central; el *vitellus*, el

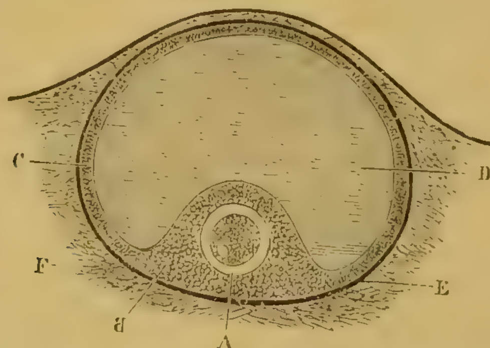


FIG. 129.—Huevo en la vesícula de Graaf.

A. Huevo —B. Disco prolígero.—C. Membrana granulosa.—D. Cavidad de la vesícula.—F. Estroma del ovario.

cual encierra una vesícula maculada por una mancha, la *vesícula* y la *mancha germinativas*, y la *vesícula embriógena* (fig. 130). Tal es la constitución del huevo humano antes de ser fecundado.

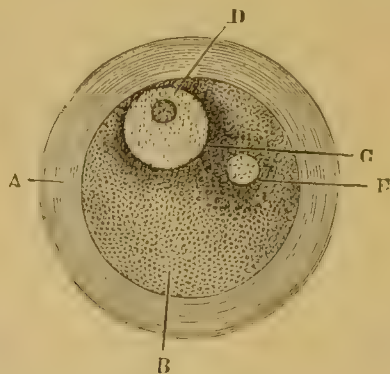


FIG. 130.—Huevo humano.

A. Membrana vitelina ó zona transparente.—B. Vitellus.—C. Vesícula germinativa.—D. Mancha germinativa.—E. Vesícula embriógena rodeada de granulaciones vitelinas.

El número de los óvulos es superior al de las vesículas de Graaf, porque algunas de estas últimas pueden abrigar dos y aun tres óvulos. Ateniéndose á la estimación que hemos hecho

de 700.000 vesículas por ovario, se ve que, si todos los huevos de una mujer se fecundaran, podría por sí sola producir una población de 1.400.000 habitantes. Pero durante todo el período de actividad genésica de la mujer, es decir, desde los catorce á

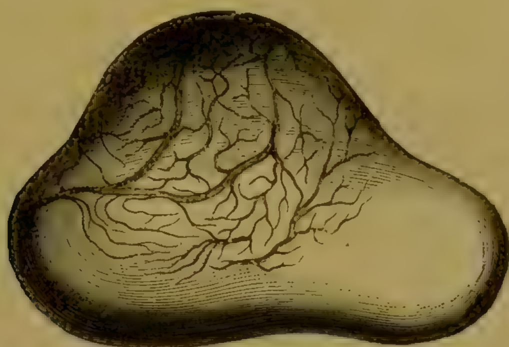


Fig. 131.— Ovario que presenta una vesícula de Graaf en su mayor desarrollo y poco tiempo antes de su ruptura.

los cuarenta y cinco años, á lo más llegan á madurar 400 óvulos y próximamente una docena son fecundados.

Así es como la naturaleza ha esparcido con profusión los gérmenes en todos los seres orgánicos, á fin de asegurar la pro-



Fig. 132.—Ruptura de la vesícula de Graaf y salida del huevo.

A. Vesícula de Graaf.—B, C, F. Granulaciones de la membrana granulosa y del disco prolígero.—E. Ovulo.—D. Vesícula germinativa.

pagación de las especies; pero esto contradice la frase de Bichat: «La naturaleza es avara de medios y pródiga de efectos».

De la ovulación.—Todos los meses, á partir de la pubertad, aumenta progresivamente de volumen una vesícula de Graaf,

hasta que alcanza el de una cereza; llegada á este período de su evolución, es decir, á su madurez, sobresale la vesícula de la superficie del ovario (fig. 131) y se rompe (fig. 132). Entonces

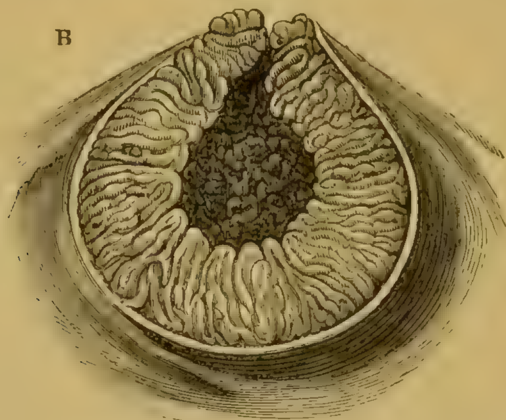


FIG. 133.—Cuerpo amarillo de la menstruación.

se proyecta el óvulo en el pabellón de la trompa, que aplica exactamente sus franjas al rededor del punto donde se produce la dehiscencia de la vesícula de Graaf; después recorre el con-

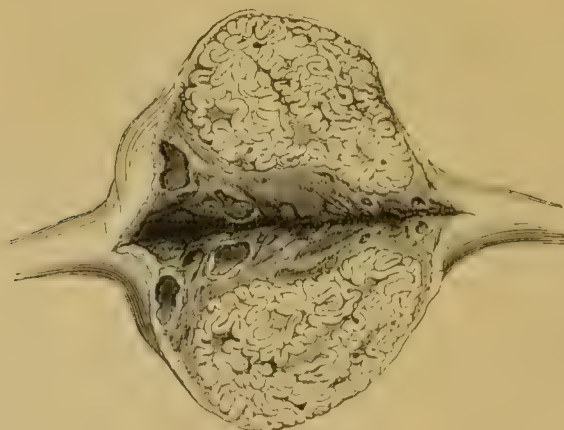


FIG. 134.—Cuerpo amarillo recogido en una mujer embarazada de seis meses.

ducto de la trompa y penetra en la cavidad uterina, donde se adhiere si ha encontrado espermatozoides, y en caso contrario sale al exterior. Tal es el fenómeno de la *ovulación* ó *puesta del huevo*.

Formación de los cuerpos amarillos.—Inmediatamente después de romperse la vesícula de Graaf su cubierta elástica vuelve sobre sí misma, se repliega y forma una cicatriz particular, que en razón á su color ha recibido el nombre de *cuerpo amarillo* (fig. 133). Estas son las cicatrices ó arrugas que hemos señalado en la superficie de los ovarios. Cuando ha sido fecundado un óvulo, el cuerpo amarillo resultante adquiere considerable volumen por efecto de la hipertrofia que presenta el ovario bajo la influencia de la preñez. En este caso deja una huella más extensa que la de los cuerpos amarillos de la ovulación ordinaria, que según veremos muy pronto tiene como función complementaria la *menstruación.*

Las cicatrices indelebles de los cuerpos amarillos permiten, pues, hasta cierto punto, decir por el solo examen de los ovarios de una mujer el número de sus embarazos y de sus menstruaciones. Concíbese todo el partido que de estas indicaciones puede sacar el médico legista.

De la menstruación. Su periodicidad.—La ruptura de cada vesícula ovárica llegada á madurez determina un estado congestivo de todos los órganos genitales internos, y en particular de la mucosa uterina, que se hincha (fig. 135), se hiende y produce una perspiración sanguínea más ó menos abundante, designada con los nombres de *flujo menstrual* (de *menses*, meses), *menstruos*, *meses*, *lunas*, *reglas*, *épocas*, *costumbre*, *período catamenial* (de κατα, por, y μήν, mes) y *menstruación.* Estas diferentes denominaciones provienen de la periodicidad del flujo menstrual y de la ovulación, cuya consecuencia es; lo cual justifica la idea de Baudelocque, quien no veía en la menstruación «más que un aborto periódico». Las reglas se manifiestan aproximadamente cada veintiocho días ([1]), por lo cual una

([1]) La mujer tiene, pues, trece menstruos al año, y A. de Vigny comete un error fisiológico en este verso en que alude á la menstruación:

La femme enfant malade et douze fois impur.

(¡La mujer!... un niño enfermo
y doce veces impuro.)

mujer sana dice que «adelantan» cada mes. La regularidad de los menstruos sólo se perturba por la enfermedad, y con motivo ha considerado Mauriceau la menstruación como «el reloj de la salud».

En todo tiempo hase atribuído á la influencia lunar el retorno periódico de las reglas. El siguiente verso prueba que

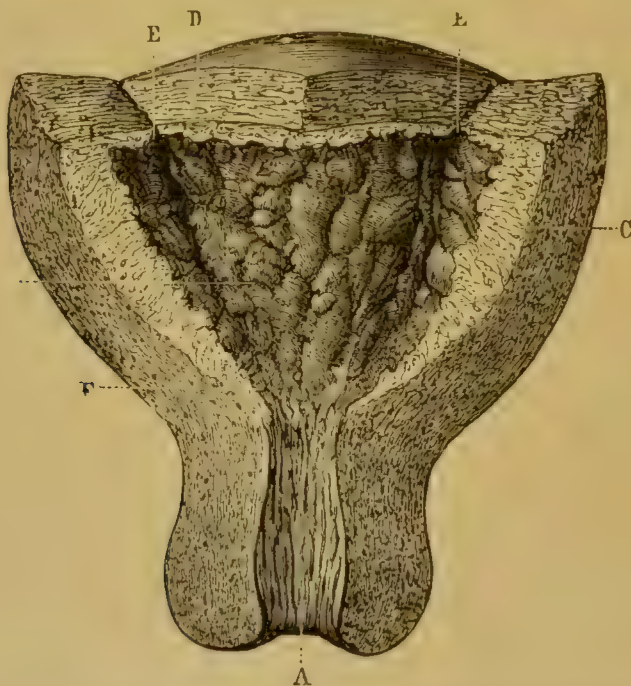


FIG. 135.—Útero abierto para mostrar la hipertrofia de la mucosa en la época de las reglas.

A. Mucosa del cuello.—B. Mucosa del cuerpo muy abollada.—C. Espesor del corte de la mucosa.—D. Tejido propio.—E. F. Mucosa disminuyendo de espesor al nivel del cuello y del orificio de las trompas.

los antiguos ya veían cierta correlación entre la edad de las mujeres y la de la luna:

Luna vetus vetulas, juvenes nova luna repurgat [1].

Mauriceau pensaba que este satélite, «ejerciendo gran dominio sobre todos los cuerpos húmedos, debía tenerlo sobre el de la mujer, de la cual se dice por burla que es lunática á causa

(1) Con la vieja luna las viejas, las jóvenes con la luna nueva purgan.

de esto». Pero los fisiólogos modernos han desechado este error. En efecto, el flujo menstruo no depende en manera alguna de las fases lunares, puesto que se observa indistintamente todos los días de cada mes.

Relaciones entre la menstruación y la ovulación.—Muchos hechos demuestran el enlace que existe entre el flujo menstrual y la puesta del huevo. Por ejemplo, sábese que la aptitud para la fecundación comienza al aparecer las reglas y acaba al suprimirse. Además el flujo menstrual falta en el caso de ausencia congénita ó adventicia de los ovarios, durante el embarazo y la lactancia. También desaparece el período del *celo* ó del *calor*, que es la menstruación de los animales, cuando se castra á las hembras.

Sin embargo, algunos hechos excepcionales, como la persistencia del flujo menstrual después de extirpar ambos ovarios, la posibilidad de la fecundación en las mujeres que no han sido regladas y los casos raros, es cierto, de la continuación de las reglas durante el curso del embarazo, han inducido á muchos fisiólogos á negar la dependencia de las reglas de la ovulación y referirlas á una congestión de orden reflejo.

Se ha invocado sobre todo, para negar la coincidencia entre la ovulación y la menstruación, el ejemplo de los ovíparos, en los cuales la ovulación se efectúa sin que la preceda y siga flujo menstrual.

Para los que admiten cierto enlace entre estas dos funciones, la ruptura de la vesícula de Graaf, es decir, la postura del huevo, se efectuaría durante los últimos días de las reglas. Por eso consideran la octava siguiente al flujo catamenial como el período más propicio para la fecundación.

Aparición y duración de los menstruos.—La época del principio y del fin de las reglas varía según los climas, costumbres y constitución. Las reglas aparecen con precocidad en las grandes ciudades y en los climas cálidos, en las jóvenes de sentido genésico muy desarrollado, en las morenas y en las ricas.

Según Tarnier y Chantreuil, los períodos menstruales se es-

tablecen entre los once y quince años en los climas cálidos, entre los doce y diez y ocho en los climas templados y entre los trece y veintiuno en los climas fríos. En París, de ordinario está reglada la mujer desde los catorce á los cuarenta y cinco años.

Las mujeres tempranas para reglar son también las que dejan más pronto de estarlo. Dase el nombre de *menospausia* (de μήν, mes, y παῦσις, fin) á la época en que cesan las reglas.

No podemos resistir al placer de citar por completo una encantadora poesía de L. Ratisbonne relativa á nuestro asunto. Titúlase:

¡CATORCE AÑOS! (1)

A mí, para quien es triste la vida,
dime, niña gentil, lo que te encanta
y en tus fúlgidos ojos encendida
tan viva luz mantiene y abrillanta.
Tu alegre juventud que hay tiempo olvida
y las arrugas con que al alma espanta:
¿qué placer de la gracia bulliciosa
de tus catorce abriles se rebosa?

¿Qué dicha es hoy la que te embriaga el pecho?
¿Por qué tu corazón salta de gozo,
y cantas, corres, bailas y (á despecho
de su vejez) tu abuela, sin rebozo,
hermosa te parece y un estrecho
abrazo al fin le das, y en tu retozo
rïes y bates palmas? ¿Qué locura
un vino nuevo á tu razón procura?

(1) A nous, pour qui la vie est sombre ou sérieuse,
Dis-nous ce qui t'enchante, ô fillette rieuse,
Et fait d'un tel éclat briller tes yeux luisants.
Sans nul souci du temps et des rides qu'il creuse,
O joie adolescente, ô jeune grâce heureuse,
Dis-nous quel grand bonheur rit à tes quatorze ans,

Et quel charme aujourd'hui redouble ton ivresse;
Et pourquoi l'on te voit, le cœur plein d'allégresse,
Courir, chanter, danser à travers la maison,
Sauter sur ta grand'mère et la trouver jolie,
Rire et battre des mains; dis, quelle est ta folie?
Quel est le vin nouveau qui trouble ta raison?

¿Qué ha sucedido, pues? ¿Qué ángel tu risa
tan fresca torna y argentino el canto?
Di, ¿qué dulce visión, niña, divisa
tu alma en el sueño candoroso y santo,
que dibuja en tus labios la sonrisa
y abre ante el sol tus ojos con encanto,
cuando en tu humilde alcoba se entornaban
y entre níveos cendales se cerraban?

¡Yo conozco tu ensueño! Ya en palacio,
ó en cabaña, ¿será que mil fulgores
surgen del sol, espléndido topacio
del cielo azul; perfumes y colores,
músicas y aves cruzan el espacio,
y príncipes hermosos bellas flores
ofrécente en aquel jardín risueño,
donde es la vida perennal ensueño?

¡Una ilusión! ¿Qué más caber pudiera
en esta cabecita? No; que es cierto
el suceso feliz que lisonjera
dicha en su corazón pone y concierto.
No es un sueño, mirad, ni una quimera:
dióle un rosal su madre, y entreabierto
muestra lindo capullo esta mañana...
y es la más bella flor que le engalana.

Qu'est-il donc arrivé? quel ange tutélaire,
Fais ton rire si frais et ta chanson si claire?
Pour rouvrir si gaîment tes grands yeux au soleil,
Lorsque tu les fermais, ces beaux yeux, ô fillette,
Sur ton oreiller blanc, dans ton humble chambrette,
Dis quel rêve a passé dans ton chaste sommeil?

Je le connais, ton songe; ou palais, ou chaumière,
C'étaient, n'est-il pas vrai? des lieux pleins de lumière,
Un ciel bleu, des oiseaux, des parfums, des couleurs?
Et la vie était belle en ce pays magique,
Et tu t'y promenais au son de la musique,
Et des princes charmants t'y présentaient des fleurs?

Un rêve! En faut-il plus à cette jeune tête?
Mais non: l'événement qui met son cœur en fête
Est vraiment arrivé. Son bonheur est certain.
Regardez, ce n'est pas un songe, une chimère:
Sur le petit rosier que lui donna sa mère,
Le plus joli bouton a fleuri ce matin.

De la pubertad.—Cuando se verifica el primer flujo menstrual hay costumbre de decir que la joven «se forma», porque esta época coincide con la edad de la *pubertad* (de *pubis*, vello), que imprime importantes modificaciones al cuerpo y al carácter: desarróllanse los pechos, las formas se acentúan, las caderas se redondean y el pubis se cubre de pelos.

Hemos dicho que en el hombre la pubertad no se manifiesta hasta la edad de diez y ocho años y que corresponde á la aparición de los espermatozoides en el licor seminal. La pubertad es, pues, más precoz en el sexo femenino que en el masculino; por eso el art. 144 del Código civil francés permite que la mujer contraiga matrimonio á los quince años, al paso que el hombre no puede hacerlo hasta los diez y ocho cumplidos [1]. Sin embargo, la edad fijada para la mujer es demasiado prematura, porque el desarrollo de su pelvis, que Burdach llamaba «laboratorio de la generación», no se acaba sino hacia el año vigésimo. Sólo á esta edad sería preciso referir, pues, la *nubilidad* (de *nubere*, casarse) de la mujer, es decir, el período en que puede exponerse á un embarazo sin peligro para ella y para su hijo. Los ganaderos conocen bien los malos efectos de las reproducciones precoces y jamás emplean individuos demasiado jóvenes.

Anomalías en la aparición y duración de las reglas.—Las épocas en que aparecen y cesan las reglas están sujetas á numerosas anomalías.

Las reglas pueden ser tardías y no aparecer hasta los veinte años y aun más tarde: Brière de Boismont cita una mujer que no regló hasta los cuarenta y dos años. En otros casos faltan por completo: Juana de Arco, de creer á Villaret, «por un fenómeno particular que parecía ligarse con su alto destino, no se hallaba sujeta á ese tributo periódico que las damas pagan

[1] Nuestro Código permite el matrimonio á los doce años á las *niñas* y á los catorce á los *niños*, sin aguardar á que siquiera sean *mujeres* y *hombres*. Gracias á la ley de disenso, del señor Moyano, no se hacen más disparates conyugales en contra del fin natural y social del matrimonio. (Véase el artículo 83, núm. 1.°, del Código civil.) *(N. del T.)*

al astro de las noches». Cierto es que la heroina de Vaucouleurs sólo tenía veinte años cuando murió.

Por el contrario, las reglas pueden presentarse desde los primeros tiempos de la vida: Velpeau ha referido la observación de una niña reglada desde el año y medio. Mr. Comarmond, de Lyón, ha visto otra niña reglada desde el tercer mes de su existencia. Caro habla en sus escritos de una niña reglada á la edad de dos años y que quedó en cinta á los ocho. El doctor Molitor, de Arlón, ha observado en Oberpallen, Luxemburgo, una niña que regló desde la edad de cuatro años y quedó en cinta á los ocho; el embarazo terminó por la expulsión de una masa carnosa ó *mola*, y el seductor fué condenado á cinco años de prisión.

Es preciso no considerar como reglas precoces los flujos sanguíneos que suelen aparecer algunos días después del nacimiento.

Son muy numerosos los ejemplos de prolongación de las reglas mucho más allá de la época ordinaria: algunos han señalado la existencia del flujo menstruo en las mujeres de sesenta y cinco y hasta de setenta años. Plinio refiere que á la edad de setenta años (?) Cornelia dió á luz á Valerio Saturnino. Delamotte cita una soltera de cincuenta y un años que jamás había querido casarse por miedo á tener hijos y que se hizo embarazada á esa edad. Capurón parteó á una mujer de sesenta y tres años que amamantó á su hijo.

Una anomalía curiosa del flujo menstrual es la de la mujer de Loth, la que, según San Irineo, «permaneció en el país de Sodoma como estatua de sal que tenía sus reglas». Un poeta del tiempo de Enrique II dijo también:

> De Loth la compañera, aunque en sal convertida,
> continuaba menstruando como signo de vida [1].

Duración del período menstrual y cantidad del flujo.—La duración del derrame menstrual varía de uno á ocho días.

[1] La femme à Loth, quoique sel devenue,
Est femme encor; car elle a sa menstrue.

No están de acuerdo los autores para fijar la cantidad de sangre perdida en cada época menstrual, porque varía según las mujeres y está subordinada al clima, á la constitución, al género de vida y á otras circunstancias, como la impresión del frío, las emociones morales y las enfermedades. Sin embargo, Baudelocque fija esta cantidad en 120 gramos para Francia y Smellie en 130 para Inglaterra. En ciertos casos morbosos el flujo menstrual puede alcanzar y aun superar á 500 gramos; entonces se transforma en «pérdida» y constituye la *menorragia* (de μήν, mes, y ῥήγνυμι, yo salgo con violencia), que es preciso no confundir con la *metrorragia* (de μήτρα, matriz), la cual es una hemorragia uterina independiente de los períodos catameniales.

Las mujeres tienen la costumbre de valuar la cantidad de sangre evacuada durante sus reglas por el número de servilletas que emplean; de ordinario manchan tres ó cuatro cada veinticuatro horas.

Acción de la menstruación sobre el organismo.—Algunas mujeres no experimentan indisposición alguna en el momento de sus reglas; pero, por lo general, acompañan al flujo menstruo perturbaciones funcionales variadas, tales como cólicos, dolores en los riñones, sensación de cansancio en los muslos, tumefacción dolorosa de las mamas, fetidez del aliento, botones de herpes en los labios ó en la vulva. Además se observa en la mujer un cambio muy sensible de carácter; se vuelve más impresionable, más irritable, y requiere en esta ocasión grandes miramientos. A veces hasta sus sentimientos sufren verdaderas perversiones: «las mujeres pueden, según Raciborski, cometer actos hasta cierto punto independientes de su voluntad, pues entonces no gozan por completo de su libre albedrío»; pero estos casos son muy raros.

Caracteres de la sangre menstrual.—El flujo menstruo se distingue de la sangre normal por su coloración más oscura, por su olor que recuerda el de la caléndula, por su fluidez que la impide coagularse y que se debe á su mezcla con los fluidos

vaginales. No acarrea coágulos sino cuando corre con demasiada abundancia, como en la menorrágia.

El olor de la sangre menstrual es más ó menos penetrante, según las personas, pero siempre es apreciable. Sandras conoció á una señora cuyo olfato estaba tan desarrollado que sufría una especie de desfallecimiento en cuanto se le aproximaba una mujer menstruada.

Aunque, según dice Hipócrates, la sangre menstrual sea tan pura como la sangre de una víctima, en todo tiempo se la ha acusado de maleficios de que es inocente: así, hásela reprochado hacer abortar los melones, agriarse el vino y la leche y hacer que se tuerzan ciertas preparaciones culinarias, por ejemplo, la salsa mayonesa. Plinio llega hasta pretender «que no hay nada más monstruoso que esta sangre, puesto que por su vapor, ó sólo por su contacto, se avinagran los vinos nuevos, las semillas se vuelven estériles, el cristal de los espejos se empaña, se embota la punta de un hierro, se borra la belleza del marfil, las abejas se mueren, el cobre y el hierro se oxidan, el aire se infecta y los perros que la prueban rabian, etc.» Columela dice que, para destruir las cochinillas y otros insectos perjudiciales para las cosechas y los jardines, las mujeres que tenían la menstruación iban á través de los campos con los vestidos levantados hasta por encima de los riñones.

Para destruir los caracoles de las huertas, Elio propone que se haga pasear por ellas á una mujer «en la época en que está en comunicación reglada con el astro de las noches».

Sábese que la muerte del poeta Lucrecio se atribuyó por algunos autores á la sangre menstrual que su mujer le hizo beber por celos y que le volvió rabioso.

Sin tener en cuenta estas preocupaciones populares, que el tiempo acabará por borrar, es preciso reconocer, sin embargo, que las mucosidades vaginales, mezcladas con el flujo menstruo, dan á este líquido cierta acritud que explica las frecuentes uretritis contraídas por el hombre durante el flujo catamenial. Además, el coito practicado en esta época puede determinar en la mujer una hemorragia interna más ó menos grave, que constituye una variedad de la afección llamada *hematocele pelviano*

(de αἷμα, sangre; κήλη, tumor, y *pelvis*, bacinete); por eso las leyes religiosas, de acuerdo con los preceptos de la higiene, prohibían las relaciones sexuales durante el período menstrual. El Talmud impide toda cohabitación con las mujeres que pierden sangre antes de que se hayan purificado con un baño; el Corán declara impura á la mujer ocho días antes y después de sus reglas y prohibe el coito durante este espacio de tiempo. Ezequiel considera el contacto íntimo durante las reglas «como la consumación de un adulterio». «Cuando un hombre se haya acostado con una mujer que tiene su mes, dice Moisés en el *Levítico*, y haya descubierto la desnudez de esta mujer, descubriendo su flujo, y cuando ella haya descubierto también el flujo de su sangre, serán ambos separados de en medio de su pueblo.»

En cuanto á la influencia perniciosa que la cópula ejercida en el momento de las reglas acarrearía al producto de la concepción, éste es también un error popular, que no puede tenerse de ningún modo en cuenta. Así el doctor Gazán, sin pruebas serias, ha aventurado que los niños concebidos en estas condiciones estaban predispuestos á las escrófulas. Burnotte, por otra parte, ha citado el ejemplo de tres niños rojos nacidos de padre y madre morenos y concebidos durante el período menstrual; este autor cree que ha influído en la mujer una preocupación del país, que ve un enlace entre la coloración de los cabellos y la de las reglas cuando se efectúa la concepción durante el período catamenial. El sudor de sangre (púrpura hemorrágica), al cual se ha atribuído sin razón la muerte de Carlos IX, se debería, según ciertos autores demasiado crédulos, á que este príncipe fué concebido en el momento de las reglas. Un niño concebido «en el período de impureza» de la mujer, se denomina en hebreo *Mamser Benidah*; esto parece ser la mayor injuria de la lengua hebraica. Según Weil, el Talmud pretende que todo niño concebido en la impureza de la madre está forzosamente condenado al vicio y á la enfermedad. O es borracho, ó loco, ó epiléptico, ó asesino, ó cretino. Nada podría convertirle en un hombre honrado ni en una mujer virtuosa.

Perturbaciones de la menstruación. Emenagogos. – Las reglas están expuestas á diversas perturbaciones, tales como las faltas, la supresión, las irregularidades, las prolongaciones, las dificultades y las desviaciones. La *amenorrea* (de α, privativo; μήν, mes, y ρεῖν, correr), es decir, la desaparición ó falta de las reglas, se produce por la anemia, el embarazo, la lactancia, una emoción moral bastante viva y también por la inmersión de las manos ó de los pies en agua fría. Sin embargo, las mujeres empleadas en los baños de mar no interrumpen su servicio en el momento de las reglas y no experimentan el menor inconveniente. Se puede continuar también la hidroterapia sin peligro durante el período menstrual. No obstante, será más prudente evitar la impresión del frío en esta época. Asimismo, las lociones del aseo íntimo deberán ser tibias, y el lienzo empleado para el efecto no deberá estar demasiado fresco, porque al revés de la opinión reinante, detendría el flujo sanguíneo en lugar de activarlo.

La falta del flujo catamenial depende también de la imperforación del himen; la sangre se acumula entonces en el bajo vientre y simula un tumor abdominal ó una preñez. Ya hemos citado un ejemplo de semejante error. Junto á la supresión de las reglas puede colocarse la *dismenorrea* (de δυς, con trabajo; μήν, mes, y ρεῖν, correr), que es una menstruación acompañada de vivos dolores.

Contra la cesación y la dificultad de las reglas se emplean ciertas sustancias llamadas emenagogas (de ἔμμηνα, menstruos, y ἄγειν, brotar), que excitan directamente la circulación del útero y provocan el flujo menstrual; tales son el ajenjo, la sabina, la artemisa, el azafrán, la ruda, el apiol, etc. También se aconseja la equitación para provocar ó regularizar los menstruos, por efecto de la congestión que determina en los órganos contenidos en la pelvis menor.

La cloro-anemia, que es la principal causa de la amenorrea y de la dismenorrea, determina algunas veces un estado opuesto; transforma entonces la menstruación en verdadera hemorragia y da margen á la *menorragia*.

Entre las perturbaciones de la menstruación señalaremos

también la *desviación de las reglas*, en la cual reemplaza al flujo menstruo una hemorragia periódica que se manifiesta en un órgano distinto del útero. Pueden ser asiento de este derrame sanguíneo las fosas nasales, los pezones, los dedos, los párpados, las axilas, el ombligo, el intestino, la vejiga y con más frecuencia los bronquios, y sobre todo el estómago. Así se explican en ciertas mujeres las pérdidas de la sangre de las reglas por sudores ó por la boca. Por lo general estas diferentes hemorragias acompañan al flujo menstruo y se designan con el nombre de *reglas suplementarias*.

De la menospausia.—La época de la cesación definitiva de las reglas ha recibido el nombre de *menospausia* (de μήν, mes, y παῦσις, detención); sobreviene de los cuarenta y cinco á los cincuenta años, y se anuncia por irregularidades en la periodicidad y duración del flujo menstrual. A veces se observa la menospausia desde la edad de veinte años, otras sólo á los sesenta y cinco y aun más allá, como hemos referido de ello varios ejemplos.

La desaparición de las reglas va acompañada de ordinario por perturbaciones funcionales poco graves, como ahogos, vértigos y llamaradas de calor al rostro; pero no debe creerse que predispone á las mujeres á las afecciones orgánicas. Esta preocupación es la que ha hecho dar á la menospausia el nombre de *edad crítica*. Ahora bien, la estadística demuestra que la mortalidad de las mujeres no es más considerable en esta época que en cualquiera otra, y que mueren más hombres de cuarenta á cuarenta y cinco años que mujeres.

Como la menospausia corresponde al término de la ovulación, hace perder á la mujer la aptitud para ser fecundada, sin extinguir en ella, sin embargo, el apetito venéreo. «Siendo de edad, y llegadas á los cincuenta años, escribe con fundamento Brantôme, ya no tienen miedo á quedar preñadas, y entonces adquieren plena y más amplia libertad de gozarse y recoger con retardo los placeres que es posible que algunas no osaran tomar por miedo al abultamiento de su traidor vientre.»

ARTÍCULO III

PERINÉ DE LA MUJER

Región del periné.—Hemos visto que el periné del hombre comprende el conjunto de las partes blandas que forman el suelo de la pelvis. En la mujer, los comadrones dan este nombre á la región comprendida entre la vulva y el ano.

La longitud del periné de la mujer es de 3 centímetros próximamente. Pero gracias á la elasticidad de las diversas partes que entran en su constitución se deja distender con facilidad y puede medir en el último tiempo del parto hasta 8 centímetros.

Estructura del periné.—El periné de la mujer está formado por el mismo número de capas que el del hombre. Sin contar la piel, se compone, pues, de cinco capas sobrepuestas: dos planos musculares comprendidos entre tres planos aponeuróticos. La multiplicidad de estas capas contribuye á dar cierta resistencia al suelo de la pelvis.

Todos los músculos del periné de la mujer tienen sus análogos en el sexo masculino. El más superficial es el *esfínter del ano* (fig. 136), cuyas fibras se entrecruzan en forma de 8 con las del músculo *constrictor de la vagina*. Este último estrecha el orificio vaginal y permite que la mujer ejerza una constricción más ó menos enérgica en el pene durante el coito. A veces este músculo es asiento de contracciones espasmódicas muy dolorosas, que impiden toda relación sexual y constituyen el estado que hemos descrito con el nombre de *vaginismo*. Como mejor se remedia esta afección es valiéndose del mismo procedimiento que triunfa en la fisura de ano, es decir, la dilatación forzada.

También se encuentran á los lados los músculos *transversos* y los *isquio-cavernosos*. Los primeros están destinados á ensanchar el orificio vulvar; obran, pues, como antagonistas del constrictor de la vagina. Los isquio-cavernosos, que en el hombre abrazan las raíces de los cuerpos cavernosos, recubren en la mujer las raíces del clítoris. Estos músculos contribuyen á la

erección del clítoris inyectando en él el líquido sanguíneo que contienen sus raíces; además favorecen los frotamientos de este órgano atrayéndole abajo, hacia el pene, durante la cópula.

En fin, profundamente se hallan los músculos *isquio-coxíjeos* y *elevador del ano*, que se confunden por sus bordes contiguos y parecen formar un solo y mismo músculo. Su acción es idén-

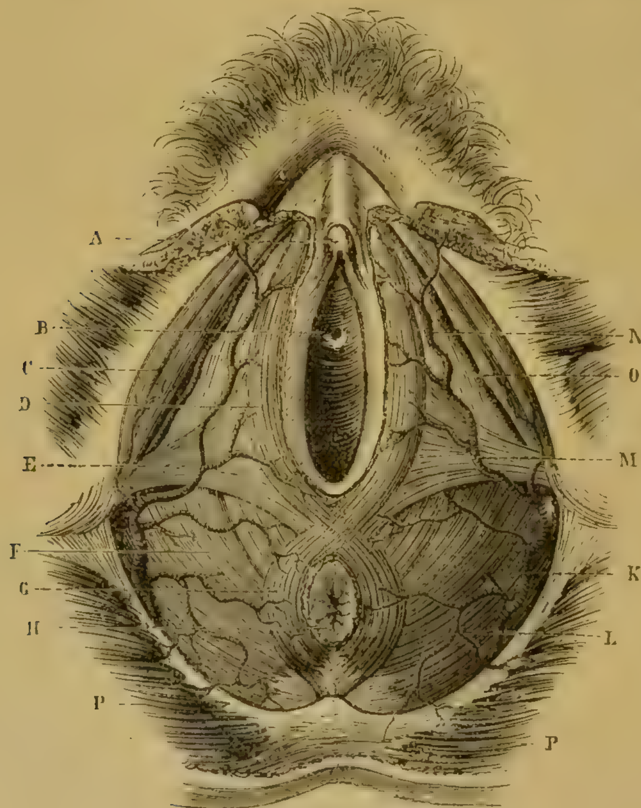


FIG. 136 — Músculos del periné.

A. Clítoris.—B Meato urinario.—C. Músculo isquio-cavernoso.—D, M. constrictor de la vagina.—E, M. transverso.—F, M. elevador del ano —G. Esfínter del ano.—H. Ano. —K. Arteria pudenda interna.—L. Ramas hemorroidales.—M. Arteria superficial del periné.—O. Arteria cavernosa ó clitoridea.—P, P. Músculos glúteos mayores.

tica en ambos sexos, y la hemos indicado ya en la descripción del periné del hombre.

Desgarradura del periné. Perineorrafia.—El periné se desgarra algunas veces en el parto, ya por causa de su débil resistencia, ya por efecto del exagerado desarrollo del feto. Casi siempre es poco pronunciada la desgarradura del periné; cuan-

do se extiende hasta el ano se llama *completa*, y en este caso transforma el recto y la vagina en una vasta cloaca. Por tanto, los excrementos líquidos y los gases salen involuntariamente por la vulva así agrandada y constituyen un achaque antisocial de los más molestos. Se le pone remedio con la operación de la *perineorrafia* (fig. 137), que consiste en avivar con el bisturí

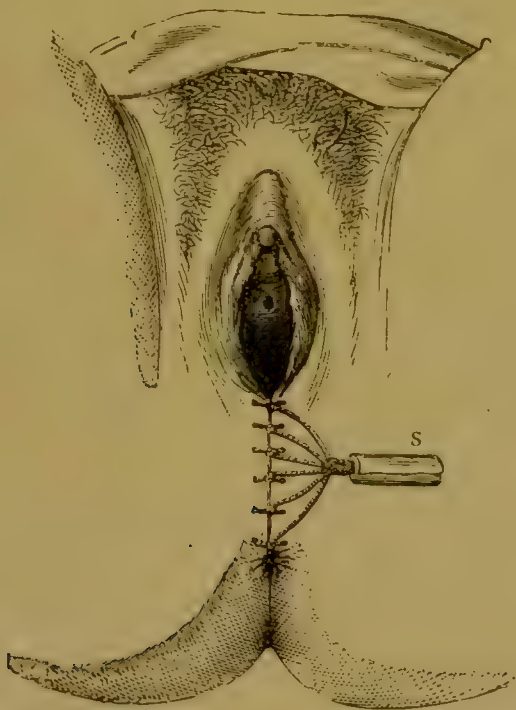


FIG. 137.—Perineorrafia, según el procedimiento de Jude Hüe.

S Trozo de diaquilón que reune los hilos en un solo haz.

los bordes de la solución de continuidad y mantenerlos después en contacto, mediante puntos de sutura, hasta que su reunión sea completa.

ARTÍCULO IV

DE LAS MAMAS

Las *mamas* ó *senos* (de *sinus*, sinuosidad) forman el carácter distintivo de los *mamíferos* (de *mamma*, teta, y *ferre*, llevar), á la cabeza de los cuales se halla el hombre.

De ordinario, en los animales, las tetas no son aparentes sino en el momento de la lactancia. En la especie humana, ambos sexos están provistos de estos órganos; pero en el hombre permanecen en estado rudimentario.

Uso de las mamas.—Las mamas del sexo masculino no tienen utilidad alguna conocida; las de la mujer producen la leche que sirve de alimento al recién nacido.

Desde el punto de vista plástico, las mamas tienen cierta importancia. «Bien proporcionadas, dice Dionis, son uno de los principales adornos de la mujer, principalmente cuando les acompaña una garganta bien modelada y recubierta por una piel fina: es preciso también que sean blancas, redondas y medianamente separadas en su medio; que tengan un pezón rojo, y no muy grande; que no estén colocadas muy arriba ni muy próximas á las axilas, y en fin, que no sean demasiado grandes ni colgantes; he aquí las condiciones que deben reunir para ser bellas y propias para inspirar amor.»

En efecto, en todo tiempo se han considerado los pechos como uno de los principales atributos de la belleza [1]; por eso la mayor parte de las mujeres ponen cierto cuidado en dejar ver, ó mejor adivinar, sus contornos. Ya San Crisóstomo tronaba con vehemencia, pero sin éxito, contra la costumbre que tenían las mujeres de su tiempo de ir escotadas. En nuestros días las españolas cuidan menos de ocultar su pecho que sus pies, que sin embargo son pequeños y muy bien formados. También las musulmanas prefieren dejar ver su seno que su rostro. Isabel de Baviera, mujer de Carlos VI, se presentaba escotada hasta la cintura; y un cuadro de la colección Lachnicki representa á Diana de Poitiers, querida de Enrique II, desnuda hasta las caderas. Luis XV decía al marqués de La Fare que la garganta es lo primero que debe mirarse en la mujer. Luis XVIII hacía de los senos de la señora de Cayla un uso particular: depositaba en ellos su rapé, para sorberlo allí. Sabido es que Luis XIII, á ejemplo de Tartuffe, no podía

(1) J.-J. Rousseau dice que una mujer sin pechos es un hombre defectuoso.

sufrir la vista de un seno descubierto. Un día recurrió á unas pinzas para coger una esquela oculta en el corsé de la señorita de La Fayette. Otra vez, en un viaje que hizo este rey á Poitiers, hubo un gran banquete. Viendo á su lado el pecho de una joven, indignóse Luis XIII de tal modo, que se caló el sombrero hasta los ojos y los tuvo bajos durante todo el resto de la comida. La última vez que bebió retuvo una bocanada de vino y lanzó esta reserva sobre los encantos indiscretamente expuestos. La pobre joven salió enteramente confusa y se desmayó en la pieza próxima. Al referir esta anécdota, asegura un escritor jesuita, el P. Barri, que «aquella garganta descubierta merecía de veras esta gárgara».

Relaciones de las mamas con el aparato genital.—Las funciones de las mamas y las del aparato genital están íntimamente ligadas entre sí, y en cierto modo subordinadas unas á otras. Abundan las pruebas de esta simpatía funcional; entre otras, citaremos el rápido desarrollo de los pechos en la época de la pubertad; su hinchazón en cada época menstrual; su atrofia después de la menospausia; su aumento de volumen producido por el embarazo; la supresión de las reglas durante la lactancia; las contracciones uterinas, y el aborto que pueden provocar las succiones enérgicas del pezón ó la aplicación de sinapismos en las glándulas mamarias; las sensaciones de espasmo genésico, que en ciertas mujeres ardientes pueden provocarse por la titilación de los pezones; en fin, la influencia de la subida de la leche sobre los loquios.

La íntima relación que existe entre las mamas y los órganos genitales explica el uso frecuente en el lenguaje vulgar de la palabra «seno» como sinónima de útero; de aquí, por ejemplo, la expresión «llevar un hijo en su seno».

Situación, forma y consistencia de las mamas.—Las mamas en la mujer no están en el mismo sitio que en los animales. «La naturaleza, dice Plutarco traducido por Amyot, ha hecho descender abajo, al vientre, las tetas de todos los animales; pero en la mujer las ha colocado en el pecho, como sitio ade-

cuado para poder besar, abrazar y acariciar á su hijo al amamantarlo».

La forma de las mamas presenta numerosas variedades individuales. Estos órganos pueden ser hemisféricos, piriformes, aplanados ó péndulos. Las hotentotes hacen sufrir á sus mamas un alargamiento tan considerable que las echan sobre el hombro para lactar á sus hijos.

Las mamas ofrecen al tacto cierta dureza en la joven virgen y que goza de buena salud; pero pierden su consistencia y se vuelven flácidas por diversas causas, como los tocamientos repetidos y el embarazo.

Volumen de las mamas. Su hipertrofia.—El volumen de las mamas está generalmente en relación con el grado de obesidad, pero varía según ciertas circunstancias. Así, se desarrollan en la joven al llegar la pubertad, y se dice que «apunta el pecho», lo cual expresaban los latinos con estas palabras: *mammœ sororiantur;* aumentan de volumen durante el embarazo y la lactancia, y se atrofian en la vejez.

En estado normal, rara vez tienen ambos pechos el mismo grueso; el izquierdo está más desarrollado que el derecho, sin duda porque este último está expuesto á más frecuentes compresiones que el otro. Las nodrizas no ignoran esta particularidad de conformación, y enseñan de mejor gana su pecho izquierdo al médico que las examina. Esta diferencia de volumen se pronuncia más en las que han criado ya, porque llevan con preferencia al niño en el antebrazo izquierdo y dan más veces el pecho de este lado.

En ocasiones, sin causa determinada, adquieren los senos excesivo desarrollo. Esto constituye la *hipertrofia mamaria.* La molestia que resulta de este estado morboso, y el perjuicio que origina á la salud, exigen para remediarlos la intervención activa del cirujano. Una joven soltera de Saintes, de veintiún años de edad, presentaba esta anomalía (fig. 138), y sufrió con éxito la ablación de los dos pechos: el derecho pesaba entonces treinta libras y el izquierdo veinte y media; el peso de las glándulas mamarias representaba el tercio del de la operada.

Durston cita el caso de una joven, una de cuyas mamas pesaba cuarenta libras y la otra sesenta y cuatro. La hipertrofia mamaria era característica de las egipcias: «¡Quién no ha visto en Meroe, dice Juvenal, un seno más grande que el niño á quien alimenta!»

Esta deformidad de las mamas puede observarse también en el sexo masculino, y reciben el nombre de *ginecomastos* (de γυνή, mujer, y μαστὸς, mama) los individuos atacados por esta afección. Petrequin dice haber visto en Pavía un hombre con una teta de 48 centímetros de longitud.



FIG. 138.—Hipertrofia de los pechos.

Número de mamas. Mamas suplementarias.—«Reparad con Cicerón, dice Fenelón en su *Tratado de la existencia de Dios*, que las hembras de cada especie tienen mamas cuyo número es proporcional al de los hijos que gestan. Cuantos más son éstos, con más fuentes de leche las dota la naturaleza para lactarlos.» En general, los animales tienen un número de tetas igual al de sus hijos de un parto. En la mujer son en número de dos. Á veces pueden faltar por completo estos órganos, y esta anomalía coincide las más de ellas con la carencia de útero ó de ovarios. En otros casos excepcionales se encuentran una ó muchas mamas suplementarias. Hemos visto en el hospital

de San Antonio, salas de Mr. Lorain, una recién parida que tenía próximas á las axilas dos mamas suplementarias (figura 139), menos desarrolladas que las normales, pero que daban leche como éstas.

Las mamas suplementarias no tienen asiento determinado; pueden existir en el dorso como en ciertos roedores, ó hasta en el muslo, según lo ha observado el doctor Robert (de Marsella). El niño de la mujer que presentaba esta última anomalía mamó de esta teta suplementaria durante veintitrés meses, mientras otro niño mamaba de las otras dos.

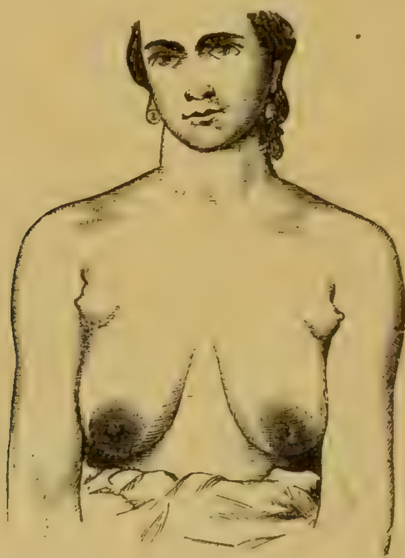


Fig. 139.—Mamas suplementarias.

Adriano de Jussieu publicó la observación de una mujer que tenía una mama suplementaria en la ingle, y era la que de ordinario le servía para amamantar. Hemos visto en el hospital de San Luis, servicio del doctor Porak (sala de Pablo Dubois), una mujer afectada de hipertrofia mamaria que presentaba bajo el seno derecho, además, una mama suplementaria que daba leche.

La madre de Alejandro Severo, según parece, tenía tres mamas. Ana Bolena, que era al mismo tiempo sexdigitaria, presentaba también esta anomalía; algunos autores opinan que

esta infeliz reina fué condenada á muerte por haber ocultado esta particularidad á su marido; pero se sabe que, para desembarazarse de una esposa que le había dejado de agradar, Enrique VIII la acusó de incesto con su propio hermano.

Los ejemplos de tres mamas suplementarias son muy raros; no se conoce en la ciencia más que el caso de una vivandera válaca (fig. 140), observado por Percy. Gardner ha citado el caso de una mulata del Cabo portadora de seis mamas, y que tenía de cada vez cuatro y cinco hijos,

Sabemos que los antiguos simbolizaban la Naturaleza por una

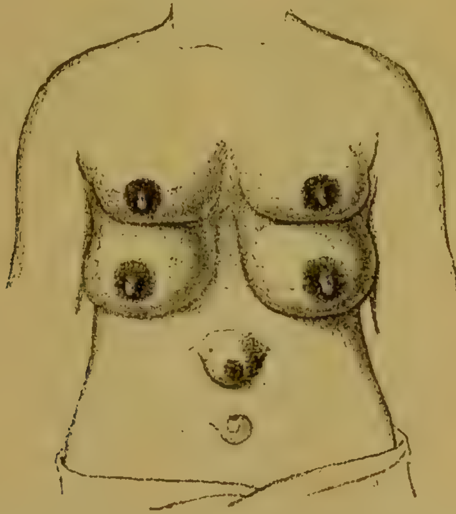


Fig. 140.—Tres mamas suplementarias, según Percy.

mujer cuyo cuerpo estaba recubierto de tetas (fig. 141); Rubens se contenta, en el *Triunfo de la Religión*, con dar seis mamas al mismo personaje alegórico (fig. 142).

Conformación exterior de las mamas.—La prominencia más ó menos pronunciada que las mamas forman en cada lado del pecho expone á estos órganos á frecuentes contusiones, y, por consiguiente, á las afecciones cancerosas, sobre todo en las mujeres que tienen predisposición hereditaria. Si el corsé tiene numerosos inconvenientes, al menos puede reconocérsele la ventaja de resguardar los senos al abrigo de los choques exteriores. Conocida es esta antigua definición del corsé: con-

también la *desviación de las reglas*, en la cual reemplaza al flujo menstruo una hemorragia periódica que se manifiesta en un órgano distinto del útero. Pueden ser asiento de este derrame sanguíneo las fosas nasales, los pezones, los dedos, los párpados, las axilas, el ombligo, el intestino, la vejiga y con más frecuencia los bronquios, y sobre todo el estómago. Así se explican en ciertas mujeres las pérdidas de la sangre de las reglas por sudores ó por la boca. Por lo general estas diferentes hemorragias acompañan al flujo menstruo y se designan con el nombre de *reglas suplementarias*.

De la menospausia.—La época de la cesación definitiva de las reglas ha recibido el nombre de *menospausia* (de μήν, mes, y παῦσις, detención); sobreviene de los cuarenta y cinco á los cincuenta años, y se anuncia por irregularidades en la periodicidad y duración del flujo menstrual. A veces se observa la menospausia desde la edad de veinte años, otras sólo á los sesenta y cinco y aun más allá, como hemos referido de ello varios ejemplos.

La desaparición de las reglas va acompañada de ordinario por perturbaciones funcionales poco graves, como ahogos, vértigos y llamaradas de calor al rostro; pero no debe creerse que predispone á las mujeres á las afecciones orgánicas. Esta preocupación es la que ha hecho dar á la menospausia el nombre de *edad crítica*. Ahora bien, la estadística demuestra que la mortalidad de las mujeres no es más considerable en esta época que en cualquiera otra, y que mueren más hombres de cuarenta á cuarenta y cinco años que mujeres.

Como la menospausia corresponde al término de la ovulación, hace perder á la mujer la aptitud para ser fecundada, sin extinguir en ella, sin embargo, el apetito venéreo. «Siendo de edad, y llegadas á los cincuenta años, escribe con fundamento Brantôme, ya no tienen miedo á quedar preñadas, y entonces adquieren plena y más amplia libertad de gozarse y recoger con retardo los placeres que es posible que algunas no osaran tomar por miedo al abultamiento de su traidor vientre.»

ARTÍCULO III

PERINÉ DE LA MUJER

Región del periné.—Hemos visto que el periné del hombre comprende el conjunto de las partes blandas que forman el suelo de la pelvis. En la mujer, los comadrones dan este nombre á la región comprendida entre la vulva y el ano.

La longitud del periné de la mujer es de 3 centímetros próximamente. Pero gracias á la elasticidad de las diversas partes que entran en su constitución se deja distender con facilidad y puede medir en el último tiempo del parto hasta 8 centímetros.

Estructura del periné.—El periné de la mujer está formado por el mismo número de capas que el del hombre. Sin contar la piel, se compone, pues, de cinco capas sobrepuestas: dos planos musculares comprendidos entre tres planos aponeuróticos. La multiplicidad de estas capas contribuye á dar cierta resistencia al suelo de la pelvis.

Todos los músculos del periné de la mujer tienen sus análogos en el sexo masculino. El más superficial es el *esfínter del ano* (fig. 136), cuyas fibras se entrecruzan en forma de 8 con las del músculo *constrictor de la vagina*. Este último estrecha el orificio vaginal y permite que la mujer ejerza una constricción más ó menos enérgica en el pene durante el coito. A veces este músculo es asiento de contracciones espasmódicas muy dolorosas, que impiden toda relación sexual y constituyen el estado que hemos descrito con el nombre de *vaginismo*. Como mejor se remedia esta afección es valiéndose del mismo procedimiento que triunfa en la fisura de ano, es decir, la dilatación forzada.

También se encuentran á los lados los músculos *transversos* y los *isquio-cavernosos*. Los primeros están destinados á ensanchar el orificio vulvar; obran, pues, como antagonistas del constrictor de la vagina. Los isquio-cavernosos, que en el hombre abrazan las raíces de los cuerpos cavernosos, recubren en la mujer las raíces del clítoris. Estos músculos contribuyen á la

A veces el mismo seno tiene varios pezones (fig. 145), pero la mayor parte de ellas son boquetes donde se abren conductos galactóforos que dan leche como los pezones normales.

El vértice del pezón está horadado por quince á veinte pe-

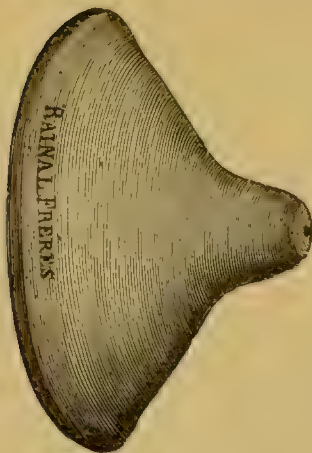


FIG. 143.—Pezonera con pezón de cautchuc.

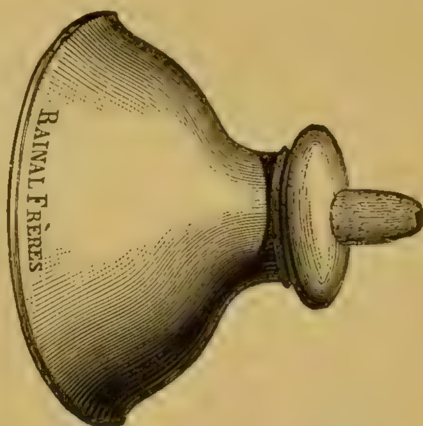


FIG. 144.—Pezonera con placa de madera y pezón de corcho.

queños orificios, por los cuales sale la leche. Numerosas glándulas vierten en su superficie un barniz untuoso, que preserva

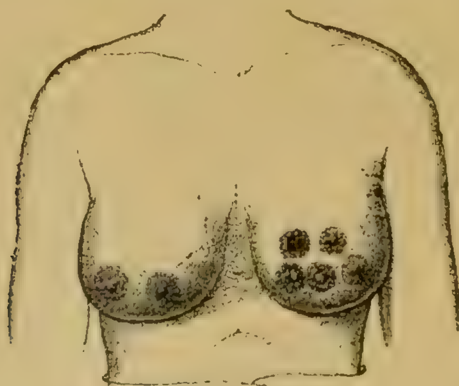


FIG. 145.—Pezones suplementarios, según Isidoro Geoffroy St.-Hilaire.

á este órgano contra la acción irritante de la saliva y de las succiones del niño.

2.° ARÉOLA.—Lo mismo que el pezón, la aréola es sonrosada en las vírgenes y morenuzca en las que han tenido hijos. Está

sembrada de algunas abolladuras, que sobre todo en el embarazo se vuelven muy aparentes (fig. 146), y toman entonces el nombre de *tubérculos de Montgomery*. Estos pequeños relieves resultan de un conjunto de glándulas, de las cuales puede hacerse salir, por presión, un líquido transparente que á veces presenta todos los caracteres de la leche.

En las mujeres en cinta se comprueba además al rededor de la aréola un círculo moreno, llamado *aréola secundaria* ó *paño*,

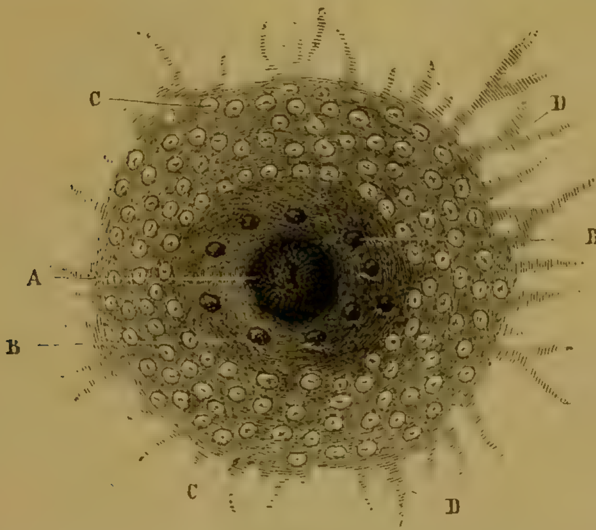


FIG. 146.—Modificaciones de la aréola y del pezón durante la preñez.

A. Pezón.—B. Aréola morena y tubérculos papilares.—C. Aréola con paño.—D. Principio de las resquebrajaduras de la piel del seno.

que según pronto veremos es uno de los signos probables de embarazo.

Estructura de las mamas.—Las mamas están constituídas por la *piel*, una capa de *tejido celular adiposo* y la *glándula mamaria*.

La PIEL es blanca, suave y lisa. Es la parte del cuerpo que está recubierta por la mayor cantidad de pelos; pero se hallan tan poco desarrollados, que permanecen en estado de vello y son casi imperceptibles. Contribuyen á dar á la piel de los pechos la suavidad que presenta al tacto.

La enorme distensión que la piel de las mamas sufre durante la lactancia determina muchas veces en su superficie resquebra-

jaduras análogas á las que se producen en el vientre de las mujeres en cinta.

Al nivel de la aréola la piel encierra en su espesor fibras musculares, á las cuales dió Sappey el nombre de *músculo areolar*, y cuyas contracciones producen las arrugas de la aréola y el enderezamiento del pezón cuando se excitan directamente estas partes.



FIG. 147 —Glándula mamaria.

M. Pezón.—T. Seno lactífero.—C. Conductillo.—P, P. Piel.

El TEJIDO CÉLULO-ADIPOSO forma al rededor de la piel una capa más ó menos abundante y se insinúa en los intersticios de la glándula mamaria. Á él deben las tetas su forma, su consistencia y la mayor parte de su volumen. Por eso, los senos más voluminosos no siempre son los que más leche dan. Este tejido célulo-adiposo falta en la mayoría de los animales; de aquí el poco desarrollo de sus tetas fuera del período de la lactancia.

La GLÁNDULA MAMARIA está formada por quince ó veinte *lóbulos* (fig. 148), resultantes de la aglomeración de muchos *lobulillos*, que se componen de gran número de pequeñas vesículas, designadas con el nombre de *acini* (de ἄκινος, grano de uva). De cada lóbulo parte un *conducto* llamado *lactífero* ó *galactóforo*, que recibe las ramificaciones de una multitud de conductillos que se anastomosan entre sí y provienen de los *acini*. Los conductos galactóforos se dirigen hacia el pezón y cada uno de ellos se abre en su vértice por un orificio distinto (fig. 147). Antes de penetrar en el pezón presentan estos conductos una forma de ampolla llamada *seno lactífero*, que sirve de depósito

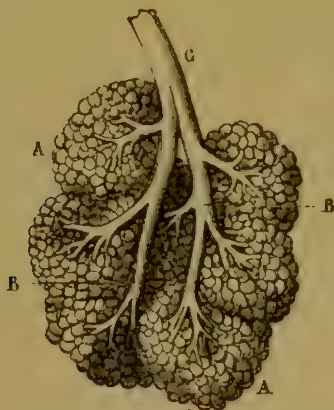


FIG. 148.—Lóbulo mamario.

A. Acini ó vesículas glandulares.—B. Conductillos.—C. Conducto formado por muchos conductillos.

á la leche mientras se establece la lactancia. De aquí la facilidad con que por la presión de los dedos se puede hacer salir la leche del seno de una nodriza.

El infarto de los conductos lactíferos determina la retención de la leche en la glándula mamaria, y por consiguiente la hinchazón dolorosísima de este órgano. A esta afección se le da por lo común el nombre de *pelo*, sin duda á causa del error de los antiguos, que la atribuían á la presencia de un pelo que la mujer había tragado por descuido y que el niño debía extraer al mamar para que cesara el infarto.

Pasando los dedos por el pecho, los lóbulos producen la sen-

sación de pequeñas masas de consistencia variable. Las hay cuya dureza hace creer existe una induración morbosa. Estos lóbulos se hipertrofian á veces realmente y constituyen los *tumores adenoideos*, que se distinguen de los cánceres del seno en que no se adhieren á la piel y son poco dolorosos.

Tambien se encuentran en las mamas cuerpos extraños que pueden hacer creer en una afección de mala naturaleza, como aconteció á la célebre actriz Agustina Brohán en la circunstancia siguiente: antes de sufrir la ablación del seno derecho, reconocido como canceroso por varias celebridades, esta artista fué á consultar á Ricord, que halló una indiscreta aguja en lugar de un cáncer: « De ahora en adelante, dijo extrayendo este cuerpo extraño, no toméis á este órgano por un acerico».

LIBRO II

Funciones de los órganos genitales.

División.—Las funciones de reproducción comprenden:

1.° La *cópula* ó *coito*, que asegura el depósito del esperma en las vías genitales de la mujer.

2.° La *fecundación* ó *concepción*, cuyas condiciones son el encuentro y fusión de los elementos generadores de ambos sexos, óvulo y espermatozoide.

3.° La *gestación* ó *preñez*, que corresponde al desarrollo del huevo fecundado.

4.° La *parturición* ó *alumbramiento*, es decir, la expulsión del huevo llegado al término de su desarrollo.

5.° La *lactación* ó *lactancia*, que provee al alimento del recién nacido.

A excepción del coito, la mujer realiza estas diferentes funciones sola y sin el concurso del hombre. En efecto, en ella la generación es el objeto principal de la vida, y la naturaleza encuentra para el cumplimiento de su obra dos poderosos auxiliares en la coquetería, ó deseo de agradar, y sobre todo en el amor, ó necesidad de amar.

«El amor, pensaba con justicia madama de Staël, no es más que un episodio en la vida del hombre y la historia entera de la mujer.»

Y como dice el doctor Belouino, «una mujer que no ha amado todavía no ha vivido, y la que ya no ama ha dejado de vivir».

Antes de describir las funciones de reproducción, estudiaremos el *apetito venéreo* que nos impulsa á realizarlas y preside en cierto modo á la conservación de la especie.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL APETITO VENÉREO

Su naturaleza.—Todas las funciones importantes de la economía están bajo la dependencia de una necesidad imperiosa, que se renueva sin cesar y proporciona sensaciones especiales para cada una de ellas. Tales son el hambre y la sed, las necesidades de respirar y de evacuar las orinas. «El amor físico, dice Balzac, es una necesidad análoga al hambre, salvo que el hombre come siempre y en amor su apetito no es tan sostenido ni regular como en materia de mesa.»

Las sensaciones determinadas por el apetito venéreo se distinguen por un carácter tan preciso que Buffón, y después de él J.-J. Rousseau y Brillat-Savarín, le consideraban como un sexto sentido, el *sentido genésico*. «Se ha hecho de él, escribe Dionis, un sexto sentido muy diferente de los demás: dícese que así como al comer se disfruta un goce particular, del cual no es susceptible ninguna otra parte más que la lengua y el paladar, así también en el coito se halla un placer singular, que no puede sentirse más que en los órganos de la generación, y que este placer incita á los animales á multiplicarse, como el gusto les impele á alimentarse.»

En efecto, por el placer que proporciona la satisfacción del apetito venéreo es como la naturaleza ha querido asegurar el cumplimiento de la reproducción é impedir que esta función se halle á merced de la indiferencia y del capricho de los hombres. Para lograr con más certeza su fin ha sometido al apetito venéreo el amor, que atrae los dos sexos uno hacia otro; atracción instintiva, tan ingeniosamente explicada por la fábula de Platón, y de la que Víctor Hugo dice:

En Dios al hombre trueca su brío embriagador;
Amor, miel y ponzoña; filtro de fuego, amor (1).

Menos poético, pero quizá más verdadero, Chamfort piensa que *el amor es el contacto de dos epidermis*; y el doctor Lallemand, de Montpellier, pretende que es la *atracción de dos mucosas.* Es raro, en efecto, que á ejemplo de Celadón, el héroe de la *Astrea*, la pasión amorosa se mantenga en la esfera de lo ideal. Las más de las veces el amor *platónico*, después de haber sido un sentimiento, se vuelve poco á poco una necesidad ó amor *físico.* «El himeneo, dice un antiguo proverbio, viene después del amor, como el humo tras de la llama.» Por eso los antiguos tenían la Venus Urania, ó celeste, y la Venus Pandemos, ó popular.

La necesidad genésica es más ó menos imperiosa según los individuos, pero se impone á todo el mundo:

Amor es un tirano que no perdona á nadie (2).

ha dicho Corneille, y después de él escribió Voltaire bajo una estatua del Amor:

Cualquiera que seas, tu dueño aquí ve:
Lo soy, lo he sido ó al fin lo seré (3)

Él es quien hace caer á Hércules á los pies de Onfale, quien somete Marte á Venus, Demetrio á Lamia, Alejandro á Thais. Augusto, Pericles y Luis XIV, que arrojaron tan vivo esplendor sobre su siglo, fueron también esclavos de vulgares cortesanas. *Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere*, es un proverbio exacto que indica el imperio absoluto ejercido por el amor físico en el hombre.

«No depende de mí, dice Lutero, no ser hombre; tampoco

(1) Le pouvoir enivrant qui change l'homme en Dieu;
L'amour, miel et poison; l'amour, philtre de feu.

(2) L'amour est un tyran qui n'épargne personne.

(3) Qui que tu sois, voici ton maître,
Il l'est, le fut ou le doit être.

depende de mí vivir sin mujer, y esto me es más necesario que beber y comer.» En alguna parte está escrito que el matrimonio es tan indispensable como orinar. Montaigne piensa, por otra parte, que *es más fácil soportar toda la vida una coraza que una virginidad.*

Influencia del apetito venéreo en el organismo.—La necesidad genésica ejerce considerable influencia en todas las funciones de la economía; según está satisfecha ó contrariada, puede activarlas, retardarlas ó pervertirlas. Jamás hubiera recobrado la salud Antíoco Soter si su padre Seleuco, animado por Erasístrato, no le hubiera entregado á Estratónice, su segunda mujer, para satisfacer su pasión. Justa, esposa del cónsul Boecio fué curada de su languidez por el cómico Pílades. Perdiccas, rey de Macedonia, debió la vida á la generosa abnegación de su padre, quien, por consejo de Hipócrates, le entregó la bella Fila, su concubina, de la cual estaba su hijo perdidamente enamorado.

Las expresiones populares: *el amor hace palpitar el corazón, el corazón contento suspira con frecuencia, vivir de amor y agua fresca*, etc., explican las perturbaciones funcionales que el sentido genésico produce en los aparatos circulatorio, respiratorio y digestivo. Pero el apetito venéreo obra principalmente sobre el cerebro. Sabidas son las benéficas modificaciones que al carácter imprime la satisfacción de esta necesidad: de aquí el dicho de que *las querellas conyugales cesan entre sábanas.* Ya Homero hacía decir á Juno:

Los uniré del goce con los lazos
Y ahogarán sus disputas con abrazos (1).

La frecuencia de la enajenación mental, de la melancolía, del suicidio y hasta del homicidio, á impulsos del amor, prueba la acción de la necesidad genésica sobre las facultades intelectuales. El incesto, la violación, el adulterio y los atentados

(1) Je vais les rapprocher par l'attrait du plaisir,
Et terminer enfin de trop longues querelles.

contra el pudor son también los resultados de una perturbación pasajera del sentido moral sujeto á la misma influencia.

Para restringir el número de estos crímenes es por lo que en toda sociedad civilizada se tolera la prostitución, y aun se tiene por un mal necesario para la salvaguardia de las costumbres. Catón ve salir á un joven de un sitio malo y le dice: *Esto es virtud, amigo mío, valor;* y añade: *es preciso venir aquí á veces, pero no domiciliarse.* San Agustín reconocía también la utilidad de la prostitución: «¿Qué hay más sórdido, dice, más innoble y más vergonzoso que las prostitutas, proxenetas y otras pestes de este jaez? Y, sin embargo, suprimid las prostitutas y perturbaréis la sociedad con el libertinaje». Montaigne emite un juicio análogo: «Por eso dicen algunos, confiesa, que quitar los burdeles públicos no sólo es esparcir por todas partes el estiércol concentrado en estos lugares, sino además aguijonear á los hombres al vicio con el acicate de la dificultad». Considerando la cuestión desde otro punto de vista, Parent-Duchâtelet prueba que las prostitutas son tan inevitables en toda aglomeración de hombres como los albañales, muladares y depósitos de inmundicias. Parece que las primeras casas de tolerancia en Francia fueron organizadas en Aviñón por Juana I, reina de Nápoles, y con el asentimiento del papa Clemente VI, residente entonces en esta ciudad. Más tarde Carlos VI permitió calles *calientes* en París.

Las perturbaciones que el apetito venéreo introduce en nuestras facultades afectivas manifiéstanse principalmente en nuestro juicio, que con frecuencia sufre una perversión considerable. Esto justifica la venda que los escultores ponen al Amor y explica por qué los poetas lo pintan ciego:

Los consejos más sabios, las mejores lecciones
Para las gentes que aman no son sino canciones [1].

dice Quinault. Balzac ha escrito por su parte muy juiciosamente que *el amor es la poesía de los sentidos.* Transforma las

(1) Les plus sages conseils, les meilleures leçons
A gens bien amoureux, Monsieur, sont des chansons.

imperfecciones físicas y morales en cualidades, y como dice el proverbio: «Quien feo ama, hermoso le parece». Los antiguos confirmaron esta misma verdad desposando la bella Venus con el deforme Vulcano, y con su perfecto conocimiento del corazón humano, en una de sus sátiras, hace Horacio que cierto Balbino admire hasta el pólipo nasal de su querida. Mr. Cerise refiere que una joven rehusó casarse con su prometido porque se había hecho operar un estrabismo con el que le había agradado. La pasión de Petrarca por Laura es otra prueba de la falta de discernimiento del amor. Cuando este poeta se apasionó por Laura ésta se hallaba casada, y había perdido sus atractivos á consecuencia de varios partos y de disgustos domésticos. A propósito de esto, se refiere que habiendo emprendido un extranjero el viaje á Aviñón para contemplar maravilla tan ponderada quedó estupefacto al verla, y exclamó: «*¡Qué! ¿este es el objeto que ha trastornado el seso á Petrarca?*» La advertencia de un defecto físico en una persona amada es un síntoma de enfriamiento. Mr. de La Fayette hacía mucho tiempo que estaba apasionado por madama de La Sablière. Un día fué á verla, y al acercarse la dijo: «¡ Dios mío, señora! ¿qué tenéis en el ojo?»—«¡ Ah! La Fare, contestó ella, ya no me amáis, estoy segura de ello; toda mi vida he tenido este defecto, y hasta hoy no lo habéis visto».

Este error del juicio tiene sus ventajas: si el apetito sexual no se despertara sino á la vista de la belleza, los desheredados por la naturaleza, y son numerosos, nunca participarían de la propagación de la especie.

Molière ha pintado magistralmente la ceguera del amor en este pasaje del *Misántropo*, imitado de Lucrecio:

... Siempre se ve á los novios
ponderar á la que aman;
jamás su pasión nota
la más ligera falta,
y en el objeto amado
doquiera encuentran gracias.
Perfecciones sin límite
en los defectos hallan,
y saben disfrazarlos

con pomposas palabras:
del jazmín la blancura
disfruta la que es pálida;
adorable morena
es la negra que espanta;
viveza y talle esbelto
adornan á la flaca;
la gorda tiene un aire
de regia soberana;
la sucia en alto grado,
de atractivos exhausta,
recibe el raro nombre
de beldad descuidada;
la gigante semeja
una diosa que encanta;
resumen de las célicas
maravillas la enana;
mil coronas merece
de la orgullosa el alma;
tiene á porrillo chispa
la que es una tunanta;
á la necia en extremo
por buena se proclama;
un humor agradable
tienen las charlatanas,
y á las mudas se elogia,
pues por pudor no hablan.
Así es como un amante,
á quien amor le exalta,
adora aun los defectos
de las mujeres que ama (1).

Causas del apetito venéreo.—Las causas que solicitan el apetito venéreo son de dos órdenes: unas fisiológicas y otras psíquicas. La más importante de estas últimas es el atractivo del sexo y de la belleza. El poder de ésta es tal que los griegos

(1) ... L'on voit les amants vanter toujours leur choix;
Jamais leur passion n'y voit rien de blâmable,
Et dans l'objet aimé tout leur paraît aimable.
Ils comptent les défauts pour des perfections,
Et savent y donner de favorables noms:
La pâle est au jasmin en blancheur comparable;
La noire à faire peur, une brune adorable;
La maigre a de la taille et de la liberté;
La grosse est, dan son port, pleine de majesté;

se servían de la misma palabra *Cosmos*, κοσμος, para expresar el mundo y la perfección de las formas.

Todas las causas fisiológicas provienen más ó menos directamente de las funciones genitales. Así, el apetito venéreo no aparece en uno y otro sexo hasta la pubertad, es decir, el momento en que comienza la secreción espermática en el hombre y la menstruación en la mujer, al paso que duerme en la infancia y se debilita al ir envejeciendo.

La función genésica es, pues, la última que aparece y la primera que se extingue.

La acumulación de esperma en las vesículas seminales es la causa más natural que mantiene despierto en el adulto y renueva sin cesar el apetito venéreo. Este fenómeno se efectúa por un mecanismo análogo al que hace nacer la necesidad de orinar á consecuencia de la distensión de la vejiga por la orina.

Por otra parte, los órganos de los sentidos son los estimulantes ordinarios del apetito venéreo. Obran sobre el aparato genital como la vista ó el recuerdo de un manjar sabroso sobre el gusto, «haciéndose la boca agua», es decir, provocando la secreción salivar.

Todos los sentidos excitan en diverso grado el apetito venéreo. Por eso Spurina, joven romano de gran belleza, se desfigura el rostro para extinguir la pasión de muchas mujeres que se habían prendado de él; Demócrito se salta los ojos (1) para enseñorearse de sus pasiones; Ulises hace tapar con cera los oídos de sus compañeros y quiere ser atado al mástil del buque

La malpropre sur soi, de peu d'attraits chargée,
Et mise sous le nom de beauté négligée;
La géante paraît une déesse aux yeux;
La naine, un abrégé des merveilles des cieux;
L'orgueilleuse a le cœur digne d'une couronne;
La fourbe a de l'esprit; la sotte est toute bonne;
La trop grande parleuse est d'agréable humeur,
Et la muette garde une honnête pudeur.
C'est ainsi qu'un amant, dont l'amour est extrême,
Aime jusqu'aux défauts des personnes qu'il aime.

(1) "Saltarse los ojos, dice Salomón, es cerrar dos puertas al amor y abrir mil á la sabiduría.„

para resistir las seducciones de las sirenas; Orfeo canta con su lira para ahogar la voz de las hijas de Aquelous.

Los encantos de la belleza, los trajes y los afeites, los objetos lúbricos (1), como los grabados y las estatuas obscenas, son los principales excitantes genésicos del sentido de la vista. Los cosméticos y los perfumes (2) empleados por las mujeres, así como el olor penetrante difundido por las hembras en la época del celo para atraer á los machos, ejercen su acción estimulante en el olfato; los tocamientos y los besos se dirigen al tacto; el canto y la música impresionan al oído. Cuéntase que un concierto dado á los dos elefantes, Hanz y Parkie, del Jardín Botánico, el 10 pradial del año VI, tuvo por consecuencia despertar los instintos amorosos de estos paquidermos.

Asiento del apetito venéreo.—El instinto de la reproducción reside, como todas las sensaciones, en los centros nerviosos y no en los órganos genitales. No andaba, pues, descaminado Platón al pensar que *el semen provenía del cerebro.* Camús también decía: «El semen esta compuesto de cerebros microscópicos que emanan directamente del gran cerebro». Sin duda, en razón á la misma creencia, hicieron los antiguos nacer á Minerva del mismo cerebro de Júpiter.

La localización de las sensaciones genésicas en el encéfalo explica la persistencia del apetito venéreo en ciertos castrados. San Basilio comparaba ingeniosamente á los mutilados con bueyes faltos de cuernos, pero que aun pueden dar topetazos. Godard refiere la historia de un eunuco que intentó violar á la mujer de un mecánico. Shakespeare no ignoraba esta particularidad, como lo indica el diálogo tomado de *Antonio y Cleopatra:*

(1) En la época de la decadencia romana, los jóvenes libertinos servíanse en la mesa de ánforas en forma de falo y de copas ovales que recordaban la configuración de la vulva.

(2) "El suave perfume de un tocador, dice Rousseau, no es una celada tan débil como se piensa; y no sé si debe felicitarse ó compadecerse al hombre prudente ó poco sensible á quien jamás hizo palpitar el olor de las flores que su amada llevaba en el seno.

Cleopatra.—¡Qué feliz eres de ser castrado! libre tu pensamiento, puede no volar de Egipto... ¿Tienes pasiones?

Mardián.—Sí, graciosa señora.

Cleopatra.—¿En realidad?

Mardián.— En realidad no, señora, porque no puedo en realidad hacer nada que no sea inocente; sin embargo, tengo furibundas pasiones y pienso en lo que hizo Venus con Marte.

Residiendo en el encéfalo el asiento del apetito venéreo, compréndese que subsista la excitación genésica en las mujeres privadas de ovarios ó de útero. Por la misma razón es con frecuencia infructuosa la escisión del clítoris y de sus raíces, practicada en los casos graves de delirio erótico. Por eso dudamos de la eficacia del medio empleado por doña María Coronel para calmar su ardor genésico é impedir la comisión de una infidelidad. Según Mariana, no pudiendo esta nueva Lucrecia resistir en ausencia de su esposo los deseos carnales, tomó un tizón ardiendo y lo aplicó al sitio que miraba como asiento de su pasión.

Desde hace mucho tiempo se considera la médula espinal como centro de la actividad genésica; pero este cordón nervioso no representa en las funciones genitales más que el papel de un conductor que enlaza el cerebro con el aparato generador. Sin embargo, cierto número de hechos fisiológicos y patológicos parecen demostrar que, excitada directamente, la médula produce una reacción más ó menos fuerte sobre los órganos de la generación. Tales son: la erección que acompaña al ahorcamiento, provocada por la compresión de la parte superior de la médula; la impotencia de las facultades genésicas, señalada como efecto de una violencia ejercida en la nuca; las perturbaciones funcionales que las enfermedades de la médula producen en el aparato genital; los dolores ocasionados por los excesos venéreos en los riñones; en fin, la excitación genésica resultante del empleo de la electricidad ó de estímulos mecánicos al nivel de los lomos. Sobre todo, estas últimas particularidades han contribuído á hacer que se mire la región lumbar como un verda-

dero *sentido genital.* San Jerónimo parece haber compartido esta opinión porque flagelaba sus lomos, que decía ser el asiento *del poder del diablo.*

Gall colocaba en el cerebelo el centro del *amor físico*, de la *pasión erótica*, del *instinto de la reproducción*, inclinaciones que su discípulo Spurzheim confundía con el nombre de *amatividad.* Pero las investigaciones modernas han rechazado los errores de observación en que descansaba la doctrina genésica de Gall. Así, pretendía este sabio que, en las edades extremas de la vida, el cerebelo estaba menos desarrollado, con relación al cerebro, que en la edad adulta, es decir, durante el período de la vida sexual. Ahora bien; hase demostrado que, la proporción del volumen de estos dos órganos era la misma para el adulto y para el niño mayor de cuatro años, y que iba en ventaja de los viejos.

Además aseguraba Gall que la castración tenía como consecuencia la atrofia del cerebelo, y que las enfermedades de este órgano debilitaban la fuerza generatriz. Mas, por una parte, ha reconocido Marchand que el peso de los cerebelos de los caballos capones era mayor que el de los enteros; por otra, Burdach sólo ha comprobado 10 veces entre 178 perturbaciones genitales en las hemorragias cerebelosas. El caso de aquella joven del hospital de San Luis, la que, aun privada de cerebelo, entregábase con furor á la masturbación y murió por sus excesos, bastaría para invalidar la hipótesis de Gall.

Partiendo de su error, este frenólogo explicaba la producción de las poluciones nocturnas por la acción excitante del calor de la almohada sobre el cerebelo; pero pronto veremos que este aserto no merece más crédito que los anteriores.

La facilidad con que los movimientos del alma reaccionan sobre el corazón nos induce á atribuir á este órgano todos los sentimientos que experimentamos, y en particular el del amor; de aquí ciertas locuciones, como *te amo con todo mi corazón*, que se hallan en todos los idiomas. Rabelais se reía de esta expresión vulgar y la reemplazaba por la de *te amo con todo el hígado*, que tomada en el sentido fisiológico es tan impropia como la

primera, considerando que no se ama ni con el corazón ni con el hígado ([1]).

Modificación del apetito venéreo.—El apetito venéreo experimenta numerosas variaciones, según las circunstancias; puede estar disminuído, exagerado ó pervertido. Las causas que influyen más directamente en él son: 1.°, la edad; 2.°, la constitución; 3.°, el sexo; 4.°, las estaciones; 5.°, las condiciones higiénicas y sociales; 6.°, las influencias morales; 7.°, las influencias morbosas; 8.°, la acción de diversos agentes físicos ó químicos, designados con el nombre de *afrodisiacos* (de Αφροδίτη, Venus) y *antiafrodisiacos*.

Influencia de la edad.—Hemos visto que el instinto genésico se despierta en la pubertad, llamada por el Talmud *edad del deber*, que duerme en la infancia y se extingue al aproximarse la vejez. A esta edad, en efecto, se es demasiado dueño de sus pasiones, según un ingenioso eufemismo. Lamartine pinta más poéticamente esta impotencia senil:

Pasó la edad dichosa en que, flor de la vida,
el corazón se enciende cuando brota el amor;
la admiración no tiene ya en mi alma dolorida,
para amar la belleza, más que un rayo de ardor ([2]).

El apetito venéreo adquiere su mayor grado de desarrollo hacia la mitad de la edad adulta. Para Balzac, la mujer no lo es realmente hasta los treinta años. «No se ama bien sino á los treinta años, dice Luis Desnoyers, esta es la estación de los verdaderos amores; antes no son más que amoríos, después casi nunca son sino indignos amorcejos.»

En ciertas naturalezas privilegiadas, y su número es bas-

([1]) Parécenos que Rabelais hacía aquí un *calembour*, pues lo mismo suena la frase anterior que esta otra: *je t'aime de bonne foi* (te amo de buena fe). (*N. del T.*)

([2]) J'ai passé l'âge heureux où la fleur de la vie,
L'amour, s'épanouit et réchauffe le cœur
Et l'admiratiou dans mon âme ravie
N'a plus pour la beauté qu'un rayon de chaleur.

tante grande, el ardor genésico se manifiesta en las edades extremas de la vida. «*El amor no tiene edad*, dice Pascal, *está naciendo siempre*», y por eso lo representan los poetas como un niño.

«Hase visto, escriben Grimaud de Caux y Martín Saint-Ange, niños de teta cuya sensibilidad de los órganos sexuales estaba ya despierta. Cierto es que en semejantes casos casi siempre es por culpa de las nodrizas, que habiendo descubierto en el cosquilleo de estos órganos un medio de acallar los gritos de las criaturas, se libran así de la importunidad de éstas y siembran para siempre en su economía los gérmenes de un vicio funesto.» El doctor Andrieux, citado por Deslandes, conoció á un niño confiado á una nodriza joven, el cual enflaquecía por momentos. Afligidos los padres, en vano investigaban la causa de ese estado, cuando una noche hallaron á esta desgraciada extenuada, sin movimiento, con el niño buscando aún en una succión horrible é inevitablemente infructuosa un alimento que sólo el seno hubiera podido proporcionarle. Los archivos médicos registran muchos curiosos ejemplos de precocidad genital: Planque observó dos niños de cuatro años que podían realizar el acto venéreo; Fagès de Cazelles vió á otro niño de la misma edad cuyos órganos de la generación tenían el desarrollo de los de un hombre de treinta años, y que gustaba de reunirse con jóvenes núbiles, á las cuales manifestaba los deseos más apasionados.

Es más frecuente ver persistir el ardor genésico en la vejez; de ello citaremos muchos ejemplos cuando nos ocupemos de los límites de la fecundidad. Por ahora sólo recordaremos algunos: Archeanassa era la querida de Platón á los sesenta años; «el amor, decía este filósofo, se esconde aun en sus arrugas»; á la misma edad, Diana de Poitiers inspiraba amor á Enrique II; Ninón de Lenclos, cuadragenaria, tuvo una violenta pasión por el abate Gedoyn. La contestación de una señora de sesenta años á Mr. Bertillón, refiere el doctor Fiaux, puede citarse como un ejemplo verídico y animado de lo que las mujeres piensan acerca del amor á pesar de sus cabellos blancos. El sabio estadístico llegó en su examen á preguntar en qué

época de su vida había cesado en las relaciones conyugales: *¡Señor*, respondió ella sonriendo, *es menester preguntar eso á otra más vieja que yo!* Según el mismo autor, las costumbres de los ancianos de ambos sexos en los asilos de Issy, de Ivry, de Sainte-Perine, etc., prueban la persistencia de la necesidad sexual en la vejez. Tal sexagenario solicita la mano de una desposada de la misma edad; cual otro elige una vieja concubina y le da citas en algún rincón del establecimiento ó fuera. Las escenas de celos, provocadas ó no por el adulterio, también se observan allí. En *Los amantes de Sainte-Perine* ha estudiado Champfleury estas curiosas costumbres.

Pero estos son casos excepcionales, y la regla es que el sentido genésico duerma en la vejez, al mismo tiempo que, por una especie de compensación, se desarrolle y afine el gusto. Así, como lo hace observar Reveillé-Parise, no es raro encontrar viejos buenos é intrépidos gastrónomos, que pueden decir con Fontenelle:

Ab hoc y *ab hac* razonad
hoy mi existencia presente:
ya no soy, en puridad,
más que un estómago... y cuente
me resigno de verdad (1).

«El órgano del gusto, ha dicho por su parte Bichat, es el último hilo del que permanece suspenso el placer de los vivos.»

Influencia de la constitución.—El apetito venéreo presenta en sus manifestaciones muchas variedades, relacionadas con la constitución de los individuos. Si existen, como acabamos de indicar, temperamentos dotados de una inclinación genésica excepcionalmente precoz ó prolongada, hay otros, por el contrario, que en todo tiempo manifiestan la mayor indiferencia por los placeres del amor.

(1) Qu'on raisonne *ab hoc et ab hac*
Sur mon existence présente;
Je ne suis plus qu'un estomac,
C'est bien peu, mais je m'en contente.

Preténdese, por ejemplo, que Zenón no conoció más que una sola vez á su mujer durante toda su vida. Pero, digan lo que quieran ciertos adagios [1], es imposible reconocer por caracteres exteriores el ardor más ó menos grande de los temperamentos. Así, hay tísicos que conservan hasta el último instante veleidades eróticas muy manifiestas, al paso que hombres jóvenes y vigorosos con frecuencia no sienten sino moderados deseos. «La tisis pulmonar, dice Brachet, parece inspirar al hombre la necesidad de llenar muy pronto su cometido reproduciéndose con rapidez, y la de gozar en algunos momentos de la breve vida que le resta.»

A pesar de la opinión generalmente difundida, y que ya hemos expuesto, no hay que buscar en el desarrollo de la laringe ó de la nariz un indicio cualquiera de la actividad genital. También las cejas espesas que se unen en el arranque de la nariz, sin motivo pasan por signo característico de poderosos instintos genésicos. Balzac admite esta creencia dotando á uno de sus personajes, Du Bousquet, con este rasgo particular, que induce á la señorita Cormón á comprobar su valor después de un celibato de cuarenta años; pero por lo visto la experiencia no resultó favorable, y las cejas enmarañadas quedaron por bajo de su reputación proverbial.

Influencia del sexo.—La sensibilidad, como la pubertad de que depende, es más precoz en el sexo femenino que en el otro; pero, sin embargo, es menos ardiente y se extingue más pronto en la mujer que en el hombre. También entre los animales siempre es el macho quien busca y ataca á la hembra. Lo contrario se observa en algunas especies de insectos, como las hormigas, las abejas y las avispas, así como en las gatas y en las hembras del cochino y del lama: aquí siempre son éstas las que provocan y excitan á los machos.

(1) Apasionóse el gran Condé de Ninón de Lenclos y obtuvo sus favores. A lo que parece, este príncipe era muy velludo. Ninón, que era muy instruída y hablaba latín, conocía este antiguo proverbio de la lengua de Horacio: *Vir pilosus, vel fortis, vel libidinosus;* hombre velludo, bravo ó apasionado.—¡Ah, príncipe, exclamó ella, qué valiente debéis de ser!

Por excepción es más vivo el ardor genésico de la mujer que el del hombre. El doctor Goldschmid ha conocido prostitutas que, apasionadas por un joven, confesaron haber sacrificado en el altar de la voluptuosidad, sin fatiga alguna, hasta seis veces diarias durante toda una semana. Naturalmente el hombre cayó enfermo, pero la mujer, como dijo Salomón, después de haber comido se limpió la boca y exclamó: *¡Esto no es nada!* Montaigne cita también el ejemplo de Próculo y de la emperatriz su mujer, «excelentes obreros y famosos en esta labor; él estupró en una noche á diez vírgenes sármatas cautivas suyas; pero ella realizó realmente en una noche veinticinco empresas, cambiando de compañía según su necesidad y gusto».

Las mujeres de los países cálidos pasan por ser más ardientes que las de los climas templados. Así, el doctor Guillemeau, el autor de la *Poligenesia*, dice que en Patani, península de Malacca, vense obligados los hombres á llevar cinturones para ponerse al abrigo de las acometidas del sexo femenino.

Influencia de las estaciones.— El apetito venéreo no está sujeto en el hombre, como en los animales, á la influencia estacional.—*¡Qué, señora*, decían á madama de la Sablière, *siempre amor y amantes! Al menos las bestias no tienen más que una estación.—Es verdad*, respondió, *pero son bestias.* En efecto, los animales no se ayuntan más que en ciertas épocas del año: las aves en primavera, los ciervos en otoño, los lobos y las zorras en invierno. En la especie humana, la primavera es la época más favorable para las relaciones sexuales. «El tiempo más conveniente para la generación es la primavera y el peor el otoño», dice Champier. Así, en el mes de mayo es cuando se observa el mayor número de concepciones, violaciones y ataques al pudor, como lo prueban los registros del estado civil y las estadísticas criminales.

Influencia del régimen y de las profesiones.—De todas las condiciones higiénicas, el régimen es la que obra más directamente sobre el instinto sexual. Este se excita bajo el influjo de una buena mesa, pero se embota en aquellos que habitual-

mente comen mucho. Por eso los gastrónomos, si bien es cierto que por lo general son de edad madura, están poco inclinados á los placeres venéreos. «Cruel tirano, el vientre domina toda la naturaleza, dice Michelet, doma hasta el amor.»

También las libaciones excitan ó deprimen el apetito sexual, según son copiosas ó moderadas. Así, el vino tomado con cierta parsimonia vuelve, según la expresión de Plinio, *gentil compañero de las mujeres* [1]; tomado en demasiada gran cantidad, produce un resultado inverso. Plutarco lo comprueba en este pasaje traducido por Amyot: «Aquellos que beben mucho vino, aunque sea puro, son flojos en el acto de la generación y no siembran cosa que valga, ni de buen temple para engendrar bien, y sus uniones con las mujeres son por eso vanas é imperfectas». Bacón ha señalado la impotencia precoz de los ebrios y la prolongación de la virilidad en los bebedores de agua. El jurisconsulto Tiraqueau, que, según Bayle, no se envanecía menos de aumentar el número de los habitantes de la tierra que el de los libros, sólo bebía agua, lo cual no le impidió hacer cada año un libro y un hijo. Fué veinte veces padre.

La abstinencia es el moderador más eficaz de la actividad genital. Por eso llamaban los antiguos á la sobriedad Sofrosyne, es decir, diosa de la sabiduría. Crates pensaba que los verdaderos remedios del amor son el hambre, el tiempo y la cuerda. «Nadie sabe, ha dicho por otra parte el autor de *La Soledad*, cuán fiel se vuelve una mujer si se alimenta mal. Por la práctica del ayuno y de las maceraciones era como los eremitas del desierto resistían al aguijón de la carne. San Hilarión amonestaba á su cuerpo y le decía: *Si te rebelas, no comerás más que paja.*

(1) Sólo en esta circunstancia tiene razón el cantar:

Conozco á cierto compadre
que, sólo si está bebido,
es posible que le cuadre
cumplir como buen marido (*).

(*) Je connais un certain compère
Qui, seulement quand il est gris,
S'acquitte envers sa ménagère
Du devoir sacré des maris

Sin embargo, la privación de alimento no produce siempre un efecto depresivo del apetito venéreo, como lo prueba la extrema fecundidad de las gentes de condición miserable; los irlandeses, por ejemplo, son á la vez el pueblo más pobre y más prolífico del globo. Pero esta fecundidad depende, no del modo de alimentarse, sino ante todo de buscar un fácil placer y de la indiferencia con que los desgraciados miran el porvenir de sus hijos.

Las profesiones ejercen también una acción más ó menos señalada sobre el apetito venéreo. Según Mr. Guibout, hállase excitado en las costureras por los frotamientos repetidos que provocan las máquinas de coser. Por el contrario, sufre una depresión considerable en los obreros ocupados en el manejo de ciertas sustancias, como el mercurio en los doradores, el sulfuro de carbono en los que trabajan el cautchuc, el fósforo en los que fabrican las cerillas químicas.

Influencias morales.—De todas las influencias psíquicas, la imaginación es la que ejerce una acción más manifiesta sobre la energía genital, ora exaltándola, ora deprimiéndola. Por eso, tal mujer, indiferente para un individuo, es solicitada con ardor por otro. Asimismo, hay personas que no pueden sufrir el contacto con ciertos hombres sino con repulsión. Rondelet refiere la historia de una mujer atacada de catalepsia cada vez que se acercaba su marido, á quien detestaba. En su *Tratado sobre la impotencia*, cuenta Roubaud la historia de un joven oficial cuyos deseos venéreos no se despertaban sino junto á ciertas mujeres y con el concurso de circunstancias particulares. Para que sus sentidos se conmoviesen á impulsos del deseo era preciso que la mujer fuera rubia, peinada á la inglesa, calzada con borceguíes, encorsetada, vestida de seda, en una palabra, que reuniese todas las particularidades que la memoria de Mr. X... conservaba de sus primeros transportes eróticos. MMr. Charcot y Magnan han citado hombres en los que se excitaba el apetito sexual por una gorra de dormir, ó por un delantal blanco, ó ¡por los clavos de la suela de una botita de mujer!

Un exagerado sentimiento de pudor es también una causa moral incompatible con todo deseo venéreo. «La nuera de Pitágoras, escribe Montaigne, decía que la mujer que se acuesta con un hombre debe dejar de vez en cuando la vergüenza con el vestido y volverla á coger con éste.» Voltaire habla de un hombre impresionable hasta el punto de caer en un síncope «á la vista de lo que inspira deseos á los demás». Esquirol citó una joven que se volvió loca la noche de su boda.

Otras circunstancias prueban la influencia de la imaginación sobre las necesidades genésicas. Se adormecen cuando el espíritu está ocupado, mientras que la ociosidad pasa por ser la madre de todos los vicios. «Dios ha puesto el trabajo como centinela de la virtud», escribió Hesiodo. Los antiguos representaban sin pechos á la diosa Minerva, que presidía á las labores domésticas. También quisieron que Apolo y las nueve Musas permaneciesen castos. «El que no hace nada, dice Franklin, está muy cerca de obrar mal.» «El hombre ocioso es como el agua estancada, se corrompe», dice también Latena. Y, según advierte con acierto el doctor Seraine en *La salud de los casados,* nada hay más verdadero que este proverbio: «A Dios se le adora de rodillas, y al diablo en el ocio y tumbado en un sofá». Rabelais refiere que «Canoclas Sycionense, escultor, queriendo dar á entender que ociosidad, pereza é indolencia eran las ayas de la sensualidad, hizo la estatua de Venus sentada, no de pie como habían hecho sus predecesores». En fin, jamás ha dejado de ser cierto el proverbial verso latino:

Otia si tollas, periere Cupidinis arcus (1).

Si Penélope pudo resistir las instancias de sus numerosos pretendientes y aguardar el regreso de Ulises, fué deshaciendo por la noche el tapiz que tejiera durante el día. «La simple ocupación de coser y hacer calceta, piensa Zimmermann, desvía quizá más pasiones peligrosas que todos los poderes de la tierra.» Por idéntico motivo los trabajos intelectuales, las meditaciones profundas y las preocupaciones

(1) Si suprimes el ocio, se romperá el arco de Cupido.

del espíritu alejan de los placeres del amor; La Fontaine lo ha dicho:

Para esta diversión, á lo que infiero,
vale más que tres reyes un mulero ([1]).

Los hombres de genio se ven con frecuencia privados de energía sexual; tal es el parecer de Destouches en el *Filósofo casado*:

Nadie obtiene á la vez todos los dones;
y los grandes ingenios que se admiran,
para engendrar no tienen condiciones ([2]).

Newton, Kant, Pitt, Fontenelle, Beethoven, según la historia, sentían la mayor aversión por las mujeres. Cuando proponían á Miguel Angel que se casara, decía: *La pintura es una celosa que no sufre rival.* Epaminondas, á quien reprochaban no tuviera hijos, respondió: *Las victorias de Leuctra y Mantinea son mis dos hijas.* En fin, Cicerón, después de haber repudiado á su mujer, contestó á los que le aconsejaban tomar otra: *¡Eh! amigos míos, ¿no sabéis que es imposible desposarse á un tiempo con una mujer y la filosofía?*

Influencias morbosas.—Diversos estados patológicos pueden determinar la abolición, la exageración ó la perversión del apetito venéreo. Estas perturbaciones dan margen en el primer caso á la *frialdad*, en el segundo á la *ninfomanía* y *satiriasis*, y en el último á todos los actos de bestialidad ó contra natura, como la *pederastia*, la *sodomía* y el *tribadismo*.

Abolición del apetito venéreo. Frialdad.—La pérdida del apetito venéreo ó *frigidez* (de *frigidus*, frío) ha recibido también el nombre de *anafrodisia* (de αν, privativo, y Αφροδιτη, Venus). Compruébase, sobre todo, en la mujer y se refiere de ordinario á ciertas neurosis como la epilepsia, el histerismo y la catalep-

([1]) Un muletier, à ce jeu, vaut trois rois.

([2]) On dit qu'on n'a jamais tous les dons à la fois.
Et que les grands esprits, d'ailleurs très estimables,
Ont très peu de talent pour former leurs semblables.

sia. Pero las más de las veces la frialdad genital es nativa y depende de una disposición particular del organismo. Brachet ha denominado á los individuos á quienes afecta esta anomalía *eunucos de temperamento*. Hace notar este autor que probablemente estarían así organizados los Adhelmo, Bernardo, Martiniano, Arsenio, Roberto de Arbrisselles, etc., que recibían en su lecho los objetos más seductores sin experimentar la menor sensación.

Exageración del apetito venéreo. Satiriasis y ninfomanía.— La exaltación de la sensibilidad genital toma el nombre de *furor uterino* ó *ninfomanía* en la mujer, y el de *satiriasis* en el hombre, por alusión á la lubricidad de las Ninfas y de los Sátiros. Puede encontrarse este estado morboso en todas la edades, en la infancia como en la vejez; pero es frecuente sobre todo en la edad adulta, es decir, durante el período de la actividad genital. Buchan lo ha observado en una niña de tres años y en una septuagenaria.

La viuda Cremieux fué asesinada en 1876, á la edad de setenta y seis años, por dos jóvenes de mala vida á quienes atraía con frecuencia á su casa. Por otra parte, Parent-Duchâtelet ha referido la historia de una niña de ocho años que estaba sin cesar preocupada por el deseo de matar á sus padres, con el fin de apoderarse de su dinero é ir «á divertirse con los muchachos y con los hombres». El doctor Vanier, del Havre, vió un niño de diez años, quien, para librarse de una hermanita cuya presencia le impedía entregarse á los placeres solitarios, la mató clavándola un alfiler de cabeza en el oído. Broca ha comunicado á la Sociedad de Cirugía la observación de una niña de cinco años que se entregaba á una masturbación desenfrenada, á pesar de la más activa vigilancia y á despecho de un cinturón de castidad fabricado por Charrière. A fuerza de astucia llegó á franquear el obstáculo y á masturbarse con el dedo gordo del pie, introducido con disimulo bajo el cinturón. Hubo que practicar la infibulación, pero sin gran éxito. Estaba atacada de un verdadero delirio erótico, que consistía en dirigir á sus órganos genitales palabras apasionadas; llamábalos familiarmente: *Mi*

gatito, Santiaguito mío, y se quejaba amargamente de que sus padres y su médico la impidieran prodigarles sus tocamientos y caricias.

Las personas atacadas de esta neurosis genital experimentan bajo su influencia una perversión pasajera ó permanente de las facultades intelectuales, que las incita á cometer actos de una lubricidad repulsiva y hasta crímenes. Testigo aquel joven colegial de Pontoise que, en un acceso de delirio erótico, infirió á su niñera los últimos ultrajes después de haberla estrangulado. Más recientemente aún, el joven Menesclou violaba á una niña de cuatro años y la cortaba en pedazos.

En 1879, un mozo de labranza, Prunier, viola á una vieja, la mata á palos, la echa al río, y después de comer vuelve á pescarla, á fin de saciar de nuevo su pasión en el cadáver. Este asesino fué ejecutado en Beauvais, y los médicos comisionados para examinar el cadáver encontraron lesiones cerebrales que eran indicios ciertos de enajenación mental. Se había guillotinado á un loco.

Casper habla de una madre desnaturalizada que abusó de su hijo de nueve años de edad. Pero no conocemos ejemplo más cínico que este atentado, citado por Tardieu, de una madre sobre su hija: «Una mujer, todavía joven, bajo la influencia de un extravío de la imaginación imposible de comprender, había desflorado á su tierna hija, actualmente de doce años de edad, introduciéndola los dedos hasta gran profundidad, muchas veces al día y durante algunos años, en las partes sexuales y en el ano... La niña refería, con un acento de conmovedora verdad, que no era raro que su madre la despertara en mitad de la noche y se entregara sobre ella á esos actos desenfrenados, que se prolongaban durante una hora entera; y mientras esta escena, ante la cual retrocede el espíritu, la madre estaba jadeante, su tez y su mirada se animaban, agitábase su seno y se detenía bañada en sudor».

No siempre es la sobrexcitación genésica lo que impulsa á ciertos individuos depravados de uno y otro sexo á cometer atentados contra los niños; lo es también la creencia, muy difundida aún, de que el contacto con una persona virgen puede

curar las afecciones venéreas. La Audiencia de las Costas del Norte juzgó en 1861 á una soltera de veintiún años que, obedeciendo á esta preocupación, había comunicado á un niño de cinco años la grave enfermedad de que que estaba atacada.

En el hombre rara vez llega á tan alto grado de exaltación el sentido genésico como en la mujer. Sin embargo, ciertos individuos dados á la masturbación han buscado nuevas sensaciones introduciéndose en la uretra cuerpos extraños que con frecuencia producían lesiones muy graves. El doctor Fardeau, de Saumur, tuvo que proceder, en un caso semejante, á la extracción de un alambre de hierro, cuyo extremo, encorvado en forma de gancho, se había clavado en la porción membranosa de la uretra. Lallemand extrajo del conducto urinario de un hombre de cincuenta años una aguja de ensalmar. Rigal tuvo que practicar un día la operación de la talla para extraer de la vejiga de un hombre de treinta y ocho años una varita de avellano que se había roto durante el orgasmo venéreo. He aquí otro hecho que refiere Chopart en su *Tratado de las vías urinarias:* Un pastor del Languedoc, que se masturbaba hasta ocho veces al día, introducíase en la uretra una varilla de gladiola para procurarse sensaciones más vivas. Habiendo llegado á ser difícil de obtener la eyaculación hízose incisiones con un cuchillo en el glande, y repitió con tanta frecuencia esta maniobra que acabó por hendir longitudinalmente su pene en dos mitades.

No es menos curiosa la observación siguiente; la publicó el doctor Félix Legrós en el *Diario de los conocimientos médico-quirúrgicos* de 1836. En mayo de 1827, Enrique Balke, zapatero, natural de Sajonia y domiciliado en París, calle de la Tonelería, fué á casa de una mujer pública en la misma calle; la hizó tomar una cuchilla y la recomendó, en el momento de la eyaculación, que incindiera suavemente y apretando cada vez más en la piel de las bolsas: *No te detengas*, añadió, *hasta el instante en que te lo mande.* La mujer satisfizo en todos sus puntos la petición de Balke, y éste experimentó placer tan grande que se olvidó en su embriaguez, y la muchacha, que iba siempre cortando hasta nueva orden, le dividió por completo el

cordón testicular del lado derecho y el escroto del lado izquierdo.

Algunas veces el delirio erótico induce á quien lo padece á satisfacer su pasión con seres inanimados, como estatuas. Ateneo, Luciano y San Clemente de Alejandría citan de esto muchos ejemplos. Filemón y el poeta Alexis, dice Moreau de Tours en su estudio sobre las *Aberraciones del sentido genésico*, mencionan también á un individuo llamado Clisofes que se encerró en el templo de Samos para poseer en él á una estatua de mármol de Paros de que se había prendado. No habiendo podido quedar satisfecho á causa del frío y de la dureza del mármol, salió volviendo con un trozo de carne que colocó en las partes genitales de la estatua. Los periódicos han hablado no hace mucho de un jardinero que se enamoró de una estatua de Venus de Milo colocada en un jardín.

Hay también un crimen monstruoso debido á la perversión del sentido genésico; es la profanación de los cadáveres. Entre todos los ejemplos citados en las obras de Medicina legal, no transcribiremos más que el siguiente: «En 1787, dice Michea, cerca de Dijón, en Cîteaux, un abuelo mío, que era médico de esta célebre abadía, salió una vez del convento para ir á ver en una choza, situada en medio de los bosques, á la mujer de un leñador, á la cual la víspera había encontrado moribunda. El marido, ocupado en rudos trabajos lejos de su morada, veíase obligado á abandonar á su mujer, que no tenía hijos, parientes ni vecinos á su al rededor. Abriendo la puerta del cuarto, quedóse atónito mi abuelo ante un espectáculo monstruoso. Un fraile mendicante efectuaba el acto del coito sobre el cuerpo de la mujer, que ya no era más que un cadáver».

La satiriasis y la ninfomanía son producidas por diferentes causas de origen cerebral ó genital. A estas últimas pertenecen el fimosis, los herpes del periné, el prurito de la vulva y las comezones del glande en los calculosos. Las causas que proceden de los centros nerviosos son el idiotismo, la demencia senil y las neurosis, como el histerismo. En los estantes del Museo Dupuytren puede verse la cabeza de un idiota hidrocéfalo que se entregaba á una masturbación desenfrenada. Su mayor gozo

era vestirse de mujer, aun cuando no experimentaba ninguna inclinación hacia el sexo femenino. En sus *Atentados contra las costumbres* cita Tardieu á una joven, C..., de quince años y medio de edad, calificada de «excesivamente estúpida, casi idiota», en el informe del gendarme que procedió á su arresto. Esta joven, dice el parte, fué á buscar á un trabajador de una cantera, á un metro más abajo del camino; allí se levantó las faldas y el cantero la reprendió enérgicamente; entonces, por toda respuesta, se pone esta joven á satisfacer una necesidad natural, y como el cantero la vitupere siempre, échase al suelo de bruces y se restrega con violencia, diciendo: *¡Ah, qué ganas tengo de esto!*

Como ejemplo de exaltación genésica por demencia senil, citaremos á esos viejos llamados por Mr. Lasègue *exhibicionistas*, porque enseñan en público sus órganos genitales.

De todas las causas que predisponen al sexo femenino á la ninfomanía, la más frecuente es el histerismo. La mujer afectada por esta neurosis está dotada generalmente de viva imaginación, atorméntanla sin cesar insaciables deseos:

No es ya un ardor que por sus venas pasa,
sino Venus entera quien le abrasa [1].

Las célebres cortesanas Popea, Julia, Agripina y Mesalina son, en la antigüedad, los prototipos del género. En los tiempos modernos, puede citarse con igual título á Catalina II de Rusia, que se dice tuvo hasta doce amantes á la vez.

MESALINA

Duerme el Emperador con torpe sueño
y cerca de él la Emperatriz vigila;
lúbrica llama enciende su pupila,
mientras descansa del Imperio el dueño.
Falsos rizos ocultan su vil ceño
y, entre las sombras y la luz que oscila,
del tálamo imperial salta, vacila
y parte al fin con criminal empeño.

(1) Ce n'est plus une ardeur en ses veines cachée,
C'est Vénus tout entière à sa proie attachée.

A inmundas liviandades, de que aparta
con asco el alma noble la conciencia,
yacer puede rendida, jamás harta.
Meretriz coronada de impudencia,
¡Británico! tu madre que comparta
Roma su lecho quiere en su demencia (1).

En la Edad Media, y hasta en nuestros días, ciertos estados neuropáticos particulares han hecho nacer ilusiones y alucinaciones del sentido genésico y han dado margen á verdaderas epidemias de delirio erótico, como la creencia en los súcubos é íncubos; los conceptos delirantes de las poseídas de los Cevennes, de Loudún, de Verzegnis en el Friul (Italia) y de Morzines en la Alta Saboya; las aberraciones genésicas de ciertas sectas religiosas, como los gnósticos, cuyas repugnantes prácticas refiere un padre de la Iglesia, Epifanio: «Después de prostituirse unos á otros, manifiestan á la luz del día lo que de ellos ha salido. Una mujer lo coloca en sus manos; un hombre llena la suya con la eyaculación de un mozo, y en seguida dicen á Dios: Presentámoste esta ofrenda, que es el cuerpo de Cristo. Después, hombres y mujeres tragan este esperma y gritan: esta es la Pascua. Luego se toma sangre de una mujer que esté con sus menstruos, se traga y dícese: esta es la sangre de Cristo».

Para combatir la exaltación del sentido genésico en las histéricas se ha propuesto y practicado la escisión del *clítoris* ó *clitoridectomía*; pero este remedio bárbaro cuenta con pocos

(1) Tandis que l'Empereur stupidement sommeille,
L'œil ardent, près de lui, l'impératrice veille:
Par de faux cheveux blonds son front est ombragé,
Et, quand dans le repos tout l'Empire est plongé,
Elle court de Vénus célébrer les mystères,
Porte en des lieux impurs ses fureurs adultères.
Là, de honteux plaisirs s'enivrant à son gré.
Du nom de Lycisca voilant son front sacré,
Lasse des voluptés, mais jamais assouvie,
Celle, ô Britannicus, qui t'a donné la vie,
Seule, et de crime en crime errant en liberté,
Prostitue aux Romains les flancs qui t'ont porté.

M.-J. Chenier.

partidarios; además, es muy dudosa su eficacia. En Inglaterra hizo tal abuso de esta operación Baker-Brown, que fué excluído de la Sociedad de Obstetricia de Londres por haberla practicado sin necesidad; Manec obtuvo alguna ventaja con la sección de los nervios que dan al clítoris su exquisita sensibilidad; pero el remedio menos peligroso y más eficaz de esta neuropatía genésica es el que Lisette aconseja á Sganarelle para su hija enferma: *¡Un marido, un marido, un marido!*

Esquirol encontró una noche en un rincón de una calle á una joven ninfomaniaca, para la cual le habían consultado algún tiempo antes, y á quien aconsejara el matrimonio: *¿Qué haceis aquí, desgraciada?* la dijo el célebre alienista.—*Señor*, respondió, *sigo vuestro tratamiento... me estoy curando.*

De la erotomanía.—No hay que confundir la satiriasis y la ninfomanía con la *erotomanía* (de ερως, amor, y μανια, manía). Al contrario de los precedentes, este estado morboso, que depende del eretismo del sentido genital llevado al extremo, se caracteriza por una pasión amorosa exaltada, pero desprovista de toda idea sensual. Es una especie de afección mental, pasajera ó permanente, que con frecuencia conduce al suicidio.

Uno de los ejemplos más curiosos de este género de enfermedad es el del joven Ferrand, que fué juzgado por el tribunal de Versalles en 18 de marzo de 1838. A la edad de diez y ocho años enamoróse perdidamente este joven de una damisela, á la cual pidió en matrimonio. Tras de la negativa formal de los padres de esta última, ambos amantes resolvieron matarse. Ferrand disparó dos pistoletazos en la cabeza á la joven y la remató con un puñal; luego, volviendo el arma contra sí mismo, trató de darse muerte tres veces distintas, pero sobrevivió á sus graves heridas. Este joven fué absuelto por haber obrado á impulso de la monomanía erótica; en efecto, la autopsia demostró que la joven había muerto virgen.

Depravación del apetito venéreo.—Todos los abusos sexuales contra natura, tales como los diferentes modos de onanismo, los actos de bestialidad, los atentados cometidos contra

personas del mismo sexo, es decir, la pederastia y el tribadismo, provienen de una excesiva perversión del apetito venéreo. Igual sucede con ciertas prácticas vergonzosas, de que vamos á transmitir algunos ejemplos.

Tardieu habla, en sus *Atentados contra las costumbres*, de un hombre de elevada posición que se entregaba con niños de la más ínfima condición á actos de una lubricidad odiosa y que besaba con avidez sus pies. A otro personaje cita que experimentaba un verdadero placer en recibir violentos puntapiés por detrás. Recuérdese el escándalo que produjo hace algún tiempo el arresto del conde de G..., sorprendido en flagrante delito con un vagabundo de la peor especie en los Campos Elíseos.

También señalaremos los individuos que se introducen en el ano voluminosos cuerpos extraños; en el Museo Dupuytren puede verse un vaso de cristal que un maestro tuvo el repugnante capricho de introducirse en el ano, y cuya extracción le costó la vida. Mr. Le Dentu ha presentado en la Sociedad de Cirugía un cuchillo de cocina que sacó del recto de un hombre de unos sesenta años de edad. Este individuo refirió que por descuido se había sentado sobre este cuchillo puesto de punta sobre una tabla; pero, bajo la influencia del cloroformo, confesó la falsedad de su relato: *Yo mismo soy*, dijo, *quien me lo he hecho*. En fin, recordaremos la historia de aquella cortesana que se dejó introducir en el trasero una cola de cerdo y cuya extracción hizo Denonvilliers, después de haber protegido las paredes del recto con un tubo de vidrio.

Junto á estos hechos, que cuesta trabajo á la razón el concebirlos, podemos colocar los actos de bestialidad siguientes: Un cultivador del Jura sucumbió en 1865 por los desórdenes internos determinados por la verga de un toro joven, la cual se había introducido en el ano. Un trabajador fué condenado en 1867 á tres meses de prisión por haberse entregado á tentativas contra natura con gallinas; el doctor Kutter hace mención de un subalterno del ejército prusiano que fué acusado por su capitán del crimen de bestialidad con una yegua. Herodoto refiere que las mujeres de la provincia de Mendes se entregaban

á los chivos sagrados. Estos monstruosos ayuntamientos no eran extraños á los hebreos, puesto que Moisés los prohibe en el *Levítico* bajo pena de muerte. Más tarde se castigaban con la misma pena los actos de bestialidad: los culpables y los animales eran quemados vivos. El 14 de marzo de 1550, convencido Garnier de este crimen con una gran perra negra, condenósele á ser quemado con ella. El 17 de junio de 1609, Esteban Pasín, sirviente en Franconville, de cincuenta y un años de edad, fué condenado á la horca y después á la hoguera por bestialidad con una yegua.

En nuestros días son menos severos los juicios, y este crimen, lo mismo que la pederastia, se consideran como ultrajes públicos al pudor. Según Voltaire, cuenta Moreau de Tours, se conoce la respuesta del gran Federico, á quien habían dado á firmar la pena de muerte de uno de sus súbditos, convicto de bestialidad con su borrica. El Rey no confirmó la sentencia, y escribió debajo «que concedía en sus Estados la libertad de conciencia y la libertad de violación».

Del onanismo.—Según Mr. Pouillet, el onanismo es un acto contra natura hecho con ayuda de un órgano vivo (mano, lengua) ó un instrumento cualquiera (estuche, priapo) con el fin de provocar el espasmo venéreo, ora sea este acto solitario ó ejecutado en común. En la mujer puede también producirse el onanismo frotando los muslos apretados uno contra otro. Por eso se prohibe á las niñas que crucen las piernas.

He aquí cómo explica Voltaire en su *Diccionario filosófico* el origen de la palabra onanismo: «Judá había casado á su hijo mayor, Her, con la fenicia Thamar. Her murió por haber sido malvado. El patriarca quiso que su segundo hijo, Onán, se casara con la viuda; según la antigua ley de los fenicios y egipcios, llamábase esto suscitar hijos á su hermano. El primero que naciese del segundo matrimonio llevaba el nombre del difunto, y Onán no quería esto. Odiaba la memoria de su hermano, y para no tener un hijo que llevara el nombre de Her, dícese que arrojaba el semen á tierra. Ahora bien, falta saber si burlaba así á la naturaleza en la cópula con su mujer, ó si elu-

día el deber conyugal por medio de la masturbación; el Génesis no nos indica nada acerca de esta particularidad. Pero hoy día, lo que se llama comúnmente *pecado de Onán* es el abuso de sí mismo con ayuda de la mano, vicio bastante general en los jóvenes y en las niñas que tienen temperamento cálido». Esto es lo que los cínicos llamaban *cosa indiferente*, y denominamos hoy *manualización* ó *masturbación* (1).

En efecto, este vicio está muy difundido entre los niños de ambos sexos y constituye el más grave inconveniente de la educación en común. También se observa en los adultos que no han podido desprenderse de los malos hábitos contraídos en su juventud, ó que, dotados de un natural ardiente, vense obligados á vivir en continencia. Por excepción reviste el onanismo particular carácter morboso. Tal es el caso del sargento Bertrand, que desenterraba los cadáveres femeninos, los mutilaba á sablazos y se masturbaba con una mano mientras oprimía convulsivamente con la otra una parte cualquiera del cadáver, pero más particularmente las entrañas.

Pocas palabras diremos de las extrañas prácticas, de los inauditos refinamientos y de los varios medios con ayuda de los cuales satisfacen los masturbadores su fatal pasión. Ya hemos señalado los cuerpos extraños que individuos pervertidos se introducen en el conducto de la uretra para aumentar los goces del onanismo. Otros se masturban introduciendo su miembro en un agujero estrecho y rígido, como una arandela de candelero, un mango de llave, una anilla de hierro, etc. Un joven, al tomar un baño, ideó introducir su pene en el agujero situado en el fondo de la pila y del cual no pudo sacársele sino con gran trabajo.

Por efecto de maniobras análogas se han encontrado cuerpos extraños, como un silbato de marfil, alfileteros, mondadientes, en el conducto de la uretra ó en la vejiga de algunas

(1) "Este vicio, dice Rousseau en sus *Confesiones*, que la vergüenza y la timidez hallan tan cómodo, tiene un gran atractivo para las imaginaciones vivas: el de disponer, por decirlo así, á su antojo de todo el sexo, y hacer servir á sus placeres la belleza que les tienta, sin tener necesidad de conseguir su anuencia.„

mujeres aficionadas al onanismo. Lo mismo sucede con otros objetos más voluminosos, tales como un tarro de dulces, un bote de pomada, una zanahoria, etc., que diferentes cirujanos tuvieron que extraer del fondo de la vagina. El *Diario de medicina y cirugía prácticas* ha citado el caso de una mujer, de treinta y seis años, que hizo la extrajeran de la vagina un carrete de hilo que se había introducido á la edad de catorce años y que había provocado muchos ataques de peritonitis y hemorragia. Esta señora, casada dos veces y atendida por médicos, había conseguido ocultar la existencia de este cuerpo, de dos centímetros de largo.

Bajo los emperadores romanos las mujeres se entregaban á los placeres solitarios con imágenes del órgano viril, llamadas *priapos* ó *falos* (de φαλλος, pene), que las más refinadas espolvoreaban de pimienta. En el Museo de Nápoles existen muchos ejemplares de estos aparatos, encontrados en las ruinas de Pompeya y Herculano. Esta costumbre existía ya entre los hebreos, de creer á Ezequiel, que, dirigiéndose á su pueblo, le dijo: «Habéis tomado objetos de lujo, vasos de oro y plata que me pertenecían, y habéis hecho con ellos *imágenes viriles*, y habéis fornicado con estas imágenes». Parece que en nuestros días se venden públicamente las imágenes masculinas en Tien-Tsin; están formadas por una mezcla gomo-resinosa de cierta suavidad y coloreadas de rosa. Mr. Pouillet refiere en su estudio acerca del *Onanismo en la mujer* que uno de sus amigos, Mr. Watremez, ha visto representar en un teatro de Tien-Tsin la escena siguiente: Una mujer joven y ardiente hace comprender á un viejo gastado é impotente, su marido, que la descuida por completo; sale éste en seguida, vuelve todo gozoso, presentándola un falo de gomo-resina, y parece decirla: *He aquí esto, con que muchas mujeres se contentan en vuestro caso*; *haced como ellas.*

Los excesos del onanismo producen en la economía perniciosos efectos; pero la mayor parte de las obras que tratan de este asunto exageran el mal y van más lejos del fin moralizador que se proponen. Así, el Talmud pretende que un hombre que se había entregado á la masturbación se desecó tan prodi-

giosamente su cerebro, que se sentía oscilar este órgano dentro del cráneo. Por otra parte, asegura Esquirol que la enajenación mental proviene las más de las veces en los ricos del onanismo. Tissot cayó también en semejantes exageraciones.

Los desórdenes más frecuentes del onanismo son el empobrecimiento de la sangre, con la pérdida de energía moral y corpórea, consecuencia de aquél; de aquí los vértigos, los zumbidos de oídos, la fatiga, la debilidad muscular, la debilitación de la memoria, el enflaquecimiento, las palpitaciones y la tristeza que se observan en los masturbadores. A este conjunto de desórdenes lo llamaba Hipócrates *tabes dorsalis* ó *consunción dorsal*: «Esta enfermedad nace, decía, de la médula de la espina del dorso. Ataca á los jóvenes casados ó libidinosos».

La mano del placer su tumba excava,
y el bienhechor por ser verdugo acaba (1).

Los hábitos onanísticos son tan tenaces que persisten á veces largo tiempo, á despecho de todos los esfuerzos intentados para hacerlos desaparecer; pero con frecuencia ceden ante las primeras relaciones sexuales normales. Este es, por lo demás, el remedio que Rousseau aconseja á Emilio: «Si los furores de un temperamento ardiente se hacen invencibles, mi caro Emilio, te compadezco; pero no consentiré un instante, no sufriré que se eluda el fin de la naturaleza. Si es menester que te subyugue un tirano, entrégote con preferencia á aquel de quien quiero librarte; suceda lo que quiera, con más facilidad te arrancaré de las mujeres que de ti mismo».

Según Bœrner, los soberanos del Perú imponían la infibulación á todos los jóvenes como medio preventivo del onanismo.

Si la vigilancia, la persuasión y la higiene son ineficaces para hacer cesar el libertinaje solitario, debe recurrirse á ciertos medios coercitivos y mecánicos que muchas veces dan buenos resultados. Entre otros citaremos el empleo de lazos en las manos y el uso de cinturones provistos de una caja metálica (fig. 149), modelada sobre los órganos genitales externos. Con

(1) C'est la main du plaisir qui creuse leur tombeau,
Et bienfaiteur du monde, il devient leur bourreau.

el mismo fin imaginó Cloquet un enrejado de alambre de hierro, cuyas mallas están lo bastante próximas para impedir el paso á los dedos. Pero casi siempre el masturbador logra burlar todas las precauciones. Así vió Reveillé-Parise una niña que consiguió masturbarse, á pesar del cinturón, por medio de una pluma que deslizaba por los intersticios del aparato.

Para los casos en que fracasan en las niñas todos los medios proponen los cirujanos la escisión del clítoris, de que ya hemos hablado; pero es un remedio bárbaro, al cual no debe recurrirse sino en último extremo.

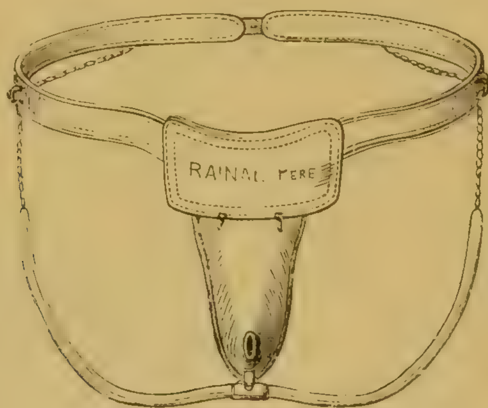


Fig. 149.—Aparato contra el onanismo para las niñas pequeñas.

En medio del cinturón está fija una placa metálica que tiene la forma de los órganos genitales externos. El modelo destinado á los niños no difiere de éste sino en la forma de la placa.

De la pederastia.—Se llama *pederastia* (de παῖς, niño, y ἐραστής, amante) todo atentado contra natura cometido por un hombre contra una persona de uno ú otro sexo. Denominábase en otro tiempo *sodomía*, por alusión á la ciudad de Sodoma [1], donde estos hábitos eran inveterados. En nuestros días apenas se usa este término más que en el estilo eclesiástico, y los autores ex-

[1] Los habitantes de Sodoma quisieron abusar de los extranjeros á quienes Loth daba hospitalidad. Y, sin embargo, Loth les había dicho: "tengo dos hijas vírgenes aún; os las traeré, y haced con ellas lo que os plazca, con tal de que no toquéis á estos hombres„. (*Génesis*, II, 8.)

tranjeros lo reservan para designar los actos de bestialidad cometidos por el hombre sobre los animales.

La práctica del coito anal se remonta á los primeros tiempos de la civilización; se encuentra su huella en todos los pueblos de la antigüedad. A él se alude en muchos pasajes del Génesis: «El Señor, dice Moisés en el *Deuteronomio*, os herirá con la úlcera de Egipto, y la parte de vuestro cuerpo que sirve para la evacuación de los excrementos se verá afectada de sarna y comezones incurables». Según afirma San Jerónimo, Santa Fabiola se divorció de su primer marido porque tenía hábitos sodomíticos.

El juramento de Hipócrates, que debían pronunciar los médicos antes de empezar á ejercer, contiene la siguiente promesa: *En cualquiera casa á donde vaya entraré para utilidad de los enfermos, preservándome de toda mala acción voluntaria y corruptora, y sobre todo de la seducción de mujeres y muchachos libres ó esclavos.* En Grecia se ostentaba esta licencia á la luz del día; estaba, por decirlo así, autorizada, como lo prueba estos dos versos que Voltaire atribuye al legislador Solón:

Tus caricias darás á un lindo mozo,
en tanto que en su barba no haya bozo (1).

De aquí el nombre de *amor griego* que los antiguos daban á esta pasión contra natura. Este vicio se halla también muy arraigado en Oriente; en un proceso contemporáneo, hablando del primer ministro del bey de Túnez, Mustafá-Ben-Ismail, dijo el órgano del ministerio fiscal «que daba noche y día á su soberano pruebas de su adhesión».

Estos hábitos corrompidos pasaron bien pronto de Grecia á Italia, donde se hacía gala de ellos. ¿No se vió, por ejemplo, casarse públicamente un Graco con otro hombre? «Cálmate, dice Juvenal (2), siempre hallarás en Roma donde practicar en tanto que las siete colinas estén en pie. Este es el punto de cita al cual corren en carruaje, en barco, todas esas gentes que

(1) Tu chériras un beau garçon,
Tant qu'il n'aura barbe au menton.

(2) Sátira IX.

se rascan la cabeza con un solo dedo.» Este gesto pasaba en Roma por ser uno de los signos característicos de los libertinos: era habitual en Julio César. Estas vergonzosas prácticas explican el epigrama de Juan Dorat sobre la ciudad de Roma:

Roma, quod inverso delectaretur amore,
Nomen ab inverso nomine fecit amor (1).

Hasta tal punto se arraigaron allí, que hoy todavía, según Tardieu, en los principales puertos de Italia las proxenetas ofrecen descaradamente á los viajeros una *linda muchacha* ó un *bello mozo*.

Al penetrar los galos en Roma, encontraron costumbres conformes con sus brutales apetitos: «á pesar de la belleza de sus mujeres, dice Diodoro, tienen muy poco comercio con ellas; pero se entregan á la pasión más absurda por el sexo masculino, y echados en tierra sobre pieles de bestias salvajes, tienen por costumbre á cada lado un compañero de lecho. Pero lo más extraño es que, con mengua de todo pudor natural, prostituyen también con desprecio la flor de la juventud; lejos de hallar nada vergonzoso en semejante trato, créense deshonrados si se rehusan los favores que ofrecen». Aunque poco difundida en Francia la pederastia, se encuentra con bastante frecuencia y sobre todo en los grandes centros. Así, Tardieu fué llamado para visitar en un solo día á noventa y siete pederastas que formaban parte de una misma sociedad.

No todos los individuos que se dedican á la pederastia lo hacen impelidos por una perversión genésica. Muchos no se entregan á estas repulsivas prácticas sino por afán de lucro ó por *chantage*, explotando la pasión de los verdaderos pederastas. En ciertos casos la pederastia ha servido hasta de pretexto al asesinato. Puede asegurarse, con el barón A. de Saint-Didier, que en París la pederastia es la escuela en que se forman los más hábiles y audaces criminales.

Este vicio es frecuente en los individuos que hacen vida común y están condenados á largo celibato, como los soldados y

(1) Roma, á quien deleitaba el amor del revés, de su nombre invertido hizo el del amor.

los marinos. Algunas mujeres son también cómplices inconscientes de la depravación de maridos perversos, que abusan de su inocencia para satisfacer su innoble pasión. Esto constituye la «sodomía conyugal», crimen previsto y penado por la ley. Otros esposos obligan á su mujer á practicar el coito bucal. Dussac cita como ejemplo el caso de una joven que en 1874 obtuvo en Tours por este motivo la separación de cuerpo. Por consejo de su madre, tuvo cuidado de morder profundamente el miembro viril de su marido para obtener una prueba del ultraje que sufrió.

No siempre se reclutan los sodomitas en la hez de la población; con frecuencia hasta pertenecen á la alta sociedad. En su diario, publicado por Cásper, consignó el conde de Caylus sus aventuras amorosas, y confiesa haberse entregado á hombres dos ó tres veces al día durante veintiséis años. Merimée refiere en sus *Memorias* que un marqués de X.., muy metido en el gran mundo de la juventud, «parece penetrado del principio gramatical: el masculino concuerda con el masculino. Ha escrito al joven Z... una carta muy conmovedora: *¡O crudelis Alexi! nihil mea carmina curas*; ó algo análogo. Z... ha enseñado el tierno billete á sus amigos, y ha concedido una cita en la calle del Coliseo, á la una de la mañana.

»El marqués llega y hace su declaración en forma en la acera, delante de una celosía cerrada de un piso bajo, tras de la cual se hallaban una docena de miembros del Jockey-Club. De repente estos señores salen en masa, rocían un poco á X... y después le transportan al pilón de los Campos Elíseos.

»Al salir de aquí muy refrescado fué á rogar al conde de M... llevase un cartel de desafío á Z...; el M... no quiso mezclarse en esto; mas, entonces, dirigióse á la justicia y se querelló contra sus bañeros. Casi al mismo tiempo un turco mataba en las Tullerías á uno de sus camaradas, rival suyo en el amor de una cocinera. Ya veis que los bárbaros se civilizan y que los civilizados se embrutecen... Temo que el fin del mundo esté próximo».

Otra personalidad importante, el conde de G..., de quien ya hemos hablado, fué más tarde sorprendido en flagrante delito en un meadero de los Campos Elíseos con un tal Chouard, es-

coria de la población; este escándalo inspiró al doctor Camuset uno de sus mejores sonetos:

PEDERASTIA

Al peso infame de pasión inmunda,
siniestro en el mirar y fugitivo,
vedle vagando en albañal esquivo,
que la tiniebla lóbrega circunda.
Cómplice vil de criminal coyunda,
que un *sábado* inventó barbudo chivo,
llega un canalla, testimonio vivo
dando su aspecto de abyección profunda.
De asquerosa lascivia torpe llama
une á los viles en abrazo estrecho,
que á la letrina con su peste infama.
Ya su horrible placer ha satisfecho:
parte, y su olor de orines le proclama
indigno de aspirar á honrado lecho (1).

Entre los personajes ilustres á quienes acusa la historia de haberse dedicado al amor griego, nombraremos á Armodio y Aristogitón; Nicomedes, rey de Bitinia; Filipo, rey de Macedonia; Sócrates y su discípulo Alcíbiades; Hedylo se mató por amor á un llamado Glauco, si se cree á Ateneo; Nerón, que se casó con sus dos libertos Doríforo y Sporo; Tiberio, uno de cuyos placeres consistía en ligar las partes genitales á un hombre y hacerle beber mucho vino, para presenciar las angustias causadas por la retención de orina; Augusto, que se dice fué adoptado por César, su tío-abuelo materno, sólo porque había sido

(1) Courbé sous le fardeau de son désir difforme,
Sinistre, l'œil au guet, plus craintif que le faon,
Le soir il va le long des berges.—C'est Alphand
Qui sur les bords déserts a fait verdoyer l'orme.—
Là vient encore cet être hybride dont la forme
A des rondeurs de femme et des maigreurs d'enfant,
Dont la casquette et le pantalon éléphant
Trahissent un organe infundibuliforme.
Une honteuse ardeur qu'aiguise le danger
Les poussant l'un vers l'autre, ils s'en vont échanger
D'effroyables baisers dans l'ombre des latrines.
Enfin, l'homme, assouvi, sort d'un pas inégal,
Rasant les murs, chargé d'âcres odeurs d'urines,
Qu'il préfère aux parfums du foyer conjugal.

dócil instrumento de sus libertinajes: á este último le llama Curión *marido de tantas mujeres y mujer de tantos maridos*; Heliogábalo, que creó para Sœmias un Senado de mujeres consagradas á Venus, depilaba por sí mismo á sus favoritos y besaba con voluptuosidad sus órganos sexuales. ¿Cuál es el emperador romano que se ha librado de esta acusación, desde Caracalla hasta Commodo, pasando por Galba, Othón, Vitelio, Trajano, Adriano, Tito y Domiciano?

En los tiempos modernos citaremos el duque de Vendôme, Federico el Grande, el filósofo Vanini, Jacobo I, rey de Inglaterra, y el hijo del mariscal de Villars, apodado el *Amigo de los hombres;* el mariscal de Retz, que fué ahorcado y quemado en Nantes, en 1440, por crimen contra natura; Enrique III y el duque de Guisa, que tuvieron muchos favoritos. Sabido es que á consecuencia de un duelo famoso entre los favoritos de estos dos príncipes, varios fueron muertos y enterrados en la iglesia de San Pablo, de donde provino el nombre de *Serrallo de los queridos* que el pueblo daba á esta iglesia. «Estos lindos favoritos, dice l'Estoile, llevaban los cabellos largos, rizados y levantados con artificio por encima de sus gorrillas de terciopelo, como lo hacen las p..., y el faldón de la camisa de tela blanca, almidonado y de una largura de medio pie, de suerte que al ver sus testes encima de los faldones parecía que eran la cabeza de San Juan en un plato.» Su amo y señor Enrique III es representado como mujer en la *descripción de la isla de los hermafroditas*, con esta sextilla:

Ni macho ni hembra soy,
y dudo por fin cuál voy
de ambos sexos á elegir.
Mas no importa á quién parezco:
si los dos tengo, merezco
doble placer recibir (1).

(1) Je ne suis mâle, ni femelle,
Et si je suis bien en cervelle
Lequel des deux je dois choisir.
Mais qu'importe à qui on ressemble,
Il vaut mieux les avoir ensemble,
On en reçoit double plaisir.

Algunos papas libertinos adquirieron también triste celebridad en este género de depravación: Sixto IV, y sus dos hijos los cardenales Pedro y Jerónimo Riario; Paulo III y sus hijos, uno de los cuales violó públicamente á Cosme Gheri, obispo de Faenza; Julio III, Inocente X y Juan XXIII [1]. Terminaremos por el abate Desfontaines, á quien Voltaire trata de sodomita: «Un amigo mío, que no es tonto, sabiendo que el sodomita Desfontaines había osado blasfemar de la atracción de Newton, me ha enviado este pequeño correctivo:

Cierto abate, flagelado
por el amor antifísico,
dícese que mal ha hablado
de Newton y el mundo físico.
Todo al revés lo tomó
en esta verdad tan pura:
¡Siempre su error consistió
en pecar contra natura! [2].

Más tarde se dirigió á los jesuitas, en ocasión de la clausura del colegio de Luis el Grande, este significativo epigrama:

¡Vuestro latín es divino!
Si cierran vuestro colegio,
sólo es porque en masculino
ponéis lo del femenino;
no gritéis: ¡qué sacrilegio! [3].

[1] No nos hacemos solidarios de esta grave afirmación, cuya responsabilidad dejamos íntegra al autor. *(N. del T.)*

[2] Pour l'amour antiphysique
Desfontaines flagellé
A, dit-on, fort mal parlé
Du système newtonique.
Il a pris tout à rebours
La vérité la plus pure;
Et ses erreurs sont toujours
Des péchés contre nature.

[3] Vous ne savez pas le latin:
Ne criez pas au sacrilège,
Si l'on ferme votre collège;
Car vous mettez au masculin
Ce qu'on ne met qu'au féminin.

Del tribadismo.—La depravación del sentido genésico, que impulsa á ciertas mujeres á buscar las caricias de las personas de su sexo, constituye el *tribadismo* (de τρίβειν, frotar). Sobre todo, por el onanismo lingual es como satisfacen sus instintos pervertidos. Este libertinaje femenino está bastante difundido en nuestros días en todas las clases de la sociedad; ha servido de tema á varias novelas célebres, como *Justina* ó *Las desgracias de la juventud*, por el marqués de Sade; *La señorita de Maupin*, de Teófilo Gautier; *Mi esposa la señorita Giraud* y *La mujer de fuego*, de A. Belot.

En Roma, si creemos diferentes pasajes de los poetas satíricos [1], era muy común el tribadismo, y entre los griegos se daba el nombre de *Tribades* á las jóvenes lésbicas que, á ejemplo de Safo, habían hecho voto de sacrificar á Venus sin concurso de los hombres. De aquí los nombres de *safismo* y *lesbiería* empleados como sinónimos de tribadismo.

Influencia de los agentes físicos y químicos en el apetito venéreo.—Hay costumbre de dividir los agentes modificadores del sentido genésico en dos clases, *afrodisiacos* y *antiafrodisiacos*, según aguzan ó paralizan el apetito venéreo.

Su número es muy grande; pero, con pocas excepciones, su reputación es usurpada.

1.° DE LOS AFRODISIACOS.—Propiamente hablando, no hay verdaderos afrodisiacos, y según la juiciosa observación de Ricord, todos los medios ensalzados para despertar los sentidos exhaustos y levantar al hombre de su postración no son más que agentes ficticios; los verdaderos y únicos afrodisiacos son:

(1) Por ejemplo, Marcial, lib. I, ep. 91, *contra la tribade Bassa:* "Como nunca veía en tu sociedad, Bassa, persona alguna del sexo masculino; como la crónica no te atribuía ningún amante; como sólo de tu sexo, sin mezcla de ningún hombre, recibías los servicios que necesitas, lo confieso, pasaste á mis ojos por una Lucrecia; y, sin embargo, ¡oh crimen! Bassa, eras una ardiente libertina. Te atreves á asociar juntos dos cinturones de Venus, y tu pasión, por una especie de prodigio, te hace representar el papel de hombre. Has creado un monstruo digno de la sagacidad del héroe de Tebas, cometiendo un adulterio sin concurso de varón".

la juventud, la salud y un régimen sobrio de vida. A estos naturales aguijones del sentido genital podemos añadir el atractivo de la novedad, el cambio frecuente de relaciones, que, lo mismo que la variedad de manjares para el estómago, excitan el apetito venéreo y permiten á Jocondo cortejar una tras otra «la morena y la rubia», como al conquistador Pirro pasar impunemente

Desde la hija de Elena
hasta la viuda de Héctor (1).

Este estimulante genésico falta por necesidad en el matrimonio, excepto al principio, durante la «luna de miel»; por eso los transportes amorosos, con la mayor frecuencia, están desterrados de las uniones legítimas. De aquí el dicho: *El matrimonio es el apagador del amor.* «La costumbre, dice Propercio, vuelve fastidiosos los goces de todos los días.»

Sin embargo, se atribuyen comúnmente propiedades afrodisiacas á cierto número de agentes físicos y medicinales. Entre los primeros citaremos: la electricidad; la flagelación; la colocación de sinapismos en el periné; el uso de la ventosa ó congestor de Mondat, que envuelve al pene y provoca en él una erección extemporánea. También se ha utilizado la propiedad excitante del escaramujo.

Es larga la lista de los agentes medicinales que pasan por sobrexcitar el sentido genésico: los anestésicos; las cantáridas; el fósforo; el haschisch; el satyrión; el azafrán; ciertas sustancias comestibles como la trufa, el ajo, los cangrejos, los pescados, la sal y la pimienta; pero su reputación es las más de las veces infundada, como la de los saquillos de la anodina malva, que á creer á Jenofonte inspirarían amor á las mujeres más rebeldes.

Electricidad.—Al decir de sus partidarios, la electricidad surtiría maravillosos resultados. En 1780, el doctor Graham hizo construir en Londres un magnífico palacio al que llamó *Templo de la Salud*, y en el cual se reanimaba por medio del fluido

(1) De la fille d'Hélène á la veuve d'Hector.

eléctrico la virilidad decadente. He aquí, según *El Correo de Europa*, citado por Debay, algunos curiosos detalles acerca de los procedimientos de este hábil especialista:

«Los personajes de mayor distinción y más instruídos confiesan que jamás han visto nada comparable con la elegancia que reina en este templo, donde se oyen deliciosas sinfonías, la luz refleja produce encantadores efectos y se respiran los más exquisitos perfumes. El doctor Graham recomienda, sobre todo, mucha moderación en los sacrificios ofrecidos al Dios de este templo, que es el Himeneo. Maravillosos lechos, llamados magneto-eléctricos, dispuestos para despertar los órganos dormidos y provocar los placeres demasiado tardíos, se alzan en suntuosas habitaciones alfombradas con tapices de Persia y guarnecidas de pinturas voluptuosas. Seis pies de cristal soportan estos lechos, que están cubiertos de seda púrpura con franjas azul celeste. En una pieza próxima se halla la máquina de donde emana el fuego sagrado, que invisibles conductores dirigen á los lechos; las personas acostadas en éstos se sienten envueltas en una llama tan vivificadora, que las mujeres palpitan bajo el aguijón de los deseos, y los hombres caídos en la disipación y el anonadamiento de las fuerzas viriles por el abuso de los placeres vuelven á adquirir su primitivo vigor; en fin, los cónyuges estériles encuentran allí la fecundidad, y las parejas maltratadas por los años experimentan las ardientes embriagueces de la edad juvenil...».

Dando de lado en este relato á las exageraciones, concíbese que semejante disposición de escena haya podido, con independencia de la electricidad, estimular la imaginación más indiferente á los placeres del amor.

Flagelación.—La flagelación (de *flagellum*, látigo), infligida en otro tiempo como castigo ó como penitencia ([1]), se coloca en nuestros días entre los excitantes de la voluptuosidad. Para este efecto se emplea una escoba de varas de fresno, con la cual

([1]) Ludovico Pío aceptó las disciplinas de manos de los obispos; Enrique II, rey de Inglaterra, las sufrió para expiar la muerte de Tomás Becket.

se golpea con energía la región posterior é inferior del torso. También puede practicarse la flagelación con hojas de ortiga, y se llama entonces *urticación*. Hace mucho tiempo es conocido este medio violento, y Petronio comprueba su eficacia en este pasaje: «Esta parte de mi cuerpo, por la cual era yo en otro tiempo un Hércules, cayó muerta y más fría que el hielo; parecía retirada hasta el fondo de mis entrañas, cuando Enothea, sacerdotisa de Venus, armando sus manos con un puñado de ortigas verdes, me golpeó ligeramente y la parte desfallecida volvió de repente á su vigor primitivo».

Cítase con frecuencia el ejemplo de Tamerlán, el célebre conquistador asiático, quien gracias á la flagelación sostuvo el ardor de sus facultades viriles hasta una edad muy avanzada, y fué, según se dice, padre de cien hijos. Luciano nos ha transmitido la historia de Peregrino, que se fustigaba con una férula para excitarse á cometer en público el acto vergonzoso que los filósofos de la secta de los cínicos llamaban «la cosa indiferente» y que tantas veces hase reprochado á Diógenes.

En Roma, durante las Saturnales, hombres y mujeres se fustigaban mutuamente con varas para encender sus deseos. Esto es también lo que se observa en nuestros días en las Indias, en el acto de las fiestas religiosas de Sahty-Poudja, instituídas en honor de la fecundación. La acción estimulante que el flagelarse ejerce sobre el sentido genésico podría no ser extraña al afiliamiento de ciertos personajes depravados, como Enrique III y sus favoritos en la cofradía de los Disciplinantes. Sábese que esta secta fanática tuvo que desaparecer después de haber provocado los excesos más escandalosos.

Los médicos señalan también la flagelación como á propósito para desarrollar hábitos onanísticos. De aquí el consejo de no azotar á los niños sino con circunspección. Así, refiere Séneca que la querida de Cornelio Galo, el amigo de Virgilio, era mucho más apasionada los días en que su padre la fustigaba por su mala conducta. También refiere J.-J. Rousseau en sus *Confesiones* que, siendo niño, experimentaba una sensación agradable cada vez que la señorita Lambercier le administraba una corrección:

«Por bastante tiempo, dice, se atuvo á la amenaza, y esta amenaza de un castigo enteramente nuevo para mí me parecía muy espantosa; pero, después de ejecutarla, la hallé menos terrible en la prueba de lo que lo había sido en la expectativa, y lo que hay de más extraño es que este castigo me aficionó aún más á la que me lo había impuesto. Hasta se necesitaba toda la verdad de esta afección y toda mi natural dulzura para impedirme buscar la repetición del mismo tratamiento mereciéndolo; porque había hallado en el dolor, en la misma vergüenza, una mezcla de sensualidad que me dejó más deseos que miedo de sufrirlo de la misma mano. En una nueva corrección, añade el mismo autor, habiendo notado *por algún signo* la señorita Lambercier que este castigo no llegaba á su objeto, declaró que renunciaba á él».

El doctor Roubaud preconiza la flagelación contra la atonía de los órganos genitales. Para este uso ha hecho construir una escoba metálica formada por un centenar de alambres flexibles, que por la diversidad de su composición (cobre, latón, hierro, platino, etc.) desprenderían cierta cantidad de electricidad, cuya acción estimulante se agregaría á la de la flagelación.

Anestésicos.—Los anestésicos son sustancias volátiles que se utilizan en las operaciones quirúrgicas para suprimir el dolor. Los más usuales son el cloroformo, el éter y el protóxido nitroso. Con frecuencia producen sueños eróticos, que á veces provocan las confidencias más inesperadas. Las sensaciones voluptuosas que producen son tan vivas que, al despertar, ciertas mujeres conservan aún el recuerdo de la impresión experimentada y permanecen convencidas de que el operador ha abusado de ellas durante su sueño. La *Revista de terapéutica médico-quirúrgica* de 1874 cita una mujer que, anestesiada en el momento del parto, produjo una acusación semejante contra el médico que la asistía; pero, felizmente para éste, el marido se hallaba presente en la operación. También una joven anestesiada por Gerdy en el hospital, estuvo persuadida de que durante su sueño había tenido culpables relaciones con el interno de servicio. Por eso jamás deberán los médicos administrar los anes-

tésicos á las mujeres sino en presencia de otra persona, cuyo testimonio pueda invocarse en caso de necesidad.

Cantáridas.—De todas las sustancias afrodisiacas, las que ejercen más enérgica acción sobre el aparato genital son las cantáridas (fig. 150). «Es, dice Grevin, una especie de mosca, llamada así por los griegos á causa de la semejanza con el escarabajo, á quien los griegos denominan cántara. Es resplandeciente como el oro y muy bella á la vista, en razón á su color azulado que se mezcla con el amarillo.» Según la expresión de A. Pareo, las cantáridas excitan «al placer venéreo». Beranger celebró sus virtudes eróticas en estos versos:

¡Muere, es preciso; muere tú que encierras
potentes dones al placer tan caros!
Vuelve al amor el fuego que tus alas
á ese Dios en los aires le robaron (1).

Obran por la violenta irritación que determinan en el aparato genito-urinario.

Los dolores vesicales, con frecuencia muy penosos, que acompañan al empleo de los vejigatorios y al de las pomadas epispásticas destinadas á sostenerlos, débense á las cantáridas que forman la base activa de estos tópicos (2). Loys Guyón ha citado el caso de una cortesana de París, «la cual, cansada de ser morenilla, dirigióse á cierto charlatán para que la volviera blanca, el cual la puso en el rostro y cuello una cataplasma, en la que entraban muchas cantáridas, y la conservó puesta doce horas: aquí apoderóse de ella la fiebre y murió tres días después. Fué abierta y se encontraron sus riñones, matriz y vejiga gangrenados y de muy mal olor».

En las mujeres, la absorción de las cantáridas puede además provocar el aborto. Según el doctor Galippe, era este un medio

(1) Meurs, il le faut; meurs, ô toi qui recèles
Des dons puissants, à la volupté chers!
Rends á l'amour tous les feux que tes ailes
Ont à ce Dieu dérobé dans les airs.

(2) Por eso muchos médicos, el profesor Germán See entre otros, han renunciado al uso de los vejigatorios.

tan empleado por las señoras romanas, que hubo de dictarse la ley Cornelia para dar fin á esta práctica.

Las cantáridas entran en la mayor parte de las preparaciones afrodisiacas, tales como los famosos filtros de amor conocidos con los nombres de diabolines de Italia y pastillas venecianas. Hase acusado á la Montespán de hacer tomar á Luis XIV, para mantener el ascendiente de sus encantos sobre este rey, brebajes eróticos preparados por la Voisin y en los cuales entraba cierta cantidad de cantáridas. El marqués de Sade, de cínica memoria, tuvo un día la idea de dar un gran baile, y ofrecer á todos los invitados, en el momento de la cena, unas pastillas de chocolate con vainilla que parecieron deliciosas. «De repente, cuenta el doctor Moreau, de Tours, según las *Memorias de la época*, los convidados siéntense presa de un ardor impúdico: los caballeros atacan abiertamente á sus parejas. Las cantáridas, cuya esencia circula por las venas de estas infortunadas, no las permite pudor ni reserva en las imperiosas voluptuosidades: los excesos llegan hasta el extremo más funesto; el placer se vuelve mortífero; corre la sangre, y las mujeres no hacen más que sonreir ante este horrible efecto de su furor uterino... Muchas señoras de título murieron de resultas de esta noche de asquerosos horrores.»

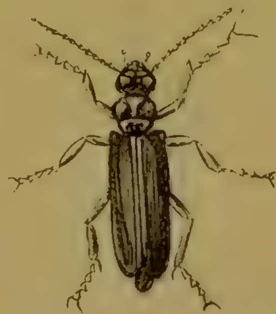


FIG. 150.—Cantárida.

Absorbidas en muy fuerte dosis, las cantáridas producen graves trastornos y hasta el envenenamiento. «Abrasador elixir de vida, dice Michelet, en que el amor se trueca en ponzoña.» A su abuso atribúyese la muerte de Lúculo, del poeta Lucrecio, de Fernando el Católico, del actor Molé, del compositor Isouard, llamado Nicolo, y del doctor Cloquet, médico del shah de Persia. Cabrol habla de un hombre de Orgón, en Provenza, que por consejo de una hechicera tomó para curarse una fiebre cuartana una poción en que entraban dos dracmas de cantáridas, «lo que le puso tan furioso en el acto venéreo que su mujer nos juró en Dios y su ánima que la había cabal-

gado en dos noches ochenta y siete veces, sin contar más de diez en que se había corrompido, y hasta durante el tiempo en que consultamos espermatizó el pobre hombre tres veces á nuestra presencia, abrazando el pie de la cama y agitándose contra él como si hubiera sido su mujer. Este espectáculo nos asombró, y nos apresuramos á darle con qué abatir este furioso calor; pero ningún remedio, de los que hubo de dársele, le sirvió de nada». Ambrosio Pareo refirió la historia de una cortesana que, para excitar el ardor de un abate, espolvoreó sus alimentos con tal cantidad de polvo de cantáridas, «que después de haberla cabalgado setenta veces en la noche» murió este infeliz en medio de los más acerbos dolores.

Antes de pedir á los preparados afrodisiacos un excitante ficticio del sentido genésico, recuérdense estos ejemplos y las advertencias de Poumet: «¡ Prometíanse numerosos y duraderos placeres, una dicha desconocida, goces inauditos, y sólo encontraban tormentos, dolores, torturas, angustias inexpresables! ¡ La antorcha de una vida nueva debía encenderse para ellos, y los veo yertos en brazos de la muerte! Y el altar que habían levantado á ese fantasma de una voluptuosidad imaginaria, ha sido para ellos la losa de la tumba». También dice el poeta:

¡Guárdate de beber en ese filtro
pérfido el fuego que el placer reclama;
en fúnebre ciprés tórnase el mirto
que pica la cantárida! (1).

Los egipcios atribuían al *buprestis sagrado* virtudes análogas á las de las cantáridas: «Vese este insecto, dice el doctor Bossú, esculpido en los sepulcros de Tebas, dejando caer un humor desde su pico á la boca de un hombre, cuyo pene en erección proyecta niños pequeños».

Fósforo.—El fósforo se ha preconizado contra la impotencia; pero su empleo es tan peligroso y de una eficacia tan

(1) Garde-toi de puiser dans ce philtre perfide
La vigueur que réclame un amoureux congrès;
Le myrthe qu'a piqué l'ardente cantharide
Se change en funèbre cyprès.

problemática, que rara vez lo administran los médicos hoy día.

Ciertas sustancias alimenticias, como los huevos, los sesos y los pescados, hace mucho tiempo gozan de la reputación de exaltar el sentido genésico; sin duda la deben á la débil cantidad de fósforo que contienen. Plauto pone en escena, en *Casina*, á un viejo enamorado que recomienda á su esclavo traiga «sepias, lepadas, sollos y latijas». Según Herodoto, los sacerdotes egipcios no debían hacer uso de los productos del mar, á causa de sus propiedades afrodisiacas.

La religión católica no parece tener en cuenta estas propiedades genésicas al prescribir el régimen ictiófago en los conventos para refrenar, como dice Rabelais, la concupiscencia carnal y como signo de penitencia en tiempo de Cuaresma. Por lo demás, hay derecho para preguntarse uno, con C. Husson, «si los grandes excitantes no serán más bien los condimentos con que realzan sus manjares los reposteros de fama». Sea como fuere, Brillat-Savarin piensa que el pescado despierta en ambos sexos el instinto de la reproducción, y á este propósito recuerda la siguiente historia: «Queriendo probar el sultán Saladino hasta qué punto podía llegar la continencia de los derviches, encerró dos en su palacio, y durante cierto espacio de tiempo los hizo alimentar con las carnes más suculentas. Bien pronto se borró la huella de los rigores que habían ejercido contra sí mismos y comenzó á reaparecer su obesidad. En tal estado dióscles por compañeras dos odaliscas de una belleza omnipotente, pero fracasaron en sus ataques mejor dirigidos y ambos santos salieron de una prueba tan delicada puros como el diamante de Visapur.

»El sultán los encerró de nuevo en su palacio, y para celebrar su triunfo les obligó á que gozaran de una mesa igualmente selecta, pero exclusivamente de pescado. A los pocos días sometióseles de nuevo al poder reunido de la juventud y de la belleza; pero esta vez pudo más la naturaleza, y los dichosísimos cenobitas sucumbieron... con asombro».

Haschisch.—El haschisch se obtiene por la destilación de los pistilos del cáñamo. Los orientales hacen de él un uso cotidia-

no, como los chinos del opio y los europeos de las bebidas alcohólicas. Esta preparación produce en la economía una embriaguez particular, cuyos caracteres varían según los individuos: á unos les produce ensueños voluptuosos, á otros terribles pesadillas; en aquéllos provoca ideas alegres, en éstos despierta las peores pasiones. A veces hasta determina trastornos cerebrales que pueden conducir á la locura ó al crimen. Se refieren muchos asesinatos cometidos por musulmanes que habían fumado haschisch ó kiff y comido confitura de cáñamo indio ó maadjaun.

Parece ser que con ayuda de un brebaje, del que el haschisch formaba la base, era con lo que Hassán-ben-Sabah-Homairi, célebre personaje de la época de las Cruzadas, más conocido por el nombre de Viejo de la Montaña, embriagaba á sus secuaces y sobrexcitaba su fanatismo. Llamaban á éstos entonces haschischinos, de donde se hace derivar la palabra «asesino».

Azafrán.—El azafrán se ha incluído entre los afrodisiacos vegetales, aunque en realidad no ejerce ninguna acción estimulante de los deseos venéreos. En el Mediodía sirve para confeccionar innumerables salsas culinarias.

En otros tiempos formaba parte de la composición de muchos filtros famosos, tales como el *bers* de los egipcios y el *philonium* de los romanos.

Trufa.—La trufa «no es un afrodisiaco positivo, dice Brillat-Savarin, pero puede en ciertas circunstancias volver más tiernas á las mujeres y más amables á los hombres».

En efecto, es dudosa la propiedad específica que se atribuye á este precioso comestible, y lo mismo que respecto al pescado, debe referirse á los condimentos, á la sustancial y generosamente rociada mesa en que siempre aparece.

La siguiente anécdota puede ser una prueba de esto: «Cierto día el duque de Richelieu, siempre bravo, galante y gastrónomo, condolíase ante su médico de no poder ya digerir las trufas. Comed anadoncillos, le dijo éste; tienen la misma virtud que las trufas. Aquella misma noche comía el mariscal du-

que de Richelieu con la Monteil en su casita de Charonne, y tomaba anadoncillos: la experiencia fué concluyente».

Nuez vómica.— Trousseau ha preconizado la nuez vómica para despertar el ardor genésico. «Bajo su influencia, dice, las erecciones nocturnas y diurnas llegan á ser hasta incómodas, aun en aquellos que de mucho tiempo atrás habían perdido algo de su virilidad. Las mismas mujeres experimentan deseos venéreos más enérgicos, y respecto á este particular se nos han hecho confidencias que no nos permiten dudarlo.»

Sin embargo, creemos que Trousseau se ha hecho ilusiones, porque ninguno de los enfermos á quienes hemos administrado la nuez vómica ha experimentado semejantes efectos.

Especias.—Las especias, como la pimienta, la nuez moscada, el clavo, la canela, el jengibre y el laurel, comunican á los alimentos, cuyo sabor sirven para realzar, su acción excitante sobre el sentido genésico. Sobre todo, al gusto que con su condimento adquieren los cabrajos y cangrejos, es á lo que éstos deben su renombre de afrodisiacos. Cierto es que ciertos cangrejos estimulan directamente el aparato genital, cuando se han alimentado con cantáridas caídas de los fresnos en los riachuelos donde aquéllos habitan.

Junto á las especias podemos citar el APIO y el JARAMAGO, cuyas virtudes reconocía ya Marcial:

Excitat ad Venerem tardos eruca maritos (1).

Satyrión, mandrágora é hipomanía.—En fin, mencionaremos el satyrión ú orquis (de ορχις, testículo), la mandrágora, que se parece á un hombre (fig. 151), y la hipomanía (de ιππος, caballo, y μανια, furor), que gozaban de gran crédito entre los antiguos.

El olor espermático del satyrión y la semejanza de su bulbo con la glándula seminal han contribuído sobre todo á sentar su reputación.

(1) El jaramago excita á la Venus á los maridos perezosos.

Los antiguos, creyendo en la virtud genésica de la mandrágora, le dieron el nombre de *manzana de amor*, y por la misma



FIG. 151.—La Mandrágora, según el Sr. Calmet.

razón á Venus el sobrenombre de *mandragoritis*. El emperador Juliano dice en su carta á Calixena que beba zumo de mandrágora para excitarse en el juego del amor.

En cuanto á la hipomanía, era un humor segregado por los órganos generadores de la yegua. Plinio le atribuía tal poder que, según este demasiado crédulo autor, «echada en la fundición de una figura de bronce representando una yegua de Olimpia excita el celo más furioso en los caballos enteros que se le acercan». También había otra especie de hipomanía preparada con la membrana amnios, que los potros arrastran consigo al nacer. A esta preparación alude Virgilio en la *Eneida*, cuando manifiesta los esfuerzos de Dido para retener á su amante: «Al mismo tiempo, esparcía aguas funerales para simular á las del Averno; había cortado con una hoz de bronce, al salir la luna, las hierbas nacientes, cuyo jugo negro é impura leche exprimía; añadió la hipomanía, arrancada de la frente del corcel cuando nace y robada á su ávida madre». Oigamos también á Juvenal [1]: «No llega hasta la locura furiosa, como este tío de Nerón, este Calígula, á quien Cesonia hizo beber toda la hipomanía recogida en la frente de un joven potro».

2.° De los antiafrodisiacos.—Los anafrodisiacos más encomiados son: el *agnus castus*, el *nenúfar blanco*, la *lechuga*, el *tabaco*, el *café*, el *nitro*, el *iodo*, la *sal*, el *alcanfor*, el *bromuro potásico* y el *lúpulo*.

El agnus castus ó vitex, llamado también *pimienta de los frailes*, servía á los atenienses para decorar sus lechos durante las fiestas de Ceres, á fin de alejar los ensueños voluptuosos. Arnaldo de Villanueva atribuía á esta planta una virtud tan activa, que, según su dicho, bastaba llevar consigo un cuchillo cuyo mango estuviese hecho con madera de este arbusto para «embotar el aguijón de la carne».

El nenúfar ó *lirio de los estanques* gozaba, como el anterior, de una reputación antiquísima y muy poco justificada. Plinio asegura que los que lo tomen durante doce días se verán incapaces de contribuir á la propagación de la especie. Sin embargo, los aldeanos suecos tienen la costumbre de mezclar nenúfar con la harina, sin que experimenten el menor detrimento sus facultades viriles.

(1) Sátira VI.

El agnus castus y el nenúfar entraban en la composición del *electuario de castidad*, que en otro tiempo era muy usual en los conventos.

La LECHUGA debe su reputación á la leyenda, según la cual Venus sepultó á Adonis entre las hojas de esta hortaliza. Los antiguos, que creían en sus propiedades antiafrodisiacas, la designaban con el significativo nombre de εὐνούχιον (eunuco).

La CICUTA poseía también el privilegio de deprimir las funciones genésicas. Según dice San Jerónimo, los hierofantes de Atenas la usaban, y San Basilio afirma haber visto á ciertas mujeres que apagaban sus deseos más furiosos bebiendo cicuta.

El TABACO debilita insensiblemente las funciones genitales, y por esta razón se recomienda su uso á los eclesiásticos. Es bastante común observar empleados en las fábricas del Estado que pierden bajo tal influencia su aptitud genésica.

El CAFÉ se considera por unos como un excitante de la energía viril y por otros como un deprimente.

En apoyo de este último aserto se cuenta la historia de la mujer de Mahmud-Kasnin, rey de Persia, y entusiasta por el café. Esta sultana vió un día desde su terraza que iban á castrar á un caballo, y dijo á los que le conducían: «*Es un trabajo bien inútil; hacedle tomar café y le volveréis tan frío como el rey*». Sabido es que Linneo llamaba al café «el licor de los capones».

El NITRO ó *nitrato potásico* fué puesto de moda en Inglaterra por el canciller Bacón; se hizo entonces verdadero abuso de él. Empleábase esta sal como panacea universal; curaba todas las enfermedades. «Pero, dice un autor contemporáneo, las mujeres proscribieron muy pronto este remedio. Notaron que sus maridos se inclinaban menos á satisfacer sus deseos desde que lo usaban. Atacaron al canciller que lo había difundido. Algunas, aparentemente más sensuales que razonables, llegaron hasta atribuirlo á hechicería, á maleficio.»

Por el contrario, en otro tiempo se miraba el nitro como un excitante genésico de los más activos, y Séneca le atribuye la fecundidad de las egipcias.

La SAL ó *cloruro de sodio* se consideraba por los antiguos como calmante de los ardores amorosos. Por eso hacían nacer

de la espuma del mar á Neftis, la diosa de la esterilidad. Cuando destruían una ciudad, esparcían sal en su emplazamiento á fin de volver para siempre estéril el suelo. En la lengua hebrea la palabra *melehah*, que quiere decir salado, es sinónima de infecundo.

Es cierto, por otra parte, que la sal pasaba por un afrodisiaco, como parece indicarlo el término *salacidad*, que se deriva de la palabra latina *sal*, la sal. Estaba prohibido su uso á los sacerdotes egipcios.

El IODO y sus compuestos, por sus propiedades fundentes, debilitan las facultades viriles, atrofiando las glándulas seminales.

El BROMURO POTÁSICO, el ÁCIDO SALICÍLICO y sus sales, el HIDRATO DE CLORAL, la MORFINA y los demás derivados del opio, se emplean en terapéutica como sedantes del aparato genésico.

El ALCANFOR ha sido llamado *ligatura et vinculum Veneris*. La Escuela de Salerno pregonó sus virtudes anafrodisiacas en estos versos:

Respirado el alcanfor,
es de esencia tan sutil,
que deja al hombre su olor
sin la potencia viril (1).

Su acción es muy dudosa, aunque en nuestros días lo prescriben los médicos contra las erecciones dolorosas, y mandan espolvorear con él la superficie de los vejigatorios para atenuar la irritación producida por las cantáridas en las vías urinarias.

El LÚPULO, por el *lupulino* que encierra, ejerce una depresión manifiesta sobre el apetito venéreo; de ello puede convencerse bebiendo cerveza. Pero sucede con la influencia de esta bebida como con la del café respecto del sueño: el uso diario acaba por atenuar sus efectos fisiológicos; así, los alemanes, que son grandes bebedores de cerveza, tienen por lo general numerosa progenie.

(1) Le camphre respiré, par son odeur subtile,
Au mâle ôte à jamais sa puissance virile.

No hay, pues, verdaderas sustancias antiafrodisiacas. Los únicos medios capaces de calmar los deseos carnales todos pertenecen á la higiene. Son: 1.º, la ABSTINENCIA: «Venus, dice Rabelais, se hiela sin la compañía de Ceres y Baco». *Sine Baccho et Cerere friget amor*. La señora Deshouillières hizo sobre este texto una letrilla bastante agradable:

LETRILLA

En estos lugares
por doquiera vese
más de una muchacha
adornos ponerse;
apuesto á que, incauto,
algún mozo imberbe
á la linda Cata
la quisiera en suerte;
son dulces sus ojos,
sus facciones tenues,
gracioso su aspecto
y dócil parece;
pero una gran falta
su hechizo suspende:
aunque es tan preciosa,
dinero no tiene...
"el Amor sucumbe
sin Baco y sin Ceres".

Con dulces palabras
y mirada ardiente
todo el año entero
vivir no se puede;
jóvenes maridos
ancianos se vuelven
cuando cada día
ayunar conviene,
pues graves ideas
borran las alegres;
la ternura luego
termínase en breve,
y sólo *ad honores*
se ve, si aparece:
de grandes letrados,
según los papeles,
"el Amor sucumbe
sin Baco y sin Ceres".

El hogar circuído
de gritones nenes,
la puerta á que llaman
los fieros *ingleses*,
de un triste himeneo
las aciagas suertes,
hacen que hasta el alma
al diablo se entregue,
dan á los vecinos
con qué entretenerse.
Los mirtos que orlaron
placenteras frentes,
quisiérase luego
tornar en cipreses;
y deseos tales
nada extraño envuelven:
"el Amor sucumbe
sin Baco y sin Ceres„ (1).

(1) Dans ce hameau, je vois de toutes parts
De beaux atours mainte fillette ornée:
Je gagerais que quelque jeune gars
Avec Catin unit sa destinée;
Elle a l'œil doux, elle a les traits mignards,
L'air gracieux, l'humeur point obstinée;
Mais grand défaut gâte tous ses attraits:
Point n'a d'écus... Pour belle qu'on soit née,
"L'Amour languit sans Bacchus et Cérès„.

De doux propos et d'amoureux regards
On ne saurait vivre toute l'année;
Jeunes maris deviennent tôt vieillards,
Quand leur convient jeûner chaque journée,
Soucis pressants chassent pensers gaillards;
Tendresse alors est en bref terminée;
S'il en paraît, ce n'est qu'*ad honores;*
Par maints grands clercs l'affaire examinée,
"L'Amour languit sans Bacchus et Cérès„.

L'âtre entouré d'un tas d'enfants criards,
De créanciers, la porte environnée,
D'un triste hymen tous les autres hasards,
Font endurer peine d'âme damnée,
Et donnent joie aux voisins babillards.
Myrtes dont fut la tête couronnée,
Voir on voudrait transformer en cyprès;
D'un tel désir point ne suis étonnée:
"L'Amour languit sans Bacchus et Cérès„.

2.° Las OCUPACIONES SOSTENIDAS DEL ESPÍRITU: *Res age, tutus eris* (1), ha dicho Ovidio. «El trabajo es el más poderoso de todos los antiafrodisiacos», pensaba Proudhón.

3.° Los EJERCICIOS CORPORALES, como la esgrima, la equitación, la danza, el paseo, la caza, etc. La pasión que Carlos X tenía por la caza fué objeto de una canción que tenía este significativo estribillo:

¡Seis hijos! ¡Ay, pobre padre!
Que le den otro conejo (2).

«Se ha hecho á Diana enemiga de Venus, escribe el autor de las *Confesiones*, y la alegoría es muy exacta; las languideces del amor no nacen sino en el blando reposo, y un ejercicio violento ahoga los sentimientos tiernos.» Standhal dijo, por otra parte: «He vivido mucho en estos últimos tiempos con las bailarinas del teatro del Sol, en Valencia. Se me asegura que algunas son castas; consiste en que su oficio es muy fatigoso. Esto me recuerda á Rousseau, quien manda á Emilio que ande mucho».

Como preservativo infalible contra el amor, propone Ovidio que se haga reir á la joven mal dentada. Ciertamente que una brecha en la dentadura no es apropósito para inspirar una gran pasión; pero hoy día los progresos de la prótesis dentaria han destruído, en la mayor parte de los casos, la eficacia de este remedio.

Señalaremos, por último, la SANGRÍA, que se ha incluído entre los medios para moderar el ardor genital. Balzac comparte esta opinión en su *Fisiología del matrimonio*, y Sterne recuerda, en *Tristram Shandy*, la práctica de los antiguos escitas, que curaban «los apetitos más desordenados de nuestros sentidos» sacando algunas onzas de sangre debajo de las orejas. En otro tiempo se practicaban muchas sangrías en los conventos. á lo

(1) Haz algo, estarás tranquilo.

(2) Six enfants! ô le malheureux père.
Qu'on lui donne encore un lapin.

cual se llamaba «debilitar al fraile», *minuere monacum*, la *minución*. El abuso de esta práctica en los conventos y monasterios obligó á San Luis á imponer á los religiosos un máximum de seis sangrías al año: en Navidad, Miércoles de Ceniza, Pascua de Resurrección, San Pedro, Asunción de Nuestra Señora y Todos Santos.

CAPÍTULO II

DE LA CÓPULA

La *cópula* (de *copula*, lazo) ó el *coito* [1] es la unión de los sexos para la generación. Este acto, que Montesquieu llama la «plegaria mutua», comprende: 1.°, la *erección*, que es su preludio; 2.°, el *ayuntamiento* ó introducción del miembro viril en la vagina; 3.°, la *eyaculación* ó proyección del esperma en el interior de las vías genitales de la mujer.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LA ERECCIÓN

Mecanismo y objeto de la erección.—En otro tiempo se explicaba la *erección* por la penetración de los «espíritus animales» en los órganos generadores. Pero las investigaciones de los fisiólogos modernos han demostrado que este fenómeno se debe á una llegada excesiva de sangre á los aparatos eréctiles de uno y otro sexo, es decir, á los cuerpos cavernosos, glande y porción esponjosa de la uretra en el hombre, al clítoris y bulbo de la vagina en la mujer.

La consecuencia de la acumulación de la sangre en la trama de estos tejidos areolares es el aumento de su volumen y de su resistencia. Así en el hombre, bajo la influencia de la erección, el pene se vuelve más voluminoso y rígido, lo que facilita su introducción en el estuche vaginal. En la mujer se revela á la vez la erección por el hinchamiento del bulbo de la vagina

(1) Empléanse diversos términos, según las especies, como *montar* para el caballo, *mastinear* para el perro, *pisar* para las aves y *cubrir* para todos los cuadrúpedos.

(fig. 86), que estrechando el calibre de este conducto hace más íntimo el contacto del pene con sus paredes, y el alargamiento del clítoris, cuya extremidad libre se aproxima al órgano viril para exponerse más directamente á sus titilaciones. El aflujo de sangre á las vías genitales de la mujer tiene además como efecto el aumentar las secreciones mucosas, lo cual favorece la introducción y los deslizamientos del miembro.

También se observa en el hombre, en el momento de la erección, el aumento de volumen del *verumontano* (fig. 20), que, situado en el origen de la uretra, obstruye este conducto y se opone, por una parte, á la salida de la orina desde la vejiga, y por otra, al paso del esperma á este depósito. La falta de este relieve membranoso en la uretra de la mujer explica la frecuencia en ella de la emisión de la orina durante el coito.

Causas que provocan y modifican la erección.—El mecanismo de la erección puede compararse al que produce el aflujo de sangre al rostro, bajo la influencia del sentimiento de la vergüenza ó del pudor. Es decir, que la imaginación es el principal estimulante de la erección. Pero no basta aquélla siempre para despertar la actividad de los órganos genitales, y con frecuencia tiene necesidad de ser ayudada por excitaciones táctiles (1) más ó menos prolongadas, sobre todo para el sexo femenino. De aquí los consejos dados por Ambrosio Pareo:

«Estando acostado el hombre con su compañera y esposa la debe mimar, cosquillear, acariciar y emocionar si viese que era dura al acicate; y el cultivador no entrará en el campo de la naturaleza humana á la ligera, sin haber hecho antes sus aproches, que se harán besándola..., también sobando sus partes genitales y pezones (2), á fin de que se apoderen de ella deseos de varón (que es cuando su matriz le bulle), de modo que la venga voluntad y apetito de cohabitar y hacer una criaturita de Dios y que las dos simientes puedan reunirse, porque nin-

(1) El tacto desempeña un papel tan importante en los recreos voluptuosos, que muchos autores le han llamado «el sentido del amor».
(2) En otro tiempo les llamaban «los incitadores».

gunas de ellas son tan prontas para este juego como los hombres».

Todas las causas que excitan ó disminuyen el apetito venéreo, y que ya hemos señalado, obran necesariamente sobre la erección. Además, ciertos estados morbosos la provocan ó impiden que se manifieste. En el primer caso determinan el *priapismo* (de πριαπος, priapo, miembro viril); en el segundo la *impotencia.*

Otras causas producen la erección, como la presencia de un cuerpo extraño en la vejiga, por ejemplo un cálculo y la simple distensión de este depósito por la orina. A esta última circunstancia hay que atribuir la erección en el momento de despertarse. Conocida es la respuesta dada por Fontenelle á la persona que le preguntaba si nunca tuvo ganas de casarse: *Algunas veces por la mañana*, respondió este filósofo. *¿Sabéis*, decía Luis XV, ya viejo, á uno de sus familiares, *que aun tengo algunas erecciones por la mañana?—En ese caso, Señor, orinad pronto*, contestó el cortesano. Refiere el doctor Garnier que el famoso litotomista Souberbielle no era tan prudente en sus últimos años, porque pasados los ochenta hacía gala de esta virilidad ficticia ante sus visitas matutinas.

El decúbito dorsal puede por sí solo determinar la erección, por efecto de la compresión de las vesículas seminales cuando la orina distiende la vejiga demasiado. Por eso se recomienda á los jóvenes, sobre todo á las personas que tienen pérdidas seminales, que jamás duerman boca arriba.

La erección se observa algunas veces en los recién nacidos, pero se manifiesta sobre todo en la pubertad, en esa época en que «el joven siente besos sin ver los labios que se los da».

Del priapismo.—Este estado se caracteriza por una erección dolorosa y prolongada. Existe en la blenorragia aguda, en la cistitis cantarídea, en el ahorcamiento por efecto de la compresión del bulbo raquídeo, y en general, en todas las lesiones traumáticas de la médula ó de los órganos genitales.

Müller cita el caso de un priapismo de tres meses. Marcelo Donato publicó la observación de un hombre que, habiéndose

fracturado la columna vertebral al caer desde lo alto de un tejado, tuvo una erección que persistió hasta su muerte. Pechin vió el mismo hecho en un joven que había recibido un palo en la región lumbar, la cual se considera, según sabemos, como un verdadero centro genital. Lisfranc ha observado un ejemplo de priapismo en un hombre que había recibido un puntapié en las bolsas.

ARTÍCULO II

DEL AYUNTAMIENTO

Condiciones del ayuntamiento.—Antes de penetrar en la vagina, en la primera aproximación sexual, el pene debe vencer la resistencia que le opone el anillo vulvar, y no puede conseguirlo sino cuando está en erección. Una vez franqueado este obstáculo, la introducción del miembro viril está favorecida por la forma cónica del glande y por el líquido viscoso que vierten en la vagina las glándulas vulvo-vaginales (fig. 52). La dificultad que experimenta el pene para penetrar en las vías genitales de la mujer es tanto más grande cuanto más estrecho el orificio vulvar y más resistente la membrana himen. Ya hemos dicho que á la desgarradura de esta membrana la acompañan una ligera hemorragia y un vivo dolor, debido sobre todo al frotamiento de la vulva.

Ya sabemos que la débil efusión de sangre que resulta de la ruptura del himen se considera sin razón como lo característico de la desfloración. En efecto, puede faltar en los casos en que esta membrana no existe sino en el estado rudimentario, ó está lo suficiente relajada para dejarse rechazar hacia los bordes de la vulva sin desgarrarse. Ciertas mujeres desfloradas antes de su matrimonio se aprovechan de estas excepciones, bastante comunes, para engañar á un marido demasiado confiado, y recurren á las lociones astringentes con la esperanza de estrechar el anillo vulvar y «rehacerse la virginidad». Además aumentan la estrechez de este orificio contrayendo enérgicamente el músculo constrictor de la vagina (fig. 86) en el

momento del coito. Montesquieu escribe en sus *Cartas persas* que mujeres diestras hacen de la virginidad una flor que muere y renace todos los días, y se recoge la centésima vez más dolorosamente que la primera.

«La locura de todos los maridos, dice también Dionis, consiste en querer hallar dificultad en las primeras tentativas; es una especie de triunfo para ellos el imaginarse haber forzado esta pretendida barrera, y cuanto más trabajo les cuesta más persuadidos quedan de la honradez de su esposa.

»Vino á verme un joven casado hacía ocho días; tenía un parafimosis (fig. 36); su miembro estaba extraordinariamente hinchado y el glande próximo á caer con gangrena. Imaginábase tener alguna enfermedad venérea que su mujer le había comunicado; le dije que, por el contrario, esto era una prueba inequívoca de la doncellez de su esposa, pues no teniendo él naturalmente descubierto el glande, el esfuerzo que hizo la noche de boda para penetrar en la vagina era causa de que el prepucio hubiera retrocedido hasta más allá de la corona del glande, produciendo después de retraerse una interrupción en los vasos que van desde el cuerpo del pene á la cabeza de éste. Volvióse muy contento con mi respuesta, que le tranquilizaba respecto á la virtud de su mujer, y quizá sintiendo no haber sufrido todavía más.

»A pocas personas les sobreviene este daño cuando el orificio externo de la mujer está abierto según debe naturalmente; pero los hechos extraordinarios no constituyen la regla, como el de una dama cuyos labios de la vulva estaban de tal modo juntos que su marido jamás pudo entrarla. No existía más que una pequeña abertura en medio, por donde salían la orina y los menstruos: fué preciso recurrir á la cirugía y separar de arriba abajo ambos labios uno de otro; tuvo en seguida hijos, y alguna vez oí decir á su marido, en broma, que su médico cortó demasiado, pero que en cambio paría con más facilidad.»

Hay otras causas, puramente accidentales, que estrechan la vulva y dificultan el coito. Por ejemplo, recordamos la siguiente aventura que aconteció á Lisfranc. Llamado á visitar á

una joven que, á consecuencia de un parto, tuvo una desgarradura del periné, le hizo una sutura. Algún tiempo después fué un joven á buscarle á su gabinete.—*Señor doctor*, le dijo, *hace ocho días me casé, y á pesar de todos mis esfuerzos todavía no soy más que el novio de mi mujer... Me regocijo con la certidumbre que me inspira esta situación, pero sin embargo quisiera verla cesar, y vengo á preguntaros si no podría hacerse alguna operación... Mi mujer está en la sala, y para no asustarla he querido enteraros primero.* Lisfranc abre la puerta... Nuestra desposada era (ya lo habréis adivinado), ¡la mujer de la sutura!

Diversos medios de desfloración.—Varían según los países; el doctor Godard ha expuesto la mayor parte en su obra *El Egipto y la Palestina*, de la cual los tomamos:

Parece ser que los turcos no dan importancia á desposarse con una mujer virgen, pero no sucede lo mismo con los árabes y coftos. En Nubia se casan las niñas á la edad de ocho á nueve años, pero el marido no se acuesta con ellas. Para ver si su mujer está virgen, el nubio la hace sentar en una silla; una mujer sujeta el brazo derecho, otra el izquierdo y otras dos mantienen separados los muslos. El consorte introduce dos ó tres veces el dedo índice en la vagina y comprueba la presencia del himen. Guarda entonces en su poder á su esposa uno ó dos años, hasta que tenga diez próximamente. Llegada esta edad, en lugar de hacerla incindir, como en el Sudán, la dilata con los dedos, primero con uno, después con dos, y repite esta maniobra muchos días seguidos.

Entre los árabes, el matrimonio se verifica lo más de ordinario antes de la época de los menstruos. Si la desposada tiene de nueve á diez años, la desflora una matrona; si tiene trece años, el marido practica la operación.

He aquí cómo procede la matrona: Presentes ambas madres, introduce en la vagina el dedo índice de la mano derecha, recubierto con un pañuelo; la joven grita mucho. Retirado en seguida el dedo, se despliega el pañuelo manchado de sangre y se manifiesta á los parientes en una habitación próxima. Entiéndase bien, todo se arregla siempre de modo que la mucha-

cha parezca virgen. Es de rúbrica que el marido aguarde algunos días para acostarse con su mujer.

«Los cristianos católicos de Egipto desfloran á sus mujeres con el miembro, al menos cuando las niñas son adolescentes. La operación se verifica delante de ambas madres y de la mujer que limpiaba los cabellos de la jovencita en el baño; los demás parientes están en una habitación inmediata. Algunas veces el joven pretende que la niña es mujer y rehusa entregarse al coito. Las madres tratan de persuadirle de que se engaña, pero él se obstina. Entonces la mujer que ha peinado los cabellos, siempre experta, interviene; y si sabe que la muchacha ya no está virgen, emplea la estratagema siguiente: toma un pañuelo y envuelve con él su índice, pero como tiene las uñas muy largas y muy puntiagudas, atraviesa el pañuelo. Al llegar á la vagina tiene el cuidado de arañarla fuertemente, á fin de producir una hemorragia. Se saca el pañuelo todo ensangrentado y se enseña al marido. Entonces le dicen al marido que no lo entiende; si persiste en su negativa, las mujeres le injurian, y los parientes, que están en la pieza próxima, gritan: «¡Hu! ¡hu!» Se hace ver el pañuelo á todos los asistentes, y de ordinario queda el joven convencido de que se ha casado con una virgen. Este engaño es fácil por la edad del marido, poco experto y demasiado joven.»

En Constantinopla el marido comienza el coito; se le obliga á que lo suspenda cuando los testigos juzgan desflorada á la mujer, para que sólo contenga sangre el lienzo que se acostumbra á enseñar á la familia.

También los persas manifiestan el pañuelo ensangrentado después de la desfloración.

ARTÍCULO III

DE LA EYACULACIÓN

Descripción de este acto.—Inmediatamente después de la introducción del pene en el estuche vaginal, la pelvis del hombre y la de la mujer, cuando ésta toma una parte activa en el coito, ejecutan una serie de movimientos alternativos de delante

atrás, cuyo objeto es el de excitar con repetidos frotes las eminencias papilares del glande y del clítoris. Las excitaciones de estas papilas producen una sensación indefinible de placer, que va en aumento y llega al paroxismo en el hombre en el instante en que el chorro del esperma se proyecta, con sacudidas, desde la uretra al cuello del útero.

La proyección del licor fecundante en el interior de los órganos femeninos constituye la *eyaculacion* (de *e*, fuera, y *jaculari*, echar). El fin del coito, según Cockburn, es ese «surtidor precioso que permite conocer toda la extensión de la voluptuosidad». En cuanto termina desaparece el cretismo nervioso, y cede el puesto á un abatimiento general que invita al sueño. Los antiguos decían:

Læta venire Venus, tristis abire solet (1).

Una cuarteta realista repite:

Tras muchos males y ruido,
gozas por fin de tu amada:
se extingue el fuego y, seguido,
viene el tedio... ¿y después?... ¡nada! (2).

La mujer no sufre este desfallecimiento después del acto sexual: *Triste est omne animal post coitum*, dice Galeno, *præter mulierem et gallum qui cantat.* Todo animal está triste después del coito, excepto la mujer y el gallo que canta.

Siempre se ha encontrado gran semejanza entre las diferentes fases de la cópula y los sacudimientos convulsivos seguidos de sueño comatoso que caracterizan un ataque epiléptico: Demócrito comparaba el coito con una corta epilepsia, y Marco-Aurelio decía que el amor es una pequeña convulsión. «De consultar sólo á la razón, escribe Chamfort, ¿qué mujer, por

(1) Venus suele venir alegre y marchar triste.

(2) Après bien des maux et du bruit,
On jouit enfin de sa belle:
Le feu s'éteint, le dégoût suit.
Le jeu valait-il la chandelle.

una epilepsia de algunos minutos, se proporcionaría una enfermedad de un año entero?»

La eyaculación es propia del sexo masculino. En otro tiempo creíase que la mujer emitía su semen y lo mezclaba con el del hombre; pero se hacía una confusión con el líquido segregado por las glándulas de Bartolino (fig. 52, D). Este error aun se halla muy difundido en nuestros días. Así se le encuentra en una obra reciente: *De rebus venereis ad usum confessariorum*, por el vicario general D. Craissón. Este autor examina la cuestión siguiente: «Cuando el hombre se ha retirado después de la eyaculación, pero antes de la de la mujer, ¿es posible provocar en esta última la emisión del semen por tocamientos inmediatos?»

Mecanismo de la eyaculación.—Para la mayor parte de los fisiólogos, la eyaculación se debe: primero, á las contracciones de las vesículas seminales (fig. 1, *l*) y de los conductos eyaculadores *(m)*, que dirigen el esperma á la uretra; luego, á las del músculo de Wilson (fig. 37, 10) y del bulbo-cavernoso (fig. 39), que expulsan por sacudidas el líquido fecundante al exterior. La fuerza impulsiva comunicada al esperma es tal, que puede ser lanzado á algunos pies de distancia: el músculo bulbo-cavernoso, sobre todo, es quien imprime á este acto su energía y su forma interrumpida á saltos; de aquí el nombre de *accelerator seminis et urinæ* que le dieron los antiguos.

Por mucho tiempo se creyó que sólo tomaban parte en la eyaculación las vesículas seminales; pero los animales privados de estos depósitos, como los perros, eyaculan con tanta fuerza y rapidez como los que están provistos de ellos.

Inmediatamente antes de la eyaculación, las glándulas de la uretra segregan un líquido claro y viscoso, que sirve para diluir el esperma y facilitar su paso á través de este conducto. Este líquido es el único que eyaculan los eunucos y el que fluye involuntariamente después de una violenta erección ó durante los esfuerzos para defecar.

La cantidad de esperma eyaculado, inclusos los productos accesorios de secreción que lo completan, es por término medio

la de cuatro gramos en un adulto. Pero sea cual fuere su abundancia, jamás se vacian por completo las vesículas seminales en una sola eyaculación. Así, Brachet ha encontrado casi llenos estos depósitos en un individuo muerto por apoplejía cerebral durante el coito. Es posible, pues, repetir el acto sexual con cortos intervalos: Sainte-Marie cita un negociante de Lyón que, atacado de priapismo en medio de un delirio furioso, eyaculó catorce veces en algunas horas.

Fenómenos anormales de la eyaculación. — La excreción espermática presenta muchas anomalías importantes. Algunas veces es demasiado rápida, por efecto de excesos venéreos ó de una sensibilidad genésica exagerada. Por ejemplo, en algunos individuos basta una conversación con una mujer para provocar la eyaculación. Lallemand cita la observación de un joven que obtenía el mismo resultado golpeándose la cabeza. Por el contrario, en otros casos es imposible la emisión de semen, y el acto sexual infructuoso. Esto constituye la *aspermasia* (de α, privativo, y σπέρμα, esperma) (1); las más de las veces la ocasiona una estrechez uretral.

Más rara vez, en lugar de ser agradable, la eyaculación es desagradable y da margen á la *dispermasia* (de δὺς, difícilmente). Pero la más frecuente de las anomalías de la eyaculación es la *incontinencia espermática*, más conocida por los nombres de *poluciones*, *pérdidas seminales* ó *espermatorrea* (de σπέρμα, esperma, y ρεῖν, fluir).

Las pérdidas seminales involuntarias se producen durante la vigilia ó el sueño. En el primer caso, casi siempre son consecuencia del onanismo y demás abusos venéreos. El licor espermático se evacua entonces, ya insensiblemente, ya al fin de la emisión de las orinas ó durante la expulsión de las materias fecales.

Lo mismo que las demás afecciones genito-urinarias, las pérdidas seminales atacan á la economía, principalmente á las fa-

(1) Demangeón refiere que, en una demanda de divorcio, la mujer de un inglés alegó que su marido *no tenía tinta en la pluma.*

cultades intelectuales y morales, de un modo desagradable. He aquí el sombrío cuadro que traza Areteo: «Al comunicarnos la vida, el semen nos da el calor, la fuerza, la valentía, la voz varonil, el pelo, en fin, lo que constituye la virilidad; ayuda poderosamente á la salud y la inteligencia. Cuando por excesivas pérdidas se ve privado el joven de este licor, adquiere el aspecto de un eunuco ó de un viejo. Los individuos agotados de este modo son perezosos, abatidos, sin alma, enervados, estúpidos, débiles, encorvados, cobardes, pálidos, blancos, afeminados, imberbes; su voz es aguda, no tienen apetito, están fríos, torpes de miembros, con las piernas sin fuerza, lánguidos, ineptos para todo».

Las consecuencias ordinarias de las pérdidas seminales persistentes son la hipocondría, la melancolía y hasta el suicidio. Para precaver estos desastrosos efectos, á veces hay que recurrir á la castración. Mr. Minière ha imaginado un aparato de los más ingeniosos, á fin de curar las poluciones nocturnas. Consiste en un anillo, en el cual se introduce el pene de tal modo que la erección determina, por su contacto con un aparato eléctrico, la formación instantánea de una corriente que á su vez hace sonar un timbre colocado cerca del oído del enfermo y cuyo ruido le despierta en seguida.

En cuanto á las poluciones nocturnas que no sobrevienen sino de tarde en tarde y son resultado de la continencia, deben considerarse como crisis saludables, por medio de las cuales la naturaleza se descarga de un humor superfluo. Subrevienen durante la noche, en medio de sueños lascivos, como lo escribía Lucrecio en su poema:

SÁFICOS

De adolescencia en los felices días,
cuando el amor á nuestro ser se impone,
hasta en el sueño voluptuosa imagen
lúbrico infunde.

Joven belleza, con lascivo impulso,
goces nos brinda en simulada lucha
llena de gracia, y sus redondos brazos
nos encadenan.

Amor, entonces, como hirviente lava,
corre hasta el fondo de anhelados senos...
y nos envuelven del placer las suaves
cálidas ondas [1].

Esto es lo que llama Voltaire «una buena suerte de capuchino».

Los individuos predispuestos á las pérdidas seminales, por debilidad de los órganos genésicos ó por cualquiera otra causa, deberán evitar dormir sobre el dorso, en un lecho blando ó provisto de muchos cobertores; ya hemos dado la razón de ello.

Algunas veces se verifican también eyaculaciones anormales fuera de la vulva, por efecto de un vicio de conformación conocido con el nombre de *hipospadias;* pero los *fraudes genésicos* que se practican para eludir las cargas de la paternidad son voluntarios.

De los fraudes genésicos. — El doctor Bergeret, que ha hecho sobre este asunto un estudio completo, divide los fraudes en el cumplimiento de las funciones generatrices en *directos* é *indirectos*. Los primeros son los más difundidos; consisten, siguiendo la práctica de Onán, en eyacular fuera de las vías genitales de la mujer, después de una cópula más ó menos completa.

Según el autor que citamos, los fraudes indirectos se practican, sobre todo, de dos maneras: ó bien la aproximación de los sexos no difiere del coito normal más que por el empleo de la cubierta membranosa imaginada por el médico inglés Condom, y que ha conservado su nombre, ó bien las relaciones sexuales se verifican por vías irregulares, «con ayuda de una impureza

(1) Dans les jours fortunés de notre adolescence,
Quand l'amour à nos cœurs révèle sa puissance,
Jusqu'au sein du sommeil nous suit la volupté.
Lascive enchanteresse, une jeune beauté
Nous provoque, résiste ou nous cède avec grâce,
Dans ses bras arrondis mollement nous enlace;
Aux plus secrets appas l'amour impétueux
Parvient, et se répand en flots voluptueux.

(De rerum natura.)

manual y recíproca, *manus stuprum*, por la aplicación de la lengua y los labios, por el eretismo del sentido genésico sin contacto inmediato ó por el coito *in vaso indebito* (boca, ano)».

Sólo diremos breves palabras sobre el uso de los *condones*. También se llaman *tripas preservativas*, *capotas inglesas*, *cintas de seguridad*, *guantes de amor*, *anticoncepciones*, etc. Estas envolturas se preparan con película de tripa de buey ó con cautchuc; sirven para dos fines: ya para frustrar los designios de la naturaleza impidiendo la fecundación de la mujer, ya como profiláctico contra las afecciones venéreas en los coitos sospechosos. Pero la insuficiencia de su solidez da margen á muchas trabacuentas. Por eso tenía razón Ricord para decir que esta pretendida vaina de seguridad es una coraza contra el placer y una tela de araña contra el peligro. «Mal paraguas, dice también el célebre sifiliógrafo, que la tempestad puede romper ó cambiar de sitio y que, en todo caso, garantizando bastante mal contra la nube, no impide mancharse los pies.»

Sin negar los perniciosos efectos de los fraudes genésicos sobre la salud, es preciso reconocer, sin embargo, que se han exagerado mucho. Bajo el punto de vista social, su resultado más grave es el oponerse á la prosperidad de los Estados limitando la fecundidad de los matrimonios, y á esta causa debe atribuirse el alto en el crecimiento de la población de Francia. Los Estados Unidos han obrado cuerdamente al prohibir desde 1.° de enero de 1873 la importación de los condones «porque impiden la reproducción». La Iglesia, fiel al precepto bíblico: *Crescite et multiplicamini*, ha proscrito en todo tiempo los fraudes conyugales. «No hay nada más bochornoso, dice San Jerónimo, que tratar á su mujer como á una adúltera.» Los fraudes genésicos se colocan en el derecho canónico entre el número de las causas de nulidad del matrimonio. Sin embargo, en otro tiempo, la mayor parte de los teólogos que, con el nombre de casuistas, enseñaban la moral religiosa, autorizaban «los tocamientos y besos de toda especie» entre los cónyuges, y llegaban hasta reconocer que no hay pecado mortal en la acción de *virile membrum in os mulieris immittere*. Verdad es que otros que-

rían que los fraudes genésicos fueran asimilados á un verdadero infanticidio y castigados como tal.

Los economistas, no todos consideran los fraudes genésicos como un mal social. Por el contrario, Malthus y sus adeptos hacen de esta práctica el principal elemento de la prosperidad de un país. Su doctrina se funda en el principio de que, para que se acreciente la riqueza de una nación, es preciso aumentar la producción y restringir la multiplicación de sus habitantes. Para lograr este fin propuso Sismonde de Sismondi prohibir el matrimonio de los indigentes, como en Baviera: «La sociedad, dice, no debe dejar morir de miseria á los que se han puesto bajo su protección, pero no debe permitir nazcan aquellos que sólo pueden morir de miseria». «Que la prudencia penetre en los hogares, dice también Rossi, y presida al establecimiento de cada familia, y no habrá que inquietarse ya por la humanidad.» Según Mr. Duchâtel, en cuanto comienza un país á poblarse, es preciso de toda necesidad, ó que la prudencia de los individuos limite el número de los nacimientos, ó que la población sea diezmada por la miseria. Citemos, por último, la opinión de Mr. Bertillón, de la cual participamos en absoluto:

«Después de haberse desarrollado poco á poco su inteligencia y elevado hasta el conocimiento de sí mismo, dice este sabio estadístico, ha empezado el hombre á reaccionar contra la fatalidad, y mientras los miserables y los esclavos continuaban, á semejanza de los brutos, no imponiendo regla alguna á su fecundidad y merecían el significativo nombre de *proletarios* (hacedores de hijos), los más prudentes, los mejores *(aristos)* no aceptaban los dolores de la maternidad ni las cargas de la paternidad sino en la medida y según la estimación de sus fuerzas. Han arrebatado á la fatalidad el cuidado de regular lo que no regula más que por el dolor y la muerte, y aunque hubieran de confundirme Jehová con sus rayos y los casuístas con sus decisiones, no consiento en ver en ello un crimen, una falta, sino, antes al contrario, una victoria de nuestra voluntad sobre la fatalidad de las cosas.»

Ciertamente, es preferible aplicar los principios de Malthus que recurrir al remedio imaginario propuesto por Swift. «Para

impedir, decía, que en Irlanda pesen los niños pobres sobre sus padres ó su país, y para hacerlos útiles al público, es preciso servirlos asados ó cocidos en la mesa de los ricos.» Sabido es que en el prefacio del *Señor Alfonso* sostiene Alejandro Dumas la misma paradoja, y habla también de hacer servir los niños pequeños para la alimentación. Los chinos han tenido durante mucho tiempo la inmerecida reputación de cebar los cerdos con lo superfluo de su progenie.

ARTÍCULO IV

DE LA SENSACIÓN VOLUPTUOSA

Naturaleza y objeto de esta sensación.—Ya hemos dicho que el placer que acompaña al coito es un estímulo empleado por la naturaleza para asegurar el cumplimiento de este acto, y por consiguiente la propagación de la especie. Voltaire lo ha dicho:

Al placer, el mortal debe la vida (1).

«Como la eyaculación, escribe Dionis, es el fin del acto en el hombre, es también el objetivo que se propone, porque este es el momento al que va adscrito el principal placer y todo cuanto precede no se ejecuta sino para llegar al instante de ese goce tan vecino del dolor. Con frecuencia este placer tan breve es lo que impulsa al hombre, más bien que el deseo de tener hijos: en efecto, si la naturaleza no hubiera puesto en las partes naturales una voluptuosidad singular que se deja sentir en los abrazos, esta acción hubiera sido indiferente al hombre y no se hubiera inclinado á ella sino rara vez; pero la naturaleza, que quería perpetuar las especies renovándolas sin cesar, ha unido á estas partes un placer que constriñe á los animales á ayuntarse y al cual no es capaz de resistirse el hombre con toda su razón.»

La sensación voluptuosa no ejerce ninguna influencia directa sobre el resultado final del coito, es decir, la fecundación. Así,

(1) Tout mortel au plaisir a dû son existence.

los primeros contactos son siempre dolorosos para la mujer, y de ordinario van seguidos de preñez. Lo mismo sucede con los fecundamientos obtenidos artificialmente, y los consecutivos á la violación durante el síncope ó el sueño provocado por vapores anestésicos, ó también en el estado de catalepsia. Muchas veces se cita la historia de aquel religioso que, velando á una joven aletargada, tenida por muerta, se apasionó de sus encantos y abusó de ella. Volviendo á pasar al año siguiente por el mismo pueblo, supo que aquella joven había vuelto á la vida y que después dió á luz un niño, cuyo padre ignoraba quién fuese. Confesó éste su falta, y la reparó casándose con aquella que le inspirara pasión tan violenta. La sensación voluptuosa es tal en los animales, que les hace olvidar hasta el instinto de la conservación: puédese impunemente mutilar á las ranas machos durante la cópula sin lograr que abandonen á su hembra, á la cual abrazan con fuerza. En la especie humana no es menos viva la sensación. «La mayor parte de los animales, dice Voltaire, no gozan del placer en el amor sino por un solo sentido, y en cuanto se satisface este apetito todo se extingue. Ningún animal, fuera del hombre, conoce los besos; todo su cuerpo es sensible; sus labios, sobre todo, disfrutan de una sensibilidad que nada embota, y este placer no pertenece más que á su especie. En fin, en todo tiempo puede entregarse al amor, y los animales no tienen sino una época fija.»

Parece que bajo el reinado de San Luis los casados no podían pasar juntos las tres primeras noches de boda sin comprar la aquiescencia del obispo. «Estas tres noches, hace observar Montesquieu, son las que habían de tributar, pues por las otras no se hubiera dado mucho dinero.» El Concilio de Cartago, celebrado en 398, sólo prescribía la continencia la primera noche. Tobías, según la Escritura, guardó continencia las tres primeras noches de su boda y las santificó por las plegarias.

Diferencia de sensación en ambos sexos.—Los antiguos pensaban que las mujeres reciben más placer en el amor que los

hombres, é hicieron compartir esta opinión al adivino Tiresias en la querella que, según hemos referido ya, se produjo entre el rey del Olimpo y su mujer. Tal era también el parecer de Platón, quien comparaba los órganos de la mujer con «un animal voraz y ávido, á quien si se rehusa el alimento en su época se enfurece impaciente por la demora». A este pretendido furor femenino alude este pasaje de la Escritura: *Tria sunt insaturabili... infernus et os vulvæ et terra.* Tres cosas hay insaciables... el infierno, la vulva y la tierra. Mas, por el contrario, se ha reconocido que la mujer experimenta con menor viveza las sensaciones genésicas que el hombre. Y debía ser así, para permitir á este último, factor activo de la generación, desplegar en el cumplimiento de esta función toda la energía física que requiere. Ciertas mujeres sienten durante el coito, al cual sigue embarazo, un espasmo voluptuoso de una naturaleza particular que jamás les engaña.

Modo de producirse la sensación voluptuosa.—El punto de partida de la sensación voluptuosa está en las papilas del glande en el hombre y las del clítoris en la mujer. Por la influencia de los frotamientos reiterados, estas papilas se hacen asiento de una excitación cada vez más viva, que se transmite por los filetes nerviosos del aparato sexual al centro de las percepciones, el cerebro. La sensibilidad de estas papilas no es igual en todos los individuos; por otra parte, se halla subordinada al poder de la imaginación, á la excitabilidad del sistema nervioso y al contacto más ó menos íntimo de las superficies genitales. Así, la sensación de placer es más viva si el glande está protegido por el prepucio que si está descubierto ó circuncidado, porque las papilas en este último caso están recubiertas por una capa epitelial más densa, que hace el oficio de una capa aisladora. Lo mismo sucede con el condón, que al recubrir el glande embota su sensibilidad. Según el Talmud, «el hombre circuncidado da menos placer á una mujer que el incircunciso». No vemos bien por qué.

La manera más agradable para uno y otro sexo de efectuar el coito es precisamente la que hace más íntimo el contacto entre

los órganos genitales. Aparte de esto, la posición más natural es aquella en que el hombre toma puntos de apoyo en los codos y rodillas. «*Situs naturalis*, escribe el vicario Craïssón, *est ut mulier sit succuba et vir incubus, hic enim modus aptior est effusioni seminis virilis et receptioni in vas femineum ad prolem procreandam. Unde si coitus aliter fiat, nempe sedendo, stando, delatere, vel præpostere (more pecudum), vel si vir sit succubus et mulier incuba, innaturalis est* »

A veces son consultados los médicos para indicar posiciones particulares, cuando se trata de favorecer la fecundación en los casos de esterilidad, ya debida á desviaciones uterinas, ya á ciertas anomalías del pene, como se observó en Enrique II, atacado de hipospadias. «El Rey, cuenta Dionis, consultó á Fernelio, su proto-médico, quien después de haber examinado de dónde provenía el defecto, le enseñó la postura de que debía servirse para acariciar á la Reina, la cual tuvo siete seguidos.»

Para aumentar la sensación voluptuosa, han recurrido los dayaks de Borneo á un medio curioso, digno de figurar en el primer rango entre los refinamientos eróticos imaginados por los pueblos cultos. Se perforan el pene con una ó varias varillas de metal, cuyas extremidades libres están destinadas á excitar vivamente las paredes vaginales. Parece ser que las mujeres de estos salvajes se manifiestan muy satisfechas de esta extraña costumbre, y dicen que *este instrumento es para el coito lo que la sal para la carne.*

ARTÍCULO V

HIGIENE DEL COITO

Examinaremos sucesivamente: 1.°, la edad en que conviene practicar el coito; 2.°, la época del año y el momento del día más propicios para el cumplimiento de este acto; 3.°, el número de veces que puede practicarse; 4.°, las modificaciones pasajeras ó permanentes que imprime al organismo.

Pero, ante todo, el olor fétido que se desprende de los órganos genitales necesita los mayores cuidados de aseo.

Sin limpieza, el amor más delicioso,
no es amor, sino un acto vergonzoso [1].

«Por efecto de una singular anomalía del gusto y del olfato, en ciertas personas, escribe el doctor Garnier en su *Generación universal*, esta fetidez repugnante puede ser un delicioso aroma que excita vivamente sus sentidos, como en los animales. Enrique IV es un ejemplo bien conocido de ello [2]. El asco que resulta de esto para uno de los cónyuges siempre es una causa de frialdad, si no de impotencia relativa, á propósito para perturbar la armonía y la unión sexuales. El divorcio de los dos hermanos Urfé, en el siglo décimosexto, con Diana de Château-Maraud, no tuvo más causa que su excesiva suciedad. Reuniendo todos los dones de una joven perfecta: riqueza, nacimiento, talento y juventud, los había seducido y atraído uno tras de otro. Pero el autor de *Astrea* fué vencido, como su hermano, por las mismas repugnancias, y el amor y el interés, que son los móviles más poderosos de las acciones humanas, no pudieron triunfar de aquéllas.»

De la edad en que conviene practicarse el coito.—La época en que puede practicarse eficazmente el coito es la de la *nubilidad* (de *nubere*, casarse). No puede tener nada de absoluta, pues está subordinada á la constitución de cada individuo. Es preciso, ante todo, que el aparato genital haya alcanzado su completo desarrollo. Ahora bien; sabemos que los fisiólogos fijan esta época en el año vigésimo para las mujeres, y en el vigésimocuarto para los hombres. Pero estos límites son superados la mayor parte de las veces. Así, en territorio francés, la edad media del matrimonio es la de treinta años y medio para los hombres y veintiséis para las mujeres.

Las leyes de casi todos los países exigen un mínimum de

[1] Sans propreté, l'amour le plus heureux
N'est plus l'amour, c'est un besoin honteux.

[2] Este príncipe tenía, por lo demás, pasión por todos los olores fuertes; por eso apreciaba mucho las morcillas, á causa de su olor de excrementos y su gusto particular, que llamaba "sabor del terruño".

edad que corresponde á la pubertad en ambos sexos. En Francia se ha establecido el de diez y ocho años para los hombres y quince para las mujeres, como lo manifiesta el *Código en verso*:

No puede el hombre el yugo de himeneo
pretender sin cumplir los diez y ocho,
y la mujer hasta pasar de quince
no es lícito que aspire al matrimonio (1).

Es interesante conocer la edad á que puede casarse en los diferentes Estados de Europa:

	Hombres.	Mujeres.
Austria	14	14
Alemania	18	14
Bélgica	18	15
España	14	12
Grecia	14	12
Hungría (católicos cismáticos)	14	12
— (protestantes)	18	15
Italia	18	15
Portugal	14	12
Rusia	18	15
Rumania	18	16
Sajonia	18	16
Suiza (según los cantones)	14-20	12-17
Turquía	Pubertad.	Pubertad.

Como se ve, no hay concordancia alguna entre la edad fisiológica y la edad legal de los esposos; esto es una laguna que produce el mayor perjuicio á la salud pública. Los galos, al decir de Montesquieu, eran más razonables que nosotros sobre este particular; «estimaban en extremo vituperable haber conocido mujer antes de la edad de veinticinco años».

Ningún artículo del Código prohibe el matrimonio pasada cierta edad; es difícil asignar un límite máximo al ejercicio del coito, teniendo en cuenta que es muy variable el período de aptitud para la reproducción. Numerosos ejemplos, y ya hemos citado algunos, prueban que no siempre la vejez es indicio de impotencia, y que ciertos individuos avanzados en edad todavía son capaces, como dice Montaigne, «de obsequiar el tálamo nupcial». El doctor Garnier habla en su *Generación universal* de un célebre médico de París, el doctor Piorry sin duda, quien se volvió á casar en terceras nupcias á la edad de setenta y ocho años con una mujer de treinta y cinco, la cual parió un

(1) Avant d'avoir fini sa dix-huitième année,
L'homme ne peut prétendre aux nœuds de l'hyménée;
Et la femme, à son tour, ne le peut point non plus
Avant d'avoir atteint ses quinze ans révolus.

niño siete meses después. Fué más dichoso que el viejo de quien habla el epitafio tan conocido:

Yace aquí quien, por tener
bellos hijos, se casó
de ochenta y cuatro, y tomó
joven y hermosa mujer.
No pudo otra cosa hacer
para abrir su sepultura,
pues ¡mísera suerte y dura!
con ilusión fementida,
queriendo engendrar la vida,
sólo su muerte procura (1).

Tal fué la suerte de Luis XII, cuando á los cincuenta y dos años, gastado por la gota y las fatigas, se casó en terceras nupcias con una hermana del rey de Iglaterra, Enrique VIII, de diez y seis años de edad, ligera y galante: «vivía, dice Fleuranges, con un maravillosamente gran régimen, el cual rompió cuando estuvo con su mujer; y bien le decían los médicos que, si continuaba así, se moriría por divertirse». También el doctor Juan Manardi, de Ferrara, quien á los setenta y cuatro años se casó con una joven, murió poco tiempo después. Cuenta Bayle que, «habiéndose casado muy viejo este Manardi con una joven, cometió excesos que le mataron. No dejaron los poetas de epigramatizar después, y principalmente aquellos que supieron que un astrólogo le había predicho que moriría en una fosa. Este fué el asunto del dístico de Latomus:

In fovea qui te periturum dixit aruspex
Non est mentitus: conjugis illa fuit (2).

»Tanto se alambicó el pensamiento de este dístico, que ha lle-

(1) Ci-gît qui pour avoir enfans,
Prit femme à quatre-vingt-quatre ans.
Il la prit jeune et jolie
Afin de caver au plus fort.
Mais ô triste et malheureux sort!
En cherchant à donner la vie,
Le bonhomme a trouvé la mort.

(2) No mintió el arúspice que dijo perecerías en un hoyo: fué en el de tu cónyuge.

gado á decirse que para evitar Manardi la predicción se apartaba de todos los hoyos. Sólo pensaba en el sentido literal y no desconfiaba del alegórico; pero reconoció por experiencia que no siempre es la letra la que mata, y algunas veces la alegoría es el golpe mortal».

Será, pues, prudente, pasados los sesenta años, abstenerse de toda relación sexual, á causa de los temibles accidentes que de ella pueden resultar. Porque, según el poeta,

Advierte que servirá,
la luz de una misma antorcha,
para llevarte hasta el tálamo
y del tálamo á la fosa [1].

«La corona de mirto no se ha hecho para las cabezas canas», dice con verdad uno de nuestros antiguos autores. «Lo peor para un viejo, decía el médico Tsabet-ben-Cora (siglo IX), es un buen cocinero y una mujer joven.» Y el abate Maury escribía á su amigo Portal: «Cada vez que un viejo se entrega al placer del amor, se echa en la cabeza una paletada de tierra». «La vejez, dijo también Terencio, es por sí una enfermedad; si le dais mujer, será la muerte.» En fin, La Rochefoucauld pretende que la vejez es un tirano que prohibe con pena de la vida todos los placeres de la juventud.

A pesar de las numerosas autoridades que acabamos de citar, si el anciano que quiere salirse de las costumbres de su edad no se expone á abreviar su vida, por lo menos hará bien en abstenerse por temor á no poder cumplir sus promesas y exponerse al ridículo; que medite estos versos de Lainez:

El viejo que busca moza
debe temer un mal paso:
cuando nieva en la montaña,
hay hielo en los países bajos [2].

(1) On ne se servira que d'un même flambeau
Pour te conduire au lit, et du lit au tombeau.
ALEJANDRO HARDY.

(2) Ce vieillard qui veut prendre une jeune compagne
Doit, en se mariant, craindre quelque faux pas.
Quand il neige sur la montagne,
Il fait froid dans les pays bas.

Lo más oportuno será seguir el ejemplo de Felipe de Herbelot, que murió á los ciento quince años. Algún tiempo antes de su muerte, fué recibido en audiencia para presentar un ramo de flores á Luis XIV, en el día de su santo. Este monarca le felicitó por su larga vejez, y preguntóle cómo se había manejado para alcanzarla: *Señor*, respondió maliciosamente el anciano, *desde la edad de cincuenta años he cerrado mi corazón y abierto mi cueva*. Luis XV, ya viejo, expresaba á su primer médico temores muy serios acerca del quebrantamiento de su salud: *¡Ay, bien lo veo*, le decía, *será preciso que calce las ruedas!—Señor*, contestó el doctor, *mejor haríais con desenganchar*. En fin, según Cicerón, contestaba Sófocles á alguien que le preguntaba si siendo viejo gustaba aún los placeres del amor: *Los dioses me preserven de hacerlo; los he abandonado de tan buena voluntad, como me habría despedido de un amo salvaje y furioso.*

En otro tiempo se trataba de sostener y reanimar las fuerzas decadentes de los viejos haciéndoles acostarse con jóvenes y graciosas doncellas. Este remedio, quizá más peligroso que el mal, fué así empleado desde luego por el rey David, quien, dícese, recobró su vigor en brazos de la joven Sunamita Abisag. Llegado más tarde Barbarroja á una extrema vejez, usó el mismo procedimiento por consejo de un médico judío. También Boerhaave hizo que un viejo burgomaestre de Amsterdam se acostara entre dos jóvenes doncellas.

La satisfacción de la necesidad genésica hase aconsejado como remedio de diversas afecciones morales y aun físicas; hemos citado ya los ejemplos de Antíoco Sóter, Justo y Perdicas.

Cuando Luis VIII fué atacado por la enfermedad que le condujo al sepulcro, refiere Mezeray que, «habiendo declarado los médicos que la enfermedad del rey sólo estaba producida por un exceso de continencia, le propusieron un remedio reprobado por la ley de Dios (1). Imaginaron colocar junto á él, en su lecho, durante su sueño, una joven doncella, la cual le expuso, al

(1) Tal es también la opinión de monseñor Angel-Antonio Scotti: "en recta conciencia, dice, no es lícito al médico proponer el susodicho remedio, á menos de elegir criaturas de tan tierna edad que sea absolutamente imposible concebir la más mínima sospecha„.

despertarse, el motivo en virtud del que la habían colocado allí: *No, hija mía*, prorrumpió Luis, *mejor quiero morir que salvar mi vida con un pecado mortal.* Al mismo tiempo llama á Archambaud de Borbón, que había conducido esta intriga, y le ordena que case honrosamente á esta joven».

En tiempo de Marcial se indicaba ya la satisfacción del placer de los sentidos para curar las neurosis:

Hystericam vetulo se dixerat esse marito,
Et queritur futui Leda necesse sibi.
Sed flens atque gemens tanti negat esse salutem,
Seque refert potiùs proposuisse mori.
Vir rogat ut vivat, virides nec deserat annos;
Et fieri, quod jam non facit ipse, sinit.
Protinùs accedunt medici, medicæ que recedunt,
Tolluntur que pedes: ô medicina gravis! (1).

Si el matrimonio es útil algunas veces contra ciertos desarreglos funcionales, no debe, sin embargo, convertirse en un remedio aplicable á todas las afecciones físicas:

"Esto, según dicen,
lo arregla una boda,,.
¡Linda panacea!
sabida es la cosa:
¿la futura es flaca?
casándose engorda;
¿gruesa en demasía?
esbelta se torna;
¡hasta se endereza
si tiene joroba! (2).

(1) Leda dice á su viejo marido que se halla histérica y se queja de lo que es necesario para ella. Pero, llorando y gimiendo, niega que haya salvación y prefiere dejarse morir que acceder á lo que se propone. El hombre le ruega que viva, para que no se malogren sus verdes años, y permite le hagan lo que él mismo no hace ya. Al punto acuden médicos, y las curanderas marchan y aprietan el paso: ¡oh, seria medicina!

(2) On dit: "Le mariage arrangera cela.,,
La panacée est bonne. On connaît celle-là;
La future es trop maigre, un mariage engraisse;
Trop grasse, il la maigrit; bossue, il la redresse!

Les Faux Ménages.

De la época y momento favorables para el coito.—En los animales, la unión sexual se verifica en ciertas épocas periódicas, llamadas «épocas del celo»; pero, en la especie humana, la cópula no está sujeta á ninguna influencia semejante. «Beber sin sed y amar en todo tiempo, dice Beaumarchais por boca de Antonio, es lo que distingue al hombre de los demás animales.»

Sin embargo, en la mujer se siente, sobre todo, la necesidad genésica hacia el fin de la regla; pronto veremos que también este momento es el más favorable para la fecundación. Pero deberá evitarse con cuidado el coito durante el período menstrual, porque expone á uno y otro sexo á trastornos que ya hemos señalado.

Según hemos dicho, las relaciones sexuales son más frecuentes en primavera, y sobre todo en el mes de mayo: al menos esto es lo que demuestra la estadística de los nacimientos y de los atentados contra el pudor en Francia. El doctor Monlau recomienda gran discreción genésica durante los calores, en todos los meses sin *erre* [1], como para las ostras, porque las evacuaciones espermáticas debilitan más en esta época del año. «En junio y julio, dice un refrán español, ni mujer ni caracol.» Los días caniculares pasaban también en la antigua medicina por ser funestos para el acto venéreo. En el acto II, escena III, del *Anfitrión* de Molière, Cleantis da buena cuenta de esta preocupación:

[1] Esto lo ha expresado el higienista Roullín con los siguientes malos versos:

Aux quatre mois qui n'ont point d'R,
Laisse ta femme et prends le verre;
Au mois en R, pour ta raison,
Laisse le verre, prends le jupon (*).

(*) En los meses que no tienen *erre*,
deja tu esposa, toma la jarra;
en los meses que con *erre* escribes,
déjate el vaso, busca las faldas.

SOSIAS

Los médicos aseguran
que el hombre borracho debe
de la mujer á quien ama
en tal estado abstenerse,
pues si en él hijos engendra
son torpes y luego mueren.
Mirad bien cómo, si yo
mi alma enfrenado no hubiese,
acaso hubieran surgido
funestos inconvenientes.

CLEANTIS

De los médicos me burlo
y disparates que inventen;
que curen á los enfermos
y en paz á los sanos dejen.
En demasiadas honduras
acostumbran á meterse,
queriendo que nuestro ardor
á sus órdenes se pliegue;
y acerca de la canícula
tratan de imponernos leyes
con cien estúpidos cuentos,
inoportunos por ende (1).

(1) SORIE

Les médecins disent, quand on est ivre,
Que de sa femme on se doit abstenir;
Et que dans cet état, il ne peut provenir,
Que des enfants pesants, et qui ne sauraient vivre.
Vois, si mon cœur n'eut sçu de froideur se munir.
Quels inconvénients auraient pu s'en ensuivre.

CLÉANTHIS

Je me moque des médecins,
Avec leurs raisonnements fades.
Qu'ils règlent ceux qui sont malades,
Sans vouloir gouverner les gens qui sont bien sains.
Ils se meslent de trop d'affaires,
De prétendre tenir nos feux gênés;
Et sur les jours caniculaires,
Ils nous donnent encor, avec leurs lois sévères,
De cent sots contes par le nez.

SOSIAS

Más quedo.

CLEANTIS

¡No! Yo aseguro
que esto en bien parar no puede,
pues aquestas son razones
de extravagantes caletres.
El vino ni el tiempo nunca
ser perjudiciales pueden
para cumplir del amor
los conyugales deberes,
y los médicos son bestias
si lo contrario defienden [1].

Los higienistas se oponen al cumplimiento de las funciones genitales al levantarse de la mesa. Hay que reconocer, sin embargo, que la excitación producida por una comida copiosa es un estimulante genésico muy activo. Con frecuencia es el único medio capaz de reanimar las naturalezas más frías. Bueno será, no obstante, abstenerse de todo contacto sexual después de excesivas libaciones, porque está demostrado que el engendrar en esas circunstancias predispone á los hijos á enfermedades nerviosas. A fin de evitar estas desagradables consecuencias, no permitían los antiguos que los esposos pasaran juntos la noche que seguía á su banquete de boda. Por la misma razón prohibía una ley de Cartago el uso del vino el día del casamiento.

La ley de Mahoma dispone que los musulmanes vayan á la mezquita y cumplan su deber conyugal una vez por semana, el viernes, *Veneris dies*, día de Venus.

(1) SOSIE

Tout doux.

CLÉANTHIS

Non, je soutiens que cela conclut mal,
Ces raisons son raisons d'extravagantes testes.
Il n'est ni vin, ni temps, qui puisse être fatal,
A remplir le devoir de l'amour conjugal;
Et les médecins son des bestes.

Es bastante difícil precisar el momento del día más favorable para el coito, y varía según las circunstancias. Es por la noche, si creemos á Víctor Hugo:

De la noche el placer hijo,
en sus ojos la esperanza,
con las tinieblas se enciende
y con la aurora se apaga [1].

«Demasiada claridad asusta al dulce placer», escribe también Parny. Pero Hipócrates aconseja la mañana, y dice que «el sueño debe pasar antes que Venus». En la duda, no se abstiene Vauquelín de la Fresnaye, acepta la mañana y la noche:

De su médico inquirir,
con afán, la bella Juana
quiso si noche ó mañana
suele al amor convenir;
según el docto sentir,
"más por la noche entretiene
y por el alba es higiene,,.
Risueña, Juana, exclamó:
"¡las dos veces lo haré yo,
pues placer y salud viene! [2],,

En sus *Obras morales*, Plutarco hace discutir entre varios personajes esta pregunta: *¿Cuál es el tiempo propicio para conocer á una mujer?* Divídense las opiniones: unos proponen la mañana, otros la noche, algunos que sea después de la comida. Olimpio predica la continencia, y desea que se diga todas las

(1) Le plaisir, fils des nuits, dont l'œil brillant d'espoir
S'éteint vers le matin et se rallume au soir.

(2) Jeanne voulait savoir du médecin
Lequel vaut mieux, le soir ou le matin,
Au jeu d'amour. Il dit que plus plaisant
Etait le soir, le matin le plus duisant
Pour la santé. "Lors dit Jeanne en riant,
Je le ferai d'un appétit friand,
Doncques au soir pour la grand'volupté,
Et le matin pour la bonne santé.,,

noches al acostarse: «no es tiempo todavía», y por la mañana al levantarse: «ya no es tiempo».

Venette, que ha estudiado á fondo el mismo asunto en su *Cuadro del Amor conyugal*, termina su capítulo titulado: *A qué hora del día debe uno besar amorosamente á su mujer*, con esta conclusión muy juiciosa, que hacemos nuestra: «Después de haber dicho lo que puede decirse sobre esta materia, para resolver, pues, la cuestión, permítaseme que no observe el día ni la noche, las horas ni los momentos, y sí sólo la disposición en que nos hallamos al sentir los aguijones de Venus».

De la rapidez y la frecuencia del coito.—Según Burdach, la facultad de repetir el coito está casi siempre en razón inversa de lo que dura este acto: «Las mariposas diurnas, dice este fisiólogo, permanecen unidas muy poco tiempo, pero repiten con frecuencia el acto, al paso que la cópula es larga en los coleópteros, que no la verifican sino una sola vez. La hembra del gamo se ayunta dos ó tres veces en el término de una hora, y la vaca cuatro ó seis. El gallo repite el acto hasta cincuenta veces al día; el gorrión y la nevatilla hasta veinte veces por hora. El coito es, por decirlo así, instantáneo en el ciervo; tan rápido, que durante largo tiempo creyóse que jamás lo efectuaba. Por el contrario, el kanguroo y el puerco son muy lentos para practicar la cópula, y los escuerzos permanecen ayuntados muchos días.

En la especie humana, por lo general, se verifica el coito dos veces por semana. Mahoma, que al decir de Rabelais «se gloría en su Alcorán de tener en sus genitales la fuerza de sesenta galeotes», prescribió un intervalo de ocho días, y Solón de diez. El derecho canónico, más generoso, permitía tres ó cuatro relaciones sexuales en la misma noche: «*Non peccat negans, quando alter immoderate petit, ter aut quater eadem nocte*». Venette fija en cinco por noche el número de los «asaltos amorosos». Aunque ya muy exagerado, puede superarse con mucho este límite. Crucio cita un criado que en una sola noche hizo madres á diez criadas. En una carta dirigida á su amigo Metianus, se alaba el emperador Próculo de haber empreñado en

menos de quince días á cien vírgenes sármatas que le cayeron entre manos. Montaigne nos ha transmitido la historia de aquella reina de Aragón que dictó una sentencia contra un catalán acusado por su mujer de excesivo ardor genésico. Este hombre confesó, en efecto, que cada noche se señalaba por «diez triunfos», y le fué prohibido bajo pena de muerte acercarse á su mujer más de seis veces al día. Tardieu ha observado individuos, afectos de satiriasis, que podían repetir el acto venéreo más de cuarenta veces en una noche. Hércules tuvo trato con cincuenta doncellas en la misma noche, y no fué éste el menos duro de sus trabajos. En igual caso se encuentran las mujeres poseídas de furor erótico. Cleopatra, con el nombre de una cortesana romana, fué á una casa de crápula, y, según dice Venette, excedió en menos de un día veinticinco veces á la prostituta que se reputaba más invencible en amor; dícese que Mesalina soportó los ímpetus amorosos de ciento seis hombres sin quedar satisfecha. Montaigne refiere la historia de Juana, reina de Nápoles, que «hizo estrangular á su primer marido, Andreos (1), en las rejas de su ventana con un lazo de oro y seda, tejido por su propia mano, porque en los tratos matrimoniales no halló en él los esfuerzos en consonancia con la ilusión que había concebido al ver su estatura, su belleza, su juventud y disposición, por las cuales se prendó y vióse engañada».

No puede limitarse moralmente, ni aun de un modo aproximado, la frecuencia del coito, pues varía, no sólo de un individuo á otro, sino también en uno mismo según los instantes. La verdadera regla higiénica que debe observarse en el cumplimiento de las funciones sexuales es la de atenerse á sus propias fuerzas y no tratar jamás de superarlas. *Ne quid nimis*, nada demasiado, dijo Ovidio. «La moderación es el tesoro del sabio», piensa Voltaire. Deberáse, pues, lo mismo que con el alimento, quedarse con apetito. «Es preciso, dice el doctor Menville de Ponsán, apartarse del altar del amor con la fuerza necesaria para depositar en él otra ofrenda.»

(1) Andrés, hijo de Carlos, rey de Hungría, á quien los italianos llamaban Andreasso.

El placer que el sabio aprueba
es cual vino delicado:
su uso permitirse puede,
mas bebed sin embriagaros (1).

Guárdese, pues, de seguir el consejo que da Coquillard en los *Derechos nuevos:*

"Buen señor, si la criatura
pide en grande la pitanza
de diario á su marido,
¿hace mal? ¡nones, nequáquam!„ (2).

El doctor Dupasquier, en los *Apuntes de un médico*, prueba con la siguiente anécdota que todo lo extremado carece de duración:

«Dos amigas íntimas, casadas el mismo día, visitábanse de tornaboda. La una, locuela y viva, pregunta á la otra en secreto si su marido está con frecuencia... tierno.—Sí, bastante, dijo ésta ruborizándose un poco; antes de dormirse me da una vez las buenas noches.—¡Vaya, valiente cosa! replicó la picaruela con tono zumbón; el mío me da dos veces las buenas noches y una los buenos días...

»Encuéntranse estas amigas un año después.—¿Qué hay? interroga la segunda, ¿aun te da tu marido dos veces las buenas noches?—¡Ay, querida mía! no me hables de eso; estuvo muy enfermo, y desde entonces ya no piensa en ello más que una ó dos veces por semana. ¿Y el tuyo?—El mío no entonó tan alto, pero no ha bajado ni un semitono.

»Diez años más tarde vuelven á encontrarse estas amigas.—¿En qué estáis? inquiere de nuevo la segunda.—¡Ay! mi marido parece ya un viejo... sale por quincenas, y aun así con

(1) Le plaisir sied très bien au sage,
Il ressemble aux vins délicats:
On peut s'en permettre l'usage;
Buvez, ne vous énivrez pas.

(2) "Beau sire, si la créature
Prent tous les jours, de son mary,
Le picotin à grand mesure,
Fait-elle mal? Nenny, nenny!„

poco arranque. ¿Y el tuyo?—Siempre lo mismo; siempre con su coplita cada noche».

En el *Arte de amar* ha dado Gentil Bernard prudentes consejos sobre este asunto:

Feliz amante, tus excesos teme,
dulces tributos que al amor le pagas:
por vanidad en sus primeros vértigos
muere la salamandra.
Prudente atleta, al combatir certero,
en el descanso de la noche blanda
las fuerzas busca con que en tiernas lides
vencer por la mañana.
Sileno bebe, y de su sed la sobra,
y en su celeste copa sobrenada.
Así hay que amar: dejando que recrezca
el torrente del ansia (1).

Por último, bueno será meditar las siguientes observaciones, dirigidas por un médico viejo á un hombre joven: «Si vuestra constitución es endeble y enfermiza, evitad los placeres del amor; hay en ellos un lecho de espinas cubierto de rosas. Pero si el excitante prolífico sin cesar obra en vosotros, conducíos según vuestra edad. Desde veinticinco á treinta y cinco años, vivid de la renta; de treinta y cinco á cuarenta y cinco, haced economías; desde los cuarenta y cinco en adelante, conservad con avaricia el capital».

Influencia del coito sobre el organismo.—Examinaremos las modificaciones pasajeras ó permanentes que imprimen á la economía el uso regular del coito, sus abusos y su privación ó *continencia*.

(1) Mais redoutez, possesseur trop heureux,
L'excès fatal du tribut amoureux.
Qu'un salamandre en ses premiers vertiges
Tombe épuisé pour conter ses prodiges:
Un sage athlète, au combat plus certain,
Retrouve au soir ses forces du matin.
Silène a bu; mais la soif qui lui reste
Surnage encore sur sa coupe céleste.
Aimons ainsi; l'amour doit avec soin
Laisser grossir le torrent du besoin.

El ejercicio moderado del coito determina saludable influjo en el organismo, mientras su abuso produce deplorable efecto sobre las fuerzas físicas y las facultades intelectuales. El precepto de la Escuela de Salerno, dice:

El amor con sobriedad
á la salud contribuye;
si raya en lubricidad,
fatalmente nos destruye (1).

También afirmaba Catón que si no hubiera mujeres, los hombres podrían conversar con los dioses. Para conservar su fuerza corporal, condenábanse en otro tiempo á la continencia los atletas, los cantores y los guerreros.

El coito ejerce principalmente su acción sobre el sistema nervioso y el circulatorio; de aquí las neurosis (palpitaciones, histerismo, epilepsia) y las afecciones cardíacas ó vasculares (hemorragia cerebral, ruptura de aneurisma), que son consecuencias frecuentes de los excesos venéreos y explican los casos de muerte súbita durante el coito. Por eso los antiguos, que todo lo divinizaban, habían hecho de Libitina la diosa de los placeres y de los funerales. Sabido es que Luis Felipe de Orleans murió de apoplejía, á los cincuenta y nueve años, entre los brazos de su querida la duquesa de Phalaris.

La cópula influye también de un modo muy palpable en la nutrición; de aquí el aumento de apetito, y al mismo tiempo el enflaquecimiento en los individuos que abusan del coito: «Un buen gallo siempre es flaco», dice el proverbio.

La enfermedad de la médula espinal, designada por Duchenne, de Boulogne, con el nombre de *ataxia locomotriz*, y caracterizada por una marcha insegura y dolores llamados fulgurantes (de *fulgur*, rayo), hase atribuído al coito practicado en la estación vertical. De Græfe cita el caso de un joven que abusó de tal modo del coito la noche de su boda que al siguiente día fué atacado de *parálisis agitante*.

Fuera de los desórdenes funcionales que acabamos de seña-

(1) L'amour est salutaire avec sobriété;
Impur, il est fatal et détruit la santé.

lar, el coito produce modificaciones particulares en ciertos órganos, como el útero y la glándula tiroides en el cuello. Así, este acto aumenta sensiblemente las dimensiones de la cavidad uterina y facilita de este modo el flujo de las reglas; de aquí el consejo de casar en seguida á las jóvenes afectas de dificultades menstruales.

No son menos sensibles las modificaciones producidas en el desarrollo del cuello por la glándula tiroides. «Los antiguos, escribe Malgaigne, pensaban que el cuello se engruesaba inmediatamente después de las primeras aproximaciones del hombre, y esta idea se ha conservado en el pueblo hasta nuestros días. Así, algunas matronas aun miden la circunferencia del cuello el día de la boda y el siguiente (1); otros van más lejos, y pretenden poder reconocer la virginidad por el procedimiento siguiente: Tomando la circunferencia del cuello con un hilo en su parte media, se duplica la longitud de este hilo, se hace sujetar las extremidades con los dientes y se lleva el asa resultante por encima del vértice de la cabeza. Si el hilo pasa libremente hasta detrás, mal signo; por el contrario, si resulta el asa demasiado estrecha, senténciase á favor de la virginidad. Los fisiólogos han desdeñado estas tradiciones populares; debo, no obstante, decir que, sin concederles gran valor, no dejan de tener algún fundamento. Así, á menos de bocio ú otra cualquiera deformidad, he visto siempre el asa del hilo demasiado estrecha en jóvenes solteras de quince á veinte años y cuyas costumbres no podían ser sospechosas; en las mujeres casadas hace muchos años el cuello es ciertamente más ancho, y me ha parecido que se ensanchaba sobre todo por efecto de la preñez

(1) Cátulo alude á esa costumbre en este dístico:

Non illam nutrix, orienti luce revisens,
Hesterno collum poterit circumdare filo.

(Cuando la vuelva á ver su nodriza por la mañana, no podrá circundar su cuello con el hilo de la víspera.)—Este pretendido testimonio auténtico de la virginidad, observa el doctor P. F. Monlau, gracias sin duda al designio ó la destreza de la medidora, si no á la elasticidad de la cinta, era colgado en seguida, como un *ex-voto,* en el templo de la Fortuna virginal.

y del parto. He aquí un asunto, para investigaciones, que no carecería de interés.»

Otros signos exteriores, más ó menos imaginarios, se han indicado para averiguar la desfloración. Miguel Scott afirmaba en 1283 que la nariz de una joven revela si es virgen. Mientras se conserva pura, el cartílago nasal es sólido; se vuelve blando en cuanto ha sido desflorada.

Personas provistas de exquisito olfato han supuesto que la pérdida de la virginidad prestaba un olor particular á la economía. En su *Tratado de las pasiones*, refiere Le Cat que un religioso de Praga distinguía por el olfato las doncellas ó mujeres castas de las que no lo eran. «No sé, añade jocosamente, si un hombre tan sabio en esta materia no hubiera sido peligroso en la sociedad.» Todas las obras de fisiología citan á aquel ciego que por el mismo medio conocía los extravíos de su hija. Dícese que, á la primera ojeada, advertía Demócrito si una joven soltera estaba virgen ó no. «Este filósofo, observa Guy Patín á este propósito, no hubiera recibido ninguna visita en este país, pues hubiérase temido mucho la indiscreción de su arte.»

Los romanos estaban sobre este punto más adelantados que nosotros. En el templo de la Virginidad habían erigido una estatua llamada *la boca de la Verdad*. Si una joven soltera se hacía sospechosa conducíanla ante la estatua, haciéndola poner el dedo en esta boca temible, y si las sospechas eran justas, no dejaba la diosa de morderla fuertemente.

De la continencia y del celibato.—Se denomina *continencia* la privación absoluta de toda relación sexual. La mujer la soporta con más facilidad que el hombre, porque las necesidades genésicas son más imperiosas en el sexo masculino que en el otro. Por eso, las religiosas sucumben menos que los eclesiásticos á las tentaciones de la carne; y si los conventos de mujeres encierran más enfermedades y existencias lánguidas que los conventos de hombres, no consiste, como pretende Mr. Miguel Levy, en que el celibato sea más funesto para aquéllas que para éstos, sino más bien en que el organismo de las primeras ofrece menos resistencia á los rigores del claustro. Las más de las

veces, no ejerce la castidad ninguna acción perniciosa sobre la economía; cierto es que algunas da origen á la hipocondría, á neurosis, alucinaciones como las de San Antonio, y en algunos casos excepcionales impulsa á tentativas de violación, acompañadas ó no de asesinato. Sin embargo, las estadísticas judiciales prueban que, en las acusaciones de atentados contra el pudor, los hombres casados entran por una parte al menos igual, si no superior, á la de los célibes.

Atribúyense también á la continencia ciertas afecciones cerebrales y hasta la muerte. Dícese que así pereció San Casimiro, hijo del rey de Polonia, quien, á pesar de los consejos de los médicos, rehusó buscar en el matrimonio un remedio seguro. Meyer refiere, según Burdach, la historia de un joven eclesiástico, rígido observador de sus votos, que fué atacado de enajenación mental y no recuperó la salud hasta después de realizar el acto venéreo. Buffón ha publicado también la Memoria que le dirigiera un cura de Cours, cerca de la Reole, y en la cual describía este eclesiástico las terribles luchas que hubo de sostener para resistir los aguijones de la carne.

Pero estos son casos excepcionales, pues está bien demostrado que el celibato casto puede conciliarse con la salud más perfecta y en nada abrevia la duración de la vida. Hasta los eclesiásticos ocupan el primer puesto en la escala de la longevidad. Así, según Cásper, entre 100 individuos de cada profesión que llegan á los setenta años, hay 42 eclesiásticos, 29 abogados, 28 artistas, 27 profesores y 24 médicos. Los encratistas y los arrianos, que rechazaban el matrimonio, así como los anacoretas de la Tebaida, tuvieron una existencia muy larga. Newton murió virgen á los ochenta años. Ejemplos tomados de los animales parecen probar que la continencia, en vez de abreviar la vida, la prolonga: Hervieux asegura que un canario que saca cría todos los años no vive más de ocho, mientras que llega hasta los veintidós cuando se le tiene célibe. Según Bacón tampoco vive la paloma más que ocho años, «cuando la casta tórtola y la fiel torcaz llegan hasta veinte y aun cincuenta años».

Becquerel opone la estadística contra estos hechos, y pretende

que la duración de la vida es más larga en las mujeres casadas que en las solteras. Pero, ¿no se engaña este higienista queriendo beneficiar el matrimonio con esta diferencia de longevidad? ¿No es más lógico atribuirlo á la circunstancia de que las mujeres que no han podido casarse son precisamente aquellas á quienes se lo han impedido su estado de salud, su pobreza ó su deformidad, otras tantas causas suficientes por sí mismas para explicar la brevedad de la vida? Por otra parte, las investigaciones más recientes del doctor Bertillón prueban que las solteras de veinte á veinticinco años tienen sólo una mortalidad de ocho, en lugar de la de diez, que presentan las casadas de la misma edad, y esto á causa de los peligros á que las expone el primer parto.

En cuanto á los hombres, el matrimonio les es más favorable que á las mujeres; la mortalidad de los casados es menor que la de los solteros y viudos. Sin embargo, hay que exceptuar los que se casan demasiado pronto. Así, antes de los veinte años, los jóvenes casados mueren cinco veces más que los célibes de la misma edad, sin duda por efecto de los excesos venéreos que cometen.

Los perjuicios que el celibato produce á la vida individual y al crecimiento de la población hacen que en todo tiempo se haya vituperado y el matrimonio ensalzado. Sin embargo, el Concilio de Trento ha reconocido que el celibato es preferible al matrimonio, y cualquiera que lo niegue incurre en anatema. Esta decisión está de acuerdo con las palabras de San Pablo, el cual dice en su *Epístola á los Corintios:* «Bueno es para el hombre no tocar mujer». A pesar de este pasaje del *Nuevo Testamento*, la religión protestante siempre ha sido favorable al matrimonio. «Prescribir el celibato, dice Lutero, es tan razonable como decretar que se viva sin beber ni comer.»

Los antiguos miraban el celibato como una especie de oprobio, y hacían de él un caso de incompatibilidad con las funciones públicas. Los romanos rehusaban á los célibes el derecho á ser testigos, y entre los espartanos eran azotados todos los años por las mujeres al pie de la estatua de Juno. Moisés recompensaba á los casados eximiéndoles del servicio militar. César

prohibía llevar piedras preciosas á las mujeres que tuvieran edad para ser madres y no se hubieran casado. «Queremos, dice Luis XIV en sus *Ordenanzas*, que desde ahora todos nuestros vasallos pecheros, casados antes ó en el vigésimo año de su edad, sean y queden exentos de todas contribuciones ó pechos, gabelas y otras cargas públicas, sin que les puedan comprender ni obligar mientras no tengan veinticinco años cabales y cumplidos. Como igualmente queremos que todo padre de familia que tenga hijos vivos, nacidos de legítimo matrimonio, no clérigos, religiosos ni religiosas, sea y quede libre de la colecta de todo tributo y demás impuestos, ronda, plantón y otras cargas públicas. Queremos que los hidalgos y sus mujeres, que tengan diez hijos, disfruten mil libras de pensión por cada uno, y los que tengan doce, dos mil libras.» Actualmente, en Francia, el padre de cuatro hijos está dispensado del servicio de los veintiocho días. Convendría favorecer la paternidad con otros muchos beneficios. Para procurar el crecimiento de la población han propuesto también ciertos legisladores establecer un impuesto á los célibes.

El matrimonio y sus detractores.— Hágase lo que se haga, en la especie humana siempre se dará honor al matrimonio, porque está de acuerdo con las leyes de la naturaleza y responde á dos grandes necesidades del hombre: la sociabilidad y la conservación de la especie. Por eso ha resistido y resistirá siempre esta institución á los más acerbos epigramas.

A título de curiosidades citaremos algunas de las pullas dirigidas contra el matrimonio:

El matrimonio es una plaza sitiada: los de fuera quieren entrar, los de dentro quieren salir.—*Proverbio chino.*



Acabo de hacer testamento, decía un marido, y lego toda mi fortuna á mi mujer, á condición de que vuelva á casarse en se-

guida. De este modo estoy seguro de que al menos habrá un hombre que deplore mi muerte.

°°°

Muchos las ventajas ven
que este gran partido encierra,
mas en matrimonio y guerra
conviene andar ten con ten;
hay que pensarlo muy bien,
según opinión seguida
por la gente encanecida,
y obrando yo cuerdamente,
tengo por lo más prudente
pensarlo toda la vida (1).

°°°

Nunca hubo más que un matrimonio feliz: el del Dux con el Adriático.

°°°

En la *Biblioteca oriental* se lee que un pobre indio se presentó en la puerta del paraíso de Brahma:

—¿Has estado en el purgatorio?—le preguntó el dios.

—No, pero estuve casado.

—Entonces entra, es lo mismo.

***

Un picardo que estaba á la puerta del paraíso observó que los hombres casados pasaban como cartas por el buzón de correos; armóse de todo su valor y presentóse ante el apóstol:

—¿Te casaste?—le dijo San Pedro.

—Dos veces—contesta nuestro picardo con aire de triunfo.

San Pedro le dió bruscamente con la puerta en las narices.

(1)
Ami, je vois beaucoup de bien
Dans le parti qu'on me propose
Mais toutefois, ne pressons rien,
Prendre femme est étrange chose.
Il faut y penser mûrement;
Sages gens en qui je me fie
M'on dit que c'est fait prudemment
Que d'y songer toute sa vie.

MAUCROIX.

—Recibo á los desgraciados—exclamó,—pero no á los imbéciles.

***

Marido que ha tenido una mujer, merece una corona de paciencia; marido que ha tenido dos, merece dos de locura.

***

En vísperas de casarse,
Tomás, al padre Hilarión,
cédula de comunión
fué á pedir, cual suele usarse.
Confesado el penitente,
con su cédula contento
se iba, y un remordimiento
le hace volver de repente.
Y dice, con diligencia,
al confesor aturdido:
—Padre, ¿tal vez por olvido
no me imponéis penitencia?
—Id tranquilo, es cosa vana,
dijo el padre franciscano,
¿pues no dijisteis, hermano,
que os desposabais mañana? (1).

***

De joven, no es tiempo para casarse; de viejo, ya es tarde. En el intervalo... reflexiónese.

(1) La veille de son mariage,
Thomas, au père Hilarion,
Fut demander, selon l'usage,
Un billet de confession.
Le pénitent, gai comme un prince,
Bien confessé, billet en main,
S'en allait: un remords le pince,
Et vite il rebrousse chemin.
Sans doute, c'est par oubliance,
Va-t-il dire au père étonné,
Que vous ne m'avez pas donné
Le moindre mot de pénitence?
Allez, répond le Franciscain,
Allez, vous n'en avez que faire:
Ne m'avez-vous pas dit, mon frère,
Que vous vous mariez demain?

PONS DE VERDUN.

Pensando tomar mujer
á Laura habló Lisimón,
para inquirir su opinión
sobre cómo debe ser.
Y ved (acaso no asombre
respuesta de tanta miga)
lo que de su buena amiga
con espanto escuchó el hombre:
—"Si es *guapa*, os engañará;
„si *fea*, tendréis mohína;
„*pobre*, será vuestra ruina,
„y *rica*, os dominará;
„*necia*, sentiréis fastidio;
„*sabia*, ni Dios que la aguante;
„*vieja*, ya sé que al instante
„preferís horca ó presidio;
„*joven* y *tierna*, es muy justo
„esperar que tal vez yerre...
„y que á la postre os entierre:
„resolved á vuestro gusto„.
—"Basta. Si todo es así,
„dijo entonces Lisimón,
„ya he formado mi opinión:
„¡ninguna me pesca á mí!„ (1).

(1) Lisimon un jour désira
Consulter la sage Laura,
Sur les qualités que devra
Avoir la femme qu'il prendra.
Voici (cela n'étonnera)
La réponse qu'il en tira:
"Belle épouse vous trahira,
„Laide, elle vous répugnera,
„Pauvre, elle vous ruinera,
„Riche, elle vous dominera,
„Sotte, bientôt vous ennuiera,
„Savante, bien pis ce sera,
„Vieille, elle vous dégoûtera,
„Jeune, aimable, vous donnera
„Fil à retordre... *et cætera*,
„Puis elle vous enterrera:
„Ainsi, Monsieur se résoudra
„A faire ce qui lui plaira.„
„—C'en est assez, se mariera,
„Reprit Lisimon, qui voudra.„

PONSARDIN-SIMON.

Un sabio decía que el hombre que se casa mete la mano en un saco donde hay noventa y nueve víboras y una culebra. El que se casa, bien hace; pero el que no se casa, hace aún mejor. —San Pablo.

***

Tal como se practica hoy día, dice Balzac, me parece el matrimonio una prostitución legal.

***

En *Valentina*, llama Jorge Sand al matrimonio «la más monstruosa de las violaciones».

***

El hombre que se casa
toma un estado,
que no hay á ciencia cierta
otro más malo.
Loco estaba el segundo
que hizo el contrato;
respecto del primero,
yo nada hablo (1).

***

Un proverbio inglés dice: quien se casa por amor tiene buenas noches y malos días.

***

Asegura un proverbio francés que todas las buenas esposas están en el cementerio.

***

El matrimonio nace del amor, como el vinagre del vino.—Lord Byron.

(1) Homme qui femme prend se met dans un état
Que de tous, à bon droit, on doit nommer le pire.
Fol étoit le second qui fit un tel contrat;
A l'égard du premier, je n'ai rien à lui dire.

La Fontaine.

El matrimonio es una añagaza que nos tiende la naturaleza. —SCHOPENHAUER.

***

Entre mil hombres, hay uno bueno; entre todas las mujeres, ni una sola.—SALOMÓN.

***

Cuando marido y mujer
viven entre sí, de suerte
que sólo un cuerpo y un alma
los dos esposos parecen,
no existe nada en la tierra
que más al cielo asemeje.
Pero si á los matrimonios
que se ven hay que atenerse,
la piedra filosofal
es más fácil que se invente (1).

***

El matrimonio es con frecuencia una majadería hecha entre dos, y luego una galera para tres y más.—SHAKSPEARE.

***

En el matrimonio no existe el amor, porque no puede amarse donde no hay obstáculo. Si Laura hubiera sido la mujer de Petrarca, no hubiera pasado éste su vida rimando sonetos.—LORD BYRON.

***

Un marido que pretendiera ser el único poseedor de su mujer sería mirado como un perturbador de la dicha pública, y

(1) Quand un mari, quand une femme
Vivent de telle sorte entre eux,
Que ce n'est qu'un corps et qu'une âme,
Il n'est point d'état plus heureux.
Mais si l'on s'en rapporte à ceux
Qui sont sous la loi conjugale:
C'est la pierre philosophale
De n'être qu'un quand on est deux.

DESMARETS.

como un insensato que quisiese gozar de la luz del sol con exclusión de los demás hombres.—MONTESQUIEU.

***

Cansado ya de ser célibe
y libertino Dorante,
pensó que por fin debía
mudar de estado y casarse.
Dos partidos le proponen:
una gorda y saludable,
otra menuda y esbelta;
con que puede en ese trance
consultar á su apetito,
pues entrambas mucho valen.
Eligió la más pequeña,
y dijo, como burlándose:
"lo mejor es, de este género,
tomar lo menos que cabe„ (1).

***

El marido de la mujer más prudente y virtuosa es menos feliz que el que no tiene ninguna.—SALOMÓN.

***

Un fraile á otro pregunta
mientras van por la vereda:
—¿Qué mujer agrada más,
pelirrubia ó pelinegra?
—Hermano, el otro responde,
gustan rubias y morenas,
pues al caso nada importa
el color de las guedejas.

(1) Dorante, las du célibat,
Las de passer ses jours dans le libertinage
Crut qu'il fallait changer d'état
Et se soumettre enfin au joug du mariage.
On lui proposa deux partis,
Une femme grosse et dodue,
Une autre petite et menue;
C'est de quoi contenter les divers appétits.
Toutes deux étaient fort de mise:
Il choisit la petite et dit d'un ton railleur:
"Ma foi de cette marchandise,
Le moins qu'on en peut prendre est toujours le meilleur„.

Mas, por mi alma, si tú quieres
que yo la cuestión resuelva,
te diré que es la mejor...
la que no llamamos nuestra (1).

***

Dicen que el amor y el himeneo son hermanos, pero de seguro no de un mismo tálamo.—Sofía Arnould.

***

Venus, una hermosa y buena señora, era la diosa del amor; Juno, una terrible furia, era la diosa del matrimonio, y siempre fueron mortales enemigas.—Swift.

***

Hablando propiamente, el matrimonio no es hoy día sino una adjudicación con la luz apagada; el último que habló se acuesta.—Lemontey.

***

Los negocios de matrimonio se parecen á una feria de pueblo, donde cada uno trata de vender su vaca rabiosa ó su caballo cojo, y va en busca de una buena, sana y útil bestia.—Ph. Gerfaut.

***

¿Qué es el matrimonio moderno? Esperanzas para el porvenir y pesares después.

***

La cama, dice Balzac, es todo el matrimonio.

(1) Deux moines, chemin faisant,
Se demandaient: "Dans le monde
Lequel est le plus plaisant
D'avoir une femme brune ou blonde?„
—"Frère, dit l'un,
Blonde ou brune, c'est tout un;
Le poil ne fait point la femme;
Mais pour résoudre le cas,
La meilleure, sur mon âme,
Est celle que l'on n'a pas„.

Contra Job, el demonio desatado,
hijos, bienes, salud le arrebató;
por probar su paciencia, al muy cuitado
sólo esposa y amigos le dejó (1).

***

El lazo del amor se desgasta tan pronto en el matrimonio, que al poco tiempo ya no se ve en él más que una cuerda.—SYLVAIN MARÉCHAL.

***

El dote es, en el matrimonio, la salsa que permite comer el pescado.

***

Nada es más hermoso que la boda... de otro.—GUSTAVO PONS.

***

«Mi noche de boda, dice lord Byron, me desperté con sobresalto; la lámpara estaba encendida, iluminando las cortinas rojas, cuyo reflejo prestaba á las ropas un resplandor de llamas. Me creí buenamente en el infierno, é iba á discutir con el diablo, cuando noto á mi mujer. ¡Aun no estaba yo condenado! ¡Era muchísimo peor, estaba casado!»

***

De todas las tontunas que puede hacer un hombre, quizá le aconsejara de buen grado el matrimonio; por lo menos, es la única que no puede volver á comenzar todos los días.—ALEJANDRO DUMAS, hijo.

***

En la tumba de dos esposos leíase en Roma la inscripción siguiente: «¡Detente, pasajero, y contempla esta maravilla! ¡Un hombre y su mujer, que no riñen!»

(1) Contre Job, autrefois, le démon révolté
Lui ravit ses enfants, ses biens et sa santé;
Mais pour mieux l'éprouver et déchirer son âme
Savez-vous ce qu'il fit? Il lui laissa sa femme.

Pirón compuso para la suya un epitafio análogo:

Yace aquí mi mujer. ¡En Dios confío,
que es para su descanso y para el mío! (1).

***

Otro epitafio:

Recibe, cara mitad,
esta losa merecida,
pues con el fin de tu vida
probé la felicidad (2).

***

La misma idea del amor conyugal encierra esta cuarteta:

Con júbilo, cierto esposo,
exclama abriendo la puerta:
—"¡Mi mujer me hizo dichoso!„
Corren, y ven... que está muerta (3).

***

Hay dos días que vienen demasiado aprisa: el día de la boda y aquel en que han de ahorcarle á uno.—THACKERAY.

***

El infierno está enlosado con lenguas de mujeres.—EL ABATE GUYÓN.

(1) Ci-gît ma femme. Ah! qu'elle est bien,
Pour son repos et pour le mien!

(2) Cher objet de ma pitié,
Reçois de moi, chère moitié,
Ce tombeau qu'aucun ne t'envie,
Je dois bien justement te rendre cet honneur;
Car le dernier jour de ta vie
Fut le premier de mon bonheur.

(3) Hier, un époux radieux
S'écriait en ouvrant sa porte:
Ma femme s'en vient de me rendre heureux.
Vite, on cherche sa femme... elle était morte.

La mujer es el órgano del diablo.—San Bernardo.

***

Viendo Diógenes una mujer ahorcada en un árbol, exclamó: «¡ Por Júpiter! sería de desear que todos los árboles llevasen tales frutos».—A. Ricard.

***

El mar encierra menos peces y el cielo estrellas que maldades la mujer.—Codro.

***

Más difícil es hallar una mujer buena que un cuervo blanco. —San Gregorio.

***

Toda mujer vale un beso,
pocas valen una lágrima (1).

***

Para un Orfeo que fué al infierno en busca de su mujer, ¡ ay! cuántos viudos no irían ni aun al paraíso si pensaran encontrar en él á la suya.—J. Petit-Senn.

***

Con justicia se ha hecho célebre la isla de Itaca: una mujer fué allí fiel.—Sthal.

***

—«¡ Él casado!—hace decir Antiphanes á uno de sus personajes—¡ y yo que le dejé bueno y sano!»

***

Los maridos en Francia casi nunca hablan de sus mujeres: consiste en que tienen miedo de hablar delante de personas que las conozcan mejor que ellos.—Montesquieu.

(1) Toute femme vaut un hommage,
Bien peu sont dignes d'un regret.

Beaumarchais.

Para hacer feliz á un matrimonio sería necesario que el marido fuera sordo y la mujer ciega.—Alfonso de Aragón.

***

Habiendo dado Pitágoras su hija en matrimonio á uno de sus más grandes enemigos, dió para ello una extraña razón á los que le preguntaban la causa: «No pensaba hacerle un mal mayor, dijo, ni darle nada peor que una mujer».—El P. du Bosc.

***

Después de la luna de miel, el matrimonio produce el efecto de una tarta de confitura á la cual le han comido la parte de arriba.—A. Ricard.

***

Que un hombre de talento dude de su querida, se comprende; pero ¡de su mujer!... es preciso ser demasiado estúpido.—Montesquieu.

***

Con frecuencia el matrimonio no es más que un dúo de gruñidos durante el día y de ronquidos durante la noche. Es un aburrimiento entre dos.—Commerson.

***

Como las medallas, el matrimonio tiene dos caras: una brillante, la que se enseña al público; otra arrugada y opaca, la que sólo pueden percibir los interesados.—Robert Grey.

***

Una mujer proporciona á su marido dos días de felicidad: el día en que se casa con ella y aquel en que la entierra.

***

El naranjo es el símbolo irónico del matrimonio: sus flores son blancas, pero sus frutos amarillos (1).

(1) Aun podría ennegrecerse más papel con citas de los autores que han hablado en contra del matrimonio; los que quieran completar sus investigaciones, hallarán numerosos documentos en las obras de Larcher y Martín:

ARTÍCULO VI

DE LA IMPOTENCIA

La impotencia ó *anafrodisia* es la incapacidad de verificar el coito. Se distingue de la esterilidad en que ésta consiste en la ineptitud para fecundar y ser fecundada. Todos los impotentes son, pues, estériles, pero no todos los estériles son impotentes. Así el mulo, aunque infecundo, siente mucho los ardores genésicos. Igualmente, los individuos castrados son incapaces de procrear, y pueden, sin embargo, practicar un simulacro del coito, porque no es en ellos imposible la erección. Ya hemos dicho que las matronas romanas buscaban á los castrados,

Que hacen sentir el placer
sin dar la fecundidad (1).

Sábese que el general Ganimedes, que fué el amante de la hija menor de Ptolomeo, era un eunuco de esta clase.

Puede observarse la impotencia de uno y otro sexo, pero es más frecuente en el hombre que en la mujer.

Las mujeres juzgadas por las malas lenguas; Sátiras y diatribas acerca de las mujeres, el amor y el matrimonio, y *Lo malo que los poetas han dicho de las mujeres.* Para terminar citaremos las estrofas del matrimonio por Ph. des Portes, escritor satírico del siglo XVI, cuyo principio es así:

Ni de las furias la venganza adusta,
ni de la ira del cielo el testimonio,
que con truenos y rayos nos asusta;
sangre, ansiedad y muerte, un patrimonio
de hambre, miseria, penas y trabajos,
nada iguala en rigor al matrimonio (*).
. . . .

(*) De toutes les fureurs dont nous sommes pressez,
De tout ce que les cieux ardamment courroucez
Peuvent darder sur nous de tonnerre et d'orage,
D'angoisseuses langueurs, de meurtre ansanglanté,
De soucis, de travaux, de faim, de pauvreté,
Rien n'approche en rigueur la loy de mariage.
. . . .

(1) Qui donnent le plaisir sans la fécondité.

De la impotencia en el hombre.—Ora depende de una anomalía congénita ó adquirida del pene, ora de falta de erección.

La ausencia del miembro viril, su brevedad, su excesiva delgadez ó grosura, son las conformaciones defectuosas que de ordinario oponen obstáculos al coito. Un joven soldado, de quien habla Foderé, tenía el pene reducido á un simple tubérculo, que, según decía, «se hinchaba algunas veces en presencia de las personas del otro sexo». Orfila hizo absolver á un individuo afectado del mismo vicio de conformación y el cual fué acusado de violación. Roubaud cita el caso de un brasileño, cuyo miembro en erección no excedía del grueso de una púa de puerco espín; empleaba un manguito de cautchuc, que aumentaba su volumen y le permitía cohabitar de un modo completo.

Es raro que el pene se halle tan desarrollado que impida la cópula. P. Zacchías habla, en sus *Cuestiones de medicina legal*, de una cortesana que caía en síncope cada vez que tenía relaciones con su amante, porque el miembro de éste era demasiado voluminoso. Parece ser, dice Cásper, que en el siglo XVII un tribunal eclesiástico de Suecia «fijaba las dimensiones del pene para que pudiera efectuarse la fecundación».

El fimosis (fig. 36) puede ser causa de impotencia, por oponerse á la eyuculación; Luis XVI estaba atacado de él, y á instancias de José II acabó por dejarse operar.

Entre otras conformaciones viciosas que traen consigo la impotencia, señalaremos las hernias voluminosas y el excesivo desarrollo del abdomen; por eso la antigua jurisprudencia admitía la obesidad como un motivo válido para la disolución del matrimonio.

La pérdida de las orejas se ha colocado, sin razón, en el número de las causas productoras de la impotencia. Así, Dulaurens habla de un jurisconsulto que aconseja se corten las orejas á los ladrones para impedir que transmitan sus vicios. «Un soldado robusto, refiere Planque en su *Biblioteca de medicina*, y padre de tres hijos, sufrió la pena de perder las orejas, en castigo de diferentes crímenes, y fué expulsado fuera de la

ciudad; desde entonces no volvió á sentir ya ningún deseo carnal.»

Todas las circunstancias que se oponen á la erección impiden necesariamente la cópula. Tales son las enfermedades del aparato genital. La impotencia de los escitas atribúyese á pérdidas seminales ocasionadas por la continua equitación. Las operaciones practicadas en las vías urinarias también pueden ir seguidas de anafrodisia, como le sucedió á Pedro III después de sufrir la litotricia. En fin, los afectos morales depresivos, como las preocupaciones del espíritu, la melancolía y el fastidio, son causas frecuentes de impotencia pasajera.

Un curioso ejemplo de impotencia moral, causada por la repugnancia, es el de Raimundo Lulio: «En la época de sus locuras, refiere el doctor Garnier en *El Matrimonio*, prendóse ciegamente de una joven veneciana llamada Leonor, que residía en Palma. Desdeñosa y reservada al principio, enternecióse la extranjera después de un incesante asedio y dejó escapar el secreto de su amor: «Pero no me exijáis nada más, añadió, porque no obtendréis de mí, mientras viva, sino las inefables dichas del alma y del corazón.» Pareció satisfecho el joven Lulio, é hizo mil protestas de discreción, que luego fué olvidando. Al fin, desesperado ante la inutilidad de sus fogosas súplicas, de sus ardientes lágrimas y hasta de sus amenazas para vencer la inflexible resistencia de Leonor, intentó un supremo esfuerzo. Armado con un puñal presentóse un día á ella, declarándola que iba á matarse. Trémula Leonor, deteniendo el brazo de Lulio y abandonándose á sus caricias, exclamó: «¡ Ay, Raimundo, quiera Dios no te arrepientas !»; y retrocediendo en seguida Lulio palideció, y sus órganos quedaron de repente como heridos de parálisis: al descubrir el seno de Leonor, apareció un cáncer ulcerado. Esta aventura puso fin á todas las extravagancias de Lulio, quien, bajo el hábito franciscano, comenzó desde entonces á ser asombro del mundo por su talento y sus virtudes».

La timidez ó el temor á un fracaso son causas frecuentes de impotencia, que en otro tiempo se atribuía á los sortilegios de

los *anudadores de agujeta.* Esta superstición es muy antigua. Ovidio se preguntaba ya si la impotencia de que estaba atacado no debía atribuirse á los hechiceros:

Quid vetat et nervos magicas torpere per artes? (1).

«Más de una vez, dice Tíbulo, estreché en mis brazos á otra mujer, pero en el momento feliz Venus me recordaba á Delia y extinguía mi ardor. Entonces esta hermosa abandonaba mi lecho, diciendo que me habían lanzado un sortilegio, y (me ruborizo al pensarlo) refería mi vergonzosa aventura.»

También San Agustín creía que puede anudarse la agujeta con invocaciones: *Certum est corporis vires incantationibus et carminibus vinciri* (2). Stendhal, Hunter y Montaigne traen muchos curiosos ejemplos de esta creencia. Este último refiere, según la narración de Herodoto, «que Amasis, rey de Egipto, se casó con Laodicea, hermosísima joven griega; y él, que en las demás ocasiones siempre quedaba airoso, no pudo gozar de ella y la amenazó de muerte, juzgando que sería alguna hechicera». También Aimoin nos enseña que Teodorico, rey de Borgoña, se vió en análoga confusión con Hermenberga, hija del rey de España, porque la reina Brunequilda, madre de este rey, le anudó maliciosamente la agujeta.

En la Edad Media aun se daba crédito al poder de los anudadores de agujeta y se les quemaba como hechiceros. En esta época los jueces de Riom condenaron á la horca y á ser reducido á cenizas al R. F. Vidal de la Porte, acusado de haber anudado la agujeta «tanto á los jóvenes mozos de su comarca, como á los gatos, perros y otros animales domésticos, de suerte que estuvo á punto de extinguirse la propagación de estas especies en el país».

En nuestros días ya no se cree en los anudadores ni desatadores de agujeta. Sin embargo, un opúsculo reciente, del que ya nos hemos ocupado, escrito para uso de los confesores, con-

(1) ¿Y qué impide entorpecer á los nervios por mágicas artes?

(2) Cierto es que las fuerzas del cuerpo, por encantos y fórmulas mágicas, pueden ser vencidas.

cede cierto crédito á esta superstición, admitiendo la impotencia por maleficio: «Cuando se prueba que hubo maleficio, dice esta obra, pueden emplearse los exorcismos, pero sólo con permiso del obispo».

El doctor Brachet refiere en su *Fisiología* que vió presentarse una familia lastimosamente á consultar á uno de sus colegas, presentándole dos jóvenes esposos muy apasionados uno de otro. Sin embargo, no había podido consumarse el matrimonio, aunque su celebración datara ya de un mes. Se atribuía la causa á un pretendiente desdeñado, quien para vengarse había, por medio de un sortilegio, anudado la agujeta del rival preferido. El colega, sin reirse, adoptó un tono solemne, examinó escrupulosamente al joven y á su esposa, y hallando bien conformados á ambos, anunció que había descubierto el sitio del mal, y que, existiendo un sortilegio más poderoso, iba á desatar el que les habían echado. Entregóse entonces á las prácticas más extravagantes: círculos mágicos, actitudes raras, gestos, golpes de varita, palabras entrecortadas, el guirigay más absurdo, invocaciones, contorsiones, á todo se echó mano durante más de media hora. Acabó por pronunciar, con acento profundo y como con trabajo, estas palabras: *Por fin el sortilegio está roto; retiraos, y la noche próxima todo será consumado.* Ocho días después la misma familia llegó con gran júbilo á dar testimonio de su reconocimiento al hábil médico que tan bien había sabido destruir el hechizo.

Estas prácticas, pueriles en apariencia, obran más directamente sobre la causa del mal, es decir, la imaginación, que los más graves razonamientos. Por eso, en casos análogos, deberá recurrirse á medios semejantes. De este modo curó Montaigne á un conde, su amigo, que temía no poder honrar á su sexo la noche de su boda: aplicóle en las bolsas una medalla, «donde estaban grabadas algunas figuras celestes contra la insolación y para quitar el dolor de cabeza». «Estas monerías, añade juiciosamente el autor de los *Ensayos*, son lo principal para el efecto; pues no pudiendo comprender nuestra mente sino que tan extraños medios dimanan de alguna ciencia abstrusa, su vaciedad les da peso y reverencia. En suma, lo cierto fué que mis carac-

teres resultaron más venéreos que solares, con más virtud para obrar que para impedir.»

Asimismo, la eficacia de los innumerables remedios indicados contra el anudamiento de la agujeta no era debida sino á su influencia sobre la imaginación; por ejemplo, ¿para qué podía servir engastar ojos de comadreja en una sortija y hacer mear al maleficiado á través de un anillo?

En fin, una variedad de impotencia bastante común se debe á lo incompleto de la erección, lo cual se opone al coito. Para remediar un caso de este género imaginó Mr. Mathieu un aparato especial (fig. 152), destinado á representar el papel de tutor del pene y facilitar el cumplimiento del acto sexual. Fabre

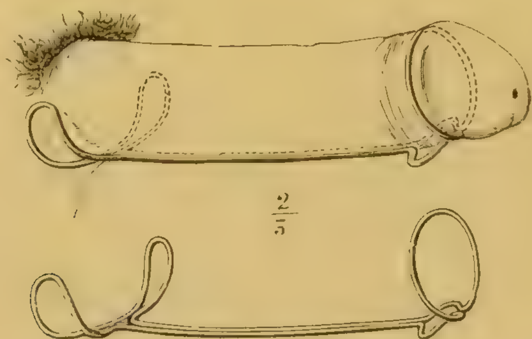


FIG. 152.—Tutor del pene contra la impotencia.

d'Eglantine, el feroz convencional, parece que padecía esta indisposición, y que era más vivo de imaginación que de temperamento. Illyrina pretende que «no podía pasear por las florestas de Amathonte sino con ayuda de muleta; esta particularidad, añade ella, no perjudicaba á nuestro afecto». Otras celebridades han sido acusadas de impotencia. El duque de la Ferté, sospechoso de esta debilidad, no dejaba escapar ocasión de defenderse de ella. Encontróse con Benserade, que le había embromado muchas veces por ese motivo: «Caballero, le dijo, á pesar de todas vuestras burlas de mal género, mi mujer acaba de parir.—Señor Duque, replicó Benserade, nunca he dudado que pudiera hacerlo vuestra señora esposa».

Es conocido el epigrama que hizo el abate Menage sobre el matrimonio del presidente Cousín:

El traductor de Procopio
un desmayo casi tuvo
cuando el día de su boda
toda su desgracia supo.
—"¡Ay de mí, qué obra tan magna,
cuán terrible es mi infortunio!
Yo, que hago hermosas arengas
y mil idiomas traduzco,
¿para qué mi ciencia quiero
si me achaca todo el mundo
que no puedo á una doncella
quitarla sus atributos?„ (1).

De la impotencia en la mujer.—Aparte de tumores voluminosos en el aparato genital, y de los que, por estar próximos á éste, pueden con su exagerado desarrollo impedir la introducción del pene, no hay, propiamente hablando, sino dos causas de impotencia en la mujer: la falta ó la obliteración de la vagina.

Juan Luis Petit cita á una joven que, teniendo la vagina imperforada al exterior, pero en comunicación con el recto, permitió á su amante el coito anal y parió de término por la misma vía un niño bien constituído. La aprobación que este cirujano dió á esta forma de acceso le atrajo la cólera de los teólogos y le valió una excomunión mayor. Fué levantada esta interdicción por el papa Benedicto XIV, quien, disintiendo de sus predecesores, pensaba, con los PP. Cucufe y Tournemine, que una joven privada de vulva debía hallar en el ano el medio de cumplir el fin de la reproducción. Pougens extiende este per-

(1) Le grand traducteur de Procope
Faillit tomber en sincope,
Au moment qu'il fut ajourné,
Pour consommer son mariage.
Ah, dit-il, le pénible ouvrage,
Et que je suis infortuné!
Moi qui fais de belles harangues,
Mois qui traduis en toutes langues,
A quoi sert mon vaste savoir,
Puisque partout on me diffame
De n'avoir pas eu le pouvoir,
De traduire une fille en femme.

miso, y cree que las jóvenes esposas estériles deben probar por ambas vías, para asegurarse del verdadero camino de la propagación. En este caso, como lo hace notar el doctor Roubaud, Pougens repudia esta máxima de la sabiduría de las naciones: *En la duda, abstente.*

Del congreso.—En la antigua legislación la impotencia era un caso de nulidad de matrimonio, y el esposo sobre quien pesaba esta acusación podía pedir el justificarse con una prueba particular, llamada *congreso* (de *congressus*, coito), que Boileau puso en ridículo con estos versos:

Por motivo de impotencia
jamás la cierva, en el celo,
desde el fondo de los bosques
trajo al tribunal á un ciervo;
y nunca un juez ordenó
que se unieran en *congreso*,
con palabra tan burlesca
ensuciando sus decretos (1).

Este escandaloso procedimiento consistía en hacer que los cónyuges se acostaran en un lecho preparado al efecto y dejarlos solos durante dos horas, al cabo de las cuales las matronas y los cirujanos peritos iban á ver «si hubo emisión de licor seminal, dónde se hizo y cuál era su naturaleza». Los fracasos probados de esta suerte, las más de las veces no reconocían otra causa que una impotencia moral determinada por el temor á una derrota. Tal fué el caso del marqués de Langey, quien, habiendo salido mal de esta prueba, fué separado de su mujer. Ahora bien; algún tiempo después casóse este personaje con Diana de Montault-Navaille, de la cual tuvo siete hijos, al paso que, por su parte, su primera mujer daba tres hijas al señor Pedro de Caumont, su nuevo marido. Estas circunstancias contribuyeron mucho á quebrantar el crédito que en materia

(1) Jamais la biche en rut n'a, pour fait d'impuissance
Traîné, du fond des bois, un cerf à l'audience;
Et jamais juge, entre eux ordonnant le *congrès*
De ce burlesque mot n'a salit ses arrêts.

jurídica se concedía entonces al congreso; y esta prueba fué abolida definitivamente por una sentencia del Tribunal Supremo dada en 18 de enero de 1677.

Este proceso inspiró los versos siguientes:

En vano en justicia pide,
Emilia la poderosa,
que de un marido impotente
libre el divorcio la ponga;
su esposo no tiene falta,
según peritos informan,
sólo que está la natura
algún tanto dormilona;
el marido absolverá
la demanda en toda forma,
aunque no llegue el derecho
hasta el fondo de la cosa [1].

En la jurisprudencia actual, habida cuenta del mismo escándalo y la dificultad que presentan las pruebas, el Código civil no admite sino en casos excepcionales la impotencia como causa de nulidad de matrimonio, separación de tálamo y desafección legal de hijos habidos en matrimonio. Por eso el señor Darbousse, de Alais, que se había casado con un hermafrodita masculino inscrito en el registro civil con los nombres de Ana Justina Jumas, no obtuvo su separación sino al cabo de varios años de gestiones judiciales.

En la Edad Media, la costumbre de las *noches probatorias*, mencionada en las *Capitulares* de Carlomagno y Ludovico Pío, era una precaución contra los engaños y perturbaciones que la impotencia produce muchas veces en el matrimonio. «Estas

(1) Vainement la riche Emilie
Plaide, requiert, conclut et veut
Que, d'avec un *Jean qui ne peut*,
Un prompt divorce la délie:
Les experts ayant affirmé
Que l'époux est bien conformé,
Quoiqu'en lui la nature dorme,
Les choses, de manière iront
Qu'il l'emportera sur la forme,
Quoiqu'il n'ait pas droit dans le fond.

noches, refiere el doctor Garnier en *La Generación universal*, duraban hasta que ambas partes hubieran podido adquirir la certidumbre de su aptitud genital ó hasta que la mujer quedara en cinta. Sólo entonces se hacían las gestiones para el casamiento. Rara vez era abandonada la joven soltera por aquel que la había hecho madre, porque se hubiera concitado el odio y el desprecio de todo el pueblo.»

CAPÍTULO III

LA FECUNDACIÓN

De los elementos generadores.—Cada sexo elabora un elemento generador que le es peculiar: el hombre el espermatozoide y la mujer el óvulo. El encuentro de estos elementos en las vías genitales de la mujer constituye el fenómeno de la fecundación.

Los antiguos atribuían la virtud prolífica del esperma al desprendimiento de un vapor sutil, que designaban con el nombre de *aura seminalis* ó soplo seminal. Pero las experiencias que hizo en las ranas el abate Spallanzani, y de las cuales ya hemos hablado, demostraron que no podía realizarse la fecundación sin el contacto directo entre el esperma y el óvulo. Experimentando después con esperma filtrado, reconocieron Dumas y Prevost que el verdadero principio fecundante de este humor era el espermatozoide y no el líquido en el cual nada.

No habiendo podido Harvey encontrar nunca esperma en el aparato genital de las ciervas que liberalmente puso Carlos I á su disposición, adoptó sin vacilar la hipótesis del *aura seminalis*. Así créía que el macho fecunda á la hembra «como el hierro después de ser tocado por el imán adquiere la virtud magnética». También comparaba la matriz al cerebro: «la una concibe el feto como el otro las ideas que en él se forman».

La teoría del soplo seminal era muy cómoda para disculpar muchos extravíos galantes. Pero como dice Brachet, ya no estamos en los tiempos en que Juno podía hacer creer á Júpiter que por virtud de una planta habíase hecho embarazada. Las yeguas del Egipto no se fecundan ya, como refiere Virgilio, con el transporte por los aires de los relinchos de los caballos de Ba-

bilonia. Y los reyes de Inglaterra no encontrarían ahora Facultades médicas tan complacientes como para decidir que sus hijas pueden quedar en cinta paseándose por una montaña, porque el *aura seminalis* sería conducido por los vientos desde otro monte en el cual un hombre joven hubiérase entregado á una culpable eyaculación.

En la Edad Media se admitía también la posibilidad de la concepción por ensueños, como lo prueba una *sentencia notable del Tribunal del Parlamento de Grenoble, dictada á favor de una señora, respecto al nacimiento de un su hijo sobrevenido después de cuatro años de ausencia de su marido y sin haber sido conocida por ningún hombre, según informe emitido ante el dicho Tribunal por varios médicos de Montpellier, parteras, matronas y otras varias personas de reconocida calidad.* La señora, cuya virtud negaba su marido, no sin bastante fundamento de razón, afirmaba haberse imaginado en sueños que tenía acceso con su marido y que en seguida concibió. Consultadas sobre el particular cierto número de damas nobles, declararon haber concebido varias veces hijos «que provenían de ciertas uniones imaginarias con sus maridos ausentes». El Tribunal amonestó al marido para que tuviera á la señora de Auvermont, su esposa, «por mujer de bien y honrada».

Entre los nœfuros de Nueva Guinea, la credulidad popular concede á la mirada un poder generador capaz de producir la fecundación por fulminación á distancia. He aquí con qué motivo observó esto Mr. Van Hasselt: Un día que estaba instruyendo á jóvenes indígenas, uno de los muchachos se arrojó de repente debajo de la mesa, donde se quedó sin moverse. Asustado el maestro y no sabiendo qué pensar, se precipita hacia el niño. Pero los camaradas le detienen: *Esto no es nada, sino que pasa la futura suegra de su hermano.—¡Qué, la suegra de su hermano! Pues bien, ¿qué le importa? —Le importa*, replican los chicos, *porque sólo con mirar á la suegra de su hermano, la novia de éste tendría un hijo antes de que se casaran.*

Lusitano cita á una mujer, *fricatriz* sin duda, que afirmaba haber quedado en cinta después de haber abrazado á una de sus amigas que acababa de cohabitar con su marido. Según dice

Averroes, otra quedó fecundada por tomar un baño donde un libertino había eyaculado. Algunos rabinos afirman que la hija de Jeremías concibió del mismo modo, tomando un baño después de este profeta. En fin, una joven soltera atribuía su preñez á los vapores espermáticos de su padre, que en el mismo lecho había tenido en sueños una polución nocturna.

Del encuentro de los elementos generadores.—Después de la eyaculación del esperma en la vagina, cierta cantidad de este líquido penetra en el interior de la matriz y se introduce en seguida en una de las trompas. Ruischio halló espermatozoides en la trompa de una mujer á quien mató su marido en el momento de sorprenderla en flagrante delito de adulterio.



FIG. 153.—Espermatozoides penetrando en el óvulo.

Si en el trayecto que recorren los filamentos espermáticos encuentran un óvulo, se introducen en su espesor y se disuelven en él. Fecundado así el óvulo, se adhiere á un punto de la cavidad uterina, para sufrir allí una serie de transformaciones que dan origen á la preñez.

Según Coste, los espermatozoides penetran siempre en cierto número dentro del óvulo; lo que podría inducir á creer en la posibilidad de una paternidad mixta, en el caso en que dos machos tuvieran acceso con una hembra sucesivamente. Pero recientes trabajos parecen probar que sólo un espermatozoide penetra en el centro del óvulo (fig. 153). También está demostrado que el encuentro de los elementos procreadores se efectúa en la mitad externa de la trompa y no en el ovario, como pretendía Coste.

La hipótesis de la fecundación directa del ovario permitía explicar, por una especie de impregnación de este órgano, la semejanza que muchas veces se advierte entre los hijos de una viuda y su primer marido; de aquí este aforismo antiguo: *Filium ex adulterâ excusare matrem a culpâ* (un hijo puede á veces excusar á su madre de la culpa de adulterio). Esta herencia *por influencia* es muy conocida por los ganaderos; saben que

las crías de una hembra que haya sido cubierta una sola vez por un animal de especie diferente recordarán muchas veces los caracteres de este último. Análogos ejemplos obsérvanse también en la especie humana. Citaremos entre otros, según Simpson, de Edimburgo, el caso de una mujer hija de padres blancos, y cuyo hermano, proveniente de las primeras nupcias, era mulato, la cual presentaba también huellas irrecusables de sangre negra.

Para que el óvulo reciba «el bautismo de la fecundación», es decir, para que el encuentro de los elementos generadores se efectúe en el interior de las vías genitales, no siempre es necesario que se eyacule directamente el esperma en el fondo de la vagina. Basta con frecuencia, para determinar el embarazo, que se deposite el licor prolífico en la entrada de aquel conducto y hasta por fuera de la vulva. Anteriormente hemos referido varios ejemplos curiosos. También citó Riolano una mujer que, después de acusar de impotencia á su marido, se reconoció que estaba en cinta, aunque se oponía á todo acceso sexual una oclusión casi completa de la vagina. Así se explican las frecuentes concepciones consecutivas á los fraudes genésicos. En estos diferentes casos, la progresión de los espermatozoides hacia la trompa se halla favorecida por su extremada movilidad y también por el fenómeno de la capilaridad.

Del momento más favorable para la procreación.—La época más propicia para la concepción es la correspondiente á la postura del huevo, es decir, al fin de las reglas. También este es el momento en que la mujer se halla mejor dispuesta para la unión sexual. Asimismo, las hembras de los animales jamás dejan que se les aproxime el macho sino al fin del celo y nunca al principio.

Sin conocer la íntima solidaridad que enlaza la ovulación y la menstruación, no ignoraban los antiguos las relaciones que existen entre esta última y la fecundidad. Aristóteles comparaba la matriz con un taller de escultor: *La sangre de las reglas es el mármol, el esperma el escultor y el feto la estatua.* Hipócrates aconsejaba ya á las mujeres estériles que se entregasen al

coito inmediatamente después de la crisis menstrual. «La mujer, dice A. Fareo, engendra con más facilidad en el punto en que deja de arrojar sus flores, tanto porque está bien limpia y por lo mismo apta para concebir bien, como porque el útero está abierto aún, lo cual hace que pueda recibir con facilidad el semen del hombre.»

Según Mr. Pouchet, no puede verificarse la concepción sino en los doce días siguientes á las reglas, y nunca se realiza después de esta época. A este propósito observa el doctor Noirot, que si la experiencia sancionara este descubrimiento, concedería todos los meses muchos días de seguridad y de fiesta á la lubricidad previsora de los esposos. Pero está demostrado que la concepción se verifica en todos los tiempos y que hasta puede producirse en ausencia completa de las reglas.

Se ha tratado de explicar las fecundaciones que sobrevienen en el período intermenstrual, ya por una prolongada permanencia de los espermatozoides en las vías genitales, ya por la expulsión prematura de un óvulo bajo la influencia de excitaciones genésicas físicas y hasta morales: por ejemplo, hase visto que en las conejas basta la presencia del macho para provocar la puesta del óvulo.

Procreación de los sexos.—Innumerables medios se han indicado para concebir niños ó niñas á voluntad; pero la experiencia ha demostrado su ineficacia. Indicaremos, sin embargo, los más conocidos.

«Si el hombre quiere engendrar un varón, dice Hipócrates, se ligará el testículo derecho todo cuanto pueda resistir; para una hembra, se ligará el testículo izquierdo». Millot aplicaba á la mujer el mismo precepto: atribuye al ovario derecho la propiedad de producir niños y al izquierdo la de engendrar niñas. Por eso quiere que la mujer se eche del lado derecho si desea un hijo del sexo masculino y del lado opuesto en el caso contrario. Mas, para refutar estas opiniones, baste saber que hombres privados de un testículo y mujeres á quienes falta un ovario engendran indistintamente niños de uno y otro sexo. Así,

Legallois extirpó uno de los ovarios á conejas que hizo cubrir y produjeron gazapos de ambos sexos. Velpeau cita en su *Tratado de partos* la autopsia de una mujer muerta en la Maternidad de París después de haber dado á luz diez ó doce hijos é hijas; ahora bien, no existían en ella sino un solo ovario y una sola trompa unidos á un ángulo del útero, el cual estaba reducido á la mitad longitudinal.

El Talmud dice que, para tener hijos, es preciso esperar á que la mujer desee con ardor á su marido; para tener una hija se necesita, por el contrario, que deseando violentamente el hombre á su mujer la sorprenda, por decirlo así, y la ame de improviso. A. Weill refiere que comiendo un día Meyerbeer en la mesa de Luis Felipe, preguntóle el rey, á los postres, si tenía hijos.—*Sí, señor*, respondió el maestro; *sólo que siento no tener sino hijas.*—*¡Cómo!* exclamó el rey, *vos que sois judío, vos ignoráis el arte de tener hijos. Durante mi destierro en Suiza trabé conocimiento con un rabino que me dió lecciones de alemán; pero lo mejor que me enseñó fué á casarme á tiempo y tener hijos é hijas según mi voluntad.* A continuación, el rey comunicó al músico su secreto, conforme con el Talmud.—*Os certifico*, añadió el rey, *que la experiencia justificó del todo esta teoría. De antemano he anunciado á mis deudos y conocidos, ya mi hijo, ya mi hija.*

Napoleón I escribía á una princesa de su familia que estaba en cinta: «Bebed un vaso de vino al día». Creía darla así una receta suficiente para hacerla tener el hijo que ella deseaba: nació una hija.

El profesor Thury, de Ginebra, ha hecho en el ganado mayor experiencias que demostrarían que el sexo depende del grado de madurez del huevo en el momento de ser fecundado. Haciendo cubrir vacas al comenzar el celo, siempre ha obtenido hembras este sabio, y machos si era al fin. Si esta ley fuera aplicable á la especie humana, practicado el coito en el momento de las reglas daría una hija y algo después un hijo. Ahora bien; razones de conveniencia impiden las relaciones sexuales durante la época menstrual, y sin embargo, los varones no exceden de las hembras sino en corta proporción: en Francia se cuentan 106 niños por cada 100 niñas.

El doctor Heitzmann, de Nueva York, ha emitido recientemente una nueva teoría que explica y confirma los resultados obtenidos por Mr. Thury. Según este fisiólogo americano, el huevo debe producir un ser masculino si ha sido fecundado por varios espermatozoides y un ser femenino si el número de éstos es restringido. Además, admite que cuanto más corto es el trayecto recorrido por el huevo, menos elementos espermáticos encuentra éste. Por consiguiente, si el coito se efectúa lejos de la época menstrual, ó inmediatamente antes, estando situado muy arriba el huevo, no sufrirá el contacto sino de pocos espermatozoides y producirá una hembra; si las relaciones sexuales se verifican en seguida de las reglas, introducido el huevo más adentro de las vías genitales de la mujer, tiene mayor probabilidad de ser impregnado por un número más considerable de elementos espermáticos y producirá un varón. Pero esta ingeniosa teoría, lo mismo que la precedente, es poco aplicable á la especie humana.

Algunos autores hacen depender el sexo del modo de alimentarse la madre, y pretenden que una alimentación abundante produce más bien un germen masculino. Otros otorgan manifiesta influencia á la edad y al vigor de los padres, predominando los varones cuando el padre es mayor ó más vigoroso que la madre. En todo tiempo han notado los ganaderos que un caballo joven y ardiente produce crías de su sexo. Según Mr. Sansón, se emplean caballos viejos para obtener mulas de preferencia á mulos.

También se ha demostrado en el hombre que el estado de salud influye en el producto de la concepción; un adulto extenuado por enfermedad, ó simplemente débil por temperamento, con frecuencia no tendrá más que hijas, sobre todo si la constitución de la mujer no es capaz de neutralizar los efectos de la debilidad marital. Análogos resultados producen los excesos venéreos, disminuyendo la vitalidad de los elementos fecundantes. Por eso, como ha observado Toussenel, los matrimonios de inclinación y las uniones ilegítimas dan más niñas que niños, y lo contrario sucede con las alianzas forzadas ó tormentosas. En los países en que existe la poligamia, es mucho ma-

yor aún que en los pueblos occidentales la diferencia entre el número de niñas y el de niños. Asimismo, las hembras de los animales de corral, que son cubiertas por un solo macho, engendran más hijos de aquel sexo que de éste, y las perras que se dejan cubrir por muchos perros producen más machos que hembras. Girou de Buzareingues sostiene que en los campos nacen más niñas que niños después de la cosecha, es decir, cuando los hombres tienen más fatiga.

Determinación del sexo del producto de la concepción.— Después de haber señalado los medios que se reputan capaces de influir sobre la sexualidad del germen, podemos citar aquellos, no menos pueriles, que pasan por revelar el sexo del niño durante el embarazo.

Un uso bastante difundido en muchos países, y que parece referirse á las prácticas aconsejadas por Hipócrates y Millot, consiste en hacer que se eche al suelo la mujer en cinta y observar cómo se levanta: si toma su punto de apoyo en el lado derecho, el feto es femenino; en el caso contrario, será masculino. En otro tiempo se obtenía el mismo resultado con huevos. Según Plinio, Julia, hija de Augusto, y en cinta de Tiberio, deseaba con ardor un hijo. Para saber si sus deseos quedarían colmados, colocó un huevo en su seno, y cuando se veía obligada á quitárselo, lo confiaba á una nodriza. El augurio fué feliz: obtuvo un pollo de su huevo y un hijo varón de su marido.

Tanto vale este procedimiento como el de las matronas que, ocultando un par de tijeras bajo una silla y un cuchillo bajo otra, hacen sentar á la embarazada en una de las dos, anunciando la primera una niña y la segunda un niño.

También se han dado como signos de un varón: la falta de vómitos y de desmayos durante el embarazo, la mayor fuerza del pulso derecho de la madre y la percepción precoz de los movimientos fetales.

Mr. Lemoal, de Rennes, ha observado que en la vaca y en la yegua se producía hinchazón de la vulva para una hembra, pero no para un macho. Mas en la mujer no se ha notado esto.

En los últimos tiempos han pretendido Frankenhausen y Cumming, de Edimburgo, que el número de latidos cardíacos del feto durante la preñez permitía indicar su sexo. Según estos autores, las pulsaciones fetales cardíacas estarían en razón inversa de su volumen, y como de ordinario los niños son más voluminosos que las niñas, de aquí el que el número de pulsaciones sea menor en los primeros: así, si es del sexo masculino, tendría el niño de 130 á 135 latidos por minuto, y si del sexo femenino, de 150 á 160. Sólo los números intermedios quedarían indecisos, y la ley no existiría para los niños débiles ó enfermos. Pero estas indicaciones han sido contradichas por MMr. Budín y Chaignot. Estos sabios tocólogos han sentado: 1.°, que no había relación alguna entre el sexo del niño y el número de palpitaciones del corazón; 2.°, que en el mismo feto hay grandes diferencias entre dos exámenes hechos con algunos días de intervalo (160 pulsaciones, 138, 128, 134); 3.°, que estas diferencias pueden ser, en algunos minutos de término, una veintena de pulsaciones de más ó de menos; 4.°, que el peso del feto no parece guardar relación alguna con la frecuencia de los latidos del corazón.

Según las más recientes investigaciones del doctor Dauzats, la indicación del sexo parece depender, sin embargo, del número de palpitaciones del corazón. Deduce que entre 130 y 140 pulsaciones hay tantas probabilidades de equivocarse como de acertar; que se predice con seguridad un varón cuando el pulso es inferior á 130 (7 veces entre 10), y que, por el contrario, puede también de cada diez veces siete anunciarse una hembra si las pulsaciones fetales son superiores á 140. Estas pulsaciones deben contarse varias veces y hay que fundarse en el promedio de las observaciones.

De la herencia.— 1.° TRANSMISIÓN DE LOS CARACTERES FÍSICOS Y MORALES.—En todo tiempo se ha reconocido que los padres transmiten á sus descendientes ciertos caracteres de su organización física y moral; de aquí los proverbios: *fortes creantur fortibus et bonis* (Horacio); *de tal padre, tal hijo; al perro que bien caza, le viene de raza*, etc. «¡Qué monstruo es, dice Mon-

taigne, esa gota de semen de la cual somos producto, y que lleva en sí las impresiones, no sólo de la forma corpórea, sino también de los pensamientos y tendencias de nuestros padres!»

Como ejemplos de cualidades morales é intelectuales hereditarias, se citan con frecuencia: el talento oratorio de los Curiones y Lelios, los desórdenes y crueldad de los Borgias y Farnesios, el valor de los Montmorency, el talento militar de los Condé, el amor á las artes de los Médicis, la ambición de los Guisas, el genio político de los Pitt, la pasión por el cálculo de los Cassini, la elocuencia de los Mirabeau, etc.

No son menos numerosos los hechos relativos á la transmisión hereditaria de los rasgos físicos. Recordaremos: la nariz de los judíos y la de los Borbones, el estrabismo de los Montmorency, la largura de dientes en los ingleses, los cabellos rubios y cabeza redonda de los alemanes, el delantal de las hotentotes, lo grueso del labio inferior en la casa de Austria y la llamada nariz de apagaluces de la casa de Saboya. En Italia, los Lansada presentaban en el muslo una mancha en forma de punta de lanza. Haller refiere que los Bentivoglio tenían en su cuerpo un tumor que les advertía, cambiando de volumen, las variaciones atmosféricas. Sinibaldi habla de una familia de Bergamo, muchos de cuyos miembros eran triórquidos y debían á esta particularidad un sobrenombre característico: *Bergami familia est Coleonum, e quâ Bartholomeus ille Venetorum dux famigeratus, sic nuncupata quod plurimi tres obtineant testes* (1). Cardón dice que todos sus parientes tenían una verruga en el mismo brazo.

Los romanos designaban á ciertas familias con los nombres genéricos de Buccones (de *bucca*, la boca), Labeones (de *labia*, los labios) y Nasones (de *nasum*, la nariz), á causa del exagerado desarrollo de una ú otra parte del rostro. Otros muchos nombres, como ha hecho notar Demangeón, se han derivado de algún carácter físico ó moral, propio para distinguir las familias romanas en que parecen haber sido hereditarios; citare-

(1) En Bergamo está la familia de los Coleoni, á la que pertenecía Bartolomé, aquel famoso dux de Venecia, así llamados porque la mayor parte tenían tres testículos (de *coleus*, testículo).

mos: Rufo, que significa rojo; Catón, hombre de costumbres severas; Tácito, silencioso; Strabón, bizco; Varrón, zambo; Platón, aplanado, á causa de la forma de sus hombros; Cicerón, guisante, porque tenía en la nariz una verruga de nacimiento.

También en Francia, los caracteres físicos que se han perpetuado en las familias las han hecho designar con los nombres patronímicos de Rousseau (rojo), Le Brun (moreno), Le Blanc (blanco), Noirot (negro), Camús (romo), Petit (pequeño), Le Grand (grande), Capet (cabeza), etc.

El «aire de familia» que existe de ordinario entre hermanos y hermanas, y el frecuente parecido entre los gemelos, son también efectos muy comunes de la herencia. «Ninguno de los órganos del hombre, asegura Mr. Joux, nos ha parecido transmitir con tanta fidelidad como la oreja la semejanza entre padres é hijos; hemos podido comprobar de una manera positiva relaciones adúlteras comparando las formas de las orejas de los padres con las de los hijos.»

También se encuentra la confirmación de la herencia en el tipo mixto de los híbridos, que resultan, como sabemos, del cruzamiento de especies heterogéneas.

En ciertas familias se transmiten hereditariamente las simpatías y antipatías. «Perdónenme un poco los médicos mi libertad, dice Montaigne, pues por esta infusión é insinuación fatal he adquirido el odio y el menosprecio á su doctrina. Esta antipatía que siento por su arte es hereditaria en mí: mi padre vivió setenta y cuatro años, mi abuelo sesenta y nueve, mi bisabuelo cerca de ochenta, sin haber probado ninguna clase de medicina, y entre ellos todo lo que no era de uso ordinario se consideraba droga.» Boyer refiere la historia de un joven que tenía tal aversión á las lavativas, que estando un día enfermo se le administró una por fuerza y murió algunos instantes después. Ahora bien, su madre caía con un síncope sólo con ver una jeringa.

De la selección.—Cuando un ganadero desea perfeccionar tal ó cual variedad de animales, ú obtener en ellos el *summum* de

ciertas cualidades especiales, se aprovecha del influjo natural de la herencia y practica lo que se llama *selección* (de *selectio*, elección). Así es como se han podido crear razas de carneros de vellón muy fino, caballos de carreras, puercos destinados al engorde, etc. Darwin llegó á obtener en los pichones todas las modificaciones que quería. Sir John Sibright, uno de los más hábiles criadores de palomas, pide tres meses para producir cualquier plumaje que le hayan indicado, pero necesita seis años para modelar una cabeza ó un pico. Así se obtienen también por selección variedades especiales de plantas.

Desgraciadamente, no se aplican estos principios á la especie humana, y se cuida menos de la reproducción del hombre que de la de los animales. «Puesto que los hombres se hacen á la ventura y al acaso, como hace notar Charrón, no es maravilla que se encuentren tan pocos hermosos, buenos, sanos, prudentes y bien hechos.» Sobre este particular eran más exigentes los antiguos que nosotros. Los lacedemonios condenaban sin apelación á los niños débiles ó contrahechos. Impusieron fuerte multa á su rey Arquidamas por haberse casado con una mujer pequeña y delicada, que no podría darles más que un reyezuelo. «Es preciso, dice Platón en su *República*, hacer frecuentes las relaciones entre hombres y mujeres escogidos, y más raras entre los individuos menos estimables de uno y otro sexo. Además, es menester criar á los hijos de los primeros y no á los de los segundos, si se quiere tener un buen rebaño.» Bacón hace análoga recomendación en la *Nueva Atlántida*. En Creta obligaba una ley á que se eligieran los jóvenes de ambos sexos más notables por su belleza y se casaran entre sí para propagar su especie. Federico II creó un tipo nuevo en los alrededores de Potsdam, casando á sus granaderos con las mejores mozas del país.

2.º Transmisión de las enfermedades. Innatividad.— Las predisposiciones morbosas se transmiten con tanta frecuencia por vía hereditaria como los caracteres físicos y morales. «De un flemático nace un flemático, decía Hipócrates, de un bilioso un bilioso y de un tísico un tísico.»

Dice el poeta:

Cuando ha nevado en el padre,
cae la avalancha en los hijos (1).

Y Racine ha escrito por su parte:

Pecaron nuestros padres; ya no existen,
y la pena llevamos de sus faltas (2).

Los médicos están de acuerdo, en efecto, en reconocer la influencia hereditaria en gran número de enfermedades, como la locura, la epilepsia, el histerismo, la jaqueca, el asma, la gota, el mal de piedra, la diabetes, el herpetismo, la miopía, la tuberculosis, la escrofulosis, el cáncer, etc. Sábese que Napoleón I murió, como su padre, de un cáncer en el estómago; «única herencia, dice Chateaubriand, que de él recibiera, pues lo demás lo adquirió por munificencia de Dios». La duquesa de Châtillón sucumbió de un cáncer en el seno, lo mismo que su madre. Igual sucedió á la señora Deshoulières y su hija, las cuales murieron ambas á los cincuenta y seis años. Voltaire cita una familia en que el padre y los dos hijos se suicidaron á la misma edad. Sin embargo, Ana de Austria murió de un cáncer en el pecho derecho y su hijo Luis XIV de gangrena senil en la pierna izquierda.

La transmisión hereditaria se aplica igualmente á la duración de la vida, cuya consecuencia es, por decirlo así; en ciertas familias, como la de Montaigne, son frecuentes los casos de longevidad, mientras que otras están condenadas á una muerte precoz. Turgot sabía que entre los suyos nadie pasaba de los cincuenta años: cuando se acercó á esta época fatal, apresuróse á poner en orden sus negocios y terminar una obra que tenía comenzada; murió poco tiempo después, á los cincuenta y tres años.

(1) Quand il a neigé sur le père
L'avalanche est pour les enfants.

(2) Nos pères ont péché; nos pères ne sont plus
Et nous portons la peine de leurs crimes.

Entre otros ejemplos de longevidad hereditaria citaremos la historia del cardenal de Armagnac, quien pasando el 31 de julio de 1554 por una calle de París vió á un viejo de ochenta y un años llorando en el umbral de su puerta. Habiéndole preguntado Su Eminencia cuál era la causa de sus lágrimas, le respondió: *Es que me ha pegado mi padre por haber pasado por delante de mi abuelo sin saludarle.* El padre tenía ciento tres años de edad y el abuelo entraba en los ciento veinticuatro años de su vida. Enrique Jenkins, que vivió ciento sesenta y nueve años, fué llamado como testigo de un hecho ocurrido ciento cuarenta años atrás, y compareció acompañado de sus dos hijos, uno de los cuales tenía ciento dos años y el otro ciento. Thomas Parr, á quien Carlos I hizo ir á su Corte á la edad de ciento cincuenta y dos años, murió de una indigestión el mismo año. Su padre había muerto á los ciento veinticuatro y su hijo á los ciento veintisiete años.

También se observa el influjo de la herencia en los vicios congénitos de conformación, como el labio leporino, el pie de piña, los dedos suplementarios ó palmados. Una joven soltera en cinta, citada por Crawford, acusaba á un hombre sexdigitario, el cual protestaba de su inocencia; pero dió á luz dos gemelos, cuyas manos presentaban seis dedos cada una. Demarquay ha encontrado once casos de labio leporino en tres generaciones de la misma familia. Van der Bach habla de otra familia, cuarenta de cuyos miembros tenían dedos supernumerarios. En fin, Adriano de Jussieu comunicó á la Academia, en 1827, el hecho de una madre y su hija que tenían cada una tres mamas.

A veces pueden transmitirse también por herencia ciertas anomalías puramente artificiales. Así, perros á quienes se ha cortado la cola tienen descendientes de cola corta, como los perros enganchados á los trineos en Kamtschatka. Del mismo modo se obtienen los perros de nariz y labio superior hundidos, los bueyes sin cuernos, etc. Modificando la iluminación del medio en que viven ciertos ciprinos, se han creado los peces telescopios.

Según Mr. Gosse, los peruanos de la costa presentan una de-

formación especial de la cabeza, debida á la costumbre que antiguamente tenían los indígenas de comprimir el cráneo de los niños recién nacidos. Hipócrates habló ya de esta particularidad en los habitantes del Faso (Crimea). La pequeñez de los pies en las chinas es otro ejemplo de la transmisión hereditaria de las deformidades adquiridas por el hábito. También se ha notado la herencia de ciertas deformaciones profesionales.

No pueden obtenerse resultados semejantes sino cuando el arte viene en ayuda de una tendencia natural, designada por Próspero Lucas con el nombre de *innatividad*. Esta no existe en los judíos, á los cuales se secciona el prepucio hace siglos, y, sin embargo, no lo tienen más corto que los cristianos.

Aparte de las predisposiciones morbosas transmitidas hereditariamente á los hijos, hay otras que resultan de las condiciones en las cuales se hallan los padres en el momento de la concepción. Así, la edad del padre ejerce marcada influencia en la constitución del hijo. Sabido es que los viejos tienen retoños endebles, con aire avejentado y expuestos á una muerte prematura. Se dice de ellos que son «almas viejas en cuerpos jóvenes». Los excesos venéreos, al debilitar la economía de los cónyuges, no son menos perjudiciales á la salud de los hijos. Refiérese que Luis XIV se quejaba á su médico Guenaud de no tener de su mujer sino hijos enclenques ó deformes, en tanto que los de sus queridas eran vigorosos y bien constituídos. —*Señor*, respondió el doctor, *es porque no dais á la Reina sino las rebañaduras.*

Por último, la concepción verificada bajo la influencia de la embriaguez produce muchas veces epilépticos é imbéciles. «El borracho no engendra nada que valga», escribe Plutarco. *Joven*, decía Diógenes á un muchacho estúpido, *bien borracho estaría tu padre cuando tu madre te concibió*. Los antiguos consagraron con una ficción ingeniosa la doctrina de los funestos efectos de la embriaguez sobre el producto de la concepción, cuando refieren que Júpiter engendró al deforme Vulcano en un momento en que estaba ebrio. Ya hemos visto que Sosías, de Molière, aludía á esta verdad fisiológica.

Diferentes modos de herencia. Atavismo.—La semejanza de los hijos con los padres, tanto en la conformación física como en las aptitudes morales y predisposiciones morbosas, se transmite por herencia *directa* del padre y de la madre; por herencia *indirecta* ó *colateral*, de los tíos y las tías; por heredamiento de *influencia*, por efecto de la impregnación ovárica de que antes hemos citado ejemplos; en fin, por herencia con *retroceso*, cuando la transmisión hereditaria salta una ó algunas generaciones y proviene de los abuelos ó antepasados más lejanos.

Los caprichosos rasgos de los niños
recuerdan con frecuencia á sus abuelos [1].

Esta tendencia á volver al tipo primitivo de la especie constituye el *atavismo* (de *atavus*, abuelo). Aun en nuestros tiempos, uno de los miembros de la familia de Orleans recuerda las facciones de Enrique IV, y el príncipe Jerónimo presenta gran parecido con Napoleón I. Los antiguos no ignoraban esta particularidad fisiológica, pero sacaban de ella consecuencias algo forzadas; así, según Plutarco, una mujer griega acusada de adulterio por haber dado á luz un negro siendo blanco su marido, fué absuelta porque descendía en cuarta línea de un etíope. Son muy frecuentes los ejemplos de afecciones patológicas que saltan de la primera á la tercera ó cuarta generación.

Lo más común es que la herencia obre por acción cruzada, es decir, que los hijos hereden de las madres y las hijas de los padres. Las hijas de Enrique VIII, rey de Inglaterra, y las de Cromwell fueron crueles y exaltadas como su padre, al paso que los hijos de estos príncipes fueron dulces y humanos como su madre; María Leczinska heredó las virtudes de su padre Estanislao, rey de Polonia, y las transmitió á su hijo el gran Delfín, que estaba distante de parecerse á su padre Luis XV; Carlos V tuvo el carácter melancólico de su madre Juana la

(1) Des enfants au berceau les traits capricieux
Nous rappellent souvent leurs antiques aïeux.

Loca; la madre de Van Dyck tenía algún talento para la pintura; la de Mozart era una excelente música; Buffón, Cuvier, Walter Scott, Johnson, Byron, Chenier, J.-J. Rousseau, Lamartine y tantos otros nacieron de madres notables por su talento é instrucción. Gœthe tuvo de su cocinera, cuya inteligencia era obtusa, un hijo que heredó el vicio intelectual de su madre, y á quien llamaban los alemanes *el hijo de la sirviente.* Madama Staël y la hija de Molière heredaron las cualidades intelectuales de su padre.

Hase reconocido á Escipión en Cornelia; Cornelia, en los Gracos; Catón, en Porcia; Cicerón, en Tulia; Libia, en Tiberio; Calígula, en Julia Drusila; Agripina, en Nerón; Sœmia, en Heliogábalo; Faustina, en Commodo; Alfonso XI, en sus tres hijas, Berenguela, Blanca y Urraca; Berenguela, en San Fernando; Blanca, en San Luis; Luis XII, en la reina Claudia; Catalina de Médicis, en Carlos IX y Enrique III; Enrique II, en Margarita de Valois; Catalina de Navarra, en Enrique II de Navarra; Enrique II, en Juana de Albret; Juana de Albret, en Enrique IV; Enrique IV, en Enriqueta de Inglaterra; María de Médicis, en Luis XIII ó en Gastón, y Ana de Austria, en Luis XIV. La afición del *Hombre de la máscara de hierro* por la buena ropa blanca es uno de los signos por los cuales se ha querido reconocer en el prisionero de la Bastilla á un hermano del *Rey Sol*; en efecto, su madre, Ana de Austria, tenía el tacto tan delicado que nunca encontraba lencería bastante fina.

¡Cuántos ejemplos podríamos citar aún! La lubricidad de Octavio César pasó á las dos Julias; Carlomagno cerraba los ojos ante los desórdenes de sus hijas, porque las faltas de éstas eran las mismas que las de él; Margarita de Valois recordó, por sus galanterías, las del amante de Diana de Poitiers; Alejandro VI transmitió á todos sus hijos la afición á la crápula; las disolutas costumbres de la duquesa de Berry hacían pensar en las del Regente.

Las inclinaciones hereditarias por acción cruzada, de la madre á los hijos y del padre á las hijas, siguen una ley confirmada por el hecho de que los hombres de genio rara vez tienen hijos de una inteligencia superior. «¿Por qué singular juego

de la naturaleza, exclama Edonio Neuhusio, pueden salir del sabio Pericles dos necios como Paralo y Xantippo y un furioso como Clinias; del íntegro Arístides, un infame Lysímaco; del grave Tucydides, un inepto Milesias y un estúpido Estéfano; del sobrio Foción, un disoluto Focas; de Sófocles, de Aristarco, de Aristipo [1], de Temístocles y de Sócrates, hijos más viles que la pituíta? Después nos muestra al hijo del gran Escipión, caído en tal grado de ignominia, que indignados sus parientes le arrancan del dedo el anillo con la efigie de su ilustre padre; los hijos de Curión, el más frugal de los hombres, encenagados en la más abyecta depravación. Nos representa, en fin, al hijo de Catón de Utica, tan infame de costumbres como de cobardía; y recuerda el asombro y el dolor de Roma al ver en un borracho y necio libertino al hijo de Cicerón; en un Calígula, al hijo de Germánico; en un Domiciano, al hijo de Vespasiano; en el gladiador Commodo, al hijo de Marco Aurelio» [2].

Asimismo, en los tiempos modernos han quedado completamente oscurecidos los hijos de La Fontaine, de Buffón, de Crebillón, de Gœthe, etc.

Verdad es que abundan los ejemplos contrarios, y que con frecuencia los descendientes han sostenido con cierto brillo el nombre ilustrado por su padre en las letras, en las ciencias ó las artes; testigos los Ticiano, Rafael, Mozart, Cassini, Bernouilli, Pilón, Vanloo, Ampère, Nourrit, Beethoven, Bach, Jussieu, Geoffroy Saint-Hilaire, Vernet, Dupín, Desaugiers, Becquerel, Legouvé, Hugo, etc. Sabido es que Esquilo tuvo en su familia ocho poetas trágicos.

De las uniones consanguíneas.—Puesto que las particularidades dominantes en los padres se transmiten hereditariamen-

(1) Como le reprochasen su severidad respecto á sus hijos, y la reputación en que tenía su sangre, dijo: *También se engendran de nuestra sangre la miseria y la pituíta; sin embargo, ¿quién no las expulsa?* Una frase análoga se atribuye al czar Pedro I, que condenó á muerte á su hijo Alexis, á causa de sus hábitos de embriaguez, y lo ejecutó él mismo: *Cuando se tiene mala sangre*, decía, *se la hace uno sacar.*

(2) P. Lucas, *Tratado de la herencia.*

te á los hijos, se concibe que si los miembros de una misma familia se enlazan constantemente entre sí, sus caracteres físicos, morales y morbosos irán pronunciándose sin cesar en sus descendientes, de tal suerte que las cualidades se perpetuarán mejorándose y los defectos agravándose. Esto es lo que se observa en las familias reales, que no se enlazan sino entre sí.

Así, el doctor Jacoby ha estudiado en todos los miembros de la familia y descendencia de Augusto la transmisión hereditaria del vicio neuropático, que produjo en la familia imperial la locura, la epilepsia, el idiotismo, estados nerviosos, anomalías morales, etc. Es sabido que todos los reyes de la rama de los Valois manifestaron signos evidentes de perturbaciones intelectuales.

Esquirol relaciona también con la consanguinidad la frecuencia de la enajenación mental en las familias nobles de Francia é Inglaterra. El cretinismo, que se observa por lo común en las poblaciones aisladas en medio de las montañas, como en ciertas regiones de Suiza, de Wurtemberg, del Piamonte y del Delfinado, hase también atribuído á la funesta influencia de las uniones consanguíneas. Quizás sea también este el origen de los *Beatos* (Cagots) de los Pirineos, de los *Vaqueros* de Asturias, de los *Coliberts* del Poitou y de los *Marranos* de la Auvergnia.

En todos los tiempos han prohibido las leyes civiles y religiosas las uniones consanguíneas. «Nadie se acercará á la que sea próxima pariente suya para descubrir su desnudez», dice Moisés en el *Levítico*. Manú, el gran legislador de la India, proscribía los matrimonios consanguíneos hasta el sexto grado. La religión de Mahoma es más rigurosa: prohibe el matrimonio con su hermana de leche, su pupila ó su nodriza. En China todavía es más severa, y prohibe los matrimonios entre individuos que tengan el mismo nombre. En cuanto á la Iglesia, prohibe las uniones consanguíneas hasta el cuarto grado de parentesco, pero concede fácilmente dispensas; así, La Condamine obtuvo del Papa permiso para casarse con su sobrina; en otro tiempo era más dura esta prescripción, y se extendía hasta

el séptimo grado. El rey Roberto se había casado con su prima hermana Berta; fué obligado á repudiarla para hacerse levantar la excomunión que le había fulminado Gregorio V. Las *Capitulares* de Carlomagno consideraban como un *incesto espiritual* el matrimonio su madrina. «Una Anduera, que se llama reina de Francia, dice Voltaire, porque era mujer de un Chilperico, régulo de Soissons, fué vilipendiada por la justicia eclesiástica, censurada, degradada y divorciada por haber tenido á su propio hijo en la pila bautismal y haberse hecho comadre de su propio marido.»

El Código civil no prohibe las alianzas entre parientes y afines más que hasta el tercer grado, y el jefe del Estado puede conceder autorizaciones para los parientes en tercer grado y afines en segundo.

Los matrimonios consanguíneos eran lícitos entre los egipcios: el hijo de Ptolomeo Filadelfo se había casado con su hermana Berenice, y Cleopatra se casó con su propio hermano. Concíbase, por lo demás, que conforme se asciende á la fuente de las sociedades humanas, menos odioso y criminal parece el incesto, porque el origen del mundo, según la narración bíblica, descansa en las uniones incestuosas entre los hijos é hijas de Adán y Eva. Asimismo, después del Diluvio, los descendientes de Noé debieron necesariamente elegir sus compañeras entre sus hermanas ó sus primas.

Las uniones consanguíneas se toleraban en Roma. Calígula publicaba en alta voz que su madre había nacido del incesto de Augusto con su hija Julia. Según Michelet, Luis XV tuvo por queridas á sus propias hijas. También Napoleón I fué acusado de sostener relaciones incestuosas con sus hermanas.

En nuestros días, los ganaderos que practican la selección sacan partido de la consanguinidad para extender y fijar las cualidades ó las formas de los animales, y hasta para crear artificialmente razas nuevas, como el toro Durham, el puerco Newleicester y el carnero Dishley. Los ingleses llaman á este modo de reproducir *breeding in and in*, «producción desde dentro», y los alemanes *inzucht*.

De estos pretendidos perfeccionamientos de las razas anima-

les se ha querido sacar un argumento en favor de la indemnidad de los matrimonios consanguíneos con aplicación al hombre. Pero no pueden colegirse por las leyes de propagación de los animales las de la especie humana. Por otra parte, numerosos hechos prueban que la raza animal ó vegetal degenera por la consanguinidad.

Sin negar los inconvenientes que la consanguinidad puede ejercer sobre la especie humana, perpetuando y aun exagerando los defectos como las cualidades de los cónyuges, hay qne confesar, sin embargo, que existe demasiada tendencia á relacionar con las uniones consanguíneas percances á los cuales son extrañas con frecuencia. Entre otros peligros se las atribuye la esterilidad, y á esta causa refiere Benoistón de Châteauneuf la extinción de la nobleza francesa. Pero otras muchas circunstancias han podido producir este resultado, principalmente la precocidad de los matrimonios (1), el sacrificio del amor á la etiqueta (2), la afición al estado militar ó eclesiástico y sobre todo la revolución.

También hase acusado á los matrimonios consanguíneos de producir el albinismo, la sordo-mudez, la epilepsia, el idiotismo y aun la locura. Ahora bien; el doctor A. Voisín, que ha observado 200 idiotas de ambos sexos y 1.357 enajenados en las diferentes salas de Bicêtre y de la Salpêtrière, ha probado que no podía recriminarse ni una sola vez á la consanguinidad, por más de que tuvo mucho cuidado de interrogar él mismo á los parientes. Por otra parte, MMr. Menière, Liebreich, Devay y otros varios han publicado cierto número de hechos que condenan las uniones consanguíneas. En presencia de tan contradictorios asertos, la conducta más prudente que debe seguirse es la indicada por el axioma filosófico de Zoroastro: *En la duda, abstente*. O bien aprovechar los consejos del poeta:

(1) "La pequeña de Rochefort, escribe madama de Sevigné, se casará un día de estos con su primo de Nangis. Tiene doce años.„

(2) El príncipe de Conti deseaba casarse con una sobrina del cardenal Mazarino: *¿Cuál?* le preguntaron.—*Cualquiera*, contestó; *me caso con el cardenal y en manera alguna con una mujer.*

¿De innúmeras espigas
quieres tu campo ornado?
Con el trigo que él hizo,
guárdate de sembrarlo:
en muy distinta tierra
elige el rubio grano,
llena con él tus surcos
y verás el milagro
con que hacen mil progresos
las razas de otros campos.
¿Quieres que tus verjeles
abunden más que antaño
en suculentas frutas,
del paladar regalo?
Con tu pericia injerta,
en todo frutal árbol,
de una adúltera rama
los nutritivos tallos.
Tus veloces corceles
y triscantes rebaños,
si sus amores gozan
entre sí emparejando,
verás cuál degenera
su raza con resabios.
Apellida en tu ayuda
amantes muy lejanos,
y cruza sus uniones
ó pierdes tus cuidados.
Que sea madre tu hija
con un remoto extraño
y tu hijo busque lejos
esposa en que lograrlos:
todo entonces prospera,
tus votos se ven hartos;
su raza se ennoblece
y da viriles vástagos,
sus hijos más hermosos,
su número más alto [1].

[1] Veux-tu de beaux épis voir ton champ couronné?
Garde-toi d'y semer le blé dont il est père:
Fais choix d'un autre grain né dans une autre terre,
Remplis-en tes sillons; tu seras étonné
Des progrès qu'y fera cette race étrangère.
Veux-tu que tes vergers, rendus plus abondants,
Te rapportent des fruits qui soient plus succulents?
Dans les arbres, il faut que ton adresse insère
Les rameaux nourrissants d'une branche adultère.

De las condiciones que modifican la herencia.—Diversas circunstancias pueden obrar sobre la herencia para modificar y hasta neutralizar sus efectos; tales son: la innatividad, es decir, el poder que tiene la naturaleza de engendrar en los diferentes individuos cualidades ó defectos que son peculiares á ellos; la educación; una higiene bien entendida, y los cruzamientos sensatamente practicados, que hacen desaparecer á la larga los caracteres de los primeros padres; así, cuatro generaciones bastan para transformar el tipo negro en blanco y viceversa. La lactancia confiada á una nodriza robusta es también un poderoso correctivo contra los vicios hereditarios.

El medio más eficaz de combatir las predisposiciones morbosas es, de acuerdo con la juiciosa observación del doctor Garnier, aplicar rigurosamente á la elección de cónyuge el famoso axioma de la medicina alopática: *Contraria contrariis curántur.* Pero con harta frecuencia la elección de consorte se regula por la posición ó la fortuna; muy pocos imitan á Temístocles, quien más quería para su hija hombre sin dinero que dinero sin hombre. «Cuando se desea tener perros ó caballos, decía ya en su tiempo el poeta Theognis, se eligen las mejores razas; pero cuando se trata de escoger una esposa ó un marido se toma lo peor que haya, con tal de que tenga dinero.»

De la fecundidad, sus caracteres y sus límites.—Todos los seres organizados son fecundos, es decir, poseen la facultad de reproducirse, y esta aptitud está tanto más desarrollada cuanto más bajo es el lugar que ocupan en la naturaleza. Además, como lo ha hecho notar Toussenel, la fecundidad es proporcio-

Tes troupeaux bondissants, tes coursiers vigoureux,
Bornés dans leurs amours, s'accouplent-ils entre eux,
Leur race sans mélange aussitôt dégénère.
Appelle à ton secours des amants inconnus,
Croise leurs unions, ou tes soins sont perdus.
Avec un étranger que la fille soit mère;
Que le fils cherche au loin une épouse étrangère:
Tout te prospère alors, tout répond à tes vœux;
Leur race s'ennoblit, elle est mâle, elle est fière,
Et leurs enfants, plus beaux, deviennent plus nombreux.

nal á los peligros de destrucción que amenazan á las especies. Así, mientras las aves y los mamíferos no dan origen sino á un número limitado de crías, reprodúcense á millares las plantas, los insectos, los reptiles y los peces. «En el momento de la freza, dice Michelet, quien llama al mar *la gran hembra del globo*, el arenque tiene setenta mil huevos, el bacalao nueve millones. ¡Un pescado de cincuenta libras pòne catorce libras de ellos, la tercera parte de su peso! Estas temibles madres van vertiendo por todo su camino torrentes de criaturas. ¡Densas, crasas y viscosas ondas, en que la vida fermenta en la levadura de la vida! ¡En cientos de leguas, á lo largo, á lo ancho, hay como un volcán de leche, y de leche fecunda, que ha hecho erupción y ahoga al mar!»

En el hombre, el signo característico de la fecundidad es la presencia de espermatozoides en el líquido seminal, y en la mujer la menstruación, á lo menos la mayoría de las veces, porque ya hemos visto que ha habido mujeres que han sido madres sin estar regladas. Laurent-Joubert refiere la historia de una mujer de Tolosa que presentaba esta anomalía funcional, y no obstante dió á luz veintidós hijos. Pero estos casos son excepcionales y en nada invalidan la regla fisiológica, que exige que la duración de la aptitud genésica en ambos sexos esté subordinada á la persistencia de las funciones espermática y ovárica. El período de fecundidad se extenderá, pues, en el hombre desde la pubertad á la edad de sesenta años próximamente, y en la mujer desde la misma época á la menospausia, es decir, hasta los cuarenta y cinco ó cincuenta años. Muchas veces se trasponen estos límites, y se comprueban entonces casos de fecundidad precoz ó tardía.

Se han citado como ejemplos de fecundidad precoz embarazos sobrevenidos á la edad de once años. ¡Haller asegura haber visto en cinta una niña de nueve años! Algunos historiadores, poco dignos de fe, es cierto, refieren que Catón fué padre á los ocho años, y San Jerónimo nos ha legado el relato de un niño de diez años que puso en cinta á una nodriza cuyo lecho compartía. El mismo autor refiere que el rey Acaz engendró á Ezequías á los once años. Dícese que Mahoma se casó con Ca-

disja á los cinco años, y la admitió en su lecho á los ocho. Lucas Championnière ha citado el caso de una niña que fué seducida por su tío y parió á los doce años y medio.

En cuanto á los casos de fecundidad tardía, son mucho más frecuentes, y se encuentran, sobre todo, en el sexo masculino. Así, Masinisa, rey de Numidia, según dice Valerio Máximo, engendró á Metynata á los ochenta y seis años; Wladislao, rey de Polonia, tuvo dos hijos á los noventa; el obispo de Seez comunicó en 1710 á la Academia de Ciencias la observación de un hombre de su diócesis que se casó á los noventa y cuatro años con una mujer de ochenta y tres, la cual tuvo un niño de término; el mariscal de Estrees se unió en terceras nupcias, á la edad de noventa y un años, y se casó, dice Reveillé-Parise, «muy formalmente»; el mariscal de Richelieu se casó en segundas nupcias, asegura el mismo autor, «gallarda é impunemente» con la señora de Roth á la edad de ochenta y cuatro años; Thomas Parr fué padre á los ciento, y de creer á las *Transactions philosophiques*, aun realizaba á los ciento veinte sus deberes conyugales «con una puntualidad por la que su compañera se complacía en hacerle justicia». Este célebre inglés, refiere Noirot en el *Arte de vivir mucho tiempo*, tuvo que hacer á los cien años penitencia á la puerta de una iglesia por haber seducido y preñado á una joven soltera. El doctor Dufournel tuvo su décimocuarto hijo á los ciento diez años, y el noruego Surrington fué padre á los ciento cincuenta y uno. Sabemos que Cásper ha encontrado espermatozoides en un viejo de noventa y seis, y que estos elementos fecundantes se encuentran en la mitad de los ancianos de sesenta y cinco años de edad. Bueno será, sin embargo, tener mucha reserva respecto á la paternidad tardía, y debe recordarse la tan conocida respuesta de Corvisart á Napoleón I. Preguntábale el Emperador si á los sesenta años puede un hombre esperar ser padre:

—*Algunas veces*, contestó el médico.

—*¿Y á los setenta?*

—*¡Siempre, señor!*

Entre otros ejemplos de fecundidad tardía en la mujer, cita-

remos los siguientes: Delamotte menciona una soltera de cincuenta y un años, que jamás había querido casarse por miedo á tener hijos, y que quedó en cinta á esa edad; Marsa, médico en en Venecia, tomó un embarazo por una hidropesía del vientre una mujer de setenta años; Capurón parteó una mujer de sesenta y tres años; Haller nos ha transmitido la observación de una de sus clientes, la cual se hizo madre á los setenta años; en fin, la mujer Lebaupin dió á luz un hijo á los ochenta y cuatro. Balzac ha sacado partido de una excepción análoga en *Las pequeñas miserias de la vida conyugal*, donde refiere la historia de un joven que se casó con una hija única, esperando que la fortuna de los padres de ésta iría á parar á él por completo. Pero, contra todo lo que se esperaba, la suegra, aunque ochentona, dió á luz un segundo hijo, con quien hubo de compartir la herencia.

El período de fecundidad de la mujer dura al rededor de veinticinco años, durante los cuales puede normalmente dar á luz diez y seis hijos, admitiendo que á cada embarazo le siga la lactancia y que nazca un solo hijo cada vez, lo cual es la regla en la especie humana. Esta cifra puede superarse en el caso de concepciones múltiples.

De las concepciones múltiples.—No son muy raros los nacimientos múltiples; se cuenta uno doble por 80 simples, uno triple por 6.500 y uno cuádruple por 40.000. Como ejemplo de cuatro gemelos, citaremos el que refiere Mauriceau en estos términos: «He conocido, dice, á un llamado Mr. Hebert, cubridor de las construcciones del Rey, quien era tan buen cubridor, que su mujer parió cuatro hijos vivos de una sola vez; sabido lo cual por monseñor el duque de Orleans difunto, por el que era muy bien quisto á causa de su jovial humor, le preguntó, en presencia de buen número de personajes, si era cierto que fuese tan buen compañero que hubiera hecho á su mujer estos cuatro hijos. De una vez, contestó afirmativa y friamente, y de seguro la hubiera hecho media docena si no se le hubiera escurrido el pie, lo que hizo reir mucho á todos con regocijo».

Se conocen algunos ejemplos auténticos de cinco gemelos; pero más allá de esta cifra deben ponerse en duda, como el caso de aquel Gilles de Trazegnies, que pasaba, como su nombre indica, por ser ¡el décimotercio hijo de un mismo parto! También Mauriceau nos ha transmitido la fabulosa historia de una condesa de Holanda que parió en el año 1276 de una vez trescientos sesenta y cinco hijos, los cuales murieron con su madre en el mismo día; «lo que le aconteció, dice este célebre comadrón, por la imprecación que la dirigió una pobre mujer, deseándola pudiera tener tantos como días el año, á causa de que pidiéndola limosna, representándola su miseria y la de dos niños gemelos que llevaba en brazos, la contestó aquella señora que si sufría tal incomodidad, en cambio había tenido gusto en hacerlos, reprochándola también que no podía haber concebido aquellos dos hijos de un solo hombre».

La predisposición para las concepciones múltiples depende indistintamente del uno ó del otro sexo. Así, Menage habla de un tal Brunet, quien tuvo de su mujer veintiún hijos en siete partos y de su criada tres de una vez. Por otra parte, se han visto mujeres que han tenido preñeces múltiples, aunque casadas sucesivamente con distintos individuos.

Circunstancias que influyen sobre la fecundidad.—Ante todo, hay que señalar el influjo de la herencia. A los ejemplos ya citados, añadiremos los siguientes: Osiánder hace mención de una mujer que tuvo treinta y dos hijos y cuya madre había tenido treinta y ocho; Derham habla de otra mujer que á los noventa y tres años contaba ciento catorce nietos, doscientos veintiocho biznietos y nuevecientos tataranietos, es decir, mil doscientos cincuenta y ocho descendientes; en fin, las familias de los Guisa y los Condé son ejemplos de fecundidad hereditaria.

Las concepciones múltiples son muy frecuentes en los gemelos. Sin embargo, se citan como excepción los hermanos Siameses, que se casaron con las dos hermanas y cada una de éstas sólo dió á luz una hija.

Parece que después de las grandes catástrofes la humanidad

trata de reponer las pérdidas que ha sufrido. Así, tras de la peste negra, que desde 1347 á 1350 arrebató casi el tercio de los habitantes de Europa, el continuador de Nangis advierte que los vacíos se llenaron con rapidez: «Tan pronto como la peste hubo cesado, dice este autor, los hombres y mujeres que quedaron casáronse á troche y moche; las esposas concibieron desmesuradamente en todo el mundo; ninguna quedó estéril; no se veía por todas partes más que mujeres en cinta y muchas parían dos y hasta tres hijos vivos. El mundo se renovó en cierto modo y apareció como una nueva edad».

También los climas pasan, sin razón, por influir en la fecundidad. Así, la aptitud para la generación sería mayor en los países cálidos que en los fríos, y á esta particularidad se atribuye la tolerancia de los infanticidios en los pueblos de la antigüedad, como en nuestros días entre los chinos. Sin embargo, los habitantes del Norte, y en particular los irlandeses ([1]), los ingleses y los rusos, gozan de una fecundidad notable. Liegeois refiere que una mujer rusa tuvo cincuenta y siete hijos, cuatro veces cuatro al mismo tiempo, siete veces tres y diez veces dos gemelos. Sabida es la historia de aquel aldeano ruso que fué presentado á Catalina II como padre de noventa hijos. Según Mr. Bertillón, en Inglaterra cien mujeres tienen, durante el período de fecundación, catorce alumbramientos anuales, al paso que en Francia el mismo número sólo producen diez. Pero la acción del clima nos parece independiente de este resultado, y el puesto inferior que ocupa Francia en la escala de la fecundidad se explica, lo mismo que el continuo decrecimiento de la población, por la práctica de los procedimientos de Malthus, con objeto de exonerarse de las cargas de la familia. He aquí, por otra parte, la estadística de los nacimientos anuales por 1.000 habitantes de todas edades y ambos sexos en las

(1) "Es una triste cosa, dice Swift, para los que pasean en esta gran ciudad de Dublín ó viajan por el campo, el ver las calles, los caminos y las puertas de las chozas rebosando mendigos, á quienes siguen tres, cuatro ó seis niños harapientos, y que importunan á cada transeunte para obtener una limosna.„

diferentes naciones: Francia, 27; Irlanda, 27 ([1]); Suiza, 30; Bélgica, 31; Suecia, 32; Inglaterra, 35; Escocia, 35; Italia, 37; España, 38; Prusia, 38; Baviera, 40. Todos los países de Europa son, pues, más fecundos que Francia.

Una pronunciada obesidad, sobre todo en la mujer, disminuye de un modo notable la aptitud para la fecundación; pronto veremos que la obesidad se incluye en el número de las causas de la esterilidad. Este es un hecho bien conocido por los criadores y que se aprovecha en la industria de ciertas especies de pescados. Las carpas destinadas en Sologne á la reproducción se amontonan en estrechas piezas de agua, llamadas *carperas de postura*, donde apenas pueden moverse y alimentarse. Por el contrario, las que viven en libertad en los estanques se hacen más grandes, pero su rápido y excesivo desarrollo de tamaño las vuelve infecundas.

¿Debe apoyarse en estos hechos y en la extremada fecundidad que se observa en los indigentes, para pretender que la falta de alimento y las privaciones prolongadas aumentan la aptitud para la fecundación? No; y si los pobres tienen más hijos que los ricos, depende, según acabamos de decirlo, de que los primeros no se entregan con reserva alguna á sus relaciones sexuales.

Por otra parte, Villermé atribuía sin fundamento á los rigores de la Cuaresma, tal como en otros tiempos se practicaba, la disminución del número de concepciones en esa época; es más natural explicarla por el influjo de las prácticas religiosas, que, seguidas entonces con convicción, absorbían por completo el espíritu. Buffón nos parece comete análogo error de apreciación al decir que la fecundidad depende de la abundancia de víveres y que la escasez produce la esterilidad.

Este ilustre naturalista pretendía que las buenas labradoras prefieren las gallinas negras, por ser más fecundas que las blancas, por lo cual se ha deducido que, en la especie humana, las

([1]) La natalidad de este país relativamente es mínima, porque en él es muy grande la emigración, la cual disminuye muy rápidamente el número de los habitantes.

mujeres morenas son más fecundas que las blancas. Pero nada confirma la exactitud de este aserto. Así las alemanas, rubias por la general, son tan fecundas, si no más, que las españolas, las cuales de ordinario son morenas.

También se cree que las mujeres lascivas son más fecundas que las insensibles á los placeres del amor; pero unas y otras poseen igual aptitud para la generación. Por otra parte, y en contra de las ideas corrientes, sabemos que no es necesario experimente la mujer sensaciones voluptuosas en el momento del coito para ser fecundada: las violaciones seguidas de embarazo son las mejores pruebas de ello.

De la esterilidad.—La ineptitud para la procreación constituye la esterilidad. Al contrario de la impotencia, que es la ineptitud para el coito, la esterilidad es más frecuente en la mujer que en el hombre: se cuenta próximamente una mujer estéril por cada ocho y un hombre entre cuarenta.

Los antiguos miraban la esterilidad como una especie de oprobio. Entre los hebreos, el marido de una mujer estéril estaba autorizado para buscar otra alianza. Así, Abraham abandonó á Sarah por su sierva Agar, que dió á luz á Ismael; «y ya no tuvo, dice la Escritura, sino desprecio para su mujer». Asimismo, Raquel había abierto para su criada Bala la tienda de Jacob. Las costumbres hebreas permitían, en caso de esterilidad, ceder su mujer al pariente más próximo; sólo que este último, hace observar el doctor Siredey, no debía introducirse en el lecho nupcial sino durante la noche, con el mayor misterio y tomando las más escrupulosas precauciones para poner lo menos posible sus miembros en contacto con los de la mujer. También se sabe que entre los espartanos, autorizaba Licurgo á un marido impotente para que entregara su mujer á un coadjutor más vigoroso. Esta costumbre se toleraba en Roma. Así es que el virtuoso Catón, aquel que privó de su dignidad á un senador por haber abrazado con demasiada ternura á su esposa en presencia de su hija, dió á Hortensio su propia mujer, de la cual deseaba un hijo.

Durante mucho tiempo, en Francia, fué la esterilidad una

causa de disolución del matrimonio. Este fué el motivo del divorcio de Luis XII con Juana, de Enrique IV con la reina Margarita de Valois y de Napoleón I con Josefina.

Esterilidad masculina.—La esterilidad en el hombre depende las más de las veces de la falta de espermatozoides en el líquido seminal. Este puede hallarse privado de sus elementos prolíficos temporal ó definitivamente; la esterilidad es entonces pasajera ó perpetua. Es lo primero, á consecuencia de excesos venéreos, de orquitis doble ó en la convalecencia de enfermedades largas; es lo segundo, cuando faltan por completo los testículos ó no han descendido al escroto.

Los espermatozoides pueden también faltar, fuera de todo estado morboso del aparato sexual, por el solo hecho de una imperfección nativa. Esto es lo que se observa en los *híbridos* (de ὕβρις, violación), que provienen del cruzamiento de especies diferentes y son por lo general estériles: por ejemplo, la mula, que resulta de la unión del caballo con la burra, y el mulo, producto de la cópula del burro con la yegua. Sin embargo, los leporidos, obtenidos por el cruzamiento de la liebre y el conejo, son fecundos. «La naturaleza, dice Cuvier, tiene el cuidado de impedir la alteración de las especies que podría resultar de su mezcla por la aversión natural que para ello les ha inspirado; se necesita de toda la astucia, de todo el poder del hombre para hacer contraer estas uniones, aun á las especies que más se parecen.» Así, no se logra hacer cohabitar á la burra con el caballo sino vendando los ojos á este último.

En la especie humana, las uniones de la bestialidad jamás han tenido resultado, y los faunos, sátiros, centauros y sirenas, que á los antiguos plugo considerar como producto de un hombre ó una mujer con chivos, cabras, toros ó yeguas, son puras ficciones mitológicas.

Ciertas disposiciones viciosas del aparato genital también pueden producir la esterilidad en el hombre; citaremos entre las más frecuentes anomalías congénitas: el *fimosis* (fig. 36), que, por la excesiva longitud del prepucio, se opone á la emisión del esperma, y el *hipospadias*, en el cual se abre la uretra

en la raíz del pene é impide de esta suerte que el líquido fecundante se deposite en la vagina. Parece que Enrique II presentaba este vicio de conformación, y gracias á los consejos de su médico, Juan Fernelio, al cabo de once años de esterilidad tuvo diez vástagos de Catalina de Médicis. Húnter ha citado el caso de un hipospádico que llegó á ser padre de varios hijos inyectando su semen por medio de una jeringa en la vagina de su mujer.

Esterilidad de la mujer.—La esterilidad se revela de ordinario en la mujer por perturbaciones menstruales dependientes de causas generales ó locales. Entre las primeras señalaremos, ante todo, la obesidad. Las gallinas gordas son malas ponedoras. Igualmente las flores dobles son estériles, porque un exceso de nutrición metamorfosea sus estambres en pétalos.

Sabido es que los orientales prefieren las mujeres obesas, sin duda para satisfacer con más facilidad sus pasiones sin exponerse á las cargas de la paternidad; los chinos, por el contrario, para quienes la falta de hijos es una desgracia, buscan las mujeres delgadas.

Las causas locales son las más frecuentes. Liegeois las clasifica en tres órdenes: unas se oponen á la ovulación, como la carencia de ovarios y las afecciones de estos órganos; otras extinguen la vitalidad de los espermatozoides, tales como la acidez exagerada del moco vaginal y las inyecciones de agua fría después del coito; las últimas, en fin, se oponen á la progresión de los espermatozoides ó del óvulo, y comprenden los tumores del útero, pólipos ó fibromas (fig. 122), las estrecheces del cuello uterino y las de la trompa, así como las desviaciones uterinas, flexiones ó versiones, que pueden considerarse como las causas más frecuentes de la esterilidad femenina. De cada 250 mujeres casadas estériles, ha encontrado Mr. Sims 103 afectas de anteversión y 68 de retroversión.

Los cambios de lugar de la matriz se observan con frecuencia en las mujeres que por necesidad, fanfarronería ó negligencia se dedican á sus diarias ocupaciones poco después de su alumbramiento. Así, la emperatriz Josefina, de la cual Napo-

león I se divorció porque no le daba sucesión, había tenido de su primer esposo, el vizconde de Beauharnais, dos hijos: el príncipe Eugenio y la reina Hortensia.

Todos los autores han señalado los excesos venéreos como una causa frecuente de ineptitud para la procreación. El libertinaje es, pues, estéril, y como lo hace observar el doctor Bertillón, «no brota hierba en los caminos por donde todo el mundo pasa».

Hase acusado al café con leche de producir la esterilidad, pero los belgas y los alemanes hacen uso diario de él y gozan, sin embargo, de una gran fecundidad.

Hay esterilidades cuya causa es difícil precisar; tal es la de las terneras que provienen de dos gemelos de diferente sexo, y la de las mestizas, como las mulas; lo que dió origen al proverbio latino *quum peperit mula* (cuando pariere la mula), por decir *nunca*.

Ciertas mujeres bien conformadas, y que disfrutan de todos los atributos de la salud perfecta, jamás pueden ser fecundadas; otras conciben muy tarde, al cabo de más de veinte años de matrimonio. En realidad, se nos oculta en gran número de casos la causa de la esterilidad en la mujer.

Medios de corregir la esterilidad.—Remédiase con frecuencia la esterilidad por un tratamiento adecuado; á veces, hasta la naturaleza, por sí sola, realiza la curación al cabo de un tiempo más ó menos largo. Ana y Joaquín tuvieron á la Virgen María al cabo de veinte años de matrimonio. Se sabe que Ana de Austria dió á luz á Luis XIV al cabo de veintidós años de esterilidad [1]. «No hay que extrañarse de esto, dice Dionis, pues el rey era de un temperamento indiferente por las mujeres y casi siempre estaba separado de la reina; pero al cabo de este tiempo, ya por un reverdecimiento de afección, ya porque su confesor le hubiera ordenado por penitencia acostarse con la reina, tuvo ésta dos príncipes, lo cual prueba que el sacramento no

[1] Cierto es que algunos historiadores atribuyen la paternidad del Delfín al inglés Buckingham.

hace germinar los hijos sino cuando el marido cumple con su deber.»

En otro tiempo llevaban las mujeres en el cuello pequeños falos para preservarse de la esterilidad, ó también una especie de medallón encerrando una araña; pero estos amuletos no tenían más eficacia que, en nuestros días, los collares de ámbar destinados á precaver las convulsiones de los niños, y los collares de tapones de corcho que se colocan al rededor del cuello de las gatas para retirarlas la leche.

Ciertas aguas minerales gozan también reputación, poco justificada por lo demás, para curar la esterilidad; por ejemplo, las aguas de Pougues y varias fuentes de los Pirineos, que han recibido el nombre de *empreñadoras*. La fuente de San Tibaldo, de la abadía de Vaux-de-Cernay, pasa por tener la misma virtud, y se refiere que la reina Margarita, esposa de San Luis, no dió un heredero á la corona de Francia hasta después de haber bebido de esta milagrosa agua. Enrique III fué menos feliz en sus peregrinaciones á Nuestra Señora de Chartres. Un día, entre otros, fué á pie desde París con la Reina, «ambos, dice la crónica, bien cansados y con las plantas de los pies llenas de ampollas, esperando tener sucesión por intercesión de la buena Señora». Lo cual no le impidió morir sin posteridad.

San Greluchón tiene aún en nuestros días su romería en Gargiles (Indre). Posee allí una hermosa estatua de piedra, cuyas menores partículas, arrancadas por frotamiento, bastan, según parece, para volver fecundas á las mujeres estériles. La fecundidad de las egipcias ha creado á las aguas del Nilo una reputación prolífica que ciertamente no merecen. Así, cuando el general Desaix desembarcó en Tolón, después de la expedición de Egipto, gran número de mujeres estériles acudieron á comprar al capitán del buque ragusano el resto de la provisión de agua del Nilo.

El vino se consideró que curaba la esterilidad, como lo prueba este pasaje de Pogge:

«El emperador Federico III jamás había probado el vino, ni tampoco su esposa Leonor. Habiendo aconsejado los médicos á esta Emperatriz usara el vino para tener sucesión, dijo Fede-

rico que prefería quedara estéril su mujer que sujeta al vino. Cuando se refirió esto á Leonor, dijo: aunque amo á mi esposo tanto como á mi vida y le obedezco siempre con placer, mejor quisiera morir que obedecer si me ordenase que beba vino».

Sacombe revela, en su *Luciniada*, gran número de medicaciones y prácticas extravagantes para combatir la esterilidad:

¡Cuántas esposas, en alas
de quiméricas locuras,
al deseo de ser madres
su razón entera ajustan!
La persa dicen que invoca
los ahorcados por sus culpas,
y á los criminales muertos
en la vil rueda que asusta.
Por la mano de una virgen,
en Marruecos, una turca
ofrece á su gran Mahoma
un cirio de cera pura.
Una mujer entra en la India
en un baño, en que pululan
los seminales espíritus
que en él un hombre sepulta;
y, con buena fe, pretende
ver en tal agua, fecunda
para su esterilidad,
medicina sin disputa.
Devota judía estéril
sangriento prepucio chupa.
Una matrona romana,
á quien la suerte rehusa
largo tiempo el dulce fruto
que el himeneo procura,
de la casta Diana implora
con fervor celeste ayuda;
por recónditos caminos,
entre las sombras nocturnas,
hacia el templo se encamina,
en el cual, sola y desnuda,
de rodillas prosternada
al pie de la estatua augusta,
mientras dirige á la diosa
las más acendradas súplicas,
un sacerdote de Pan,

Luperco nervioso impulsa
su diestro brazo, que se arma
con una flexible fusta,
contra el torso alabastrino,
en tan humilde postura,
y á fuerza de latigazos
vigor prolífico busca [1].

¿Quiere tenerse una idea de los remedios que puede aceptar una credulidad sin límites? Escuchemos lo que nos refiere Bertherand acerca de los árabes de la Argelia:

«Cuando, después de haber tenido el primer hijo, permanece una mujer sin concebir, debe beber orina de carnero y agua en que se haya dejado macerar cerumen del conducto auditivo y grasa de la que se encuentra entre las orejas de un pollino. He aquí otros remedios: Oler con frecuencia las flores blancas de la *hermádea;* hacer hervir sus alimentos en un cocimiento de té nefa; comer pierna y espaldilla de carnero joven, recubiertas de berros bien machacados; beber leche de yegua, pero es preciso que la mujer ignore este origen. La mujer tendrá en su al-

[1] Que d'épouses, en butte à de folles chimères,
Ont soumis leur raison au besoin d'être mères.
La Persanne, dit-on, invoque les pendus,
Et les scélérats morts sur la roue étendus.
Une Turque, à Marac, par la main d'une vierge,
Au divin Mahomet fait offrir un long cierge.
Dans l'Inde, une femme entre en un bain imprégné
D'esprits flottants dans l'onde où l'homme s'est baigné,
Et croit de bonne foi que l'onde prolifique,
A sa stérilité devient un spécifique.
Une juive stérile, avec dévotion,
D'un prépuce sanglant suce une portion.
Une dame Romaine, à qui la destinée
Refusait trop longtemps les doux fruits d'hyménée,
De la chaste Diane implorait le secours.
Par des chemins secrets, le soir, en certains jours,
Elle arrivait au temple où seule et toute nue,
Humblement prosternée aux pieds de sa statue,
Tandis qu'à la déesse elle adressait ses vœux,
Un prêtre du Dieu Pan, un Luperque nerveux,
Le bras armé d'un fouet, dans cette humble posture,
Sur ses fesses d'albâtre appelait la Nature.

coba durante toda una noche una rana viva; á la mañana siguiente escupirá siete veces en la boca de este animal, antes de comer, y volverá á dejarlo en el sitio donde lo cogió. Sin embargo, la mujer no debe emplear este medio sino después de bañarse y cumplir con todas las prácticas legales de limpieza.

»En cuanto ha tenido la regla, se pone también encima el vapor desprendido por la combustión del *roble de gura:* esta fumigación destruye la esterilidad, etc., etc. Oraciones de todas clases, ceremonias particulares se hallan también en uso, y puede añadirse que no debemos burlarnos mucho de los árabes, porque entre nosotros los remedios extravagantes contra la esterilidad son casi tan variados y con frecuencia del mismo género».

Engelmann [1] nos da interesantes detalles acerca de los medios empleados por las taitianas para volverse fecundas:

«Cuando una mujer es estéril, va á consultar al sacerdote, quien no encuentra nada mejor que practicar la extraña ceremonia siguiente, llamada *te uruuruava* ó *e maro piipii.* Durante la noche, acompañada por el sacerdote, marcha la mujer ante el *marae*, teniendo en la mano una *maira* (caña de pescar), á la cual va unido un sedal de cerca de dos metros y de cuyo extremo penden plumas rojas á guisa de anzuelo. Este cebo es el que ha de venir á picar el alma, el espíritu que debe traer el hijo, del que espera hallarse en cinta. Por eso agita la caña, como cuando se pesca, y no cesa hasta que juzga haber logrado su deseo. Al mismo tiempo recita la siguiente plegaria:

Oramatua maro piipii ia
Hinaaro i te hapura e asai,
I te oromatua, i mua i te,
Marae a maro piipii cetu ai,
Ia noa a mai i te tamaraii,
Oia hoo te uruurua oa nei.

»Por el contrario, cuando una mujer tiene numerosa familia, y desea que no aumente, también recurre á los *oromatua.* Esto

(1) *La práctica de los partos en los pueblos primitivos.* J.-B. Baillière, editor.

se llama *te faaore raa* y *te punono ete*. Comienza por coger el cráneo de su abuelo (porque todos los cráneos de la familia se conservan con esmero) y marcha junto al *marae*. Allí se sienta sobre el cráneo de su abuelo y dirige á los dioses la oración siguiente: «Que este cráneo comprima para siempre mi seno, de suerte que le impida concebir». A esto se agregan otras ceremonias que han permanecido desconocidas para nosotros».

He aquí una curiosa consulta, escrita por Mathieu de Gradi, doctor del siglo xv, para la marquesa de Malespine, la cual no podía tener hijos [1]:

«Incipiant verbis delectabilibus et gratis, et tactibus mamillarum et partium inferiorum ut uterque eorum ita disponatur, ut si possibile si fiat eadem hora concursus seminis utriusque. Et ut clarius intelligatur, fiat adhesio cum muliere usque dum videatur esse desiderans, quod cognoscitur ex immutationi coloris oculorum ad rubedinem, et locutioni quasi videatur balbutire, et anhelitus notabiliter elevetur, semper pertractando partem, maxime quæ jacet inter annulum et vulvam: nam locus ille est delectabilis locus. Et cùm jam cognovit desiderium ejus, tunc ascendat super mulierem et exerceant ad complementum: et postquam compleverint, adhuc adhæreat vir mulieri per tempus iterum: et tandem amoveatur quiete ab ea ipsa semper tenente coxas levatas et strictas per horas duas: non tamen descendat nisi prius percepit corrugiationem matricis circa membrum viri et succionem quasi seminis: quo actu completo, quiescat mulier in lecto per tres dies cavendo a tussi præcipue».

El consejo dado por el doctor Gubián, de Lyón, y que hallamos en el *Diario de Medicina de la Argelia*, nos parece algún tanto ilusorio, aunque fundado en un dato fisiológico exacto; pensando en las íntimas relaciones que existen entre el útero y la laringe, decía en sus lecciones este profesor:

«Si encontráis alguna vez un marido joven que se queje de la infecundidad de su mujer, aconsejadle que la haga cantar en

[1] El bueno del doctor entra en tan *íntimos* detalles *naturalistas*, que renunciamos á traducir su *claro* y macarrónico latín. (*N. del T.*)

alta voz durante el acto conyugal; este es un buen medio para facilitar la concepción.

»Di una vez este consejo á un amigo, que hacía varios años que esperaba progenie; tuvo dos hijos, uno tras otro; después de lo cual, recomendó á su mujer que... apretara bien los dientes».

Los consejos higiénicos indicados por Sacombe nos parecen más racionales, si no mucho más eficaces:

Ejercicios moderados,
aire puro y sobriedad,
son tres remedios probados
contra la esterilidad (1).

En cuanto á la esterilidad que se debe á la crasitud, se combatirá con un tratamiento higiénico basado en estos tres principios: discreción en comer, moderación en dormir y ejercicio frecuente. Bajo otra forma, es la tan sabida prescripción de Abernethey para precaver la gota: «Vivir con un chelín y ganarlo trabajando». El doctor Mondot refiere, según el doctor Andrieux, un tratamiento al que de seguro rehusará someterse un joven, y que se empleaba en algunos conventos de hombres. He aquí en qué consistía: Encerrábase al fraile demasiado gordo durante quince ó veinte días en una celda de techo muy alto; de en medio de éste pendía, sujeto por una cuerda, un gran pan moreno, colocado á tal altura que, para desprender algunos pedazos de él, veíase obligado el paciente á saltar todo el día con un sable antiguo en la mano; para bebida, no tomaba más que agua.

A los preceptos antiobésicos que acabamos de indicar, bueno será añadir el de la abstinencia de bebidas. Los aprendices pugilistas de Inglaterra beben muy poco. Los antiguos imponían también á los jóvenes atletas la dieta de líquidos, que designaban con el nombre de *xerofagia* ó *régimen seco*. Empléase por lo común el vinagre como preservativo de la obesidad, pero este medio es infiel y perjudicial para la salud.

(1) L'exercice, un air pur et la sobriété,
Son trois remèdes sûrs à la stérilité.

Fecundación artificial.—El más eficaz de todos los remedios empleados contra la esterilidad es, sin duda, la *fecundación artificial*, sobre todo en los casos de acidez vaginal, estrechamiento del cuello uterino y desviación de la matriz.

Esta operación consiste en proyectar en el útero, con ayuda de diversos aparatos (fig. 154), cierta cantidad de esperma recién eyaculado.

En 1780, el abate Spallanzani fué el primero que tuvo la idea de fecundar artificialmente á una perra, la cual, setenta días después de esta tentativa, dió á luz tres cachorros, dos de ellos machos y una hembra, teniendo todos muchos rasgos de semejanza con el padre. Más tarde hízose la experiencia en la mujer



Fig. 154.—Jeringa de Roubaud para la fecundación artificial.

E. Cuerpo de bomba.—C. Cánula aspiradora.—D. Cánula que se introduce en el útero.—P. Pistón.—B. Graduación que indica el número de gotas que han sido empujadas en el cuerpo de bomba.—A. Botón que describiendo media vuelta cierra la cánula aspiradora C y abre la de emisión D.

por un hipospádico, que por consejo de Húnter dejó á su esposa en cinta inyectándola esperma en la vagina con una jeringa.

Después se ha aplicado este método gran número de veces y casi siempre con éxito. Giraud fecundó de esta manera ocho mujeres hasta entonces estériles, y una de ellas tuvo un embarazo gemelar. Marión Sims no obtuvo éxito sino una vez entre diez. Lesueur ha obtenido resultado introduciendo en la vagina saquillos recubiertos de esperma. Este es un procedimiento que emplean ciertos especialistas poco escrupulosos, á despecho de sus clientes: colocan un saquillo, que se pretende es medicamentoso, previamente empapado en esperma ilegítimo.

La fecundación artificial tiene mejor resultado si se practica pocos días después de las reglas; ya sabemos que este es el momento más favorable para la procreación.

Diversos medios se emplean para respetar la dignidad del médico y el pudor de la mujer en esta delicada operación. «Revístase el miembro viril, dice Mr. Courty, con un condón, teniendo cuidado de no ajustar completamente al glande su extremo cerrado. Concluído el coito, quedará en este ciego el producto de la eyaculación; con un tijeretazo dado en la película se le hará salir, y se le recogerá con una jeringuilla de cristal previamente calentada y enchufada en una sonda uterina metálica ó elástica, con ayuda de la cual será fácil hacerle penetrar en la cavidad uterina. Prescríbase á la mujer completo descanso durante un día.» Giraud prefiere introducir el esperma en una sonda, colocar ésta en el cuello uterino y soplar con

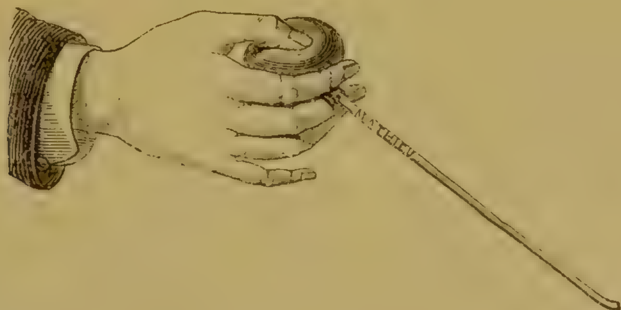


Fig. 155.—Fecundador de Pajot.

Este instrumento permite operar con una sola mano; se compone de un tubo de plata y una perita de cautchuc, que se comprime con el pulgar para tomar el esperma del fondo de la vagina é inyectarlo en seguida en el cuello uterino.

la boca. El profesor Pajot llega al mismo resultado por medio de su nuevo fecundador (fig. 155); recoge directamente el esperma en la vagina algunos minutos después de la hora convenida con el marido. El doctor Eustache, de Montpellier, confía el cuidado de la operación al mismo marido, que inmediatamente después del coito debe introducir su dedo en la vagina, y, cargado de esperma, dirigirlo al cuello uterino.

Para terminar citaremos, á título de curiosidad, un caso de fecundación accidental, relatado formalmente por el periódico *American medical Weekly:*

Un cirujano americano, el doctor Caspers, asistía en 1863 á un combate durante la guerra separatista, cuando fué llamado

para un joven á quien una bala acababa de producirle una fractura conminuta de la tibia izquierda, y luego, después de rebotar, le había atravesado el escroto y llevado el testículo izquierdo. En seguida Mr. Caspers fué á ver en una casa próxima á una joven soltera que acababa de ser herida en el mismo momento. Una bala Minnié le había atravesado el lado izquierdo de la pared abdominal, á una distancia casi idéntica del ombligo y de la espina ilíaca, y se había perdido en el vientre, dejando tras de sí una herida franjeada. Dos meses después, á pesar de la gravedad de la herida, esta joven se hallaba curada. Después de presentar todos los signos de una preñez en los meses que siguieron, la joven parió, doscientos setenta y ocho días después de la herida, un niño que pesó ocho libras. Grande fué el asombro de la familia; pero el médico no otorgó fe alguna á las protestas de inocencia y virginidad, no obstante haber comprobado la integridad del himen. Pero tres semanas más tarde tuvo que ir á ver al niño, cuyas partes genitales presentaban, según el dicho de la abuela, algo insólito. El examen permitió advertir que el escroto había aumentado de volumen, y contenía en el lado derecho una sustancia dura, desigual, evidentemente extraña y que se extrajo en seguida: era una bala Minnié, aplastada y deformada, como si en su trayecto hubiera chocado con alguna cosa resistente. La explicación de tal misterio era esta: la bala, la misma que fracturó la tibia del joven soldado, quitó el testículo, llevando consigo partículas de semen y espermatozoarios al abdomen de la joven, y después de atravesar su ovario izquierdo, penetró en el útero para fecundarle de este modo. El joven herido, á solicitud del médico, fué á ver á la joven madre y se decidió á casarse con ella. Más tarde tuvo tres hijos, ninguno de los cuales se parecen tanto al padre como el primero.

CAPÍTULO IV

DEL EMBARAZO

El *embarazo* ó *gestación* (de *gestare*, llevar) es el estado de la mujer desde la fecundación hasta el parto. Se divide el embarazo en *normal* ó *uterino* y *anormal* ó *extrauterino*, según que el óvulo fecundado se desarrolla dentro del útero ó fuera de este órgano.

ARTÍCULO PRIMERO

EMBARAZO NORMAL

Término del embarazo.—La gestación dura tanto menos cuanto más se desciende en la escala zoológica: es de doce meses en la elefante, de once en la yegua, de nueve en la vaca, de cinco en la cabra, de cuatro en la cerda, de sesenta días en la perra, de cincuenta y cinco en la gata y de treinta en la coneja. La duración del embarazo en la especie humana es de nueve meses ó doscientos setenta días [1]; muchas veces disminuye por una multitud de influencias accidentales, pero sólo excepcionalmente excede de este término. Leishmann ha mencionado una preñez de trescientos veintidós días, y hace poco ha publicado Mr. Duncan la observación de una mujer que tuvo cuatro hijos y llevó el primero durante trescientos días, el segundo y el tercero alrededor de doscientos ochenta y cinco y, por último, el cuarto trescientos veinticinco días. En previsión de estos raros casos de preñez prolongada, ha fijado la jurisprudencia como límite extremo de la gestación: en Inglaterra, trescientos once días; en Alemania, trescientos dos, y en Francia, trescien-

(1) San Agustín dice que Jesucristo fué llevado por María en el seno durante doscientos setenta y tres días.

tos [1]. Así, el artículo 228 del Código civil no permite que la mujer contraiga segundas nupcias hasta los diez meses cumplidos desde la disolución del primer matrimonio, y el art. 315 dice que podrá contradecirse la legitimidad del hijo nacido trescientos días después de la disolución del matrimonio [2]. Sin embargo, el Tribunal de Beaugé rechazó, en 24 de julio de 1867, una demanda de ilegitimidad deducida contra una mujer de Blou, cuyo marido había muerto el 19 de marzo de 1866 á las dos de la madrugada, y la cual dió á luz una niña el 13 de enero de 1867 á las ocho y media; cierto es que el Tribunal de apelación de Maine-et-Loire casó esta sentencia.

Los antiguos fijaban normalmente la duración de la preñez en diez meses lunares. Algunos autores hasta admitían la posibilidad del parto después de un año de embarazo, y de esta creencia en los nacimientos tardíos se burla Rabelais en el siguiente pasaje: «En su edad viril Grandgousier se casó con Gargamelle, hija del rey de los Parpaillons, bello molde y de buena carátula. Y hacían ambos muchas veces juntos la bestia de dos dorsos, frotándose regocijadamente su gordura, tanto que ella quedó preñada de un hermoso hijo y le llevó hasta el

(1) Nuestro novísimo *Código civil* dice lo siguiente:

"Art. 108. Se presumirán hijos legítimos los nacidos después de los ciento ochenta días siguientes al de la celebración del matrimonio, y antes de los trescientos días siguientes á su disolución ó á la separación de los cónyuges.

„Contra esta presunción no se admitirá otra prueba que la de la imposibilidad física del marido para tener acceso con su mujer en los primeros ciento veinte días de los trescientos que hubiesen precedido al nacimiento del hijo.„

(N. del T.)

(2) Nuestro novísimo *Código civil* dispone lo siguiente:

"Art. 45. Está prohibido el matrimonio:

. . . .

„2.° A la viuda durante los trescientos y un días siguientes á la muerte de su marido, ó antes de su alumbramiento si hubiese quedado en cinta, y á la mujer cuyo matrimonio hubiera sido declarado nulo, en los mismos casos y términos, á contar desde su separación legal.

„Art. 111. El marido, ó sus herederos, podrán desconocer la legitimidad del hijo nacido después de transcurridos trescientos días desde la disolución del matrimonio ó de la separación legal efectiva de los cónyuges, pero el hijo y su madre tendrán también derecho para justificar en este caso la paternidad del marido.„

(N. del T.)

undécimo mes. Pues otro tanto y aun más pueden tener barriga las mujeres, mayormente cuando es alguna obra maestra y personaje que á su tiempo deba hacer grandes proezas; como dice Homero, que el niño del cual empreñó Neptuno á la ninfa nació después de cumplido el año, ó sea el duodécimo mes. Porque (como dice Aulo Gelio, lib. III) tan largo tiempo cuadraba á la majestad de Neptuno, á fin de que durante él se formase el niño á la perfección. Por análogo motivo hizo Júpiter durar cuarenta y ocho horas la noche que se acostó con Alcmena; pues en menos tiempo no hubiera podido forjar á Hércules, que limpió el mundo de monstruos y tiranos».

Modificaciones producidas por el embarazo.—El organismo de la mujer experimenta durante el embarazo numerosas modificaciones, ya en el huevo, ya en los órganos maternos. Estudiaremos primero el modo de desarrollarse el huevo; después examinaremos la influencia que ejerce en la economía de la mujer.

§ I.—*Fenómenos que se producen en el huevo.*

Desarrollo del huevo fecundado.—En el momento de su expulsión de la vesícula de Graaf (fig. 156), el óvulo (fig. 157) se

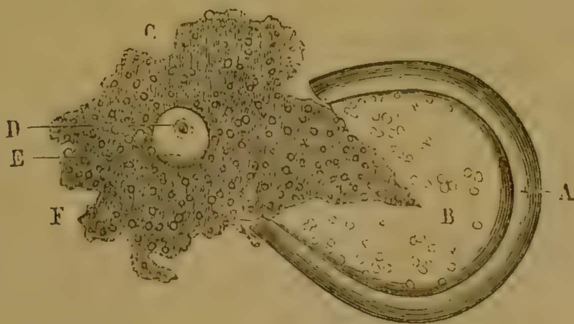


FIG. 156.—Ruptura de la vesícula de Graaf y salida del huevo.

A. Vesícula de Graaf.—B, C, F. Granulaciones de la membrana granulosa ó disco prolígero.—E. Ovulo.—D. Vesícula germinativa.

compone de una parte fundamental, el *vitellus* ó yema del huevo, y de una cubierta transparente, la *membrana vitelina*. Com-

pruébase, además, en el interior del vitellus la presencia de la *vesícula germinativa*, que tiene una mancha oscura, llamada *mancha germinativa*, y en fin, la *vesícula embriógena.*

Durante el período de indiferencia sexual (fig. 158), ciertos elementos de la membrana interna del embrión se individualizan como óvulos, al mismo tiempo que en el tejido subyacente ó membrana media del embrión otros elementos se individualizan también y se conjugan con los óvulos precedentes. Esto es lo que ha designado Balbiani con el nombre de *prefecundación.* En esta época ya está constituída la *glándula seminal* (fig. 158, 4 y 5), que se convertirá en hembra ú ovario si permanece aislada, y en macho ó testículo si se une al *conducto* y

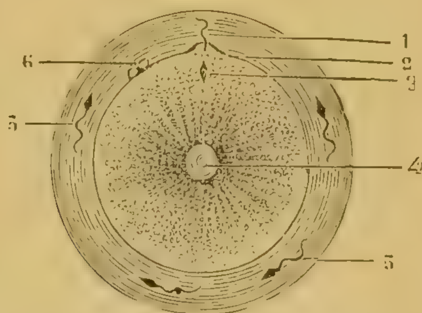


FIG. 157.—Huevo humano fecundado.

1. Cola separada del espermatozoide.—2. Prominencia del vitellus.—3. Cabeza del espermatozoide formando el pronúcleo masculino.—4. Pronúcleo femenino.—5. Espermatozoides en la cubierta vitelina.—6. Glóbulos polares.

al *cuerpo de Wolff* (3 y 6), los cuales formarán el epidídimo y el conducto deferente. Los óvulos primitivos llegan á constituir en el ovario los óvulos femeninos, ó simplemente óvulos, y en el testículo los óvulos masculinos, que dan origen en seguida á los espermatozoides. En este trabajo evolutivo, muy complicado según las especies zoológicas, y del que sólo indicamos los caracteres generales, Balbiani ha hecho representar á la *vesícula embriógena* un importante papel, aun oscuro é hipotético, acerca del cual no nos extenderemos más, por no permitirnos el carácter de nuestra obra entrar en más amplios detalles.

Hemos visto que la fecundación, es decir, el encuentro del óvulo y el espermatozoide, podía verificarse al nivel mismo del

ovario, pero que la mayoría de las veces se efectuaba en el tercio externo de la trompa. Esta unión de ambos elementos fecundantes presenta particularidades de interés y variadas, según las especies animales, pero siempre se realiza con fenómenos análogos á éstos: lo primero, retráese el vitellus, desaparece la mancha germinativa, fragméntase la vesícula del mismo nombre y uno ó dos de sus fragmentos se introducen entre el vitellus retraído y la membrana vitelina para constituir él ó los

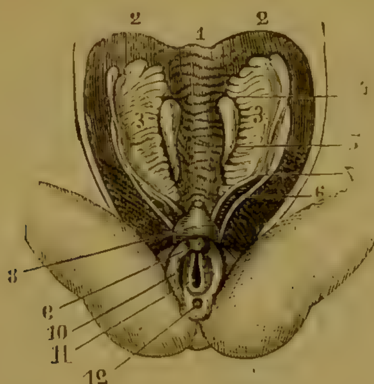


FIG. 158.—Organos genitales rudimentarios (según Luschka).

Los órganos internos corresponden á la séptima semana de la vida fetal; los órganos externos están representados en una época más avanzada.—1. Columna vertebral.—3. Cuerpo de Wolff, que desempeña en el embrión las funciones renales —4, 5. Glándulas genésicas, destinadas á formar los ovarios en la mujer y los testículos en el hombre.—6. Conducto de Wolff.—7. Conducto de Muller, cuya parte inferior constituye en la mujer los primeros rudimentos del útero y de la vagina, tabicados al principio, y del verumontano en el hombre, y cuya parte superior libre forma más tarde las trompas de Falopio.—8. Vejiga.—9. Tubérculo representativo del rudimento, ya del clítoris, ya del pene.—10. Repliegues destinados á formar los grandes labios ó el escroto.—11. Seno genito-urinario.—12. Ano.

glóbulos polares (fig. 157, 6); una parte de la vesícula germinativa forma un núcleo central, á cuyo al rededor se colocan como una corona radiada las granulaciones moleculares del vitellus, y este conjunto constituye el *pronúcleo femenino*. Los espermatozoides que encuentran al huevo se introducen entre la membrana vitelina y el vitellus retraído. Este envía una prolongación al encuentro de uno de los espermatozoides, y en cuanto existe el contacto, al retraerse la prominencia vitelina atrae el espermatozoide al interior del huevo; los demás esper-

matozoides mueren en seguida y desaparecen. El elemento fecundante masculino que ha penetrado en el vitellus pierde habitualmente su cola en el camino, y su cabeza aislada forma entonces el *pronúcleo masculino*, que se dirige hacia el *pronúcleo femenino* para confundirse con él. De esta unión nace el primer núcleo de segmentación; luego, segméntase á su vez el vitellus, comenzando al nivel de los glóbulos polares, y bien pronto la masa central del óvulo se transforma en un considerable número de pequeñas células, ó *esferas vitelinas*, que dan al vitellus el aspecto de una mora y le han valido el nombre de *cuerpo muriforme* (fig. 159).

Terminada la segmentación, llénase el huevo de un líquido



Fig. 159.—División avanzada del vitellus. (Cuerpo muriforme.)

opalino que rechaza hacia la periferia á las células vitelinas, y las adapta contra la cubierta del mismo nombre, donde se condensan y sueldan entre sí para formar una nueva membrana, el *blastodermo* (fig. 160).

Bien pronto se engruesa un punto de la superficie del blastodermo y produce la *mancha embrionaria* (fig. 161, 3), que es el rudimento del nuevo ser. Por lo común, aparece esta mancha en la octava siguiente á la fecundación; ofrece una línea central, que representa el primer vestigio de la médula espinal.

Cuando se verifican estos cambios, todavía se halla el huevo en la trompa, pues tarda de siete á ocho días en atravesar este conducto. Compónese entonces de dos cubiertas: una externa,

la membrana vitelina; otra interna, el blastodermo, y una pequeña cantidad de líquido albuminoso que llena su cavidad.

Tan pronto como llega al útero el huevo, recúbrese la superficie exterior de su cáscara con una pelusa enmarañada (fig. 162), constituída por filamentos ramificados ó *vellosidades del corion.* Estos apéndices representan el papel de verdaderas raíces destinadas á fijar el huevo y nutrirle. Tal es la adherencia entre las paredes del huevo y la mucosa uterina, que ésta es arrastrada con las cubiertas fetales en el momento del

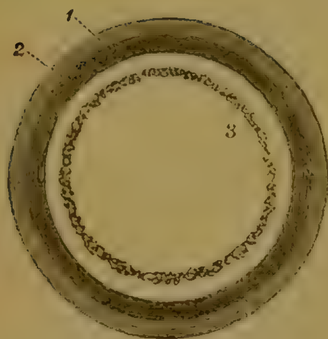


Fig. 160.—Formación de la membrana blastodérmica.

1. Capa de albúmina.—2. Membrana vitelina.--3. Membrana ó vesícula blastodérmica.

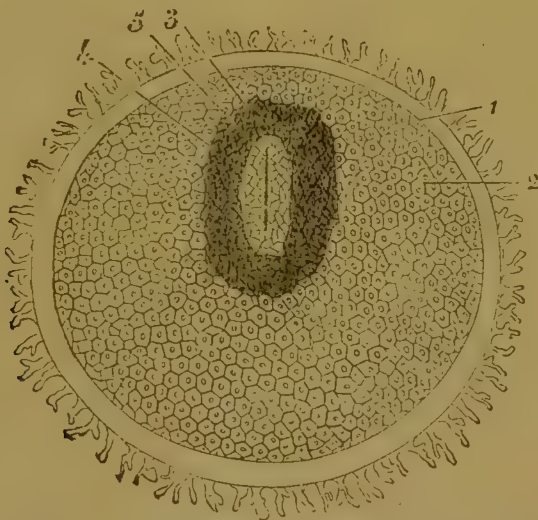


Fig. 161.—Formación de la mancha embrionaria (según Coste).

1. Membrana vitelina erizada de vellosidades.—2. Blastodermo.— 3. Mancha embrionaria.—4. Area transparente.—5. Línea primitiva.

parto; de aquí el nombre de *membrana caduca* que le han dado los embriólogos.

Al mismo tiempo que se vuelve velluda la superficie del huevo, el blastodermo desdóblase insensiblemente en dos hojuelas, de tal suerte que el huevo comprende tres envolventes superpuestas, que son, de fuera adentro: la membrana vitelina, la hoja externa del blastodermo y la hoja interna de éste.

1.° Hoja interna del blastodermo, placenta, cordón umbilical.—La hoja interna del blastodermo se desprende

poco á poco de la hoja externa subyacente para constituir la *vesícula umbilical* (fig. 163, O), encargada de proveer á la nutrición del embrión. Se atrofia y marchita á medida que en su proximidad se desarrolla otra vesícula, la *alantoides*, una parte de la cual se engruesa para formar una torta vascular, llamada *placenta* (fig. 164).

Este órgano aparece desde la sexta semana; es de naturaleza esponjosa, de forma circular y sirve para establecer un vínculo

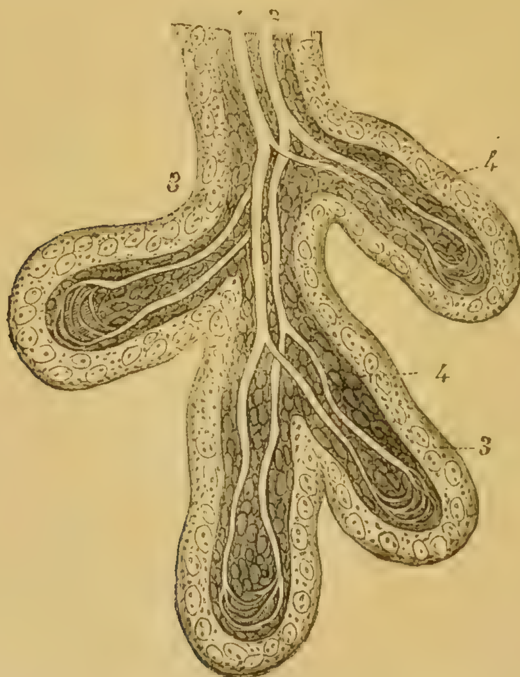


Fig. 162.—Porción de una vellosidad corial (según Liegeois).

1, 2. Arteria y vena reunidas entre sí por anastomosis en arco.—3. Pared de la vellosidad.—4. Centro de la vellosidad.

más íntimo entre los organismos de la madre y del hijo; su cara exterior ó materna (fig. 167) está cubierta de abolladuras ó *cotiledones*, que engranan sin confundirse, á la manera de un hueso de melocotón, con relieves análogos de la mucosa uterina. Cada cotiledón está constituído por un conjunto de pequeños apéndices ramificados, que se llaman *vellosidades del corion ó placentales*, cuyas ramas, terminadas en dedo de guante, encierran una arteriola y una venilla anastomosadas entre



Fig. 163.—Aparición de la vesícula alantoides (fin del primer mes).

A. Vesícula alantoides. — C. Ombligo amniótico.— E′. Amnios.—E″. Corion blastodérmico.—O. Vesícula umbilical. —V. Membrana vitelina.



Fig. 164.—Vesícula alantoides completamente desarrollada.

A. Alantoides, una parte de la cual debe contribuir á formar la placenta.—C. Punto de unión de los capuchones.— E. Amnios.—E″. Capa externa de la hoja serosa del blastodermo (la capa interna está representada por el amnios).—O. Vesícula umbilical atrofiada.—V. Membrana vitelina.

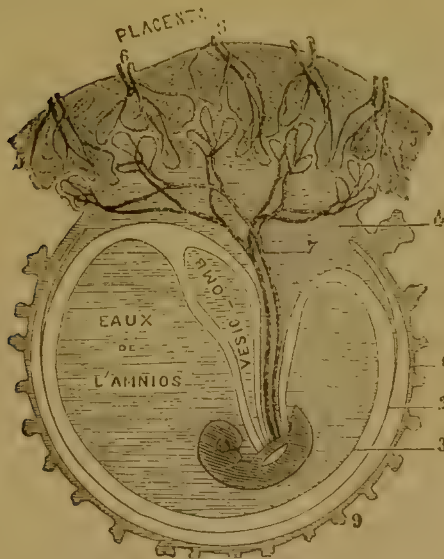


Fig. 165.—Placenta fetal y placenta materna (corte).

1. Corion y sus vellosidades atrofiadas.—2. Prolongación de la vesícula alantoides entre el corion y el amnios.—3. Amnios.—4. Sustancia de la placenta fetal con sus vellosidades vasculares.—5, 5. Placenta materna.—6, 6. Vasos de la placenta materna que forman asas entre las vellosidades de la placenta fetal.—7. Vasos umbilicales que forman asas en las vellosidades. (Figura tomada de la *Anatomía* de Mr. Fort.)

sí (fig. 162). A través de las paredes de estos vasos capilares toma el feto, por endósmosis, de la sangre de la madre, sus materiales nutritivos y elimina los productos de desasimilación; de suerte que la placenta no sólo representaría el papel de pulmón, de órgano absorbente de materiales nutritivos, sino además, según el doctor Porak [1], el de glándula emuntoria, de verdadero riñón.

La cara interna ó fetal de la placenta (fig. 166) es lisa; la tapiza una membrana transparente, el *amnios*, á través de la



Fig. 166.—Cara fetal de la placenta.

cual se advierten las ramificaciones de los vasos umbilicales, que convergen hacia el centro de la placenta y se dirigen desde aquí al ombligo del feto, concurriendo á formar el *cordón umbilical* (figs. 167 y 168).

Este tallo membranoso se ha denominado así porque las dos arterias y la vena umbilicales, que en gran parte lo constituyen, se retuercen en espiral, á la manera de los haces de cáñamo de una cuerda. Esta disposición contribuye á dar mayor solidez al cordón y le permite resistir los tirones provocados por los movimientos del feto.

(1) *De la absorción de los medicamentos por la placenta y de su eliminación por la orina del recién nacido.* Massón, 1878.

La longitud del cordón en las diversas épocas del embarazo es casi la misma que la del feto; al nacer éste, mide cincuenta centímetros. Su extensión explica la frecuencia de su enroscamiento al rededor de las diferentes partes del feto, principalmente de su cuello. En los campos, atribúyese esta particularidad á que la mujer, durante el embarazo, se ha rodeado al cuello una madeja de hilo.



FIG. 167.—Cara materna.

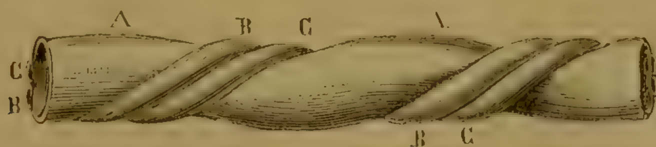


FIG. 168.—Vena umbilical rodeada de ambas venas umbilicales.

La mayor parte de las veces el cordón umbilical arranca del centro de la placenta, pero puede insertarse en cualquier otro punto, como en la circunferencia de este órgano; en este caso da margen á la placenta *en forma de pala.* Mr. Julio Cloquet ha visto en Bruselas un feto cuyo cordón umbilical se hallaba inserto en el cráneo.

También ofrece anomalías la situación de la placenta. De

ordinario, este órgano ocupa el fondo del útero, pero á veces se implanta en el orificio de la matriz. Esta *inserción viciosa* de la placenta produce hemorragias en los últimos meses del embarazo y es una peligrosa complicación del parto.

Cinco ó seis días después del alumbramiento marchítase el cordón y se desprende del recién nacido, dejando en su punto de inserción una cicatriz indeleble, que constituye el ombligo. El modo de formarse esta cicatriz dió margen en otros tiempos á numerosas controversias para saber si era racional representar con ombligo á Adán y Eva.



Fig. 169.—Estrofia de la vejiga que se abre en el ombligo.

El abultamiento de la alantoides, en su origen, produce la vejiga, y la porción que se extiende desde este depósito al ombligo forma el *conducto del uraco*, que se oblitera al nacer y se transforma en cordón ligamentoso. Puede suceder, por efecto de anomalía congénita, que persista la permeabilidad del uraco, ó que la vejiga llegue á abrirse en el ombligo (fig. 169); en uno y otro caso fluye de continuo la orina por el anillo umbilical y forma una variedad de fístula urinaria.

2.° Hoja externa del blastodermo. Amnios.—La hoja externa del blastodermo desdóblase, á su vez, en dos láminas: una, el *corion*, se confunde con la membrana vitelina; la otra, el *amnios* (fig. 165), representa una especie de bolsa vesiculosa, cuyo progresivo desarrollo rechaza las vesículas umbilical y alantoides hasta su atrofia completa.

Esta es la última transformación que experimentan las cubiertas del huevo. A partir de este momento, hasta el fin del embarazo, el feto estará encerrado en tres sacos membranosos, que serán, de dentro afuera: la caduca, el corion, confundido con la vitelina, y, en último lugar, el amnios.

El amnios contiene un líquido claro y transparente, que hacia el fin del embarazo se vuelve opalino por efecto de su mez-

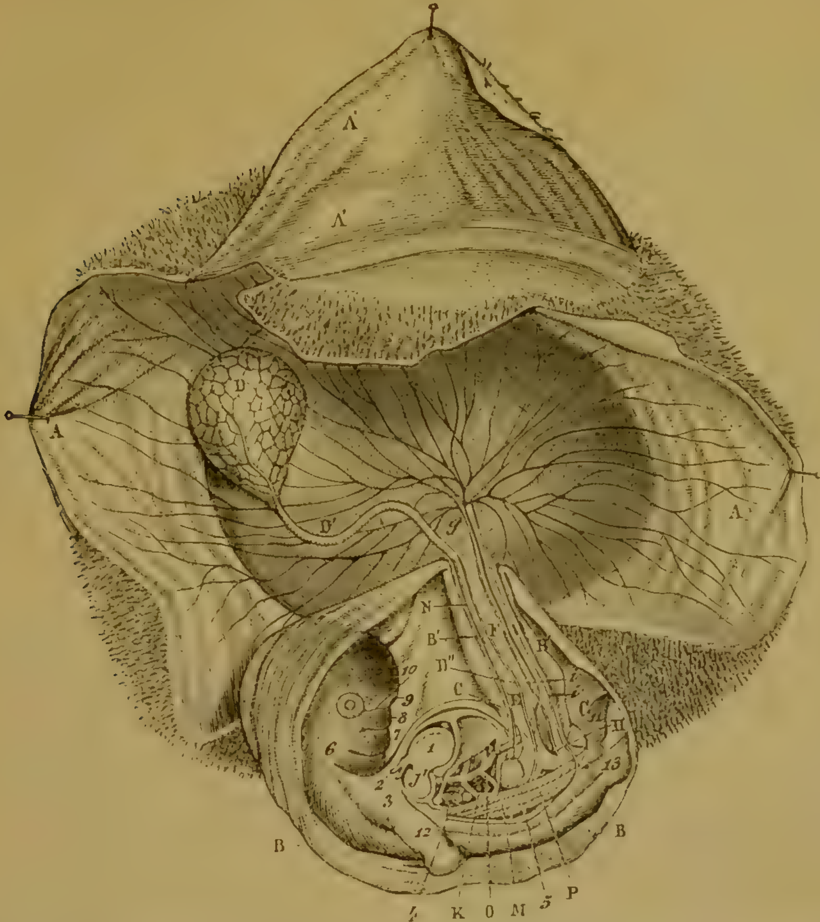


FIG. 170.—Huevo humano de treinta á cincuenta y seis días próximamente y preparado de manera que permita ver las principales relaciones existentes entre el embrión y sus anejos. Se han cortado las paredes del abdomen y del pecho para poner las vísceras al descubierto.

AA. Corion.—A'A'. Membrana vitelina.—BB. Amnios abierto, formando una vaina, B'B', al cordón umbilical CC'.—D. Vesícula umbilical.—D'. Pedículo de la vesícula umbilical.—D''. Punto de comunicación de este pedículo con el intestino.—E. Uraco.—F. Asa del intestino.—*i*, *i*. Arterias umbilicales.—*j'*. Aurícula derecha, de donde nace la vena umbilical.—K. Vena cava inferior.—M. Cara inferior del hígado.—N, O. Vena onfalo-mesentérica.—1. Corazón.—2. Cayado de la aorta.—3. Arteria pulmonar.—4. Pulmón derecho.—5. Cuerpo de Wolff.—6. Oreja.—7. Maxilar inferior.—8. Mandíbula superior del lado derecho.—9. Nariz derecha.—10. Conducto nasal.—11. Extremidad caudal.—12. Miembro superior.—13. Miembro inferior.

cla con grumos de materia grasienta, llamada *sebácea*. El líquido amniótico constituye las *aguas del amnios*; posee un olor

pesado, análogo al del esperma, y un sabor ligeramente salado. Su cantidad varía de una mujer á otra, pero al fin de la gestación casi no excede de 500 gramos. En general, el peso del líquido amniótico es directamente proporcional al del feto: así, pues, la emisión de una gran cantidad de líquido en el momento del parto es indicio de un niño vigoroso.

A veces faltan por completo las aguas del amnios, y entonces se dice que el parto es seco. Cuando, por el contrario, son abundantes y llegan hasta dos, tres y aun más litros, determinan un estado morboso designado con el nombre de *hidroamnios*. La extremada distensión que sufre el útero en esta afección provoca de ordinario el aborto.

El líquido amniótico sirve para favorecer el desarrollo del producto de la concepción, preservándole de los choques y presiones exteriores. Pronto veremos que las aguas del amnios son útiles en el parto, por un lado para impedir que las contracciones de la matriz compriman directamente al feto, y por otro para facilitar la dilatación del cuello y humedecer la vagina.

Metamorfosis del embrión.—Después de haber estudiado las diversas evoluciones de las membranas del huevo, réstanos examinar las que experimenta el embrión al desarrollarse.

Primer mes.—El cuerpo del embrión no comienza á distinguirse hasta la tercera semana, cuando el huevo tiene el volumen de una cereza. En esta época el embrión está encorvado sobre sí mismo, y su forma recuerda bastante bien la de un barquichuelo, ó mejor, según la comparación de Coste, la de un zueco, cuya parte ensanchada correspondería á la cabeza. Al fin del primer mes tiene un centímetro de longitud y el huevo presenta el volumen de un huevo de paloma.

En las primeras semanas es absolutamente imposible distinguir el embrión humano del de las aves, los reptiles ó los demás mamíferos. Así, el embrión de un niño de cuatro semanas (figura 171), y el de un perro ó de una tortuga del mismo tiempo, ó hasta el de una gallina de cuatro días, se parecen hasta confundirse.

Segundo mes.—Al fin del segundo mes, el huevo tiene el

tamaño del de una gallina; el embrión mide 3 centímetros y pesa 15 gramos. Los miembros superiores é inferiores se encuentran en estado de muñones. Comienzan á osificarse la clavícula y el maxilar inferior. El cordón tiene el grueso de un hilo, y se fija en la parte inferior del vientre, que está cerrado. Aparecen las orejas, las narices y los ojos. La boca está indicada por una hendidura transversal. El labio superior está formado por tres botones, que se sueldan hacia el cuadragésimo día (fig. 172). Si un retraso de desarrollo impide que se verifique su soldadura, resultará de esto un *labio leporino*, es decir, una división simple ó doble del labio superior. De ordinario, prodúcese este vicio de conformación en el lado izquierdo del labio superior (fig. 173).

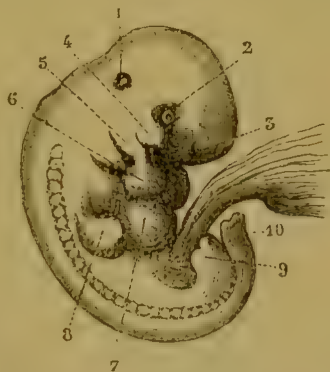


Fig. 171. — Embrión de cuatro semanas (según Kölliker).

1. Vesícula auditiva.—2. Vesícula ocular.— 3. Foseta olfatoria.— 4. Botón maxilar superior.—5. Botón maxilar inferior.—6. Aurícula derecha.—7. Hígado.—8. Miembro superior.— 9. Miembro inferior.—10. Extremidad caudal.—11. Alantoides.

La Sagrada Penitenciaría de la Santa Sede fijó en otro tiempo en cuarenta días la edad precisa en que el alma toma posesión del feto.

Tercer mes.—El embrión mide 10 centímetros y pesa 75 gramos. A partir de esta época se caracteriza el sexo (fig. 5), que era *indiferente*. Hasta entonces no podían distinguirse los órganos genitales; componíanse de un tubérculo llamado *tubérculo genital*, que aparece hacia la sexta semana delante de una hendidura, llamada *surco genital*, cuyos bordes se sueldan hacia el fin del tercer mes. Si, como hemos dicho, llega á faltar esta soldadura, el individuo presenta todas las apariencias exteriores del hermafroditismo (figura 55). La falta de soldadura de la parte anterior del surco genital, en el embrión masculino produce además los vicios de conformación que hemos descrito con los nombres de *hipospadias* y *epispadias*.

Cuarto mes.—En este período del embarazo el embrión toma el nombre de *feto;* tiene 18 centímetros de longitud y

pesa 200 gramos. Los cabellos empiezan á aparecer y representan á las uñas unas placas membranosas delgadísimas.

QUINTO MES.—La longitud del feto es de 25 centímetros y su peso de 400 gramos. Su piel está rojiza y recubierta por un ligero vello. Por lo común, percibe la madre por primera vez los movimientos del feto hacia los cuatro meses y medio. Algunas afirman que los sienten antes, pero con frecuencia los confunden con las contracciones intestinales. Este error hasta puede hacer creer en un embarazo que no existe.

En cuanto la madre percibe los movimientos del feto, el



FIG. 172.—Cara de un embrión humano de cuarenta días.



FIG. 173.—Labio leporino simple limitado á la hendidura del labio superior.

A. Botón frontal ó incisivo.—D, D. Botones maxilares superiores.—E, E. Maxilar inferior.—O, O. Cavidad buco-faríngea.—C, C. Globos oculares.

médico puede comprobarlos por la palpación, y oir al mismo tiempo, por la auscultación, los ruidos de su corazón. Pronto veremos que éstos son los únicos signos ciertos del embarazo.

SEXTO MES.—El feto tiene 30 centímetros y pesa 700 gramos. La base de las uñas es córnea. En esta época aparece la membrana himen.

Si el feto es expulsado en el transcurso del mes, no es capaz de vivir sino algunos días. Sin embargo, la ley, para evitar toda causa de error, le otorga los beneficios de la viabilidad, es decir, el derecho á la herencia. Entre otros ejemplos excepcionales de nacimiento precoz se cita el de Fortunio Liceti, cuya

madre le dió á luz á los seis meses, durante la travesía de Reco á Rapallo. «Era, dice Van Swieten, tan pequeño como la mano, y su padre tuvo que recurrir para criarlo al calor del horno; sin embargo, vivió hasta los setenta y nueve años.» El enano Nicolás Ferry, más conocido por el apodo de Bebé, vino al mundo en las mismas condiciones, pero murió á los veinticinco años.

SÉPTIMO MES.—Esta edad es la de la viabilidad real. La talla del feto es de 35 á 40 centímetros y su peso de 1.250 gramos. Su piel es blanca, y se recubre al nivel de las axilas y del pliegue de las ingles con un barniz sebáceo blanquecino y untuoso más ó menos espeso. Las uñas son córneas en toda su extensión. Pueden entreabrirse los párpados, y si el feto nace en esta época, sus ojos percibirán ya los objetos que le rodean. Por el contrario, en los cachorros, aun de término, permanecen cerrados los párpados durante algunos días.

OCTAVO MES.—El feto tiene una longitud de 40 á 45 centímetros y pesa 2.250 gramos. En contra de la idea difundida, los niños que nacen de esta edad están mejor conformados y presentan más probabilidades de vivir que si hubieran sido sietemesinos.

NOVENO MES.—Al fin del noveno mes, el feto se llama de término y presenta los caracteres que vamos á estudiar.

Feto de término, peso y longitud.—El peso ordinario de un feto de todo tiempo y bien conformado es de 7 libras, y su longitud de 45 á 50 centímetros. La señora Lachapelle ha visto un recién nacido que pesaba 14 libras, y Cazeaux ha observado otro que medía 64 centímetros y pesaba 18 libras. Pero estos son casos excepcionales, y convendrá ponerse en guardia contra los pesos exagerados que hay capricho en atribuir á los recién nacidos.

Conformación exterior del feto.—La piel es blanca y aterciopelada; recúbrela en todas sus partes un barniz sebáceo que facilita el deslizamiento del feto á través del conducto vaginal. Ya sabemos que, en el instante de nacer, el cordón umbilical

tiene la misma longitud que el feto, y se inserta 1 ó 2 centímetros por debajo de la mitad del cuerpo. Las uñas son córneas en toda su extensión y sobresalen del extremo de los dedos.

Los huesos del cráneo gozan en el feto de una gran movilidad; sus bordes cabalgan unos sobre otros en cierta extensión, y permiten á la cabeza una reductibilidad bastante considerable en el momento del parto. Esta particularidad es debida á la presencia de las membranas ó *suturas* (fig. 174) que unen entre sí á los huesos del cráneo. En el encuentro de varias suturas forman estas membranas espacios más extensos, á los



FIG. 174.—Cráneo del feto visto por arriba.



FIG. 175.—Cráneo visto de perfil.

cuales se da el nombre de *fontanelas*. Las suturas y las fontanelas sirven de guía al comadrón para apreciar, por medio del tacto, la dirección de la cabeza, y por consiguiente la del feto.

De todas las partes del cuerpo, la cabeza es la que presenta mayor volumen y la que experimenta, por tanto, más dificultad para franquear las aberturas de la pelvis. Así, mientras que la anchura de las caderas es de unos 11 centímetros y la de los hombros unos 12, la cabeza mide en su diámetro recto ú occipito-frontal, es decir, desde la base de la nariz hasta el punto más saliente del occipital, 11 centímetros, y en su diámetro oblicuo ó *mento-occipital*, es decir, desde la punta de la barba hasta la

fontanela posterior, 13 centímetros y medio. De aquí proviene la dificultad con que la cabeza fetal atraviesa el conducto pélvico, cuyo *diámetro recto*, el mayor, que se extiende desde en medio de la concavidad del sacro hasta en medio de la sínfisis pubiana, tiene 12 centímetros, suponiendo á la pelvis desprovista de sus partes blandas; pero en la mujer que pare, la cavidad de la pelvis menor está obstruída por la vejiga, el recto, y sobre todo, por cierta cantidad de tejido celular más ó menos cargado de grasa.

En general, la cabeza de los niños es más voluminosa que la



FIG. 176.—Pelotonamiento del feto.

de las niñas, y el parto de los primeros es más laborioso. En efecto, los niños que mueren durante el alumbramiento, según la observación de Simpson, son las más de las veces del sexo masculino, y sobre todo dando á luz niños es cuando mueren las madres de resultas del parto.

Actitud y posición del feto.—El feto toma en el útero la actitud que requiere el menor espacio posible. El tronco está encorvado hacia adelante (fig. 176), la cabeza inclinada al pecho, los antebrazos cruzados sobre el tórax, los muslos apoyados en el abdomen y las piernas dobladas contra los muslos. El feto

representa entonces un ovoide de $0^{m},30$ de diámetro mayor. Casi siempre, alrededor de veinte veces por una, su posición en el útero es tal que la cabeza se halla colocada hacia abajo (fig. 177), con el dorso dirigido á la izquierda y las nalgas en la región epigástrica. Por eso, en los últimos meses del embarazo, se pronuncian más los movimientos del niño hacia la parte superior y lado derecho del abdomen, donde son determinados por las enérgicas sacudidas de los pies.

La posición invertida del feto es la más favorable para el

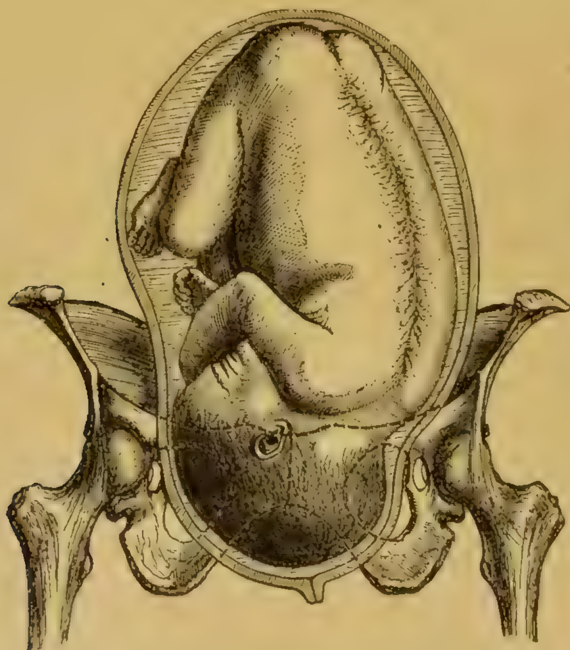


Fig. 177.—Disposición normal del feto en el útero.

parto, y para conservarla es por lo que, según Aristóteles, la naturaleza ha dado un peso relativamente considerable á la cabeza fetal. Pero P. Dubois ha demostrado que era nula la influencia del peso, puesto que sumergiendo un feto muerto en un baño lleno de agua, todas sus partes se iban á fondo al mismo tiempo. Generalmente se admite, con el profesor Pajot, que la disposición del feto dentro de la cavidad uterina deriva del siguiente principio: *Cuando un cuerpo sólido se halla dentro de otro, si el continente sufre alternativas de movimientos y reposo y las superficies son resbaladizas, el contenido tenderá*

sin cesar á la adaptación de sus formas y dimensiones á las del continente. Colocad un huevo transversalmente sobre una huevera é imprimid á ésta pequeñas sacudidas; en virtud de la ley precedente, el huevo cambiará de posición hasta que sus paredes se pongan en contacto con las de la vasija; lo mismo sucede con el huevo humano en la pelvis de la mujer.

Los antiguos creían que durante los seis primeros meses del



FIG. 178.—Presentación de nalgas.

embarazo permanecía el feto sentado sobre el ángulo sacro-vertebral, y que, al fin de esta época, daba una especie de voltereta para dirigir su cabeza abajo. Las investigaciones de Mr. Pinard parecen confirmar, al menos en cuanto al fondo, la exactitud de esta teoría; en efecto, este sabio tocólogo ha encontrado que las más de las veces la cabeza está dirigida hacia arriba en la primera mitad del embarazo y hacia abajo en la segunda. Pero no siempre ejecuta el feto esta inversión, y en este caso

conserva hasta el parto la cabeza arriba y las nalgas abajo (figura 178), como sucedió con el Rey de Roma. A veces no verifica sino á medias su movimiento de báscula; la cabeza se halla entonces á uno de los lados y las nalgas al otro (figura 179).

Si se trata de un embarazo gemelar, cada uno de los gemelos tiene la cabeza abajo ó están colocados pie con cabeza (figuras 180 y 181). Viardel pretendió que cuando los gemelos

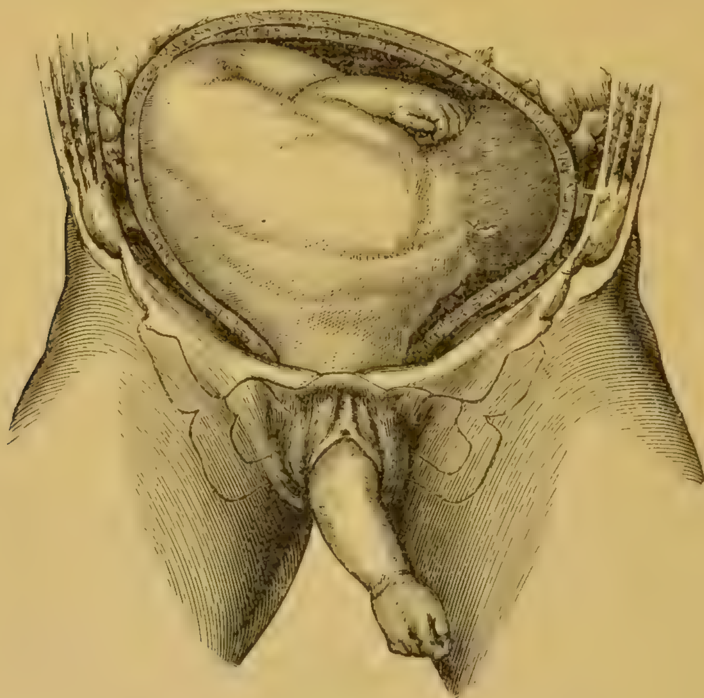


FIG. 179.—Presentación de hombro.

son del mismo sexo están encerrados dentro de una sola bolsa amniótica, y que ésta es doble cuando son de diferente sexo, «á fin, dice, de inspirar á los hombres desde el primer momento de su formación leyes y reglas de castidad». Pero, por el contrario, hase reconocido que las más de las veces los gemelos son del mismo sexo y están aislados en una cavidad distinta.

La enorme distensión que en el útero producen los embarazos múltiples es la causa que los hace terminar antes de tiempo.

Conformación interior del feto.—Hacia el fin del embarazo aparece un punto de osificación en la extremidad inferior del fémur del niño (fig. 182). El hallazgo de este punto óseo en el cadáver de un feto permite al médico legista decir si ha nacido ó no de todo tiempo. Sin embargo, no puede considerarse este

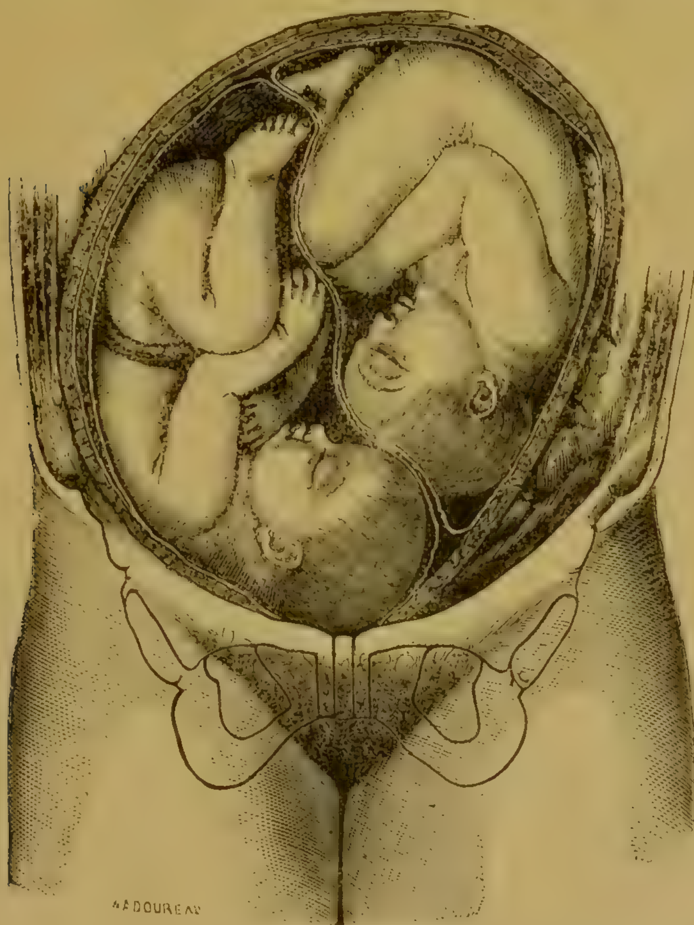


FIG. 180.—Embarazo gemelar. Ambos fetos se presentan de cabeza.

signo como un carácter absoluto de madurez del feto, porque falta algunas veces.

Antes del nacimiento, los pulmones fetales tienen un color moreno oscuro ó rojo de heces de vino y se van á fondo en el agua; cuando el niño ha respirado, se vuelven de color de rosa y sobrenadan. Estos signos son preciosos indicios, en caso de infanticidio, para reconocer si un niño nació muerto ó si estaba vivo en el momento del crimen.

Funciones principales del feto. Circulación.—No hallándose aún establecida la función respiratoria en el feto, la placenta ejerce el papel de los pulmones y preside al fenómeno de la hematosis, es decir, á la transformación de la sangre venosa en arterial. La sangre del feto adquiere de la de su madre los materiales necesarios para su nutrición, por un cambio endosmó-



FIG. 181.—Uno de los fetos se presenta de cabeza y el otro de nalgas.

sico y no por comunicación directa entre los vasos de la placenta y los del útero. La sangre no pasa, pues, directamente de la madre al feto, como se creía en otros tiempos. Abundan las pruebas fisiológicas y patológicas para demostrar que las circulaciones fetal y materna son independientes entre sí. Sólo citaremos algunas: el diferente ritmo de los latidos del corazón, fácilmente apreciables auscultando; el volumen más considerable

de los glóbulos sanguíneos del embrión y del feto; la posibilidad de que una mujer exangüe dé á luz un hijo muy vigoroso; en fin, la existencia de una enfermedad eruptiva contraída por el feto, mientras la madre permanece refractaria á la epidemia. Así, refiere Mauriceau que él mismo tuvo viruela durante la vida intrauterina, al paso que su madre no fué atacada nunca; contrajo esta enfermedad de su hermano, el cual murió de ella.

También se ha comprobado que en el envenenamiento por el óxido de carbono muere el feto después que la madre. Pero, á pesar de los ejemplos de supervivencia del niño, cuando una mujer en cinta sucumbe accidentalmente, y para fijar el orden de transmisión de las herencias es necesario establecer cuál de los dos ha muerto el último, si la madre ó el hijo, la ley resuelve siempre la dificultad en favor de la madre.



FIG. 182.— Punto de osificación del extremo inferior del fémur.

Sin embargo, en un trabajo reciente ha demostrado el doctor Porak que todos los medicamentos administrados á la madre pueden pasar á la circulación fetal: la placenta no constituye, pues, un filtro impermeable para ellos. Este hecho puede explicar la frecuencia de los abortos en cierto número de profesiones insalubres.

El aparato circulatorio del feto difiere del del adulto no sólo por la placenta, sino también por ciertos órganos suplementarios, que desaparecen y se atrofian en cuanto empiezan á funcionar los pulmones, es decir, en seguida de nacer. Estos órganos son: 1.°, los vasos del cordón, comprendiendo la *vena umbilical*, que lleva la sangre roja de la madre al feto, y las dos *arterias umbilicales*, que vuelven la sangre negra del feto á la madre; 2.°, el *conducto venoso* (fig. 183, K), que está formado por la bifurcación de la vena umbilical (J), á su paso por el hígado, y desemboca en la vena cava inferior (A), la cual asciende hasta la aurícula derecha del corazón (L); 3.°, el *agujero de Botal* (O), que atraviesa el tabique de las aurículas y establece, por medio de una canal membranosa, comunicación directa entre la vena cava inferior y la aurícula izquierda; 4.°, el

conducto arterioso (E), que se extiende desde la arteria pulmonar (D) á la arteria aorta (B), con la cual se aboca en un punto posterior al origen de los vasos arteriales de la cabeza y de los brazos.

He aquí ahora por qué mecanismo se verifica la circulación

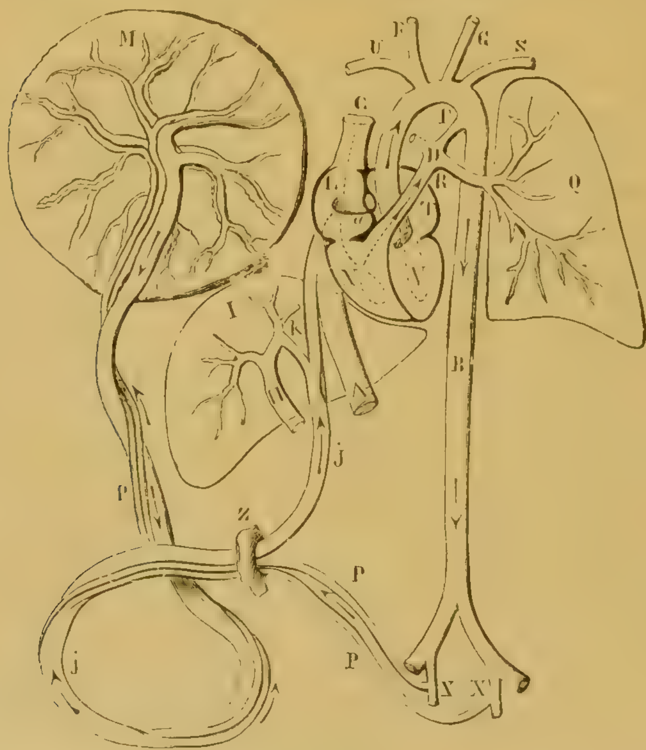


FIG. 183.—Figura esquemática que demuestra el sistema circulatorio del feto.

A. Vena cava inferior.—B. Arteria aorta.—C. Vena cava superior.—D. Arteria pulmonar.—E. Conducto arterioso.—F. Carótida derecha.—G. Carótida izquierda.—H. Vena porta.—I. Hígado.—J. Vena umbilical.—K. Conducto venoso.—L. Aurícula derecha.—M. Placenta.—N. Ventrículo derecho.—O. Agujero de Botal.—P. Arterias umbilicales.—Q. Pulmón izquierdo.—R. Arteria pulmonar.—S. Arteria subclavia izquierda.—T. Aurícula izquierda.—U. Arteria subclavia derecha.—V. Ventrículo izquierdo.—X. Arterias hipogástricas.—Z. Ombligo.—*a*. Conducto que lleva la sangre de la vena cava inferior A á la aurícula izquierda T, pasando por el agujero de Botal O.

fetal: la sangre roja, cargada de elementos nutritivos, parte de la placenta (M); sigue sucesivamente por la vena umbilical (J) y el conducto venoso (K); asciende por la vena cava inferior (A), pasa por el agujero de Botal (O), llega á la aurícula izquierda (T), cae al ventrículo del mismo lado (V) y de aquí se lanza á

todas las partes del cuerpo por la aorta (B); luego vuelve á la placenta por las arterias umbilicales (P) para regenerarse. Además, la sangre negra que vuelve de la cabeza y de los miembros superiores por la vena cava superior (C) se vierte en la aurícula derecha (L), pasa al ventrículo correspondiente (N), se introduce en la arteria pulmonar (D), atraviesa el conducto arterioso (E) y va en seguida á mezclarse con la sangre que distribuye la aorta por el tronco y miembros inferiores: de tal suerte, que este vaso suministra sangre roja á la cabeza y á los miembros y sangre mixta al resto del cuerpo; esto explica el mayor desarrollo de la cabeza y de los brazos con relación al tronco y miembros inferiores. Como la embocadura del conducto arterioso (E) no está muy lejos de la de la arteria subclavia izquierda (S), que se dirige al brazo del mismo lado, verifícase á este nivel una ligera mezcla de ambas sangres, al paso que la otra arteria subclavia (U), que preside á la nutrición del brazo derecho, no acarrea sino sangre roja. Por esta particularidad se explica la superioridad del brazo derecho sobre el izquierdo.

Demuéstrase también la analogía funcional que existe entre la placenta y los pulmones con este doble hecho fisiológico: la vena umbilical conduce sangre roja como las venas pulmonares á las que corresponde, y las arterias umbilicales, que son las análogas á las arterias pulmonares, tienen sangre negra como estas últimas.

Ya hemos dicho que todos los órganos suplementarios se atrofian después del nacimiento. Sin embargo, algunas veces persiste el agujero de Botal y permanece mezclada la sangre. Entonces toma la piel un tinte violáceo, que hace dar á esta afección el nombre de *enfermedad azul* ó *cianosis* (de κύανος, azul).

Sensibilidad fetal.—Basta la aplicación de un cuerpo frío al vientre de la madre para despertar la sensibilidad cutánea del feto y provocar movimientos más ó menos fuertes. Este es un medio aconsejado por los tocólogos para establecer el diagnóstico del embarazo.

La compresión demasiado intensa del abdomen produce el mismo resultado. En uno y otro caso, estos movimientos provocados son indicio de cierto malestar, y demuestran que durante el embarazo conviene tener abrigado el vientre y evitar comprimirle.

Secreciones del feto.—Los productos de secreción del feto son poco abundantes, por efecto de la inacción de sus funciones digestivas. Hacia el fin del embarazo se llena el intestino de una materia densa de un color negro verdoso, formada por una mezcla de bilis y moco intestinal. La analogía de color y consistencia que ofrece esta materia con el jugo de adormideras hizo que se la diese el nombre de meconio (de μηκων, adormidera). No se expulsa hasta los primeros días después del nacimiento, y las nodrizas dicen que el niño «echa la pez». Su presencia en las aguas del amnios en el momento del parto indica la muerte, ó, por lo menos, la enfermedad del niño.

También el feto segrega orina, pero en débil cantidad, y se difunde en el líquido amniótico, con el cual se mezcla. Generalmente se pone en duda la micción del feto; los que la admiten se apoyan en la existencia de la urea en las aguas del amnios, y en los casos de la ruptura de la vejiga, cuando la uretra inperforada permite que se acumule la orina en este depósito. Según el doctor Porak, se encuentran pocas materias extractivas en la orina del feto, cuyo verdadero riñón es la placenta. La secreción urinaria es poco abundante, y no puede argüirse, de los casos de retención de orina que son patológicos, á los casos normales y fisiológicos. Aun en la retención, la orina no excede de un litro, lo cual es poco para los nueve meses de la vida intrauterina.

El barniz sebáceo ó caseoso, de que se cubre la superficie del cuerpo, es una secreción que proviene de las glándulas sebáceas de la piel. Protege al feto contra la maceración y facilita su paso en el momento del parto.

Anomalías en el desarrollo del huevo. Monstruos.—Por la influencia de un estado morboso particular del huevo, ó, según

algunos autores, por efecto de una viva impresión moral sentida por la madre al principio de la preñez, el producto de la concepción puede sufrir un retraso en el desarrollo de tal ó cual parte del cuerpo, y viene al mundo con un vicio indeleble de conformación, como el labio leporino (fig. 173); el coloboma

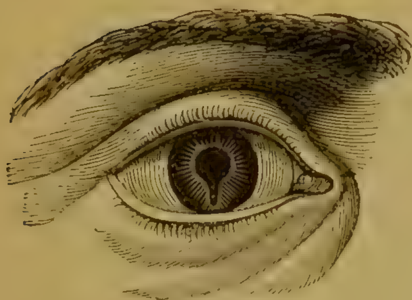


Fig. 184.—Coloboma del iris.

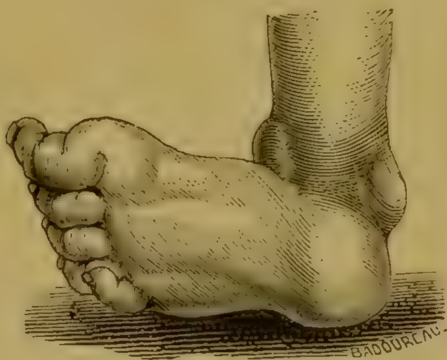


Fig. 185.—Pie zambo varus.

del iris (fig. 184); los pies zambos (fig. 185); la hidrocefalia (fig. 187); la espina bífida ó hidrorraquis (fig. 186); los dedos palmados (fig. 189), bifurcados (fig. 188) y supernumerarios; el hermafroditismo (fig. 56); la transposición de todos los órganos esplánicos ó vísceras, que da entonces razón á Sganarelle colocando el hígado á la izquierda y el bazo á la derecha ([1]):

([1]) Un inválido que presentaba esta anomalía inspiró á Leibnitz los versos siguientes:

La nature peu sage, et sans doute en débauche
Plaça le foie au côté gauche,
Et de même, *vicc-versa*,
Le cœur à la droite plaça (*).

(*) Algún tanto distraída
quizá la Naturaleza,
y sin duda en ese instante
encontrándose de huelga,
el hígado colocó
hacia la parte siniestra;
y también, por caso raro,
el corazón, *viceversa*
(para hacer todo al revés),
lo dispuso á la derecha.

el aborto de uno ó varios miembros, como el pintor Luis Ducornet, que privado de sus brazos cogía el pincel con los pies.

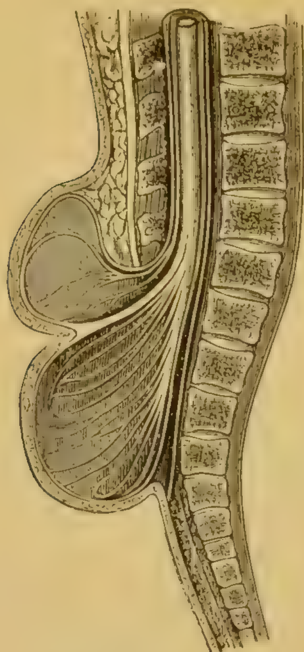


Fig. 186.—Hidrorraquis.



Fig. 187.—Hidrocéfalo.

También el mismo huevo puede contener dos gérmenes, que



Fig. 188.—Pulgar bifurcado.

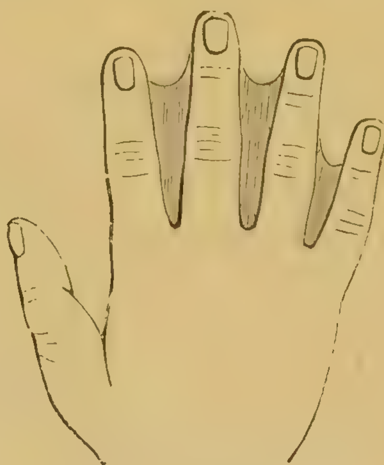


Fig. 189.—Dedos palmados.

se fusionan ó adhieren por un punto cualquiera del cuerpo: de aquí esos monstruos de una cabeza sobre dos troncos (fig. 190);

de dos cabezas sobre un solo tronco (fig. 191); esos fetos reunidos, ya por la frente, ya por el tórax, como lo estaban los



FIG. 190.—Monstruo de una cabeza sobre dos troncos.

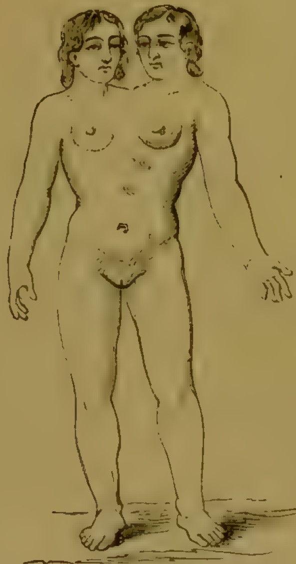


FIG. 191.—Monstruo de dos cabezas sobre un solo tronco.

hermanos siameses Chang y Eng; ora por los riñones, á ejem-



FIG. 192.—Hombre llevando inserta en el vientre una porción de un niño. (Figura tomada de las obras de A. Pareo.)



FIG. 193.—Tomada de Geoffroy Saint-Hilaire, Anomalías; atlas, lámina 18.

plo de Emilia y Cristina (fig. 194); ora además por las nalgas, á la manera de las hermanas húngaras Elena y Judit.

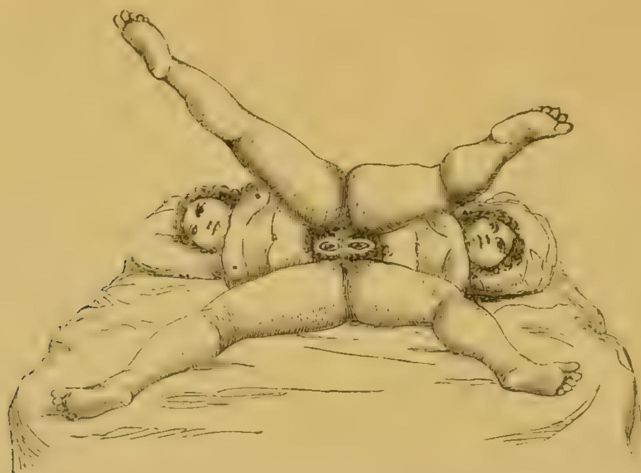


FIG. 194.—Emilia y Cristina, cuya vulva es doble y el ano único.

Junto á estas monstruosidades se colocan naturalmente los casos en que uno de los gemelos, desarrollado de un modo in-



FIG. 195.—Quiste piloso del ovario.

1. Pared abierta.—2. Tres dientes.—3. Un mechón de cabellos emanando de un tubérculo.—Los dientes y el tubérculo cabelludo están implantados en la pared del quiste.

completo, se inserta en el vientre del otro (figs. 192 y 193) ó permanece incluído en una parte de su cuerpo. Así se explica

la siguiente anomalía observada en Verneuil, departamento del Eure. En 1804, un niño llamado Bissieu llevaba en el costado izquierdo, desde los primeros tiempos de su existencia, un pequeño tumor, que aumentó súbitamente de volumen hacia la edad de trece años, determinando accidentes febriles muy intensos. Al mismo tiempo expelió el niño por las cámaras materias pútridas, largos cabellos, y cayó en un estado de consunción que le hizo sucumbir un año después. En la autopsia hallóse dentro de su vientre una bolsa conteniendo restos de otro niño, como porciones de huesos, cabellos, uñas y dientes.

Los embriólogos dan los nombres de *quistes pilosos* ó *fetales* á estas singulares producciones. Hay algunos en los que se han encontrado más de trescientos dientes. También se observan estos quistes en el extremo de la ceja, en el escroto; en la mujer se desarrollan principalmente en la proximidad del ovario (fig. 195). El nacimiento de Minerva, que salió del todo armada del muslo de Júpiter, parece aludir á estos casos de monstruosa duplicidad por inclusión.

De la superfetación.—Entiéndese por superfetación la fecundación de otro germen durante el curso de una preñez; pero este fenómeno generalmente no es admitido, y los ejemplos que se citan en su favor son objeto de vivas negaciones. Planque dice haber parteado á una mujer de cinco niños sucesivamente en el espacio de quince días. Sedillot refiere el caso de Benita Franquet, que parió el 20 de enero de 1780 una niña de siete meses, y cinco meses después dió á luz otra niña de todo tiempo.

Según Robín, la mayor parte de los casos de superfetación pueden relacionarse con uno de estos cuatro órdenes de hechos: 1.°, embarazos dobles, en los cuales uno de los fetos, muerto mucho tiempo antes de ser de término, se conserva en las membranas hasta el nacimiento de aquel que había continuado viviendo; 2.°, embarazos de gemelos desigualmente desarrollados y nacidos en diferentes épocas; 3.°, embarazos extrauterinos que no han impedido la gestación natural; 4.°, casos de útero

bicorne, es decir, dividido en dos cavidades, como se observa en ciertas especies animales.

Sólo es posible la doble concepción si las dos fecundaciones diferentes se efectúan el mismo día ó con corto intervalo. Esto es lo que constituye la *superfecundación*. Así se explica el caso referido por Buffón de una mujer de Charlestown, que en 1714 dió á luz dos gemelos de diferente color, á consecuencia de relaciones con su criado negro poco después de la muerte de su marido, que era blanco.

La legislación romana admitía la posibilidad de la superfetación; también reconocía la cualidad de primogénito al gemelo que venía el último al mundo, porque se decía que, habiendo sido concebido el primero, habría tenido que ser rechazado hasta el fondo de la cavidad uterina al concebirse el segundo. Nuestra jurisprudencia, por el contrario, considera, en materia de reclutamiento ó de sucesión, como mayor en edad al que haya nacido el primero. Lo mismo pensaban los hebreos; así, Esaú tenía el derecho de primogenitura respecto de su hermano Jacob, porque fué el primero á quien Rebeca dió á luz. Pero, científicamente, no ha lugar á establecer una diferencia de edad entre los mellizos, puesto que se han concebido al mismo tiempo.

§ II.—*Fenómenos observados en la mujer.*

Durante el embarazo sufren las mujeres tantas molestias, que esta época se ha llamado una enfermedad de nueve meses. «Cuando se está condenada á estar enferma doce veces al año por lo menos, escribe Rousseau, y cuando el remedio de ésta es otra enfermedad de nueve meses, no hay por qué adquirir aires de soberanía y aspirar á someter á los hombres.» Mauriceau ha comparado el embarazo con un mar tempestuoso sobre el cual bogan el hijo y la madre durante nueve meses.

Las modificaciones que sobrevienen en el organismo materno, por el hecho del desarrollo del huevo, son de dos clases; se producen: ora en el aparato genésico y sus anejos (útero, vagina, mamas), ora en las funciones principales de la economía (digestión, secreciones, circulación, respiración é inervación).

Modificaciones de la vagina durante el embarazo.—La mucosa vulvo-vaginal adquiere desde el primer mes del embarazo, y sobre todo en las morenas, una coloración apizarrada característica; hacia el fin de este período segrega abundantes viscosidades, destinadas á lubrificar y suavizar las paredes de la vagina para que sea más fácil el deslizamiento de la criatura.

Modificaciones de las mamas.—Los senos se hinchan al principio de la gestación y se manifiestan en estos órganos punza-

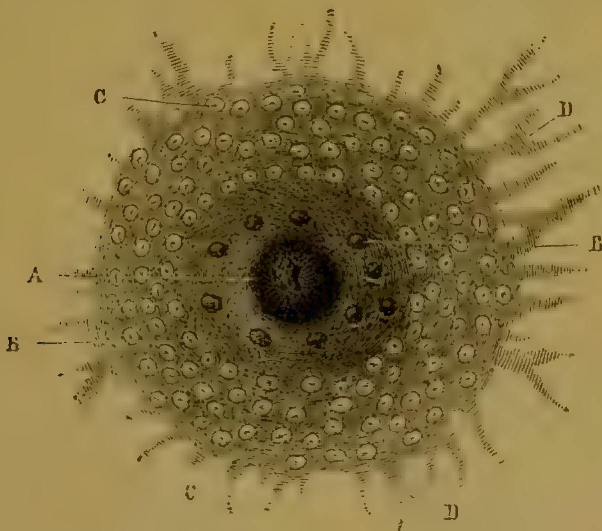


FIG. 196.—Modificaciones de la mama durante la preñez.

A. Pezón.—B. Tubérculos de Montgomery.—C. Manchas de la aréola mosqueada, con un punto negro en el centro representando el orificio de una glándula sebácea.—D. Rayas oscuras.

das dolorosas. Hacia el cuarto mes la aréola y el pezón adquieren un color moreno, tanto más intenso cuanto más oscura sea la tez de la mujer. Al mismo tiempo aparecen en la aréola pequeñas eminencias redondeadas, los *tubérculos papilares* (fig. 196). Más tarde se dibuja otra aréola, excéntrica con la primera y que se llama *mosqueada*, porque está llena de pequeñas manchas blancas.

Estas modificaciones de la aréola tienen una gran importancia; en prueba de ello referiremos, con Tarnier y Chantreuil,

el siguiente hecho: Un día que se transportaba al anfiteatro un cadáver de mujer, chocóle á Húnter el color de las aréolas y anunció que este cadáver contenía un feto; el interno le hizo observar que aun existía la membrana himen, y á pesar de esto no cambió de opinión. La apertura del cadáver vino á confirmar el aserto del profesor, y demostró, en efecto, dentro del útero la presencia de un feto de cinco meses.

En los últimos meses del embarazo puede exprimirse de los pechos un líquido amarillento, llamado *calostro*, que no desaparece hasta algunos días después del parto. Este líquido purga al niño y le ayuda á expulsar el meconio; pero altera la leche de una nodriza en cinta y obliga á suspender la lactancia. Cuando el examen microscópico permita descubrir glóbulos de calostro en la leche de una nodriza, después de varias semanas de haber parido, puede afirmarse la existencia de un nuevo embarazo.

Modificaciones del útero.—Bajo la influencia de la gestación, el cuello y el cuerpo del útero experimentan importantes modificaciones en su situación, forma, consistencia y volumen.

I. Modificaciones del cuello.—En los tres primeros meses del embarazo, desciende el cuello y se vuelve más sensible al tacto; pero en los tres últimos meses, está tan elevado y echado hacia atrás (fig. 197), que es muy difícil alcanzarlo; por eso los prácticos inexpertos creen con frecuencia en una dilatación completa, y en la coronación de la cabeza recubierta por sus membranas, cuando su índice encuentra en el fondo de la vagina la pared anterior del segmento inferior del útero. Este error fué cometido en París por un antiguo interno de los hospitales, quien aplicó el forceps á la misma matriz, cuya completa extirpación hizo.

Hemos visto que el cuello uterino de una virgen es cónico; presenta un orificio externo muy estrecho, y ofrece al tacto una consistencia análoga á la que experimenta el dedo al tocar la punta de la nariz. Ahora bien, el embarazo modifica estos diferentes caracteres. Desde el primer mes se reblandece la ex-

tremidad inferior del cuello, y se ha comparado la sensación que se experimenta en ese momento con la producida por una mesa recubierta por una banda de cautchuc que se comprime con el dedo; más tarde el reblandecimiento invade á todo el cuello, y la sensación de blandura que produce al tacto recuerda la de los labios. En los quince últimos días del embarazo, cuando el cuerpo del útero alcanza su desarrollo máximo, el cuello disminuye insensiblemente de longitud hasta borrarse por completo.

Durante toda la gestación, el orificio externo del cuello ute-



FIG. 197.—Desviación del cuello uterino hacia arriba y atrás en los últimos meses de la preñez.

rino permanece cerrado en las primíparas; pero en las multíparas se entreabre cada vez más, y en la última quincena permite al dedo tocar las membranas del huevo (fig. 200). Cazeaux y Pajot han comparado también el cuello de las multíparas, durante el embarazo, el uno á un embudo, el otro á un apagaluces.

II. MODIFICACIONES DEL CUERPO.—Las modificaciones del cuerpo uterino consisten en cambios de dirección y aumento de peso y volumen. Al principio del embarazo, el cuerpo del útero sufre un descenso muy sensible, que según hemos dicho hace más accesible al tacto su cuello y determina cierto apla-

namiento del abdomen. De aquí el adagio: «vientre aplanado, niño encerrado». Al desarrollarse, el fondo del útero se inclina á la derecha y el cuello á la izquierda; esta desviación lateral

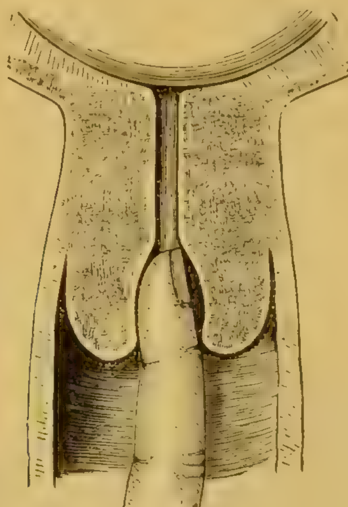


FIG. 198.

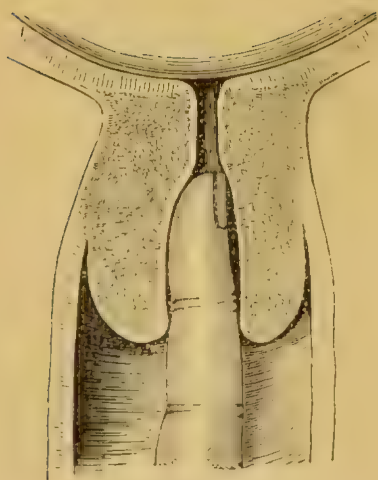


FIG. 199.

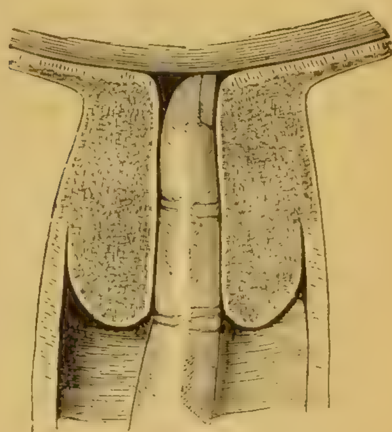


FIG. 200.

Figuras que indican la permeabilidad gradual del cuello en las multíparas, al principio, al medio y al fin del embarazo.

parece producida por la costumbre de echarse sobre el lado derecho. Aparte de esta inclinación, el útero gira sobre su eje, de modo que su cara anterior mira á la derecha y la posterior á la izquierda. Por eso en la operación cesárea, antes de abrir el

útero debe tenerse cuidado de colocar adelante la cara anterior de este órgano; sin esa precaución se expondría á herir los grandes vasos que caminan por sus bordes. Estos vasos son asiento de un ruido particular, llamado *soplo uterino,* que se



FIG. 201.—Pared abdominal cuando no hay embarazo.

A. Útero.—B. Vagina.—C. Sacro.—D. Pubis.

oye durante la preñez. Percíbese con más claridad á la izquierda, precisamente á causa de la torsión del útero, que hace más superficiales los vasos de este lado que los del opuesto.

Antes del embarazo pesa el útero unos 42 gramos; en segui-

da del parto, 1 kilogramo, y al cabo de varias semanas, 55 gramos, peso que conserva después. El aumento considerable del peso de la matriz después del parto explica la frecuencia de los

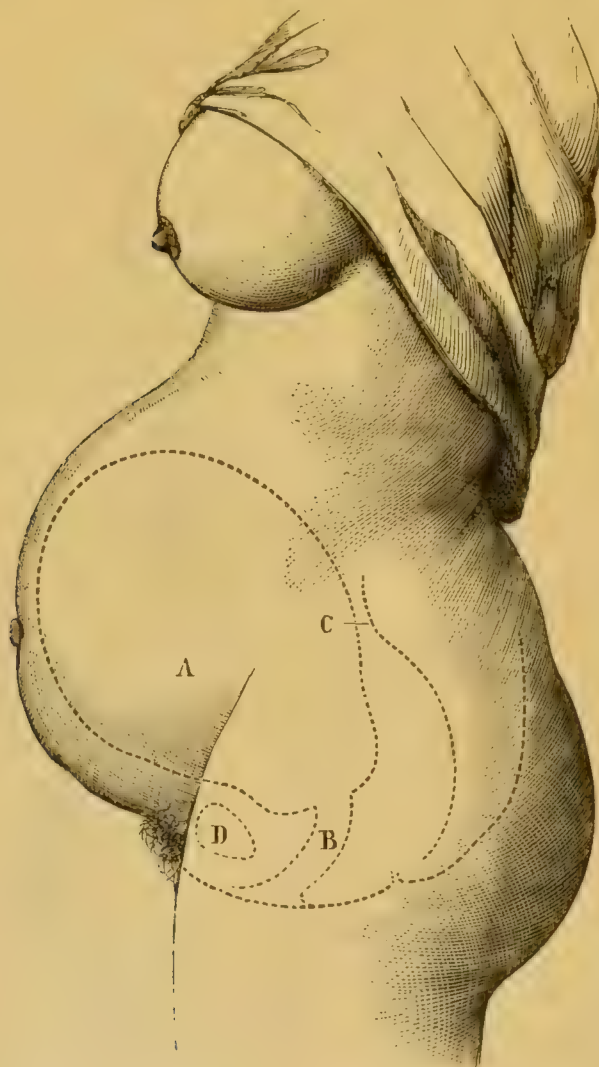


Fig. 202. — Pared abdominal distendida por el embarazo.

A. Útero grávido.—B. Vagina.—C. Sacro.—D. Pubis.

infartos del útero y las desviaciones de este órgano en las recién paridas que se levantan demasiado pronto.

Un útero de término es once ó doce veces más voluminoso que en el estado normal, y su crecimiento se verifica de un

modo progresivo: á los tres meses, el fondo de este órgano llega al pubis; á los seis meses está un poco más alto que el ombligo; á los nueve meses alcanza á la región epigástrica. Ocho ó quince días antes del parto desciende el fondo del útero cierta cantidad, por efecto de la introducción de su segmento inferior en la pequeña pelvis; dícese entonces que «el vientre baja».

La compresión que durante el embarazo ejerce el útero sobre los órganos vecinos tiene como consecuencias:

1.° La distensión progresiva de las paredes abdominales (fig. 202) y la formación de rayas oscuras [1] que surcan la piel del bajo vientre.

2.° El estreñimiento, debido al aplastamiento del recto.

3.° La retención de orina y frecuentes deseos de orinar, provocados por la compresión de la vejiga.

4.° La hinchazón y los calambres de las extremidades, las hemorroides, las várices de la vulva y de los miembros inferiores, el edema ó infiltración de las piernas, á consecuencia de la compresión de los nervios ó de los vasos situados en la pelvis. Estas numerosas complicaciones desaparecen las más de las veces después del parto, excepto las rayas oscuras que son indelebles. En ocasiones la piel del abdomen pierde su elasticidad, hasta el punto de formar repliegues múltiples y persistentes, que caracterizan el llamado «vientre de alforja».

Modificaciones de la digestión.—El embarazo ejerce su principal influencia sobre las funciones digestivas: ó las debilita, ó las exagera, ó, más aún, las pervierte. Así, durante la gestación, el apetito puede cesar *(anorexia)*, exagerarse *(bulimia)* ó pervertirse *(pica, malacia)*. En ciertos casos el gusto sufre tal depravación, que hace buscar sustancias no comestibles y repugnantes, como la creta, el carbón, la tierra, los piojos, las arañas, las materias fecales, costras arrancadas á los variolosos, etc. Baudelocque hablaba en sus lecciones de una mujer en

[1] Pajot designa con el nombre de "vientre de persiana„ el caso en que la piel está considerablemente alterada por numerosas rayas.

cinta que comía con placer peces crudos robados, y de otra que devoraba heno cogido de un carro.

La mayoría de las veces se limitan las perturbaciones digestivas á simples náuseas ó vómitos, que se verifican sobre todo por la mañana. Algunas mujeres son tan afortunadas que llegan al término de su embarazo sin experimentar el menor desarreglo en las funciones digestivas. Sin embargo, cuando existen estas perturbaciones, por lo general desaparecen hacia el cuarto mes; en esta época la economía acaba por prestarse al desarrollo del útero. A veces tienen los vómitos tal frecuencia y gravedad que ponen en peligro los días de la mujer y obligan al médico á recurrir al aborto ó al parto prematuro.

Modificaciones de las secreciones.—La SALIVA se segrega en gran abundancia durante los primeros meses del embarazo y da margen al *ptialismo* (de πτυαλον, saliva), que hace escupir sin cesar. Esta secreción es algunas veces excesiva; así, observó Dubois á una señora que había empapado de saliva 1.080 pañuelos en el transcurso de un mes.

La ORINA de una mujer embarazada se reconoce por la película con irisaciones, llamada *quiesteina* (de κύησις, preñez), que recubre su superficie cuando permanece dos ó tres días este líquido en el recipiente. Esta película está sembrada de puntitos brillantes, y su aspecto recuerda el de la capa blanquecina del caldo frío. La presencia de la albúmina en la orina de una mujer en cinta es una complicación grave que debe hacer temer las convulsiones de la *eclampsia* (de εκλάμπειν, estallar).

Las CÉLULAS PIGMENTARIAS, que dan á la piel su coloración oscura, se acumulan en diferentes partes del cuerpo para formar en ellas manchas morenas características. Independientemente de la coloración oscura de los pechos, que ya hemos señalado, nótase en el abdomen la *línea morena ventral*, que se extiende desde el ombligo hasta el monte de Venus, y las *rayas* azuladas del bajo vientre, que con bastante frecuencia se propagan hasta la parte superior de los muslos. También el rostro puede cubrirse de manchas rojizas, ó efélides, que forman el *paño ó máscara* de las mujeres en cinta. Estas manchas

pigmentarias, de ordinario, desaparecen con la vuelta de la menstruación; y lo que parece probar la influencia de ésta en la producción de aquéllas, es que también se encuentran en mujeres mal regladas y que jamás han concebido.

Modificaciones de la circulación.—La composición de la sangre experimenta notables cambios durante el embarazo: disminuyen los glóbulos rojos, el hierro y la albúmina, al paso que aumenta el agua. Este empobrecimiento de la sangre va acompañado de una serie de desganas, jaquecas, vértigos, palpitaciones y hasta síncopes, que en otro tiempo se atribuían á un estado convulsivo debido á la acumulación de la sangre de las reglas en la economía. De aquí la funesta costumbre que tenían las mujeres de hacerse sangrar varias veces en el transcurso de su embarazo.

Hase notado, además, que durante los últimos meses aumenta la proporción de fibrina y vuelve más coagulable la sangre. Según Tarnier, esta particularidad contribuye felizmente á moderar la hemorragia que siempre acompaña á la expulsión de las secundinas.

Independientemente de las modificaciones que introduce el embarazo en las partes constitutivas de la sangre, hay otras que afectan al mismo aparato circulatorio. Ya hemos señalado las hemorroides, várices é hinchazón de las piernas, producidas por la compresión de los troncos venosos de la pelvis. También las paredes del corazón aumentan de espesor y dan origen á una verdadera hipertrofia cardíaca que, según Larcher, imprime una energía más considerable á la circulación y permite que el organismo provea á la existencia de dos seres. Pero se ha puesto en duda la existencia de esta hipertrofia [1].

Modificaciones de la respiración.—La fatiga que molesta á la mujer en cinta, sobre todo en la segunda mitad del embarazo,

(1) Porak, *Influencia recíproca entre las enfermedades del corazón y el embarazo*, 1880.

depende en gran parte del obstáculo al movimiento del diafragma, que se encuentra rechazado por el útero.

Hacia el fin de la preñez vuélvese más libre la respiración, por efecto del descenso de la matriz, que comienza á penetrar en la pelvis menor.

Modificaciones del sistema nervioso. De los antojos.—Las principales modificaciones funcionales que experimenta el sistema nervioso durante el embarazo son: neuralgias dentarias independientes de la caries, depravaciones del gusto, intolerancia del olfato, profundo cambio de carácter é inexplicables antipatías por personas ó cosas que antes eran indiferentes ó hasta simpáticas. Vense con frecuencia atacadas las facultades intelectuales; algunas veces, por el contrario, cambian para bien: Goubelly y Tarnier han conocido locas que sólo estaban en su sano juicio durante su embarazo; pero, en general, perviértese la razón y surgen ideas extrañas, como la de robar y aun matar.

Marc refirió la historia de una señora en estado interesante, la cual no pudo resistir el deseo de coger un ave asada de un escaparate. Gustavo Lebón cita una mujer del Alto Marne, madre de nueve hijos, que en cada embarazo tenía un irresistible deseo de matar á su marido, aun cuando le amaba mucho. Goulard asegura que, en un pueblo próximo á Andernac, en las márgenes del Rhin, una aldeana en cinta tuvo el capricho de comerse á su marido; matóle, devoró parte y saló el resto.

En cuanto á los *antojos de las mujeres embarazadas*, consisten en apetecer ciertos manjares, objetos de adorno, joyas y aun distracciones de todo género. Por efecto de un capricho análogo, una provinciana llegada á París para visitar la Exposición de 1878 se empeñó en subir á la barquilla del globo cautivo de las Tullerías y allí dió á luz. También se cita el hecho siguiente: hallándose en cinta la mujer del doctor Hamberger, y volviendo un día con huevos del mercado, entró suspirando en el despacho de su marido: enternecido el médico, preguntóla qué pena la affligía: confiesa ella, enseñándole los huevos.

que la atormenta un irresistible deseo de estampárselos en la cara, uno tras de otro. El doctor amaba á su mujer, y temiendo las consecuencias de una negativa, tapóse el rostro y la dejó hacer.

Aun cuando el estado de preñez pueda realmente producir en las facultades afectivas é intelectuales de la mujer desórdenes más ó menos sensibles, estas perturbaciones psíquicas son mucho más raras de lo que se cree por lo común.

La idea, muy acreditada, de que es preciso no contrariar los deseos de una mujer en cinta, contribuye mucho á hacerlos nacer. Vense con frecuencia personas que se aprovechan de esa preocupación popular para renovar su guardarropa, satisfacer su gusto por el lujo y hasta cometer robos. Pero, en presencia de este delito, rara vez admiten los magistrados el embarazo como circunstancia atenuante. Capurón va más lejos, y no tiene ninguna fe en estas pretendidas aberraciones de la mujer en estado interesante: «No se creerá fácilmente, dice en su *Medicina legal relativa á los partos*, que la preñez altere ó extravíe la razón hasta el punto de hacer que la mujer desconozca las leyes más sagradas de la naturaleza, las leyes fundamentales de toda civilización, la humanidad, la justicia, la propiedad... En vano se objetarán los antojos extraordinarios de las mujeres en cinta, sus apetitos desordenados, extraños, pervertidos... Que una mujer en cinta tenga deseos de comer frutos verdes, pimienta, sal, yeso; que beba más de lo ordinario vino puro, aguardiente, café; que hurte frioleras, hay gran distancia de esto al deseo de robar, de morder en el cuello á un joven, como en el ejemplo que refiere Languis, ó de matar á su marido».

Los alienistas son menos exclusivos en lo que atañe á la cuestión de los deseos irresistibles de las mujeres embarazadas; así, Legrand du Saulle piensa que en presencia de un acto por completo discorde con la moralidad anterior, las ordinarias costumbres y posición social de la acusada, cabe asegurarse si no ha sido realmente atacado el estado mental. Es muy difícil el examen médico-legal, y el perito debe formular con circunspección sus conclusiones.

Influencia de la imaginación materna sobre el feto.—Generalmente se cree que vivas emociones morales pueden ejercer en el producto de la concepción modificaciones orgánicas más ó menos importantes. Así es como se explica la producción de los *signos* y manchas en el cuerpo del feto. «Estas manchas, dice Bonnet, son como las nubes; en ellas se encuentra todo cuanto se busca.»

El color y la forma de estos indelebles estigmas recordarían, según esta preocupación, ora un antojo, es decir, un objeto vivamente deseado por la madre (como café ó lentejas, para las manchas morenas; vino, para las manchas violáceas; cerezas, moras, grosellas ó frambuesas, para las manchas rojas), ora un espectáculo horrible, como un incendio, una herida cruenta, en los casos de manchas rutilantes, ora un animal repulsivo, como una oruga, un sapo, una víbora, cuya silueta encontraríase en la conformación de estas anomalías cutáneas. Pero se necesita mucha conformidad para comprobar esas pretendidas semejanzas, y en esta vía la imaginación puede conducir á las más inesperadas apreciaciones. Así, el *Diario de los sabios*, de febrero de 1677, publicó la descripción detalladísima de un nabo que presentaba un perfecto parecido á «una mujer desnuda en cuclillas y con los brazos cruzados bajo el pecho». Enséñase en Constantinopla un bloque de mármol sin pulir que representa á San Juan Bautista cubierto con una piel de animal.

Igualmente hase querido establecer entre ciertas monstruosidades humanas y diversos animales una comparación que nada justifica: refiere Plinio que una señora romana, llamada Alcippa, dió á luz un elefante; Julio Obsequens cita dos italianas que, en 1471, parieron la una un perro y la otra un gato; Bayle asegura que una señora tuvo un gato negro, que fué quemado por orden del Santo Oficio, porque debía de ser su padre el diablo; A. Pareo habla de un cerdo napolitano que llevaba sobre el cuerpo una cabeza de hombre. El cirujano Saint-André se dejó engañar por una tal Godalmina, que decía haber dado á luz un conejo, pero esta mujer fué sorprendida en flagrante delito de impostura por Sarah Stone, comadrona de Londres.

Lo que prueba que la imaginación de la madre no interviene

para nada en la producción de las deformidades fetales y en la de las manchas de la piel es que, por una parte, se observan análogas anomalías en las plantas y en los animales, terneras de dos cabezas, carneros de cinco patas, labios leporinos, y que, por otra parte, el número de niños que nacen con *signos* ó vicios de conformación es relativamente muy pequeño comparado con el de las mujeres que durante su embarazo tuvieron sustos, *antojos* ó *caprichos*. Además hay mujeres que dan á luz monstruos sin haber experimentado ninguna impresión desagradable, y otras que paren un niño bien conformado tras de haberlas conmovido una fuerte emoción.

En fin, si los deseos tuvieran una influencia segura sobre el producto de la concepción, las mujeres podrían engendrar á voluntad niños ó niñas y desaparecerían de este mundo la fealdad y la estupidez.

Los partidarios de la influencia moral de la madre en el desarrollo de las deformidades fetales citan varios ejemplos que parecen declarar á favor de su opinión. Conocida es la historia de los rebaños de Jacob. El *Génesis* nos enseña que existía entre Labán y Jacob un contrato por el cual serían del primero todos los corderos que naciesen de un solo color, y del último los que nacieran manchados. Jacob colocó en el fondo de los abrevaderos donde iban á beber las ovejas en celo varitas descortezadas á trechos. Hace poco tiempo que una sociedad sabia aconsejó teñir de blanco ó de negro el vellón de los moruecos, antes de hacerles que cubran, para obtener chotos de uno ú otro color. Galeno habla de un hombrecillo feo y jorobado, quien, temiendo tener una posteridad contrahecha, colocó junto á su cama un dibujo de niño bien formado, que su mujer debía mirar en ciertas circunstancias. El procedimiento tuvo buen éxito, y aquella mujer parió un niño parecido al retrato que tuvo ante los ojos. Parece ser que Dionisio, tirano de Siracusa, hizo poner el retrato de Jasón delante del lecho de su esposa, para que su hijo tuviera la belleza del jefe de los argonautas. Los griegos adornaban el gineceo con graciosas estatuas que sus mujeres debían contemplar, como dice el autor de las *Ternarias:*

Mármoles bellos míranse en las fuentes,
contémplalos al paso joven madre,
y el fruto de su seno se modela
por tan lindas imágenes (1).

Montaigne refiere en sus *Ensayos* la historia de una joven que presentaron al rey de Bohemia «llena de vello y erizada, de la cual dijo su madre haberla concebido así á causa de una imagen de San Juan Bautista colgada junto á su lecho». Albrecht habló de una mujer que, hallándose en cinta, quedó sepultada bajo los escombros de una casa incendiada y parió de todo tiempo un niño negro como el carbón. La memoria del cardenal Du Perrón atribuyóse al antojo que tuvo de una biblioteca su madre durante el embarazo. Sterne explica el carácter distraído de Tristram Shandy por la circunstancia de que, cuando fué concebido, su madre interrumpió al autor de sus días con esta exclamación: *Creo, amigo mío, que te has olvidado de dar cuerda al reloj.* Plinio atribuía las desemejanzas entre los hijos de una misma madre á la versatilidad de espíritu de la mujer, y la semejanza física y moral de los gemelos á que son concebidos bajo la influencia de las mismas percepciones. Van Swieten refiere que un día recibió la visita de una joven cuyo cuello tenía la señal de una oruga, tan bien hecha, que se disponía á quitársela: según el dicho de esta joven, el signo provenía del miedo que experimentó su madre al sentir en su cuello una oruga. «Examiné ese estigma y reconocí sin género de duda los pelos rectos y los colores de la larva, y puedo asegurar que se parecían como un huevo á otro huevo. Hay gentes que se reirían de mi credulidad, pero quisiera que me dijesen esos señores si creen hallarse en estado de explicar tantos otros fenómenos que sabemos se verifican en la obra de la generación.»

Menciona Malebranche una mujer que, habiendo presenciado el suplicio de la rueda, afectóse de tal modo con ese espectácu-

(1) De beaux marbres mirant leur front dans un bassin
Épurent, en passant, les yeux des jeunes mères
Qui moulent le fruit de leur sein
Sur ces merveilleux exemplaires.

lo, que dió á luz un niño cuyos miembros estaban rotos en el punto donde el verdugo había golpeado al reo. También Chaussier comprobó en el cuerpo de un recién nacido hasta ciento trece fracturas, y sin embargo la madre de este niño no había visto romper los miembros á ningún criminal. Collin de Plancy refiere que hallándose jugando á las cartas una mujer en cinta, notó que para hacer una gran jugada le faltaba el as de espadas *(pique);* como la última carta que recibe justamente es la que desea, apodérase de su espíritu una inmoderada alegría, y el niño que dió á luz tuvo una de las niñas de los ojos presentando la forma del as deseado. Pero esta anomalía resultaba sencillamente de una suspensión de desarrollo del iris, llamado *coloboma* (fig. 184), que da, en efecto, á la pupila cierta semejanza con el as de espadas.

En Ermont, cerca de París, hemos visto un niño que nació con un labio leporino y una oreja toda carcomida. Su madre atribuía estas deformidades á la viva impresión que sintió, hacia el cuarto mes de su embarazo, al ver á uno de sus gazapos al cual había devorado una oreja un gato; ahora bien, como ya lo hemos explicado, el labio leporino sólo puede formarse en las tres primeras semanas de la vida intrauterina.

Haller asegura que la mujer de un etíope parió muchos hijos blancos, porque tenía en su casa una estatua de mármol blanco. Por el contrario, Hipócrates salvó del suplicio á una mujer acusada de adulterio, cuyo hijo era negro, por más que ella y su marido fuesen de raza blanca; atribuyó esta anomalía á un retrato de etíope colgado junto al lecho conyugal. En ambos casos nos parece que la posibilidad de un adulterio sería una explicación más racional.

Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire refiere, en su estudio acerca de los monstruos, varias observaciones que parecen demostrar la influencia de las emociones morales en el origen de algunas malas conformaciones congénitas. Cita tres ejemplos de *acefalia* (de α, privativo, y κεφαλή, cabeza): atribuye el primero al desmayo que tuvo una mujer en cinta á la noticia de la muerte de su marido en un incendio; el segundo, al terror que experimentó la mujer, durante su embarazo, á la vista de un escuer-

zo; el tercero es el de una doncella que, violada por un judío, á partir de este momento vióse atormentada por espíritus infernales.

Vióse, dice Bouchut [1], el año III de la República, en Valenciennes, que una mujer parió un niño con un gorro frigio en el pecho izquierdo; era una patriota exaltada. Esta curiosa anomalía valió á aquella mujer una pensión de 400 francos que la señaló el gobierno. Una mujer parteada por el doctor Trepant, de Nesle, el 10 de julio de 1879, dió á luz un niño al cual faltaba el antebrazo izquierdo; pues bien, hallándose en cinta de dos meses, se asustó mucho por un accidente sobrevenido en su presencia á un hombre joven que sufrió la amputación del antebrazo. También una princesa, citada por Gabarliep, parió un manco, por el espanto que la causó ver cortar de un sablazo la mano á un hombre.

En el *Diario de Medicina y Cirugía prácticas* hallamos otras observaciones que aun pueden invocar los partidarios de la influencia moral de la madre sobre el feto. Una mujer de veinticuatro años, madre de dos niños bien conformados, ve con terror un gato hidrocéfalo, y ocho meses después pare un niño que presentaba la misma deformidad. Una mujer en cinta de dos meses ve pasar un reo de muerte, con la cabeza inclinada á la derecha, y pare una niña de todo tiempo que nace con una inclinación análoga. Por último, una madre, con cuatro hijos bien constituídos, al tercer mes del quinto embarazo se le antojan almejas, y da á luz una niña de término con una mancha violácea en la pierna, de la extensión y el aspecto de una almeja.

También se ha dicho que las emociones morales de la madre en el momento de la concepción, ó durante el embarazo, influían sobre el carácter del niño. El terror que Jacobo I [2], rey de Inglaterra, experimentó toda su vida á la vista de una espada, atribuíase al miedo que tuvo su madre, María Stuart, cuando, estando en cinta de este príncipe, vió asesinar á David Rizzio delante de ella. Saint-Simón refiere que un hijo de la señora de

(1) *Higiene de la primera infancia.*

(2) Las caricaturas de aquel tiempo le representan muchas veces con una vaina sin espada.

Montespán, «concebido en una crisis de lágrimas y remordimientos, provocada por las ceremonias religiosas del jubileo, conservó toda su vida un carácter de tristeza que hizo le llamaran el *hijo del jubileo*». Hesiodo aconsejaba no engendrar hijos un día de funerales, sino después de asistir á comedias jocosas.

Podríamos multiplicar hasta el infinito los ejemplos de este género; pero, cualquiera que sea su número, debemos considerarlos como otras tantas coincidencias curiosas, cuyo verdadero carácter se ha desconocido.

Signos del embarazo.—En todos tiempos han existido medios empíricos y recetas pueriles para reconocer el embarazo. «No se contenta, dice Venette en el *Cuadro del amor conyugal*, con tener signos comunes, sino que además se hacen gran número de experiencias, á imitación de la antigüedad, para descubrir el embarazo de una mujer. Unos frotan, hasta enrojecerlos, los ojos de la mujer que se sospecha está en cinta; y si el calor traspasa el párpado, después de esto no cabe duda de que la mujer está en cinta. Otros sacan de su cuerpo algunas gotas de sangre, y después de haberlas dejado caer en el agua, conjeturan que está embarazada si la sangre se va al fondo. Algunos, después de colocar en las partes naturales un diente de ajo, ó hecho quemar mirra, incienso ó cualquiera otra cosa aromática, para hacerla recibir el vapor por abajo, creen que está en cinta si no siente algún tiempo después en la boca ó en la nariz el olor del ajo ó de las cosas aromáticas. Hay también algunos que hacen diversas experiencias con la orina. Consideran este líquido desde que se expele, y si lo han hallado turbio ó del color de la corteza de limón maduro, con pequeñas moléculas que suben y bajan, dicen que ha concebido. Otros dejan la orina durante la noche en una vasija de cobre, donde se ha puesto una aguja fina; y si observan por la mañana algunos puntos rojos en la aguja, ya no dudan del embarazo. Algunos otros toman partes iguales de orina y vino blanco; si, después de agitada la mezcla, se asemeja al caldo de habas, aseguran que la mujer está preñada. Otros dejan reposar á la sombra du-

rante tres días, en un vaso de cristal bien tapado, la orina de una mujer; y si, después de colarla por un tafetán claro, encuentran animalículos sobre el filtro, no tienen dificultad en afirmar que la mujer se encuentra en estado interesante.»

Son muy numerosos los signos positivos del embarazo, pero no todos tienen igual valor: unos faltan á veces, ó pueden ser producto de causas extrañas á la preñez, son los signos *probables;* otros, en pequeño número, revelan la presencia del feto en el útero, y se llaman signos *ciertos*.

Los *signos de probabilidad* comprenden los cambios que sobrevienen en la organización de la madre durante la gestación. Todos los hemos indicado anteriormente. El más importante es el de la supresión de las reglas. Aun cuando éste síntoma puede observarse en ciertos estados morbosos, como la clorosis y la tisis pulmonar, es el primero que llama la atención de la mujer y la induce á la idea del embarazo, tan raro es verle faltar durante este período. De aquí el precepto obstétrico: «Cuando una mujer, dice Pajot, pretende hallarse en cinta y próxima al parto, siendo sus reglas iguales en cantidad, calidad y regularidad á como son de ordinario, el primer pensamiento del tocólogo debe ser que no existe embarazo».

El doctor Porak acaba de descubrir un nuevo signo de probabilidad de la preñez: cuando en una mujer en cinta se rascan con las uñas ciertas regiones de la piel, en particular los muslos y el bajo vientre, determínase una anemia local por la excitación de los nervios vaso-motores que contraen los vasos capilares; en toda la región excitada se produce entonces una raya blanca más ó menos persistente. Puede observarse este fenómeno en ciertos estados febriles, como en la fiebre tifoidea; pero es raro en las personas sanas, fuera del embarazo.

Los *signos de certidumbre* son en número de tres: 1.°, el peloteo; 2.°, los movimientos activos del feto; 3.°, los ruidos del corazón fetal.

Compruébase el peloteo comunicando un ligero impulso al cuello uterino por medio del índice introducido en la vagina. Nótase en seguida un cuerpo movible que cambia de lugar y

vuelve poco después á su punto de partida. El choque de retorno, que entonces percibe el pulpejo digital, se ha comparado con el que se experimenta rechazando con el dedo un trozo de hielo sumergido en un vaso de agua. La inmensa mayoría de los comadrones sólo consideran el peloteo como un signo de semicertidumbre.

Para comprobar los movimientos activos del feto basta colocar ambas manos en el vientre de la mujer. Si tardan en producirse, pueden provocarse poniendo un cuerpo frío en contacto con la pared abdominal. Generalmente no se notan estos movimientos hasta los cuatro meses y medio, á la mitad del embarazo.



Fig. 203.—Estetoscopio.

Sólo hacia la misma época puede un oído ejercitado percibir claramente los ruidos del corazón fetal; el *estetoscopio* (figura 203) puede facilitar su investigación. El doctor Routh pretende oirlos desde las primeras semanas del embarazo por medio de su instrumento, el *vaginoscopio*, que coloca inmediatamente sobre el cuello del útero.

Las pulsaciones cardíacas del feto se reproducen, término medio, 140 veces por minuto, al paso que el pulso de la madre no late más que 72 veces en el mismo tiempo. Se han comparado con el tictac de una péndola que no estuviera á nivel ó con el de un reloj envuelto en ropa. El sitio de estos ruidos varía según la posición del feto; en la presentación ordinaria de vértice se oye el súmmum de su intensidad por bajo del ombligo y á la izquierda; en el caso de presentación de nalgas, su máximum se localiza por encima del ombligo.

Si la concepción es gemelar, no hay que decir que se notarán tantos ruidos cardíacos como fetos existan, pero no siempre es fácil esta investigación.

Aunque el comprobarse los ruidos del corazón sea un signo cierto de que la mujer está en cinta, su falta no permite negar el embarazo ni aun la vida del feto.

No hay, pues, más que dos signos de certidumbre absoluta de la preñez: los ruidos del corazón fetal y los movimientos activos de la criatura percibidos por el comadrón, y estos signos no pueden notarse sino hacia la mitad del embarazo. En general estos signos son fáciles de comprobar, pero en algunos casos es tal la dificultad del diagnóstico, que ha hecho cometer graves errores á los más experimentados prácticos. «He visto, dice el profesor Pajot, un embarazo de cuatro meses tomado por un absceso, y abierto con el bisturí introducido en la vagina por uno de mis antiguos maestros, de los más instruídos y venerados. Todo el mundo sabe la historia de un útero grávido de ocho meses puncionado en un gran hospital.»

Higiene del embarazo.—La mujer en cinta debe observar ciertos preceptos higiénicos para precaver el aborto, conservar su salud y mejorar la constitución de la criatura. «En la naturaleza, dijo Hipócrates, el hijo se identifica de tal modo con la vida de su madre, que la salud de la una produce la salud del otro.»

Régimen alimenticio.—El régimen alimenticio merece especialísima atención, porque ejerce en el feto una acción de las más manifiestas. Así, en los casos de estrechez de la pelvis, se llega á disminuir el volumen del feto, y por consiguiente á hacer más fácil su salida en el momento del parto, sometiendo á la madre durante todo el embarazo á una dieta severísima. Hoffman señaló una epidemia de abortos durante el sitio de Leyde, y Nœgelé ha hecho la misma observación respecto del hambre de 1816. El sitio de París, en 1870, produjo idénticos resultados. Conociendo la Iglesia los malos efectos de la abstinencia sobre el embarazo, dispensa del ayuno á la mujer en cinta como á los enfermos.

Nada debe alterarse en el régimen de la mujer en estado interesante. Sólo deberá privarse de las sustancias indigestas ó dañinas y de los manjares por los que experimente repugnancia. Según el precepto de Hipócrates, es preciso dejar á las mu-

jeres que tomen lo que les conviene: *quod sapit nutrit* (lo que bien sabe, alimenta).

Es de rigor una gran sobriedad, sobre todo al principio del embarazo, en contra de la creencia de que una mujer en cinta debe comer por dos.

Aire.—El aire, el *pabulum vitæ* (alimento de la vida), como lo llamaban los antiguos, es indispensable á todo el mundo, y en particular á las mujeres embarazadas. Sobre todo, deberán evitar, por temor á un síncope y hasta el aborto, los lugares en que el aire está viciado, ora por una excesiva aglomeración de individuos, como los bailes y los teatros (1), ora por emanaciones deletéreas, tales como los gases que se desprenden del carbón incandescente. Mauriceau cita el caso de una planchadora que tuvo un aborto por haber conservado en su alcoba una estufilla encendida. Deben abandonarse las profesiones que exponen á los polvos de los compuestos de plomo ó á los vapores del sulfuro de carbono.

No es menos útil para la criatura la respiración de un aire puro; por eso la suspensión momentánea de esta importante función provoca en el feto movimientos desordenados, que son indicio de cierto malestar. Hasta es un medio propuesto por Jacquemier para solicitar los movimientos fetales tardos en producirse. «Los niños más hermosos nacen en el seno de las campiñas, dice Munaret, por la misma razón que los árboles al aire libre producen frutos menos precoces, pero más grandes, más coloreados que los que languidecen bajo los vidrios de una estufa enervante.» De todas las flores, ha escrito por otra parte Michelet, la flor humana es la que más necesita del sol.

Ejercicio.—El ejercicio, sobre todo al aire libre, es muy útil á la mujer en cinta. Esta deberá evitar con cuidado todo choque ó movimiento violento que comunique al cuerpo una con-

(1) El hombre, dijo J.-J. Rousseau, es el menos apto de todos los animales para vivir en rebaños. Hombres hacinados como carneros perecerían todos en poco tiempo. El aliento del hombre es mortal para sus semejantes.

moción demasiado considerable, tales como la equitación, el baile, la carrera, los paseos en un carruaje mal suspendido ó por caminos ásperos. No habría de imitarse, pues, á Juana de Albret, que hacia el fin de su noveno mes emprendió un viaje de quince días para ir de Compiègne á Pau, á parir de Enrique IV. También la reina de Polonia, hacia el fin de su embarazo, acompañaba en los campamentos á su marido, el rey Sobieski.

En efecto, nada es más fatal que la preocupación que recomienda á las mujeres un exceso de ejercicio en los últimos meses de su preñez para facilitar el parto; Liebaut llegaba hasta aconsejar un viaje en coche ó un paseo en un caballo trotón. Verdad es que el embarazo puede seguir su curso regular no obstante las más violentas sacudidas. Así, Cazeaux cita una mujer que se arrojó de un tercer piso y parió de todo tiempo un niño vivo. Es conocido el proceso de la señora Lemoine, quien para hacer abortar á su hija, en cinta de su cochero, Juan Fetis, la hizo dar saltos hacia abajo desde bastante altura sin conseguir resultado y quemó al niño nacido de término. Un médico amigo nuestro parteó á una joven soltera que había logrado engañar, respecto de su embarazo, á sus padres y á uno de los homeópatas más acreditados de París. Este había atribuído la supresión de las reglas, el desarrollo del vientre y el de las mamas á la cloro-anemia, y prescribió por único tratamiento la equitación. La joven hizo un verdadero abuso de este ejercicio con la esperanza de abortar, pero en contra de sus deseos, y á pesar de las sacudidas de la equitación, el embarazo llegó á su término.

En ciertas mujeres, por el contrario, la más débil conmoción moral ó física es con frecuencia causa de aborto; por eso no debe hacerse ninguna operación á una embarazada, ni aun la extracción de un diente, á menos de extrema urgencia. Baudelocque nos manifiesta en el *Arte de los partos* que, después de la explosión del polvorín de Grenelle, fué llamado por sesenta y dos mujeres en peligro y en estado de abortar.

Algunas veces nos vemos obligados á condenar á un reposo absoluto á la mujer en cinta que ha tenido ya un mal parto.

Pero, aparte de este caso excepcional, durante el embarazo no perjudica menos una vida demasiado sedentaria que el ejercicio prolongado hasta la fatiga. A esta última influencia, y no á la del aire demasiado vivo, como quiere Saucerotte, es preciso atribuir la frecuencia del aborto en las mujeres de la cima de los Vosgos.

También es muy dañoso para la mujer en cinta ponerse de rodillas, porque en esta posición el huevo sufre una compresión lateral más ó menos enérgica, resultante de la tensión exagerada de los músculos psoas-ilíacos (fig. 11).

Vestidos.—Los vestidos no deben poner trabas al libre desarrollo del vientre y de las mamas. Es decir, que las mujeres en cinta dejarán á un lado los vestidos ajustados y los cuerpos corazas, tan en boga en nuestra época. «Cierren los oídos, dice Prudhón, á las exigencias tiránicas de esa remilgada que llaman Moda.» Una joven soltera, citada por Baudelocque, tuvo una hemorragia uterina fulminante al apretarse el talle desmesuradamente para disimular su preñez. En efecto, un corsé demasiado estrecho rechaza el hígado hacia los intestinos y se opone á la ampliación de la matriz; además tiene el inconveniente de comprimir los pezones, lo cual puede ser más tarde un obstáculo para la lactancia. Además, comprimiendo con fuerza el talle, el corsé rechaza el estómago y dificulta la digestión. Sœmmering vió un estómago dividido en dos compartimentos por el uso abusivo de este objeto de tocado.

Los antiguos observaban acerca de este punto mejor que nosotros las leyes de la higiene; así, la palabra *en cinta*, que significa en latín *sin cinturón*, proviene del hábito que tenían las romanas de desterrar desde el principio de su embarazo la *fascia mamillaris*, especie de venda de lana con que se apretaban el talle por debajo de los pechos, como en tiempo del Directorio. Licurgo obligaba también á las mujeres en cinta á llevar vestidos anchos. Este es el consejo que da Sacombe:

Quisiera yo que siempre las mujeres
en cinta usaran amplias vestiduras,
cual entre los hebreos los Levitas [1].

También podrían seguir el ejemplo de la señora de Montespán, quien para disimular sus embarazos adoptó aquellas faldas con cogidos en las caderas, de donde surgió más tarde la idea de los tontillos y miriñaques.

Sin ir tan lejos como José II de Austria, que proscribió el uso del corsé en sus Estados, no vemos ningún inconveniente en que la mujer en cinta lleve un semicorsé poco apretado, ó tirantes que alivien las caderas y hagan que los hombros soporten el peso de las faldas. Como la prominencia de estas últimas expone las partes inferiores á la impresión del frío, se remediará este inconveniente con un pantalón de hilo ó de lana, según la estación.

Hacia el fin del embarazo se podrá sostener el vientre por medio de un *cinturón abdominal* elástico.

Por último, deberá rechazarse el uso de ligas demasiado apretadas, que dificultan la circulación de retorno, así como el del calzado de tacones altos, que expone á los pasos en falso, y por consiguiente á conmociones más ó menos considerables del huevo. Ya Mauriceau criticaba en su tiempo el empleo de los tacones elevados: «las mujeres preñadas, decía, deben llevar tacones bajos y de ancha base». A propósito de esta moda peligrosa hízose el cantar siguiente:

Son tan altas nuestras damas
que, para ser buenas mozas,
veinticuatro suelas se hacen
poner en sus lindas botas [2].

(1) Je voudrais qu'une femme enceinte eût de tout temps
Des vêtements légers, autour du corps flottants,
Tels que chez les Hébreux en portaient les Lévites.

(2) Nos mignonnes sont si très hautes,
Que pour sembler grandes et belles,
Elles portent pantoufles hautes
A vingt et quatre semelles.

Baños.—Pueden tomarse baños de limpieza durante el embarazo sin inconveniente, con tal de que no sean ni demasiado fríos, ni en exceso calientes (33° próximamente), ni muy prolongados (veinte minutos de duración). Sin embargo, será más prudente abstenerse de ellos durante los dos ó tres primeros meses, sobre todo si la mujer está predispuesta á los abortos.

También son muy favorables los baños de mar, á condición de no entregarse á los ejercicios de nadar. Tampoco la hidroterapia presenta inconvenientes. Pero las inyecciones vaginales, los baños de asiento y los pediluvios calientes deben proscribirse. Y sin embargo, ¡cuántas jóvenes solteras culpables, con la esperanza de ocultar su falta, han recurrido á este último medio, pero sin éxito!

En cuanto á las lavativas, puede hacerse uso diario de ellas. Hasta son muy ventajosas en el embarazo, de creer al autor de la *Luciniada:*

Las lavativas son sanas,
y que se den aconsejo
á toda mujer en cinta:
tal es de Albino el precepto
contra esos hijos de Eolo,
en toda ocasión molestos,
importunos habitantes
de impuro lugar secreto
(del que sin cesar se expulsan
á fuerza de golpes de émbolo),
del estado de preñez
como enemigos resueltos (1).

Relaciones sexuales.—Las sacudidas que un coito demasiado impetuoso ó repetido comunica al útero, cargado con el pro-

(1) Les lavements sont sains, je consens qu'on les donne
A toute femme enceinte, Albinus les ordonne
Contre ces fils d'Éole, abhorrés en tout temps,
Et d'un impur séjour importuns habitans,
Qu'à grands coups de piston, il faut chasser sans cesse,
Comme ennemis jurés de l'état de grossesse.

ducto de la concepción, determinan con frecuencia el aborto. Tal es la causa más frecuente de los malos partos en las recién casadas y en las mujeres públicas.

Entre los animales, la hembra huye instintivamente de la aproximación del macho durante todo el curso de la gestación. «Las bestias preñadas, dice Rabelais, no consienten jamás que el macho ejerza de tal.» Pero no sucede lo mismo en la especie humana. «Una mujer, escribe Joubert, siempre tiene amistosa composición, y en todo tiempo se halla presta á cumplir bien, aun cuando estuviera preñada hasta la boca.» Así, cuando se preguntaba á Julia, hija de Augusto, por qué sus hijos se parecían á Agrippa, no obstante las numerosas infidelidades de ella, contestaba que *no admitía pasajeros en su barca sino cuando estaba llena.*

Diga lo que quiera Dionis, quien tuvo veinte hijos y se gloriaba de no haber descuidado un sólo instante sus deberes conyugales, bueno será no entregarse al coito durante el embarazo sino con la mayor moderación; el poeta lo ha dicho:

Un buen consejo, esposas, debo daros:
en cinta, no vayáis á Citerea
para lograr de amor los frutos caros;
vuestro amoroso ardor calmado sea.
Al fuego que encerráis otro le apaga,
y la obra del amor amor destroza;
de Venus la barquilla al fin naufraga,
si entre las ondas del amor retoza [1].

Los Padres de la Iglesia recomendaban la continencia al principio y al fin del embarazo. Y tenían razón, «porque, dice Galeno, el fruto se desprende con la mayor facilidad cuando está más tierno y más maduro». Pero el comercio carnal es pe-

(1) Épouses, je vous dois un conseil salutaire,
Quand vous aurez conçu n'allez pas à Cythère.
Pour conserver le fruit de vos chastes plaisirs,
Réprimez désormais vos amoureux désirs;
Au feu qui vit en vous un autre feu peut nuire,
Et ce qu'amour a fait, amour peut le détruire.
La nacelle à Vénus, sur les flots amoureux,
Peut souvent rencontrer des écueils dangereux.

ligroso principalmente en los dos ó tres primeros meses. «Esto es, según la comparación de Raulín, remover la tierra cuando está sembrada y comienza á germinar el trigo.»

La continencia durante todo el transcurso del embarazo es de rigor en la mujer expuesta á los malos partos.

Preparación de los pechos.—Si la mujer que quiere lactar tiene un pezón muy pequeño ó demasiado hundido, será útil conformarle en el último mes del embarazo con succiones diarias ó la ayuda de diversos aparatos (figs. 204 y 205) destina-



FIG. 204.—Saca-pezón, de cautchuc, de Mathieu.

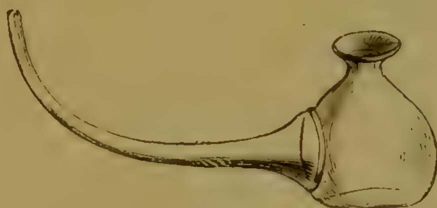


FIG. 205.—Pipeta de vidrio ó pezonera de Ambrosio Pareo.

dos á este uso. En todos casos dense lociones frecuentes en los pezones con vino puro ó aguardiente, á fin de precaver las grietas producidas por el amamantamiento.

ARTÍCULO II

DEL EMBARAZO ANORMAL

Puede suceder, excepcionalmente, que el huevo fecundado se desarrolle fuera de la matriz y dé origen á una preñez *ectópica* ó *extrauterina*. Entonces se detiene en la trompa (fig. 64) ó cae al fondo del abdomen. En el primer caso la preñez se llama *tubaria* y en el segundo *abdominal*. Se ha descrito también una preñez ovárica, pero no la admiten todos los autores.

Si la preñez es tubaria, el huevo no se desarrolla generalmente más allá del tercer mes: en esta época se rompen sus

cubiertas por sí mismas y provocan una peritonitis mortal.

Menos grave es el pronóstico de la preñez extrauterina abdominal. De ordinario alcanza el término normal, y en este momento establécese un trabajo como de parto, que dura tres ó cuatro días y se reproduce varias veces. El feto entonces deja de vivir, se momifica, se enquista y puede permanecer en la cavidad abdominal veinte, treinta años y más sin producir accidentes. Algunas veces persiste la menstruación, y no es raro ver sobrevenir un nuevo embarazo, que termina normalmente; pero, con la mayor frecuencia, cesan las reglas, establécese en definitiva la secreción láctea y cada nueve meses experimenta la mujer durante algunos días un verdadero trabajo de parto, que sólo produce estériles dolores. Nicolás Blegny publicó en 1679 un opúsculo titulado: *Historia anatómica de un hijo que permaneció veinticinco años en el vientre de su madre, con reflexiones que explican todos los fenómenos.* Hemos copiado igualmente en el Padre Lachaise el epitafio siguiente:

AQUÍ YACE

LA SEÑORA MARÍA MAGDALENA MILCENT,
ESPOSA DEL SEÑOR ESTEBAN FOURNIER,
FALLECIDA EL 10 DE MARZO DE 1824,
DE TREINTA Y OCHO AÑOS DE EDAD.

FUÉ MODELO DE ESPOSAS
Y LA MÁS SINCERA DE LAS AMIGAS.
ACELERARON SU MUERTE LARGOS SUFRIMIENTOS
QUE SOPORTÓ CON VALOR.
SU DULZURA Y SU BONDAD LA HICIERON QUERER
DE TODOS LOS DESGRACIADOS.

LLEVÓ EN SU SENO
UN NIÑO DOCE MESES VIVO Y SIETE AÑOS MUERTO,
COMO LO COMPROBARON DESPUÉS DE SU DEFUNCIÓN
LOS DOCTORES DUBOIS Y BELIVIER,
SUS MÉDICOS, QUE EXTRAJERON ESTE NIÑO
BIEN CONFORMADO Y PERFECTAMENTE CONSERVADO.

DESCANSA EN PAZ, SOMBRA QUERIDA,
LAS LÁGRIMAS DE TU ESPOSO Y LAS DE TU FAMILIA
CAERÁN SOBRE TU TUMBA HASTA EL MOMENTO
EN QUE VENGAN Á REUNIRSE CONTIGO.

El producto de la concepción determina otras veces un absceso que se vacia, ora á través de la pared abdominal, ora por el intestino grueso y aun por la vagina. El feto momificado se pone entonces en contacto con el aire, se pudre y se elimina en colgajos.

Hacia el noveno mes, cuando todavía está vivo el feto, puede intentarse extraerlo por la gastrotomía (de γαστὴρ, abdomen, y τομή, corte), es decir, abriendo el vientre de la madre; pero, si no da señal alguna de vida, lo mejor es abandonar su expulsión á la naturaleza.

Las causas de la preñez extrauterina comprenden todas las que se oponen á la emigración del huevo hacia la cavidad uterina.

También se ha designado como causa de las preñeces extrauterinas una emoción violenta en el momento del coito. Bellivier cita un ejemplo de esto en una mujer á quien asustó una piedra lanzada á su alcoba durante el acto venéreo. Baudelocque habla de otro caso análogo en una mujer sorprendida con su amante por su marido. Pero no puede admitirse esta influencia moral, considerando que el encuentro del óvulo con el esperma no se verifica hasta unos diez días después de la cópula; trátase, pues, en estos ejemplos, de simples coincidencias.

ARTÍCULO III

DE LAS PREÑECES FALSAS

Numerosas enfermedades pueden confundirse con el embarazo. Tales son: la retención de las reglas, por efecto de no estar perforado el cuello de la matriz ó el himen; los pólipos y tumores fibrosos del útero (fig. 122); los quistes del ovario (figura 127); la hipertrofia de la matriz; las *molas*, resultantes de la alteración del germen; la timpanitis abdominal, por influjo de la clorosis ó del histerismo; por último, el *fisómetra* (de φῦσα, viento, y μήτρα, matriz) ó distensión del útero por gases que, las más de las veces, provienen de la descomposición de algunos coágulos menstruales. «Hay mujeres, dice Mauriceau,

que expelen vientos de la matriz con tanto ruido como si fueran del ano, lo que, sin embargo, no les produce más incomodidad que la indecencia de este ruido extraordinario.»

En la mayoría de estas enfermedades, con frecuencia piensan las mujeres hallarse en cinta; según hemos dicho, toman las contracciones espasmódicas de los intestinos ó de los músculos abdominales por los movimientos del feto.

Estas preñeces imaginarias, que también se observan en los animales, terminan á veces por un falso parto muy laborioso. Tardieu publicó la observación de una mujer que, á consecuencia de un error semejante, tomaba los borborigmos del intestino por los vahídos de su niño; cada nueve meses le parecía sentir los dolores de parto. Russel cita una mujer en quien los principales síntomas del embarazo (supresión de las reglas, desarrollo del vientre, plenitud de leche en los pechos, movimientos fetales) desaparecían, produciendo un derrame, cada nueve meses durante veinte años. Sábese que la reina María de Inglaterra tuvo también un embarazo ilusorio y que creía percibir los movimientos del feto.

En fin, el embarazo se ha simulado con ayuda de un vientre postizo, ya por mendigas para inspirar más compasión, ya por influjo de la enajenación mental, ya por el instinto de mentir, «que, según Tardieu, es propio de tantos individuos del sexo femenino». En estas supercherías, los movimientos fetales se imitan por contracciones voluntarias de los músculos abdominales. Contrayendo estos músculos es como aquella «gran zorra de Normandía», de que habla A. Pareo, hacía sentir á las señoras y señoritas, á quienes pedía limosna, el movimiento de una serpiente que fingía tener en el vientre y «que la roía y atormentaba día y noche».

Hay mujeres que llegan á fingir á veces el trabajo del parto. Así, Velpeau publicó la observación de una joven que, rellenándose la vagina con trapos, llegó á simular un alumbramiento completo, después de haber dicho que estaba en cinta durante cerca de tres años. Ambrosio Pareo cita, como ejemplo de ilusión diabólica, el de una joven que «publicaba por todas partes que una noche la había empreñado el diablo»; tuvo, en efecto,

dolores de parto, durante los cuales salieron «del cuerpo de aquella joven clavos de hierro, trocitos de madera, vidrio, huesos, piedras y cabellos, estopas y otras muchas cosas fantásticas y extrañas».

Este género de superchería no era desconocido de los antiguos; Plauto saca á escena en el *Truculentus* á la cortesana Frenesia, que simula un parto para que se una con ella el guerrero Stratófanes.

CAPÍTULO V

DEL ALUMBRAMIENTO.

La expulsión del feto y de sus anejos al término del embarazo constituye el *parto* (de *parturire*, parir) (en francés *accouchement*, de *accubare*, meterse en la cama).

Dícese que el parto es *normal* cuando se efectúa espontáneamente, y *vicioso* si le acompañan accidentes que comprometan la vida de la madre ó del feto.

Pero puede suceder, accidentalmente, que se expulse el huevo antes de su completa madurez. Si la expulsión se verifica en los seis primeros meses de la preñez se llama *aborto* (de *aboriri*, nacer antes de tiempo) y el producto de la concepción no es viable; si se efectúa en los tres últimos meses, se dice que el parto es *prematuro*.

ARTÍCULO PRIMERO

DEL ABORTO

Signos del aborto.—Los signos precursores del aborto son la mayor parte de las veces: la hinchazón de los pechos, con salida de leche; laxitud en todos los miembros, y principalmente en lo alto de los muslos; sensación de peso en el bajo-vientre, acompañada de frecuentes deseos de orinar; hemorragia uterina más ó menos abundante; en fin, dolores intensos que persisten hasta la salida del producto de la concepción.

En los tres primeros meses del embarazo se expulsan juntos el huevo y sus anejos. Con frecuencia se encuentran en las sábanas en medio de coágulos de sangre; también muchas veces pasan inadvertidos, por efecto de su poco volumen, y en este

caso los fenómenos observados se atribuyen á un simple «flujo»; es muy frecuente este error.

A partir del tercer mes, el aborto se efectúa de ordinario en dos tiempos: primero, la eliminación del feto, y luego, la de la placenta, que siempre es más laboriosa que la primera: «La mujer que aborta, ha dicho con razón la señora Boivín, no pare más que una placenta». Lo contrario es la regla en el parto.

Causas del aborto.—El aborto es *espontáneo* ó *provocado*. Las causas del aborto *espontáneo* provienen del padre, de la madre ó del producto de la concepción. Por parte del padre encontramos la sífilis y el alcoholismo; por parte de la madre las enfermedades febriles, el cólera, la sífilis, las afecciones uterinas, las caídas ó golpes sobre el abdomen, la anemia, las conmociones morales y físicas, los abusos del coito y una especie de predisposición individual; así, Schultz ha referido el caso de una señora que abortó veintidós veces en tres meses (1). En fin, entre las causas que atañen al huevo señalaremos: la apoplejía de la placenta, la degeneración de este órgano, la hidropesía del amnios, la muerte del feto, resultante de violencias directas, de malas conformaciones incompatibles con la vida, ó una enfermedad comunicada por la madre, tal como la sífilis y la viruela.

La muerte del feto no trae necesariamente consigo el aborto inmediato, y en contra de una preocupación muy difundida, el producto de la concepción que ha cesado de vivir puede permanecer cierto tiempo en la matriz sin determinar en ella accidente alguno.

El aborto puede ser *provocado* por un médico, ora para apartar á la mujer de un peligro inminente, en los casos de vómitos incoercibles ó de hemorragias rebeldes, ora para impedir que se corran los riesgos de la embriotomía ó de la operación cesárea, al término del embarazo, por efecto de una ex-

(1) Suponemos que no sería en *tres meses*, como dice el texto (quizá por errata), sino en *tres años*; lo primero es inadmisible de todo punto.

(*N. del T.*)

cesiva estrechez de la pelvis. Se practica, lo mismo que el parto prematuro artificial, por procedimientos que luego describiremos.

La Sagrada Penitenciaría de la Santa Sede no admite en ningún caso el aborto provocado; tolera el parto prematuro artificial, pero sólo en favor de un feto viable.

Con harta frecuencia provócase el aborto con un fin criminal, siéndole aplicable el artículo 317 del Código penal, así concebido: «Cualquiera que por alimentos, brebajes, medicamentos, violencias ú otro medio, haya procurado el aborto de una mujer en cinta, ora hubiese ó no consentido ésta, será penado con reclusión. En la misma pena incurrirá la mujer que haya procurado abortar por sí misma, ó que haya consentido en usar los medios que le hayan indicado ó administrado con este objeto, si se siguiere aborto. Los médicos, cirujanos y demás facultativos sanitarios, así como los farmacéuticos, que hayan indicado ó administrado estos medios, incurrirán en la pena de cadena temporal en el caso de que el aborto se haya verificado» [1].

[1] Nuestro *Código penal*, en su lib. II, tít. VIII, cap. VI, dice así:

"Art. 425. El que de propósito causare un aborto, será castigado:

„1.º Con la pena de reclusión temporal, si ejerciere violencia en la persona de la mujer embarazada.

„2.º Con la de prisión mayor si, aunque no la ejerciere, obrare sin consentimiento de la mujer.

„3.º Con la de prisión correccional, en sus grados medio y máximo, si la mujer lo consintiera.

„Art. 426. Será castigado con prisión correccional, en sus grados mínimo y medio, el aborto ocasionado violentamente, cuando no haya habido propósito de causarlo.

„Art. 427. La mujer que causare su aborto, ó consintiere que otra persona se lo cause, será castigada con prisión correccional en sus grados medio y máximo.

„Si lo hiciere para ocultar su deshonra, incurrirá en la pena de prisión correccional en sus grados mínimo y medio.

„Art. 428. El facultativo que, abusando de su arte, causare el aborto ó cooperare á él, incurrirá en su grado máximo en las penas señaladas en el artículo 425.

„El farmacéutico que sin la debida prescripción facultativa expendiere un abortivo, incurrirá en las penas de arresto mayor y multa de 125 á 1.250 pesetas.„

(N. del T.)

En otro tiempo el aborto no traía consigo penalidad. Aristóteles lo considera en su *Política* hasta como lícito. Por otra parte, parece que las señoras romanas tenían la costumbre de hacerse abortar á fin, dice Montesquieu, de que su embarazo no las volviera desagradables á sus maridos. A esto alude Ovidio en el poema titulado *Nux,* la nuez:

Nunc uterum vitiat, quæ vult formosa videri:
Raraque in hoc ævo est, quæ velit esse parens (1).

Juvenal hace referencia á esta odiosa costumbre en los versos siguientes, traducidos por Mr. Constant Dubois:

Cuando de sus ijares, de tanto abortar rotos,
Julia expulsaba el fruto de viciosos escándalos,
retratos de su tío, espantables esbozos (2).

En nuestros días se practica públicamente el aborto en América é Inglaterra por médicos agregados á casas especiales. En Francia, no por ser clandestina la práctica del aborto es menos frecuente. Según el profesor Pajot, hasta serían más numerosos los abortos que los partos; pero es difícil hacer una estadística verdadera, en atención á que los culpables tienen interés en callar. Sólo se conocen los abortos revelados por denuncias ó por accidentes más ó menos graves; ahora bien, sólo producen al año veinte á veinticinco condenas.

Por lo común, se realizan los abortos criminales del tercero al sexto mes. «Conocemos sus preliminares, dice Tardieu. Al principio, aun duda la mujer de su embarazo; luego espera determinar, por medio de violentos ejercicios ó marchas forzadas, el aborto; luego se manifiestan signos ciertos; por fin va en busca de la comadrona ó del hombre de arte, indigno de este título, que debe «desembarazarla». Algunas veces se decide y

(1) Hoy vacia el útero la que quiere verse hermosa, y rara en esta época es la que quiere estar de parto.

(2) Quand de ses flancs brisés par tant d'avortements,
Julia rejetait les fruits de ses débauches,
Images de son oncle, effroyables ébauches.

cierra el trato; sabe, poco más ó menos, lo que debe suceder. Pero las más de las veces las explicaciones son en términos vagos: se la promete «despegar» ó «hacer que se deslice» su criatura. Habiéndose sometido al tacto varias veces, puede creer que no se trata más que de «tocar», cuando el dedo introducido en sus partes sexuales dirige el instrumento y perpetra el crimen. En efecto, con frecuencia redúcese la operación á esta extrema sencillez: la mujer está de pie, como en una exploración ordinaria, y puede obrar de buena fe cuando sostiene que la comadrona se limitó á introducir el dedo en la matriz, y que esta introducción no difirió de las precedentes sino por sus consecuencias. De aquí también la cuestión propuesta algunas veces al perito: ¿puede practicarse el aborto con la mano sola? La respuesta á esta pregunta es que, en las condiciones ordinarias, el dedo no puede introducirse en la matriz y herir al huevo; pero que puede acontecer, sin embargo, que estando muy bajo el útero y su cuello blando y entreabierto, el dedo alcance á las membranas, las desprenda ó las desgarre y baste así para provocar el aborto; sin embargo, esto sería un caso excepcional. Por lo común, la operación exige un instrumento; mas no se crea que los que practican el aborto emplean instrumentos especiales, como estiletes, sondas de dardo; semejantes instrumentos, hallados en su poder, serían demasiado comprometedores; sírvense, por el contrario, de instrumentos más sencillos, de una aguja para hacer calceta, de hierro ó de madera, de un mango de pluma, de una varita; una matrona empleaba la varilla de una cortina, que luego se apresuraba á colocar de nuevo en su sitio. Algunas veces, sin embargo, el procedimiento es más quirúrgico: el spéculum ilumina el camino y abre paso á un estilete ó una sonda, ó bien ha habido la precaución de dar una inyección en el útero ó de dilatar el cuello colocando en él una esponja preparada. Pero entonces se trata de individuos más ilustrados, que no dejarán de dar algunos pretextos falsos para sus maniobras y proporcionar explicaciones tomadas de los preceptos del arte.»

Las sustancias *emenagogas* que pasan por provocar las reglas, como la artemisa, el ajenjo, el azafrán, el cornezuelo de cente-

no, la sabina y la ruda, se emplean con frecuencia para provocar el aborto. Pero estas plantas nunca produjeron el efecto apetecido, á menos de absorberse en dosis tóxica, y en este caso obran al modo de los venenos. «Aun dosis muy considerables y repetidas mucho tiempo, dice Gubler, han quedado á veces sin resultado. Foderé habla de una mujer que para abortar tomó cada mañana, durante veinte días, un centenar de gotas de aceite volátil de sabina y parió un niño vivo de todo tiempo.» Marión Delorme, según uno de sus biógrafos, murió de treinta y nueve años por haber tomado una dosis demasiado grande de antimonio para abortar.

ARTÍCULO II

DEL PARTO PREMATURO

Signos y causas del parto prematuro.—El parto prematuro se distingue del aborto por muchos caracteres: primero, se efectúa en los tres últimos meses del embarazo y el feto nace viable; después, la expulsión del feto es más laboriosa que la de la placenta, y la hemorragia, siendo relativamente menos abundante, termina el trabajo en lugar de precederlo. En cuanto á



FIG. 206.—Trócar para la punción del huevo.

los demás síntomas, no difieren sensiblemente de los del alumbramiento normal.

El parto prematuro puede ser, como el aborto, *espontáneo* ó *provocado*. Aparte de la exagerada distensión del útero, que determina prematuramente la ruptura de las membranas y explica por qué rara vez llegan á término los embarazos gemelares, todas las demás causas del parto prematuro, ya sea accidental ó voluntario, son las del aborto.

Medios de provocar el parto.—Los procedimientos más usuales entre los hombres del arte para provocar las contracciones uterinas del parto son:



FIG. 207.—Cono de esponja preparada.

1.° La punción del huevo con un trócar curvo (fig. 206).

2.° El taponamiento vaginal con ayuda de torundas de hilas, que excitan el cuello y por consiguiente hacen contraer el cuerpo del útero.

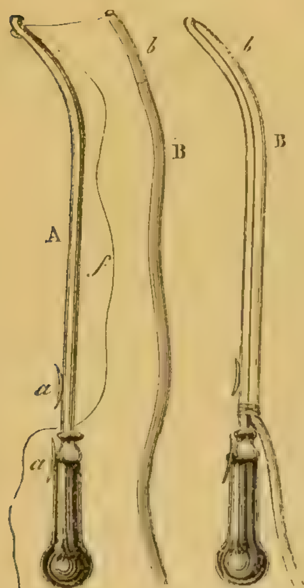


FIG. 208. FIG. 209.

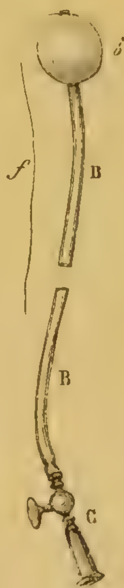


FIG. 210.



FIG. 211.

Dilatador intrauterino de Tarnier.

A. Conductor.—B. Tubo de cautchuc.—C. Cubo con llave, destinado á recibir la cánula de una jeringa de inyecciones.—*a*, *a*. Resortes que sirven para detener el hilo.—*b*. Extremidad dilatable del tubo de cautchuc.—*f*. Hilo destinado á fijar el tubo al conductor.

3.° Las duchas de agua caliente dirigidas al hocico de

tenca y practicadas con un irrigador Eguisier de grandes dimensiones.

4.° La dilatación mecánica del cuello, obtenida por la introducción en su cavidad de un cono de esponja preparada (figura 207), que bajo la influencia de la humedad ambiente aumenta mucho de volumen.

5.° El desprendimiento de la parte inferior del huevo por medio de una sonda elástica, ó mejor con ayuda del *dilatador uterino* de Tarnier (figs. 208, 209 y 210). Este aparato se compone de un tubo de cautchuc cerrado por uno de sus extremos, y se dirige con un conductor á la cavidad uterina. Inyectando agua tibia por el extremo libre de este tubo, la parte introducida en el cuello se dilata (fig. 211) y despega poco á poco las membranas del segmento inferior del huevo.

ARTÍCULO III

DEL PARTO NORMAL

Epoca del parto.—La expulsión del feto se efectúa de ordinario hacia el fin del noveno mes; pero, según ciertas circunstancias, puede verificarse antes ó después de esta época: en el primer caso el parto se llama *prematuro*, y en el segundo *tardío*.

Sabemos que, para evitar cualquiera causa de error, la ley ha establecido el límite de los nacimientos tardíos en el tricentésimo día, ó décimo mes, y el de los nacimientos precoces en el cientooctogésimo día, ó sexto mes.

He aquí los términos del artículo 312 del Código civil, relativo á este asunto:

«El niño concebido durante el matrimonio tiene por padre al marido. Sin embargo, éste podrá rechazar la paternidad si prueba que durante el tiempo transcurrido entre los trescientos y los ciento ochenta días antes del nacimiento de este niño estaba en la imposibilidad física de cohabitar con su mujer, ya por causa de ausencia, ya por efecto de cualquier accidente» [1].

[1] Véase en la página 336, *notas*, el texto correspondiente á nuestro *Código civil*, art. 108 y art. 111. *(N. del T.)*

Causas del parto.—En todos tiempos se ha tratado de explicar las causas que solicitan la expulsión del feto en una época determinada. Pitágoras invocó el poder de los números impares sobre el destino humano. Hipócrates hizo intervenir la voluntad del feto que, apremiado por la insuficiencia de alimentos, desgarraría él mismo sus cubiertas, como el pollo el cascarón, y saldría de su estrecha prisión, tomando impulso con los pies en el fondo de la matriz. Buffón pensaba que, al cabo de nueve meses, la placenta se separaba del útero á la manera de un fruto llegado á la madurez, desprendiéndose del árbol que le lleva.

Otras muchas explicaciones se han dado, pero ninguna nos parece justificada. Aun desconocemos las verdaderas causas determinantes del parto, y es muy probable que durante mucho tiempo habrá que decir todavía con Avicena: «En el tiempo fijado se verifica el parto por la gracia de Dios».

De los dolores de parto.—De todas las funciones de la economía, la única dolorosa es el parto. Esta excepción, si creemos á Moisés, sería consecuencia del pecado original: «Multiplicaré tus miserias y tus concepciones, dice el *Génesis;* parirás con dolor y estarás bajo el poder del hombre y tendrá dominio sobre ti». Sin embargo, los dolores del parto no son exclusivos de la especie humana; las hembras de los animales también están sujetas á ellos.

Gratas sensaciones acompañan, en todos los seres animados, al coito, preludio de la generación; mientras que el último de sus actos, el alumbramiento, se realiza en medio de los más vivos dolores.

A esta curiosa particularidad alude el siguiente pasaje de *El Aturdido*, de Molière:

Las deudas hoy día,
por mucho que mires,
son como los hijos
que alegre concibes,
y luego se paren
con dolor horrible.

¡Cuán inmenso el goce
al coger monises!
Mas, cuando es llegado
el término límite,
y hay que devolverlos,
¡qué dolor aflige! (1).

Causa de los dolores.—Los dolores del alumbramiento se deben á las contracciones musculares del útero, y puede fácilmente convencerse de ello poniendo las manos en el vientre de una parturiente; nótase entonces que, mientras dura el dolor y unos veinte segundos más, se endurecen las paredes uterinas y presentan al tacto una resistencia análoga á la del biceps cuando se contrae. Estos dolores son intermitentes, como las contracciones de la matriz que los provocan, y los intervalos se aproximan cada vez más á medida que el parto toca á su fin. Así, los primeros dolores sucédense de cuarto en cuarto de hora y los últimos se reproducen de minuto en minuto.

Duración é intensidad de los dolores.—La duración de cada dolor es, por término medio, de cuarenta segundos, y su intensidad aumenta con los progresos del parto. Los términos que los comadrones tienen costumbre de aplicarles pintan bastante bien el carácter de estos sufrimientos; por orden sucesivo, son: primero, las *moscas;* después, los *preparadores;* en seguida los *expulsivos*, y en el último período los *quebrantadores* ó *concuasantes* (de *cum*, con, y *quassare*, quebrantar). Por lo común se designan con los nombres de *mal de riñones*, *cólicos*, *retortijones* ó *bocanadas*. Los dolores que se sienten en los lomos son más penosos que los del abdomen; entonces se dice que la mujer pare «por los riñones».

En general los dolores de parto son muy vivos, y su agudeza

(1) Les dettes aujourd'hui, quelque soin qu'on emploie,
Sont comme les enfants, que l'on conçoit en joie,
Et dont avecque peine on fait l'accouchement.
L'argent dans notre bourse entre agréablement;
Mais le terme venu que nous devons le rendre,
C'est lorsque les douleurs commencent à nous prendre.

es tal que con la mayor frecuencia hacen pensar en la muerte; pero una vez terminado el alumbramiento, en seguida se olvidan los pasados sufrimientos; de aquí el dicho vulgar: *Lindo mal es, que en cuanto termina se ríe de él.* Y es una felicidad que así suceda, pues sin eso, las mujeres que han pasado por la primera prueba rehusarían intentar la segunda, lo cual ya sabemos que no es el caso ordinario. Estos sufrimientos, dice Jacobo Duval, «habían de ser tres y cuatro veces más crueles, y no obstante esto, no se guardarían de ello las señoras y señoritas; tan ávidas y regocijadas se manifiestan del placer por el cual se llega á tal punto».

Los dolores varían de intensidad según las mujeres. Las hay que no exhalan un quejido y «se comen los dolores»; otras paren durante el sueño ó andando. Una mujer originaria del Canadá, citada por Tarnier, decía tener la costumbre de *sembrar* sus hijos sin notarlo. Algunas, según el doctor Lory, experimentan cierto placer al parir. Sábese que Enrique de Albret hizo cantar á su hija, cuando dió á luz del «mejor de los reyes», el cántico bearnés de *Nuestra Señora del extremo del Puente*, á fin de que su vástago no fuera «llorón ni huraño». Con bastante frecuencia las mujeres no experimentan más sensación que una apremiante necesidad de ir al sillico. Este engaño es muy invocado por las criminales que voluntariamente arrojan á su hijo por el conducto del retrete; pero el examen de la cabeza del recién nacido indica, por la falta ó la presencia de un abultamiento sanguíneo en la parte que primero entró en la excavación de la pelvis, si el parto fué rápido ó laborioso, y por consiguiente si puede atribuirse la muerte del feto á un error de sensación ó á un infanticidio.

En ciertos casos, los dolores son lo bastante agudos para determinar una especie de locura momentánea, que induce á las parturientes á injuriar á los que las rodean, á decir palabras obscenas [1] ó á cometer actos extravagantes y hasta violentos.

[1] Hemos parteado á una señora de buena familia, quien no cesaba de repetir durante todo el transcurso del alumbramiento esta extraña oración: *¡Oh mi buen San Andrés, haced que no me produzca más daño para salir del que me produjo para entrar!*

La madre de Carlos V se volvió loca en uno de sus partos, y de aquí su nombre de Juana la Loca. Refiere el doctor Jërg que una negra, presa de delirio durante un parto muy laborioso, se abrió el vientre, extrajo su criatura y acabó por curar. Cazeaux cita una señora joven que se puso á cantar á toda voz el aria de *Lucía*. Sin embargo, Stoltz no admite que la excitación nerviosa resultante de un parto penoso sea suficientemente viva para determinar un acceso, ni aun pasajero, de delirio ó de locura. Tardieu es de la misma opinión: «En trescientos casos de infanticidio, dice este médico legista, no he visto uno sólo en el que una mujer hubiera sido arrebatada por un furor homicida y hubiera muerto á su hijo». El hecho siguiente, observado por Esquirol, y referido por el doctor Marcé en su *Tratado de la locura de las mujeres en cinta*, está en contradicción con el parecer de los dos sabios de quienes acabamos de hablar. Una soltera, escribe este autor, no había ocultado su preñez y encargó una canastilla. La víspera de su alumbramiento salió al público. Parió durante la noche, y al día siguiente se halló en la letrina el cuerpo del feto, mutilado á tijeretazos. Esta joven confesó su crimen y no dió testimonio alguno de pesar por ello: «*No he hecho mal*, repetía; *no pueden hacerme nada, ¿no es eso?*» ¿No tuvo esta joven un acceso de delirio? Según Bodín, una mujer de Milán fué condenada en el siglo XVI á la rueda por haberse comido á su hijo por *instigación del demonio*, decía.

Circunstancias modificadoras de los dolores. — Muchas circunstancias modifican la intensidad de los dolores. Cálmanse los de riñones, sosteniendo esta región por medio de una tohalla fuertemente tensa por dos ayudantes. Las fricciones en el vientre alivian algo los dolores abdominales, ó al menos dan paciencia á la parturiente. Pronto señalaremos el efecto de las emociones morales en la duración del parto, y por consiguiente en la de los dolores. Las oraciones, las reliquias, obran muchas veces sobre la imaginación de las personas piadosas y pueden tener una influencia favorable sobre el parto. En 1878, en el alumbramiento de S. M. la reina de España, según *La Epoca*, se expusieron en la estancia de la real parturiente un hueso de

San Juan Bautista, el peine de la Virgen María con tres de sus cabellos y una camisita de Nuestro Señor Jesucristo. También en el parto de María de Médicis, refiere la matrona Luisa Bourgeois, «las reliquias de Santa Margarita estaban sobre una mesa en la cámara, y dos religiosos de San Germán de los Prados, que oraban á Dios sin cesar... el mal duró veintidós horas». Sabido es que la emperatriz Eugenia, durante todo el transcurso del alumbramiento del príncipe imperial, en 1856, tuvo en su mano un precioso relicario prestado por Pío IX, pero no impidió que se aplicara el forceps.

Entre los antiguos ciertas sustancias pasaban por facilitar el parto, por ejemplo el díctamo, con que coronaban á Lucina. En el siglo décimoséptimo empleábase mucho el «polvo de la Reina» [1], «tanto para garantir contra los dolores que quedaban después de un parto violento como hasta para hacer el futuro parto tranquilo y menos doloroso». Imaginábase también obtener idéntico resultado colocando sobre el vientre de la parida la placenta y sus anejos en seguida de su expulsión, ó también desollando vivo un carnero negro «en la alcoba de la paciente, para envolverla los riñones y el bajo vientre con la piel caliente, espolvoreada con polvo de rosas y de mirtilos». Una piedra imán fija cerca de la ingle, los despojos de una serpiente colocados al rededor del abdomen, un cinturón hecho con piel de ante y puesto al rededor del muslo, pasaban por gozar de la propiedad de acelerar el parto. Todos estos remedios empíricos y otros muchos más aún tuvieron su momento de boga. Pero los únicos agentes realmente eficaces para disminuir y hasta suprimir los dolores son los anestésicos, como el cloroformo y el éter.

Empleo de los anestésicos en los partos.— «¡Gracias á este maravilloso descubrimiento de la anestesia, exclama Forbes con admiración, las madres de las generaciones futuras no darán á luz ya con los tormentos del parto en una cama donde con fre-

(1) Este polvo se componía de raíz de consuelda mayor, huesos de albérchigo, nueces moscadas y ámbar amarillo y gris.

cuencia no dan la vida sino con peligro de la suya, sino en medio de ensueños elíseos en un lecho de asfodelo!». El autor de la *Nemesis médica* canta, con no menor entusiasmo, las virtudes de los anestésicos:

> He aquí el dulce descanso, el éxtasis, el goce,
> el amoroso espasmo. Cuando, en grata ilusión,
> veis que alucina el éter á bella y joven madre,
> presa de las torturas que Diana presidió,
> ¡oh poder inefable de un doble y gran misterio!
> en placer infinito se torna su dolor (1).

Sin embargo, los tocólogos no recurren á los anestésicos sino en casos excepcionales (agitación excesiva, operaciones dolorosas y de larga duración), porque su empleo no está exento de peligros. Además, estas sustancias tienen otro inconveniente; producen, según ya hicimos notar, ensueños eróticos, y pueden provocar indiscreciones enojosas. «Efectivamente, dice el doctor Pinard, en algunas parturientes, tan pronto como el cloroformo comienza á alterar la inteligencia, manifiéstase una extraordinaria locuacidad, y con frecuencia, probablemente porque esa es su idea fija, hacen á las personas que las rodean las confidencias más íntimas é inesperadas. Algunas pobres solteras que observábamos declaraban en alta voz el nombre del padre de la criatura y referían la duración y naturaleza de sus relaciones.»

En la alta sociedad hay costumbre hoy día de administrar el cloroformo por el procedimiento llamado de la *Reina*, porque se empleó por vez primera, el 7 de abril de 1853, en la reina Victoria (2). Este procedimiento consiste en hacer respirar el cloroformo durante todo el curso del alumbramiento, pero sólo

(1)
> Là c'est le doux repos, l'extase, le plaisir,
> Le spasme de l'amour. Quand l'éther hallucine
> La jeune femme en proie aux tourments de Lucine,
> Oh! d'un double mystère ineffable pouvoir,
> Au moment qu'elle enfante, elle croit concevoir!

(2) La reina de Inglaterra, dice Víctor Hugo en *Los trabajadores del mar*, ha sido tachada de violar la Biblia pariendo por el cloroformo.

en el instante de las contracciones uterinas. Los tocólogos que lo emplean de esta suerte pretenden obtener una *semianestesia* suficiente, dicen, para disminuir la intensidad de los dolores y hacerlos muy soportables. Pero los fisiólogos aseguran que el cloroformo no obra como anestésico sino á condición de darlo de un modo continuo y á dosis acumulada; es, pues, probable que en el procedimiento de la Reina se ejerza principalmente su acción en lo moral de la mujer, según piensa el profesor Pajot. «La pretendida semianestesia, dice este célebre tocólogo; el cloroformo á la Reina, como lo llaman irónicamente los grandes prácticos ingleses, es una práctica tan inútil como inofensiva; no tiene nada de serio ni de científico. Podrá tomar puesto junto á los medios dilatorios propios para obrar sobre la imaginación de las mujeres y hacer ganar tiempo, cuando en un parto natural no hay necesidad de ninguna otra cosa. El cloroformo á la Reina, hoy día de moda, está destinado á suplantar á la poción de los antiguos (su confección exigía varias horas), á las medallas, novenas, aguas milagrosas, la pluma de águila en el muslo y la grasa de víbora en el vientre.»

Mecanismo del parto.—El parto comprende cuatro períodos distintos: 1.°, el de preparación; 2.°, el de dilatación del cuello; 3.°, el de expulsión del feto; 4.°, el de expulsión de los anejos. El segundo y el tercer período constituyen el *trabajo* del parto, y el último período ha recibido el nombre de *libramiento* de las secundinas.

Período de preparación.—Los síntomas precursores del parto son: el *descenso de la matriz*, que hace más libre la respiración, pero dificulta más la marcha y provoca frecuentes deseos de orinar; una *abundante secreción de viscosidades*, cuya fuente principal es el aparato glandular del cuello, y que sirven para lubrificar las vías genitales; *ligeros dolores de riñones*, que se manifiestan sobre todo por la noche y parecen depender de la desaparición del cuello.

Estos síntomas son más ó menos apreciables según que la mujer es *primípara* ó *multípara*, es decir, según se halla ó no

en su primer embarazo. Así, el descenso de la matriz, que hace decir á la mujer que «su vientre ha bajado», se observa sobre todo en la primípara; al paso que los dolores nocturnos, raros en ésta, son frecuentes en la multípara.

Período de dilatación.—El principio del parto se anuncia por la salida de viscosidades sanguinolentas que manchan la ropa blanca; dícese entonces que la mujer «marca». Al mismo tiempo experimenta dolores francamente intermitentes, que, sordos

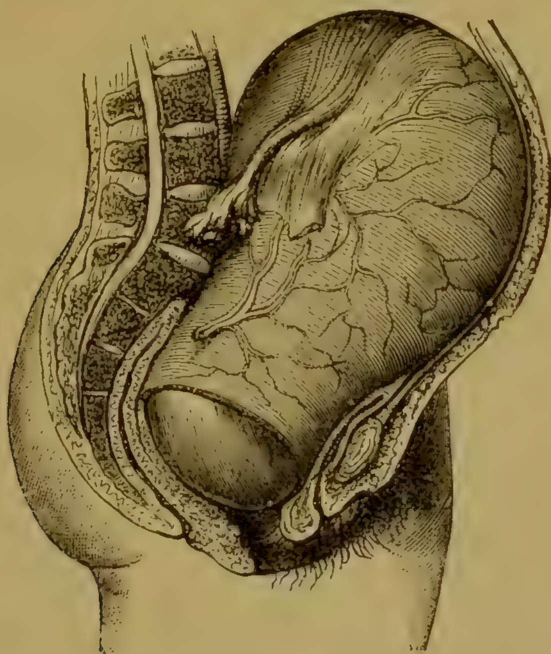


FIG. 212.—Forma de la bolsa de las aguas cuando es completa la dilatación del cuello de la matriz.

y alejados al principio, se vuelven bien pronto vivos y próximos. Estos dolores, llamados *preparadores* ó *moscas*, ya sabemos que resultan de la contracción de las paredes uterinas que comprimen al feto y le impulsan hacia el orificio del cuello. Este se dilata poco á poco y permite á las membranas del huevo introducirse en su orificio y abombarse hacia el interior de la vagina, formando un relieve más ó menos pronunciado, que se designa con el nombre de *bolsa de las aguas* (fig. 212). Esta bolsa es muy prominente siempre que la parte fetal que no

asoma no oblitere el estrecho superior (presentación de nalgas y del tronco, estrecheces de la pelvis, etc.); en estos casos reviste la forma llamada *de morcilla*, pero es poco saliente en la presentación del vértice de la cabeza, que, según pronto veremos, es la más frecuente y también la más favorable de todas; esto hacía decir á la señora Lachapelle «que no temía las aguas planas».

Cuando la dilatación del cuello es suficiente para el paso del feto, es decir, al cabo de seis ú ocho horas en las primíparas y de cuatro á seis en las multíparas, la bolsa se rompe de ordinario espontáneamente y deja escapar una onda de líquido amniótico: la mujer, dícese por lo común, «echa las aguas». Algunas veces corre el líquido desde el principio del período de dilatación, ó bien es tan corta su cantidad que no basta para hacer sensible al exterior la ruptura de la bolsa de las aguas; en uno y otro caso, el parto es más laborioso y se denomina «seco».

También puede suceder, pero más rara vez, que no se rompa la bolsa hasta la salida del feto; y si, por ejemplo, la cabeza es lo primero que se presenta, aparece en la vulva recubierta por las membranas del huevo, y hay costumbre de decir que el niño «nace cubierto». Por lo general, se cree que esta particularidad es de buen agüero para el porvenir del niño: *Esto presagia ventura*, se dice. Esta preocupación es tan poco fundada, cuanto que si el comadrón no se apresura á romper las membranas puede desprenderse prematuramente la placenta y causar accidentes graves para la madre. Así, en ciertas regiones de Francia, en Bretaña, se conserva como talismán este gorro membranoso, llamado «gorro de felicidad», y los jóvenes que lo tienen no se olvidan de llevarlo consigo el día del sorteo de quintos. Inútil es añadir que este amuleto no ejerce más influencia sobre la suerte que la cuerda del ahorcado ó los saquillos conteniendo excrementos del Gran Lama, que éste enviaba á los potentados de Asia para encadenar la fortuna. Elio Lampridio asegura que, entre los romanos, los abogados buscaban esta membrana para ganar su causa. Refiérese que la emperatriz Cesonia Celsa dió al emperador Macrino un hijo que nació «cu-

bierto». Los grandes dignatarios, viendo en este hecho el presagio de un alto destino, llamaron al joven príncipe *Diadematus*. Ahora bien, sucedió que fué proscrito y asesinado poco después de la muerte de su padre.

Período de expulsión.—Inmediatamente después de la ruptura de la bolsa de las aguas suspéndese momentáneamente el trabajo; luego la matriz «vuelta de su asombro», según la expresión de Velpeau, contráese bien pronto con creciente energía para favorecer la expulsión del feto.

Este período del parto se divide en seis tiempos, que se suceden con el orden siguiente (1):

Primer tiempo, *Flexión de la cabeza* sobre el pecho; posición que tiene la ventaja de ofrecer al paso el diámetro menor del cráneo y de inmovilizar la cabeza sobre el tronco, á fin de hacer más eficaces los esfuerzos de la matriz.

Segundo tiempo, *Introducción y descenso de la cabeza* por la vagina hasta el periné.

Tercer tiempo, *Rotación del occipucio* bajo la sínfisis del pubis de la madre, de tal suerte que el diámetro mayor de la cabeza del feto corresponda al diámetro mayor del estrecho inferior.

Cuarto tiempo, *Desprendimiento de la cabeza* por extensión progresiva (fig. 213), apoyándose la nuca contra la sínfisis del pubis materno.

Quinto tiempo, *Rotación exterior de la cabeza é interior de los hombros*, que dirige el occipucio hacia el muslo izquierdo de la mujer y el hombro derecho bajo la sínfisis del pubis, de modo que el diámetro mayor del tronco se adapta á su vez al del estrecho inferior.

Sexto tiempo, *Desprendimiento del tronco y del resto del feto*, comenzando por el hombro izquierdo, que está situado hacia atrás.

Durante el período expulsivo se hacen cada vez más fre-

(1) Supondremos la presentación más común, es decir, la de la cabeza, con el occipucio mirando al costado izquierdo de la madre.

cuentes y vivos los dolores; van acompañados de esfuerzos considerables, que impulsan á la mujer á «apretar» á pesar suyo, y le arrancan gritos agudos, que se han comparado con los de las plañideras. En cuanto á los últimos dolores que ocasiona el paso del feto á través del orificio vulvar, ya hemos dicho que para expresar su agudeza los comadrones los han designado con el significativo término de *quebrantadores* (*conquassantes*). «Es, dice Michelet, un grito inaudito, que no es de este mun-

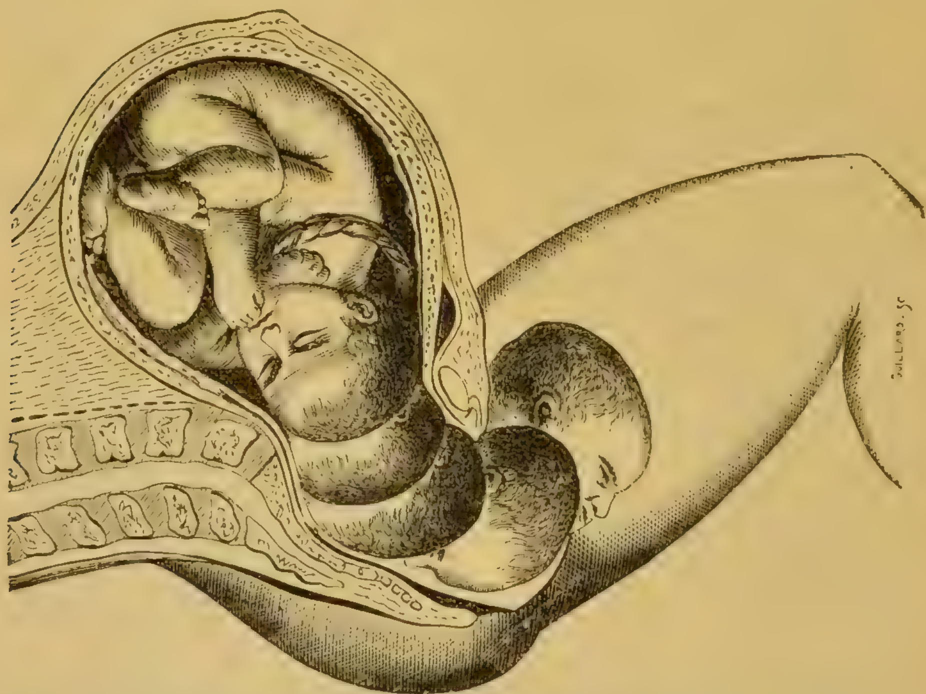


FIG. 213.—Manifiesta la introducción, rotación y desprendimiento de la cabeza en una presentación de vértice, con posición occipito-ilíaca izquierda anterior.

do, que no es de nuestra especie; así parece grito agrio y agudo, salvaje, que nos taladra el oído.»

Al período expulsivo acompaña además tenesmo anal y vesical, así como calambres en los miembros inferiores. Estos diferentes síntomas resultan de la compresión del recto, de la vejiga y de los nervios que ocupan la excavación de la pelvis. Además las materias fecales pueden salir involuntariamente, si no se ha tenido cuidado de evacuar el recto al principio del parto.

Ligadura y corte del cordón.—Una vez expulsado el feto, debe separársele de su madre; para esto se hace primero una ligadura en el cordón á dos ó tres centímetros del ombligo, y otra cinco ó seis centímetros más lejos; después se divide por el intervalo. En Francia se usan para este efecto tijeras. Los japoneses atribuyen una influencia perniciosa á las secciones practicadas con instrumentos de hierro, y fabrican cuchillos de hueso especialmente destinados á la división del cordón. En Nueva Zelanda se emplea con el mismo fin una valva de molusco.

Si el parto ha terminado antes de llegar el médico no hay que precipitarse á cortar el cordón, como se hace con demasiada frecuencia. Esta operación no es urgente, y su retraso no presenta inconveniente alguno para la madre ni para la criatura. Por el contrario, la ligadura tardía es más bien favorable á este último, puesto que el doctor Budín, según Stoltz, ha demostrado que hacía ganar al recién nacido 90 á 95 gramos de sangre; por eso aconseja no ligar el cordón hasta dos minutos después de que cesen los latidos del cordón umbilical. La cantidad de sangre que entra así en el cuerpo del niño es tanto más útil cuanto que éste no posee sino de 180 á 200 gramos de sangre.

Sabido es que cuando nació el duque de Burdeos, que llegó á ser luego conde de Chambord, su madre, la duquesa de Berry, quiso que se cortara el cordón delante de varios testigos, entre otros dos soldados de la guardia de las Tullerías, á fin de que pudiesen comprobar *de visu* que no había habido sustitución de niño, como no tardó en esparcirse el rumor (1). Ahora bien; estas comprobaciones oficiales duraron cerca de tres cuartos de hora, y sólo al cabo de este tiempo se practicó la ligadura, á pesar de las instancias del comadrón.

Cicatriz umbilical.—Al cabo de cinco ó seis días se momifica el cordón del niño, y se cae espontáneamente, dejando en su

(1) En 1831, refiere Deneux en sus *Memorias,* dijo Mr. de Bricqueville en plena Cámara, hablando del duque de Burdeos: *Este niño sospechoso, al cual se ha dado el nombre de Enrique V.*

punto de unión una cicatriz particular, que constituye el ombligo, llamado por Ingres «el ojo del torso». Esta región es mirada por los fakirs de la India como la parte más noble del cuerpo, porque, según su creencia, el ombligo del primer hombre representa el punto por el cual el hombre toca á la divinidad. Sabido es que tienen constantemente los ojos fijos en su ombligo, y que experimentan efectos catalépticos de insensibilidad y de éxtasis, debidos á una especie de hipnotismo, que les hace considerar por el pueblo como seres sobrenaturales.

Variedades del período de expulsión.—Acabamos de describir las diversas fases del período de expulsión en el caso de pre-

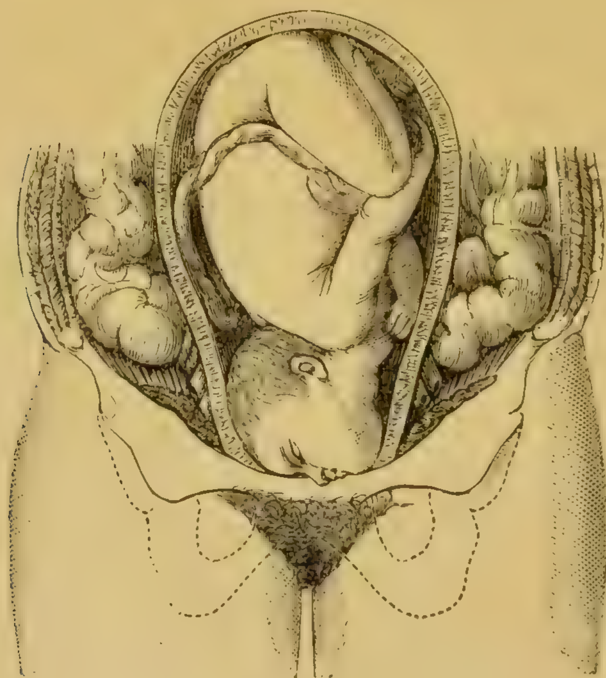


Fig. 214.—Presentación de cara.

sentarse el vértice de la cabeza, lo que se observa diez y nueve veces de cada veinte. Pero el feto puede también presentarse de *cara* (fig. 214), de *nalgas* (fig. 215) ó por el *tronco* (fig. 179), y su evolución en cada una de estas direcciones se verifica siguiendo un mecanismo análogo; sólo difiere el pronóstico según la presentación. Así, según las estadísticas, la presentación

de vértice da un niño muerto por cada 50; la de la cara uno por 20, por efecto de la lentitud del parto y la compresión del



FIG. 215.—Presentación de nalgas.

cuello; la de las nalgas uno por 10, á causa de la asfixia que resulta de la compresión del cordón; en fin, la del tronco es la más funesta para la madre y el hijo, porque reclama la intervención del cirujano, quien, no pudiendo contar sino sobre la evolución espontánea, se ve obligado á extraer el feto por los pies, practicando la *versión* (de *vertere*, dar vueltas), es decir, transformando la presentación de tronco en la de nalgas (figs. 216, 217 y 218).



FIG. 216.—Desprendimiento de la cabeza en la presentación de nalgas.

Período de expulsión de las secundinas.— Algunos instantes después de la expulsión del feto experimenta la madre nuevos dolores, pero mucho menos vivos que

los del trabajo del parto. Resultan de los esfuerzos hechos por el útero para desembarazarse de la placenta y las membranas que, siendo ya inútiles, son expulsadas de la cavidad uterina

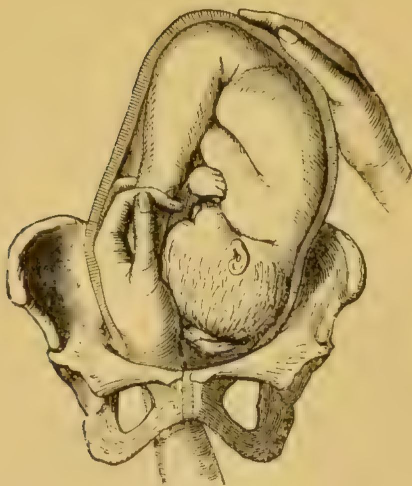




FIG. 217. FIG. 218.

Diversos tiempos de la versión en la presentación del hombro.

á la vagina, de donde es fácil extraerlas ejerciendo ligeras tracciones sobre el cordón (fig. 219). Este alumbramiento secun-

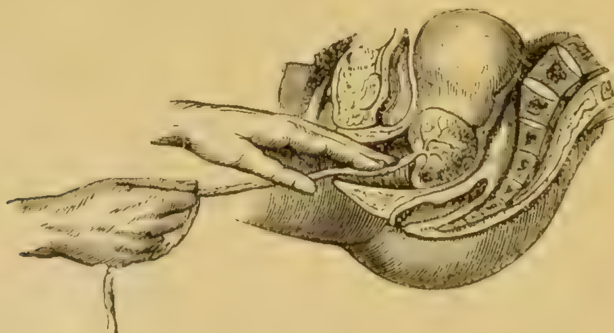


FIG. 219.—Expulsión de las parias.

dario constituye la expulsión de las secundinas, y á los anejos se les dan los nombres de *parias*, *secundinas* ó también *placenta*.

Algunas veces no pueden extraerse sino á condición de in-

troducir directamente la mano en el interior del útero, por ejemplo, cuando la placenta está *engatillada* en este órgano ó cuando contrae adherencias con sus paredes (fig. 220).

Una preocupación absurda atribuye en ciertos países á la placenta, aun caliente y sangrando, de las paridas la singular propiedad de curar los *nævi materni*, es decir, «los antojos». En una observación referida por el doctor Brière, esta práctica estuvo á punto de causar la pérdida de la vista á una niña de cinco meses, que presentaba debajo de la ceja izquierda una mancha de esta naturaleza del grueso de una lenteja. La madre de esta niña le puso, por consejo de una matrona, en el párpado afecto de *nævus*, un fragmento de secundinas que provenía



FIG. 220.—Desprendimiento artificial de la placenta.

de una mujer de malas costumbres, y bien pronto se produjo una oftalmía purulenta, que no desapareció hasta al cabo de un mes, después de haber causado las más vivas inquietudes.

Duración del parto.—Innumerables circunstancias influyen en la duración del parto; las principales son: el modo de presentarse el feto, la herencia, el temperamento, el grado de energía del útero, la configuración de la pelvis y la resistencia más ó menos grande de los orificios uterino y vulvar. Las mujeres pequeñas paren de ordinario con más rapidez que las otras, por tener menos altura su pelvis. En cuanto á la edad, no obra de modo alguno.

Las emociones morales ejercen también influencia sobre la duración del parto: la llegada del comadrón, la presencia de una

persona antipática, bastan para retardar ó suspender el trabajo. Refiere Tarnier que P. Dubois llegaba á veces, en sus salas de clínica, á hacer desaparecer y renacer alternativamente las contracciones en una mujer de parto, según que conducía los alumnos á la sala de partos ó los alejaba de ella.

Entre los salvajes, y en las aldeas, el parto pasa por ser menos largo que en las ciudades, lo cual ha hecho decir á Mr. Chailly que «la facilidad de parir está en razón inversa del grado de civilización». Sin embargo, en nuestra clientela, compuesta de parisienses de estancia en el campo y de mujeres de labradores, jamás hemos notado sensible diferencia. Hasta hace poco una de nuestras clientes, la señora de B..., hallándose fuera de cuenta en su segundo embarazo, hacia la media noche sintió en el periné un peso doloroso que atribuía á la salida de una hemorroide; para hacer desaparecer esta incomodidad hacíase preparar un baño de asiento, y apenas instalada llénase de asombro al sentir que salía la cabeza de la criatura: al llegar nosotros, el parto había terminado. Un hecho análogo aconteció cuando el nacimiento del duque de Burdeos: la duquesa de Berry parió en dos dolores, mientras se levantaba para coger el vaso de noche. El doctor Deneux, que se alojaba en palacio, no pudo ser avisado sino después que salió el niño. Podríamos indicar varios casos análogos.

La duración media del parto es de diez á doce horas en la primípara y la mitad menos en la multípara. Ciertas mujeres permanecen veinticuatro, cuarenta y ocho y hasta setenta y dos horas con los dolores del alumbramiento; según la fábula, el nacimiento de Hércules valió siete días y siete noches de atroces dolores á su madre Alcmena. Otras no sufren más que durante dos ó tres horas; hasta las hay que paren casi de repente, se ven sorprendidas por la expulsión del feto, que se desliza entre sus piernas y cae al suelo: este es el *tiempo secreto* de Millot. Ya hemos citado varios ejemplos de ello.

Alumbramiento gemelar.—El parto gemelar con frecuencia se verifica antes del término, á causa de la excesiva distensión del útero.

La presentación más frecuente de los gemelos es la de vértice; algunas veces vienen uno de cabeza y otro de nalgas. La expulsión del segundo es más rápida siempre que la del primero, y el intervalo de tiempo que separa su nacimiento varía desde algunos minutos á varios días.

En cuanto á la expulsión de las secundinas, no debe practicarse hasta después de que salgan ambos gemelos, porque sus placentas están por lo general adheridas entre sí.

Higiene del parto.—Es preferible parir en el campo para evitar la fiebre puerperal, tan frecuente en los grandes centros. También aprovechará al niño este cambio de lugar, «porque, dice Teyssedra, criar los niños en una ciudad populosa es como si se pusieran los peces en una charca de cieno.»

Uno ó dos meses antes del término del embarazo la mujer en cinta debiera consultar á su comadrón acerca de cómo se presenta el feto, porque entonces puede modificarse si la presentación es viciosa. Así, la del hombro ó de nalgas podrá transformarse en la de vértice por medio de ciertas maniobras que constituyen la *versión externa* (fig. 221). Para mantener el feto en su nueva posición, aconseja el doctor Pinard el uso de un cinturón especial (fig. 222) hasta el momento del parto. Este examen preliminar tendría además la ventaja de hacer descubrir conformaciones viciosas desconocidas hasta entonces y permitir ponerles remedio cuando todavía es tiempo. Pero mucho tememos que por negligencia ó exagerado sentimiento de pudor se siga rara vez nuestro consejo. «El pudor, dice Trousseau, mata más mujeres que salva.»

Sin embargo, hay que reconocer que sobre este punto la mujer ha hecho formales concesiones á las ideas modernas, y el temor que en otro tiempo le inspiraba la intervención del hombre de arte tiende cada día á desaparecer. Estamos lejos del tiempo en que Hecquet hacía un libro sobre «la indecencia que hay para los hombres en partear á las mujeres». Y Michelet no ha estado mejor inspirado al recomendar á las mujeres que no tomen para partearlas un médico, «que, escribe, es un hombre

cualquiera». Este consejo era bueno en la época en que carecían de instrucción los comadrones, y en que era lícito generalizar la crítica dirigida por Baudelocque á ciertos colegas de su tiempo, á quienes llamaba «matronas con pantalones».

Las leyes griegas prohibían á las mujeres el estudio de la medicina, y los partos eran siempre asistidos por hombres. Esta costumbre subsistió hasta el día en que una joven ateniense,

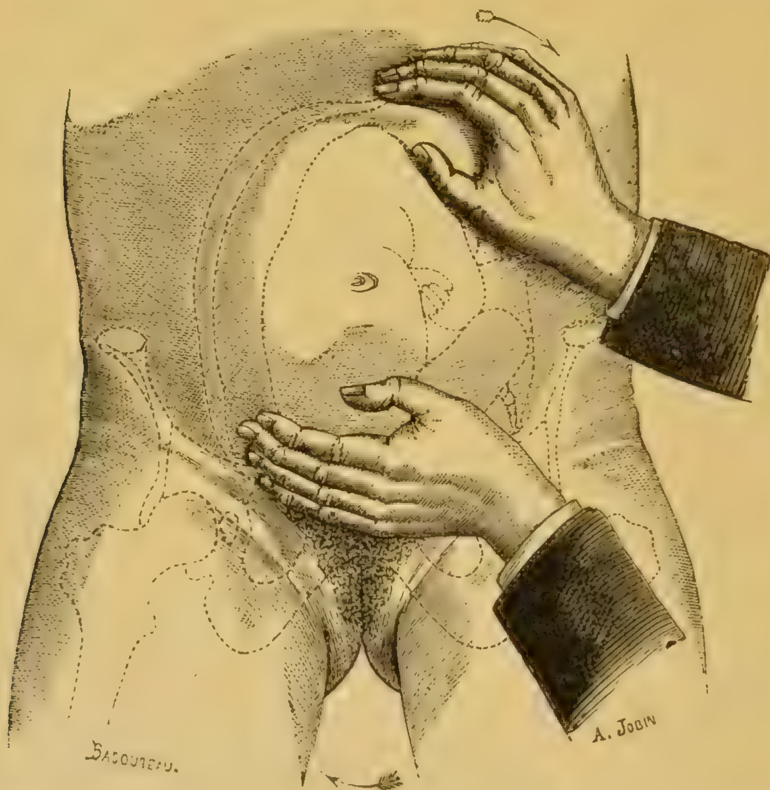


FIG. 221.—Posición de las manos y dirección de las presiones para transformar, por la versión externa, una presentación de nalgas en presentación de la cabeza.

Agnódice, se puso traje masculino para estudiar el arte de curar en la escuela de Herófilo; llegó á ser muy hábil, sobre todo en los partos. Desde entonces las señoras griegas sólo acudieron á ella, y celosos los médicos de la reputación de su joven colega, la llevaron ante el Areópago: acusáronla de ejercer la medicina únicamente para seducir con más facilidad á las mujeres que depositaban en ella su confianza. Los jueces iban á condenar á Agnódice, cuando confundió á sus acusadores reve-

lando su sexo. A partir de esta época fueron autorizadas las mujeres para practicar la medicina, y hasta el siglo XVII les fueron reservados exclusivamente los partos.

Los preceptos higiénicos siguientes son los que la mujer deberá observar con especialidad antes, durante y después del parto.

1.° Antes del parto.—Conviene, desde los primeros dolores, tomar un baño de limpieza, que al mismo tiempo tiene la

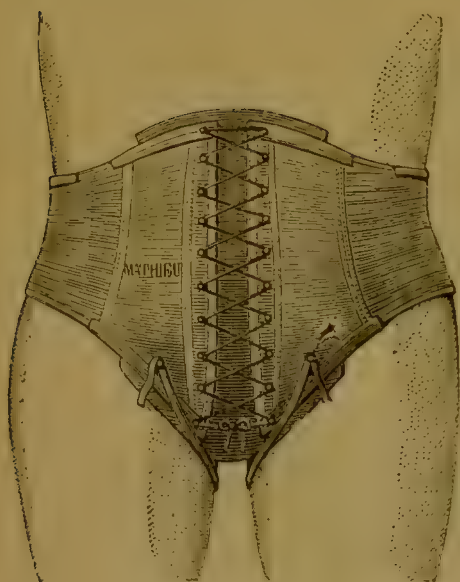


Fig. 222.

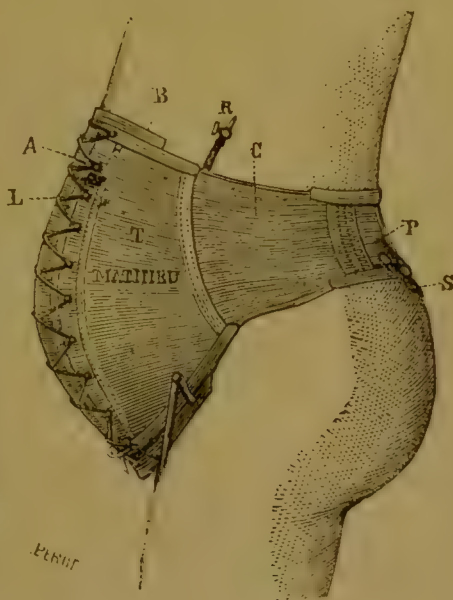


Fig. 223.

Cinturón destinado á mantener el feto en su nueva posición después de la versión externa.

ventaja de reblandecer y lubrificar la vulva. Luego se cuidará de evacuar la vejiga y el recto para facilitar la salida del feto, que pasa por entre estos dos depósitos; pues, como ha dicho Voltaire, «El hombre, con todo su orgullo, nace entre la materia fecal y la orina».

Bueno será trenzar los cabellos de la parturiente, á fin de que no haya mucha dificultad para desenredarlos más tarde. A pesar de estas precauciones, con frecuencia se caen los cabellos después del parto. Esto fué lo que le sucedió á María An-

tonieta. «Fatigada de reparar los huecos que de continuo se formaban en su cabellera, refiere Luis Loire, inventó un moño plano, terminado por un bucle de forma de morcilla, como una peluca de abate. Todas las damas de la Corte, afanosas por imitar á su soberana, sacrificaron su soberbia cabellera. Esta se llamaba «peinado para el niño».

2.° DURANTE EL PARTO.—El papel del médico, según Stoltz, debe limitarse á *observar*, *aconsejar*, *aliviar* y *proteger*, en atención á que el 95 por 100 de las veces el parto se efectúa sin accidente.

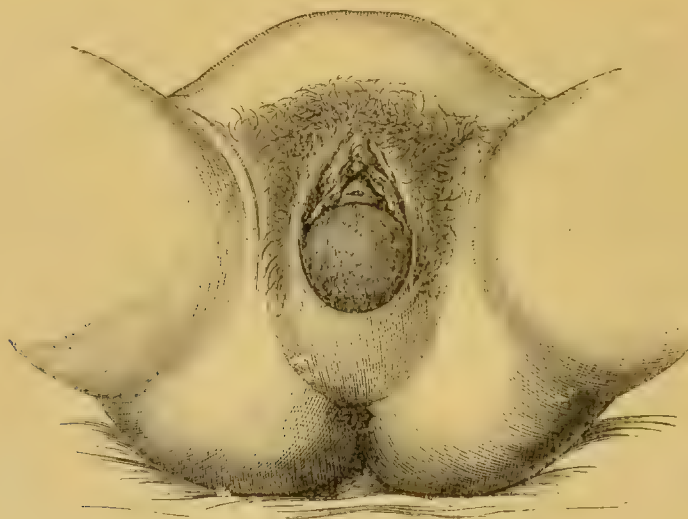


FIG. 224.—Posición de la mujer que pare en Francia.

Para dar fuerzas á la que pare, hay la costumbre de hacerla tomar vino ó aguardiente; pero esta práctica es detestable, porque las más de las veces provoca vómitos que retardan el parto.

En cuanto á la postura que toma la mujer para parir, varía en cada país. En Francia se verifica el parto en un lecho provisional, llamado *lecho de dolor ó de miseria*, y la mujer se echa sobre el dorso, con las piernas dobladas y separadas (fig. 224). Esta es, por lo demás, la postura más natural y cómoda. En algunas regiones del Mediodía las mujeres se colocan al modo de las rumanas, sobre las rodillas y las manos; en otras comar-

cas, como en Bretaña, paren de pie, con las piernas separadas, el tronco doblado hacia adelante y los codos apoyados en el borde de la cama; en fin, en la frontera del Nordeste se usa, como en Alemania, Holanda y Suiza, un sillón que presenta una escotadura. Ya los antiguos tenían costumbre de colocar á las mujeres sobre un escabel alto. Corneille le Bruyn, en la narración de sus viajes, refiere haber visto en el palacio del gran duque de Toscana una silla guarnecida de pedrería, destinada á los partos.

En Inglaterra, la mujer vuelve la espalda al comadrón; se



FIG. 225.—Posición de la mujer que pare en Inglaterra.

coloca sobre el lado izquierdo junto al borde del lecho, con las piernas y los muslos doblados y las rodillas separadas con un almohadón (fig. 225). Además, se prohibe al marido la entrada en la alcoba durante todo el transcurso del parto. «Confieso, dice Mr. Depaul, que no comprendo, bajo el punto de vista del alumbramiento, las ventajas de semejante postura; siempre me ha parecido incómoda y menos propia para favorecer los esfuerzos. Supongo que es consecuencia de ciertos hábitos ingleses y la exageración de un sentimiento de pudor, que las mujeres de este país llevan tan lejos en todas las cosas.» Sin

embargo, se ha notado que el decúbito lateral expone menos que las otras posiciones á las desgarraduras del periné.

Cuando el parto marcha con lentitud, entonces es útil hacer que la mujer se pasee á lo largo de la alcoba; pero no obstante, sin prolongar este ejercicio hasta la fatiga, porque las fuerzas de la parturiente se consumen sin provecho, lo cual no la permite ya *hacer valer sus dolores al fin*, según la expresión de Mauriceau.

Se evitará toda especie de ruido en la alcoba de la parturiente y se ahorrará á ésta toda emoción que pudiera serla perjudicial; las visitas importunas serán prohibidas, así como las discusiones y conversaciones en voz alta. Los romanos suspendían una corona á la puerta de la parida, para que se respetara su asilo. Munaret refiere que en la ciudad de Harlem se prohibía á los acreedores el entrar en una casa semejante. En Atenas, según Prudhón, se perdonaba al asesino que iba á refugiarse en la casa de una mujer en cinta.

3.° Después del parto. Cuidados que se deben á la madre.—Terminado el parto, opónese por lo común á que la recién parida se entregue al sueño; en otro tiempo, las lectoras de la reina de Francia estaban encargadas de este cuidado junto á sus reales pacientes. Pero es erróneo, y como lo hace observar justamente el doctor Payelle, no es tampoco más racional el impedir á una pobre parida, cuyas fuerzas ha agotado el trabajo del parto, el que tome un instante de reposo, que impedir á un trabajador que descanse de sus fatigas por temor á que caiga en un letargo. Se dejará, pues, dormir á la mujer en seguida de la expulsión de las secundinas si experimenta esa necesidad; basta con vigilarla atentamente en caso de hemorragia. La princesa Carlota de Inglaterra sucumbió en 1818 algunas horas después de librar por un síncope debido á este accidente.

Otra preocupación no menos difundida que la anterior desea que la mujer permanezca acostada sobre el dorso durante la primera semana. Pero esto es un verdadero suplicio, más perjudicial que útil, por ser una causa de fatiga y distar mucho de favorecer el flujo de los loquios. Por el contrario, es ventajoso

dejarla ponerse de uno y otro lado y aun sentarse. A la primera amenaza de hemorragia, es de rigor el descanso horizontal sobre el dorso y con la cabeza baja.

También se deberá, en contra de la idea admitida, no condenar á la mujer parida á las bebidas tibias; éstas podrán tomarse sin inconveniente á la temperatura de la alcoba.

Las mujeres que acaban de parir piden que se las faje el vientre con una toalla para conservar la esbeltez de su talle. Esta constricción tiene, en efecto, su utilidad, sobre todo para suplir la falta de elasticidad de la piel y la debilidad de los músculos abdominales. Sea como fuere, este vendaje sólo debe apretarse con moderación. «No hay, dice Mauriceau, que seguir la mala costumbre que tienen la mayor parte de las enfermeras, que creyendo corregir mejor y más pronto el tamaño del vientre de su parida la aprietan con tanta fuerza para disminuir su grueso, que en lugar de restablecer á la matriz en su posición natural se la impulsa hacia abajo por la demasiada gran compresión de este vendaje; lo cual con frecuencia es causa de que la mujer permanezca largo tiempo muy molestada por un gran peso en la matriz, y de que en lugar de disminuir su vientre se haga mayor aún, á causa de la fluxión que este doloroso sentimiento de peso mantiene en esta parte y en todas las que están próximas á ella.» Algunos médicos reemplazan la servilleta por un lienzo plegado que la recién parida debe sostener sobre su vientre.

Sabemos que el útero no recobra su volumen primitivo hasta unas seis semanas después del parto; esta es también la época en que aparece la menstruación ó el *tornaparto*. Lógicamente, la mujer que acaba de dar á luz no debiera, pues, dedicarse á sus ocupaciones sino al cabo de este tiempo, como quería la religión judaica, fijando la ceremonia religiosa de las paridas, ó *purificación*, en el día cuarenta después del alumbramiento. Pero en las clases acomodadas conténtanse de ordinario con veintiún días de descanso, y en las clases laboriosas solamente con los nueve días tradicionales; de aquí, sin duda, el número siempre creciente de afecciones uterinas, lo cual ha hecho decir á Michelet que el siglo XIX será llamado el de las en-

fermedades de la matriz. Sin embargo, éstas hubieran sido mucho más comunes de seguirse en todas partes las antiguas costumbres de Córcega: refiere Diodoro de Sicilia que en este país, inmediatamente después del parto, el marido guardaba cama mientras la mujer se ocupaba en los quehaceres de la casa. Sacombe pretende, por otra parte, en su *Luciniada*, que en su tiempo:

Aun en la misma Francia,
en el Bearnesado,
cuando una mujer pare
en el país navarro,
la esposa se levanta
del lecho al breve rato,
y el marido se mete
en cama el gran bellaco (1).

Cuidados que deben prodigarse al recién nacido.—Aunque ciertos comadrones niegan la utilidad de ligar el cordón umbilical, pensamos que es prudente tener el mayor esmero en esta pequeña operación, por temor á una hemorragia. Se han publicado varias observaciones en que la ligadura mal hecha provocó este accidente, que fué seguido de un síncope mortal. Un día fuimos llamados para hacer constar la defunción de un recién nacido que murió víctima de semejante abandono. Los enemigos de la ligadura presentan por argumento que las hembras de los animales se pasan sin ella; pero éstas dividen el cordón de sus crías mascándole, é impiden de esta suerte toda hemorragia consecutiva.

Cuando el niño ha permanecido mucho tiempo *coronado*, con frecuencia está azulado y sin movimientos; conviene entonces dejar sangrar el cordón, después de haberlo cortado. Así nació Luis XIII, después de un parto de veintidós horas. Como el rey se asustara: *Señor*, le dijo la célebre partera Luisa Boursier, *si fuera otro niño, le pondría vino en la boca, y lo daría por miedo de que la debilidad dure demasiado.—Obrad como si fuera*

(1) En France même encor, chez le Béarnien,
Au pays navarrois, lorsqu'une femme accouche,
L'épouse sort du lit et le mari se couche.

otro niño, respondió Enrique IV ([1]). Asimismo, durante el laborioso alumbramiento de María Luisa, creyendo notar el Emperador vacilación en el doctor Dubois, le dijo para tranquilizarle: *Obrad como si se tratase de una mercera de la calle de San Dionisio.*

Siempre que venga un niño en estado de muerte aparente, se deberá tratar de reanimarle sumergiéndole en agua muy caliente ó estableciendo la respiración artificial, ora por la insuflación directa de boca á boca ó por medio de un tubo laríngeo, ora por presiones regulares é intermitentes ejercidas en la base del pecho. De esta manera se ha podido volver algunos niños á la vida una hora y más después de su nacimiento. Las *Memorias de la Academia de Medicina* de 1864 relatan el hecho de un recién nacido inhumado por su madre durante cuatro horas y que pudo sobrevivir cuatro días á su exhumación. Según la *Gaceta de los Hospitales*, dos personajes célebres, Voltaire y la señora de Genlis, fueron dejados por muertos en el momento de nacer. Voltaire fué echado sobre un sillón; su abuelo, que no vió el paquete, se sentó encima y el niño produjo el ruido de un fuelle que se aplasta. A esta circunstancia debió los cuidados que le volvieron á la vida.

Sepárase el niño de su madre, se le limpia, se fija su cordón por medio de una venda al lado izquierdo para no comprimir el hígado y, en fin, se le pone la envoltura, que en Francia se compone, por lo común, de las piezas siguientes: tres gorritos, el primero de hilo, el segundo de franela y el otro de piqué de algodón; una camisita de hilo; un justillo de lana; un pañal de hilo, y una mantilla de algodón ó de lana, según la estación. No dificulta, como la antigua envoltura, el desarrollo de los miembros y permite sostener fácilmente al niño. En Inglaterra, donde hay costumbre de llevar al recién nacido sobre una almohada, el pañal de hilo está cortado como un calzón triangular, y la mantilla exterior, así como el justillo, se reemplazan por

([1]) Sabido es que, cuando nació, frotáronse los labios de este príncipe con un diente de ajo y se le hizo beber vino de Jurançón. Análoga práctica se empleó cuando vino al mundo el conde de Chambord.

una larga túnica de franela. Protegen los pies con unos escarpines de punto de aguja, y la cabeza va desnuda ó cubierta con un gorrito ligero. Este vestido preserva lo suficiente al cuerpo contra las influencias atmosféricas, y tiene sobre la envoltura francesa la ventaja de dar aun más libertad á los movimientos de los miembros y permitir mudar al niño en cuanto se ensucia.

Para sujetar las diversas piezas de la envoltura no se usarán más que anillos de cautchuc, cintas ó alfileres llamados de broche (imperdibles), y se evitará sobre todo el empleo de alfileres ordinarios, cuyos pinchazos provocan con frecuencia convulsiones. Cuando está muy apretada la envoltura, como en otros tiempos, dificulta todas las funciones del niño y se vuelve un verdadero instrumento de suplicio para éste. Entonces están justificados los reproches de J.-J. Rousseau: «De miedo, dice, á que se deformen los cuerpos por movimientos libres, dase priesa á deformarlos poniéndolos en prensa. De buena gana les tullirían para impedir que se estropeen. ¿Decís que sus primeras voces son lloros? Ya lo creo: les contrariáis desde que nacen; los primeros dones que de vosotros reciben son cadenas; los primeros tratos que experimentan son tormentos. No teniendo libre más que la voz, ¿cómo no se habían de valer de ella para quejarse? Gritan por el daño que les hacéis; agarrotados de ese modo, gritaríais más fuerte que ellos... Aun no hemos caído en la cuenta de poner envolturas á las crías de los perros ni de los gatos; ¿se ve que de esta negligencia resulte para ellas algún inconveniente? Los niños son más pesados, conformes, pero á proporción son más débiles. Apenas pueden moverse; ¿cómo se habían de estropear? Si se les abandonaran echados sobre el dorso, perecerían en esta posición, como la tortuga, sin poder dar la vuelta jamás».

Guárdese mucho de amasar la cabeza, generalmente puntiaguda, del recién nacido (fig. 227) para darle una forma más conveniente, pues esta modificación se realiza por sí misma en pocos días. Por otra parte, semejantes maniobras son muy perjudiciales, porque pueden determinar, como lo ha probado Broca, un trabajo patológico del cerebro y sus membranas y pre-

disponer á la locura ó á la epilepsia. Así, en los alrededores de Tolosa, aun hace pocos años, tenían la costumbre de deformar la cabeza de sus hijos por medio de un tocado bastante singular que les alargaba el cráneo en forma de morcilla. Ahora bien, los asilos de dementes de la localidad contenían una proporción considerable de deformados. Se sabe que ciertas poblaciones indias tienen el hábito de exagerar la deformación del cráneo de los niños dándole por medio de vendas la forma de un pilón de azúcar.

El lecho del niño se compondrá de una almohada de crin y un jergón de paja de avena y de helecho, sobre el cual se exten-



FIG. 226.– Cabeza normal, como se observa cuando se extrae el feto en la operación cesárea.



FIG. 227.—Deformación de la cabeza en el parto con presentación de vértice.

derá un fieltro absorbente, que no conserva la humedad como los tejidos impermeables. El doctor Rengade, en su *Vida normal*, aconseja hacer incombustibles las cortinas de la cuna, sumergiéndolas en una disolución de 20 gramos de sulfato de amoníaco por litro de agua.

Si el niño no puede adquirir la costumbre de dormirse sin ser mecido, no deberá imprimirse á la cuna sino débiles oscilaciones, para no conmover el cerebro tan delicado del recién nacido ni perturbar su digestión. Todos los higienistas recomiendan además colocar la cuna de manera que el niño reciba la luz de frente y no de costado, para que al buscar la luz los ojos del recién nacido no contraigan el estrabismo.

A fin de habituar á los niños desde un principio á las vicisi-

tudes atmosféricas, hay la costumbre de hacerles salir desde los primeros días y en todo tiempo; pero así se les expone á las afecciones de las vías respiratorias y en particular al coriza, que para un recién nacido presenta más gravedad que una fluxión de pecho en el adulto, en razón á la dificultad que experimenta para coger el pecho. Será, pues, prudente esperar á la segunda ó tercera semana, según sea verano ó invierno.

La acción perjudicial del frío se demuestra por la excesiva mortalidad de los niños en invierno y la de los recién nacidos enviados á criar fuera, la cual es mucho mayor en el primer mes del nacimiento que en cualquiera otra época á causa de los enfriamientos contraídos durante el viaje. En Rusia, el bautismo, practicado según la costumbre de los primeros cristianos, es decir, por una triple inmersión en agua fría, causa la muerte de gran número de niños. En París hay la precaución de bautizar con agua tibia y en la atmósfera más caliente de la sacristía. Pero aun sería preferible seguir el ejemplo del obispo de Wurtzburgo, que autorizó á los sacerdotes de su diócesis á administrar el bautismo á domicilio, como la extremaunción.

Para evitar los peligros de enfriamiento á que expone la salida prematura del niño, á propuesta de la Academia, la Municipalidad de París confió desde 1868 á médicos jurados el cuidado de hacer á domicilio las declaraciones de nacimientos. Antes de esta época, los artículos 55 y 56 del Código civil, y 346 del Código penal, exigían que se cumpliera esa formalidad, dentro de los tres días posteriores al parto, ante el oficial del registro civil y que le fuera presentado el niño, bajo la pena de seis días á tres meses de prisión y diez y seis á trescientos francos de multa. Esta penalidad se dirige, sobre todo, contra las mujeres culpables de los crímenes previstos en el artículo 345 del Código penal: «Los reos de robo, ocultación ó supresión de un niño, de sustitución de un niño por otro ó de suposición de un hijo á una mujer que no haya parido, sufrirán la pena de reclusión. La pena será sólo de seis días á dos meses de prisión si se prueba que el feto no ha vivido, y de un mes á cinco años si, por el contrario, no se hubiera hecho esta prueba».

Todos estos actos criminales, así como el aborto, eran habituales entre los romanos. He aquí lo que Plauto hace decir en una de sus comedias á Fronesia, que quiere simular un parto: «Madre mía, viendo que se acerca el décimo mes, encarga á nuestras criadas que busquen un niño, varón ó hembra, para coadyuvar á la suposición». Napoleón I pensó un instante en proporcionarse un heredero por sustitución, pero su proyecto fracasó ante los escrúpulos de Corvisart. «El Emperador, refiere la señora de Remusat en sus *Memorias*, habiendo renunciado por el momento al divorcio, pero preocupado siempre con el deseo de tener un heredero, preguntó un día á su mujer si consentiría en aceptar uno que sólo á él pertenecería y fingir un embarazo con habilidad bastante para engañar á todo el mundo... Ella distaba mucho de rehusar ninguno de esos caprichos sobre este particular... Entonces Bonaparte, haciendo llamar á su primer médico, Corvisart, en quien tenía una confianza ilimitada y merecida, le confió su proyecto: «Si logro, le dijo, proporcionarme el nacimiento de un varón que sea sólo hijo mío, quisiera que, testigo del fingido alumbramiento de la Emperatriz, hicierais todo lo necesario para dar á esta estratagema todas las apariencias de la realidad.» Corvisart adujo que la delicadeza de su probidad estaba comprometida con esta proposición; prometió el más absoluto secreto, pero rehusó prestarse á lo que se quería exigir de él.

El nacimiento del príncipe de Gales, hijo de Jacobo II, ha sido mirado por muchas personas como supuesto, y el doctor Ashton, que lo había sacado á luz, habiendo afirmado el hecho, fué acusado por conspirador, preso y ejecutado. Sabemos que análogo rumor ha corrido acerca del nacimiento del conde de Chambord.

Como conclusión de los consejos higiénicos que acabamos de dar, reproducimos los ingeniosos *Mandamientos de Lucina*, del doctor A. Bertherand:

Tu hijo lactarás tú misma,
á fin de que mucho viva.

Haz que el aire que le envuelva
puro, fresco y libre sea.

—

Evita con gran cuidado
que haya ruidos en su cuarto.

—

Tenle con franela envuelto,
y tendrá caliente el cuerpo.

—

Que no comprima procura
su cuerpito la envoltura.

—

A fin de que limpio esté,
por diez veces lávale.

—

Bebe tú, si es que él se inflama,
dos ó tres tazas de grama.

—

Si tuviere diarrea,
de almidón enema emplea.

—

Polvos de arroz, al momento,
y no tendrá rozamiento.

—

Ten esponjas suficientes
para casos... y accidentes [1].

(1) Ton fils toi-même nourriras,
Afin qu'il vive longuement!

—

Autour de lui ménageras
D'air frais et pur un bon courant!

—

Avec grand soin éviteras
Tout bruit dans son appartement!

—

De flanelle le couvriras
Et le tiendra bien chaudement!

—

Dans le maillot tu serreras
Sou petit corps modérément!

ARTÍCULO IV

DE LOS ALUMBRAMIENTOS VICIOSOS

Los alumbramientos viciosos reclaman las más de las veces la intervención del arte. Resultan de anomalías, que ora provienen de la madre, ora del feto; sólo indicaremos las más importantes, y describiremos con rapidez las maniobras operatorias que requieren.

Pero primero digamos algunas palabras acerca del bautismo intrauterino.

El bautismo intrauterino. — Según decisión de Benedicto XIV, los teólogos quieren que el feto sea bautizado en el claustro materno, al empezar las maniobras intentadas para su extracción, en los partos laboriosos ó imposibles. Para esto «se introduce agua tibia con la mano, una jeringa ó un sifón, de modo que toque al feto ó al menos á sus cubiertas, no importa en qué sitio, y se pronuncian al mismo tiempo las palabras de ritual. Si el niño llega á nacer vivo, se le debe rebautizar bajo condición».

Bueno será informarse previamente de la religión de la madre, á fin de no exponerse al contratiempo que aconteció al tocólogo D... en el hospital de San Luis: Después de practicar la craneotomía en el feto de una mujer afectada de estrechez de la pelvis, la dijo: *Nos hemos visto obligados á sa-*

Dix fois par jour le laveras,
Afin qu'il vienne proprement!

—

S'il s'échauffe, toi, tu boiras
Deux ou trois tasses de chiendent!

—

S'il a le flux, lui pousseras
D'amidon, vite, un lavement!

—

Poudre de riz tu lui mettras
Pour le garer du frottement!

—

Force éponges prépareras,
Pour tous les cas... et accidents!

crificar á vuestro hijo; pero podéis estar tranquila, le hemos bautizado, su alma está salvada.—Eso no me importa, respondió la madre; *soy judía.*

En cuanto á los monstruos, «por mucha que sea su semejanza con los brutos», dice el cardenal Gousset en su *Teología moral*, «es preciso bautizarlos también». «En la duda, enseña el R. P. Vauverts en la Universidad católica de Lille, sobre si un monstruo está compuesto de una ó varias personas, debe atenerse á estas palabras del Ritual: Cuando pueda discernirse si el monstruo tiene una ó varias cabezas, entonces tendrá otros tantos corazones, almas é individualidades distintas, y en este caso debe bautizarse cada uno de los seres. Si hay peligro de muerte, y falta tiempo para bautizar por separado á cada ser, podrá hacerse echando agua en cada una de las cabezas y bautizarlas al mismo tiempo, diciendo: *Ego vos baptizo.* Si no hay seguridad de que en el mismo monstruo se hallen reunidas dos personas, es preciso bautizar primero una en absoluto y en seguida la otra bajo condición, de esta manera: *si non es baptizatus*, si no estás bautizado.»

Aunque basta un simple irrigador para administrar el bautismo intrauterino, aplicóse el doctor Verrier á inventar un instrumento especial, que un cirujano del hospital de la Caridad de Lyón ha creído deber perfeccionar. Pero estos ingeniosos reformistas hace mucho tiempo que tienen predecesores, y Sterne Lawrence, á quien Voltaire llama «el Rabelais de Inglaterra», se burla donosamente en *Tristram Shandy* de esos diversos aparatos distribuidores del sacramento del bautismo.

Indiquemos ahora los medios á que el arte recurre en los alumbramientos viciosos.

Anomalías procedentes del feto. — PRESENTACIÓN DE HOMBRO.—Remédiase practicando la versión, es decir, extrayendo el feto por los pies.

PROCIDENCIA DEL CORDÓN.—Esta complicación expone al feto á una rápida asfixia; por eso hay que apresurarse á volver á introducir el cordón en la matriz. De no poder, se recurrirá á

la versión si el feto se presenta de hombro, y al forceps si se presenta de cabeza.

Salida de los brazos ó de los pies con la cabeza.— Como en la procidencia del cordón, hay que intentar reducir el miembro que sale (fig. 229), y si se fracasa, terminar rápidamente el parto por la versión ó el forceps, según la presentación.



Fig. 228.—Procidencia del cordón.



Fig. 229.—Procidencia de un pie con la cara.

Enfermedades que aumentan el volumen del feto.— Entre estas enfermedades, señalaremos: la *hidrocefalia* (figura 187); la *ascitis*, ó hidropesía del vientre; la *espina bífida* (fig. 186), ó hidropesía de las cubiertas de la médula; la retención de orina. En estos diferentes casos, disminúyese el volumen del feto por medio de una punción preliminar.



Fig. 230.—Forceps de Dubois.

ADHERENCIA Ó TRABAZÓN ENTRE LOS GEMELOS.—Si no se



FIG. 231.—Introducción de una rama del forceps.

efectúa espontáneamente la expulsión de los gemelos adheridos



FIG. 232.—Forceps colocado y articulado.

ó trabados será preciso recurrir á la *embriotomía*, es decir, á la sección de uno de los fetos y algunas veces hasta de los dos.

Pajot aconseja que se haga esta operación con un sedal de pescar pasado al rededor del cuerpo del feto, imprimiendo á aquél un movimiento de sierra.

Anomalías procedentes de la madre.—INERCIA DEL ÚTERO.—Para remediar esta anomalía funcional, hase aconsejado dar una inyección subcutánea de $0^{gr},01$ centigramo de pilocarpina. En caso de no dar resultado, el parto no puede efectuarse sino por la versión ó el forceps.

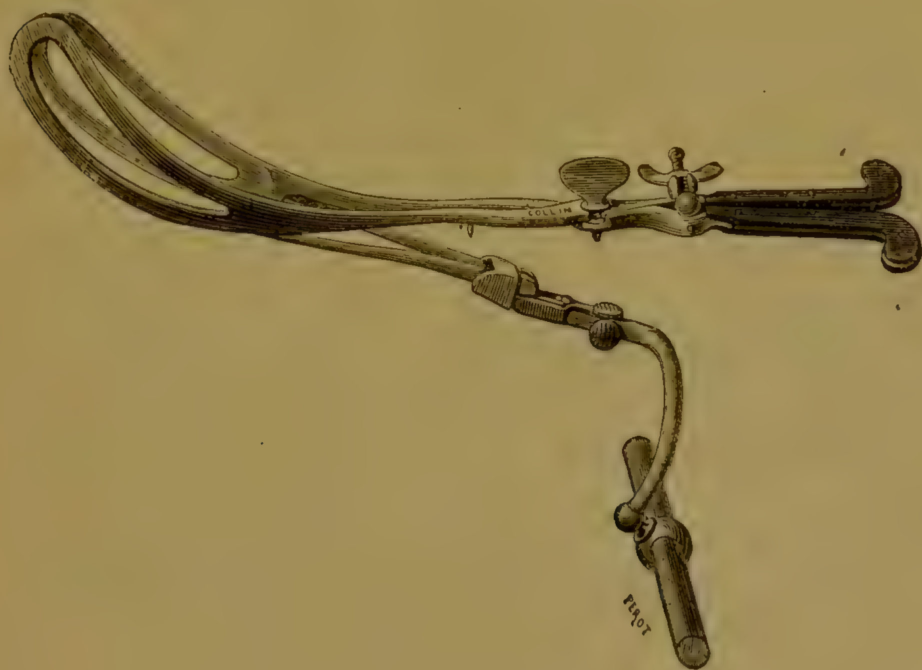


FIG. 233.—Forceps de Tarnier.

RIGIDEZ Y CONTRACTURA ESPASMÓDICA DEL CUELLO UTERINO.—La rigidez del cuello se combatirá con incisiones, y la contractura con embrocaciones locales de extracto de belladona.

RESISTENCIA DEL PERINÉ.—Se observa sobre todo en las primíparas y constituye el obstáculo más frecuente á la salida de la cabeza fetal. Es la anomalía que con más frecuencia exige el empleo del *forceps* (fig. 232).

Este instrumento se destina á coger la cabeza del feto sin

comprimirla con demasiada fuerza. Se compone de dos ramas articuladas, una de las cuales, la rama *macho*, está provista de una cabeza, y la otra, la rama *hembra*, de una ranura. La primera también se llama rama *izquierda*, porque el comadrón debe tenerla con dicha mano, y la otra recibe la denominación de

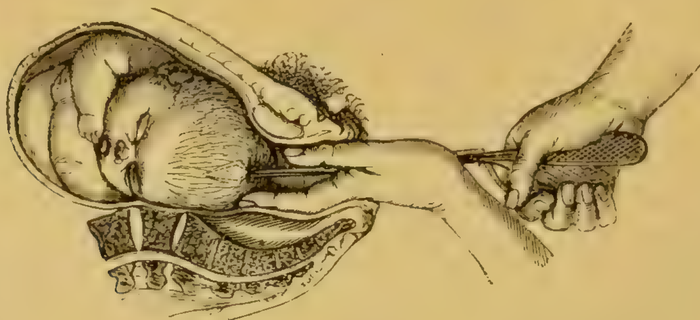


FIG. 234.—Craneotomía.

rama *derecha*. He aquí el medio mnemotécnico indicado por Pajot para recordar la maniobra del forceps: se introducirá primero la rama *izquierda*, se sostendrá con la mano *izquierda* y

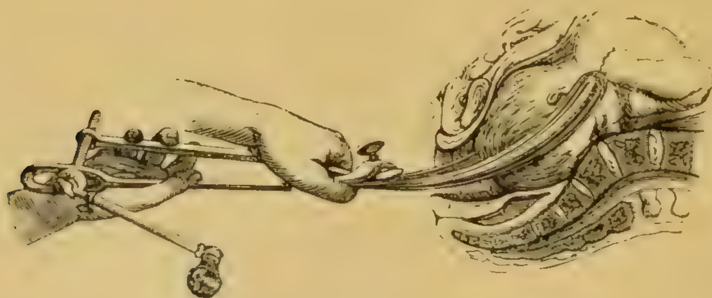


FIG. 235.—Aplicación del cefalotribo.

se dirigirá á la *izquierda* de la mujer; no habrá, pues, nada *diestro*, salvo el comadrón.

El profesor Tarnier ha inventado un nuevo forceps (fig. 233), que se compone de dos ramas de aprehensión y dos vástagos de tracción articulados entre sí é implantados en un mango transversal.

Antes de emplear cualquier forceps habrá de tenerse cer-

teza en la presentación y no tomar, como ya se han visto ejemplos, las nalgas por la cabeza. En *Tristram Shandy*, Sterne hace decir al doctor Slop: «Este es un punto cuyo conocimiento tiene la mayor importancia, pues ya comprendéis que el error aquí podría tener terribles consecuencias. Si es el muslo lo que







FIG. 236.

A, B. Cefalotomo abierto.— C, D. Cefalotomo cerrado.

FIG. 237.—Craneotomotrépano del doctor Witkówski.

A. Tornillo destinado á fijar la cabeza.— B. Corredera para proteger á la vagina.—C. Corona del trépano.— E. Mango del trépano.—F. Mango del tornillo.

se presenta, y en cierto sentido, puede suceder, tomándolo por la cabeza, que el forceps, en el caso que se trate de un varón... (el doctor cuchicheó muy bajo á Shandy lo que podría resultar de esta posibilidad). No hay que temer esto cuando es una hembra, añadió, ni aun cuando sea un varón, con tal que sea la cabeza lo que aparezca».

Estrechez de la pelvis.—La extracción artificial del feto varía según el grado de estrechez de la pelvis. Si es poco pronunciada, bastarán el forceps y algunas veces la versión; en caso contrario hay que recurrir á la perforación del cráneo ó *craneotomía* (fig. 234), seguida de la trituración de la cabeza ó *cefalotripsia* (fig. 235). La perforación del cráneo se practica con el *cefalotomo* (fig. 236), que termina en punta de lanza, formada por dos hojas cortantes. Pero el empleo de este instrumento expone á la madre á serios peligros: en primer lugar, puede resbalar la punta en la movible cabeza del feto y herir los órganos profundos; después, los bordes irregulares de la perforación desgarran con bastante frecuencia las paredes de la

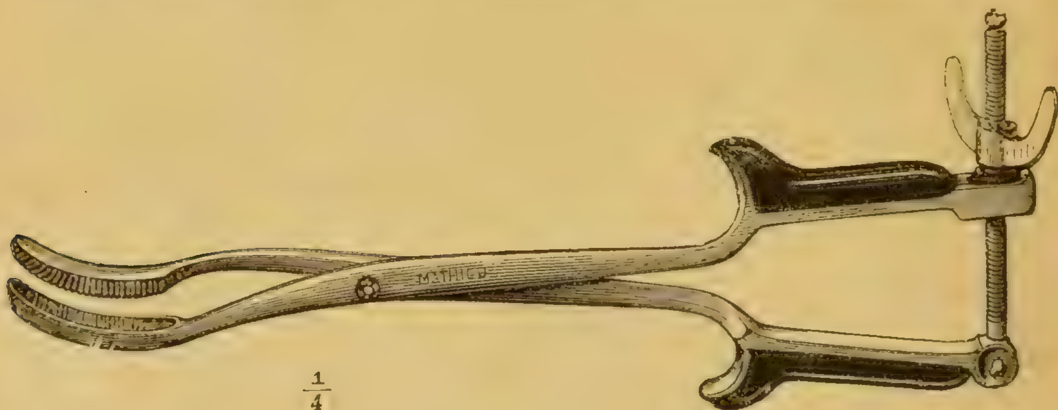


Fig. 238.—Craneoclasto de Braun.

vagina en el momento de la extracción. Estos accidentes se evitan con los craneotomotrépanos, y en particular con el que hemos ideado (fig. 237) y que nos ha servido ya varias veces con éxito.

En Inglaterra y Alemania, para triturar la cabeza, se emplea principalmente el *craneoclasto* de Braun (fig. 238), y en Francia se recurre asimismo al *basiotribo* de Tarnier (fig. 239).

Por bajo de cinco centímetros, las estrecheces de la pelvis exigen la *operación cesárea* (de *cæsus*, cortado), ó *gastrotomía* (de λαστὴρ, abdomen, y τομη, sección).

Operación cesárea.—La gastrotomía (fig. 240) consiste en abrir el abdomen y la matriz de la madre cuando no es posible

introducir por las vías naturales los instrumentos necesarios para el fraccionamiento del feto.

El origen de esta operación es muy antiguo. Baco fué extraído del vientre de su madre Sémele por Mercurio, y Apolo aguardó la muerte de Coronis para extraer de su seno á su

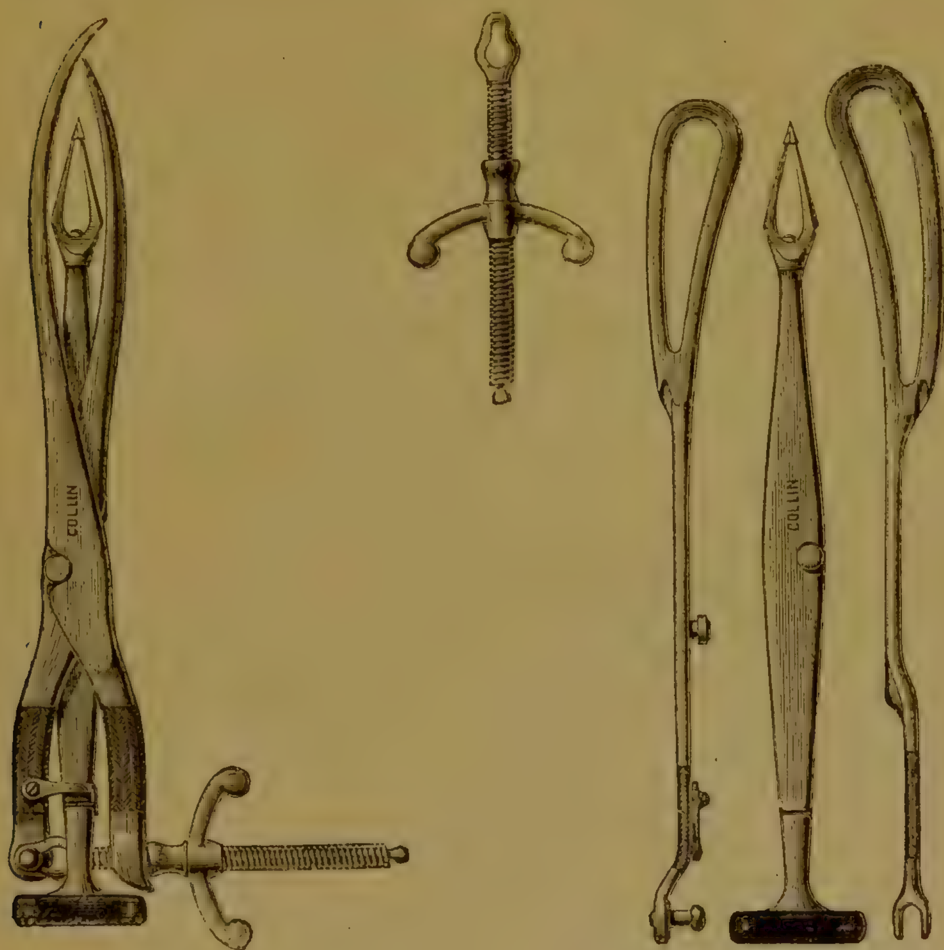


FIG. 239.—Basiotribo de Tarnier.

hijo Esculapio. Los poetas de la antigüedad aluden con frecuencia á esta operación. Así Virgilio hace nacer á Lico, uno de los héroes de la *Eneida*, por la incisión del vientre de su madre.

Según Plinio, aquellos cuyo nacimiento cuesta la vida á su madre aparecen bajo los mejores auspicios; cita al tribuno Manlio, Escipión el Africano y César, cuyo nombre provendría

de la palabra latina *Cæsus*, cortado [1], porque el primer miembro de esta familia debía la luz á la gastrotomía. Los Cesones derivaban su nombre del mismo origen.

Hasta el siglo XVI no se hacía la operación cesárea hasta después de la muerte de la mujer. La *lex regia* de Numa Pompilio ordenaba á los médicos que la practicaran en todas las mujeres que morían en cinta, «á fin de conservar ciudadanos al Estado». Guillemeau recuerda una antigua ley, según la cual

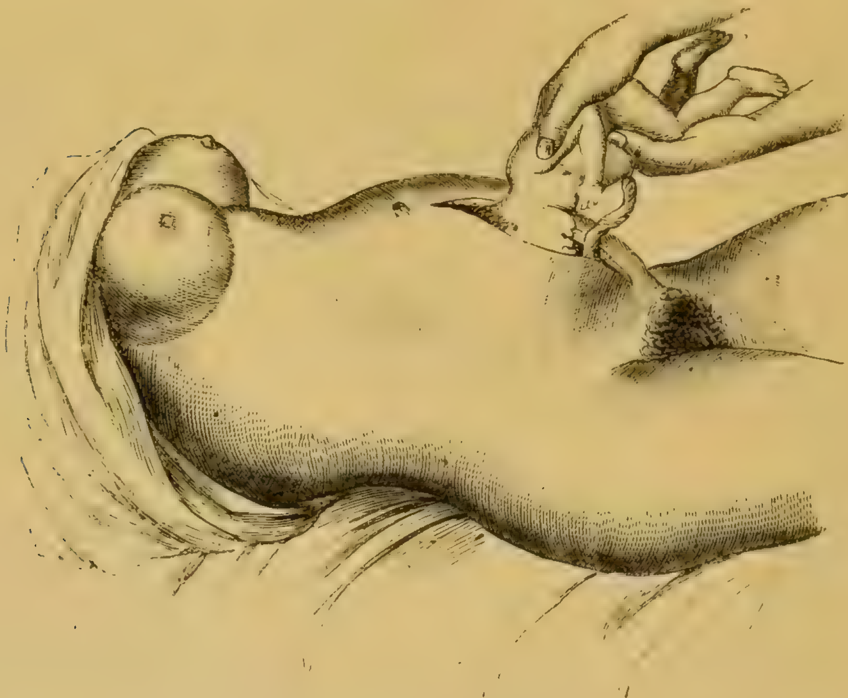


FIG. 240.—Extracción del niño por la operación cesárea.

los jurisconsultos condenan á muerte «á todo el que haya sepultado á la mujer preñada antes de extraerle su hijo, por haberle quitado (con la madre) la esperanza de vivir».

Según varios autores, la primera operación cesárea en una mujer viva se hizo en 1537, por orden de Enrique VIII, á Juana Seymour, cuando dió á luz á Eduardo VI; pero esto es un error: este príncipe vino al mundo naturalmente; su madre era de salud delicada y murió de inanición.

(1) Otros autores hacen derivar César de *Cæsaries*, que significa una hermosa cabellera.

La operación cesárea expone á la mujer á una peritonitis mortal, sobre todo en los grandes centros, donde se cuenta una mortalidad de veintinueve por cada treinta operadas; por eso, el profesor Pajot no teme calificar de asesinato con premeditación toda operación cesárea hecha en París á una mujer viva (1). Sacombe lo había dicho:

No asesinéis; haced como hizo Apolo:
abrid á una mujer muerta tan sólo (2).

En el campo y en las pequeñas poblaciones los resultados son menos desfavorables: por término medio, se salva una mujer de cada seis. Rousset refiere que una mujer, Godard, del Gâtinais, fué operada siete veces y no murió hasta la última; otra mujer, de la Frenaye (Sena Inferior), fué operada accidentalmente por un toro, de una cornada, y se restableció al cabo de seis semanas. El cirujano Desault refiere un hecho análogo ocurrido en San Sebastián durante una corrida de toros. Habiéndose hundido la plaza, un toro furioso se precipita sobre una mujer en cinta, y de una sola cornada, dice el autor de la *Luciniada*,

Rasgá vestido y vientre,
y de su seno salta
vivo el feto: la pelvis,
para nada le hace falta;
y su madre... ¡oh prodigio!
después de esta aventura,
no exigió más que vino
y un punto de sutura (3).

(1) El doctor Porro, de Pavía, acaba de hacer una importante modificación en la operación cesárea, que ha dado buenos resultados: consiste en extraer el útero, para evitar los accidentes debidos á la supuración de la herida hecha en este órgano.

(2) Imitez Apollon et n'assassinez pas
Pour ouvrir une femme, attendez son trépas.

(3) Perce ses vêtements, fend son ventre et son sein,
Le fœtus sort vivant sans franchir le bassin;
Et sa mère... ô prodige! après cette aventure,
N'eut besoin que de vin et d'un point de suture.

En cuanto á las probabilidades para el feto, son muy grandes si la operación se practica en vida de la madre, y disminuyen tanto más conforme se aleja del momento en que la mujer exhaló el último suspiro. Sin embargo, Millot ha citado el caso de un feto que se extrajo vivo al cabo de cuarenta y ocho horas.

Según nosotros, no debe practicarse la operación cesárea más que en dos circunstancias: primero, cuando una mujer en cinta de más de siete meses acaba de morir y es casi seguro que el feto vive; después, en el caso de extrema estrechez, si no ha podido provocarse el parto en tiempo útil, ó si no puede efectuarse por las vías naturales el fraccionamiento del feto. Somos completamente del parecer de Napoleón, que decía al célebre Dubois durante el laborioso parto de María Luisa: «*Sacrificad, si es necesario, el niño á la madre*».

Hasta cuando la mujer parece haber exhalado el último suspiro hay que operarla con tanto cuidado como si estuviese viva, porque podría hallarse en síncope ó letargía. Es decir, que la operación cesárea no debe hacerla más que un hombre del arte. Por eso no podríamos protestar bastante contra la doctrina del P. Debreyne, quien, para bautizar á un feto muerto las más de las veces, impulsa al sacerdote á que abra por sí mismo á la mujer en seguida de su defunción, si la presume en cinta, por lo menos de cuarenta días. «Armese con el signo de la cruz, dice, haga la sección con valor y confianza; su caridad le atraerá una doble recompensa de Dios, por haber extraído al feto de una estrecha prisión donde necesariamente habría de morir, y sobre todo por haberle conferido el bautismo. Será su padre espiritual, porque lo habrá regenerado en Jesucristo; será en cierto modo su madre, como dice Cangiamila, porque verdaderamente lo habrá dado á luz. Si muere el feto algún tiempo después de haber recibido el sacramento del bautismo, lo cual es bastante común, tendrá sin dilación en el cielo un protector poderoso que intercederá sin cesar por él ante Dios. ¡Qué motivo, pues, de alegría, de consuelo y de esperanza para vos, oh ministro y fiel servidor de Dios, el hallaros seguro de haber sido el instrumento inmediato de la salva-

ción eterna de un alma que sin esta sublime y valerosa abnegación, que la caridad os ha inspirado, jamás hubiera gozado en ver y poseer á Dios eternamente!» (*Mequiología sagrada*, 1874.)

He aquí el procedimiento operatorio aconsejado por el obispo Bouvier, en una obra para uso de los confesores, titulada: *Dissertatio in sextum decalogi præceptum et supplementum ad tractatum de matrimonio.* «Hágase una incisión de seis ó siete pulgadas de longitud en el lado más prominente... Es necesario que la incisión sea longitudinal y no transversal, porque se llega más directamente adonde está situado el feto y porque si acaso viviera todavía la mujer se cerraría la herida con más facilidad. Los cirujanos tienen instrumentos adecuados para esta clase de operaciones; *las demás personas, como no los tienen, deben servirse del que hayan á mano y les parezca más propio al efecto: la navaja de afeitar es el que mejor conviene.*»

Estos preceptos los aplica algunas veces el clero belga. Hace varios años, cuenta el *Arte médico* de Amberes, el cual registra á menudo hechos análogos, que en la villa de Zoersel sucumbió una joven soltera y fué considerada en cinta por el cura. Éste ordenó al padre de aquélla que en cuanto exhalase el postrer suspiro practicara la operación cesárea, dándole un cortaplumas. El infeliz padre no pudo resignarse á realizar este acto con el cuerpo de su hija y llamó á una matrona, que operó con una navaja barbera. La joven no estaba en cinta, é interrogada la comadrona por el juez de instrucción acerca de los signos que probaban que la mujer estaba muerta, respondió que *nada sabía...*

Más recientemente, un eclesiástico, vicario de Aertrycke, fué condenado por el Tribunal de apelación de Gante á un mes de prisión, por haber practicado asimismo la operación cesárea *post mórtem.* Pero esta sentencia fué casada oportunamente por el Tribunal Supremo, atendiendo á que este hecho constituía violación de un cadáver antes de sepultarle, hecho no previsto por la ley, y no violación de sepultura, según la ley vigente.

Los miembros del clero francés son más circunspectos [1].

Sin embargo, en 1878, en el departamento del Loire, un carnicero abrió, por invitación del párroco, á una mujer en cinta que parecía haber exhalado el último suspiro, y sólo fué condenado á una multa insignificante, por ejercicio ilegal de la cirugía.

[1] Y lo mismo los del clero español, sea dicho en verdad.

(*N. del T.*)

CAPÍTULO VI

DE LA LACTANCIA

La lactancia es el complemento de la preñez. Proporciona al recién nacido la leche, que es un alimento adecuado á la delicadeza de sus órganos.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LA LECHE

Diversas especies de leche.—La leche es el producto de secreción de las glándulas mamarias. Aparece en estos órganos por influjo de la preñez, pero no se vuelve abundante sino después del parto. Sin embargo, algunas veces se encuentra formada del todo en las tetillas de niños recién nacidos y en las de jóvenes vírgenes. «El año 1670, refiere Venette, vióse obligada la señora La Perère á salir de San Cristóbal y embarcarse para regresar á Francia. Tenía una niña de dos meses que criaba una nodriza. Después de darse á la vela, no habiendo hallado á dicha nodriza, que se había ocultado en el último momento y permanecido en tierra voluntariamente, vióse precisada á alimentar á su hija con bizcochos, azúcar y agua. Aquella niña no podía contentarse con tal alimento. Molestaba con sus gritos á todos los pasajeros, y aconsejaron á la madre que distrajera á su hija con la teta de una negra joven que la acompañaba; pero no bien la hubo mamado la niña durante dos días, cuando la hizo venir la leche suficiente para alimentarse.»

En las hembras de animales puede establecerse la lactancia fuera de la gestación; así es que las tetas de las perras se llenan de leche en el momento del celo.

También se ha encontrado leche en las tetillas de ciertos hombres y animales machos: el chivo de Lemnos crió con su leche á Aristóteles, dice la leyenda; la hija de Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire parece que fué criada de la misma manera. Bartholino habla de un hombre cuyas glándulas mamarias proporcionaban tan gran cantidad de leche, que con ella se hizo un queso. El labrador Lozano, según Humboldt, él mismo lactaba á su hijo. El obispo de Cork vió á un aldeano que, acabando de perder á su esposa, trató de calmar los gritos de su recién nacido dándole el pecho; apareció la leche con tal abundancia, que este niño no tomó ningún otro alimento durante varios meses. Dunglison cita un hombre de color, de cincuenta y cinco años de edad, que servía hacía largo tiempo de nodriza y al cual costó mucho trabajo retirarle la leche.

Después de la leche de mujer, que sólo se usa en la primera edad, el hombre hace frecuente consumo de la leche de vaca, de oveja, de burra y de yegua. A falta de éstas se utiliza la leche de camella en Africa, la de llama en América y la de rena en Laponia.

De todo el reino vegetal sólo un árbol, que crece en América, el *galactodendron utile*, llamado *árbol de la leche*, proporciona un líquido blanco análogo á la leche de los mamíferos.

En Alemania se emplea la *leche artificial* imaginada por Liebig. Este producto se compone de leche de vacas, harina de malta, harina de trigo, agua y bicarbonato de potasa; su inventor lo preconiza como succedáneo de la leche de mujer para los niños de pecho, después de haberlo experimentado con éxito en dos de sus hijos. Pero la Academia de Medicina de París fué menos afortunada en sus ensayos: alimentó exclusivamente con este producto á tres recién nacidos, que sucumbieron; por eso rechazó por unanimidad el uso de la *leche artificial*, por informe del doctor Depaul. Ricord, que presidía esta sesión, improvisó entonces el cuarteto siguiente:

Liebig quiere criar á nuestra infancia
con leche que á alemanes él receta,
mas Depaul nos advierte que aquí en Francia
quieren mejor los niños buena teta (1).

Caracteres físicos de la leche. Color.—La leche tiene un color blanco con reflejos irisados. Si está azulada, indica que le han quitado toda ó parte de su crema y añadido cierta cantidad de agua. Presenta excepcionalmente un matiz amarillo ó azul, debido á la presencia de un vibrión particular. Algunas veces está coloreada de rojo por la sangre que brota de los pezones, cuando se ordeña durante un tiempo demasiado largo; en la mujer, esta hemorragia se atribuye á la desviación de las reglas. La coloración rosada de la leche puede también depender de la presencia de un organismo microscópico.

Diversas plantas tienen además la propiedad de colorear la leche: la granza, de rojo; el pipirigallo, de azul; el azafrán y el *caltha palustris*, de amarillo.

Sabor y olor.—El sabor de la leche es azucarado. Pronto veremos que las leches de yegua y de burra son las que encierran mayor proporción de azucar; luego vienen, por orden decreciente, las de cabra, mujer, oveja y vaca.

El olor de la leche es peculiar de cada especie animal; ya se sabe cuán pronunciado es en las cabras, sobre todo en las de pelo negro. El principio odorífico de la leche se desprende principalmente bajo el influjo del calor. Commaille y Millón han podido aislarlo agitando leche de vaca con sulfuro de carbono, y su olor recuerda entonces al del forraje.

Ciertas sustancias ingeridas modifican el gusto y el aroma de la leche. Las tortas de simiente de lino y de colza le comunican un olor y un sabor desagradables; el eléboro le da un gusto de estiércol; el ranúnculo, acritud; el ajenjo, amargura, así como las alcachofas y las hojas de patata; las coles, el to-

(1) De son lait Liebig veut nourrir notre enfance,
Il prétend réussir chez ses jeunes Teutons;
Mais Depaul nous apprend que nos enfants de France
Se trouvent beaucoup mieux du bon lait de tetons.

millo, los puerros, las cebollas, el ajo, el nabo, los espárragos, las zanahorias y el anís le transmiten su aroma. Por la misma razón, las cualidades sápidas y olorosas de la leche dependen, sobre todo, de la naturaleza de los pastos.

Acción de la ebullición.—Sometida á la ebullición, la leche forma en su superficie una tenue película albuminosa, llamada *nata*, al paso que una parte de la albúmina se coagula en el fondo de la vasija y se adhiere á sus paredes.

Aunque la acción del calor no parece modificar sensiblemente la composición de la leche, sin embargo, este líquido es más difícil de digerir cuando está hervido, sin duda á causa de la gran cantidad de aire de que la ebullición le priva. Por eso no conviene dar á los niños recién nacidos sino leche recién ordeñada, cuya temperatura se eleva al baño-maría. Asimismo, la leche caliente es más indigesta que fría.

Acción del aire.—Abandonada la leche al contacto del aire, considerada, según ha sido, como una *sangre blanca* porque presenta más de una analogía con la sangre roja, sepárase como esta última en dos capas distintas: la capa superior es la *crema*, cuyo ascenso comienza después de algunos instantes de reposo y se completa al cabo de veinticuatro horas; la capa inferior se compone de *suero* ó *leche descremada*, es la parte única que las más de las veces se entrega al consumo del público.

Densidad de la leche.—La densidad de la leche varía, no sólo en cada especie animal, sino de un instante á otro en el mismo individuo. Según las investigaciones de Quevenne, es, por término medio, en la mujer 1032, representando por 1000 la del agua, y en la vaca está comprendida entre 1029 y 1033. Así, pues, puede afirmarse que toda leche que marque una densidad inferior al mínimum 1029 está adulterada.

Si se quita la crema, que sobrenada á causa de su ligereza, la leche aumenta de densidad; pero reemplazándola por una cantidad determinada de agua, cuya densidad es inferior á la de la leche, se obtiene una mezcla que se aproxima sensible-

mente á la densidad de la leche. Es una sustitución que no dejan de hacer los defraudadores.

La densidad de la leche se mide con ayuda de un instrumento llamado *lactodensímetro* (fig. 241); también indica, pero aproximadamente, las proporciones de agua que se han mezclado con la leche.



FIG. 241.

Lactodensímetro de MMr. Bouchardat y Quevenne.

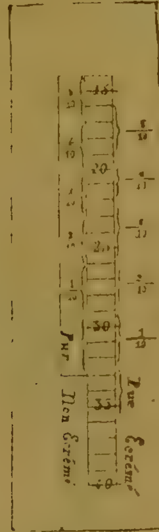


FIG. 242.—Graduación del lactodensímetro.

La columna media indica la densidad, poniendo 15 por 1,015, 20 por 1,020, etc.; la columna izquierda señala las proporciones de agua mezclada con una leche no descremada; la derecha da las mismas indicaciones respecto á la leche desnatada.

Caracteres microscópicos de la leche.—Examinada la leche al microscopio, se presenta bajo el aspecto de un líquido diáfano, que tiene en suspenso multitud de glóbulos grasientos, en número de más de un millón en cada gota de leche. Estos glóbulos (fig. 243) son los que dan á la leche su color opalino.

Como su densidad es más débil que la del vehículo que los

contiene, estos glóbulos tienden sin cesar á subir á la superficie y formar una capa más ó menos gruesa de crema. Por eso se recomienda agitar previamente la leche cuando se propone investigar el grado de pureza con el lactodensímetro.

En el estado normal, los glóbulos de grasa están aislados entre sí; pero, bajo la influencia del batido, se aglutinan unos con otros para constituir la *manteca*.

La riqueza de la leche se mide por el número de glóbulos de grasa que encierra; así es que el microscopio permite juzgar la calidad de una nodriza. También se aprecia la riqueza de la



FIG. 243.—Leche vista al microscopio.

leche determinando, por medio del *lactoscopo* (fig. 244), la cantidad de manteca que puede dar. Este instrumento se funda en el principio de que la leche es tanto más opaca cuantos más glóbulos de grasa contiene. Para hacer el ensayo de una leche, basta introducir cierta cantidad entre dos láminas de cristal que se apartan una de otra hasta que ya no se vea la luz de una bujía colocada á un metro de distancia. Un cuadro hecho por Bouchardat y Quevenne indica la relación de los grados del lactoscopo con el peso de la manteca. Así, una leche de buena calidad encierra 35 gramos de manteca por litro y señala 30 grados lactoscópicos. La leche de una excelente nodriza

debe llegar á 25 grados, que corresponden á 40 gramos de manteca por litro.

Examinando en los últimos meses del embarazo una gota de leche con el microscopio, se ve que contiene pocos glóbulos grasientos y un considerable número de *corpúsculos de calostro*. Estos corpúsculos particulares desaparecen por lo general en la mujer ocho días después del alumbramiento, y en la vaca veinte días solamente después del parto. Por eso la presencia

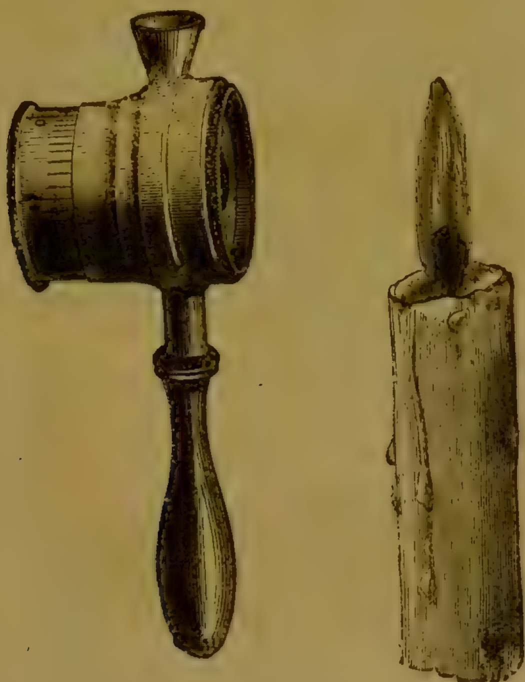


FIG. 244.—Lactoscopio de Donné.

del corpúsculo de calostro en la leche de una nodriza es indicio de una nueva preñez.

Además de los glóbulos de manteca y los corpúsculos de calostro puede encontrarse, en la leche de mujeres que padecen grietas en el pezón ó abscesos en el pecho, una cantidad más ó menos abundante de glóbulos de sangre (fig. 245) y de pus (figura 246). La comprobación de los glóbulos purulentos tiene importancia, porque si son muy numerosos se hacen perjudiciales para el niño y exigen se suprima la lactancia con el pecho enfermo.

Caracteres químicos de la leche.—La composición química de la leche, sin distinción de origen, nunca es idéntica, y las pro-

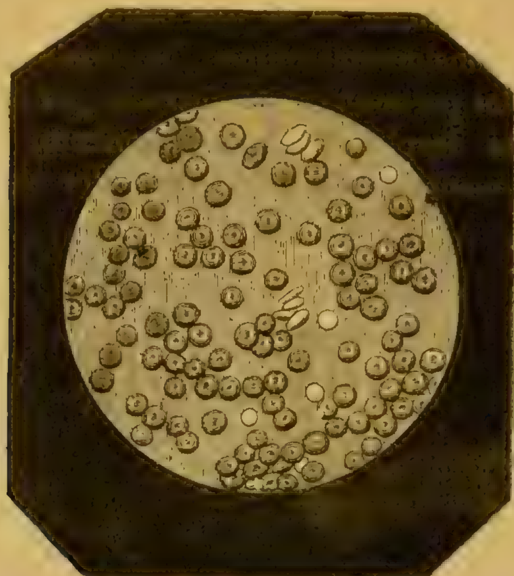


FIG. 245.—Glóbulos de sangre.

porciones de sus elementos constitutivos varía, como pronto



FIG. 246.—Glóbulos de pus.

veremos, según una multitud de circunstancias. Así, la leche es menos rica en glóbulos lácteos cuando se empieza que cuan-

do se acaba de ordeñar. Por eso los productores reservan esta última parte á la confección de la crema ó de la manteca y destinan la otra al consumo.

El análisis químico demuestra que la leche es un líquido alcalino, compuesto de una gran cantidad de agua, que tiene en suspensión glóbulos de *manteca* y en disolución *caseína*, *azúcar de leche ó lactosa* y *sales*. He aquí las proporciones medias en que estos diferentes principios concurren á formar la leche de la mujer y la de algunos animales domésticos cuya leche utiliza el hombre:

EN 100 PARTES	MANTECA	CASEÍNA	AZÚCAR	SALES	AGUA
Mujer	4.5	2	5	0.2	88
Vaca	4	3.6	5.5	0.4	86
Cabra	4	3	4	0,6	85
Oveja	5	8	4	0,7	83
Burra	1.5	2	6	0.5	90
Yegua	2.5	3	5.5	0.5	88
Perra	10	12	8	3	66

Este cuadro comparativo manifiesta que la leche de burra es la que más se parece á la leche de mujer. Pero como es difícil proporcionársela, se sustituye por leche de vaca ó de cabra en la alimentación de los recién nacidos.

Manteca.—La manteca está formada por la aglomeración de los glóbulos de grasa (fig. 243). Se obtiene batiendo la leche, mejor la crema, en aparatos especiales, como mantequeras, sirenas, etc. El suero líquido que queda en la mantequera, después de separarse la manteca, está formado de suero propiamente dicho y caseína. Este compuesto es, pues, todavía nutritivo, pero rápidamente fermentescible; de aquí su acción laxante sobre el organismo.

En la preparación de la manteca empléase de preferencia la

leche que se recoge al acabar de ordeñar, porque es la parte más rica en glóbulos de grasa. Esta particularidad justifica las críticas de MMr. Deyeux y Parmentier acerca de la distribución de leche de burra á domicilio con un fin terapéutico: «Supongamos, dicen estos sabios, tres enfermos á los cuales haya prescrito el médico leche pura de burra, por ejemplo, á la dosis de ocho onzas por la mañana, cantidad que esta hembra puede proporcionar cada vez que se la ordeña. Condúcese la burra á casa del primer enfermo y se saca la medida de leche que éste necesita; va en seguida á la del segundo enfermo y por fin á la del tercero, á los cuales se administra como al primero la dosis de leche prescrita en este caso; fácil es ver que el primer enfermo tomará la leche más serosa, al paso que el último no obtendrá, por decirlo así, más que la crema».

El color de la manteca de buena calidad es amarillo anaranjado. Si se quita el suero y la caseína interpuestos entre los glóbulos de grasa de la crema, presenta entonces un tinte pálido que hay costumbre de oscurecer con flores de caléndula, azafrán ú orellana.

La presencia del suero y de la caseína en la manteca determina la rápida alteración de este producto; por eso, para que se conserve, es preciso despojarla de estas sustancias, haciéndola fundir en baño-maría; también se puede amasar con sal, previamente desecada en la estufa, á fin de aumentar su poder higrométrico y retener en sus poros una proporción mayor de suero mezclado.

La manteca es un alimento respiratorio, con igual título que el azúcar, la fécula, el aceite y el alcohol. No tiene, pues, ningún valor nutritivo, y un animal exclusivamente alimentado con manteca no tarda en morir de hambre.

En el arte culinario la manteca sirve para realzar el gusto de las carnes. En terapéutica, Trousseau aconsejó incorporarla ciertos medicamentos, como el ioduro potásico y el cloruro de sodio ó sal marina, para hacerlos aceptar por los niños; extiéndese entonces la manteca así preparada en una rebanada de pan. Hace mucho tiempo que en el Japón los tísicos toman bolitas de manteca, y en Inglaterra se emplea como succedáneo

del aceite de hígado de bacalao la crema con vainilla, mezclada con cierta cantidad de ron ó de kirsch.

Azúcar de leche.—El azúcar de leche ó *lactosa* le da su sabor dulce. Sus proporciones aumentan bajo el influjo del régimen feculento; por eso la leche de los herbívoros contiene más azúcar que la de los carnívoros y omnívoros: así, la leche de vaca es más dulce que la de mujer.

La leche, como todas las sustancias azucaradas puestas en ciertas condiciones de temperatura, experimenta la fermentación alcohólica, es decir, se desdobla en gas ácido carbónico y en alcohol. Así es como preparan los lapones el *pinna* con la leche de rena y los kalmuckos el *kumis* con la leche de yegua. La destilación de esta última bebida fermentada produce el *rack*.

Antes de sufrir la fermentación alcohólica, la lactosa se cambia en ácido láctico. Esta transformación se verifica espontáneamente en la leche en contacto del aire y bajo el influjo de un tiempo cálido ó tempestuoso. Su consecuencia es volver ácida la reacción de este líquido y «coagularlo». Para impedir esta alteración tienen los arrendadores el cuidado, durante el calor del estío, de enfriar su leche en cuanto acaban de ordeñarla manteniéndola en agua fría. También retardan el desarrollo del ácido láctico añadiendo á la leche que debe viajar cierta cantidad de sal alcalina, llamada «conservadora», como el carbonato de potasa ó el bicarbonato sódico.

Precisamente la formación del ácido láctico es lo que vuelve irritantes las cataplasmas de miga de pan con leche al cabo de poco tiempo. Asimismo muchos médicos prohiben las inyecciones de leche en el interior del oído, porque permaneciendo en el conducto auditivo cierta cantidad de este líquido, sufre allí la fermentación láctea.

El azúcar de leche se fabrica en Suiza. Utilízanlo como excipiente los farmacéuticos, y lo emplean los homeópatas para hacer sus glóbulos inertes.

Caseína.—Ya sabemos que al contacto prolongado del aire sepárase la leche en dos capas: la crema y el suero. Más tarde.

bajo la influencia del ácido láctico que ulteriormente se desarrolla, divídese éste en una masa blanca gelatinosa, el *requesón*, y en un líquido límpido, ligeramente verdoso, el *suero*, en el seno del cual sobrenada aquel coágulo. Dícese entonces que la leche se cuaja.

El REQUESÓN está en esencia constituído por una sustancia nitrogenada, la *caseína* (de *caseum*, queso), que aprisiona como en una malla á los glóbulos de manteca.

El queso blanco, llamado *de nata*, no es otra cosa que el requesón procedente de la descomposición de la leche no descremada.

La caseína da sus cualidades nutritivas á la leche; abunda mucho más en la de vaca que en la de mujer: de aquí la conveniencia de cortar con agua la primera cuando debe servir para alimentar al recién nacido. Esta sustancia nitrogenada se mantiene en disolución en la leche merced á la presencia de la sosa que la vuelve alcalina, pero se precipita en cuanto esta base es neutralizada por un ácido. Por eso la acedera corta la leche, por el ácido oxálico que contiene. Asimismo, el jugo gástrico debe á su reacción ácida, y también á la pepsina que entra en su composición, la propiedad de transformar en el estómago la leche en queso. Varios autores prohiben el uso del café con leche porque, según ellos, la mezcla retardaría esta transformación.

Además de los ácidos, un gran número de sustancias tienen la propiedad de coagular la leche: por ejemplo, el alcohol, el tanino, el membrillo, las flores de alcachofa y del cardo. El pan de cuclillo, *pinguícula vulgaris*, posee, con la propiedad de precipitar la caseína, la de volver tan viscosa la leche que es posible estirarla en hilos. Parece que los daneses hacen uso diario de esta leche y la designan con el nombre de *talmjolk*. Pero de todas las sustancias, la más adecuada para cuajar la leche es el *cuajo* que se extrae del cuarto estómago de los rumiantes, al cual se le ha dado el nombre de *cuajar* precisamente á causa de esta particularidad. Es el producto que sirve, sobre todo, para descomponer la leche en la fabricación de los quesos. También precipitan la caseína las sales de cal y de barita, y la mayor

parte de las sales metálicas, con las que forma compuestos insolubles y por consiguiente inofensivos. De aquí el empleo de la leche para neutralizar los efectos tóxicos de estas sales en las intoxicaciones que provocan.

Por el contrario, la esencia de trementina y el ácido salicílico impiden la coagulación espontánea de la leche.

Sabemos que los lecheros retardan la descomposición de este líquido añadiendo una sal alcalina. La ebullición produce también el mismo resultado; por eso las cocineras, durante los calores del verano, toman la precaución de hacer hervir la leche que quieren conservar. Mr. Pasteur se funda en esta acción preservativa de la ebullición para explicar la coagulación de la leche por el desarrollo de vegetales microscópicos análogos á los de la levadura de cerveza y que una temperatura elevada tendría la propiedad de destruir.

El SUERO es un líquido verdoso que sirve de bebida en un gran número de pueblos; es, según Mr. Husson, el *serum lactis* de los latinos, el *buttermilch* de los alemanes, el *whey* de los ingleses, el *dogh* de los árabes, el *suero* de los españoles y el *vassla* de los suecos.

El suero es poco alimenticio, y en las granjas, una vez hecho el queso, se da aquél á los cerdos. Se ha preconizado su uso en el tratamiento de las afecciones nerviosas, y especialmente de la tisis pulmonar; pero á pesar de su boga y el número de las estaciones esparcidas en Francia, Suiza y Alemania, es muy dudosa la eficacia de esta cura.

Sales de la leche.—Ya hemos dicho que la leche debe su alcalinidad á la presencia de las sales de sosa que mantienen la caseína en disolución en este líquido. Además contiene cloruro de sodio, sal marina, que se encuentra en todos los humores de la economía, y fosfato de cal, que contribuye al desarrollo del esqueleto. Como esta sal se encuentra en elevada proporción en la leche de perra, á causa de la gran cantidad de huesos que absorbe la raza canina, se ha propuesto dar una perra por nodriza á los niños raquíticos. Parece, por otra par-

te, que estos animales se dejan fácilmente mamar por los recién nacidos; pero consideramos poco práctico el procedimiento.

Agua de la leche. Falsificaciones de ésta. — La proporción de agua contenida en la leche varía de una á otra vez que se ordeña. Los lecheros aprovechan esta particularidad para adulterar con agua la leche que entregan al consumo. En efecto, la principal y hasta la única falsificación de la leche consiste en quitar la crema y añadir cierta cantidad de agua de fuente. En cuanto á las demás sustancias extrañas que pasan por servir para adulterar la leche, como el yeso, el almidón, sesos de caballo, etc., rara vez se emplean, á causa de la dificultad de su incorporación, y sobre todo de la facilidad con que se descubre su presencia. Pero si los lecheros no tienen á su alcance sino un solo fraude, «el bautismo de la leche», es preciso confesar que estos industriales usan de él ampliamente. Así, ciertos años las falsificaciones de la leche figuran entre los delitos sometidos á los tribunales en la proporción del 79 por 100. Según Mr. Duquesnel, la leche que llega á París puede ser desnaturalizada: 1.°, por el ganadero; 2.°, por el proveedor que reune la leche para llevarla al depósito central; 3.°, por el director de este depósito; 4.°, por el consignatario en París; 5.°, por el carretero que la distribuye á domicilio; 6.°, por el expendedor al por menor.

Las frecuentes variaciones de la cantidad de agua en la leche pura obligan á las ordenanzas de policía á consentir á los comerciantes una tolerancia de 10 por 100; se puede añadir, pues, un litro de agua por 10 litros de leche sin temor de ser perseguido. Siendo esta proporción la que se encuentra normalmente en ciertas especies de vacas lecheras, y en particular las de Holanda, se ha elegido como máximum.

Las numerosas condenas por falsificación de la leche prueban la facilidad con que puede descubrirse este fraude; en efecto, el lactodensímetro da la densidad de la leche, el lactoscopio indica su riqueza en manteca y el sacarímetro la cantidad de azúcar que encierra.

De la cantidad de leche.—Una buena vaca lechera produce unos 10 litros de leche al día; la cabra uno y medio, y la burra 3 litros todo lo más.

Entre todas las influencias que modifican la cantidad de la leche, la más importante parece ser la variedad de la especie. Las buenas vacas suizas dan 22 litros de leche, y la raza inglesa de Teeswater hasta 30; las cabras maltesas, cuyas ubres arrastran por el suelo, dan habitualmente 10 litros.

En la mujer, Mr. Lampierre ha podido sacar cada dos horas de cada pecho 50 á 60 gramos de leche, ó sea 1.200 á 1.400 gramos en las veinticuatro horas. Pero el niño tiene un poder de aspiración menor que la ventosa empleada por este experimentador, y la cantidad que toma en cada mamada es muy inferior. Mr. Bouchaud ha reconocido que, en los niños que mamaban ocho á diez veces por día, el peso medio de cada mamada era de 60 á 80 gramos durante los cuatro primeros meses, y de 100 á 130 gramos después del quinto. La secreción mamaria de la mujer que lacta parece, pues, variar, según estos datos, entre 600 y 1.300 gramos al día. Esta cantidad es suficiente para un solo niño, al paso que dos no podrían satisfacerse con ella. Es preciso guardarse, pues, de confiar dos niños á la misma nodriza.

Para saber si la alimentación de un niño de pecho se verifica en buenas condiciones bastará pesarle antes y después de una mamada. Deberá comprobarse un aumento de peso en relación con las proporciones que acabamos de indicar.

Estimación de las cualidades de la leche.—De todos los medios que se emplean para apreciar las cualidades de la leche, el peso del niño es el que da los informes más exactos. En efecto, un recién nacido pesa alrededor de siete libras; su peso disminuye en los dos primeros días á causa de la evacuación del meconio y de la orina; pero del tercer día al quinto mes aumenta de 20 á 30 gramos en veinticuatro horas, al paso que en los siete meses siguientes no gana más que 10 á 15 gramos en el mismo tiempo. Si un niño sano no crece en las proporciones que acabamos de indicar, hay derecho para deducir de ello que

existe un vicio en su alimentación. Así es que la balanza es el *criterio* para apreciar el valor de una nodriza. La cuna pesa-niños, ideada por el doctor Groussín (fig. 247), tiene por objeto la misma comprobación. Recientemente el doctor Bouchut ha hecho construir por Galante un nuevo pesa-niños, cuya disposición general manifiesta la figura 248 en el momento de funcionar el aparato.

Modificación de la calidad y cantidad de la leche. Influencias físicas.—Toda excitación directa del pezón, como el mamar, provoca y activa la secreción de la leche; pero ésta desaparece

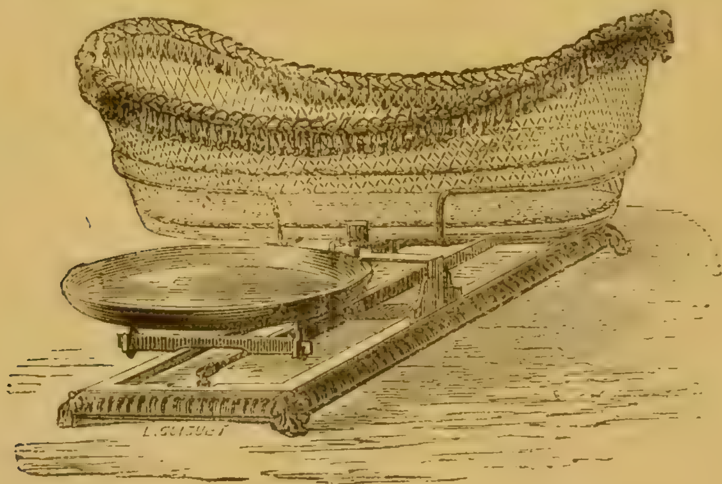


FIG. 247.—Cuna pesa-niños del doctor Groussín.

en cuanto cesa el estímulo físico de la glándula mamaria. Por eso el procedimiento más eficaz para suspender la lactancia consiste simplemente en apartar del seno al niño; «si las nodrizas, dice Rabelais, desisten de lactar á sus niños, pierden su leche». Es, pues, inútil para hacer «retirar la leche» recurrir á las sustancias llamadas antilácteas y á los medios empíricos equivalentes, tales como el collar de corcho con que se rodea el cuello de las gatas privadas de sus crías, el tubo de mercurio que Van Holsbeck aconseja suspender delante del pecho de la parida que lacta y la costumbre que tenían las mujeres en tiempo de Mauriceau de ponerse la camisa de su marido para «hacer huir la leche».



FIG. 248.—Pesa-niños del doctor Bouchut.

Dícese que un recién nacido «rejuvenece» una leche antigua ya porque mama con más avidez que la precedente cría, á la cual se da de comer en los últimos meses de la lactancia.

Muchas circunstancias prueban también la acción de los agentes físicos sobre la lactancia. Así, cuando cesa esta secreción, es fácil restablecerla aplicando la electricidad á los senos. Arán dice que en las islas del Cabo Verde se excitan las mamas al mismo tiempo que las partes genitales para provocar la secreción de la leche fuera del estado de preñez. Carlier citó un ejemplo de lactancia en un carnero, una de cuyas mamas era ordeñada con regularidad por un pastor. En fin, recordemos aquí otra vez los ejemplos de esas jóvenes vírgenes y hasta de esos hombres en los cuales repetidas succiones habían producido la secreción láctea.

Influencia de las sustancias medicamentosas ó de otra clase. — Ciertas sustancias, llamadas *galactopoyéticas*, pasan por aumentar la secreción láctea; otras, por el contrario, las *agalácticas*, tienen renombre por su acción inversa. Entre las primeras citaremos las remolachas, las patatas, las lentejas y también la cerveza, que obran sobre todo como alimento. En cuanto á la cascarilla, el hinojo, el mercurial, la pimpinela y las cataplasmas de hojas de ricino, su reputación es ciertamente usurpada. Lo mismo sucede con las sustancias supuestas antilácteas, como la menta, la yerba doncella, la caña de Provenza, el perejil, los linimentos alcanforados y otras. Mr. Coutenot, de Besançón, ha preconizado últimamente las fricciones con aceite de cañamón caliente como el agaláctico por excelencia; pero este práctico tiene tan poca confianza en su remedio, que recomienda se asocie con «un revulsivo intestinal ó una derivación sudorífica en la piel». Los purgantes y los sudoríficos son, en efecto, útiles coadyuvantes en esta circunstancia; favorecen la desingurgitación de los pechos, dirigiendo á otro órgano la fluxión mamaria. El iodo y los ioduros pueden también obrar como resolutivos. Pero, repitámoslo, el medio más seguro de hacer cesar la leche es que cesen las succiones.

Si, como acabamos de verlo, muy pocas sustancias tienen

una acción apreciable sobre la cantidad de la leche segregada, en cambio muchas modifican sensiblemente las cualidades de este líquido. Por ejemplo, sabemos que la materia colorante, el amargor y el aroma de ciertas plantas pasan á la leche. La graciola le comunica propiedades purgantes; la euforbia helioscopia, tan buscada por las cabras, y el tártago de mar la vuelven tóxica. El doctor Mackay observó en Malta, en la tripulación del *Marlborough* y del *Agamemnon*, varios casos de envenenamientos por esta última planta. También se encuentran en la leche gran número de sustancias medicamentosas absorbidas, como hierro, iodo, arsénico, sulfato de quinina, clorato potásico y sal marina. Así, Mr. Amadeo Latour ha fundado un régimen cloruro-lácteo para combatir el linfatismo, administrando cierta dosis de sal á las vacas, cuya leche utilizaba para este efecto. Por otra parte, MM. Damoiseau, Labourdette y Bouyer han instituído lecherías medicinales, donde entregan al consumo *leches medicamentosas* que obtienen mezclando productos farmacéuticos con el alimento de las vacas, burras, yeguas, ovejas y cabras sostenidas en sus establecimientos.

Cierto número de sustancias, por ejemplo las preparaciones mercuriales, que no se hallan en la leche, parecen ejercer, sin embargo, una influencia palpable sobre las propiedades de este líquido. Por eso Mr. Damoiseau mercurializaba burras, cuya leche destinaba á los niños sifilíticos. Igualmente, los alimentos ácidos y los crudos parece dan cólicos al niño. Las libaciones demasiado copiosas producen también convulsiones á los recién nacidos, aunque la leche no presenta ninguna huella de alcohol.

Influencia de las condiciones higiénicas.—De todas las condiciones higiénicas, la alimentación es la que modifica más activamente la secreción láctea. Esta es abundante, sobre todo después de las comidas, al paso que un alimento insuficiente la disminuye; de aquí la indicación de la dieta en las personas que quieren retirarse la leche. Una alimentación demasiado rica produce el mismo inconveniente por efecto de una producción exagerada de grasa, que se acumula en la glándula ma-

maria y dificulta sus funciones. Por eso una buena vaca lechera siempre es flaca y no engorda sino con detrimento de la cantidad de leche.

Como está demostrado que los herbívoros dan más leche que los carnívoros, pudiera creerse que el régimen vegetal es más favorable para la lactancia que el régimen animal; pero no sucede así. Este error cometió Rousseau, quien influído por esta engañosa analogía quería se prohibiese á las nodrizas el uso de la carne.

Tan saludable como es un ejercicio moderado para la mujer que cría, otro tanto le perjudican las fatigas excesivas. Los ganaderos no ignoran que las vacas que van á pacer pastos lejanos producen una leche menos rica en manteca que las que permanecen en el establo: «la leche se pierde en el camino», dicen.

Influencia de la edad y de la constitución.—La edad no ejerce influencia sensible sobre la composición de la leche. Una nodriza madura tiene á veces más hermosos los niños que cría que otra más joven. Kennedy ha citado una mujer que lactaba aún á los setenta y tres años. Lucas habla de una negra libre, María Dolores Villanueva, que después de haber criado catorce hijos de su amo, D. Manuel Facundo de Aguerro, conservó la leche hasta los ciento veinticuatro años.

Tampoco el temperamento y la constitución parecen ejercer una acción marcada en la lactancia. «Todo el mundo sabe, dice Bouchut, que ciertas mujeres que parecen débiles son, sin embargo, excelentes nodrizas, al paso que otras, muy robustas, tienen una leche poco abundante é indigesta.» Así, Mr. Lampierre ha observado una mujer de temperamento linfático que producía en las veinticuatro horas más de 2 kilogramos de le he, cuando el término medio ordinario fluctúa entre 1.200 y 1.400 gramos.

En contra de la idea admitida, la belleza de la dentadura y el color de los cabellos no tienen relación alguna con las cualidades lactíferas. Y lo mismo que se encuentran buenas lecheras entre las vacas negras ó blancas, rojas ó de color de trigo,

lo mismo se hallan excelentes nodrizas morenas, rubias ó rojas.

Influencia de la época de la lactancia.—La leche que se extrae de las mamas algunas horas después del parto ya sabemos que es un líquido viscoso, llamado *calostro*, que conviene mucho para el alimento del recién nacido. Asimismo, el *rezumo*, leche de la vaca recién parida, es impropio para la alimentación del hombre, aunque muy favorable para el ternerillo; por eso no debiera emplearse la leche para los usos domésticos sino de veinticinco á treinta días después del parto, pero los lecheros son menos escrupulosos y la entregan desde el primer día al consumo mezclándola con leche de diferentes procedencias. Hay muchos cólicos que no tienen otro origen.

El calostro no desaparece de la leche en la mujer hasta el fin del primer mes. La ordenanza de policía del 17 de diciembre de 1762 era, pues, demasiado rigurosa al prohibir á las nodrizas tomar cría en los siete meses siguientes á su alumbramiento.

La leche demasiado vieja disminuye, al mismo tiempo que deja de ser propia para la alimentación del recién nacido; pero es difícil asignar un límite preciso á la lactancia. Miguel Levy, por ejemplo, fija un año, mientras que Liegeois la lleva hasta el fin del segundo año; su duración varía, pues, según las mujeres. Así no es raro ver nodrizas que crían dos ó tres niños seguidos. Desormeaux cita una mujer en la cual duró la lactancia siete años, y la persona de quien hemos hecho mérito, según Kennedy, y que aun daba el pecho á los setenta y tres años, lactó durante cuarenta y siete consecutivos.

Conforme un error muy difundido en nuestros días, se acusa á la leche vieja de predisponer los niños á las erupciones que se designan por lo común con los nombres de *usagre ó costras de leche*.

Influencia de las funciones genitales. Relación conyugal. Embarazo. Reaparición de las reglas.—El único peligro de las re-

laciones sexuales para las nodrizas es la preñez que puede resultar de ellas; de otro modo, no tienen por sí mismas ninguna consecuencia perniciosa para las cualidades de la leche, á condición, sin embargo, de que no sean demasiado frecuentes. «La mujer que más quiero en este mundo, escribía el profesor Joubert en 1570, ha criado á todos mis hijos mientras ha tenido leche, y jamás he dejado por eso de acostarme con ella y hacerla el amor como un buen marido á su cara mitad, según el vínculo del matrimonio; y, á Dios gracias, nuestros hijos se han criado bien y sanos. No doy consejo á los demás que no tome para mí mismo.»

Por influjo de un nuevo embarazo se altera rápidamente la leche y tiende á pasar otra vez al estado de calostro. Es preciso, pues, suspender la lactancia en cuanto la gestación es cierta, ó, en caso de duda, aguardar al cuarto mes, época en la cual son percibidos por la madre los movimientos fetales. Por otra parte, el examen microscópico de la leche disipará toda incertidumbre, si se comprueban los glóbulos de calostro. La legislación antigua prohibía á las nodrizas en cinta lactar niños, pero nuestro Código es menos solícito para los recién nacidos y ni aun ha previsto este caso.

Sin embargo, pueden citarse numerosos ejemplos de mujeres que han amamantado con éxito á su hijo hasta el término de otro embarazo, pero estos casos son excepcionales. El parto no modifica menos la leche en los animales que en la especie humana. Así, cuando una vaca está preñada, va disminuyendo cada vez más la leche según se aproxima la época del parto.

La reaparición de las reglas, ó «retorno del parto», se verifica casi siempre seis semanas después del alumbramiento; luego, si la mujer cría, cesa la menstruación para restablecerse definitivamente hacia el sexto mes de la lactancia. A veces reaparecen las reglas más pronto, sin modificar por eso la secreción láctea. Por tanto no puede aceptarse sino con reserva la creencia, tan extendida, de que la menstruación prematura es motivo suficiente para cesar en la lactancia.

Las frecuentes pesadas del niño es lo único que puede resolver esta cuestión de una manera absoluta.

Influencias morbosas.—Entre las enfermedades agudas, unas modifican directamente la leche, como la ictericia, introduciendo en ella la materia colorante de la bilis; los abscesos mamarios, que la mezclan con pus, y la oftalmía de las vacas, que le comunican propiedades perniciosas; otras obran por la fiebre que las acompaña, y cuando se prolonga demasiado el estado febril hay necesidad de suspender la lactancia.

Las enfermedades crónicas y las diátesis parece que no ejercen ninguna acción nociva sobre la secreción láctea. Sin embargo, MMr. Peuch y Toussaint acaban de comunicar á la Academia de Medicina una serie de experiencias que les ha inducido á afirmar la posibilidad de transmitirse la tisis por la leche. Han dado á lechoncillos y conejos gachas hechas con leche de vaca tuberculosa, y al cabo de un tiempo variable han encontrado granulaciones en los pulmones de estos animales. Concíbese la importancia de esta cuestión, todavía no resuelta en la especie humana, pensando que en las ciudades la mayor parte de las vacas están tísicas. Por lo demás, es posible evitar todo peligro de transmisión no tomando la leche sino cocida.

Si es verdad que diferentes estados morbosos tienen una influencia notable sobre la lactancia, esta función puede, á su vez, determinar varias afecciones locales y generales, como las grietas del pezón, los infartos y abscesos mamarios, la anemia, la manía puerperal, la contractura de las extremidades ó tetanía de las nodrizas y hasta la tisis en las personas predispuestas. Puede también señalarse la *galactorrea*, que está caracterizada por un considerable flujo de leche. Noël Gueneau de Mussy ha observado una mujer afectada de esta anomalía funcional que tenía la mama izquierda atrofiada y con la derecha producía hasta siete litros de leche diarios.

Se da el nombre de «leche repartida» á las enfermedades que sobrevienen durante y hasta mucho tiempo después de la lactancia y que se atribuyen á pretendidas emigraciones de la leche en el organismo.

Influencias morales.—Las impresiones morales vivas actúan con frecuencia sobre la lactancia, y, según hace notar Vogel, la

glándula mamaria se parece en esto á la glándula lagrimal, que representa un papel en casi todos los grandes afectos del alma.

Las emociones gratas activan la secreción láctea. Así es que los gritos, ó sólo la vista del niño, hacen experimentar á la madre una sensación particular, conocida con el nombre de *golpe de la leche*. Igualmente la alegría que sienten las nodrizas al regresar á su país tiene por frecuente resultado el hacerlas segregar abundante leche, que el fastidio había suprimido. «Estas influencias morales, dice Liegeois, se ejercen también en los animales; gran número de hembras no dan leche sino á la vista de su cría, y Levaillant hasta asegura, en sus *Viajes por Africa*, que cuando muere el ternerillo se hace un maniquí con su piel y sirve para engañar á la vaca.» Sabido es que las vacas dan menos leche cuando las ordeña una mano extraña. Hasta la presencia de un visitante basta algunas veces para suspender de pronto la secreción de la leche.

Las impresiones tristes disminuyen la cantidad de la leche y alteran su calidad. Cítase un niño que fué atacado de convulsiones, y murió porque su madre le puso al pecho después de un violento acceso de cólera; otra mujer, yerta de terror al ver un incendio, perdió su hijo en las mismas condiciones. El doctor Hayn ha publicado la observación de una recién parida que, viendo entrar un agente de policía en su alcoba, se impresionó de un modo tan vivo que su hijo murió de repente por tenerlo al pecho. Parmentier y Deyeux citan el caso, no menos curioso, de una mujer afectada de ataques de nervios, en la cual después de cada crisis la leche se volvía viscosa como clara de huevo. En fin, todos los tratados de fisiología mencionan á una señora de un carácter irascible que perdió sucesivamente diez hijos y no conservó la vida del undécimo sino dándolo á una nodriza.

En las personas impresionables, basta una sensación que desagrade para suspender momentáneamente la secreción láctea: Siebold conoció á una mujer en la cual producía este efecto el olor del alcanfor. Estos diversos ejemplos prueban demasiado la acción de las influencias psíquicas en la secreción láctea; sin embargo, no hay que creer, como por lo común se

hace, que la menor contrariedad perturba la leche. Otra preocupación, no menos general, pretende que el carácter de la nodriza, sus inclinaciones y sus gustos se transmiten por la leche al niño que cría; pues bien, nada hay menos exacto que esto. ¿Tiene la cabra la propiedad de comunicar su humor caprichoso y turbulento á las personas que hacen uso de su leche? Los antiguos participaban de este error, y atribuían la ferocidad de Calígula, la crueldad de Nerón, la embriaguez de Tiberio y la tendencia al robo de Remo y Rómulo á la leche de sus nodrizas.

Usos de la leche.—La leche es un alimento completo, es decir, que contiene todos los elementos propios para asegurar la alimentación y el desarrollo de los seres animados: los elementos *plásticos* están representados por la caseína; los elementos *respiratorios* por la manteca y la lactosa, y los elementos *minerales* por los fosfatos, cloruros, carbonatos, etc. Por eso los animales jóvenes y los niños pueden alimentarse exclusivamente de leche durante los primeros tiempos de su existencia. Varios ejemplos bien sabidos prueban asimismo que puede bastar para la nutrición de los adultos y de los viejos, como el griego Cimón y aquella madre de que habla Valerio Máximo, que fueron lactados por sus propias hijas. Plinio y otros autores antiguos mencionan pueblos que sólo vivían de leche; los poetas la han hecho el principal alimento de la edad de oro. Los *clísteres nutritivos* de leche, que se administran desde Abenzoard en los casos en que no es posible la alimentación normal, y la *dieta láctea*, á que se someten ciertos enfermos durante varios meses y hasta años, demuestran también que basta la leche para el sostenimiento de la vida.

La leche se utiliza como agente terapéutico en multitud de enfermedades, pero sobre todo conviene en las afecciones cancerosas y ulcerativas del estómago y de los intestinos, en la disentería y en la dispepsia ácida. Además se ha preconizado contra la hidropesía, pero sólo es eficaz si no depende de la albuminuria. Sin duda no se hallaba en este caso la hidropesía de Mazarino, quien, según estas palabras de Guy Patín, no pa-

recía sentir buenos efectos con el régimen lácteo: «En fin lo sabemos, escribía este médico, está hidrópico, bebe leche y no se cura».

La leche se emplea también con ventaja en el linfatismo y en las afecciones de las vías respiratorias, ya en estado natural, ya en el de suero, kumis, manteca salada ó crema preparada para sustituir al aceite de hígado de bacalao. Hay costumbre de administrarla en todos los envenenamientos; pero, aparte de ciertos venenos como el plomo, sulfato de zinc y nuez vómica, cuyos efectos parece neutralizar, es muy hipotética su eficacia como antídoto universal. En América se ha ensayado reemplazar la transfusión de la sangre por las inyecciones intravenosas de leche, pero todas estas tentativas han fracasado.

Merced á sus propiedades emolientes, empléase con frecuencia la leche para uso externo en lociones, colirios, gargarismos, cataplasmas, baños locales y hasta generales. Para proporcionarse este último capricho, Darío hacía siempre que le siguiera un rebaño de burras. Las señoras romanas también tomaban baños de leche para conservar la frescura del cutis.

La leche de burra se recomienda á las personas debilitadas por la edad ó las enfermedades. Parece que el primero que la tomó en Francia como agente terapéutico fué Francisco I, por consejo de un médico judío que hizo llamar de Constantinopla. «cuando, hallándose muy débil y muy molesto, los médicos franceses no encontraban medio alguno de restablecerle». Este remedio, dice la crónica, mejoró tan rápidamente la salud del monarca, que todos los cortesanos y las damas de la Corte se apresuraron á seguir el mismo régimen á poco que creyesen necesitarlo.

Guy Patín era muy entusiasta por la leche de burra; cita viejos que debieron á su empleo el vivir más de noventa años.

Por otra parte, hace mucho que se usa la leche de burra en el tratamiento de la tisis pulmonar. «Ciertamente, no veo ningún mal, dice Fonssagrives, en que se use la leche de burra, á condición de no considerar este inofensivo medio más que como un elemento muy accesorio del tratamiento de las enfermedades graves; pero esta leche es cara, y cuando veo á enfermos

del pecho pobres imponerse pesados sacrificios pecuniarios para pagar su taza cotidiana de leche de burra, me digo que convertido este dinero en bifteclks ó en carreras de coche tendría para ellos una utilidad más efectiva.»

La leche de mujer se ha aconsejado en los mismos casos que la leche de burra. Baumes asegura que un inglés en último grado de tisis tomó sucesivamente dos nodrizas y se curó en cuatro meses y medio. Otros médicos han preconizado la leche de mujer para los hombres extenuados. Pero, como hace notar Tissot, ¿no excitaría el vaso deseos que se trata de amortiguar y no habría exposición á ver renovarse la aventura del príncipe cuya historia nos ha transmitido Capivaccio? Diéronle dos nodrizas; produjo tan buen efecto la leche, que las puso en estado de proporcionársela más fresca al cabo de nueve meses.

Para combatir el envenenamiento por las cantáridas recomendaba Aecio la leche de mujer, tomada directamente de los pechos.

ARTÍCULO II

DE LA LACTANCIA

Distínguese varias especies de lactancia: 1.º, *lactancia materna*; 2.º, *lactancia extraña*; 3.º, *lactancia artificial.*

Lactancia materna.—La lactancia materna es la más conforme con los designios de la naturaleza.

¿Para qué ese blanco seno,
sin esa boca rosada? (1)

ha dicho el poeta. «Llenando de leche el seno de las madres, escribe Plutarco, enseña la naturaleza que deben alimentar por sí mismas al hijo que acaban de dar á luz.» «La mujer, dice también Marco Aurelio, citado por A. Pareo, es media madre por parir y media madre por criar al fruto de su vientre; de

(1) A quoi bon ce sein blanc sans cette bouche rose.

suerte que puede llamarse *madre entera* cuando pare y cría á sus hijos con sus propios pechos.» La que cría, dice también un adagio latino, es más madre que la que engendró: *Quæ lactat, mater magis quam quæ genuit.* Y se comprende que el bastardo d'Alembert haya escrito: «Mi verdadera madre es la que me ha nutrido con su leche, no conozco otra». Tito Livio refiere que al volver Graco victorioso á Roma ve en las murallas á su madre y á su nodriza: échase primero en brazos de ésta y le da como presente un rico collar de oro, al paso que sólo ofrece á su madre un simple anillo de plata. En Oriente se reconoce un grado de parentesco entre los niños que tienen la misma nodriza, y en Francia se consideran como *hermanos* ó *hermanas de leche.*

En efecto, lactar al hijo que se ha dado á luz ¿no es el primer deber de la maternidad? Cierto es que el cumplimiento de esta obligación no está exento de cuidados: trae consigo grandes fatigas é innumerables sacrificios; con frecuencia, diga lo que quiera Rousseau, puede comprometer seriamente la salud, y más de una madre ha podido exclamar con Andrómaca:

¡Hijo, cuán caro cuestas á tu madre! (1)

pero es un fecundo manantial de goces inefables que ayudan á soportar esas penosas pruebas.

Lorenzo Joubert hizo una descripción á la vez sencilla y encantadora de los placeres que proporciona la lactancia. «¿Hay, dice el médico de Enrique III, primavera semejante á la que da un niño que acaricia y halaga á su nodriza al mamar, cuando con una mano descubre el otro seno y con la otra la coge sus cabellos ó su cuello jugando, cuando da puntapiés á quien quiere cambiarle de postura y en el mismo instante echa, con sus graciosos ojuelos, mil sonrisitas y guiñadas á su nodriza? ¡Qué placer el verle despechado y fosco por una nonada! ¡Qué gozo escuchar las locuras de los niñitos y ver sus monerías!... ¿No es una dicha y un entretenimiento cuando no quieren

(1) O mon fils, que tes jours coûtent cher à ta mère!

abandonar á su madre y nodriza y rehusan ir con otra persona, cualquiera que sea el presente ó el halago que se les quiera hacer, cuando no quieren permitir que su nodriza acaricie en su presencia á otro niño ó le dé de mamar? Este gran amor, mezclado con envidia, es tan regocijado y grato que roba el corazón á una nodriza si es de buen natural, humana y graciosa, de tal manera que no ama mucho más á sus propios hijos que al extraño á quien cría. ¿Y qué será si la misma madre es su nodriza? Si os recreáis con lo que otro ha hecho, como un libro, una pintura ú otra cosa de artificio, ¿cuánto más sucederá con lo que ha salido de vuestro espíritu? Sin duda, el amor y el placer redoblan con respecto á las madres que crían á sus hijos. Porque, por el contrario, Dios permite muchas veces que los niños amen más á su nodriza que á su madre.»

Aparte de las satisfacciones morales que procura, la lactancia materna tiene sobre la extraña la ventaja de convenir mejor para la constitución del niño. Andral ha visto nodrizas que daban convulsiones á todos los niños que criaban, mientras sus propios hijos estaban exentos de toda dolencia. Además, la madre velará mejor que una mercenaria por todos los cuidados de limpieza y las necesidades de su hijo: «la solicitud maternal no se suple», ha dicho con razón J.-J. Rousseau.

Pero es menester reconocerlo, demasiadas mujeres tratan de eludir todas las cargas del hogar doméstico; «tomarían de buena gana si se pudiera, dice Guepín, una mujer de alquiler para dar á luz á su hijo». La indiferencia y el egoísmo vencen todas las razones fisiológicas y sociales que militan á favor de la lactancia materna, y las mujeres prefieren seguir los consejos de la Armanda de *Las mujeres sabias:*

Del ordinario vulgo deja al ocio
la baja diversión de este negocio (1).

Las observaciones del autor de *Emilio* sobre el mismo asunto son todavía exactas en nuestra época. «He visto algunas ve-

(1) Laissez aux gens grossiers, aux personnes vulgaires,
Les bas amusements de ces sortes d'affaires.

ces, dice este filósofo, la pequeña maniobra de las jóvenes esposas que fingen querer criar á sus hijos. Saben hacerse rogar que renuncien á este capricho: se hace intervenir astutamente á los esposos, á los médicos, sobre todo á las madres. Un marido que osara consentir que su mujer criase á su hijo sería hombre perdido: se le acusaría de asesino que quiere deshacerse de ella. Marido prudente, hay que inmolar ante la paz el amor paternal.»

Uno de los más hermosos títulos de gloria de Rousseau es quizá el haber defendido con ardor la lactancia materna contra las preocupaciones de su tiempo. Franklin se ocupaba también de esta cuestión con la mayor solicitud, y en el testamento de Fortunato Ricard tuvo la idea de legar, por una cláusula especial, dos mil millones para primas á la lactancia materna. Pero, ¿qué debemos pensar de esos filósofos, como Van Helmont y Stahl, que consideran la leche como un alimento insuficiente y aconsejan el caldo desde los primeros días del nacimiento? Zimmerman luchó en vano contra estas funestas doctrinas, lo que le hacía decir «que sería más fácil transportar los Alpes á las vastas planicies del Asia que desengañar á una mujer sin seso».

Entre los antiguos parece haber sido más honrada la lactancia materna que en nuestros días ([1]); era porque temían que sus hijos adquirieran con la leche las inclinaciones de una nodriza cuyas costumbres y cuyo carácter ignoraban. A propósito de Catón el Censor, escribió Plutarco: «Jamás el asunto más apremiante, á menos que no concerniera á la República, le impedía estar junto á su mujer cuando ésta lavaba y empañaba á su hijo, á quien criaba con su leche».

En la Edad Media estaba aún muy difundida la costumbre de criar á su hijo, hasta en las clases más elevadas, como lo prueba esta anécdota que tomamos de Varillas: «La reina Blanca quiso ser nodriza de su hijo, y como es tan difícil eximirse de ser celoso de lo que mucho se ama, no pudo sufrir

([1]) Sin embargo, esta costumbre no era general, puesto que Julio César reprochaba á las matronas romanas el llevar en brazos monos y perros, al paso que confiaban sus hijos á nodrizas mercenarias.

que San Luis tomara otra leche que la suya. Un día (1214) que la reina estaba con el mayor ardor de un acceso de fiebre que duró extraordinariamente, una señora de calidad que por agradarla ó imitarla criaba también á su hijo, viendo al pequeño Luis llorar de sed se entrometió á darle el pecho. Al salir la reina de su acceso pidió su hijo y le presentó el suyo; pero el pequeño Luis no lo quiso, ya estuviera completamente satisfecho, ya le diera asco una leche requemada, después de haberla tomado tan fresca como la necesitaba. No era difícil adivinar la causa de esto, y la reina la sospechó desde luego. Fingió hallarse obligada á dar las gracias á la persona á quien era deudora del buen servicio hecho á su hijo durante su mal, y la señora, creyendo hacer algo grato, confesó que la habían conmovido tan sensiblemente las lágrimas del pequeño Luis, que no pudo menos de ponerlas remedio. Pero en vez de contestar, la reina la miró con aire desdeñoso, y metiendo con fuerza su dedo en la boca del niño, obligóle á vomitar la leche que tomara. Esta violencia asombró á cuantos la vieron; para hacerla cesar, dijo la reina: No puedo transigir con que otra mujer tenga derecho á disputarme la cualidad de madre».

Por lo demás, San Luis fué el único rey de Francia que no tuvo nodriza. Cítase también á Felipe, duque de Orleans, regente de Francia, que fué lactado por su madre Carlota Isabel de Baviera. En la actualidad, la señora condesa de París dió el buen ejemplo de criar á su último hijo, el príncipe Jacobo.

Hay, sin embargo, circunstancias en que, aun deseando cumplir las mujeres su deber de madre, vense obligadas á renunciar á la lactancia: por ejemplo, en los casos de labio leporino en el niño, de conformación viciosa del pezón, de absceso de la mama, de enfermedad intercurrente ó debilidad constitucional; «y en cuanto á mí, dice Rousseau, también pienso que vale más que el niño mame la leche de una nodriza sana que de una madre enferma, si hubiera de temer algún daño de la misma sangre que le ha formado».

La precocidad de la erupción dentaria es también un obstáculo para la lactancia al pecho. Así, con Luis XIV, que vino con dientes al mundo, hubo que cambiar varias veces de no-

driza á causa de los mordiscos que las daba, y no, como pretende Dionis, porque este príncipe tenía un gran apetito.

En fin, en los casos en que la madre tuviera dos gemelos, hará bien en no conservar más que uno y confiar el otro á una nodriza: alternando todos los meses con ésta, guardará igual afecto á sus hijos.

Higiene de la lactancia.—Es una mala costumbre, muy común en Inglaterra, la de no poner al pecho el niño hasta después de la *fiebre láctea;* la cual sabido es que sobreviene al ter-

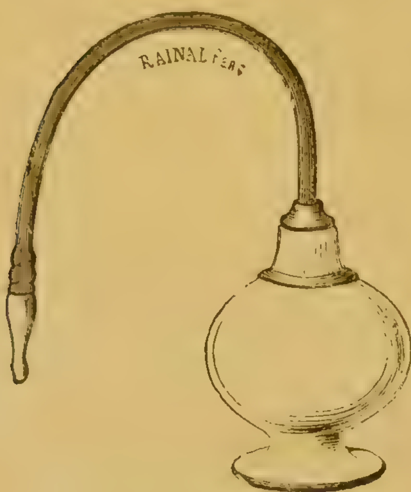


FIG. 249.—Mamantona.



FIG. 250.—Pipeta de cristal.

cer día y sólo dura algunas horas, «semejante, dice Mauriceau, á fuego de paja, que no bien se enciende luego se apaga». Por el contrario, debe presentarse el pecho lo antes posible, cuatro ó cinco horas después de expulsar las secundinas, á fin de evitar el infarto de aquel órgano y para que el recién nacido tome el calostro, que con su acción laxante facilita la expulsión de las mucosidades intestinales. El calostro tiene además propiedades nutritivas que es útil hacer aproveche el niño. Boerhaave llega hasta pretender, después de haberlo experimentado en sí mismo, que el calostro contiene principios asimilables en cantidad bastante grande para sostener á hombres muy robustos.

Ya hemos dicho que, si el pezón se agrieta y provoca dolo-

res demasiado vivos, es preciso recurrir á las *pezoneras* artificiales, terminadas por un sombrerete de cautchuc ó de corcho, ó por una teta de vaca. Cuando el pezón es muy corto y como hundido en la glándula mamaria, se desarrollará por medio de una pipeta (figs. 249 y 250), de una ventosa especial (fig. 251) ó de una bomba mamaria (mamantona). Las fauces de un perrito, la boca de un recién nacido de más tiempo ó la de una persona sana pueden prestar el mismo servicio. Bouchut desea que

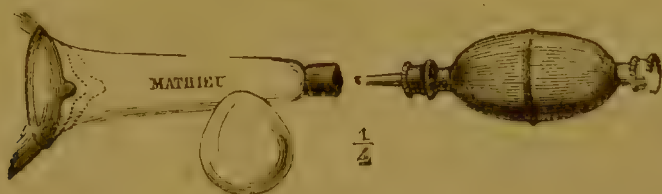


FIG. 251.—Mamantona de aspiración vibratoria, del doctor Mattón.

se comprometa al marido á ocupar el puesto de su hijo. «Esta es, dice Vogel, una proposición que nunca hice hasta ahora, y dudo se hallen en Alemania muchos maridos lo suficiente ga-

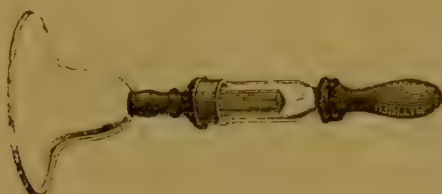


FIG. 252.—Pezonera de válvula para la lactancia de las nodrizas sifilíticas, del doctor A. Fournier.

lantes para prestar á la mujer un servicio de esta naturaleza.» Será fácil evitar estos inconvenientes siguiendo el consejo de Trousseau, que recomendaba á las madres jóvenes modelen el pezón desde el séptimo mes del embarazo.

Los diversos medios que acabamos de indicar pueden servir también para extraer la leche cuando los pechos están infartados.

El doctor A. Fournier ha hecho construir por Mr. Mathieu una pezonera especial (fig. 252) para permitir que las nodrizas sifilíticas lacten á un niño sano, y recíprocamente, sin temor

al contagio. Pero, en uno y otro caso, más cuerdo será recurrir á la lactancia artificial.

Para el recién nacido, como para el adulto, la regularidad en la toma de alimento es condición esencial para una buena salud; el seno deberá presentarse con intervalos regulares y variables según la edad del niño. En los dos primeros meses del nacimiento se dará de mamar cada tres ó cuatro horas. Por la noche no se dará teta sino una ó dos veces; la recomendación hecha por Fonssagrives, de suspender la lactancia desde las once de la noche hasta las cinco de la madrugada, nos parece impracticable.

Un hábito contra el cual todo cuanto se diga es poco, consiste en dar el pecho al niño á cada instante para acallar sus gritos; obrando así se recarga en exceso su estómago y se le expone á frecuentes indigestiones. Basta que se dé de mamar cada dos ó tres horas.

En cuanto á las regurgitaciones de los recién nacidos bien reglados, no tienen gravedad alguna; de aquí el dicho de las nodrizas, que sin embargo no debe generalizarse demasiado: *niño que vomita, niño que engorda* (1). Sean estos vómitos inofensivos ó sean sintomáticos de una afección intestinal, pueden manifestarse durante el sueño; por eso recomiéndase no acostar nunca á los niños sobre el dorso y con la cabeza baja, por temor á que la leche cuajada penetre en las vías respiratorias y determine la asfixia. Debe colocarse del lado derecho y no del izquierdo. «Si se echa, dice Vogel, á un niño sobre el costado izquierdo mientras mama ó poco tiempo después, pónese de ordinario inquieto y acaba por vomitar : lo cual parece depender del peso y considerables dimensiones del hígado, que en esta postura ejerce compresión sobre el estómago. De aquí resulta que los niños cogen con más facilidad el pecho izquierdo, que se les dé éste con mayor frecuencia y que contenga más leche que el derecho. Lo que parece dar mayor verosimilitud á esta

(1) "Porque, dice Santiago Duval, aquellos á quienes Dios ha querido favorecer con una naturaleza tan fuerte que les induce á expeler por vómito lo que se les da en demasía y con exceso, evitan la opresión que se les hace por inadvertencia y se ponen mejor.„

explicación, es que niños que se resisten tenazmente á tomar el pecho derecho lo aceptan casi siempre sin la menor resistencia en cuanto la madre les coloca con las piernecitas bajo el brazo derecho, de modo que mamen echados sobre el flanco derecho.»

Varios autores atribuyen la inferioridad en fuerza y acción del miembro superior izquierdo á la costumbre que tienen las nodrizas de llevar los niños al lado derecho. En efecto, esta actitud permitiría al brazo derecho del niño moverse libremente, al paso que el izquierdo estaría dificultado en sus movimientos y desarrollo por el pecho de la nodriza. Pero este aserto se funda en un error de observación, porque las nodrizas se sirven más á gusto del brazo derecho que del izquierdo, y como ha hecho observar Malgaigne, la preferencia que otorgamos á la mano derecha es puramente instintiva; tiene su causa en la misma organización y no en la educación de la primera infancia.

En lo que concierne á la higiene de la madre que lacta, recordaremos las indicaciones antes detalladas: deberá evitar las transgresiones de régimen, las grandes fatigas y todas las afecciones morales vivas que pueden perturbar la lactancia. Se tomarán sin inconveniente los baños templados, los de río ó los de mar.

En cuanto á las relaciones sexuales, ciertos médicos las prohiben á las nodrizas, al paso que otros las permiten, á condición, sin embargo, de que no abusen de ellas. «Algunos, dice el autor del *Tratado de los hermafroditas*, prohiben al pie de la letra que las nodrizas de sus hijos se acerquen á sus maridos, por temor de que perturben la leche y se pongan demasiado enardecidas. Lo cual, sin embargo, no debe entenderse en todo su rigor, porque la nodriza que sea de buena naturaleza, jovial, gallarda, con deseo de ayuntarse con su marido, si siente que se le niega esto totalmente, se calienta de tal modo que la leche se gasta, requema y huele á cabrío, por lo cual se vuelve más mala y perniciosa; pero cuando se ha deleitado con algunos regulares abrazos, se vuelve más modesta, tranquila y de mejor temple. La leche es mejor, más dulce, agradable y conveniente para la salud del niño. Puede sobrevenir la concepción, es verdad; pero llegado el caso, vale más cambiar de no-

driza que hacer mamar al niño recalentamientos y leche con olor á cabrío, con lo cual peligran la vida y las costumbres, lo mismo que mamando leche de una mujer libidinosa ó borracha, á quien hay que despedir incontinenti que se la reconoce como tal.»

En cuanto á las mujeres que quieren llevar de frente los deberes maternales y los placeres mundanos, y que dan, como lo he visto, el pecho entre dos contradanzas, preferible es, con provecho de su hijo y también de su propia salud, que abandonen á extrañas un cometido que tan mal desempeñan. «La buena salud, dice Desessartz, la alegría, las caricias de su hijo: he aquí los espectáculos, los bailes y las fiestas de una buena madre.»

Lactancia extraña.—Cuando una madre no puede ó no quiere criar á su hijo, debe recurrir á la lactancia mercenaria; «dos palabras, dice Donné, que claman al verse juntas». Las nodrizas encargadas de este cuidado son de dos clases: las nodrizas en el domicilio paterno y las nodrizas en su pueblo. Las primeras son menos malas que las otras, porque pueden vigilarse más fácilmente.

En cuanto á los niños enviados á pueblo corren con excesiva frecuencia el riesgo de no regresar de él, porque se exponen á los mayores peligros: primero, á la posibilidad de una sustitución, y para evitar este engaño era por lo que los romanos ponían al cuello á los recién nacidos un collar llamado *crepundia* (juguetes de niños); después á las enfermedades del aparato respiratorio, sobre todo durante el viaje en tercera clase; á las afecciones de la piel por falta de limpieza, y á las hernias por dejar que los pobres niños griten en su cuna; en fin, á las inflamaciones del intestino por el uso abusivo de alimentos groseros é indigestos, sustituídos á la leche de la nodriza que la reserva para su propio hijo. Así se explica la espantosa mortalidad de los recién nacidos entregados á nodrizas del campo. En el cantón de Nogent-le-Rotrou hubo, en 1858 y 1859, 753 defunciones entre 1.775 niños enviados á criar por las oficinas de París.

Para remediar esta verdadera hecatombe nombráronse en todos los municipios, en cumplimiento de la *Ley Roussel*, promulgada en 23 de diciembre de 1874, médicos y personas notables con el cargo de inspeccionar á los niños menores de dos años confiados á las nodrizas. Pero estas precauciones son insuficientes y hasta ahora han dado sólo medianos resultados, porque es imposible ejercer una vigilancia formal. Sería mucho más preferible, según han propuesto MMr. Blache y Odier, hacer pesar al niño cada ocho días en la alcaldía á presencia del médico de la localidad. Además debiera imponerse multas y ciertas penas á las nodrizas que no cumplieren con su deber y recompensar á las otras.

Como observa acertadamente el doctor Declat, en la *Higiene de los niños recién nacidos*, en tiempo de Luis XIV se protegía más que ahora á los niños puestos en nodriza. Así, una orden de enero de 1715 dice: «Interesado siempre el bien del Estado en la conservación y educación de los niños, no hemos creído indigno de nuestra atención el procurar nosotros mismos por una parte tan importante de la policía... Prohibimos á las nodrizas tengan dos niños al mismo tiempo para criar, so pena de látigo contra la nodriza, 50 libras de multa al marido y privación del salario debido por uno y otro niño. Prohibimos, bajo pena de castigo corporal, á todas las nodrizas en cinta que tomen niños para criarlos, y 50 libras de multa á los maridos. Excitamos á las nodrizas á que cuiden de los niños que lactan, y en el caso de que se probara que éstos hubiesen perecido por causa de ellas, mandamos sufran la pena según el rigor de nuestras ordenanzas. A fin de obviar el abuso practicado por algunas nodrizas de acostar á los niños en su lecho, por lo cual se han encontrado algunos ahogados ó estropeados, las ordenamos tengan una cuna para colocar al niño en ella y aparejarla á sus expensas; prohibimos á las susodichas nodrizas pongan de ahora en adelante los niños que crían junto á ellas en su lecho, así como colocar varios niños de teta ú otros en la misma cuna, bajo pena de 50 libras de multa ó hasta de castigo corporal si ésta no bastare».

Hoy día se practican todos estos abusos abierta é impunemente. Sin embargo, hace algunos años los tribunales de París condenaron á quince días de prisión, por homicidio involuntario de un niño de cuatro meses, á la mujer Faustín, que habiendo quedado en cinta dejó de lactar al niño que criaba y le dió leche de cabra sin advertirlo á la madre. Por desgracia es el único fallo de esta naturaleza que tenemos que registrar, siendo tan numerosos los delitos análogos.

Elección de nodriza.—«La elección de una nodriza, dice Lorain, es cosa delicada, y no existe ramo de la industria humana en que sea más frecuente el fraude. Las nodrizas engañan sobre su edad, la de su leche y su procedencia; deben vigilarse con cuidado y seguirles todos los pasos, por decirlo así. La institución de las oficinas de nodrizas no protege suficientemente al público y los médicos contra ciertos fraudes. Así, las nodrizas en París usan con frecuencia papeles falsos ó prestados que se ceden unas á otras; de esta suerte llegan á realizar el ideal de todas estas mujeres, que consiste en suponerse nodrizas de Borgoña, casadas, paridas de hace tres ó cuatro meses; frecuentemente llevan consigo y enseñan como suyo un niño de buen aspecto que no les pertenece. Con frecuencia hacen ir á París á su marido como trabajador ó jornalero, y sostienen relaciones en secreto con él, cuando se impone la castidad.»

He aquí las cualidades que debe poseer una buena nodriza. Bellos dientes, encías sonrosadas, pelo castaño oscuro ó negro: «será de buen ver», según la expresión de Mnesitea de Cyzico. Tendrá de veinticinco á treinta años, buena salud y ningún vestigio de antecedentes sifilíticos ni escrofulosos; será de una gran sobriedad, inteligencia bastante desenvuelta y carácter plácido y alegre. Sus reglas no deben reaparecer antes del octavo mes. Habrá criado ya una vez y no lactará dos niños á un tiempo. La edad de su leche no debe apartarse demasiado de la del niño que haya de criar, y hará al menos dos meses que ha parido, porque las grietas y los abscesos de la mama aparecen casi siempre antes de esta época. Los pechos voluminosos y redondos no siempre son los mejores: es preferible la forma de

pera, y el desarrollo de venas azuladas en su superficie es de buen augurio, como en la vaca; se tratará, sobre todo, de elegir un pezón saliente, bien formado y del que brote la leche con abundancia á la menor presión. La calidad de la leche podrá apreciarse con el lactoscopio y su cantidad con la balanza, pesando al niño antes y después de mamar; sabemos que debe aumentar cada vez de 60 á 100 gramos. Una mujer casada ofrece por lo general más seguridad que una soltera, y se escogerá una campesina con preferencia á una exigente y coqueta mujer de la ciudad. Hemos conocido una nodriza parisiense que no quería dejar dormir al niño en el seno con pretexto de que la deformaba los pezones. En fin, vale más tener una nodriza á domicilio para vigilarla y hacerle comer á la mesa de los señores que tenerla separada.

Tales son los caracteres tradicionales de la perfecta nodriza. Pero esta designación es puramente ideal y es difícil, por no decir imposible, encontrar todas esas cualidades reunidas en la misma persona. Oigamos más bien al doctor Bessières, enviando á uno de sus amigos la consulta humorística siguiente, relativa á

LA ELECCIÓN DE NODRIZA

Dícesme que tu esposa necesita
una perla, un tesoro, un ser perfecto,
que el dulce nombre de nodriza admita.
Acerca de esta especie, ¡qué imperfecto
es tu saber! Más fácil encontrara
entre el heno una aguja. Mas mi afecto
por ti pretende hallar cosa tan rara,
con afán consultando mi cartera,
por ver lo que la lista te depara.
Preséntase Antoñona la primera,
de rudo aspecto, faz coloradota,
muy plástica y de roja cabellera.
¡Huye de esa gordura, que denota
linfa no más: su pecho soberano
no segrega de leche ni una gota!
¿Prefieres la mujer de Juan Romano?
Es vivaracha, lista, pizpireta,
y tiene el corazón sobre la mano;

pero su último parto al hombre inquieta
y hay en su casa injurias y cachetes,
como en la del marqués de la Chancleta.
—¿Y esta joven hermosa, de mofletes
tan frescos y redondos? ¡Ya he encontrado!
—¡No! que voy á decir dónde te metes:
en su cuello la escrófula ha labrado
surcos sin fin, cual si una cocinera
la hubiese con la aguja allí mechado.
Luego... á la mano tengo verdadera
y varia colección. Examinemos:
una gasta, por cara, espumadera;
de otra en el brazo un exutorio vemos;
á esa rubia la agracian lindos ojos,
que también en legañas son extremos;
y esta joven, en fin, de labios rojos,
llena de encantos mil, extraordinarios,
en vez de dientes tiene sólo abrojos.
¡Basta! Dejad los seres mercenarios
que con su leche maternal trafican,
buscando por doquier grandes salarios;
di á tu esposa que todos glorifican
la madre que sus hijos amamanta,
cual manda Dios á las que al bien se aplican.
¡Oh, cuán grato será para ella amante,
la prenda de su amor, retrato suyo,
en su seno estrechar á cada instante!
Pero este gran deber quizás, arguyo,
temes que en su salud funesta huella
deje en quien es tal vez débil de suyo.
Pues bien, amigo, tu esperanza bella
trato de realizar con mil amores:
te buscaré nodriza, iré tras de ella,
aunque tenga que andar con andadores (1).

(1) Vous me dites, ami, pour ma femme il me faut
Une perle, un trésor, un être exempt de vice,
Qui va droit dans la vie et qui jamais ne *fault*,
Toujours digne, en un mot, du doux nom de nourrice.
Que vous connaissez peu ce sexe aimable et doux,
Qui fournit à foison l'espèce des nounous!
Croyez-moi... pour trouver une semblable fille,
Mieux vaudrait dans le foin rechercher une aiguille.
Désireux cependant de vous être agréable,
Je veux, dès aujourd'hui, compulser mon dossier,
Et, de mes accouchées, vous présentant la table,
Vous donner à choisir dans tout le colombier.

Todas las indicaciones que hemos hecho acerca de las cualidades de una nodriza no son sino signos de presunción, y no hay, repitámoslo, más que un medio seguro de distinguir una

Voici d'abord Toinon, à la rudeencolure,
Elle a trogne rougeaude, et rousse chevelure;
Ses prodigieux appas, pesant sur l'ombilic,
Font rêver à ces monts, que décrit Copernic,
Sur l'astre de la nuit. Ah! fuyez ce lipôme
Qui ne pourrait de lait fournir un seul atome.
Préférez-vous la femme à maître Jean-Romain,
Elle est alerte et vive, a le cœur sur la main;
Mais on me dit tout bas que sa dernière couche
Fut, pour son pauvre époux, un incident bien louche.
Aussi, dans son logis, entend-on résonner,
Du matin jusqu'au soir, du soir au déjeuner,
Les cris et les gros mots, les coups et la taloche,
Aussi bien que chez feu le marquis de Galoche.
—Et cette belle fille au teint frais et dodu?
Faites-la s'approcher, c'est là mon dévolu.
—Arrêtez, mon ami, voyez... sous sa mâchoire,
La scrofule inflexible a creusé des sillons,
Que l'on croirait tracés avec une lardoire.
Puis j'ai là sous la main d'autres échantillons,
Mais l'une a le visage ainsi qu'une écumoire,
Et l'autre, à son bras gauche, avive un exutoire.
Cette blonde, là-bas, a de fort jolis yeux,
Mais ils sont, le matin, de plus en plus chassieux.
Et cette fille, enfin, qui vous semble parfaite,
Cache d'affreux chicots dans une bouche infecte.
Ah! tenez, laissons là toutes ces mercenaires
Qui ne vendent leur lait que pour de gros salaires,
Et dites, de ma part, à votre aimable femme,
Que partout, de tous temps, en tous lieux, on proclame
La supériorité de la mère allaitant—
Ainsi que Dieu le veut—son trésor, son enfant.
Oh! combien il est doux pour le cœur de l'épouse,
De presser sur son sein le fruit de son amour,
D'enlacer de ses bras, et la nuit et le jour,
L'image de l'époux dont elle est si jalouse!
Mais si je supposais que, pour ce grand devoir,
Sa modeste santé vous mît au désespoir...
Eh bien! je chercherais et je serais heureux
De trouver cette perle, espoir de tous vos vœux.
Dussé-je, en essayant, me remettre aux lisières,
Tout dévoué je vous reste et signe:

BESSIERES.

leche buena de otra mala, y es el pesar con frecuencia al niño. Si su peso no aumenta en las proporciones antes indicadas, la alimentación deja que desear y debe cambiarse de nodriza.

Un prejuicio, muy acreditado en nuestros días, pretende que el cambio de nodriza y hasta la mezcla de varias leches perjudican al niño; pero no hay nada de esto. Puede cambiarse impunemente de nodriza, lo principal es hacerlo á tiempo. Los antiguos habían rechazado este error. Así, Platón quería, en su *República* ideal, que las nodrizas fueran comunes; y, según Aulo Gelio, las romanas tenían varias nodrizas á la vez para el mismo niño. Sabido es que Enrique IV fué difícil de criar; tuvo ocho nodrizas diferentes, lo cual no alteró en nada su salud.

Es muy raro que el niño rechace su nueva nodriza, sobre todo cuando las primeras veces se toma la precaución de ponerle al pecho apenas se despierta y en la oscuridad ó volviendo la cara la nodriza y guardando silencio. Sin embargo, á veces fracasan todas las tentativas; por ejemplo, el conde de París no quiso aceptar una segunda nodriza.

Lactancia artificial.—Aunque la leche de burra presenta la mayor analogía con la leche de mujer, de ordinario se emplea



FIG. 253.—Biberón Charrière. Frasco de cristal; pezón de marfil flexible.



FIG. 254. Biberón Charrière.


FIG. 255.—Biberón Leplanquais. Gollete flexible.

para la lactancia artificial la leche de vaca, por ser de un precio poco elevado y encontrarse en todas partes. Los aparatos que se emplean para este modo de criar son: el *biberón* (de *bibere*, beber), que es una grosera imitación del seno de la nodriza, y

el vaso ó la cuchara, cuyo uso constituye la lactancia llamada de *pucherito*. El biberón es preferible á esto, porque reproduce mejor para el niño las condiciones de la lactancia natural.

Hay dos clases de biberones: 1.°, los de ajuste fijo, que hay que tener mientras bebe el niño, y son los biberones Darbot, Bretón, Leplanquais (fig. 255), Charrière (fig. 254), Mathieu (fig. 256), etc.; 2.°, los de ajuste movible, como los biberones

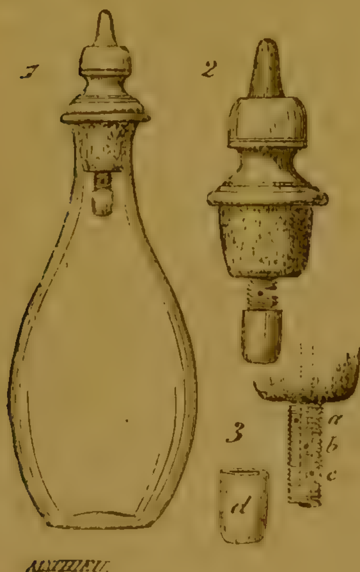


FIG. 256.

1, Biberón Mathieu.—2. Su pezón, con el vástago central provisto de un paso de rosca y un dedal de tuerca destinado á tapar los agujeros *a*, *b*, *c*, representados en la figura 3, y que sirven para dejar pasar más ó menos líquido.—*d*. Dedal de tuerca.



FIG. 257.—Biberón Galante.

a. Vaso de cristal.— *b*. Tubo.— *d*. Pezón.

de Thier (fig. 258), de Robert (fig. 259), etc., que permiten al niño beber en todas las posturas y sin ayuda de nadie. Aunque la Sociedad de Higiene proscribe en absoluto el biberón de tubo largo, con pretexto de que vuelve perezosas á las nodrizas, le preferimos al biberón de mano, porque á juicio nuestro reune todas las condiciones requeridas de limpieza, sencillez, solidez y baratura. Se ha reprochado á los ajustes de cautchuc, que tan pronto hacen afluir la leche en excesiva abundancia á

la boca del niño, tan pronto, por el contrario, se aplanan y hacen trabajosa la succión; pero es fácil evitar estos inconvenientes introduciendo en el interior del extremo ensanchado en forma de pezón un pedacito de esponja. También se ha acusado al cautchuc vulcanizado de provocar envenenamientos por las huellas de arsénico ó de plomo que á veces encierra, pero son muy discutibles los hechos que se citan sobre este particular;



FIG. 258.—Biberón de tubo doblado de Thier.



FIG. 259.—Biberón de válvula de Robert.

por lo demás, precávese este peligro usando biberones provistos de un tubo de goma negra. Estas acusaciones, poco justificadas en verdad, no han impedido á Mr. Galante imaginar una

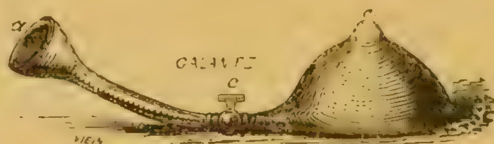


FIG. 260.—Teta artificial de Galante.

teta artificial (fig. 260) de cautchuc, que se coloca llena de leche sobre el pecho del *ama seca.*

Para que tenga buen éxito la lactancia artificial, debe parecerse lo más posible á la lactancia natural. Por eso se dará el biberón con intervalos regulares, cada dos ó tres horas. La leche de vaca, cuya dosis variará entre 600 gramos durante los cuatro primeros meses y 1.300 gramos en los siguientes, no deberá hervirse, sino elevarse un poco su temperatura en el baño-maría. Hasta el cuarto mes, en que se dará pura la leche, se cortará primero por mitad, luego al tercio y al cuarto,

con agua filtrada que no se haya privado por la ebullición de su aire disuelto. Podrá reemplazarse con agua de arroz si el niño está diarreico, ó por agua de cebada si, por el contrario, está estreñido.

Es indispensable la mayor limpieza en el uso de los biberones, sin lo cual la leche que queda en las paredes del frasco y en el interior del pezón se agria é irrita las vías digestivas del niño. Para tenerlos en buen estado, lo mejor es poseer dos á su disposición, lo que permite limpiar uno mientras se sirve del otro.

La lactancia con biberón es una práctica muy antigua: los romanos la empleaban ya, y llamaban *assæ nutrices*, «amas secas», á las mujeres que se encargaban de esta tarea. En nuestros días está muy difundido este sistema de alimentación, y en el hospicio de los Niños Expósitos acaba de instalarse una «nodricería» modelo para los numerosos niños recogidos por la Beneficencia pública, y que á falta de suficiente número de nodrizas tiene que lactar con biberón y leche de cabras. Un ensayo del mismo género ha hecho el doctor Saint-Clair Monribot, quien ha creado cerca de Villiers-sur-Marne un establecimiento llamado *La Pouponnière* con destino á la lactancia artificial.

Sin embargo, muchos médicos se han declarado contrarios á la práctica del biberón. Según Trousseau, de cada cuatro niños lactados artificialmente muere por lo menos uno, y los otros corren el riesgo de volverse raquíticos. «La diarrea verde y los cólicos, dice Lorain, los vómitos, el cólera infantil, la demacración, la cara de viejo, la enteritis y el muguet, por último, la muerte, son muchas veces su consecuencia.» Así, pues, no sin motivo llaman los cultivadores al biberón «la renta del médico».

Si es cierto que en los grandes centros es casi imposible la alimentación artificial, hay que confesar, no obstante, que sus resultados son menos desfavorables en el campo, donde el aire es puro y la leche de buena calidad. Pero, sea como fuere, el biberón no vale lo que una nodriza digna de este nombre, y pensamos como el poeta, que

El mejor biberón,
es el seno materno (1).

Del destete.—No puede fijarse término absoluto á la lactancia; su duración depende de ciertas condiciones individuales, como el estado de salud de la madre y del niño. El trabajo de la dentición será, sobre todo, lo que debe determinar esta época, y, como ha dicho Trousseau, el destete no es cuestión de almanaque, sino de dentista. Galeno había escrito ya: «*Puellus, quoad primores dentes emiserit, solo lacte alendus*». El niño debe alimentarse sólo de leche hasta que eche los primeros dientes. En efecto, es necesario que el niño tenga cierto número de dientes, si no todos, para tomar sin inconveniente los alimentos sólidos que deben formar parte de su nuevo régimen; y será cuerdo esperar, por ejemplo, á la erupción de los doce primeros dientes, que es completa del duodécimo al décimoquinto mes. Mr. Bouchut no suprime la lactancia hasta después de salir los dientes caninos, es decir, hacia el vigésimo mes. Baumès va más lejos, y es de parecer que no debe destetarse á los niños hasta después de la erupción total de los dientes de leche, lo cual retardaría el destete hasta más allá del segundo año. Verdad es que entre los israelitas la duración de la lactancia era de tres años, como lo prueba este pasaje de la Biblia: «Hijo mío, ten lástima de mí, que te llevé nueve meses en mi seno, te lacté tres años y te he alimentado y criado hasta la edad que tienes». Según Buffón, las salvajes del Canadá daban de mamar á sus hijos durante cinco ó seis años. Pero sin incurrir en estas exageraciones, la época del destete puede fijarse, como acabamos de decir, entre el duodécimo y el décimoquinto mes.

«Se desteta demasiado pronto á todos los niños, dice J.-J. Rousseau. El tiempo en que se debe destetarlos lo indica la erupción de los dientes, y este brote es por lo común difícil y doloroso. Por un instinto maquinal, el niño lleva entonces con frecuencia á su boca todo cuanto coge para mascarlo. Se cree facilitar la operación dándole por chupador algún cuerpo duro, como el marfil ó un colmillo. Creo que se engañan. Los

(1) Le meilleur biberon, c'est le sein d'une mère.

cuerpos duros, en contacto con las encías, lejos de ablandarlas las ponen callosas, las endurecen, preparan una ruptura más difícil y más dolorosa. Tomemos siempre el instinto por guía. No se ve á los cachorros ejercitar su naciente dentadura en guijarros, hierro ó huesos, sino en madera, cuero y trapos, materias blandas que ceden y donde se imprimen los dientes.» Se calma á los niños dándoles una muñeca, que introducen en su boca; y, para evitar la fermentación de su contenido, bueno será renovarlo á menudo.

El destete no debe efectuarse de pronto, sino por grados. Un mes antes de la época prefijada, se comienza por suprimir la lactancia de noche; luego se llega poco á poco á suprimirla de día, aumentando progresivamente la dosis de los alimentos, tales como papillas de harina, bizcocho empapado en agua, sopas de pan, tapioca, sagú, racahut, harina lacteada, bellotas dulces, etc., á los cuales ha debido habituarse al niño desde el sexto ó séptimo mes.

El verano es mala estación para el destete, porque las afecciones abdominales, que la modificación del régimen puede producir, son más frecuentes en esta época que en cualquiera otra.

Si el niño presenta alguna dificultad en separarse del pecho, se acostumbra á untar el pezón con una disolución de acíbar, quinina, coloquíntida ó simplemente de mostaza; pero el alejamiento de la nodriza durante varios días es un medio más eficaz. A veces son inútiles todos estos artificios y el niño abandona espontáneamente la teta, sobre todo cuando se ha prolongado la lactancia más allá del término ordinario. «Así, refiere Vogel, cuidaba yo un día á una señora americana, que continuaba lactando siempre á su hijo de dos años y medio de edad, hasta que este último, niño muy despierto y adelantado en inteligencia, llegó un día á decir con mucho desparpajo á su madre: *Gracias, querida mamá, me fastidia ya la teta.*»

FIN

ERRATA IMPORTANTE

El primer verso del sexto terceto del prólogo *Al discretísimo lector*, dice:

> Desde la *accidentada* costa, en la marina,

Y debe decir así:

> Desde la *abrupta* costa, en la marina,

INDICE DE MATERIAS

LIBRO PRIMERO

ESTRUCTURA DE LOS ÓRGANOS GENITALES

Páginas

LIBRO SEGUNDO

FUNCIONES DE LOS ÓRGANOS GENITALES

FIN DEL ÍNDICE DE MATERIAS

INDICE DE LAS FIGURAS

Páginas

Páginas

FIN DEL ÍNDICE DE LAS FIGURAS



Octava tirada. 1889.

DICCIONARIO DOMÉSTICO

TESORO DE LAS FAMILIAS

Ó REPERTORIO UNIVERSAL DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Contiene más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de facil ejecucion

sobre las materias siguientes:

Labranza, ó cultivo de los campos. — *Horticultura*, ó labor de las huertas.—*Floricultura*, ó jardinería.—*Arboricultura*, ó cultivo de los árboles.—*Clasificacion* botánica de las plantas y sus virtudes medicinales.—*Crianza* ó cebamiento de animales.—*Administracion* rural, ó economía agrícola; todo cuanto útil se conoce para facilitar nociones seguras, capaces de dar una idea exacta de la agricultura como ciencia y como arte.— *Conservacion* de las carnes, granos, legumbres, frutas y toda clase de provisiones alimenticias.—*Preparacion* de dulces, conservas de frutas, mermeladas, chocolate, café, té, limonadas, jarabes y ponches. — *Arte* de hacer el pan, los vinos, la sidra, cerveza y toda clase de bebidas económicas.— *Manual* práctico de la cocina española, francesa, italiana y americana; el de la pastelería, repostería y toda clase de licores.—*Cuidados* que exigen la bodega, el corral, las aves domésticas, los pájaros enjaulados y toda clase de animales domésticos.—*Reglas* prácticas acerca de la caza y pesca, con nociones sobre los derechos de los propietarios consignados en la ley.—*Conservacion* de la ropa de uso, de las telas, muebles, efectos de menaje y destruccion de insectos dañinos.—*Arte* de lavar y planchar la ropa blanca.—*Preparacion* de todos los artículos de perfumería y tocador.—Instrucciones teórico-prácticas de química y física recreativa y de pirotecnia civil, ó arte de hacer fuegos artificiales. — *Los meses* del año, con preceptos de higiene, de economía doméstica y rural, y productos culinarios.

REDACTADO

POR D. BALBINO CORTÉS Y MORALES

Un magnífico tomo en 4.°, de 2.288 columnas, 20 pesetas en Madrid y 21 en provincias, franco de porte.

Hasta el dia no se conocia un libro tan útil como el que anunciamos. **El Diccionario Doméstico** es la **OBRA DE CONSULTA DE TODOS LOS DIAS**, y por consiguiente **indispensable** á todas las clases sin excepcion, de cuya lectura pueden reportar grandes economías en sus gastos diarios por los inmensos consejos de **utilidad práctica** que en él se dan.

CANCIONERO POPULAR

COLECCION ESCOGIDA

DE

SEGUIDILLAS Y COPLAS

Recogidas y ordenadas

POR D. EMILIO LAFUENTE Y ALCÁNTARA

Madrid, 1865. Dos tomos en 8.°, comprendiendo el 1.° *mil quinientas seguidillas*, clasificadas convenientemente y precedidas de un discurso sobre la poesía popular, y el 2.° contiene *tres mil coplas* con numerosas variantes y notas.

PRECIOS:	MADRID	PROVINCIAS
	Pesetas.	*Pesetas.*
En rústica.. . . .	7,00	8,00
Encartonado. . .	8,00	9,00

Segunda edicion, 1888.

MICROBIOS Y ENFERMEDADES

POR

EL DR. J. SCHMITT

PROFESOR AGREGADO Á LA FACULTAD DE MEDICINA DE NANCY

Version castellana

DE D. GUSTAVO REBOLES Y CAMPOS

Madrid. Un tomo en 12.°, ilustrado con 24 figuras intercaladas en el texto.

PRECIOS:	MADRID	PROVINCIAS
	Pesetas.	*Pesetas.*
En rústica.. . . .	3,50	4,50
En pasta ó tela. .	4,50	5,50

«Este pequeño volúmen forma un excelente tratado elemental de microbiología muy científico, claro y accesible á todos. Entre los numerosos libros de este género, publicados recientemente, conocemos pocos que ofrezcan las mismas garantías de ciencia y el mismo interés de lectura.

»Es un libro muy nutrido en hechos, escrito de una manera muy atractiva y digno de consultar.»

Undécima edicion.

MANUAL POPULAR

DE GIMNASIA DE SALA

MÉDICA É HIGIÉNICA

O representacion y descripcion de los movimientos gimnásticos que, no exigiendo ningun aparato para su ejecucion, pueden practicarse en todas partes y por toda clase de personas de uno y otro sexo; seguido de sus aplicaciones á diversas enfermedades, por **D. G. M. Schreber**, doctor en Medicina, etc., etc.; vertido del aleman por H. Van Oordt: traducido al castellano, considerablemente aumentado, por D. E. S. de O. Un tomo en 8.°, con 45 figuras en el texto.

PRECIOS:	MADRID	PROVINCIAS
	Pesetas.	*Pesetas.*
En rústica.	2,50	3,00
En pasta ó tela.	3,50	4,00

Segunda edicion.

EL JARDINERO DE LOS SALONES

Ó

ARTE DE CULTIVAR LAS FLORES

EN LAS HABITACIONES,

EN LAS VENTANAS Y EN LOS BALCONES

POR YSABEAU

VERTIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ BRUN Y PAGÉS

Segunda edicion, ilustrada con 15 grabados intercalados en el texto.

Madrid, 1872. Un tomo en 12.°

PRECIOS:	MADRID	PROVINCIAS
	Pesetas.	*Pesetas.*
En rústica.	2,50	3,00
En pasta ó tela..	3,50	4,00

Tetuan de Chamartin.—Imprenta de D. Cárlos Bailly-Baillière.



CALLEJA MADRID